

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA
Departamento de Filología Inglesa I



**EL PROBLEMA CONCEPTUAL DE LA ETIMOLOGÍA
POPULAR: ESTUDIO CRONOLÓGICO Y ANÁLISIS DE
DICCIONARIOS ESPECIALIZADOS EN LENGUA
INGLESA**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Juan Manuel Seco del Cacho

Bajo la dirección de la doctora
Paloma Tejada Caller

Madrid, 2007

- **ISBN: 978-84-669-3044-4**

EL PROBLEMA CONCEPTUAL DE LA ETIMOLOGÍA POPULAR.
ESTUDIO CRONOLÓGICO Y ANÁLISIS DE DICCIONARIOS
ESPECIALIZADOS EN LENGUA INGLESA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA
Depto. de Filología Inglesa I

EL PROBLEMA CONCEPTUAL DE LA ETIMOLOGÍA POPULAR.
ESTUDIO CRONOLÓGICO Y ANÁLISIS DE DICCIONARIOS ESPECIALIZADOS
EN LENGUA INGLESA

TESIS DOCTORAL
Juan Manuel Seco del Cacho

Directora: Dra. Dña. Paloma Tejada Caller

Madrid, Abril 2007

La presente Tesis Doctoral se pudo redactar gracias a una beca de intercambio entre la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad de Harvard, concedida para el curso 2000-20001 y una licencia por estudios que concedió al doctorando la Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha para el curso académico 2005-2006.

A mis padres, Manuel y Carmen,
y a la memoria de Delfina del Cacho

ÍNDICE

	Pág
-Agradecimientos	13
-Presentación	15
-Capítulo 1. Introducción general	19
1.1. Introducción	19
1.2. Observaciones preliminares	19
1.3. Desarrollo temático	23
-Capítulo 2. Fenómenos de interferencia paramórfica. Consideraciones generales	25
2.1. Introducción	25
2.2. Definición del “fenómeno de interferencia paramórfica”	25
2.3. Relaciones que se han establecido entre los diferentes fenómenos dentro de la literatura	28
2.4. El problema del plano fenomenológico: el fenómeno primario y las manifestaciones externas	33
2.5. La relación entre etimología popular y analogía. La analogía como fenómeno de interferencia paramórfica	35
2.6. Identificación del cambio formal y el cambio semántico	36
-Capítulo 3. Clasificación general de los fenómenos de interferencia paramórfica	39
3.1. Introducción	39
3.2. Clasificación de los fenómenos de interferencia paramórfica	39
3.2.1. Por el grado de estabilidad	39
3.2.1.1. Interferencia paramórfica accidental	40
3.2.1.1.1. El lapsus	44
3.2.1.1.2. Aproximaciones en estados de anomia	56
3.2.1.1.3. Otros errores de origen patológico	60
3.2.1.1.3.1. En dislexias adquiridas	60
3.2.1.1.3.2. En dislexias evolutivas	64
3.2.1.1.3.3. En disgrafías adquiridas	65
3.2.1.2. Interferencia paramórfica no accidental	69
3.2.1.2.1. Clasificación de las interferencias paramórficas no accidentales según el alcance	70
3.2.1.2.1.1. Interferencia paramórfica individual	70
3.2.1.2.1.2. Interferencia paramórfica grupal	77

3.2.1.2.1.3. Interferencia paramórfica generalizada	79
3.2.1.2.2. Clasificación de las interferencias paramórficas no accidentales según el efecto	80
3.2.1.2.2.1. Cambio lingüístico por interferencia paramórfica	83
3.2.1.2.2.1.1. Cambio formal	83
3.2.1.2.2.1.2. Cambio semántico	85
3.2.1.2.2.1.3. Cambio semántico-formal	85
3.2.1.2.2.2. Efecto metalingüístico	86
3.2.1.2.2.3. Efecto extralingüístico	91
3.2.1.2.3. Clasificación de las interferencias paramórficas no accidentales por el grado de consciencia	92
-Capítulo 4. Conclusiones de la primera parte	95
-Capítulo 5. Förstemann y el problema conceptual de la etimología popular	99
5.1. Introducción	99
5.2. Sobre el origen del concepto	99
5.3. El planteamiento de Förstemann	102
5.4. El planteamiento de Förstemann como principio del problema conceptual	104
-Capítulo 6. Evolución del problema conceptual antes de Saussure	115
6.1. Introducción. El problema conceptual después de Förstemann	115
6.2. Evolución del problema conceptual antes de Saussure	115
-Capítulo 7. Saussure y el concepto de etimología popular	147
7.1. Introducción	147
7.2. La etimología popular en el <i>Cours de linguistique générale</i>	147
7.3. conclusiones	152
-Capítulo 8. El problema conceptual en el período post-saussureano (I): 1917-1970	153
8.1. Introducción	153
8.2. Primer período (1917-1970)	153
8.2.1. El período 1917-1940	153
8.2.2. La década 1941-1950	175
8.2.3. La década 1951-1960	184
8.2.4. La década 1961-1970	200
-Capítulo 9. El problema conceptual en el período post-saussureano (II): 1971-2000	221
9.1. Introducción	222
9.2. El período 1971-2000	222
9.2.1. La década 1971-1980	222
9.2.2. La década 1981-1990	243
9.2.3. La década 1991-2000	262

-Capítulo 10. Conclusiones de la segunda parte	289
- Capítulo 11. “Diccionarios de etimología popular” en inglés: autores y obras	299
11.1. introducción	299
11.2. “Diccionarios de etimología popular” en lengua inglesa	303
11.2.1. <i>Folk-Etymology</i> (Palmer, 1882)	303
11.2.2. <i>A dictionary of true etymologies</i> (Room, 1986)	309
11.2.3. <i>Devious derivations</i> (Rawson 1994)	315
11.2.4. <i>Port out, starboard home and other language myths</i> (Quinion 2004)	319
11.3. Resumen	322
-Capítulo 12. Análisis de los diccionarios de Room, Rawson y Quinion	323
12.1. Introducción	323
12.2. Metodología	323
12.2.1. Aspectos generales	323
12.2.2. Tipos de artículo	325
12.2.3. Artículos excluidos	327
12.2.4. Coincidencias entre entradas	329
12.3. Resultados	330
12.3.1. Tipos de etimología popular	330
12.3.2. Coincidencias en entradas y en el enfoque de los artículos	332
-Capítulo 13. Conclusiones de la tercera parte	337
13.1. Discusión y conclusiones del análisis	337
-Capítulo 14. Conclusiones generales	339
-Bibliografía	347
-Apéndice I. Entradas de <i>A dictionary of true etymologies</i> de Room (1986), con la categoría que se le ha asignado a cada entrada	393
-Apéndice II. Entradas de <i>Devious derivations</i> de Rawson (1994), con la categoría que se le ha asignado a cada entrada	413
-Apéndice III. Entradas de <i>Port out, starboard home</i> de Quinion (2004), con la categoría que se le ha asignado a cada entrada	419

-Apéndice IV. Artículos coincidentes entre <i>A dictionary of true etymologies</i> de Room y <i>Devious derivations</i> de Rawson	425
-Apéndice V. Artículos coincidentes entre <i>Devious derivations</i> de Rawson y <i>Port out, starboard home</i> de Quinion	431
-Apéndice VI. Artículos coincidentes entre <i>A dictionary of true etymologies</i> de Room y <i>Port out, starboard home</i> de Quinion	435
-Apéndice VII. Artículos coincidentes entre <i>A dictionary of true etymologies</i> de Room, <i>Devious derivations</i> de Rawson y <i>Port out, starboard home</i> de Quinion	437
-Apéndice VIII. Gráficos ilustrativos	439

AGRADECIMIENTOS

Son varias las personas que de una u otra manera han contribuido en las diversas fases de este trabajo. En primer lugar, de manera muy especial, su directora, la Doctora Paloma Tejada, con cuya asistencia y orientación he tenido el privilegio de contar en todo momento.

Asimismo, el intercambio de ideas con Diego Varela Villafranca (Fundación Instituto de Investigación Rafael Lapesa, RAE) y Rafael Castrejón Díaz (EOI de Guadalajara), así como los materiales facilitados por ambos, han sido cruciales para el planteamiento de esta tesis. Mucho de lo que esta pueda tener de innovador se debe a la contribución intelectual de estos dos magníficos profesionales del lenguaje.

Por la asistencia prestada en ciertos momentos puntuales, doy gracias también a las profesoras Jean Aitchison (Oxford University), Anne Cutler (Max Planck Institut) Isabel de la Cruz Cabanillas (Universidad de Alcalá de Henares), así como a los profesores Arnold Zwicky (Ohio State University) y José Luis Oncins Martínez (Universidad de Extremadura). Asimismo, agradezco la labor documental de Nick Pollard, del Spelthorne Museum (Staines, Reino Unido) y Aisling Lockhart, de la Biblioteca y Archivos del Trinity College (Dublín).

Debo agradecer también las traducciones de textos en lengua alemana a Anabel Torres y Teresa Piñel.

Por último, quiero expresar mi agradecimiento a todas aquellas personas, familiares y amigos, que con su apoyo, paciencia y aliento han hecho que este proyecto llegara por fin a culminarse. Gracias a todos.

PRESENTACIÓN

Los estudios de etimología popular, que tanto interés despertaron en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, han quedado relegados a un plano marginal en la actualidad, primero por la caída en desgracia de la etimología general, y después por el asentamiento de paradigmas centrados en la sintaxis, como el chomskiano. Ahora este tema interesa únicamente a los pocos que se dedican a la etimología, la dialectología, la toponimia, la onomástica y ciencias afines, y se alude a él sólo alguna que otra vez, a modo de ilustración anecdótica, cuando se habla del cambio léxico, de la motivación del lenguaje o del principio de iconicidad.

Dado este estado de abandono en que se encuentran los estudios, se entiende que no haya habido por parte de la teoría lingüística un interés especial por revisar estas ideas, ni por unificar criterios, ni por profundizar en la explicación. Consecuencia de todo esto es que entramos en el siglo XXI con la idea recibida de que hay algo que se llama etimología popular, que consiste, según el concepto comúnmente aceptado, en reanalizar palabras y reemplazar partes de estas por partes similares de otras palabras, quizá porque inventamos hipótesis erróneas sobre su etimología, o simplemente porque las relacionamos erróneamente con otras. No sabemos muy bien si esto lo hacemos porque tenemos una inquietud etimológica natural, como aseguraba Förstemann, el creador oficial del concepto de “etimología popular”, o bien porque intentamos dar una motivación secundaria a las palabras que nos parecen más oscuras, como dio a entender Saussure, o porque en el sistema de la lengua las formas similares sufren una atracción especial que las lleva a confundirse, como afirmaba, por ejemplo, Dauzat.

Y junto con las dudas sobre el “porqué”, está el problema esencial del “cómo”. Esto es, no hay todavía una descripción satisfactoria del proceso de cambio por etimología popular. No estamos de acuerdo sobre cómo se origina ni cómo llega a extenderse, habiéndonos conformado con la presuposición de que simplemente ocurre espontáneamente cuando tiene que ocurrir, explicación del todo inaceptable para la teoría moderna del cambio lingüístico. Y como es de suponer, sin una idea mínimamente aceptable del proceso de cambio, no podemos decir que esté completa la explicación sobre el fenómeno, teniendo en cuenta que en la época actual contamos con descripciones muy completas de muchos otros fenómenos evolutivos.

Lo paradójico es que en la actualidad las condiciones son mucho más favorables para explicar fenómenos de base psicológica, y la etimología popular entra sin lugar a dudas en esta categoría, sea cual fuere el fenómeno con que la identifiquemos. La razón de este fracaso explicativo se hace evidente con sólo repasar la literatura: el concepto mismo de “etimología popular” nos ha llegado tan mal definido y está estudiado con tal dispersión metodológica y conceptual que no podemos abordarlo adecuadamente. Por ello, los pocos autores que tratan el tema actualmente rehúyen indagar en el proceso: se limitan a aportar nuevos ejemplos y a recordarnos los viejos, acudiendo, a la hora de explicar el fenómeno, a una de las teorías tradicionales que apuntábamos en el párrafo anterior sobre el porqué de la etimología popular, ninguna de las cuales tiene una base empírica que la apoye. El resultado es una teoría sin validez explicativa: hay etimología popular, simplemente, porque la gente hace etimologías populares, y no parece que necesitemos saber más.

En trabajos anteriores (p.e. Seco del Cacho 1996 y 1998) sugería que el tipo de cambio que llamamos “etimología popular” podría tener su origen en malapropismos de individuos aislados, que nacerían en su léxico mental particular de modo semejante a como surgen otros fenómenos de confusión accidental entre formas similares (parafasias, lapsus, estados de punta-de-la-lengua, etc.). Una vez estabilizados en un hablante al menos, es de suponer que se extenderían por un proceso de “mano invisible” en el que podrían intervenir factores diversos, como la semejanza fonética, las relaciones semánticas, o el prestigio social de ciertos hablantes. Como culminación de ese proceso, se asentarían en el léxico común de una lengua aquellos malapropismos que optimicen la comunicación, dando como resultado una mayor eficiencia del aprendizaje léxico y una comprensión mejor de los mensajes, con un mínimo de energía de procesamiento.

Ahora bien, un tratamiento científico serio de estos postulados requiere, entre otras cosas, que dispongamos al menos de un corpus fiable de etimologías populares de una lengua, para poder establecer una comparación con otros corpus recopilados según criterios científicos (p.e. los de lapsus, malapropismos, etc.). En el intento de localizar o elaborar dicho corpus, exploré numerosos trabajos sobre el tema. Y en el proceso surgió la idea de esta tesis: habiendo constatado la falta de unanimidad que evidencian estas recopilaciones, observé que tales desacuerdos se deben, entre otras razones, a cierta incongruencia de los modelos teóricos y a una evidente disparidad de criterios sobre qué

es etimología popular, y que tanto la incongruencia como la falta de unanimidad se derivan de los problemas teóricos con que nació el propio concepto.

Así pues, dejando por un tiempo aparcado el ambicioso proyecto inicial, centrándose ahora las miras en la lengua inglesa, y localizados los principales diccionarios que recopilan ejemplos en inglés de lo que sus autores llamaban “folk etymology”, o “popular etymology”, abordamos aquí una nueva tarea. Se trata de hacer un análisis de la literatura disponible en varios idiomas y de los diccionarios de “etimología popular” en inglés, con el fin de identificar la base teórica que en todo ello subyace y los problemas que siguen latentes en ese pequeño rincón de la lingüística.

Así pues, la finalidad de este trabajo es contribuir a desenmarañar la madeja teórica que nos impide ver con claridad unos fenómenos de cambio léxico que considero de gran interés, tanto para la lingüística como para la psicología. Con una teoría más precisa, quizá podría retomarse la línea de investigación que inicié en años anteriores y poner el fenómeno en una perspectiva psicosocial en la que los hablantes y la comunicación cuenten más que el sistema (Tejada 1999).

Pero ahora no pretendemos dar la solución definitiva al problema, sino tan sólo abrir el camino hacia una forma diferente de percibir el grupo de fenómenos que yo denomino de interferencia paramórfica, con la esperanza de que la nueva perspectiva nos lleve, cuando menos, a restaurar la coherencia entre un tipo de cambio lingüístico que no siempre se entendió como tal y los paradigmas lingüísticos y psicológicos actuales, basados rigurosamente en la metodología científica. Los estudios sobre lexicología y cambio lingüístico no estarán plenamente actualizados mientras exista este problema conceptual, que hemos heredado de la filología romántica del XIX y que conservamos, además, en distintas versiones discordantes. Si esta tesis sirve para contribuir a aclarar los malentendidos, habrá cumplido su objetivo básico.

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN GENERAL

1.1. Introducción

Esta tesis tiene por objeto explorar el problema conceptual de la etimología popular a través de un estudio cronológico de la literatura y el análisis de tres obras que recopilan ejemplos en lengua inglesa de este fenómeno: *A dictionary of true etymologies* de Adrian Room (1986), *Devious derivations* de Hugh Rawson (1994) y *Port out starboard home*, de Michael Quinion (2004). Pretendemos con dicho estudio describir los problemas que traslucen las descripciones teóricas y que se manifiestan en las recopilaciones de ejemplos, relacionándolos con el problema conceptual que subyace en la teoría original. La intención última es subrayar este problema teórico como uno de los principales obstáculos que se presentan a la hora de buscar una explicación satisfactoria para todos aquellos fenómenos de cambio léxico cuya explicación no parece estar en la evolución fonética irregular, sino en confusiones propiciadas por el parecido formal.

1.2. Observaciones preliminares

Dada la falta de congruencia que se observa en la literatura sobre el tema, preferimos adoptar aquí una postura metateórica y ser meros observadores y analistas de las teorías de otros. Este trabajo no es, por tanto, un estudio sobre la etimología popular, sino un estudio *sobre el estudio* de la etimología popular.

Por ello, con la finalidad de distanciarme del problema y adoptar una perspectiva adecuada para la observación, en el marco teórico de esta tesis voy a emplear una tipología nueva, basada en otra que ya presenté en un trabajo de investigación anterior (Seco del Cacho 1996). Dicha clasificación abarca todos aquellos casos, tanto de lengua como de habla, para los cuales la explicación mejor parece ser la interferencia entre segmentos formales semejantes dentro del léxico mental del hablante. En este espectro se incluyen fenómenos que van desde los lapsus verbales hasta la creación de leyendas basadas en una interpretación etimológica ficticia, pasando por los malapropismos y los clásicos cambios formales que constituyen la manifestación prototípica de la “etimología popular”.

Siendo la presencia de segmentos formales parecidos el denominador común de todos los fenómenos que incluye dicha taxonomía, opto aquí por denominarlos “fenómenos de interferencia paramórfica”, etiqueta meramente descriptiva que me parece lo suficientemente neutral con respecto a las posibles hipótesis explicativas, ya que, como veremos, suele darse aquí el problema de la confusión “descripción-explicación”, que exponía Keller en su estudio sobre el cambio lingüístico (1994: 69).

La razón por la que hemos decidido utilizar tales categorías, que describiremos en el siguiente capítulo, es que facilitarán considerablemente el análisis de los corpus, y de otros estudios sobre el tema, ya que nos permiten discernir variables necesarias para el estudio científico, o incluso fenómenos diferentes, allí donde otros quieren ver un solo objeto de estudio (normalmente ligado a una etiqueta convencional, como “etimología popular” o “analogía”), con lo cual podremos distribuir en casillas clasificatorias las piezas de este “desguace” conceptual. Además, tras el estudio de la literatura sobre el tema nos encontramos con que no podemos basarnos en ciertos términos habituales como “malapropismo” y “etimología popular”, ya que estos no significan lo mismo para todos los autores, dándose además el caso de que en algunos encontramos el fenómeno de la etimología popular prototípica etiquetado con denominaciones alternativas (p.e. la “etimología asociativa” de Orr, o la “atracción paronímica” de Dauzat).

No presupongo aquí que todos estos fenómenos tengan una base común en la estructura del procesamiento lingüístico. Si bien es cierto que he defendido esta idea en el pasado (Seco del Cacho 1997, 1997b), ahora no utilizamos la taxonomía con tal presuposición, sino más bien como marco de referencia lógico. Dicho de otra manera, el objetivo ahora no es defender una teoría sobre la etimología popular, sino indagar en el tipo de pensamiento que creó el concepto mismo, con el fin de resolver un problema teórico de base. Y la clasificación que presento no es otra cosa que un código para comunicar elementos de análisis. Esto es, se pretende establecer un lenguaje homogéneo con el que poder hablar de unos fenómenos que la literatura nos presenta amalgamados o en taxonomías heterogéneas.

Otra aclaración que es necesario hacer es que, en realidad, no necesitamos referirnos constantemente a todos los casos de interferencia paramórfica para analizar el concepto de etimología popular, ya que, con muy pocas excepciones, los casos prototípicos se corresponden con un número limitado de estas categorías. No obstante, creo que es necesario dedicar la primera parte de este estudio a la clasificación general,

por cuanto esta nos proporciona la perspectiva global necesaria, a la vez que nos permite abarcar aquellas posturas que han incluido en su concepto de etimología popular ejemplos que no son prototípicos (excluirlos implicaría adoptar una posición subjetiva y no metateórica). Así por ejemplo, el mismo lapsus verbal, un tipo de interferencia espontánea que normalmente no relacionamos con las más estables, aparece emparentado en el estudio clásico de Meringer sobre errores del habla (1895) con la “Volksetymologie” clásica de Förstemann (1852).

Dichas todas estas cosas, debe quedar claro en todo momento que aquí me sitúo en una posición de observador escéptico ante una supuesta realidad objetiva, y cuando empleo la denominación, “etimología popular” estoy refiriéndome a lo que considero en mi marco teórico un constructo del paradigma etimológico del XIX, y no necesariamente a una realidad. Esta tesis, pues, no pretende resolver el problema de qué es exactamente la etimología popular, sino ver de qué hablan los lingüistas cuando hablan de ella.

No opero, pues, con la presuposición de que el término “etimología popular” automáticamente identifique para todo el mundo un fenómeno concreto o una serie de fenómenos determinados, pues la falta de unanimidad al respecto es evidente, y sospechamos además que todo lo que se ha escrito al respecto se basa en juicios apriorísticos, determinados de una u otra forma por creencias más que por datos empíricos. Tampoco creo que yo deba imponer, como han hecho otros, mi idea particular de qué es lo que debemos considerar etimología popular.

Por ello, creo que es más objetivo hablar de fenómenos como “cambio formal generalizado”, “cambio semántico-formal generalizado”, o “atribución de etimología alternativa, sin cambio lingüístico”, y basar en ellos mi investigación. De esta forma, me desmarco metodológicamente y me sitúo en una posición que me permita ver el problema con una perspectiva externa y global. Esto es algo que no podemos hacer si nos situamos dentro de él, pues no es posible, según se dice, resolver un problema con el mismo tipo de pensamiento que lo creó.

Aunque ha habido otros intentos de ordenar el caos existente mediante tipologías (p.e. Buysens 1965; Veny 1990; Olschansky 1996), lo cierto es que el espectro que crearon estas no daba cabida a todo aquello que en un momento dado se ha etiquetado como “etimología popular”. Así pues, los casos que recoge Room, por ejemplo, en *A dictionary of true etymologies* (1986) no serían etimologías populares para Buysens o Veny, porque en estos autores subyace la presuposición (post-Förstemann) de que la

etimología popular es sólo una forma de cambio lingüístico, y las que presenta Roomson, en mi terminología particular, casos de “atribución etimológica alternativa”, sin cambio lingüístico.

Creo, pues, que mi tipología es en principio lo bastante amplia para recoger las distintas interpretaciones del concepto y basarse en lo perceptible más que en la introspección subjetiva. En definitiva, lo recoge todo y nos libera de la supuesta obligación de decidir a qué se refiere el término “etimología popular”, pregunta que sustituimos por “a qué se refieren los lingüistas”. Nos situamos, por tanto, como decíamos anteriormente, en una posición metateórica e historiográfica.

Pero el problema conceptual de la etimología popular es enormemente complejo, y considero preferible no intentar desenmarañarlo ahora mismo, sino después de haber presentado, a modo de estado de la cuestión, la evolución del concepto dentro de la historia de la lingüística.

Dicho todo esto, se entenderá que no partamos aquí de una definición de “etimología popular”, como hacen otros estudios (p.e. Olschansky 1996), ya que de hacerlo estaríamos situándonos dentro y no fuera del problema, y obraríamos con una perspectiva apriorística. Dada la inestabilidad que percibimos en torno a este concepto dentro de la literatura especializada, no haríamos otra cosa que causar más confusión, ya que cada autor tiene su idea personal de lo que es “etimología popular” y nunca sabríamos de qué estamos hablando exactamente si sólo utilizáramos ese término. Por esta misma razón entrecomillamos a veces la etiqueta tradicional (“etimología popular”), con el fin de recordar que no es un término que usamos como nuestro, sino algo que reproducimos del metalenguaje de otros autores.

Notamos, no obstante, que hay un área conceptual algo menos inestable, que es la que aquí denominamos “etimología popular prototípica”. Con este término nos referimos a los fenómenos de cambio lingüístico (formal, semántico o semántico-formal) que se explican por la influencia de unos lexemas o segmentos formales sobre otros semejantes, y que se han establecido en el léxico de todos los hablantes. Es el caso por ejemplo, de la evolución en español de “antuzano” a “altozano” por influencia de “alto”, o del cambio semántico de “aterrar” ‘derribar’ a “aterrar” ‘aterrorizar’, por influencia de “terror”.

Posiblemente se pueda hablar de niveles más concretos de prototipicidad, ya que los cambios sólo formales parecen más prototípicos que los semánticos y los semántico-formales; y dentro de los formales, serían los más prototípicos aquellos que parecen dar

más “transparencia” a la palabra (p.e. “berrojo” > “cerrojo”). Pero para evitar confusiones, emplearemos este término con el sentido que le dábamos en el párrafo anterior.

Por último, es necesario hacer unas puntualizaciones sobre el uso de las fuentes, en relación con la lengua y la disponibilidad de las mismas. Dado mi desconocimiento de la lengua alemana, no he podido consultar directamente los numerosos trabajos que se han hecho en alemán sobre el tema, dándose la circunstancia de que algunos de ellos son indispensables como referencia a la hora de estudiar los aspectos teóricos de la etimología popular. Para suplir esta carencia en la preparación de esta tesis -que a la última parte no le afectará directamente, pues esta se basa en obras escritas en inglés sobre el inglés- he recurrido a traducciones profesionales de los que considero documentos principales: el artículo “Über Volksetymologie” de Förstemann (1852), obra seminal en el campo de los estudios sobre etimología popular, y el exhaustivo ensayo *Volksetymologie* de Olschansky (1996), que revisa toda la investigación relevante con que contamos hasta finales del siglo XX, incluyendo, por supuesto, referencias a todo lo que se ha escrito en alemán sobre el tema. Las fuentes en inglés, francés, español, italiano, catalán y portugués las he consultado todas directamente.

1.3. Desarrollo temático

Como ya adelantaba en la sección anterior, la primera parte de este trabajo (capítulos 2, 3 y 4) se dedicará a presentar y describir los diversos fenómenos de interferencia paramórfica, ya que creo que es este el primer paso en el desarrollo de un marco teórico adecuado para una tesis de estas características. A continuación, en la segunda parte (capítulos 5, 6, 7, 8, 9 y 10) repasaremos el estudio de la etimología popular desde una perspectiva cronológica, y a través del análisis de la literatura recopilada, lo cual nos ha de llevar al planteamiento de los problemas teóricos, que se exponen en el capítulo 9. La tercera parte (capítulos 11, 12 y 13) consiste fundamentalmente en el estudio de tres diccionarios de “folk etymology” en lengua inglesa. En el capítulo 11 se hablará de recopilaciones de etimología popular, con especial énfasis en los diccionarios elaborados en lengua inglesa y sus autores. El capítulo 12 se dedica al análisis de contenidos de los tres diccionarios seleccionados, y el 13 a la discusión de los resultados obtenidos y a las conclusiones de la tercera parte. El capítulo 14, por último, se dedica a las conclusiones generales de este estudio.

CAPÍTULO 2

FENÓMENOS DE INTERFERENCIA PARAMÓRFICA: CONSIDERACIONES GENERALES

2.1. Introducción

En esta primera parte pretendemos presentar un modelo congruente y útil para la clasificación de los distintos fenómenos de interferencia paramórfica que se han identificado en lingüística, y que aquí reunimos sobre una hipotética base común. En primer lugar, en este capítulo formularemos una definición general del concepto de “interferencia paramórfica”, tal como lo concebimos aquí, y la justificaremos con algunos razonamientos que creemos indispensables. A continuación citaremos los estudios lingüísticos que nos han llevado a la conclusión de que es necesario, o conveniente, usar la interferencia paramórfica como concepto de base y agrupar en torno a este una serie de fenómenos que habitualmente se tratan por separado. Después expondremos los principales problemas que conlleva este modelo teórico. En el capítulo 3 sugeriremos criterios de clasificación para los fenómenos, haciendo distinciones ahí donde algún constructo tradicional resulte demasiado ambiguo o heterogéneo para el estudio. Finalmente, en el capítulo 4 ofreceremos unas conclusiones referentes a este tipo de fenómenos, a los criterios de clasificación aplicados y a algunas de las categorías lingüísticas que se manejan habitualmente, en especial la de “etimología popular”.

2.2. Definición del “fenómeno de interferencia paramórfica”

Para el ámbito de esta tesis, denominaremos fenómenos de interferencia paramórfica a ciertos casos de confusión lingüística a nivel de unidades léxicas, que se observan en actos de comunicación verbal, en descripciones metalingüísticas, en la evolución del léxico y, a veces, en el plano extraverbal, y para cuya explicación se ha identificado la existencia de segmentos formales semejantes percibidos como unidades significativas. El resultado de dicha confusión normalmente es, o bien una innovación formal y/o semántica, que puede dar lugar a un cambio léxico, o bien un cambio en la percepción de la unidad léxica, que no comporta consecuencias observables en su uso (p.e. en los casos en que se crea una leyenda etimológica).

A continuación haremos varios comentarios explicativos en torno a esta definición. En primer lugar, debemos justificar la expresión “ciertos casos de confusión lingüística”. Aunque es ciertamente una fórmula un tanto vaga, creemos que es la manera más prudente de referirnos a un tipo de fenómeno que engloba tanto el error espontáneo como el cambio formal no accidental propio de un individuo (malapropismo clásico¹) y el cambio formal generalizado (etimología popular prototípica²), pasando por la creación de hipótesis etimológicas heterodoxas e incluso por manifestaciones extralingüísticas, como pueden ser las sigilográficas (p.e. el león del escudo de León; Marsá 1988).

Por otra parte, decimos que estas confusiones tienen lugar “a nivel de unidades léxicas”, y no de palabras, ya que limitarnos al concepto de palabra ortográfica nos puede llevar a la exclusión de numerosos ejemplos descritos en la literatura. Así, por ejemplo, la palabra “umbles” se confunde con “humble” en inglés, pero esto sólo se manifiesta en la expresión idiomática “to eat humble pie”, que en la actualidad entendemos como una unidad léxica, o un lexema multipalabra (Jackson 1988: 14).

Dicho de otro modo, es la expresión idiomática como tal la que ha cambiado de forma, a consecuencia de una confusión entre segmentos formales muy similares (que en este caso resulta ser una sustitución entre palabras ortográficas). Asimismo, para explicar el origen de la expresión castellana “¡Ángela María!”, que procede de “[el] ángel a María” (Iribarren 1965), tiene más sentido decir que el resultado es una nueva unidad léxica, pues si decimos que las palabras “ángel” y “a” se han visto reemplazadas por la palabra “Ángela”, tendremos que decir también que tal sustitución sólo tiene lugar en el contexto de la frase idiomática, y en definitiva reconocemos que la verdadera innovación es la aparición de una expresión nueva, pues la palabra “Ángela”, ni es nueva ni tiene, después del cambio, un valor denotativo diferente. En el estudio del

¹ El término “malapropismo” genera con frecuencia confusiones a la hora de contrastar estudios e ideas, dado que se usa con diversas acepciones. “Malapropism” surge en inglés como derivado del nombre de Mrs Malaprop, personaje de la obra de Sheridan *The Rivals*. En principio se aplicaba a errores de elección léxica, esto es, a sustituciones “palabra por palabra” que recuerdan a las de este personaje cómico (p.e. “allegory” por “alligator”; “epitaph” por “epithet”), pero con el tiempo se ha aplicado a ciertos errores de sujetos afásicos (Ellis 1985), así como a lapsus cotidianos (Fay y Cutler 1977) y a incorrecciones de uso, sean o no sustituciones “palabra por palabra” (Zwicky 1979). Para el error estable (no accidental) Zwicky propuso el término “classical malapropism”, con el fin de diferenciar este de los errores accidentales, conocidos también como malapropismos en psicolingüística y neurolingüística.

² La confusión en torno al concepto de etimología popular es mucho mayor que la que hay con el malapropismo, y de hecho es el tema central de esta tesis. No obstante, entendemos que hay cierto uso prototípico, que aplica esta etiqueta a una serie de cambios formales que hacen que una palabra parezca relacionada semántica y/o etimológicamente con otra(s), basándose los cambios y las asociaciones en semejanzas de forma. En nuestro estudio cronológico veremos que hay muchas más acepciones para este término.

lapsus se han detectado también errores que afectan a unidades de varias palabras, siendo la unidad afectada, en ocasiones, una frase idiomática (p.e. “Hasta los botes”; “hasta los topes” + “de bote en bote”, Del Viso 1992: A-219).

Debemos aclarar también que al hablar de “segmentos formales” no nos referimos exclusivamente a lexemas, aunque el concepto prototípico de etimología popular se centre en estos, ya que la confusión puede darse entre afijos (p.e. “extra” / “intro” en “extrovert”), o con segmentos que no son verdaderos morfemas (p.e. el “ham” de “hamburger”, que es reemplazado por “beef” en “beefburger”) y que pueden proceder incluso de aglutinaciones (p.e. “spit and image” > “spitting image”; “m’aidez” > “mayday”, “dog-eat-dog” > “doggy-dog”).

Por último, es importante explicar por qué dentro de los segmentos formales sólo consideramos para esta definición los que sean “percibidos como unidades significativas”. La razón es que, si no hacemos esta distinción, el ámbito del fenómeno se expandiría hasta incluir cualquier tipo de interferencia que se apoye en una semejanza, como son las propiciadas por la proximidad de rasgos fonéticos (p.e. decir “extraordinario” en vez de “extraordinario”, o “fanks” por “thanks”; también las adaptaciones fonéticas de los préstamos lingüísticos, como “jacket” > “chaqueta”) o por la semejanza de dos letras (p.e. cuando un sujeto disléxico escribe “b” en lugar de “d”, o en ciertos casos de transliteración, como es el caso de la “y” con que a veces se representa la letra “thorn” del inglés antiguo; cf. el rótulo arcaizante “Ye Olde Shoppe”). Sin tales límites el tema sería inabordable. Si bien es cierto que todas las confusiones, y no sólo las lingüísticas, se apoyan en una semejanza, y que esta verdad nos lleva forzosamente a la explicación última de la “etimología popular” o, si se prefiere, de la interferencia paramórfica, optamos por restringir el marco teórico a confusiones léxicas entre morfemas (o entre morfemas y seudomorfemas). Esto nos da un espectro lo suficientemente amplio para abarcar todas las opiniones recogidas. De esta manera, nos aseguramos de que no quede excluido ningún fenómeno que la literatura haya etiquetado como “etimología popular”, con la única excepción de aquellas que han interpretado libremente los componentes “etimología” y/o “popular” y se salen del paramorfismo común a las perspectivas lingüísticas (p.e. Hockett 1950; Larkin y Foss 1984). En definitiva, en toda interferencia paramórfica, según se define aquí, está implicado al menos un morfema, por ser esta la unidad lingüística menor con significado propio.

Obsérvese, además, que en esta definición no decimos si los fenómenos son conscientes o no, o si son propios de un individuo, de una comunidad o de todos los hablantes de una lengua, ni si afectan al significado, a la forma o a cualquier otro elemento del ámbito de la palabra. En efecto, nuestro concepto de la interferencia paramórfica engloba todas estas posibilidades, de modo que cuando hagamos distinciones no será para excluir del ámbito conceptual ninguna de estas, sino para hacer clasificaciones pertinentes dentro del concepto general.

2.3. Relaciones que se han establecido entre los diferentes fenómenos dentro de la literatura

En la propuesta unificadora y clasificatoria que aquí hacemos subyace la idea de que todo aquello que nos refiera a la confusión entre segmentos formales semejantes puede agruparse, de cara al estudio científico, sobre una base común que permita formular y falsar teorías, como ya se ha hecho, como veremos, con varios de los fenómenos del bloque “accidental”. Dicha idea surge tras una revisión de conjunto de la literatura existente sobre varios tipos de fenómeno, tras la cual concluimos que puede postularse una agrupación teórica de aquellos que presuponen una interferencia paramórfica, casi siempre tratados de forma independiente, y descubrimos, por otra parte, que algunos autores apuntan en esta dirección, ya que proponen a veces conexiones entre algunos de ellos, con vistas a dar coherencia a una teoría explicativa.

Como primera aproximación, diremos que entre los fenómenos a que nos referimos en el párrafo anterior se encuentran, por un lado, los que aquí denominamos “accidentales” y que tienen como representante principal el clásico “lapsus linguae”, aunque se incluyen también otros accidentes típicos, normalmente estudiados en el ámbito de la psicolingüística y la neurolingüística, y, por otro, los que llamaremos “no accidentales” (los más estables), a los cuales se suelen aplicar las confusas etiquetas de “malapropismo” (que aquí llamaremos “malapropismo clásico” para minimizar la confusión; *víd.* nota 1) y “etimología popular” (*víd.* nota 2). Este criterio de división es el que servirá de foco de atención principal para el estudio de relaciones, ya que la conexión entre una categoría y otra tiene las implicaciones más interesantes para la teoría lingüística. Aquí nos centraremos, pues, en los “puentes” que algunos han tendido entre lo accidental y lo no accidental, dado que dentro del bloque accidental se han hecho ya interesantes conexiones (Browman 1978; Aitchison 1994).

Asimismo, hay otros rasgos diferenciadores que en ocasiones son punto de partida para establecer una nueva conexión, como el grado de extensión o propagación que ha alcanzado un fenómeno de cambio lingüístico, y la naturaleza consciente o inconsciente de la manifestación. Por otra parte, incluimos aquí fenómenos que se explican también por interferencia paramórfica y que no producen un verdadero cambio lingüístico, bien porque sólo se manifiestan en el metalenguaje, como la atribución de etimologías alternativas (p.e. decir que “Madrid” viene de “Madre, id”), o en fenómenos indirectos, como es el caso de cambios que no se han producido por sustitución entre segmentos similares (p.e. “beefburger”, que se comenta más adelante), o incluso proyecciones extraverbales (p.e. en hábitos de conducta o en la creación de realidades materiales). Todos estas variedades de interferencia las presentamos aquí como emparentadas por su base común, aunque la literatura lingüística sólo hace esto esporádicamente y de forma parcial, relacionando a lo sumo dos o tres fenómenos, como se verá a continuación.

En cuanto a los autores que han relacionado fenómenos de interferencia paramórfica normalmente considerados independientes, debemos destacar en primer lugar a Meringer y Mayer, que en su obra pionera *Versprechen und Verlesen* (1895), veían conexiones entre los lapsus cotidianos y los procesos de cambio lingüístico, intentando probar la hipótesis de que aquellos indican la dirección en que se dirigen estos últimos³. Su estudio, y el extenso corpus de errores espontáneos en que se basa, abrieron nuevos caminos en la investigación psicolingüística, siendo precursores de la gran eclosión de estudios sobre el error lingüístico que se dio en el siglo XX (p.e. Fromkin 1971, 1973a; Fay y Cutler 1977), además de influir en la teoría psicoanalítica (Freud 1901). Su influencia en el estudio del cambio lingüístico, no obstante, ha sido considerablemente menor.

Lo que aquí nos interesa, en cualquier caso, es la teoría que exponen, según la cual todos tenemos unos patrones mentales establecidos que atraen a las palabras que oímos por primera vez, haciendo a menudo que cambiemos su forma, y siendo posiblemente estos mismos patrones los responsables de algunos de nuestros lapsus (los auditivos, por lo menos). Es así como se relaciona por primera vez, y apuntando a la

³ Paul, cuya obra *Principien der Sprachgeschichte* (1880) inspiró el trabajo de Meringer y Mayer, fue el primero que formuló esta teoría del error como origen del cambio lingüístico. Y aunque también relacionó las etimologías populares con la percepción del habla, no estableció la relación entre lapsus y etimología popular tan claramente como estos dos autores.

raíz psicológica, el fenómeno accidental del lapsus con el fenómeno más estable de la “etimología popular”, descrito cuarenta y tres años antes por Förstemann (1852).

Aunque la idea de que hay una conexión entre el lapsus y el cambio lingüístico tuvo otros defensores (p.e. Paul 1880/1888; Sturtevant 1917) lo cierto es que, después de este trabajo, los estudios que asocian específicamente la interferencia paramórfica accidental, y la estable han sido relativamente escasos. Garnes en 1978 sugería que las “etimologías populares” (al menos algunas de ellas) podían tener su origen en errores auditivos lexicalizados, y Fox en 1984 las relacionaba no sólo con el error auditivo, sino también con el “lapsus linguae” y con el “tip-of-the-tongue phenomenon”. Ambas autoras explican la etimología popular, merced a estas relaciones, como un fenómeno de “mano invisible”, tal y como hicieron más tarde Rundblad y Kronenfeld (2003), ya que se describe su formación como el resultado de acciones humanas, pero no de un plan preestablecido, según el modelo explicativo de Keller para el cambio lingüístico (1994: 56).

Por su parte, Zwicky en 1979, 1980 y 1982 comparaba otra modalidad típica de interferencia no accidental, el malapropismo clásico, con los malapropismos accidentales de Fay y Cutler (1977) y el “tip-of-the-tongue phenomenon” de Brown y McNeill (1966), con vistas a encontrar unos mecanismos comunes que explicaran todos estos casos desde un modelo coherente del léxico mental. Aunque menciona la etimología popular en el artículo de 1979, no la contrasta con el malapropismo clásico, sino que la considera un proceso creador de malapropismos, ya que la entiende, no como interferencia generalizada, sino como reinterpretación motivadora.

Y en 1988, en una línea semejante, aunque no del todo igual a las anteriores, Bolinger publicó un artículo titulado “Reiconization”, en el que ofrecía su visión particular de la iconicidad del lenguaje. Su idea era que la evolución formal de las lenguas se dirige en ocasiones hacia la transparencia, con el fin de contrarrestar la arbitrariedad de los signos lingüísticos. Aunque su argumentación se apoyaba fundamentalmente en la evolución de las construcciones preposicionales (p.e. la sustitución de “dream of” por “dream about”), la idea central era que cualquier parte del léxico puede verse alterada por procesos de “reiconización”, término acuñado por Collinge (1986) para referirse a la recuperación de una iconicidad perdida. Así pues, presentaba como ejemplos adicionales varios casos de lapsus y “etimología popular” (incluidos los malapropismos clásicos, o estables) que consideraba “semantically

motivated”, y que eran para él prueba indiscutible de que “los seres humanos tienen un ansia perversa de darle sentido a lo que oyen y dicen” (1988: 242).

Es cierto que la idea del artículo es criticable y que, de hecho, nos lleva a cuestionar la validez científica del concepto de iconicidad en el léxico, especialmente cuando se fundamenta en sustituciones formales, porque la posibilidad de que una palabra interfiera en otra puede depender de muchos aspectos, que tendríamos que buscar, además, en el individuo y no en la lengua como ente abstracto. Pero lo verdaderamente interesante aquí es la brillante intuición que demuestra Bolinger al relacionar con una teoría lingüística unos fenómenos que la propia lingüística suele tratar por separado. Posiblemente, al centrarse en la idea de iconicidad, que es más bien un concepto filosófico-lingüístico, no había llegado al quid de la cuestión psicológica, pero esto es hasta cierto punto secundario, porque sugería de todas formas que las sustituciones entre palabras, sean estas accidentales, propias de un léxico individual, o aceptadas por una comunidad, pueden tener una base psicolingüística común.

Seguramente para explicar la base común de estos fenómenos sería mejor hablar de niveles de activación de una determinada unidad en la mente del hablante, y no de “familiaridad”, “motivación” o “iconicidad”, que no parecen lo bastante precisas para un estudio científico riguroso, pero ese no es el tema que nos ocupa ahora. Si nos interesa ahora el trabajo de Bolinger y de los demás autores aquí citados, es como primer paso necesario hacia la elaboración de un esquema de cambios que nos permita analizar las teorías sobre etimología popular.

Así pues, inspirándome fundamentalmente en estas propuestas de Bolinger, realicé hace años un trabajo de investigación sobre lo que entonces denominaba “fenómenos de sustitución paronímica” (Seco del Cacho, 1996). Para ello reunía diversos ejemplos de sustituciones entre palabras de forma semejante, clasificándolos según su naturaleza (p.e. “sustitución por error espontáneo”, “sustitución por fallo de memoria”, etc.). En este rápido estudio contrastado de casos no se llegaba a la conclusión de que existiera un principio reiconizador general en la mente humana, es decir, no se veía tan claro que los hablantes dirigieran todas las innovaciones léxicas, incluidas las accidentales, hacia la “transparencia” semántica; pero sí se hacía evidente que la dinámica del léxico mental posibilita en ocasiones la confusión entre parónimos, dadas unas condiciones mínimas de proximidad formal, y pudiendo influir en muchos casos la relación semántica entre lexemas. En cualquier caso, la conclusión que se puede sacar de esta pequeña reflexión, es que, sea o no relevante la idea de la

iconicidad, hay algo que todos estos fenómenos tienen en común, aunque sólo sea en la naturaleza del cambio y desde un punto de vista descriptivo.

Dejando a un lado, pues, la idea de si la mente “reiconiza” (idea que, dicho sea de paso, ha interesado a filólogos y lingüistas desde hace siglos y por ello tiene mucho que ver con la creación de un concepto prototípico de etimología popular), retomamos aquí la propuesta de los fenómenos de sustitución paronímica como planteamiento, y la ampliamos a “interferencia paramórfica”. La ampliación se debe a dos razones: primero, no siempre hay una sustitución clara y visible entre formas, ya que hay casos de cambio semántico sin cambio formal (p.e. “miniatura”, originalmente ‘pintura al minio’, cambia de significado por asociación con el latín “minimus”); segundo, el adjetivo “paronímico” sugeriría que sólo se ven implicados los parónimos, que son lexemas completos, cuando la evidencia nos indica, como vimos antes, que muchas interferencias se producen entre afijos de forma similar, entre afijos y lexemas, e incluso entre segmentos que no son verdaderos morfemas en la teoría gramatical, y hasta entre homónimos (p.e. “hoz [de río]”, latín “faux” y “hoz [de segar]”, latín “falx”).

Esta ampliación de supuestos es necesaria para poder estudiar la amplísima literatura etimológico-popular sin cribar las ideas previamente con criterios predeterminados. Con el criterio del “paramorfismo”, además, tienen cabida los fenómenos que Olschansky, en su estudio de la etimología popular, llama “adyacentes” (1996), entre los cuales se encuentra la analogía (véase la sección dedicada a este tema más adelante). Y es importante, una vez más, no partir de una postura apriorística con respecto a la relación “analogía-etimología popular”, pues, como veremos, no hay una perspectiva unánime ante el problema: para unos (p.e. Saussure, 1916) la analogía es independiente de la etimología popular, y para otros (p.e. Wheeler 1887) sí tienen algún tipo de relación; de hecho, a veces encontramos en algunos autores ejemplos de “etimología popular” que otros autores etiquetarían como casos de analogía, y viceversa. Nuestra metodología de trabajo, recordemos, requiere que no actuemos con una idea preconcebida al respecto.

Dada la peculiar genealogía de este concepto de “interferencia paramórfica”, podría pensarse que estamos manejando un constructo sin realidad lingüística, creado exclusivamente “ad hoc”. Es verdad, desde luego, que para la lingüística actual no hay tal concepto, pues no lo encontramos en ninguna descripción anterior, pero hay que advertir que lo que hemos creado aquí pretende ser más que nada un metamodelo, una herramienta de trabajo con la que distribuir y etiquetar los distintos casos que la caótica

teoría de la etimología popular nos presenta amalgamados. Por otro lado, no podemos negar que, si bien la lingüística no le encuentra todavía una relación clara a estos fenómenos, sí es posible como mínimo postular, según señalábamos antes, cierta realidad psicológica que sería el nexo de cohesión del concepto. En definitiva, este no es un marco puramente artificial. Lo hemos formado para una tarea de análisis concreta, pero procurando no salirnos de lo que la investigación lingüística ve como posible.

2.4. El problema del plano fenomenológico: el fenómeno primario y las manifestaciones externas

Aunque en un enfoque científico debería reservarse el término “fenómeno” para aquello que es perceptible, observable, cuantificable y/o mensurable, la necesidad de coherencia teórica nos obliga aquí a establecer una distinción entre los fenómenos primarios de interferencia paramórfica, que localizamos en el léxico mental, en un estadio prearticulatorio, y las manifestaciones externas de la interferencia (sonoras, visuales, etc.). Y, aunque para el estudio sólo podemos tratar como fenómenos las manifestaciones externas, es necesario postular como fenómeno primario la confusión mental entre formas, aun cuando no podamos percibirla directamente.

La razón de este planteamiento es que existen manifestaciones indirectas de la interferencia paramórfica. Algunas de estas son cambios subsiguientes a una sustitución entre segmentos similares (p.e. la sustitución de “a slug of liquor” por “a slam of liquor”, posterior a la confusión entre el gaélico irlandés “slog” ‘trago’ y el inglés “slug” ‘golpe’, o la aparición de la “Palestine soup” después de que el “girasole articiocco” italiano se rebautizara en inglés como “Jerusalem artichoke”⁴). Pero otras, siendo la primera manifestación externa de la interferencia, no muestran evidencia directa de que haya habido confusión entre segmentos paramórficos. En estas últimas lo que se evidencia, en realidad, es un paso posterior, consecuencia de una confusión fundamental, que no se ha manifestado directamente, entre segmentos formales. Así, por ejemplo, el caso de “beefburger” (o “cheeseburger”, “fishburger”, etc.), a partir de “hamburger”, que unos autores etiquetan como creación analógica y otros como etimología popular (p.e. Scholfield 1988)⁵, no evidencia la sustitución de un segmento

⁴ “Jerusalem artichoke” es un ejemplo clásico de etimología popular en inglés. Es el nombre con que se conoce la planta *Helianthus Tuberosus*, conocida también en inglés como “sunchoke”, “sunroot” o “topinambour”, y en español como “aguaturma”, “pataca” o “tupinambo”.

⁵ Existen otras formas de etiquetar este fenómeno. Anttila lo denomina “deductive derivation” (1972: 93); Coates, “folk-etymological creation” (1994: 1269); Rundblad y Kronenfeld, “form abstraction” (2000:

formal por otro semejante o coincidente, sino una sustitución semántica en la que el supuesto lexema “ham” ‘jamón’ (que los hablantes han querido ver en la primera sílaba de “hamburger”) es reemplazado por un cohipónimo (“beef”, “fish”, “cheese”, etc.). En casos como este no se ha manifestado previamente la interferencia paramórfica de forma perceptible, pero se puede deducir que ha intervenido. Así pues, aquí sólo podemos localizar el fenómeno de interferencia paramórfica (la confusión entre la primera sílaba de “hamburger”, procedente de “Hamburg”, y el “ham” ‘jamón’ del inglés) en el plano mental, ya que la sustitución que dio lugar a “beefburger” es de base exclusivamente semántica, pero se apoya sobre una asociación de formas no materializada⁶. Además, cabe hablar, en este caso, de un fenómeno subsiguiente a la creación de “beefburger” / “cheeseburger”/etc., que es el nuevo status de “burger” como morfema independiente (p.e. “burger and chips”).

Consecuentemente, por razones de coherencia metodológica, debemos localizar el fenómeno primario, para todos los casos, en el plano mental, por lo cual se consideran los fenómenos subsiguientes “manifestación externa” del fenómeno, más que fenómeno paramórfico en sí. Normalmente la primera manifestación externa será el resultado directo de una sustitución paramórfica y “calcará” la sustitución que se ha producido en la mente (p.e. “*mondarina*” por “*mandarina*”). En otras (p.e. “beefburger”, “monokini”, “dictablanda”), no será así. Veremos también que a veces se presentan como etimología popular fenómenos subsiguientes a la primera manifestación externa de una interferencia paramórfica (p.e. “salt cellar”, donde se añadió “salt” después de que “salier” se viera reemplazado por “cellar”).

En cualquier caso, hecha esta necesaria aclaración, y dado lo heterogéneo de las interpretaciones que vamos a manejar en esta tesis, en especial en el siguiente capítulo, se utilizará aquí la palabra “fenómeno” de un modo amplio, referida a todo aquello que para algún autor “haya ocurrido”, sin distinguir a cada paso entre el fenómeno primario y las manifestaciones externas subsiguientes, con el fin de hacer más comprensible la lectura del texto, que va a ser necesariamente complejo.

28); y Trask “reanalysis” (1996b). Lass (1987: 210) se refiere al caso de “hamburger” con el término “pseudo-suffixation”, pero no todos los ejemplos que da de esta categoría proceden de una interferencia paramórfica.

⁶ Hay fenómenos parecidos que no se apoyan en verdaderas asociaciones paramórficas, como es el caso de la formación de “trimaran” a partir de “catamaran” (Katamba 1994: 192), “workaholic” a partir de “alcoholic” (Rundblad y Kronenfeld 1998: 25), o “triphilian” a partir de “amphibian” (Bauer 1983: 43).

2.5. La relación entre etimología popular y analogía. La analogía como fenómeno de interferencia paramórfica

Hay que tener en cuenta que cuando se creó oficialmente el concepto de etimología popular (Förstemann 1852) no se enmarcaba este en un modelo de fenómenos de habla, o de cambio lingüístico, sino que era uno de los tres tipos de etimología que, según el creador de dicho concepto, ha habido en la historia de la humanidad (véase capítulo 5). No obstante, poco después de su nacimiento oficial, se empezó a usar este término para describir cambios en las palabras debidos a semejanzas formales. Cuando, unos años más tarde, los neogramáticos desarrollaron una teoría del cambio lingüístico, se empleó el concepto de “analogía”, independiente de aquél, para referirse a la influencia formal, semántica o semántico-formal de unos elementos sobre otros, en contraposición a la supuesta infalibilidad de las “leyes fonéticas”. Por ello, existe desde entonces cierto problema de relación entre estos dos conceptos.

A consecuencia de esto, en un principio, o bien se evitaban las consideraciones teóricas que llevaran al problema relacional, o bien se incluía la etimología popular en el campo de la analogía. Más tarde, cuando se divulgaron las ideas de Saussure (1916), que consideraba etimología popular y analogía fenómenos separados, se hizo patente una división de opiniones que apenas llegó a plantearse como debate formalizado. En la lingüística de finales del siglo XX es más evidente aún este problema de acomodo, ya que la etimología popular no ocupa un espacio claro en muchos de los modelos teóricos nuevos, y sin embargo se sigue citando ocasionalmente. Algunos autores de esta época (Hock 1986, McMahon 1994, Hock y Joseph 1996) han optado por considerar la etimología popular un tipo de analogía “no sistemática”, pero no puede decirse que esta postura sea mayoritaria.

Al mismo tiempo, hay una serie de fenómenos tipificados ya por la filología pre-estructuralista, que han vivido suertes parecidas, aunque ha habido más acuerdo a la hora de encuadrarlos dentro de la analogía. Se trata de la contaminación o cruce, (distinguiéndose a veces una versión consciente de esta, la que se denomina “blending” en inglés), la aglutinación y deglutinación, y la derivación regresiva (“back derivation” o “back formation” en inglés). En algunos estudios sobre etimología popular, como veremos más adelante, se incluye a veces uno o más de estos fenómenos en el ámbito conceptual de aquella.

Para algunos autores, la etimología popular afecta exclusivamente a los lexemas, mientras que la analogía influye en los elementos gramaticales de la palabra, esto es, en aquella parte que está sujeta a reglas, a saber, los morfemas flexivos (quedando la duda de si los derivativos son elementos gramaticales o léxicos). Así, la transformación del castellano antiguo “berrojo” en “cerrojo” sería etimología popular, mientras que en inglés el plural “cows”, anteriormente “kine”, se diría que surge por analogía con otros plurales en “-s”. Pero quedan casos intermedios, como el de “extroverted” (originalmente “extraverted”, surgiendo después la forma “extro-” por influencia de “intro-”), o cruces de lexemas, como “estrella” (“stella” + “astrum”) o “female” (“femelle” + “male”), que suelen considerarse analogía y muestran claras interferencias con intervención de elementos significativos.

Además, la existencia de un modelo psicolingüístico que no distingue entre léxico mental y reglas, como el de la perspectiva “lexicalista” (“Full Listing Hypothesis”, Holyoak et al. 1976), que afirma que todas y cada una de las formas de un paradigma gramatical (p.e. “amo”, “amas”, “ama”, etc.) constituyen una entrada independiente en el léxico mental, nos permitiría ampliar la hipótesis de la interferencia paramórfica a muchos casos que de otra forma serían pura analogía proporcional (p.e. para la forma moderna del plural de “cows” habrían influido otras formas que tienen el mismo sonido vocálico, como “sows” ‘cerdas’). Pero esta teoría no cuenta con suficiente apoyo por parte de la comunidad lingüística, de manera que aceptamos que la analogía, o al menos parte de los fenómenos considerados analógicos, se puede deber a procesos no relacionados directamente con la interferencia paramórfica, como el pensamiento deductivo, y concluimos, por tanto, que es discutible la inclusión en este ámbito conceptual de todo lo que se considera analógico. En la tercera parte de esta tesis observaremos, sin entrar en el debate, las relaciones que se plantean entre los conceptos de “etimología popular” y “analogía” dentro de la literatura, teniendo en cuenta además que ambos están en constante proceso de cambio. En cualquier caso, para nuestro modelo de clasificación de los fenómenos de interferencia paramórfica nos limitaremos a los casos en los que pueda decirse con seguridad que hay al menos una unidad significativa implicada, hayan sido o no encuadrados por algún autor en el ámbito de la analogía.

2.6. Identificación del cambio formal y el cambio semántico

Otro problema que se plantea para el estudio de los fenómenos que provoca la interferencia paramórfica en el plano verbal, y, por tanto, para el estudio de la mayoría de casos tipificados como “etimología popular”, es la dificultad que presenta a veces la identificación del cambio semántico. La razón del problema está en que, mientras un cambio formal es evidente, incluso en una unidad léxica aislada de su contexto, el cambio semántico sólo se percibe cuando ha aparecido al menos un contexto nuevo para el uso de esa unidad, independientemente de que reemplace o no al anterior (o a todos los anteriores), o cuando ha desaparecido un contexto de uso que antes era habitual⁷. Todos estos casos, especialmente el último, requieren una amplia exploración del uso de la lengua en varios estadios, cosa que se hace especialmente difícil en algunas ocasiones.

A esto se añade que algunos cambios semánticos son sumamente sutiles, y sólo afectan a las connotaciones, no detectándose cambios en el uso (p.e. “Freitag” en alemán, interpretado como ‘día libre’ y no como ‘día de la diosa Freya’, o “[jour] ouvrable” en francés, asociado con “ouvrir” ‘abrir’ y no con su étimo original “ouvrer” ‘trabajar’). Algunos autores llegan hasta el extremo de considerar cambio semántico cualquier formulación de etimología alternativa (p.e. explicar que “jubileo” viene de “júbilo”, lo cual no es cierto). En esta tesis hablaremos de cambios de significado central para aquellos que sí conllevan cambios en el referente, y de cambios de significado periférico para los que afectan a las connotaciones, y que pueden, ocasionalmente, reflejarse en el uso. En cuanto a la creación de explicaciones etimológicas alternativas, a esta la situamos, por razones de coherencia teórica, en el plano metalingüístico, con lo que no tiene una relación directa con los cambios que sufre el lenguaje de primer grado.

Por otra parte, las sustituciones entre parónimos plantean un problema especial, que ilustraremos con el siguiente ejemplo: si oímos en español la forma vulgar “se ha *infestado* la herida” (en lugar de *infectado*) ¿diremos que ha sufrido un cambio formal la palabra “infectar”, o que ha cambiado el ámbito semántico de la palabra “infestar”? La cuestión, creemos, no tiene respuesta definitiva. Una posible solución, de cara a nuestro modelo, sería limitar el concepto de cambio formal a la aparición de formas nuevas que no existían en el estadio inmediatamente anterior, y el de cambio semántico a

⁷ Nos basamos para estas consideraciones en la idea de que las propiedades semánticas de las unidades léxicas se reflejan en ciertos aspectos de su relación con el contexto en que aparecen, o sus posibles contextos (Cruse 1986: 1).

alteraciones en los patrones de uso de palabras existentes. Pero si el significado nuevo de “infestar” llegara a reemplazar a la palabra “infectar” hasta el punto de que este significante desapareciera, quizá podría hablarse de un cambio en la forma de “infectar” y de la aparición de una nueva homonimia. En este caso, “infestar” figuraría en el diccionario con dos acepciones separadas. La otra opción sería decir que se ha generado una polisemia en la palabra “infectar”. Pero como la distinción entre polisemia y homonimia no siempre es clara, salvo cuando se pueden describir unas evoluciones fonéticas convergentes y no paramórficas, el problema queda sin solución definitiva.

A modo de postulado metodológico, optamos en esta tesis por hablar de cambio formal cuando haya surgido un neologismo, esto es, un segmento formal que no existía en el estadio inmediato, y de cambio semántico cuando, sin producirse neologismos, haya una alteración perceptible en los patrones de uso de la palabra. En cualquier caso, dado el carácter metateórico de nuestro estudio cronológico de la etimología popular, citaremos opiniones de distintos autores, que en ocasiones serán discordantes, limitando la aplicación explícita del criterio mencionado en este párrafo a aquellos casos en que se haga necesario homogeneizar criterios.

Una vez propuesta nuestra definición para este tipo de fenómeno, y tras haber abordado los principales problemas teóricos que conlleva este enfoque, ofrecemos en el capítulo siguiente, un modelo de clasificación que nos permita analizar los diversos planteamientos que encontramos en torno a la “etimología popular”.

CAPÍTULO 3

CLASIFICACIÓN GENERAL DE LOS FENÓMENOS DE INTERFERENCIA PARAMÓRFICA

3.1. Introducción

Basándonos en lo que es observable y comprobable y no en explicaciones “introspectivas” (aun cuando advertimos que al fenómeno paramórfico primario sólo se puede llegar por introspección), proponemos aquí los siguientes criterios de clasificación para los fenómenos de interferencia paramórfica (esto es, para sus manifestaciones externas): En primer lugar, distinguiremos, por el criterio del grado de estabilidad, entre fenómenos accidentales y no accidentales. Dentro de esta última categoría, de más complejidad e interés para la lingüística histórica, intentaremos hacer distinciones según el alcance, el efecto y la consciencia del cambio.

3.2. Clasificación de los fenómenos de interferencia paramórfica

3.2.1. Por el grado de estabilidad

Entendemos por “grado de estabilidad” la frecuencia y la regularidad con que una interferencia paramórfica se da dentro del sistema que la produce, sea este el léxico mental de un hablante, o el léxico de una comunidad. Así, por ejemplo, hay cambios que han alcanzado una gran estabilidad, porque los ha aceptado la comunidad de hablantes del idioma, habiendo reemplazado la forma nueva a la antigua en el diccionario. Es el caso de la sustitución del castellano antiguo “berrojo” por “cerrojo”, o del alsaciano “sauerkraut” por el francés “choucrou”. También suele ser estable el malapropismo clásico, aunque sólo a veces consigue asentarse en la lengua. Por ejemplo, si un individuo dice habitualmente “miel sobre orejas”, confundiendo siempre las palabras “hojuelas” y “orejas” en esta expresión, diremos que su confusión es estable y no accidental. En otros casos decimos que es accidental, no tanto por su carácter involuntario, sino porque ha surgido de forma aislada y no crea un precedente significativo de cara a la evolución del léxico. Este sería el caso de los lapsus y también de juegos de palabras efímeros que se inventan para ocasiones concretas. Pero hay casos intermedios. Así, por ejemplo, en la persona que confunde “apicultura” con

“acupuntura”, alternando el uso erróneo con el correcto, el fenómeno lo consideraremos recurrente, pero no plenamente estable. Lo mismo ocurriría con juegos de palabras aprendidos que se repiten, pero que no destierran a la palabra original (p.e. “Estás muy *elefante*”, por “elegante”).

En realidad, el grado de estabilidad debería verse como un continuo más que como una serie de categorías discretas. Pero en la práctica es muy difícil determinar si un cambio no generalizado es puramente accidental o recurrente, por lo cual propondremos una distinción binaria entre fenómenos “accidentales”, para los que entendemos que ocurren de forma aislada y que no consideramos recurrentes ni estables, y “no accidentales”, simplemente para los que no consideramos accidentales, esto es, los que son recurrentes, cuasiestables o totalmente estables.

3.2.1.1. Interferencia paramórfica accidental

Dentro de esta categoría incluimos los errores espontáneos de personas sanas (lapsus), los de origen patológico (parafasias, paragrafías, etc.), las aproximaciones surgidas en el estado de vacilación del fenómeno “punta-de-la-lengua” y los juegos de palabras efímeros que cumplan con los requisitos de la definición que damos al principio de este capítulo.

Nótese que es primordial en nuestro criterio identificativo que el fenómeno se haya explicado por “la existencia de segmentos formales semejantes percibidos como unidades significativas” (véase capítulo 2) y no porque creamos nosotros que deba explicarse así, ya que mucho de lo que se afirma sobre el origen de los errores es aún especulativo, y no hay una postura unánime al respecto. Y esto es importante recordarlo aquí, ya que en el estudio de los errores de producción no todo lo que parece resultado de la interferencia paramórfica se ha explicado siempre como tal. Hay, en efecto, diversos criterios para decidir si un error es de base léxica o fonológica (p. e. el error de decir “lechuza” por “lechuga” podría ser producto tanto de una sustitución entre palabras como de una entre fonemas), ya que es la postura teórica de la que parte un investigador la que constriñe la selección y la taxonomía de los errores léxicos de su corpus.

Básicamente, la disensión radica en la existencia de dos enfoques para el estudio del error accidental: el modularista y el interactivo (Del Viso 1992: 3-6). Para el modularista, que considera que hay en el procesamiento verbal un nivel subléxico (el de

los fonemas) y otro léxico (el de morfemas y palabras), siendo estos independientes y no pudiendo influir el uno en el otro, sólo habría interferencia paramórfica en los errores que su teoría ha definido como léxicos; y hay que tener en cuenta que para la teoría modularista no todo lo que sugiere error léxico a simple vista se califica como tal. Así por ejemplo, Del Viso califica el error “*lechuga y tomate*” (por *lechuga*), del Corpus de Errores Espontáneos en Español (en Del Viso 1992: A-154), no como sustitución entre palabras, sino como sustitución de consonantes, porque aplica el criterio de no considerar sustitución léxica los casos en que las dos palabras implicadas se diferencian en un solo fonema, excluyendo asimismo de dicha categoría todos aquellos que puedan explicarse por influencia del contexto (Fay y Cutler 1977: 507). Otro ejemplo que no sería para los modularistas resultado de una interferencia léxica es el del error “*Montseñá Caballé*” por *Montserratá* (sic). Aquí, aunque la forma resultante recuerda parcialmente a “monseñor”, para Del Viso el error consiste en una sustitución de consonantes nada más, habiendo reemplazado, según ella, una “erre” vibrante múltiple a la “eñe” del “target”.

De forma parecida reflexionan Aitchison y Todd cuando, sin decantarse por un modelo en concreto, observan que la forma fallida “*peech error*” (por “*speech error*”), que etiquetan como “omission” (esto es, omisión de un sonido), “[...] could (perhaps less plausibly) have been treated as an incorrect word selection, involving similar sounding words, *speech* > *peach*.” (1982: 183)

Del mismo modo, si entre las dos palabras implicadas en una sustitución hay cierta relación semántica y además un parecido formal, pero este sólo se localiza en un segmento breve (p.e. “*inteligencia*” por “*introspección*”, Del Viso 1992: A-184) el enfoque modularista considerará semántico el error, excluyendo, por consiguiente, la posibilidad de influencia formal, ya que en este planteamiento de tipo secuencial cada error nos indica en qué estadio se produjo y no puede mostrar fallos de niveles previos ni posteriores. Por otra parte, la decisión sobre qué errores son semánticos y cuáles no lo son se basa en gran parte en la intuición del lingüista y no es, por tanto, incuestionable. Así, por ejemplo, Zwicky (1982: 118) observa que el error “*summer*” por “*Sunday*”, del corpus de malapropismos accidentales de Fay y Cutler (1975: 518) podría tener una base semántica, cosa que estos autores habían descartado en su selección.

Para el enfoque interactivo, que afirma que en el procesamiento pueden activarse el nivel léxico y el subléxico simultáneamente, pudiendo influirse además entre sí, hay más margen para identificar interferencias paramórficas. Así, por ejemplo, en el error

mencionado “lechuza” / “lechuga” se puede hablar de la interferencia de la palabra “lechuza”, la cual ha contribuido a distorsionar el objetivo del hablante que quería decir “lechuga”. Hasta en errores cuya realización final es una no-palabra, o seudopalabra, nos permitiría este enfoque postular interferencias léxicas. Por ejemplo, en el caso de “Montseñá Caballé”, se podría haber sugerido la influencia, sin sustitución total, de la palabra “monseñor”, o incluso la influencia contextual de “Caballé” (acabada, como “Monseñá” en consonante palatal y vocal acentuada), que también es influencia léxica, aunque en un plano sintagmático. Algo similar podría decirse de los errores de fusión (“blends”), aun cuando el resultado suele ser una seudopalabra (p.e. “*pedernices*”; “perdices” + “codornices”, Del Viso 1992: A-211) y sólo en ocasiones una verdadera palabra, por lo general irrelevante (p.e. “Te invito a una *coña*”; *copa* + *caña*, Del Viso 1992: A-210), y de los errores consistentes en trueques de fonemas, conocidos en inglés como “spoonerisms” (p.e. “*queer old dean*” por “*dear old queen*”), que se suelen explicar como sustituciones contextuales⁸.

Y no son sólo los enfoques cognitivos de procesamiento los que constriñen la selección de ejemplos de un corpus. Es sabido que la selección de errores que hizo Freud en su *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901) muestra un sesgo evidente (Fromkin 1973a: 16; Ellis 1980: 126; Del Viso 1992: 48). Un sesgo que le lleva a seleccionar sólo errores de sustitución y fusión léxica, cuya explicación esté siempre en la interferencia de una palabra que delata el supuesto pensamiento reprimido, sea el resultado una palabra verdadera o una no-palabra. En efecto, Freud rechazaba las

⁸ “Spoonersmism” es, como “malapropism”, otra categoría popular que se utiliza a veces en la literatura lingüística. La denominación es más popular que científica, y deriva del nombre de William A. Spooner (1844-1930), clérigo y decano del New College (Oxford), a quien se atribuyen numerosos lapsus de trasposición, al parecer sin un verdadero fundamento (Potter 1980; el clásico “*queer old dean*”, posiblemente inventado, se atribuye popularmente a Spooner, como explica Katamba 1994: 244). El “spoonersmism” prototípico, esto es, el tipo de error con que se asocia a Spooner, consiste en un error de trasposición de consonantes entre dos palabras “target” con contenido léxico, siempre dentro de una misma oración, y siendo el resultado de dicho trueque dos palabras auténticas pero irrelevantes, y, consecuentemente, una oración absurda, a menudo de efecto cómico (p.e. “*You hissed my mystery lectures*” por “*you missed my history lectures*”, también atribuido a Spooner y citado en Katamba 1994: 244). Este efecto cómico precisamente ha provocado la creación deliberada de “spoonersmisms”, que a veces se atribuyen falsamente a personajes reales, como el productor cinematográfico Samuel Goldwyn (inspirador, a su vez, de otra categoría popular, el “goldwynism”) o el propio Spooner. Además de este uso prototípico, se aplica el término a veces a un intercambio de palabras completas dentro de la oración, p.e. “*I told them to open their desks and leave them on the books*” por “*I told them to open their books and leave them on their desks*” (Katamba 1994: 244). Aquí utilizaremos “spoonersmism” sólo en el sentido prototípico de “trasposición accidental e involuntaria de fonemas entre dos palabras de una misma oración, que da como resultado dos palabras auténticas pero irrelevantes”. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que también son frecuentes las trasposiciones que dan lugar a no-palabras, p.e. “*jawfully loined*” por “*lawfully joined*” (Fromkin 1973b: 245), o a una palabra y una no-palabra, p.e. “*con samor a jabón*” por “*con sabor a jamón*” (Del Viso 1992: A-87).

explicaciones de Meringer, basadas en la influencia del contexto y en los movimientos de fonemas, y abogaba por una teoría del lapsus en la que toda desviación del “target” fuera indicio de un mensaje secreto del subconsciente, el cual se manifestaba siempre bajo la especie de una palabra semejante a la afectada.

Freud, pues, parecía defender una hipótesis paramórfica fuerte; al menos, su teoría sugiere que en cualquier nivel de procesamiento puede interferir una palabra de sonido semejante, como afirman los modelos interactivos. Pero lo cierto es que no propuso un modelo de procesamiento que diera explicación a todos los errores de un corpus amplio y completo, pues el que él compiló sólo contenía errores seleccionados “ad hoc”. Su teoría, por tanto, no cuenta con el beneplácito de los lingüistas, aunque sí se reconoce que hay un tipo de error de naturaleza “freudiana”, consistente en la fusión de dos palabras no sinónimas (Ellis 1980: 128-129), ya que en las fusiones habituales suelen coincidir palabras que sí son sinónimas (p.e. “*cartero*”; “cartel” + “letrero”; Del Viso 1992: A-210) o, cuando menos, cohipónimas, (cf. “pedernices”). Para comparar, he aquí un ejemplo de lapsus genuinamente freudiano, que incluyó el mismo Freud en su *Psicopatología*: cuando alguien, hablando de ciertos hechos indecentes, dijo “todo lo que sale a la luz” (“Was da alles zum Vorschein kommt”), produjo la seudopalabra “Vorschwein”, donde el “target” se confunde con “Schweineireien” ‘cerdadas’. Con todo, hay que decir que la incidencia de este tipo de lapsus es mínima⁹.

En cualquier caso, todos los enfoques reconocen alguna forma de error léxico, que en último término se entiende como el resultado de una interferencia paramórfica, sea cual sea el proceso. Asimismo, tanto en el enfoque interactivo como el modularista, se suele llegar a la conclusión, tras el estudio de estos lapsus, de que en la organización del léxico mental tienen especial importancia aspectos formales como el número de sílabas, el patrón acentual, los sonidos iniciales y finales, y las vocales tónicas.

Por ello, no creemos que deba cuestionarse la existencia de un lapsus explicable por este tipo de fenómeno mental, aunque no hay aún acuerdo sobre la proporción de errores espontáneos que deben considerarse producto de confusiones léxicas. La misma consideración, creemos, puede aplicarse a los estados de vacilación (“tip-of-the-tongue phenomenon”) o a los errores que se dan en ciertos cuadros patológicos.

⁹ La explicación freudiana de los lapsus y los fallos de memoria no la han criticado sólo psicólogos y lingüistas. Timpanaro (1974: 1977) la rebate desde la filosofía marxista, acudiendo a la disciplina de la crítica textual (véd. también Horgan 1999:61-62)

Entiéndase que todo lo dicho en estos párrafos iniciales de la sección pretende ser de aplicación a todas las interferencias paramórficas accidentales, aunque los ejemplos descritos procedan siempre del lapsus de producción oral, que es, con diferencia, el más estudiado por los expertos. No obstante, hay que recordar aquí que hay otros lapsus que no son de producción oral, y que hay otras interferencias accidentales que diferenciamos del lapsus. A continuación hablamos de este fenómeno, el lapsus verbal, como categoría dentro de la interferencia paramórfica accidental, y de sus variedades, para hablar después de las aproximaciones surgidas en estados de anomia (incluido el “tip-of-the-tongue phenomenon”), así como de otros errores de origen patológico y de otras formas de interferencia paramórfica efímera.

3.2.1.1.1. El lapsus

Entendemos aquí por lapsus, o error espontáneo, una incidencia involuntaria en el procesamiento lingüístico normal, por la cual el sujeto emite un mensaje que es diferente en algo del que planeaba emitir, o interpreta un mensaje diferente en algo del que le ha llegado por el canal emisor. El lapsus se suele clasificar, para su estudio, según la modalidad de procesamiento en que se produce, el tipo de error que se ha cometido y la parte del mensaje que se ve afectada. La aplicación práctica de estos criterios de clasificación, como veremos, tampoco está exenta de problemas.

Para una clasificación por la modalidad de procesamiento, habría que distinguir en primer lugar, siguiendo a Zwicky (1982: 116-123), entre errores bimodales y monomodales. Los primeros son aquellos que implican dos modalidades de procesamiento activadas en el mismo sujeto (p.e. tomar apuntes o leer en voz alta¹⁰); los otros, los monomodales, implican uno solo, y por ser menos complejos y más comunes, son los más estudiados. Estos incluyen las dos modalidades productivas (hablar y escribir) y las dos receptivas (oír y leer). Así pues, se habla de errores espontáneos de

¹⁰ Nótese que un error que implicara dos modos de procesamiento, activados en distintas personas no tendría la consideración de bimodal, pues el error sería claramente achacable, o bien al procesamiento del hablante o al del oyente. Así, por ejemplo, oír mal lo que otra persona ha dicho implica una sola modalidad de procesamiento por parte de quien comete el error, y no puede atribuirse más que a un fallo en la audición, siempre, claro está, que se haya verificado que la pronunciación del hablante era correcta. Esta consideración, por otra parte, nos lleva a uno de los principales problemas de método en el estudio del lapsus auditivo: se ha de presuponer siempre que la articulación del hablante era impecable, que las condiciones ambientales eran las más adecuadas y que no ha habido modificaciones sustanciales entre el mensaje erróneo percibido y la repetición de este por parte del oyente, que es, en último término, lo que constará como dato.

producción oral, de escritura, de comprensión oral y de lectura. En estos cuatro tipos de lapsus centraremos este apartado.

El error espontáneo de producción oral, conocido habitualmente como “lapsus linguae” en español, y en inglés como “slip of the tongue”, es sin duda alguna el que más se ha estudiado de todos. Su variante más claramente paramórfica es la que se conoce en inglés, equívocamente, como “malapropism”, a partir del trabajo pionero de Fay y Cutler “Malapropisms and the structure of the mental lexicon” (1977). Con este término se refieren los psicolingüistas a la sustitución de una palabra por otra semejante. Pero puede hablarse de paramorfismo en otros casos. El enfoque modularista identifica, además del malapropismo, un error que tiene el morfema como unidad (en el, cual por tanto, habría un componente paramórfico, según nuestra definición) y nada más, mientras que para el interactivo puede influir una palabra sobre otra prácticamente en cualquier tipo de lapsus, ya sea de forma sintagmática (porque la palabra intrusa estaba en el contexto planeado) o paradigmática (porque se ha activado en el proceso de recuperación léxica por una atracción formal), si bien no todos los lapsus son claramente paramórficos.

La posible relación, de continuidad o de base, entre el “lapsus linguae” y las interferencias no accidentales (malapropismo clásico y etimología popular) es un tema que aparece ocasionalmente en la filología y la lingüística moderna. Ya Meringer y Mayer en su estudio de 1895, hablaban del fenómeno de la etimología popular como algo relacionado con el lapsus. Por otra parte, Aitchison, en *Language change: Progress or decay?* habla de “folk etymology” dentro de una sección sobre “slips of the tongue” (1981: 186-187), sin que nos quede muy claro, sin embargo, qué tipo de relación establece entre una cosa y otra. La misma autora, aun siendo consciente de la distinción entre el malapropismo de Fay y Cutler y el clásico de Zwicky, utiliza en ocasiones para su investigación “malapropismos” que, por problemas de método, no han sido categorizados de forma adecuada, ya que no se verificó en el proceso de compilación si eran accidentales o estables (1972).

El error auditivo (“slip of the ear” en inglés), es, dentro de los cuatro tipos de lapsus que distinguimos en cuanto a modalidad, el que más parece relacionarse con las interferencias paramórficas no accidentales, en especial el malapropismo clásico y la etimología popular prototípica. Quienes han formulado esta relación con más rigor lingüístico han sido Zwicky (1979: 343; y 1982: 122), Garnes (1978), Fox (1984), y Rundblad y Kronenfeld (2000 y 2003); no obstante, son muchos más los autores que, de

una manera u otra, han apuntado a una posible relación entre el lapsus auditivo y las interferencias más estables. Quizá la razón esté en que en los lapsus auditivos, según parece, se activan más palabras que pseudopalabras, aunque quizás esto sea sólo un efecto de las circunstancias en que se produce y manifiesta este tipo de error. En efecto, el oyente interpreta las emisiones del hablante con la presuposición de que este ha dicho algo con sentido, luego su procesamiento, que tiene como objetivo obtener un mensaje, completará cualquier segmento dudoso con una palabra (o más) del léxico mental que encaje adecuadamente en el patrón prosódico. Suele ocurrir, por tanto, que la secuencia sonora emitida se amolde en la mente del hablante a una serie alternativa de palabras verdaderas, las cuales suelen formar combinaciones sintácticamente correctas, aunque el mensaje recibido no tenga el sentido que le dio el hablante. Caso de no ser así, es decir, si lo que oye el hablante no tiene sentido, lo más probable es que no lo reproduzca. Esto explica, como señala Browman (1980: 214), que en los corpus de errores auditivos sean tan escasas las pseudopalabras.

Los errores de escritura y lectura, menos estudiados que los de producción oral y los auditivos, también nos interesan, porque también tienen manifestaciones que pueden interpretarse como efecto de la interferencia paramórfica. Aunque aquí tampoco son unánimes las interpretaciones, todos los modelos reconocen causas de error que pueden relacionarse con el paramorfismo, como ocurre al menos en el llamado “error de selección léxica” en la escritura.

El error escrito tiene básicamente dos submodalidades: error de escritura manual (“slip of the pen” en inglés) y error tipográfico (“slip of the typewriter” o “typing error”). De estas dos, se ha estudiado mucho más la primera, que además presenta una unidad adicional para el análisis, ya que a las dos unidades del nivel léxico (morfema y lexema) se añaden dos, y no una, a nivel subléxico: el grafema y el trazo (pues algunos errores se explican por la ausencia o adición de un trazo distintivo, aunque no se pueden equiparar con los rasgos fonológicos).

La segunda submodalidad, el error tipográfico, aunque ya se empezó a estudiar a finales del siglo XIX y principios del XX (p.e. Meringer y Mayer 1895, Freud 1901), cuenta con pocos estudios propiamente psicolingüísticos (p.e. Lashley 1951, Macneilage 1964, Wing y Baddeley 1980), y presenta peculiaridades que lo hacen muy diferente de cualquier otro tipo de lapsus lingüístico, ya que aquí juegan un papel muy importante la técnica mecanográfica y la disposición del alfabeto en el teclado. Además, algunos de los errores (p.e. en MacNeilage 1964) proceden de ejercicios de copia, por lo

cual su análisis es más complejo, ya que son bimodales. Por estas razones, nos centramos en el error de escritura manual, que también se ha estudiado desde finales del siglo XIX (el primer corpus dedicado exclusivamente a errores de escritura manual, recopilado por Bawden, se publicó en 1900).

Lo más interesante del estudio de los errores de escritura es que, a diferencia de los orales y auditivos, en estos puede haber influido tanto la representación fonológica (modalidad auditiva) como la gráfica (modalidad visual), según observan los principales estudios (p.e. Wing y Baddeley 1980; Aitchison y Todd 1982; Hotopf 1980 y 1983). Como veremos, también en ciertas interferencias paramórficas no accidentales de palabras escritas, etiquetadas a veces como “etimologías populares”, se observa una especie de influencia gráfica no fonológica (p.e. la “s” de “island”, “iland” + “isle”; la “g” de “sovereign”, “soverein” + “reign”).

Otra cosa curiosa es que hay ciertas diferencias en la distribución relativa de tipos de errores paramórficos de escritura, con relación al “lapsus linguae”. En primer lugar, los errores de sustitución léxica parecen ser más abundantes en el lapsus escrito que en el oral¹¹. Por otra parte, los casos de confusión entre categorías de palabras (palabras de contenido léxico por palabras funcionales, y viceversa) son asimismo más numerosos en la modalidad escrita (Hotopf 1983: 152). También son más frecuentes en el error escrito las sustituciones entre derivados de una misma raíz (p.e. “difference” / “different”; Hotopf 1983: 153), que podrían considerarse también, si se quiere, sustitución paramórfica.

El lapsus de lectura (“slip of the eye” en inglés) no cuenta con estudios sistemáticos, probablemente debido a las dificultades que plantea la obtención de datos. En efecto, no podemos tener constancia del error de lectura de otra persona a no ser que esta lo reproduzca en otra modalidad, normalmente repitiéndolo en voz alta, con lo cual se presentan los problemas inherentes al error bimodal. Aunque en algunos casos se acepta este problema como inevitable y se pasa por alto (por ejemplo, en el estudio de la dislexia), sigue siendo un factor que resta fiabilidad a los datos, y es por esto por lo que

¹¹ Este dato, aportado por Hotopf (1983), podría haber surgido de una diferencia metodológica entre su estudio de “slips of the pen” y los de “slips of the tongue” (p.e. Fay y Cutler 1977), ya que cuando la diferencia entre las dos palabras implicadas en el error es de una sola letra, Hotopf lo considera error de unidades léxicas y no subléticas. Como se recordará, Fay y Cutler excluían de su corpus de “malapropisms” todos aquellos errores en los que la palabra sólo difiriera en un fonema de la que se pretendía decir. De todas formas, Hotopf señala que la mayoría de los casos que observa de “single letter substitutions” dan lugar a palabras verdaderas, mientras que sólo un 29,7% producen seudopalabras (1983: 185). Quizá podría hablarse aquí de un “sesgo léxico” en el lapsus escrito, cosa que Del Viso descarta para el lapsus oral (1992: 246).

no hay estudios de corpus sobre lapsus de lectura, aunque se han recopilado casos aislados (p.e. Meringer y Mayer 1895; Mayer 1908).

En cualquier caso, dado que todos hemos experimentado internamente este tipo de lapsus alguna vez, nos basta por el momento con recordar cómo en nuestra lectura hemos sustituido palabras sobre la base fonológico-gráfica, apoyándonos probablemente en estrategias compensatorias de nuestro procesamiento léxico. Curiosamente, uno de los estudiosos de la etimología popular, Ortega Ojeda, cuyo trabajo mencionamos en el capítulo 8, considera etimología popular todo aquel error de lectura que “reinterprete” la palabra original (1985: 548-549), aunque se trata de una opinión que ningún otro autor comparte.

Y hay al menos una quinta modalidad en la comunicación humana cuyos errores han sido objeto de estudio en lingüística. Se trata de la lengua de señas, que en sus principales variedades es conceptual y no alfabética (Crystal 1995: 435). Aunque se han estudiado sus lapsus (“slips of the hand” en inglés) desde la psicolingüística (Newkirk et al. 1980), no se incluirán aquí, ya que se trata de una forma de comunicación que no suele basarse en un código articulado, como es el caso de las lenguas para las que hemos establecido los criterios de identificación de la interferencia paramórfica. Tampoco trataremos aquí otras formas de comunicación paralingüística que no siguen los canales de la expresión verbal convencional, como es el caso, por ejemplo del “silbo gomero”¹², o de lenguajes cifrados.

En el estudio de los lapsus, sobre todo los de producción oral, se suelen distinguir varios tipos de error, que normalmente se tratan como autoexcluyentes, al menos desde la perspectiva modularista. En principio se puede hacer una primera división general entre aquellos errores cuyo origen se puede encontrar “en la propia emisión lingüística en la que ocurren” (Del Viso 1992: 116), que suelen denominarse “sintagmáticos”, “contextuales”, “secuenciales”, “de movimiento” o “de montaje”, y los que “parecen motivados por influencias externas a la emisión” (Ibíd.), que solemos llamar “paradigmáticos”, “de selección” o “no contextuales”. Una vez más, hay que tener en cuenta que los criterios de clasificación no son del todo unánimes. En primer lugar, no se debe descartar una posible interacción entre lo paradigmático y lo sintagmático (Zwicky 1982: 119). Asimismo, ciertos tipos de lapsus que a primera vista

¹² Aun cuando el silbo gomero tiene consideración de “lengua fonológica” (Trujillo 1978: 8-9), habiéndose descubierto, además, que se procesa por los mismos canales neurológicos del lenguaje verbal (Carreiras et al. 2005)

parecen contextuales, como es el caso de las anticipaciones y perseveraciones, podrían explicarse, quizá desde una perspectiva diferente, como no contextuales (Del Viso 1992: 130).

Dentro de la primera categoría, la de errores que se explican por el contexto lingüístico de la emisión, podemos distinguir entre:

- a) errores de trasposición o metátesis, que son aquellos en los que dos unidades truecan sus posiciones, p.e. “*patterkiller*” por “*caterpillar*”; “*vamos a llegar a noche de Roma*” por “*vamos a llegar a Roma de noche*”);
- b) errores de copia, en los que un elemento surge, aparte de en su contexto adecuado, al menos una vez más en un contexto inadecuado, pudiendo la manifestación redundante reemplazar a otro elemento (p.e. “*corkical*” por “*cortical*”) o insertarse sin más (p.e. “*llozvznas*” por “*lloviznas*”). Se puede distinguir además, dentro de esta categoría, entre “anticipaciones” (si se reproduce el elemento repetido antes de su contexto correcto, p.e. “*cicle sin azúcar*” por “*chicle sin azúcar*”) y “perseveraciones” (si se reproduce después, p.e. “*black bloxes*” por “*black boxes*”);
- c) errores de desplazamiento, en los cuales un elemento parece haber abandonado su posición correcta y moverse a una posición inadecuada, no apareciendo en la que le correspondía (p.e. “*molintos de vieno*” por “*molinos de viento*”).

Existen además casos ambiguos, más difíciles de categorizar. A veces, en algunos errores de copia, no está claro si se ha repetido un elemento anterior o posterior, dado que hay posibles fuentes de error a ambos lados (Del Viso 1992: 125; Fromkin 1973b: 218, p.e. “*Descubra ustred una estrella*”; “*Spanish speaping people*”). Para estos lapsus, Del Viso propone la categoría de “anticipación/perseveración” (1992: 125).

En otros casos, la unidad se ha “colocado” al otro lado de una de sus adyacentes en el plan original, con lo cual lo que percibimos podría ser tanto un desplazamiento como una trasposición (p.e. “*persumo*” por “*presumo*”, Del Viso 1992: 138). Por otra parte, cuando el sujeto se autocorriga sin terminar la oración que inició, puede privarnos del contexto que determinaría si estaba cometiendo un error de anticipación, trasposición o desplazamiento (Fromkin 1973b: 219; Del Viso 1992: 125). Así, por ejemplo, la oración “*Voy a rata de Ángel ...*”, que se interrumpió y reemplazó por “*Voy a casa de Ángel un rato*”, podría haber terminado en su versión primera con “... un caso”, con lo cual el error sería de trasposición consonántica, o bien con “... un rato”, que categorizaría el error como anticipación, consonántica también (Del Viso 1992: 125).

Por último, observamos que Zwicky incluye en la categoría de errores sintagmáticos las haplogías, u omisiones telescópicas, del tipo “*freech*” por “free speech”, ya que se pueden considerar anticipaciones en las que el material anticipado se precipita, “expulsando” lo que hay en medio (1982: 119). Pero esta es, sin duda, una opinión discutible; para Del Viso (1992) y Aitchison (1982, 1994) estos errores son claramente paradigmáticos.

En cualquier caso, la posibilidad de que en este tipo de errores haya influido una palabra no presente en el plan inicial, lo cual indicaría que se ha producido una interferencia paramórfica, sólo puede postularse desde el enfoque interactivo, ya que para los modularistas estos errores de montaje sintáctico sólo tienen lugar cuando ha concluido la fase de selección léxica, y en su teoría no puede estar activa esta cuando se ha activado ya la fase siguiente. Incluso en aquellos errores que dan como resultado una palabra que obviamente no estaba incluida en el plan inicial (cf. “lechuza”, “jabón” y “rata” de los ejemplos citados) se opta por descartar la influencia de otras palabras registradas en el léxico mental, ya que este enfoque no reconoce el efecto conocido como “sesgo léxico” (Del Viso 1992: 246). Para el enfoque interactivo, en cambio, la palabra intrusa puede haberse activado en cualquier momento, y puede, por tanto, haber interferido en el plan original, aun cuando el sentido común no justifique su presencia en la oración.

En la otra categoría de errores, la de los paradigmáticos o no contextuales, se suelen incluir las sustituciones, en las que se ha introducido un elemento distinto del “target”, reemplazándolo (p.e. “*capital punishment*” por “*corporal punishment*”), y las fusiones, en las cuales se han combinado dos elementos, normalmente palabras, formando uno solo (p.e. “*cartero*”, “*cartel*” + “*letrero*”, o “*huskuline*”, “*husky*” + “*masculine*”). También están las polémicas categorías de omisión/haplogía y adición, que requieren algún comentario adicional.

En cuanto a las sustituciones, aunque aquí puede interferir la polémica sobre qué unidades lingüísticas se ven implicadas en el lapsus (véase más adelante), podemos decir, desde el sentido común, que se dan normalmente a nivel de fonemas, de morfemas, o de palabras; se distingue para estas últimas entre sustituciones semánticas (p.e. “*tomorrow*” por “*yesterday*”) y formales (los “malapropisms” de Fay y Cutler 1977, p.e. “*porcupines*” por “*concubines*”), con una posible tercera categoría de sustituciones semántico-formales (p.e. “*summer*” por “*Sunday*”, “*clarinets*” por “*castanets*”) para quien no defienda el carácter autoexcluyente de las dos primeras. En

cualquier caso, las sustituciones de base formal a nivel de morfemas y de palabras son indiscutiblemente ejemplos de interferencia paramórfica. Y la creencia en una posible atracción semántico-formal, por otra parte, es un elemento decisivo en algunas teorías explicativas de la etimología popular prototípica.

Como decíamos, algunos autores incluyen en la categoría de error paradigmático los errores de adición (p.e. “*saldrir*” por “salir”, “*juxtapapose*” por “juxtapose”) y los de omisión (“*García-Loca*” por “García-Lorca”, “*peach/peech error*” por “speech error”), incluyendo estos últimos el fenómeno conocido como “haplogía” o “error telescópico”, en el cual la omisión de un segmento lleva a que se fusionen dos palabras, no necesariamente adyacentes, de la emisión planeada (p.e. “*freech*” por “free speech”). Pero estos dos tipos de error -adición y omisión- también plantean problemas a la hora de categorizar. Ya habíamos visto, por un lado, cómo Zwicky sugería que la omisión podría entenderse como error sintagmático. Por otra parte, para decidir a qué clase concreta pertenece un error necesitamos a veces una información que no está disponible. Así, al igual que veíamos la incertidumbre que se crea cuando ciertos errores sintagmáticos se corrigen antes de concluir la oración, se dan situaciones parecidas con errores como “*huskuline*”. Esta pseudopalabra, que presentábamos antes como ejemplo de fusión, podría haber surgido, según sugiere Aitchison, por una haplogía en una emisión que en su plan inicial sería algo así como “He’s such a a husky and masculine man” (1994: 21). En cualquier caso, advertimos que esta autora no incluye ni la adición ni la omisión entre los errores paradigmáticos (1982: 182).

Por último, hay algunos errores de muy difícil clasificación, que no se pueden incluir sin problemas en ninguna de las categorías anteriores, ya que la clasificación se suele hacer por unos niveles de procesamiento concretos e independientes, de acuerdo con la perspectiva modularista. En este grupo misceláneo están los errores de acentuación (p.e. “*bájar*” por “bajar”, “*súpine*” por “supine”) y entonación (p.e. “mientras, Kasparov...” por “mientras Kasparov ...”). Asimismo existe un grupo variopinto de lapsus “mixtos”, esto es, emisiones fallidas que en su resultado final evidencian que se ha dado más de un error (p.e. “*equipija*” por “equipaje”, “*the dewhole partment*” por “the whole department”, “*seminology phonimar*” por “phonology seminar”).

Esta clasificación por el tipo de error se basa en modelos propuestos para el lapsus de producción oral, pero puede aplicarse, con matizaciones, a los errores auditivos y de escritura. En efecto, para ambos casos se puede hablar también de errores

sintagmáticos y paradigmáticos. En el estudio del lapsus auditivo se registran sobre todo metátesis de sonidos, dentro de la categoría sintagmática, y en la paradigmática, sustituciones (sobre todo de palabras, pero también de unidades inferiores y superiores), siendo frecuentes el reanálisis y la asimetría en el número de unidades implicadas. Asimismo, se registran adiciones y omisiones, a nivel de fonema, secuencia fonológica, morfema y palabra (Bond 1973, Garnes y Bond 1975, Browman 1980).

En el lapsus escrito, sujeto a unas constricciones diferentes, se pueden observar errores al nivel grafológico y fonológico, lo cual sugiere que operan las dos vías en el procesamiento del lenguaje escrito. Los errores sintagmáticos (anticipación, perseveración, etc.) suelen reflejar anomalías en el nivel grafológico, siendo especialmente frecuente la haplología, y dándose errores que no tienen equivalente en la comunicación oral, como la geminación incorrecta de grafemas (p.e. “hhe”) o el desplazamiento de la geminación a una posición indebida (p.e. “tokk” por “took”). En la categoría paradigmática predominan las sustituciones, en especial las de palabras, que pueden ser a nivel semántico o formal. Dentro de este último caso, que es el que aportaría los principales datos al estudio de la interferencia paramórfica, observa Hotopf (1980: 292) sustituciones entre homófonos (p.e. “*scene*” por “*seen*”), donde el lapsus es puramente ortográfico¹³, así como entre parónimos cuasihomófonos (p.e. “*wonder*” por “*wander*”), donde interactúan las dos áreas de procesamiento, y entre parónimos más distantes (“near homophones”, p.e. “*consequence*” por “*competence*”), que parecen ser errores eminentemente fonológicos. Observa Ellis a este respecto que dicho tipo de errores tiende a producir secuencias gráficas que se corresponden con palabras del idioma, mientras que es menos habitual que encontremos grafías no convencionales. Esto es, es más frecuente que “*their*” se vea sustituido por “*there*” que por **thair*” (1993: 64), lo cual puede sugerir que hay cierta tendencia entre las palabras formalmente próximas. Muy próximos a este último grupo estarían las sustituciones entre derivados de una misma raíz (p.e. “*importance*” por “*important*”), que pueden tipificarse como errores a nivel morfológico o a nivel de palabra, según criterios.

Por otra parte, se observa una proporción considerable de sustituciones de palabras que, a diferencia de lo que suele ocurrir en el lapsus oral, no respetan los límites de la categoría gramatical o incluso saltan de clase abierta a cerrada y viceversa.

¹³ Estos lapsus se diferencian de la clásica falta de ortografía en el hecho de que el que los comete conoce la grafía correcta, de lo cual hay que cerciorarse en todo momento. Hotopf y los demás investigadores del lapsus de escritura verifican esto siempre con los sujetos. En ocasiones, incluso, utilizan sus propios lapsus, o trabajan con manuscritos revisados y corregidos a mano.

Hay que señalar, además, que la clasificación de Hotopf, basada en un criterio diferente al de Fromkin, Fay/Cutler y Del Viso para el lapsus oral, considera sustituciones léxicas todos aquellos errores que, implicando un solo grafema, dan como resultado una palabra distinta de la que se pretendía escribir.

Para el error de lectura (monomodal) no hay datos que sugieran que se producen los mismos tipos de error que los que señalábamos para las otras modalidades. Sí tenemos la certeza, por experiencia personal, de que se producen con relativa frecuencia sustituciones léxicas basadas en la forma fonológica y/o grafémica. Y tampoco, creemos, puede ni debe inferirse nada del estudio de los trastornos neurológicos de la lectura, ya que los datos son especialmente peculiares por deberse a formas de procesamiento excepcionales (p.e. las paralexias semánticas de la dislexia profunda; Coltheart 1980, 1987).

En cualquier caso, observamos que en todos los tipos de error hay ejemplos que pueden atribuirse a la interferencia paramórfica, aunque el punto de mira de los estudiosos se centra siempre en la sustitución entre parónimos, tipo “malapropism”. Para el resto de los casos, siempre quedará la duda de si ha interferido de verdad una palabra ajena al plan original o si todo es producto de la casualidad. En último término, las decisiones quedan condicionadas por nuestros criterios de partida y nuestras posiciones teóricas, como demuestra la comparación entre la clasificación de Fromkin y la de Hotopf.

El tercero de los criterios de clasificación empleados en el estudio de los lapsus es el de unidad afectada. Para aplicarlo se intenta ver qué unidades lingüísticas se ven implicadas en el “locus” del error, es decir cuáles se sustituyen, se fusionan, se trasponen, se copian, se omiten, etc. Se parte para ello de las unidades propuestas por la lingüística teórica, con el objetivo, al menos para algunos autores, de verificar si los niveles de descripción con que se analiza el lenguaje coinciden con los niveles que operan en el procesamiento lingüístico. Es decir, se trataría de comprobar si las unidades hipotéticas que establece la lingüística tienen realidad psicológica o si son, por el contrario, meros constructos (Fromkin 1973a y b). Como es de suponer, tampoco existe unanimidad en cuanto a métodos y resultados dentro de esta línea de investigación.

En cualquier caso, podemos partir de los tres niveles que establece Del Viso (1992: 122) para la clasificación de los lapsus orales según la unidad afectada, a saber: subléxico, léxico y supraléxico. A nivel subléxico, hay unanimidad en señalar el fonema

o el grafema como unidades básicas. También se ha especulado con unidades inmediatamente inferiores, pues varios autores (p.e. Hockett 1973: 98 y Fromkin 1973b: 223-227) identifican lapsus que pueden describirse en términos de rasgos fonológicos¹⁴, mientras que Hotopf parece otorgarle un papel, si bien menor, al trazo gráfico en la descripción de ciertos errores de escritura manual (1983: 190-191).

Como unidades subléxicas superiores, se ha propuesto también la secuencia de fonemas (dentro, normalmente, de una de las posiciones integradoras de la sílaba; Del Viso 1992: 165). En cambio, no está claro el status de la sílaba como tal en una clasificación de errores por unidad implicada, ya que las opiniones expresadas, aparte de ser divergentes, presentan problemas de interpretación¹⁵.

A nivel léxico se destacan el morfema (raíz, prefijo, sufijo flexivo y sufijo derivativo¹⁶), que el estudio de los lapsus parece confirmar como unidad independiente (Fromkin 1973b: 234), y la palabra, distinguiéndose habitualmente el grupo de palabras funcionales, o de clase cerrada, del de palabras con contenido léxico, o de clase abierta. En los “lapsus linguae” con sustitución léxica la sustitución de una palabra por otra se produce casi siempre dentro de una misma categoría gramatical, o al menos dentro de uno de los dos grandes grupos, clase cerrada o clase abierta. Otro caso diferente es el de los lapsus auditivos, en los que una palabra puede verse sustituida por dos (o más), o bien dos (o más) palabras pueden ser sustituidas por una sola, ya que es frecuente el reanálisis en esta modalidad. Por otra parte, en los errores de escritura es muy común que se produzcan sustituciones entre clases.

¹⁴ El problema es que, al ser el rasgo distintivo fonológico un constituyente inmediato del fonema, todo rasgo que pueda atribuirse a movimientos de rasgos, se manifestará también en la realización de un fonema distinto del “target” (p.e. “reverendum” por “referendum”), con lo cual es difícil, y probablemente innecesario, demostrar que el error se ha producido sólo a dicho nivel (Del Viso 1992: 271).

¹⁵ Por un lado, apenas se han identificado errores que se localicen inequívocamente a nivel de sílaba; los ejemplos que se han dado son escasos y ambiguos (p.e. “*phisolophy*” por “*philosophy*” podría ser un caso de metátesis de consonantes). Por otro lado, lo que buscan algunos autores (p.e. Fromkin 1973a y b) es demostrar la “realidad psicológica” de ciertas unidades tradicionales de descripción lingüística. En este sentido, sí podría ser relevante la sílaba, en virtud de ciertos efectos de posición observados en lapsus orales, independientemente de la existencia o no del “error silábico”. Por ello, Del Viso afirma que, más que unidad de planificación, la sílaba es “un marco que constriñe la forma que pueden adoptar los errores que afectan a otras unidades menores que ella misma” (1992: 226).

¹⁶ Una de las cuestiones que se plantea en el estudio psicolingüístico de anomalías en el procesamiento, como ya dijimos, es si el léxico mental almacena en su forma final todas las formas posibles de un paradigma flexivo y todas las palabras derivadas de una misma raíz o si, por el contrario, se almacenan por separado raíces y afijos, y en el procesamiento estos elementos se combinan para producir la forma adecuada. La mayoría de los investigadores parece inclinarse por esta última opción, y dentro de este grupo hay una mayoría que cree que los afijos derivativos y los flexivos se almacenan y procesan de forma independiente. También se especula con la posibilidad de que haya varias alternativas de procesamiento disponibles en nuestro léxico mental (Aitchison 1994: 131-132).

Esta unidad, la palabra, se diferencia de las inferiores, incluido el morfema, en que puede producir mezclas (que también se pueden producir entre unidades supraléxicas, como veremos). Este fenómeno, que es algo así como un cruce de palabras, casi siempre sinónimas, produce tanto pseudopalabras (p.e. “*brizca*”, “*brizna*” + “*pizca*”) como palabras auténticas pero irrelevantes (p.e. “*bajón*”, “*baúl*” + “*cajón*”). Aitchison (1994: 20) distingue, dentro de este grupo, entre mezclas de base semántica (“*expose*”, “*expect*” + “*suppose*”), mezclas de base fonológica (“*lustrious*”, “*lustful*” + “*illustrious*”) y mezclas fonológico-semánticas (“*tummach*”, “*tummy*” + “*stomach*”).

Debemos recordar, además, que la distinción tajante entre errores fonológicos y léxicos presupone que los errores sólo pueden corresponderse con un nivel de procesamiento, como afirma la hipótesis modularista, siendo inconcebible, por tanto, la interacción entre niveles. En especial, se descarta, como ya vimos, la posibilidad de que una palabra se confunda por un parónimo si sólo los diferencia un fonema, y que en el caso de que un error implicara a este tipo de parónimos, el modularista optará por encasillarlo en el plano fonológico.

En cuanto al nivel supraléxico, existen errores que afectan a unidades mayores que la palabra y menores que la cláusula (Del Viso 1992: 186). Suelen consistir en fusiones (p.e. “¡[...] me pones los dientes de gallina!”), aunque también hay desplazamientos (p.e. “[...] poco más hace de media hora”) y trasposiciones (p.e. “Un croissant mediano y un café con leche a la plancha”). También en este nivel es postulable la interferencia paramórfica (p.e. “pendiente de un *viló*”), aunque casos como el del ejemplo son ambiguos, ya que un cambio como el de “*viló*” por “*hilo*” se puede considerar fonológico y léxico también.

En los lapsus auditivos parecen operar las mismas unidades que en los de producción oral. Esto es, hay errores que implican al fonema, a secuencias de fonemas, a morfemas, a palabras enteras y a sintagmas (con frecuente reanálisis en estos tres últimos casos). Debemos añadir también la cláusula como unidad en este tipo de error (p.e. “*clash of the Titans*” > “*or else they’re fighting*”), que no figuraba en los lapsus de producción. Browman sugiere también el rasgo fonológico como unidad implicada (p.e. “*van*” > “*fan*” 1980: 214), pero con esta distinción existe el mismo problema que observábamos a propósito del lapsus de producción oral.

Por último, añadiremos una observación semejante a la que presentábamos al concluir el estudio de los distintos tipos de error. En potencia, a cualquier nivel de los que hemos utilizado para ubicar las unidades implicadas en el lapsus, suponiendo que

los errores se producen a niveles independientes, como propone la hipótesis modularista, pueden darse transformaciones que son susceptibles de ser interpretadas como interferencias paramórficas. Ahora bien, en último término, la hipótesis paramórfica fuerte ha de ser necesariamente interactiva. De no ser así, sólo podemos ver el paramorfismo en las sustituciones léxicas, y dentro de estas, en las que están motivadas por semejanzas formales (fonológicas o visuales).

3.2.1.1.2. Aproximaciones en estados de anomia

Aparte de los errores espontáneos, los que surgen inconscientemente en el procesamiento verbal sin alterar, en un principio, la fluidez, hay otro tipo de incidencia comunicativa que es especialmente interesante para el estudio de la interferencia paramórfica. Se trata de las palabras y seudopalabras sustitutorias que afloran en estados de anomia (benigna o patológica), esto es, cuando el sujeto tiene dificultad para evocar la palabra concreta que desea decir. Estas “aproximaciones”, que se asemejan formalmente a su “target” en rasgos que coinciden con los que tiene en común el malapropismo accidental con la palabra correcta (Zwicky 1982: 125-127; Brown 1991: 219), han aportado datos muy valiosos para la descripción de la estructura del léxico mental y de los modelos de procesamiento, además de tener cierto valor de “puente” teórico entre la interferencia paramórfica más espontánea y la estable (p.e. el malapropismo clásico; Zwicky 1979; 1980; 1982), y deberían tenerse en cuenta, creemos, a la hora de explicar lo que conocemos como “etimología popular”, aunque son pocos los autores que han visto esta conexión (p.e. Fox 1984).

Se suele distinguir, para el estudio, entre los episodios de anomia que no se explican por una patología cerebral, esto es, los que se producen en sujetos sanos cuando falla momentáneamente el mecanismo de recuperación, y los que son consecuencia de un trastorno neurológico, normalmente alguno de los que se etiquetan como “afasia”. No obstante, se suele considerar al primer grupo de casos como una forma benigna del segundo, por lo cual no los trataremos aquí como esencialmente diferentes. Pero, aun teniendo en cuenta estas consideraciones, dedicaremos secciones separadas a estos grupos, de acuerdo con la forma en que se investigan habitualmente.

Así pues, cuando esta dificultad para la denominación la experimentan sujetos neurológicamente sanos, se entiende que hay un fallo puntual en los mecanismos de recuperación léxica. A este episodio benigno de anomia, descrito en la antigüedad por Aristóteles, y, siglos más tarde, ya en los albores de la psicología moderna, por Ogle

(1867: 94), James (1890: 251) y Freud (1891 y 1901), le dieron Brown y McNeill el nombre de “tip-of-the-tongue phenomenon” (1966) en un estudio, pionero y ya clásico en psicolingüística, sobre este tema.

El trabajo de Brown y McNeill se basaba en un experimento que, a partir de definiciones de palabras poco frecuentes, conseguía provocar dicho estado artificialmente, con lo que se obtenían los datos para el análisis. Dichos datos consisten, o bien en características que puede facilitar el sujeto sobre la palabra que está “en la punta de la lengua” (p.e. la primera letra, el número de sílabas, la posición del acento, etc.), o bien en palabras sustitutorias, esto es, en las que vienen a nuestra mente durante ese estado de recuperación léxica, y que rechazamos por no ser, obviamente, la palabra buscada. Normalmente estas son, hasta en un 70% de los casos, según Brown y McNeill, palabras de notable parecido formal (p.e. “Saipan” por “sampan”), aunque en otros la relación es sólo semántica (p.e. “houseboat” por “sampan”).

Más tarde se realizaron otros experimentos basados en la idea inicial de Brown y MacNeill, y se recopilaron, además, corpus con datos observacionales (p.e. Browman 1978). En líneas generales, se han confirmado con estos nuevos datos las conclusiones del primer estudio experimental: las “aproximaciones” (las palabras sustitutorias que muestran un parecido formal) y los “targets” suelen coincidir en rasgos como la letra inicial (en 50-71% de los casos, según la revisión de Brown 1991) y la final (con menor frecuencia; Brown 1991: 210), la vocal de la sílaba acentuada, el número de sílabas y el patrón acentual, aunque, como señala Brown, las correlaciones de estas dos últimas variables no son significativas en relación con las que pueden darse por casualidad (1991: 210). Estas conclusiones se aproximan a las de algunos análisis de errores espontáneos de sustitución léxica (p.e. los “malapropisms” de Fay y Cutler 1977 y los “slips of the pen” de Wing y Baddeley 1980), según el estudio analítico de Brown, aunque no se puede deducir, en opinión de este autor, que en todos estos fenómenos subyazca una única causa (1991: 220)¹⁷.

Por tanto, la evidencia superficial que aportan los datos obtenidos del fenómeno “punta de la lengua” da pie para postular la posibilidad de interferencias formales en la

¹⁷ Alan S. Brown (no confundir con Roger Brown, coautor del estudio pionero sobre el “tip-of-the-tongue phenomenon”) compara las “similar-sound words”, esto es, las palabras sustitutorias de sonido similar que surgen en estados “punta de la lengua”, con varios corpus de “slips of the tongue”. Ahora bien, hay que advertir que con esta denominación se está refiriendo a los “malapropisms” recogidos por Fay y Cutler (1977), Tweney et al. (1975) y Dell y Reich (1981). También utiliza datos de Zwicky (1982) en el mismo análisis, por lo cual es probable que haya confundido –o equiparado– el “malapropism” de Fay y Cutler con el “classical malapropism” de Zwicky.

memoria léxica. Un modelo explicativo que contara con dicha posibilidad ayudaría a dar una explicación cognitiva mejor a los fenómenos de interferencia paramórfica no accidentales.

De las dos hipótesis con que se ha intentado explicar el “tip-of-the-tongue phenomenon”, la de la “activación incompleta” y la del “bloqueo”, es esta última la que mejor puede explicar el supuesto componente –o carácter- inconsciente de la etimología popular prototípica, defendido, entre muchos otros autores, por Dauzat (1948). Por supuesto, las dos teorías dan cuenta de la existencia en superficie de palabras sustitutorias, pues su afloración es una de las características del fenómeno; ahora bien, mientras que en la de la “activación incompleta” las palabras relacionadas acuden a la memoria para compensar una activación que no pudo completarse, en el modelo de “bloqueo” estas se encuentran activadas desde las fases iniciales de la recuperación, apartando al mecanismo recuperador de la ruta adecuada (el “ugly sister effect” de Reason y Lucas 1984¹⁸). Es por esto que la interferencia paramórfica no accidental (malapropismo clásico, etimología popular prototípica, etc.) se explicaría mejor con un modelo cognitivo que contemplara esa potencial interferencia de elementos análogos en la memoria.

No obstante, ninguno de los dos modelos explicativos cuenta con evidencia suficiente que lo apoye. Además, la hipótesis del bloqueo no justifica por qué no afloran siempre palabras sustitutorias (Brown 1991: 216). Con todo, está claro que las “aproximaciones” basadas en el parecido formal son, evidentemente, ejemplos de alguna forma de interferencia paramórfica.

En cualquier caso, los datos del “tip-of-the-tongue phenomenon” aportan información muy valiosa sobre las propiedades que pueden recuperarse de una palabra en estados de anomia, lo cual ha contribuido, entre otras cosas, a una mejor comprensión de la afasia, de la cual hablaremos a continuación¹⁹.

Las afasias constituyen un grupo de trastornos del habla debidos a patologías del sistema nervioso central (p.e. accidente cerebrovascular, traumatismo o tumor). Pueden afectar, por ejemplo, a la capacidad de formar oraciones, a la de comprender mensajes o

¹⁸ Reason y Lucas llaman “ugly sisters” a las palabras que se interponen en la ruta de recuperación de la palabra “target”. “Ugly sister” hace referencia a las hermanastras del conocido cuento de Cenicienta, que intentaban impedir que el Príncipe encontrara a la heroína. Otras denominaciones que se han dado a las palabras que interfieren en este proceso son “blockers” (Burke et al. 1988) e “interlopers” (Jones 1989).

¹⁹ Un tipo de anomia, generalmente benigna, pero en ocasiones patológica, que ha adquirido un status especial y ha llegado a convertirse en tema de estudio independiente, es el del olvido de los nombres propios, en especial los de persona (Cohen y Burke 1993; Valentine et al. 1996; Semenza 1997)

a la de producir palabras, siendo frecuente que se vean afectadas varias habilidades lingüísticas a la vez. Las parafasias, que estudiaremos en este mismo apartado, son palabras fallidas que surgen en estos estados. Estas pueden ser palabras auténticas (aunque inadecuadas al contexto, o distintas del “target”) o seudopalabras (llamadas “neologismos” en este ámbito de estudio cuando resultan irreconocibles).

Aunque las parafasias de sustitución léxica suelen asociarse generalmente a la llamada “afasia anómica”, casi todos los pacientes afásicos (afasia de Broca, Wernicke, de conducción, etc.) manifiestan en algún momento trastornos anómicos, esto es, dificultad para nombrar las cosas y acciones de la vida cotidiana (Sánchez Bernardos 1988: 36; Brown 1991: 218; Goodglass y Wingfield 1997: 5). Asimismo, este tipo de dificultad, aparte de tenerla los sujetos afásicos y los sujetos sanos (en su forma benigna, como ya hemos visto), se experimenta a veces en casos de demencia, y se da también ocasionalmente en algunas alteraciones difusas del sistema nervioso central, en algunas histerias, e incluso en personas con problemas de lectura, en especial en casos de dislexia profunda (Sánchez Bernardos 1988: 36; Garrett 1992).

De hecho, el término “anomia” puede referirse tanto al síndrome afásico que se caracteriza por la dificultad para producir determinadas palabras como al episodio mismo de dificultad puntual, cualesquiera que sean las circunstancias. Lo que no debe presuponerse es que todos los estados anómicos tengan la misma explicación neurológica, ya que los de la afasia anómica se deben a lesiones en las áreas del lenguaje del cerebro, y los demás se producen por razones neurológicas diferentes, como en el caso de la enfermedad de Alzheimer, en la que la anomia se explica por un deterioro general de la memoria semántica (Goodglass y Wingfield 1997: 5-6).

Se suele distinguir entre: “parafasias literales” (también conocidas como “fonémicas” o “fonológicas”), que consisten en adiciones, omisiones, sustituciones o trasposiciones de fonemas en una palabra, y que dan como resultado seudopalabras semejantes al “target” (p.e. “*tullillo*” por “tobillo”; “*spink*” por “sphinx”); y “parafasias nominales”, o “verbales”, en las que se sustituye una palabra existente por otra relacionada formal o semánticamente. Así, por ejemplo, “contador” por “comedor” es una parafasia verbal en la que la sustitución se apoya en la forma, mientras que “hipopótamo” por “rinoceronte” es una sustitución por relación semántica. Dentro de las dos es, naturalmente, la primera, la que se explica por alguna forma de interferencia paramórfica.

No obstante, advertimos que con las parafasias existe un problema semejante al que ya comentábamos a propósito del lapsus “lechuza” por “lechuga” (vid. 3.2.1.1) Cuando se observa en el habla de un afásico la sustitución de una palabra por otra semejante, no siempre es fácil decidir si es una verdadera sustitución léxica o una parafasia fonológica que fortuitamente da lugar a una palabra del idioma (Buckingham 1980; Sánchez Bernardos 1988: 89). No obstante, hay una serie de casos en los que es evidente que se ha producido una sustitución léxica atribuible a la relación formal

Además, para algunos autores existe una categoría de error afásico que debe diferenciarse de estos dos tipos de afasia. A esta la denominan “neologismo” o “parafasia neológica”, y se refieren con tal denominación aseudopalabras que no son reconocibles. Aunque estas son típicas de la afasia de Wernicke, también se dan en otras, incluida la anómica. Algunas de estas se pueden explicar por la codificación simultánea de dos elementos léxicos, aunque sólo en algunos casos se puede ver relación formal o semántico-formal. Por ejemplo, en “eskloot” por “igloo”, con influencia de “eskimo”, la interferencia es más bien semántica.

Pero, volviendo a las sustituciones de palabras basadas en la forma, que es el fenómeno que más nos interesa dentro del tema de la afasia, debemos destacar cómo en algunos casos se ha observado que la sustitución formal respeta el patrón vocálico del “target” (Sánchez Bernardos 1988: 345), cosa que se observa también en muchas sustituciones por lapsus, en malapropismos clásicos, en las sustituciones del fenómeno “punta de la lengua” y en la etimología popular prototípica.

3.2.1.1.3. Otros errores de origen patológico

3.2.1.1.3.1. En dislexias adquiridas

Las dislexias que sobrevienen por lesión cerebral después de que el sujeto haya aprendido a leer se denominan “adquiridas”, por oposición a las “evolutivas”, que son las que se suelen detectar durante el proceso de aprendizaje. Las incluimos en esta sección por el interés que tienen ciertos errores de lectura típicos de estos síndromes, que en este contexto suelen llamarse “paralexias”, aunque no siempre se use esta etiqueta. La paralexia suele consistir en la sustitución de una palabra oseudopalabra por otra palabra real u otraseudopalabra. Hay que advertir que los datos se han obtenido normalmente en tareas de lectura en voz alta, ya que no existe otra manera de obtenerlos, y por lo tanto pueden presentar los problemas inherentes al error bimodal.

En cualquier caso, estos son los únicos datos disponibles, y todas las explicaciones y modelos que se han elaborado se basan en esta metodología.

Se han propuesto distintas formas de agrupar las dislexias adquiridas, con el fin de racionalizar la clasificación. Aquí no seguiremos ninguna de ellas; simplemente seleccionaremos los síndromes que presentan algún tipo de interferencia paramórfica entre sus síntomas, con especial énfasis en las llamadas “lexicalizaciones”, típicas de la dislexia fonológica, y en las demás “paralexias visuales” que se dan en distintos síndromes disléxicos, sin que la explicación sea necesariamente la misma para todos ellos.

En la dislexia fonológica, que se ha explicado por una incapacidad sobrevenida para activar la relación grafema-fonema, los sujetos pueden leer sin apenas problemas las palabras que les resultan conocidas, pero tienen dificultad para leer, tanto palabras reales que no conocían como pseudopalabras, aunque estas sean fonotácticamente “legales”, ya que en su memoria no hay una representación fonémica que puedan identificar a partir del análisis visual de los grafemas (Ellis 1993: 44).

En este tipo de dislexia se da un tipo de error visual que se conoce en la jerga especializada como “lexicalización”. Consiste en sustituir, en la lectura en voz alta, pseudopalabras o palabras no conocidas por palabras conocidas que se asemejan visualmente. Así, por ejemplo, Funnell observó a un sujeto que, aunque leía casi sin problemas las palabras comunes, sólo pudo leer correctamente dos pseudopalabras de veinte, haciendo en sus intentos frecuentes sustituciones del tipo “ploon” > “spoon”, “cobe” > “comb” o “fude” > “fudge” (1983). Parece, pues, que el “input” visual les permite a estos sujetos acceder al léxico mental, donde, a modo de compensación, activarían palabras formalmente próximas a las secuencias de grafemas que no pueden articular (Ellis 1993: 45). Esta estrategia compensatoria recuerda, “mutatis mutandis”, a muchos ejemplos de cambio formal en el léxico, en especial los que sufren los préstamos (p.e. inglés “pipe” ‘caldera’ > español “pava”).

Y si para la dislexia fonológica se ha etiquetado como “lexicalización” la sustitución de palabras no identificadas por otras conocidas que se asemejan por su grafía, en otras dislexias adquiridas encontramos otras variedades de error visual, que se suelen llamar “paralexias visuales”. Aunque el mecanismo de sustitución es prácticamente el mismo, ya que en ambos casos se opera sobre la base de la semejanza visual, las otras paralexias visuales se diferencian de las lexicalizaciones en que estas, más especializadas, siempre convierten en palabra real una pseudopalabra (o cualquier

palabra que para el sujeto resulta indescifrable), mientras que aquellas pueden consistir en la sustitución de una palabra real por otra, o en la de una seudopalabra por una palabra real, o viceversa. Este tipo de paralexia visual se da como síntoma secundario en la dislexia profunda y en la superficial, así como en un síndrome descrito a veces como “dislexia visual”. Además, se da un tipo peculiar de paralexia visual, que describiremos más adelante, en la llamada “dislexia por negligencia”.

En la dislexia profunda las paralexias visuales son un fenómeno de relevancia menor, ya que los síntomas principales son la dificultad que tiene el sujeto para identificar palabras funcionales, y, sobre todo, una extraña propensión a producir errores semánticos, esto es, a sustituir, en las tareas de lectura de palabras aisladas, el “target” por una palabra distinta pero relacionada semánticamente (p.e. sustituir “merry” por “Christmas”, “gnome” por “pixie”, “uncle” por “cousin”). No obstante, se dan errores visuales con una frecuencia significativa. Al estudiar este tipo de dislexia, ya descrito por Marshall y Newcombe en 1966, observó Coltheart que estas confusiones formales se basan más en el aspecto visual (los grafemas) que en el sonido de las palabras. Así, los sujetos pueden leer, por ejemplo, la palabra “perform” como “perfume”, que se asemeja al “target” más por lo visual que por lo fonológico, pero nunca confunden palabras cuyo parecido fonológico no se acompaña de una clara semejanza visual, como es el caso de “freeze” y “phrase” (Coltheart 1987: 26-27).

Existe también una categoría de error muy peculiar en la dislexia profunda, llamada por Coltheart “error compuesto”, en la que el sujeto comete primero un error visual al descodificar la palabra que se le presenta (p. e. “sympathy” como “symphony”), y a continuación, en su lectura en voz alta, dice, no la palabra que descodificó, sino una relacionada semánticamente (en este caso, “orchestra”). Esto es, al sujeto se le muestra “sympathy” y responde “orchestra”. Sin que pueda extrapolarse nada de una comparación entre fenómenos tan heterogéneos como la paralexia y el cambio lingüístico por interferencia paramórfica, este tipo de error nos recuerda en cierto modo a un fenómeno complejo de cambio léxico, relacionado con la “etimología popular” y ya citado en este capítulo, en el que a un cambio formal (“a slog of liquor” > “a slug of liquor”) le sigue una sustitución de base semántica (“a slam of liquor”), que puede enmascarar la identificación del étimo original.

También se dan a veces en la dislexia profunda errores que podrían ser tanto visuales como semánticos (p.e. “pencil” por “pen”), o que podrían ser incluso visuales, semánticos y morfológicos a un tiempo, como es el caso de ciertos errores que afectan a

palabras funcionales (p.e. “she” por “her”). También son frecuentes los errores “derivacionales”, en los que el sujeto mantiene la raíz, pero hace cambios con los sufijos derivativos (p.e. leer “wisdom” por “wise”, o “sick” por “sickness”; Coltheart 1987: 27), aunque podría tratarse, como señala el propio Coltheart, de una forma de error visual (1987: 35).

También en la llamada “dislexia superficial”, otro tipo de dislexia adquirida, se dan, junto con las llamadas “regularizaciones” (consistentes en pronunciar palabras irregulares, como “yacht”, según patrones regulares de pronunciación), algunas paralexias visuales (Cuetos y Ellis 1999: 669), aunque no se detectan errores semánticos. Se da el caso, además, de que estos sujetos, al igual que los disléxicos profundos, y a diferencia de los visuales, que veremos a continuación, reconocen bien las letras una por una. En cualquier caso, sólo dos de las cuatro explicaciones que encontramos en Coltheart et al. (1983), una basada en la analogía y otra en una especie de reanálisis, sugieren remotamente la posibilidad de una interferencia paramórfica. Pero, como no hay aún evidencia suficiente para respaldar ninguna de estas hipótesis, la hipótesis paramórfica no pasa, hoy por hoy, de ser un postulado pendiente de confirmación.

En otros tipos de dislexia adquirida, los errores se atribuyen a trastornos de procesamiento que afectan a la decodificación del grafema. Tal parece ser el caso de la llamada “dislexia visual” (Marshall y Newcombe 1973) y la “dislexia por negligencia” (Ellis 1993: 41). En un caso de dislexia visual, documentado por Lambon Ralph y Ellis (1997), el sujeto llegó a confundir hasta el 40% de las palabras que le presentaba el investigador, casi siempre con palabras de parecido eminentemente visual. Otro, estudiado por Cuetos y Ellis (1999), confundió 233 palabras de 424, siendo más del 90% de sus desviaciones palabras verdaderas (en total, 210 palabras frente a 23 seudopalabras; Cuetos y Ellis 1999: 666-667). En realidad, aplicando el criterio de Lambon Ralph y Ellis para identificar paralexias visuales (que la desviación conserve al menos la mitad de las letras del “target”), en el caso de este sujeto sólo lo serían el 73% de los errores que resultaron ser palabras, pero también serían paralexias visuales el 68% de los errores que dieron lugar a seudopalabras (1999: 667). Otro dato interesante es que, en una tarea de lectura de seudopalabras, el 80% de los errores de este mismo sujeto resultaron ser palabras verdaderas, con lo que puede hablarse nuevamente de “lexicalización”. Una vez más, sin ánimo de proclamar conclusiones definitivas, ya que la comparación es muy temeraria, este fenómeno nos recuerda a la explicación que

durante décadas han dado numerosos lingüistas a la etimología popular prototípica: ante palabras cuya forma nos resulta extraña u oscura, como es típicamente el caso de los préstamos, “buscamos” otras familiares con las que asociar a aquellas, y en último término las reemplazamos por estas, a menudo mediante reanálisis.

Por último, en la llamada “dislexia por negligencia”, nos llama la atención un caso especial de sustitución formal debido a la confusión que experimenta el sujeto ante la primera letra (o las dos primeras letras) de la palabra (Ellis 1993: 41). Así, suele ocurrir que se lea, por ejemplo, “haddock” como “paddock”, “liquid” como “squid”. y “clove” como “love”. Normalmente, los sujetos sustituyen las letras, aunque a veces también las suprimen, como ocurre en el último ejemplo. En todos los casos, el resultado es una palabra real, y nunca unaseudopalabra o neologismo.

En conclusión, los datos que aporta el estudio de las paralexias se asemejan, al menos a un nivel superficial, a ciertos efectos y mecanismos del malapropismo clásico y de la etimología popular prototípica, y nos recuerdan, por otra parte, que un parecido formal no tiene que ser únicamente fonológico. En cualquier caso, dado que se trata de trastornos neurológicos, no es prudente aventurar ningún tipo de extrapolaciones en este sentido; aquí tan sólo presentamos los datos para la reflexión.

3.2.1.1.3.2. En dislexias evolutivas

La dislexia evolutiva es en principio diferente de la adquirida, por cuanto es un trastorno, o, en cierto sentido, un retraso (Ellis 1993: 104-106), de la adquisición de la destreza lectora, y no una pérdida de facultades, aparte de no estar provocada por lesiones cerebrales sobrevenidas. No obstante, se han descrito casos de dislexia evolutiva que presentan concomitancias significativas con algunas de las dislexias adquiridas, incluyéndose entre los síntomas algunos errores visuales que recuerdan a los identificados en estas.

En 1973, Temple y Marshall describieron un caso como “dislexia fonológica evolutiva”, en el que se observaba la misma dificultad para leerseudopalabras y palabras nuevas que se observaba en la “versión” adquirida. Se observaron, asimismo, algunas “lexicalizaciones” deseudopalabras (p.e. “gok” > “joke”, “bix” > “back”, “nup” > “nap”). También se observó este tipo de sustitución (p.e. “trost” > “toast”) en el caso de una mujer adulta, estudiado por Funnell y Davidson (1989), que, sorprendentemente, superó sus limitaciones con el aprendizaje del Alfabeto Fonético Internacional (IPA). Ellis ve la interferencia paramórfica que se producía en su caso como un proceso

automático e involuntario del léxico mental: “Her visual input lexicon seems to have responded to unfamiliar words and nonwords with the most similar-looking word in her vocabulary, and she seems to have been unable to suppress that tendency” (1993: 100). En cuanto al efecto del alfabeto fonético, lo ve como el de un nuevo tipo de lectura visual que ayudó a la paciente a interrumpir la “captura” que su anterior lectura visual ejercía sobre la fonológica (Ibíd.).

También se observan errores visuales, aunque no del tipo “lexicalización”, que es casi exclusiva de las dislexias fonológicas, en lo que se ha dado en llamar “dislexia superficial evolutiva”. Así, por ejemplo, un sujeto adulto estudiado por Hanley, Hastie y Kay (1991) leyó “bouquet” como “boutique” y “audience” como “ordinance” en una tarea de lectura en voz alta. Sin embargo, podía leer bien las pseudopalabras, a diferencia de los disléxicos fonológicos en general, y a semejanza de los sujetos con dislexia superficial adquirida.

Por último, se ha observado también un caso de dislexia evolutiva algo similar a la dislexia profunda, ya descrita en estas páginas, que genera, al igual que esta, paralexias visuales esporádicas. Johnston (1983), que estudió al sujeto en cuestión, observó que, en las tareas de lectura de palabras aisladas, de 382 palabras reales, este sólo leyó bien 78, mientras que para 219 de aquellas no dio respuesta alguna, y en 50 tuvo errores “visuales” (p.e. “cigar” > “sugar”, “cost” > “cot”, “rice” > “ripe”). Este era un síntoma secundario, como decíamos en su momento, de la dislexia profunda adquirida. Sin embargo, lo que no parece abundar tanto en el caso que aquí comentamos son los errores semánticos tan característicos de esta.

En resumen, en varios tipos de dislexia se dan sustituciones paramórficas que dan como resultado palabras reales, aunque su aparición, generalmente esporádica, sólo parece significativa en la dislexia visual adquirida y, por un proceso diferente, en la dislexia por negligencia. En cualquier caso, los datos parecen indicar que en los mecanismos del léxico mental hay ciertas estrategias compensatorias que ayudan a obtener algo con sentido de aquello que parece no tenerlo, y que estas, además, pueden operar a niveles inconscientes, sin control alguno por parte del sujeto.

3.2.1.1.3.3. En disgrafías adquiridas

Se llama disgrafía adquirida a la pérdida o deterioro de las habilidades de procesamiento relacionadas con la escritura, surgidas a consecuencia de una lesión cerebral, y después de que el sujeto ha completado su adquisición de la destreza escrita.

Se han observado, en paralelo con las dislexias, una variante fonológica, otra superficial y otra profunda, que citamos aquí porque algunos datos que arroja su estudio nos interesan para el estudio de la interferencia paramórfica.

Así, un sujeto que padecía la llamada “disgrafía superficial”, estudiado por Hatfield y Patterson (1983), producía, aparte de “regularizaciones ortográficas” (p.e. “subtle” > “suttel”), ciertos errores homofónicos del tipo “sale” > “sail”, “write” > “right”, o “sum” > “some”, que hacen pensar más en una interacción entre grafías de homófonos, motivada por la base fonológica común, que en puras coincidencias. La “disgrafía fonológica”, por su parte, se caracteriza por una dificultad para escribir pseudopalabras al dictado. Ahora bien, se observa una vez más cierto efecto compensatorio de la interacción paramórfica, ya que a estos sujetos a veces les ayuda en este tipo de tareas la mediación de una palabra real, esto es, la comparación formal. Por ejemplo, un sujeto escribió correctamente la pseudopalabra “lev”, obteniendo la grafía requerida a partir de las tres primeras letras de “level”. Se trata, así lo entendemos, de una interacción paramórfica a nivel consciente.

En la “disgrafía profunda” es característico el error semántico, ahora en tareas de escritura al dictado (p.e. el investigador dicta “chair” y el sujeto escribe “table”). Esto recuerda al error semántico de lectura de la dislexia profunda, y no es una coincidencia que sorprenda, dado que ambos trastornos suelen darse juntos. Asimismo, al igual que en la dislexia profunda veíamos que había errores visuales esporádicos, en el síndrome disgráfico que aquí nos ocupa se producen a veces grafías paramórficas, que en este caso recuerdan más a las “lexicalizaciones” de la dislexia fonológica que al error visual de la profunda, ya que en estos casos los sujetos producen palabras reales a partir de pseudopalabras (p.e. “wabe” > “wade”, “besh” > “bash”). Lo que sí recuerda a un error, infrecuente pero característico, de la dislexia profunda es el caso de transformaciones “compuestas” del tipo “lobinger” > “oyster” y “blom” > “flower”. Al igual que en el error de lectura “sympathy” > “orchestra”, que explicaba Colheart en su estudio sobre la dislexia profunda, la explicación que se ha propuesto afirma que primero se dio una sustitución formal (que en estos casos sería “lexicalizadora”, esto es, “lobinger” > “lobster”; “blom” > “bloom”), y en una segunda fase, antes de proceder el sujeto a ejecutar la escritura, una equivocación semántica (“lobster” > “oyster”; “bloom” > “flower”).

En conclusión, la evidencia referente al fenómeno de la interferencia paramórfica es menos significativa en las disgrafías que en las dislexias, aunque debe

tenerse en cuenta que este tipo de trastorno también se ha estudiado mucho menos que otros (Ellis 1993: 59). No obstante, hay interesantes paralelismos entre dislexia y disgrafía, que sugieren que la interacción paramórfica puede darse tanto en las representaciones fonológicas del léxico mental como de las grafémicas, en distintas tareas que implican distintas funciones motoras y con una relativa independencia de las constricciones temporales.

Llegados a este punto, cabría suponer, por lógica, que debe haber un equivalente de las parafasias, paralexias y paragrafías en la modalidad auditiva. Pero la realidad es que no hay tal evidencia de este tipo de error patológico. Las paracusias, nombre con que nos referimos a los trastornos de procesamiento auditivo, se manifiestan, no por errores en la decodificación de mensajes hablados, sino más bien por una incapacidad total para entenderlos. Esto es, son formas de sordera verbal que sólo afectan a la comprensión del lenguaje y no son achacables a problemas de oído. No hemos encontrado, por tanto, casos de interferencia paramórfica en las patologías de la comprensión oral.

3.2.1.1.4. Juegos de palabras efímeros

El juego de palabras es radicalmente diferente de todos los fenómenos hasta ahora citados, por cuanto lo que tiene lugar en este no es un accidente fortuito que escapa al control del sujeto, sino una desviación consciente y voluntaria con respecto al mensaje que por sentido común se esperaría. Puede darse el caso de que la emisión que contiene el juego de palabras coincida totalmente a nivel fonológico con una palabra o serie de palabras aceptable para el contexto, pero que sugiera un segundo sentido, menos convencional (p.e. “We’ll dye for you”; “batalla nabal”); este es el juego de palabras que Hockett denomina “exact pun” (1967) y que en el artículo de Zwicky y Zwicky se etiqueta como “perfect pun” (1986: 93). Además, puede diferenciarse este juego de ambigüedad fonológica, como hace Hockett, de la emisión con doble sentido por ambigüedad semántica, conocida en inglés como “double entendre” (p.e. “MacArthur flies back to front”; “el burro del alcalde”). Todo caso que no muestre este tipo de ambigüedades sería, lógicamente, un juego de palabras “imperfecto” (Zwicky y Zwicky 1986: 93; p.e. “Tolkien is hobbit-forming”; “Oedipus was a nervous rex”;

“Confieso que he bebido”), ya que la coincidencia no es total, aunque la diferencia esté sólo en un fonema o grafema²⁰.

El juego de palabras no se suele tratar en psicolingüística más que de forma marginal y a título anecdótico (p.e. en Cutler y Butterfield 1992). Por ello, no se ha considerado apenas su relación con otros fenómenos accidentales. Una curiosa excepción es el artículo de Hockett “Where the tongue slips there slip I” (1967), que incluye, aunque sin justificación teórica, una sección sobre “puns” entre varias dedicadas al error involuntario. En cualquier caso, si incluimos el fenómeno en esta categoría es porque un juego de palabras que surge por inspiración espontánea en un momento concreto es un fenómeno de interferencia paramórfica accidental, ya que no tiende a estabilizarse en el sistema de la lengua.

Por otra parte, aunque la relación del juego de palabras con las desviaciones involuntarias obedezca más que nada a características superficiales, no debemos descartar la posibilidad de que todos estos fenómenos tengan algo en común en cuanto a mecanismos de procesamiento verbal implicados. En este sentido es especialmente interesante el artículo de Zwicky y Zwicky (1986), que compara juegos de palabras “imperfectos” con lapsus auditivos y de producción oral, llegando a la conclusión de que es muy frecuente, en todos estos tipos de desviación, que la diferencia entre la forma correcta (“target”) y la desviada esté en un solo rasgo fonológico, si bien los patrones de sustitución fonológica, esto es, la tendencia de un fonema concreto a reemplazar a otro, varían de uno a otro caso (1986: 500-501).

Por lo demás, la cuestión de si este tipo de juegos de palabras entran o no en el ámbito de la etimología popular ha generado, como veremos en los capítulos siguientes, cierta controversia, que se remonta prácticamente al origen oficial del concepto, esto es, a la obra seminal de Förstemann (1852). Lo cierto es que, desde la teoría lingüística en general, y desde el estudio de la “etimología popular” en particular, el tema no se ha

²⁰ Zwicky y Zwicky, en su estudio del juego de palabras imperfecto se limitan a dobles fonológicos que tienen un solo fonema de diferencia (o un solo rasgo distintivo, en muchos casos), pero hay numerosos juegos de palabras formados con una similitud formal menor entre la palabra “target” y la “desviación”, así como otros recursos retóricos que conllevan, por ejemplo, el uso de variantes dialectales o no estándar (“What did the ear ‘ear?’”; “Think or thwim”; “aceros inoxidable”), o incluso un reanálisis, o redistribución de las divisiones entre palabras. Este es el caso del clásico calambur (p.e. “plata no es” / “plátano es”; “sólo porque rías” / “sólo porquerías”; “Josechu Letón” / “José Chuletón”; “Eileen Dover” / “I leaned over”). En cualquier caso, es sumamente difícil elaborar una clasificación de juegos de palabras que incluya todas las modalidades posibles, ya que la inventiva humana ha dado lugar a un número enorme de posibilidades, más o menos complejas, y además, las posibilidades varían considerablemente de una lengua a otra (p.e. “El elefante es paquidermo y la cama es *pa qui duermas*”; “Dyslexics rule, K.O.”; “Rooner Spules, O. K.”; “We’ve been having a bad spell of wether”; “I’d rather have a full bottle in front of me than a full frontal lobotomy”).

tratado aún con el debido rigor, y las opiniones al respecto son más especulativas y subjetivas que científicas.

Es más, aun en nuestros días se ve que algunas personas no diferencian bien el juego de palabras de otros fenómenos de interferencia. Así, por ejemplo, cuando se creó un sitio web sobre el “egg corn” (una categoría de error, recientemente bautizada, consistente en cambiar la grafía de ciertas palabras de modo que se reinterpreta su forma, p.e. “acorn” > “egg corn”; “free rein” > “free reign”), un internauta publicó el siguiente comentario crítico: “Anyone ever heard of a pun? That’s what most of these seem to be, in one form or another. That or typos ...” (<http://eggcorns/lascribe.net/about/>; 17 de mayo de 2005). Aunque esto pudiera parecer un simple dato anecdótico aislado, es en realidad la versión última de una confusión ancestral que se ha manifestado en innumerables ocasiones durante los más de 150 años en que ha estado vigente el concepto de etimología popular.

3.2.1.2. Interferencia paramórfica no accidental

Llamamos interferencia paramórfica no accidental a la que, a diferencia de la accidental, muestra una estabilidad constatable, ya sea haciéndose recurrente en el léxico mental de un individuo, o estableciéndose en el vocabulario de un grupo de hablantes e incluso entrando en los diccionarios generales de una lengua.

En este segundo gran grupo se puede hablar ya de fenómenos de cambio lingüístico, cosa que no podíamos hacer en el primero, cuyas innovaciones, típicamente accidentales e idiosincrásicas, no llegan a modificar los sistemas léxicos. No obstante, hay que tener en cuenta que no todas las interferencias no accidentales constituyen cambio lingüístico tal y como lo entendemos. Por una parte, los lingüistas sólo hablan de cambio cuando la innovación se ha propagado a un grupo identificable de hablantes (Labov 1982: 46). Por otra, algunos efectos de la interferencia paramórfica no son “lingüísticos” en un sentido moderno, esto es, no se reflejan en la comunicación ni en lo que entendemos por competencia lingüística. Tal sería el caso de los efectos metalingüísticos (p.e. las leyendas etimológicas) y extralingüísticos (p.e. los cambios en la conducta) de algunas confusiones, que se describirán en esta sección. En cualquier caso, hemos optado aquí, por razones de estilo, por aplicar, la palabra “cambio” a todos los fenómenos no accidentales que conlleven alguna innovación observable.

Para este tipo de interferencia proponemos una clasificación que incluye como criterios el alcance del cambio (que, lógicamente, no era aplicable a las accidentales), así como el efecto de la interferencia y la consciencia del cambio.

3.2.1.2.1. Clasificación de las interferencias paramórficas no accidentales según el alcance

Por alcance entendemos el número de hablantes que comparten este cambio. Según este criterio, distinguimos entre interferencia paramórfica individual, grupal y generalizada.

3.2.1.2.1.1 Interferencia paramórfica individual

La interferencia paramórfica individual se identifica en principio en un hablante concreto, sea en su producción oral (caso del malapropismo clásico) o escrita (caso del error conocido como “egg corn”). Por supuesto, es materialmente imposible demostrar que determinada innovación léxica se da solamente en un único sujeto, ya que habría que demostrar que ningún otro hablante de esa misma lengua la ha adoptado. De hecho, ocurre con frecuencia que se detecta un mismo malapropismo, o un mismo “egg corn”, en varios hablantes que no han estado nunca en contacto (Zwicky 1979: 348, nota 2), así como un mismo lapsus pueden tenerlo varios sujetos distintos. Pero este hecho suele tratarse, más que como evidencia de la propagación del cambio, como una coincidencia, siendo necesario para poder hablar de propagación que el cambio se detecte en una comunidad de hablantes, por pequeña que sea, con unas señas de identidad (geográficas, sociales, etc.) y unos patrones de interacción.

Al igual que ocurría con algunos tipos de lapsus, este tipo de interferencias paramórficas se conocen más por etiquetas populares que científicas. Tal es el caso del “malapropism” del inglés, término que Zwicky refinó, convirtiéndolo en “classical malapropism” (1979, 1980 y 1982) para evitar los malentendidos que podía provocar el uso habitual de este nombre en psicolingüística (p.e. Fay y Cutler 1977)²¹.

En cualquier caso, lo que entendemos aquí por “malapropismo clásico” es una desviación formal, atribuible a interferencia paramórfica, y localizada en el uso de una

²¹ El término “malapropismo” se introdujo en español, probablemente, con la segunda edición del *Diccionario de términos filológicos* de Lázaro Carreter (1962: 270), y aunque apenas se usa en nuestra lengua, lo han utilizado en sus estudios Estapá (1979), Veny (1990); Navarro (1983) y Oncins (2000); también lo utilizan en una obra de carácter lúdico-divulgativo, Somoano y Álvarez (2003). Generalmente en español se describen este tipo de innovaciones individuales como “etimologías populares” (p.e. Rabanal 1969 y Carnicer 1969), lo cual evidencia la falta de criterios rigurosos a la hora de distinguir estos fenómenos. El mismo diccionario de Lázaro Carreter dice que el malapropismo es “un tipo especial de etimología popular” (1962: 270). La confusión es mucho mayor en la lingüística anglófona, donde el término “malapropism” tiene mucha más antigüedad (el primer uso documentado por el *Oxford English Dictionary* es de 1849, existiendo también las formas anteriores “malaprop”, de 1823, y “malapropoism”, de 1834).

palabra o frase léxica concreta por parte de un individuo. Suele consistir en la sustitución de una palabra real de la lengua por otra (“antidote” > “anecdote”) u otras, (“bubonic plague” > “blue bonnet plague”) o de una serie de palabras por otra serie diferente (“for all intents and purposes” > “for all intensive purposes”)²². No obstante, Zwicky recoge como malapropismos algunas seudopalabras que parecen delatar la influencia léxica de parónimos o de morfemas que en un reanálisis pueden confundirse con segmentos de la palabra o frase convencional (p.e. “uncongenial” > “uncongenital”, “octagonal” > “octangular”), mientras que en el tipo de lapsus que Fay y Cutler etiquetaron como “malapropismo”, todas las sustituciones son entre palabras reales²³.

Sea como fuere, la diferencia fundamental entre los malapropismos recopilados por estos autores y los recogidos por Zwicky es que en aquellos el hablante dijo una palabra que no pretendía decir, mientras que en estos el hablante produjo la palabra que consideraba adecuada al contexto, lo cual se verifica, o bien preguntándole si de verdad quería decir esa palabra, o bien detectando un patrón de regularidad en su uso. Aún así, tanto Zwicky, que recopiló un pequeño corpus de 158 “classical malapropisms” (1979), como Aitchison, que analizó unos “mini-malapropisms” (malapropismos de niños) publicados en un periódico (1972), reconocen que, al haber utilizado material transmitido por otras personas, pueden haberse mezclado errores accidentales con los no accidentales.

El malapropismo clásico puede deberse, según especula Zwicky (1979: 343):

1) a un error en el aprendizaje, que implicaría al procesamiento léxico. Esto es, sería algo así como un lapsus auditivo que se asienta en el léxico mental del hablante, bien porque no se ha corregido o porque se ha vuelto en cierto modo inmune a las correcciones. La idea recuerda, dicho sea de paso, a la explicación que sugiere Garnes para la “etimología popular” (“Folk etymologies as lexicalized slips of the ear” 1978);
 2) a un reanálisis “of the folk-etymological variety” (1979: 343). Aquí incluye este autor los casos en los que se han desplazado y/o redistribuido barreras morfológicas (p.e. “Seneca Hotel” > “Cynical Hotel”) o divisiones entre palabras (“cholesterol” > “chlovester oil”), lo cual nos da a entender, como constataremos en el estudio

²² Los ejemplos de malapropismos clásicos en inglés proceden del corpus que recopiló Zwicky en la década de 1970, y que reproducimos con su permiso.

²³ Recuérdese que, según el criterio que establecíamos anteriormente, las sustituciones entre palabras reales, palabra por palabra, las consideramos cambios semánticos. El resto de los ejemplos presentados aquí como malapropismos clásicos serían de cambio formal.

cronológico, que él identifica etimología popular con reanálisis, más que con una simple confusión paronímica; y

3) a un problema en los mecanismos de almacenamiento y recuperación de la memoria léxica, que llevaría a que unas palabras atraigan formalmente a otras. Esta explicación, que parece interesar de modo especial a Zwicky, enlazaría el fenómeno con las “aproximaciones” del “tip-of-the-tongue phenomenon” de Brown y MacNeill, y para quien vea en el malapropismo clásico una versión idiosincrásica de la etimología popular prototípica, confirmaría la hipótesis de que la etimología popular, lleva, por caminos de “mano invisible”, a una optimización de la memoria léxica (Rundblad y Kronenfeld 2003)²⁴.

En cualquier caso, las tres explicaciones, recordemos, son especulativas, y no hay unos rasgos definitivos en la forma externa del malapropismo -que es, normalmente, todo lo que tenemos- que nos digan si la desviación se debe a una causa o a otra. Es más, podría ser que en un mismo caso fueran válidas dos de las explicaciones, o incluso las tres. Desgraciadamente, la investigación científica en torno al malapropismo clásico no ha avanzado desde que la abandonara Zwicky en 1982, y la confusión en cuanto a las barreras entre conceptos (malapropismo-lapsus, malapropismo clásico, etimología popular, etc.) se mantiene en nuestros días.

Otra categoría popular, que, pese a su evidente interés, contribuye más que nada a enmarañar el panorama conceptual de las interferencias no accidentales es el llamado “mondegreen”. Con esta caprichosa etiqueta designamos en inglés a un error paramórfico que se manifiesta en la reproducción de textos cantados o recitados (p.e. “Con flores a María” > “Con flores amarillas”; “Hallowed be thy name” > “Harold be thy name”; “Creo en Dios Padre, todopoderoso” > “... todo por el oso”). El término se inspira en un error de interpretación que transforma la siguiente estrofa de una balada escocesa:

Oh, ye hielands, and ye lowlands,

Oh, where hae ye been?

They have slain the Earl of Moray

²⁴ Otro tipo de error estable individual citado por Zwicky (1979 y 1980) es el “private meaning”. En este caso la confusión es semántica y no paramórfica. En el “private meaning”, el sujeto atribuye a cierta palabra un significado que ha deducido erróneamente. Por ejemplo, un colega de Zwicky dedujo en su infancia que el adjetivo “Ritzy” equivalía a “poor” o “tacky” por el tono peyorativo con que lo usaban sus padres. Y un alumno suyo pensó en un principio que el prefijo “Indo-“ de “Indochina” significaba “inferior” o “meridional” (1979: 343).

And laid him on the green.

Como puede fácilmente deducirse, el error consiste en entender el último verso como si fuera “And Lady Mondegreen”²⁵. Dada la rápida difusión del término entre un sector del público anglófono no lingüista, por una parte, y el poco interés que ha despertado el fenómeno, por otra, en la comunidad académica, se entiende que se haya mantenido esta denominación sin alternativas serias, tanto en la literatura popular (p.e. Edwards 1995, 1996, 1997 y 1998) y en los sitios web que han surgido en torno al tema como en la escasa literatura científica que lo menciona (p.e. Pinker 1994; Smith 2003).

No todos los autores, sin embargo, adoptan este término. Rost prefiere hablar de “frozen mishearings” (1990: 59), y otros incluyen el fenómeno en otras categorías como la de “malapropism” o “folk etymology”. En cualquier caso, no es un fenómeno que afecte al uso general del vocabulario, por lo cual podría considerarse este como un tipo especial de malapropismo más que una categoría lingüísticamente independiente. Se podría decir que es una versión estable del lapsus auditivo, y de hecho esto es lo que parece sugerir la denominación de Rost. Pero, como se trata de una explicación especulativa, ya que el error sólo se manifiesta a través de la producción, y, además, como algunos “mondegreens” podrían haber surgido por un error de la memoria más que por malentendido, nos parece que es mejor no aplicar el criterio de modalidad para distinguir este fenómeno del malapropismo clásico.

Como decíamos antes, se ha establecido recientemente una nueva categoría de interferencia paramórfica, en principio individual, para errores no basados en sustituciones por semejanza fonológica, sino en sustituciones gráficas entre segmentos homófonos (p.e. “strait-laced” > “straight-laced”). Para este tipo de error, que describió Liberman en el “Language Log” (un “blog” dedicado generalmente a anécdotas

²⁵ Tenemos dos versiones de la anécdota que dio nombre al “mondegreen”, ninguna de las cuales hemos podido verificar. Estas variantes implican a distintas personas y reproducen versiones ligeramente distintas de la balada. La que hemos reproducido aquí está tomada de Pinker (1994: 186) y lleva por título “The bonnie Earl O’Moray”. Según este autor, fue el columnista Jon Carroll, quien, al confesar su error de interpretación, popularizó este término. Según Smith (2003: 113), fue la periodista Sylvia Wright quien publicó la confesión en un número no especificado del año 1954 de la revista *Atlantic*. Además, en el artículo de Smith, la estrofa de la balada, que ahora se cita como “The Earl of Murray,” de Thomas Percy, se presenta en una versión algo diferente: “Ye highlands, and ye lawlands / Oh! whair hae ye been? / They hae slaine the Earl of Murray / And hae layd him on the green.” Fox, que no menciona el “mondegreen” como fenómeno en su artículo, incluye en él una versión de esta misma estrofa, cuyos tres primeros versos son similares a los de las otras dos versiones, y el último muestra la transformación idiosincrásica, y cita a Wright como “autora” de la estrofa (1984:217). Edwards, primera autoridad no académica en este tema, confirma a Wright como creadora del término en su libro *Scuse me while I kiss this guy* (1995: 7-8).

lingüísticas), propuso Pullum la etiqueta de “egg corn” (grafía idiosincrásica de “acorn”²⁶), utilizando el primer ejemplo que presentó Libermann, y convirtiéndolo en representante del todo, por el mismo tipo de metonimia que dio nombre al “mondegreen” (<http://itre.cis.upenn.edu/~myl/languagelog/archives/000018.html>)²⁷.

Parece que este tipo de error tiene como efecto principal, o al menos así lo ven los lingüistas que tratan el tema, la reinterpretación de las palabras, la cual le daría una mayor transparencia formal, o iconicidad, a su forma. Esto recuerda a lo que se ha dicho innumerables veces a propósito de la etimología popular prototípica, y que sólo algunos autores (p.e. Buysens 1965) ponen en duda. Probablemente, a medida que se recopilen ejemplos de “egg corns”, cosa que ya se está haciendo a través de un sitio web (www.eggcorns.lascribe.net), se irá evidenciando que no todos los ejemplos son claramente “reiconizadores”.

Por otra parte, una contribución mucho más reciente al “Language Log”, ahora de Zimmer (<http://itre.cis.upenn.edu/~myl/languagelog/archives/003098.html>) demuestra que para algunas de las palabras registradas por el “Oxford English Corpus” ya es mayoritaria la grafía desviada al estilo “egg corn”, en contraste con la forma tradicionalmente correcta, lo cual nos indica que han dejado de ser individuales (y, por tanto, entendemos que han dejado de ser “egg corns”), y que casi con toda seguridad están en proceso de propagación. Como ejemplos cita Zimmer “strait-laced” (por “straight-laced”), “just desserts” (por “just deserts”), “font of (knowledge/wisdom)” (por “fount of –”), “free reign” (por “free rein”), “slight of hand” (por “sleight of hand”), “phased by” (por “fazed by”), “butt naked” (por “buck naked”) y “vocal

²⁶ En realidad, sólo hay homofonía entre “acorn” y “egg corn” para aquellos hablantes que monoptongan la sílaba inicial. Este es, a nuestro parecer, un punto débil de la etiqueta elegida.

²⁷ Liberman, en su primer mensaje sobre este fenómeno, lo desmarca de la “folk etymology” “because this is the usage of one person rather than an entire speech community”; del “malapropism” “because ‘egg corn’ and ‘acorn’ are really homonyms [= ‘homophones’ en inglés americano], if the first is not spoken so as to artificially separate the words”; y del “mondegreen” “because the mis-construal is not part of a song or poem or similar performance”

(<http://itre.cis.upenn.edu/~myl/languagelog/archives/000018.html>). Se ve, pues, que en el criterio de Liberman, sólo se debe hablar de etimología popular cuando el cambio se ha generalizado, extendiéndose a todos los hablantes, y de “malapropism” cuando entre las formas confundidas hay paronimia pero no homofonía. Para el “mondegreen”, parece claro que el criterio definitorio está en el contexto extralingüístico. Curiosamente, Liberman no menciona la modalidad escrita como rasgo distintivo del “egg corn”, quizás porque se presupone en la descripción, pero observamos que sólo lo diferencia del malapropismo por el criterio de la proximidad fonológica. Zwicky también dio su aprobación al término “egg corn”, por el mismo canal, en un artículo-mensaje titulado “Lady Mondegreen says her peace about egg corns” (<http://itre.cis.upenn.edu/~myl/languagelog/archives/000074.html>). Además, Zwicky dice en este documento que quizá deberíamos hablar de “nonce folk etymologies vs. successful folk etymologies, with lots of stuff in between”, con lo que parece estar reivindicando los continuos de frecuencia y extensión en los que estamos intentando aquí situar los fenómenos de interferencia paramórfica.

chords” (por “vocal cords”). Se observará que el criterio de la homofonía podría no cumplirse en todos los casos. El caso de “buck naked” se explicaría mejor como confusión entre parónimos, o como asimilación fonética. En cuanto a “font of (wisdom)”, parece que ha habido más bien una confusión entre homógrafos, ya que el “fount” que la mayoría de los hablantes pronuncia /font/ equivale semánticamente al “font” de la tipografía (Wells 1990: 286), pero el “fount” ‘manantial’ (pronunciado siempre /faunt/), del cual procede la expresión idiomática, no tiene más que una grafía en inglés moderno. Es probable que el cambio ortográfico refleje en realidad un cambio de pronunciación, y de ser así, el fenómeno estaría más próximo al “classical malapropism” de Zwicky que al “egg corn” de Liberman.

Antes de proponerse esta categoría, las grafías paramórficas del tipo “egg corn” se consideraban, o bien simples faltas de ortografía, y en tal caso se mencionaban en manuales de uso (p.e. Swift y Stanwell 1975; Escarpanter 1994), o bien casos especiales de etimología popular (Lamberts 1956; Ortega Ojeda 1985; Scholfield 1988). Y por lo general no se ha enfatizado, como hace Liberman, su supuesto carácter individual; antes bien, se suele sospechar que son propias de más de un individuo, y en algunos estudios, como los de Ortega Ojeda (1985) y Scholfield (1988), se confirma la sospecha. En cuanto a su consideración como “etimologías populares”, veremos más adelante cómo la ortografía paramórfica suele excluirse del ámbito de la etimología popular, cuando no desecharse por completo como tema de investigación, normalmente por la creencia de que el objeto de estudio de la lingüística es exclusivamente el lenguaje hablado. Tal perspectiva era frecuente, por ejemplo, en el período estructuralista (p.e. Ullmann 1951a).

No obstante lo dicho en los párrafos anteriores, una curiosidad que no debemos pasar por alto en esta sección es el hecho de que el español Ortega Ojeda, en su personal estudio sobre la etimología popular, incluye en el ámbito conceptual de este fenómeno tanto los errores paramórficos de canto y recitado, aunque no los llama “mondegreens”, como las ortografías idiosincrásicas que muestran sustituciones “reiconizadoras” (p.e. “hilación” por “ilación”, “bulebar” por “bulevar”, o “teveo” por “tebeo”), aunque, lógicamente, no las llama “egg corns”, ni les aplica otra etiqueta que “faltas de ortografía” (1985). Algo parecido, como veremos, hizo Scholfield con ciertas alternativas ortográficas extendidas (1988). Fue también Ortega Ojeda, como vimos ya en este capítulo, quien consideró etimología popular el lapsus de lectura, siempre que el

error resultante mostrara una reinterpretación de la palabra o palabras originales (véase 3.2.1.1.1).

También existen interferencias paramórficas individuales sin más efectos que los que dejan en la percepción metalingüística de la palabra, esto es, en nuestras creencias sobre su etimología o su relación con otras palabras. Por tratarse de un fenómeno de percepción que apenas se exterioriza, no se ha tratado este tipo de cambio individual con excesiva frecuencia, pero contamos con suficientes testimonios como para que pueda reflexionarse sobre este hecho. Por un lado, tenemos la evidencia anecdótica de las reflexiones cotidianas sobre el lenguaje, sean nuestras o ajenas (p.e. “¿Se llama ‘cuesta’ porque cuesta subirla?”). Por otro, tenemos ejemplos documentados por autores, como Förstemann, que en su obra seminal sobre la etimología popular explica cómo en su infancia asoció el apellido “von Feuchtwangen” con “wangen” (1852: 7). También nos describe Stephenson la asociación que sus hijos establecían entre el sufijo “cran-” de “cranberry” y la palabra “crayon”, asociación que él etiqueta como “folk etymology” (1967). Los ejemplos de este interesante fenómeno interno, son, repetimos, escasos en la literatura. Aun así, todos y cada uno de nosotros, probablemente, podemos recordar algún episodio similar de nuestro propio aprendizaje léxico.

Por último, hacemos mención aquí del disparate estudiantil, conocido también como “perla” en español y en inglés como “howler”, “blooper”, “bloomer” y “clanger” (p.e. “el Farolillo de Tormes”; “el Vesubio azul”; “Solomon had a lot of porcupines”). Pese a su interesante contribución, no creemos que pueda tratarse aquí como categoría independiente, porque este tipo de error se define en parte por el contexto en que surge, al igual que el “mondegreen”, y no por sus características externas, pues se mezclan en las recopilaciones la modalidad oral con la escrita, y porque sólo algunos de los disparates que se recogen en antologías (p.e. Díez Jiménez 1990) son verdaderos ejemplos de interferencia paramórfica individual. Y en cualquier caso, no está claro si son accidentales o no accidentales, ni si se deben primariamente a error auditivo o visual, o a un fallo de memoria (Seco del Cacho 1996: 231-237), o a otras razones. El disparate estudiantil habría que verlo, por tanto, como un tipo especial de malapropismo clásico que, en cualquier caso, debe tratarse con cautela, dado lo incierto de sus orígenes y de sus formas de manifestación. No obstante, su análisis y comparación con otro tipo de errores paramórficos arroja datos sumamente interesantes. (Seco del Cacho 1996: 231-237.)

3.2.1.2.1.2. Interferencia paramórfica grupal

En esta categoría incluimos los casos que ni se restringen al uso individual, como los que acabamos de ver, ni han llegado a extenderse a la totalidad de los hablantes. Estos cambios grupales, que ya constituyen oficialmente cambio lingüístico según el criterio de Labov, los encontramos en el habla de una zona geográfica determinada, o en la de un determinado grupo étnico, social, profesional o cultural, por dar sólo los ejemplos principales. A veces están en claro proceso de propagación; en otras ocasiones, parecen haberse estancado, y se limitan al grupo en el que se identificaron en un principio.

Como se habrá podido constatar por el epígrafe anterior, no siempre podemos separar con certeza las interferencias individuales de las grupales, por lo cual no es raro que en la literatura se evite esta distinción a la hora de teorizar y categorizar, ni que se observen desacuerdos entre autores a la hora de tratar los ejemplos. Asimismo, es difícil encontrar fuentes en la literatura que distingan entre la interferencia grupal y la generalizada, ya que las dos suelen incluirse en la categoría general de “etimología popular”. No obstante, la dialectología y los manuales de uso prescriptivos nos suelen dar buenos ejemplos de cambios extendidos pero no generalizados. No ocurre así, sin embargo, con la sociolingüística, que no acostumbra a incluir el tema de la interferencia paramórfica entre sus temas de estudio.

En cuanto a la dialectología, no debemos olvidar que la primera mención documentada del término “etimología popular” (Volksetymologie), que es anterior incluso al primer estudio monográfico sobre el tema (Förstemann 1852) se encuentra en una obra sobre un dialecto alemán (Schmeller 1821: 163). Asimismo, varios de los trabajos que aparecieron en inglés sobre este mismo tema durante el siglo XIX recogen ejemplos del habla regional, como es el caso del monumental diccionario *Folk-etymology* de Palmer (1882), o del breve artículo de Sibree “Folk etymologies” (1886). También fue muy importante la contribución, desde Francia, de la escuela de la Geografía Lingüística, en la que destacaron Gilliéron y Dauzat. En ambos autores, curiosamente, se combinan como intereses personales el estudio de los dialectos y el de la “etimología popular”. Y de la escuela española de filología, tenemos una valiosa fuente de ejemplos dialectales, que son los Atlas Lingüísticos y Etnográficos de Alvar, en los cuales abundan los casos de “etimología popular” o interferencia paramórfica no accidental asentados a nivel local.

Fuera de Europa, es especialmente valiosa la contribución de la revista *American Speech*, de la American Dialect Society, ya que en ella encontramos numerosos

ejemplos de interferencias paramórficas en dialectos regionales y sociales, en el habla de los pioneros del Oeste, en jergas profesionales, variantes dialectales de inmigrantes y en el léxico particular de soldados desplazados. Aparte de lo variado de los grupos lingüísticos que estudian, y del ámbito temporal que cubre la revista, ya que se viene publicando desde 1927, nos interesa su contribución porque evidencia muy bien, debido a la cantidad de contribuciones de autores diferentes, la disparidad de criterios en torno a qué es exactamente la “etimología popular”, lo cual podrá comprobarse en los próximos capítulos..

En cuanto a manuales prescriptivos de uso, un buen ejemplo sería el de Fowler y Fowler (1931³), que en su conocido *The King's English* ofrecen ejemplos de “malaprops con cambio de raíz”. (p.e. “euphemistically” > “euphuistically”; “self-depreciatory” > “self-deprecatory”), así como de sustituciones entre derivados de una misma raíz (p.e. “reverent” > “reverend”; “judicious” > “judicial”). Curiosamente, sus ejemplos están sacados de textos literarios y publicaciones periódicas; la presuposición subyacente es que su uso debía estar extendido antes de que llegaran a aparecer en prensa. En español podemos citar las interferencias paramórficas, normalmente incluidas en la categoría de “vulgarismo”, que han identificado entre muchos otros, Muñoz Cortés (p.e. “plataforma” > “plantaforma”; 1958) y Seco Reymundo (“infectar” > “infestar”; 1998).

Fuera ya de la orientación prescriptiva, encontramos observaciones aisladas al respecto en la lingüística teórica, que, como hemos dicho ya, no suele estudiar la interferencia paramórfica desde el aspecto de la propagación. Bolinger, por ejemplo, observa casos como el de “militate against” > “mitigate against” (1968), que aún en nuestros días podemos encontrar ocasionalmente. Curiosamente, también observó ya por entonces uno de los “egg corns” que encontramos hoy en día en internet, a saber, “free rein” > “free reign”, cosa que nos avisa de lo arriesgado de intentar separar el cambio individual del cambio extendido, como intentaba Liberman, o de separar cambios individuales, grupales y generalizados, como pretendemos hacer aquí. Por otra parte, Scholfield, en el experimento ya citado, investiga el grado de expansión que han alcanzado varios cambios, principalmente ortográficos, que él etiqueta como “folk etymologies” y que llevan años, e incluso siglos, rivalizando con la forma estándar (1985).

Mucho más difícil es la identificación de un cambio semántico grupal. Quizá sirva como ejemplo el que nos da Room (1988), referente a la interpretación que

algunos hacen de “real tennis” como ‘tenis de la realeza’. En cualquier caso, no hemos localizado estudios monográficos sobre fenómenos de este tipo.

Por lo demás, la interferencia paramórfica grupal no es diferente en sus manifestaciones externas de la generalizada. Encontramos en esta categoría cambios formales, semánticos y semántico-formales, así como cambios metalingüísticos (p.e. leyendas etimológicas restringidas a un grupo de hablantes) y extralingüísticos (conductas y manifestaciones de la realidad extralingüística condicionadas por una interferencia paramórfica, p.e. el uso de una planta medicinal o la atribución de ciertos poderes a un santo). De todo ello veremos ejemplos aislados, a menudo presentados como anécdota, en la segunda parte de esta tesis.

3.2.1.2.1.3. Interferencia paramórfica generalizada

Con esta denominación nos referimos a los fenómenos que se han extendido a todos los hablantes de la lengua, principalmente los que han provocado un cambio de tipo lingüístico (formal, semántico o semántico-formal), ya que el efecto metalingüístico y el extralingüístico pueden ser más difíciles de constatar como algo generalizado a los hablantes, y en cualquier caso, no tienen que manifestarse en el individuo necesariamente. La generalización del efecto metalingüístico sólo podemos, como mucho, suponerla y postularla. Y en el caso de los cambios extralingüísticos, más que decir que se han extendido a todos los hablantes, deberíamos decir que han dado lugar a realidades estables y conocidas, como el escudo de la ciudad española de León (latín “Legio [Septima]” ‘legión’ > castellano “León”, o la hucha en forma de cerdo (escocés y northúmbrico “pigg” ‘vasija de barro’ > inglés moderno “piggy bank”, ‘hucha de cerdito’).

En realidad el cambio léxico por interferencia paramórfica generalizada es el tipo de cambio que solemos tener en la mente cuando hablamos de “etimología popular”, aunque, como se verá en este trabajo, son muchos los autores que combinan ejemplos de interferencia generalizada con interferencia grupal y/o individual. Por ejemplo, Palmer, que en el prólogo de su diccionario *Folk-etymology* nos da a entender que, por definición una etimología popular sólo es “popular” si la ha aceptado “el pueblo” (1882: xxii), incluye en su compilación numerosos ejemplos de formas dialectales británicas, y en su prólogo ejemplos varios de uso idiosincrásico.

Por otra parte, algunos ejemplos son de difícil clasificación. A esto contribuye la falta de certeza ante casos concretos. Por ejemplo, la forma “sparrow grass”, que

durante un tiempo estuvo más extendida que el original “asparagus”, y que es probablemente el ejemplo de etimología popular más citado en inglés, es para unos autores un cambio generalizado, lo cual no ha sido nunca cierto, aunque esa fuera la forma más extendida en otros tiempos, mientras que para otros sólo ha alcanzado la categoría de variante dialectal. En cualquier caso, en nuestros días es una forma casi del todo obsoleta. Asimismo, la palabra “vagamundo”, variante rival de “vagabundo” en tiempos (figura en la portada original de *El Buscón* de Quevedo), se encuentra en el *Diccionario de la lengua española* de la RAE, y sin embargo no lo usa el hablante culto de hoy en día. Deducimos de estos ejemplos que el hecho de haberse incluido determinada forma en un diccionario general no acaba de solucionar los problemas de categorización, pues los diccionarios a menudo incluyen formas dialectales y obsoletas. Esto es particularmente cierto en una recopilación léxica exhaustiva como es el *Oxford English Dictionary*.

Quizá sea mejor, por tanto, distinguir entre formas generalizadas en la lengua estándar actual y no generalizadas en el estándar actual. Este criterio es, en cualquier caso, el que aplicaremos en el análisis de diccionarios que hacemos en la tercera parte de este estudio.

3.2.1.2.2. Clasificación de las interferencias paramórficas no accidentales según el efecto

Entendiendo el fenómeno primario de la interferencia paramórfica, según decíamos antes, como la confusión mental entre formas, los efectos de esta confusión, o sea, los fenómenos secundarios, pueden darse a distintos niveles y de muy diversas formas.

En primer lugar, es esencial para los objetivos de esta tesis diferenciar entre fenómenos lingüísticos, metalingüísticos y extralingüísticos. Entendemos por fenómenos lingüísticos los cambios formales, semánticos y semántico-formales que se manifiestan en las funciones primarias de la comunicación y que son objeto de estudio de la lingüística histórica. Con la etiqueta de “fenómenos metalingüísticos” nos referimos a las manifestaciones que afectan al lenguaje de segundo grado, es decir, al que usamos ocasionalmente para hablar de nuestro lenguaje; en este caso concreto, pensamos principalmente en las especulaciones que hacemos sobre la etimología de ciertas palabras, basándonos en las asociaciones formales que sugiere su proximidad con otras (p.e. decir que “aterrar” viene de “terror”, cuando en realidad deriva de la raíz

de “tierra”). En cuanto a los fenómenos extralingüísticos, usamos esta categoría para hablar de las proyecciones que puede tener una interferencia paramórfica en nuestra conducta o en cualquier otro aspecto de la realidad no lingüística creada por el lenguaje (vid. el ejemplo de “pigg” > “piggy bank” de la sección anterior).

Se trata –hay que aclararlo- de una distinción que no encontraremos en otros contextos de estudio del lenguaje, pues no es de utilidad alguna para la lingüística tal y como la entendemos en la actualidad. Sin embargo, es fundamental para poder analizar la literatura existente en torno a la “etimología popular” si queremos abordar el problema conceptual, pues es frecuente que se confundan el efecto lingüístico y el metalingüístico (y, en menor medida, el extralingüístico).

En efecto, como veremos en los capítulos siguientes, para algunos autores la “etimología popular” es prioritariamente una actividad metalingüística, o, dicho de otro modo, es básicamente una especie de búsqueda etimológica (más intuitiva que científica, eso sí), independientemente de que esas supuestas conclusiones a que lleguemos den lugar a cambios lingüísticos o no (suponiendo en todo caso que el cambio lingüístico por interferencia paramórfica requiera de una fase previa de reflexión metalingüística). Para otros, el cambio lingüístico es independiente de la reflexión metalingüística, aunque puede haber reflexiones etimológicas “a posteriori” (p.e. “veruculum” se transforma en “cerrojo” por la influencia de “cerrar”, y después de producirse este cambio, creemos que “cerrojo” deriva del étimo “cerrar”). Por otra parte, en un buen número de estudios están unidas (con un modelo explicativo nebuloso, y no siempre formulado) las ideas del efecto lingüístico y la reflexión metalingüística, de tal manera que lo primero se explica siempre como consecuencia de lo segundo. Y no debemos olvidar que otro grupo de filólogos (p.e. Baldinger 1986) considera que la formulación de etimologías heterodoxas del tipo “adulto” > “adulterio” es ya de por sí una forma de cambio semántico, y por tanto constituye cambio lingüístico, con lo cual toda etimología popular es cambio lingüístico. En este último caso, el problema principal está en una interpretación personal de lo que abarca la semántica. Pero la cuestión esencial es que al principio de este párrafo hablábamos de autores para los que la etimología popular es siempre actividad metalingüística, y terminamos ahora hablando de otros para los que toda etimología popular es cambio lingüístico, pasando por unos grupos intermedios que piensan, o parecen pensar, que etimología popular son las dos cosas a la vez, o una primero y después la otra. Este es uno de los planos en que se manifiesta la falta de unanimidad en la literatura.

Pero estas posturas no tienen en cuenta:

- 1) que se puede proponer una explicación etimológica incluso en casos en los que no ha habido cambio lingüístico paramórfico (p.e. “adulterio”);
- 2) que nuestras suposiciones sobre el origen de las palabras no se consideran, al menos en la actualidad, competencia lingüística. Esto es, para saber usar una palabra necesitamos saber, básicamente, su forma, su significado y sus asociaciones paradigmáticas y sintagmáticas, pero no de qué étimo deriva;
- 3) que la creación de hipótesis etimológicas alternativas no es necesariamente la única explicación para el cambio lingüístico por interferencia paramórfica; esto es, “veruculum” puede haber evolucionado a “cerrojo” porque los hablantes asociaron la raíz “ver-” (en realidad derivada de “ferrum”) con “cerr-”, o bien porque a nivel inconsciente ambas palabras se asociaron en el léxico mental de los hablantes.

Esta última afirmación es importante para abordar ciertas consideraciones sobre la “etimología popular”, porque muchos autores, como ya hemos dicho, explican el fenómeno de cambio lingüístico por la hipótesis etimológica (o sea, los hablantes buscan etimologías para las palabras que usan por una especie de proceso de asociación intuitiva, y a consecuencia de ello acaban por transformar su propio vocabulario); pero con frecuencia esos mismos autores insisten en que se trata de un proceso inconsciente, lo cual nos obliga a imaginar un pensamiento metalingüístico que crea explicaciones etimológicas en nuestra mente sin que participe en ello nuestra consciencia. A este planteamiento, que se nos antoja incongruente y que surge innumerables veces en la literatura sobre “etimología popular”, lo llamaremos en estas páginas la “paradoja de Förstemann”, ya que se observa por primera vez en la obra seminal de este autor, considerado el “padre” oficial del concepto.

Lo que se deduce de las dos observaciones del penúltimo párrafo es que el cambio lingüístico paramórfico (“veruculum” > “cerrojo”) y la atribución de etimologías heterodoxas (“terror”-“aterrar”) son independientes, o, por lo menos, se puede demostrar que en ocasiones lo son, sin recurrir a argumentaciones complejas ni a ningún tipo de evidencia psicolingüística. Esto no excluye que en la realidad un cambio lingüístico paramórfico provoque una reflexión metalingüística heterodoxa, o viceversa. Incluso los efectos extralingüísticos pueden ser consecuencia de alguno de los otros dos efectos. Por ejemplo, la ciudad de León tiene un león en su escudo porque la palabra “Legio”, que normalmente habría evolucionado a “Legión”, se cruza con el nombre del animal. Sin embargo, el hecho de que haya huchas con forma de cerdito no parece que

sea consecuencia de un cambio lingüístico, sino de la asociación entre “pigg” ‘vasija’ y “pig” ‘cerdo’.

Hechas estas observaciones, que creemos fundamentales de cara a abordar el problema conceptual de la etimología popular, procedemos a desarrollar la clasificación que esbozábamos al principio de esta sección.

3.2.1.2.2.1. Cambio lingüístico por interferencia paramórfica

En esta categoría se incluyen los cambios formales y semánticos que se han explicado por interferencia paramórfica. A continuación veremos distintas posibilidades que se dan dentro de estos dos casos.

3.2.1.2.2.1.1. Cambio formal

Como se recordará, decidimos, por coherencia metodológica, hablar sólo de cambio formal cuando el resultado es una palabra que no existía en el idioma. Por ello, los casos en los que una palabra se ve sustituida por otra ya presente en el idioma, cosa frecuente en el malapropismo clásico pero rara en la etimología popular prototípica, se considerarán aquí cambios semánticos, aunque por sentido común puedan parecer cambios formales. Además, la consideración depende a veces de cómo entendamos la unidad léxica. Así, por ejemplo, en el caso de “girasole articiocco” y “Jerusalem artichoke” (vid. nota 4 de este capítulo), se podría decir que la palabra ortográfica “Jerusalem” ha tomado un nuevo significado, o un nuevo uso. Pero seguramente sea más correcto decir que la unidad léxica original, compuesta de “girasole” y “articiocco”, ha cambiado de forma, ya que el nuevo uso de “Jerusalem” está restringido únicamente a este contexto.

Normalmente los cambios formales afectan a un morfema de la palabra (a veces a más de uno). En algunos casos no afectan a un verdadero morfema, sino a un segmento formal que se interpreta como morfema; estos son los casos que suelen etiquetarse como reanálisis, y que para muchos autores constituyen la esencia básica de la etimología popular. A veces es extremadamente difícil decidir qué es lo que se ha visto reemplazado, como en el caso de “iland” > “island”, o “rime” > “rhyme”, razón por la que ejemplos como estos se excluyen con frecuencia del ámbito de la “etimología popular”. Algo semejante ocurre con las mezclas o cruces, donde la interferencia paramórfica actúa sobre un segmento común sin apariencia de morfema, que es donde

se produce el solapamiento (p.e. “ostentoso” + “estentóreo” > “ostentóreo”; y que puede incluso ser discontinuo (p.e. “portento” + “potentado” > “portentado”).

Dado que a menudo los cambios formales se combinan con cambios semánticos en la interferencia paramórfica, en este estudio utilizaremos las etiquetas de “cambio formal sin cambio semántico” o “cambio sólo formal” para aquellos casos en los que se observe que no ha cambiado nada más que la forma, de manera que la palabra mantiene su significado intacto y se continúa usando como antes, o al menos no se observan cambios semánticos atribuibles al cambio formal paramórfico. Ejemplo de esto serían los clásicos “sparrow grass” (< “asparagus”) y “cockroach” (< “cucaracha”), que no han alterado su uso tras la adaptación formal.

3.2.1.2.2.1.2. Cambio semántico

El cambio semántico, como ya indicábamos, lo identificamos por la adición y/o desaparición de contextos de uso para la palabra afectada. Así pues, decimos que “infestar” ha sufrido un cambio semántico cuando se observa el nuevo uso “infestarse una herida” (por “infectarse”). La palabra “quean” ‘prostituta’, por su parte, desapareció totalmente del uso por ser homófono de “queen” ‘reina’. Este tipo de cambio, ya lo dijimos, es más difícil de constatar, que el puramente formal; no obstante, se han observado suficientes ejemplos en lingüística histórica.

De modo semejante a como hacíamos con el cambio formal, usaremos en estas páginas la etiqueta “cambio semántico sin cambio formal” o “cambio sólo semántico” para los casos en los que la interferencia paramórfica ha cambiado únicamente el significado y no la forma. Esta puntualización es importante, ya que en muchos casos el cambio formal se ve acompañado de un cambio semántico (p.e. “berfrey” > “belfry”).

En el estudio del cambio semántico distinguimos, además, entre cambio de significado “central” y cambio de significado “periférico”. El primero de estos cambios se refiere a aspectos del contenido de una palabra que pueden expresarse en una definición tradicional; el segundo a las connotaciones o asociaciones que coexisten con el significado de la palabra, y que casi son imperceptibles en el uso. Un ejemplo de esto último es el pescado que en español conocemos como “palometa” o “japuta”. Aunque la segunda de estas denominaciones no tiene relación alguna con el insulto “hijo/a [de] puta”, es casi inevitable que la gente imagine una conexión, hasta el punto de que en Andalucía algunas personas lo conocen como el “pescao del mal nombre” (Alvar, en Jordan 1967: 305). Ahora bien, el significado central no ha cambiado, porque “japuta”

sigue designando al mismo tipo de pescado. Pero esta categoría del cambio semántico periférico resulta difícil de distinguir de la “etimología latente”, es decir, de las atribuciones etimológicas que no expresamos, y de las supersticiones que se derivan de una interferencia paramórfica, reflejadas a menudo en costumbres, y por tanto, de forma extralingüística. Un ejemplo de esto es la tradición, en Rumanía, de no trabajar el día de San Foca, por miedo al fuego (“foc”; Jordan 1967: 304).

Curiosamente, hay cambios semánticos paramórficos que son de autores eruditos. Por ejemplo, Lázaro Carreter cita un verso de Meléndez Valdés en el que este autor emplea el adjetivo “blondo” como si combinara los significados de “blando” y “onda”, en lugar de darle el sentido original de “rubio” (1962: 176). A veces, algunos de estos cambios han llegado a generalizarse, como es el caso del significado que Johnson dio en su diccionario a “internecine”, adjetivo que originalmente significaba “[guerra] de destrucción total” y que él definió en su diccionario como “[guerra] de destrucción mutua”, por una confusión entre dos valores diferentes del prefijo latino “inter-” (Rawson 2000: 114).

3.2.1.2.2.1.3. Cambio semántico-formal

Normalmente es un cambio formal acompañado (¿o seguido?) de un cambio semántico, aunque algunas veces el proceso ha sido a la inversa, siendo difícil en muchos casos determinar qué fue primero.

Un ejemplo que ilustra muy bien las dificultades que presentan los cambios complejos es el de la evolución del francés antiguo “berfrei/berfroi” ‘torre de asalto’ al inglés moderno “belfry” ‘torre de iglesia, campanario’. Este préstamo se aplicó en inglés en un principio para las torres de asalto usadas en la Edad Media, adoptando las formas “bererfreid”, “berfreit”, “berfrey”, berfray” y “berfroy” entre los siglos XII y XV. Posteriormente se aplicó la misma palabra a atalayas y torres de iglesia, provistas generalmente de campanas, y en paralelo con este cambio de referentes fueron apareciendo formas con “bel(l)-” (“belfray”, “belfraye” y “bellfry” en el siglo XV; “belfrie” y “belfry” a partir del XVI). Asimismo, aparecen variantes simplificadas del tipo “befroy” a partir del XVII. Finalmente se impuso la forma “belfry”, con una penúltima variante ortográfica “bellfry” en el siglo XVIII, y se aplica en su uso moderno casi exclusivamente a un único referente, que son los campanarios de las iglesias.

Aun cuando es evidente que, de una manera u otra, se han establecido asociaciones entre la primera sílaba de este préstamo y la palabra inglesa que designa a la campana, especialmente cuando se usó la grafía “bell-”, lo cierto es que quedan cuestiones sin resolver. En primer lugar, no sabemos en qué momento exacto se empezó a aplicar esta palabra a los nuevos referentes (si es que puede hablarse de un “momento exacto”, porque lo más probable es que durante un tiempo convivieran el uso antiguo del vocablo y los modernos). Tampoco sabemos si la transición semántica tuvo un paralelo notable con el paso de formas “ber-” a formas “bel(l)-”. Además, el cambio consonántico que hace pensar en una interferencia paramórfica pudo deberse inicialmente a una disimilación de líquidas. Por tanto, este cambio formal podría haber sido en un principio independiente de la supuesta motivación del nuevo referente (de hecho también hubo variantes con “bel-” en las formas latina y francesa), o bien una de las tendencias de cambio formal reforzó a la otra. Por otra parte, pervive un raro uso dialectal de “belfry” aplicado a cobertizos de aperos y ganado, que no tienen campanas, y en este caso la forma no está motivada como en el anterior.

En suma, no sabemos con seguridad si la asociación con el concepto de “campana” fue decisiva en la evolución formal que sufrió la palabra, o simplemente ayudó a que se asentaran las variantes con “bel-”, o si el cambio semántico fue independiente del formal. Cualquier afirmación tajante en uno u otro sentido tendría que estar respaldada por una meticolosa investigación histórico-filológica. Por ello creemos que hay que actuar con cautela ante ejemplos como este, en los que parecen combinarse en un sutil entramado la evolución formal y la semántica.

3.2.1.2.2.2. Efecto metalingüístico

El efecto metalingüístico de la interferencia paramórfica consiste fundamentalmente en la atribución, para determinadas palabras o segmentos formales, de etimologías y asociaciones léxicas espurias, sobre la base del parecido formal. En nuestra perspectiva lo consideramos como algo independiente del efecto lingüístico; esto es, no creemos que sea lo mismo formular una explicación etimológica como “La palabra ‘mandarina’ deriva del verbo ‘mondar’” que reemplazar en nuestro uso cotidiano la palabra “mandarina” por “mondarina”. Lo primero es claramente un comentario metalingüístico, porque es un uso del lenguaje que tiene por función principal hablar del propio lenguaje; lo segundo es un fenómeno consumado de cambio lingüístico, porque se manifiesta en la comunicación normal, esto es, en el lenguaje de primer grado. El

primer acto de habla no ha cambiado nada en nuestra lengua, mientras que el segundo sí lo ha hecho, o al menos puede hacerlo en potencia.

Es más, incluso la explicación “ex post facto” de un cambio consumado, (p.e. “Es más lógico decir ‘cerrojo que ‘verrojo’, porque es un objeto que sirve para cerrar”) sigue siendo esencialmente metalenguaje, porque sólo está razonando “a posteriori” el cambio lingüístico. Y creemos que el error de no distinguir el efecto lingüístico del metalingüístico es una de las raíces del problema que aquí intentamos abordar. Aun si aceptáramos la teoría förstemanniana de que todo cambio lingüístico paramórfico se origina por una explicación etimológica paramórfica en la mente del hablante (esto es, antes de que un hablante diga “mandarina” tiene que haberse imaginado el nombre de esta fruta como un derivado de “mandar”), deberíamos distinguir las explicaciones etimológicas que llegan a formularse (p.e. en conversación o en textos escritos) de todas las supuestas reflexiones inconscientes que mantenemos tácitas en nuestro pensamiento, ya que la reflexión interna sólo puede inferirse del producto final, que es el cambio lingüístico consumado (esto es, la palabra “mandarina” usada en un contexto comunicativo normal). No hacer esta distinción equivale a confundir el proceso con el resultado.

Ya hemos dicho aquí que reconocemos, por imperativo lógico, un fenómeno primario de interferencia paramórfica que tiene lugar en la mente del hablante antes e independientemente de cualquier otra manifestación externa de interferencia paramórfica. Recalcábamos también que dicho fenómeno es imperceptible, por lo cual todo lo que se diga sobre él es especulativo. Sí podemos observar las manifestaciones externas, esto es, los fenómenos secundarios, que pueden ser, o bien cambios lingüísticos del tipo “mandarina” > “mandarina”, o bien formulaciones metalingüísticas del tipo “La palabra ‘adulterio’ deriva del latín ‘adultus’”, o incluso realidades extralingüísticas, como preparar el “haricot de mouton” con judías²⁸. Pero no podemos describir el fenómeno primario ni tan siquiera afirmar que sabemos nada sobre él, pues extrapolar los modelos cognitivos con que se explican las interferencias accidentales nos parece temerario, y secundar sin más la teoría förstemanniana de que el pueblo inventa hipótesis etimológicas y, acto seguido, “pasa a la práctica” (1852: 3), no nos parece científico. En cualquier caso, nuestro propósito aquí es tan sólo diseccionar el

²⁸ El plato francés conocido como “haricot de mouton” no se hacía en un principio con judías. Ha sido la confusión entre el verbo obsoleto “harigoter” (también “halicoter” o “harligoter”) ‘cortar, trocear’ y “haricot” ‘judía’ la que ha provocado, primero, que el nombre original “harigot de mouton” se transforme en “haricot de mouton” y, segundo, que en la actualidad se incluyan judías en la preparación de este plato.

problema conceptual y observar cómo se manifiesta en la literatura específica. No pretendemos ir más allá. Por tanto, distinguimos, no sólo el efecto lingüístico y el metalingüístico, que son cosas claramente diferentes en cuanto a resultado, sino también las manifestaciones metalingüísticas y la hipotética “etimología intuitiva” o “latente” que se supone hacemos de forma tácita con las palabras que se prestan al juego.

Por ello proponemos para el fenómeno puramente metalingüístico la etiqueta “atribución de etimologías alternativas”, y la emplearemos, consecuentemente, cuando un autor nos refiera explicaciones etimológicas como las de Servio, que asociaba “bellum” ‘guerra’ con “bellus” ‘bello’ (“porque no tiene nada de bello”), o las de San Isidoro, que hacía derivar “camisa” de “cama”, o bien cuando nos encontremos con “leyendas etimológicas”, es decir, con explicaciones o narraciones sobre el supuesto origen de un topónimo o de cualquier otra palabra de uso común. Las innovaciones del tipo “mondarina” (por “mandarina”) o “infestar” (con el sentido de “infectar”), son, insistimos, efectos lingüísticos, y no deben confundirse, por tanto, con las atribuciones etimológicas.

Como veremos, para muchos autores no hay diferencia entre la atribución de etimologías alternativas que se produce tácitamente y no se manifiesta (la “etimología latente” de Hristea 1967) y la que se formula en textos, o manifestaciones orales. Es por ello que utilizamos la palabra “atribución”, porque no presupone formulación externa alguna, aun cuando critiquemos este tipo de confusión, ya que entendemos que no hay una línea divisoria clara.

En cuanto al uso de la palabra “alternativa”, optamos por este adjetivo en lugar de “incorrecta” o “espuria”, por simple prudencia, ya que en la historia de la etimología se ha tenido que aceptar como correcto muchas veces lo que era oficialmente incorrecto, y viceversa. Por ejemplo, Servio formuló la explicación etimológica “Lucus a non lucendo” (“Se dice ‘bosquecillo’ porque no le llega la luz”), que es un ejemplo clásico de etimología erudita errónea -lo cita Förstemann (1852: 1)-, y ha llegado a convertirse en ejemplo por antonomasia de explicación “cogida por los pelos”. Sin embargo, se sabe ahora que hay una relación etimológica entre las dos palabras que Servio asoció arbitrariamente (Glare 1982: 1047). Asimismo, en cierto período del siglo XIX, la máxima autoridad de la filología inglesa estableció para “beefeater” el étimo “buffetier”, lo cual se desmintió poco después por falta de evidencia documental (Rawson 2000: 20). En cualquier caso, debe quedar claro que con la etiqueta de

“atribución etimológica alternativa” nos referimos a cualquier explicación que no es la explicación oficial, o la aceptada por la mayoría de los etimólogos.

Debe tenerse en cuenta también que una atribución etimológica alternativa no tiene que ser necesariamente producto de una interferencia paramórfica, como presuponen muchos autores que escriben sobre etimología popular, si bien es cierto que la mayoría lo son. Este es un hecho que recalcaremos en los próximos capítulos, ya que otro problema que tiene el concepto tradicional de “etimología popular” es la asociación inferida entre “atribución etimológica alternativa” y “confusión paramórfica”, que nadie hasta ahora ha cuestionado.

En efecto, debemos tener presente que se puede inventar una etimología de muchas formas, sin necesidad de recurrir a semejanzas entre segmentos formales. Así, por ejemplo, algunas etimologías se han explicado recurriendo a una falsa acronimia, siendo probablemente el caso de “posh” (supuestamente un acrónimo de “port out, starboard home”) el más conocido de todos²⁹. Asimismo, hay falsas eponimias, como la que implica la invención del personaje de Noah Ketchup (encontrado en Wikipedia).

También se pueden inventar explicaciones acudiendo a lenguas poco conocidas, como la que afirma que “Mississippi” equivale a “Padre de las aguas” en algún idioma autóctono de Norteamérica (Hockett 1950). En otros casos se ha inventado una historia sin base lingüística alguna; por ejemplo, se dice que la palabra “quiz” entró en la lengua inglesa porque un empresario teatral irlandés pagó a niños para que la escribieran por las calles de Dublín, con el fin de ganar una apuesta (esta historia, sin embargo, no explica cómo llegó la palabra a tomar su significado actual). Para casos como estos, que se han incluido en la categoría de “etimología popular” por el simple hecho de que la etiqueta lo permite, creemos que debería hablarse de “atribución de etimologías alternativas no paramórficas”, con el fin de evitar mayores confusiones. Este tema volverá a tratarse más adelante; baste de momento con hacer la observación, ya que este capítulo se limita a los fenómenos de interferencia paramórfica.

Las etimologías alternativas las encontramos formuladas principalmente en los textos de los “eruditos” (p.e. Servio, Varrón, San Isidoro, Swift, etc.) y en lo que aquí llamamos “leyendas etimológicas”, que suelen ser explicaciones sobre topónimos (p.e. “Monte Sano” < “Monte, say no!” Nelson 1950), pero pueden referirse a cualquier otro tipo de palabra (p.e. “The animal that gives mo-hair”; Hench 1944).

²⁹ Este es precisamente el título de un diccionario de falsas creencias etimológicas, recientemente aparecido, que analizamos en la tercera parte de esta tesis (Quinion 2004).

En cuanto a las atribuciones etimológicas alternativas de los filólogos, hay cierta discrepancia en los estudios sobre si deben estas considerarse “etimologías populares”. Varios autores afirman que no debe hacerse tal cosa, con el dudoso argumento de que la etimología erudita no puede ser “popular”, pues lo popular pertenece al pueblo (se entiende que la élite culta y el “pueblo llano” constituyen grupos separados que no pueden mezclarse). Otras veces se defiende la separación de “etimología erudita” y “popular” porque se ha percibido la diferencia entre el trabajo metalingüístico de los etimólogos “eruditos” y el efecto eminentemente lingüístico de la actividad del “pueblo etimólogo” (lo cual deja fuera de toda consideración las “leyendas etimológicas”, que son metalingüísticas y populares a un tiempo, y, por otra parte, los cambios lingüísticos debidos a la intromisión de un erudito, p.e. “iland” > “island”). El mismo Förstemann estableció para su idea de etimología “precientífica”, es decir, la anterior al siglo XIX, la elaborada por una supuesta élite que él no quiso asociar con el pueblo, la categoría de “etimología erudita”. Esta denominación, a veces refinada como “falsa etimología erudita” (p.e. Gougenheim 1948), suele aplicarse a atribuciones etimológicas disparatadas, que, o bien formuló un autor conocido, o bien se sabe que proceden de miembros de esa élite “cultas”.

Pero esta distinción no ha conseguido eliminar las confusiones. Por un lado, es arbitraria y cuestionable, ya que presupone que el tener –o no- interferencias paramórficas es una simple cuestión de conocimientos, y, consecuentemente, que el “pueblo llano” y la “élite erudita” tendrían que poseerlos en niveles claramente discernibles (como si en los errores de los eruditos no fuera evidente la falta de algún conocimiento específico). Por otra parte, como entendemos que el germen de toda asociación paramórfica, incluidas las que subyacen en la atribución etimológica alternativa, está en nuestro procesamiento cognitivo, nos parece entender que la distinción entre etimología popular y erudita presupone la existencia de dos tipos de procesamiento léxico esencialmente diferentes, a saber, el de los “cultos” y el de los “incultos”.

No debe sorprendernos, por tanto, encontrar en textos filológicos afirmaciones que parecen haber perdido la perspectiva en este sentido. Por ejemplo, en el siglo XIX llegó a afirmarse, quizá en un intento de defender al “pueblo” de las connotaciones de ignorancia que hay en la idea de “etimología popular”, que son los pedantes y (semi)eruditos los que pervierten el lenguaje (Murray, Bonaparte y Hare, citados en Palmer 1882: xii-xiii). Pero lo más habitual es que encontremos en los trabajos sobre

etimología popular una amalgama de manifestaciones lingüísticas y metalingüísticas, sean anónimas y “populares” o atribuidas a un autor (que se supone erudito), o incluso a eruditos anónimos.

En cuanto a las “leyendas etimológicas”, estas son muy abundantes y han sido recogidas principalmente por dialectólogos y folkloristas. Algunas llegan a tomar la forma de narraciones completas, pudiendo ser chistosas y anecdóticas en algunas ocasiones (p.e. “Sheboygan”; Hockett 1950), y terróricas en otras (p.e. “Shake Rag Church”; Rich 1981). No es de extrañar, dada la naturaleza y la dinámica social de estas explicaciones, que Brunvand, el creador del concepto de “leyenda urbana” (“urban myth”) mostrara su interés también por la leyenda toponímica norteamericana (1959; 1986).

Y por lo que respecta a todas esas atribuciones etimológicas que todos tenemos en la mente (la “etimología latente” de Hristea) y que con simples métodos se nos pueden sonsacar (p.e. Olschansky 1996), insistimos en que no pueden ponerse al mismo nivel que el metalenguaje, a no ser que las formulemos, y entonces dejan de ser “latentes”. No obstante, veremos que la literatura filológica descuida con cierta frecuencia esta distinción.

3.2.1.2.2.3. Efecto extralingüístico

El efecto extralingüístico, como su propio nombre indica, no se refleja en principio en la comunicación oral ni en la escrita, sino en la conducta, en la realidad material (aspecto y disposición de las cosas) o en formas de expresión no verbal, como puede ser la plástica. Eso sí, siempre está supeditado a una percepción lingüística; puede ocurrir, consecuentemente, que se trate de la primera manifestación externa de la interferencia paramórfica primaria (la exclusivamente mental), como podría suponerse en el caso de “piggy bank”, o que sea un fenómeno subsiguiente a una manifestación externa previa, la cual habría dado lugar a un cambio lingüístico (p.e el león del escudo de León; Marsá 1988; o la costumbre de plantar rosas en Roseland; Ashley 1985³⁰).

En cualquier caso, es un fenómeno raro, pero interesa dedicarle una sección, ya que a veces se incluyen fenómenos de este tipo en textos sobre etimología popular (p.e. Baldinger 1986) y no siempre se establece claramente la distinción entre este tipo de efecto y los otros dos, el lingüístico y el metalingüístico. En algunos casos, el efecto

³⁰ El topónimo moderno “Roseland”, explica Ashley, deriva del cornuallés “ros” ‘cima’. En la actualidad, sus vecinos cultivan rosas en la colina (1986: 22-23)

extralingüístico ha llegado a inspirar trabajos monográficos (p.e. Marsá 1988; Galmés de Fuentes 2000), pero lo cierto es que el tema no ocupa una posición central en el estudio académico del tema.

3.2.1.2.3. Clasificación de las interferencias paramórficas no accidentales por el grado de consciencia

Clasificar los fenómenos de interferencia paramórfica no accidentales según la consideración de si los hablantes son conscientes o no del cambio que se produce plantea varios problemas de difícil solución. Sin embargo, en la literatura sobre “etimología popular” no faltan afirmaciones categóricas en torno al carácter consciente o inconsciente de esta, y en este sentido, a veces contrastan los autores dicho fenómeno con otros que han excluido de su ámbito, como el malapropismo, el juego de palabras, o la analogía. Estas opiniones varían de unos expertos a otros, siendo frecuente el desacuerdo, e incluso la contradicción interna (como en el caso de la “paradoja de Förstemann”; véase capítulo 5). Además, dentro de los que comparan la etimología popular con fenómenos “adyacentes”, cada uno presenta para el contraste una selección diferente, según cuáles de ellos excluya o incluya en su ámbito conceptual personal.

Ante los fenómenos accidentales la situación es diferente, ya que podemos aplicar este criterio con relativa certeza. Así, los lapsus y la mayoría de las parafasias, paralexias y paragrafias son claramente inconscientes, mientras que los juegos de palabras son por definición conscientes, al menos en el momento en que se manifiestan. Sólo tendríamos algo de incertidumbre ante un grupo intermedio, que serían las aproximaciones en estados de anomia, ya que estas parecen surgir de forma inconsciente en un principio, pero solemos saber conscientemente que son erróneas, una vez que las hemos sopesado. Ahora bien, con los fenómenos no accidentales, la incertidumbre es mucho mayor.

El principal problema es que los fenómenos no accidentales se extienden en el tiempo y a veces se propagan, lo cual da un margen mucho mayor para la reflexión consciente, sin que tenga necesariamente que darse el caso. El mero transcurso del tiempo ya es condición suficiente para que se presente la reflexión en un solo individuo. Y lógicamente, a más tiempo y más hablantes, más motivo hay para pensar que un cambio ha pasado por los filtros de la reflexión consciente.

Así pues, en el caso de un cambio formal de este tipo, como el de “surloin” > “sirloin”, aun cuando surgiera este de forma inconsciente en el primer hablante, dado el tiempo transcurrido desde la primera manifestación, y dado el número de hablantes a los que ha llegado, es muy alta la probabilidad de que haya habido al menos un momento de reflexión consciente sobre el cambio. Por otra parte, al generalizarse el cambio a todos los hablantes, no queda constancia de este, y por tanto el hablante ya no es consciente de la evolución que dio lugar a la forma que usa. Lo cual no impide que reaparezca la reflexión a posteriori sobre el cambio, en este caso bajo la especie de la historia etimológica (más o menos seria) que alude al nombramiento de “sir” del filete de solomillo (Rawson 2000).

Por estas razones, creemos que es una simplificación inadecuada y temeraria decir tajantemente que fenómenos como la llamada “etimología popular” son esencialmente conscientes o esencialmente inconscientes. En rigor, sólo podríamos hablar con certeza de unos pocos fenómenos claramente conscientes, como la atribución de etimologías alternativas o las creaciones tipo “beefburger” (y aun así, el fenómeno primario del que surgen lo consideramos inconsciente), así como de otros que suponemos inconscientes, que serían los malapropismos clásicos y los “egg corns”. El resto de los casos, que es básicamente el grupo de las “etimologías populares” más prototípicas, esto es, los cambios lingüísticos grupales y generalizados, tendríamos que incluirlos en una categoría mixta, ya que creemos que en ellos hay un componente de asociación inconsciente, quizá incluso accidental, y otro de reflexión consciente. También es cierto que en la evolución de algunas etimologías populares prototípicas parece más claro el origen inconsciente (p.e. “crevis” > “crayfish”), mientras que hay otras donde parece indudable que ha influido sensiblemente la reflexión (p.e. “asparagus” > “sparrow grass”, “sauerkraut” > “choucrou”).

Quizás debería hablarse aquí de un continuo, más que de unas categorías discretas, o quizás no. Lo cierto es que no se puede afirmar casi nada de forma tajante en torno a esta cuestión, y si abordamos aquí el problema, aun reconociendo la imposibilidad de llegar a conclusiones satisfactorias, es por poder sentar las bases de la duda ante la ingente cantidad de opiniones arbitrarias a las que vamos a enfrentarnos en los próximos capítulos. La cuestión de si la etimología popular, independientemente de lo que entendamos por tal etiqueta, es algo consciente o no, está en la raíz misma del problema conceptual y no podemos soslayarla, aun cuando aquí no pretendamos dar respuesta a los interrogantes que se plantean.

CAPÍTULO 4

CONCLUSIONES DE LA PRIMERA PARTE

El objetivo principal de este capítulo, más allá de explorar unos fenómenos que ya están estudiados y de buscar relaciones entre ellos, es el de fijar unas categorías y un lenguaje que nos permitan distinguir aquello que la teoría lingüística nacida de la etiqueta de “etimología popular” ha mezclado sin demasiado rigor lógico.

En este sentido, lo que decimos en esta primera parte se basa en lo que decimos en la siguiente, y viceversa. Esto es, las categorías que establecemos aquí se basan en el estudio de la literatura sobre etimología popular, y ese estudio, a su vez, se basa en las categorías que establecemos en el capítulo 3. Pero como la exposición ha de ser por fuerza lineal, hemos optado por presentar primero las categorías que nos interesan para situar el estudio de la etimología popular en el marco de los fenómenos de interferencia paramórfica, ya que la sensación que uno tiene al abordar el análisis de la literatura es que el constructo tradicional de la etimología popular gira en torno a varios fenómenos de interferencia paramórfica no accidentales. Pero, dado que la realidad que surge del estudio exhaustivo es más caótica de lo que quisiéramos, intentamos aquí hacer ciertas distinciones fundamentales, así como otras más sutiles, con el fin de tener una perspectiva mejor definida.

En primer lugar, creemos que se debe distinguir entre la asociación tácita de palabras que a nuestro modo de ver subyace en toda interferencia paramórfica (el fenómeno primario) y cualquiera de las manifestaciones externas, incluidas las metalingüísticas (p.e. la historia de “Sir Loin”) y las que se apoyan en la interferencia sin calcarla (p.e. “cheeseburger”). Y aparte de distinguir lo lingüístico de lo metalingüístico, creemos que es importante distinguir a su vez, dentro de lo lingüístico, lo puramente formal de lo puramente semántico, siempre que la distinción sea posible. Dicha diferenciación sirve para darnos una perspectiva crítica ante las teorías que presentan la etimología popular como un cambio puramente formal, o ante las que nos dan a entender que es un cambio puramente semántico (confundiendo a veces la simple asociación de palabras con el cambio semántico).

La mención de los fenómenos de interferencia paramórfica accidentales, que podría parecer superflua, se justifica por la existencia de estudios sobre “etimología

popular” que hacen referencia a estos (p.e. Ortega Ojeda 1985). No obstante, es cierto que la idea prototípica está más cerca del fenómeno no accidental que del accidental.

Por otra parte, un estudio de los cambios por interferencia paramórfica debería evitar un error relativamente frecuente en los trabajos sobre etimología popular, a saber, el no distinguir las primeras manifestaciones externas del fenómeno paramórfico (p.e. “slog” > “slug”; “salier” > “cellar”; “limande” > “lemon”) de otros cambios subsiguientes, o “postparamórficos” (“a slug of liquor” > “a slam of liquor”; “cellar” > “salt cellar”, “lemon” > “lemon sole”). A veces se llama “etimología popular”, o bien a una evolución que no es, estrictamente hablando, el fenómeno de interferencia paramórfica, sino una serie de fenómenos, de los cuales sólo uno es paramórfico, o bien a un cambio postparamórfico, es decir, subsiguiente a la verdadera sustitución paramórfica.

Distinguimos también entre la interferencia paramórfica a escala individual, grupal y generalizada, o simplemente entre la individual y la no individual, no porque creamos que haya una separación clara entre estas categorías, sino porque unos autores las han separado y otros no, sin haber tan siquiera unanimidad entre los que hacen este tipo de distinciones. En este sentido, es curioso observar que, si bien la mayoría de los autores excluyen de su concepto de “etimología popular” la interferencia individual (el malapropismo clásico), Dubois nos dice en su diccionario que el término “*étymologie populaire*” se reserva a veces para el error individual, prefiriéndose para los casos generalizados la denominación de “*étymologie croisée*” (1973: 199). Y esto es sólo un ejemplo de la disparidad de opiniones. Por otra parte, no son raros los casos de autores cuya exposición teórica se contradice con sus ejemplos, tanto en este respecto como en otros.

Sobre la cuestión de la consciencia, ya hemos alertado aquí del peligro de hacer afirmaciones categóricas; ahora bien, recordar al menos qué tipos de fenómenos son claramente conscientes y cuáles podrían suponerse inconscientes, y qué categorías podrían presentar niveles diversos de actuación consciente por parte del hablante, nos ayudará a abordar el debate sobre la “etimología popular” con una perspectiva más clara. No debemos olvidar que, desde nuestro punto de vista, todo fenómeno de interferencia paramórfica es inconsciente en sus orígenes, al menos hasta el momento en que se manifiesta externamente. Pero los problemas no acaban aquí. El erudito que explica “camisa” a partir de “cama”, o “sincera” a partir de “sine” y “cera”, puede estar

haciendo un acto consciente, pero quizá la interferencia paraetimológica que motiva su explicación no surgió de un modo plenamente consciente.

En definitiva, advertimos desde este capítulo del caos conceptual que vamos a encontrar cuando nos enfrentemos al estudio cronológico de todo lo que se ha entendido como “etimología popular”, y proponemos unas herramientas de descripción que sirven, entre otras cosas, para ver dónde hay acuerdo y dónde desacuerdo cuando dos autores parecen estar hablando de cosas diferentes y en lenguajes diferentes, y que han de servirnos también para detectar incongruencias de base y contradicciones internas. Sólo así, creemos, podrá darse en un futuro el paso siguiente, que será encontrar, entre esa amalgama de fenómenos que aún denominamos “etimología popular”, unas categorías bien delimitadas que se presten al estudio científico. Ya hemos dicho que no pretendemos aquí iniciar aquí ese tipo de estudios, sino únicamente mostrar qué nos impide hacerlo por el momento. Y la tarea se inicia en el próximo capítulo.

CAPÍTULO 5

FÖRSTEMANN Y EL PROBLEMA CONCEPTUAL DE LA ETIMOLOGÍA POPULAR

5.1. Introducción

En esta segunda parte presentamos una perspectiva diacrónica de los estudios sobre etimología popular con el objetivo de aclarar la genealogía del problema conceptual. Para ello ahondaremos primero en las raíces del propio concepto, analizando el ensayo que introdujo la noción de etimología popular en la filología y señalando los problemas que presenta su planteamiento. Todo ello se hará en este capítulo. A continuación, en los capítulos 6, 7 y 8, observaremos la divergencia de opiniones que se deriva de este problema conceptual, y veremos las repercusiones que tal estado de confusión tiene de cara a la búsqueda de una explicación satisfactoria para los fenómenos de interferencia paramórfica no accidentales. Por último, en el capítulo 9, presentaremos las conclusiones obtenidas de este análisis exhaustivo de la literatura³¹.

5.2. Sobre el origen del concepto

La tradición filológica considera al etimólogo alemán Ernst Förstemann (1822-1906), autor del ensayo “Über deutsche Volksetymologie” (1852), como el creador del término “etimología popular” y, por tanto, como el creador del concepto (Jordan 1937, Buysens 1965, Baldinger 1986, Malkiel 1993), lo cual no es rigurosamente cierto. Por un lado, se tiene ahora noticia de un precursor en el uso del término, ya que, según descubrió Olschansky (1996: 12-14), la palabra “Volksetymologie” aparece ya en *Die Mundarten Bayerns*, de Schmeller (1821: 163), donde la vemos referida a ciertas formas dialectales y malapropismos clásicos que dejan entrever la presencia de interferencias paramórficas. Por otro lado, encontramos descripciones del fenómeno en otros filólogos de la primera mitad del XIX, si bien estos no le dan una etiqueta identificadora. Por

³¹ Para la elaboración de este estudio cronológico se ha procurado en todo momento localizar las primeras ediciones de las obras mencionadas y acudir a la versión original antes que a traducciones. En los casos en que esto no ha sido posible y a fin de poder mantener un riguroso orden cronológico en el estudio de las ideas expresadas, hemos confiado en las referencias de Olschansky 1996, obra mediante la cual citamos indirectamente varias obras cuya primera edición no se ha podido consultar. En cualquier caso, la bibliografía de esta tesis cita siempre la edición y/o versión consultada, indicando, si fuera el caso, la fecha de la primera edición, y el idioma original.

ejemplo, Olschansky cita en este sentido los trabajos de Grimm (1926, cit. en Olschansky 1996: 10-11) y de Pott (1833, 1836, cit. Olschansky 1996: 6), que presentan fenómenos comparables a los que describe Förstemann, aunque sin darles ni un nombre ni una identidad específica.

Podríamos añadir además casos similares que hemos encontrado de percepción del fenómeno en la filología inglesa y francesa. Así, por ejemplo, Murray en 1829 habla de “sound adapted to the sense” (lo cual le convierte quizá en precursor de la idea de la iconicidad del léxico). Tooke, en el mismo año, hablaba de “fanciful etymologies” en su célebre *Diversions of Purley*. En 1841 Latham describe varios casos de lo que él llama “false analogy”, cuyo equivalente francés encontramos, nueve años después, en un texto de Chevallet (1850: 177)³². En 1848, un trabajo publicado en *Philological proceedings* hablaba de “false etymologies” (1848, vol. 3, p. 2, cit. Palmer 1882: xiii). Y en 1852, el mismo año en que apareció el ensayo de Förstemann, una obra de Waylen hablaba de “false spelling arising out of sound” (1852: 29) y casi al mismo tiempo Trench describía varios casos recopilados por él como “faulty etymology”, “assumed derivation” y “falsely imagined etymology”, términos a los que sólo les falta el elemento “popular” para coincidir con la denominación del propio Förstemann. Eirionnach, por su parte, describía, también en 1852, varios casos de “corrupciones”, algunas de las cuales eran casos claros de interferencia paramórfica.

Aparte de estos ejemplos, todos ellos muy cercanos al nacimiento oficial del término, no consta que haya habido otros intentos de aislar el fenómeno, aunque encontramos que ya se identificaban casos de interferencia paramórfica en la filología anterior al siglo XIX, si bien estos se etiquetaban como “corrupciones”, un término algo impreciso que también se usaba a veces para fenómenos no paramórficos (p.e. en Johnson 1755, *Gentleman’s Magazine* 1790: 1086)³³. Y podríamos ir más lejos y señalar muchos otros casos documentados, ya clásicos, en los que se llama la atención

³² El término “falsa analogía” parece tener una existencia paralela al de “etimología popular”, aunque acaba por converger con este en algunos autores, o por convertirse simplemente en “analogía”, sobre todo a partir de los neogramáticos. Lo encontramos antes del ensayo de Förstemann, y después de este, por ejemplo en el diccionario de Palmer (1882) y en Harder (1956). Ello indica que este tipo de interferencias paramórficas no se veían en un principio como algo diferente de la analogía (por más que se distinga entre “falsa” y “verdadera”, lo cual es una percepción subjetiva). La supuesta diferenciación entre “analogía” y “etimología popular” se inició con Saussure (1916). Por otra parte, Wedgwood en 1855 usaba en un ensayo el término “false etymology”, que parece sugerir otro foco de percepción del fenómeno independiente de la rama förstemanniana. Todavía usa este término, a finales del siglo XX, Katamba (1994: 192).

³³ “Corrupción” aparece como sinónimo de “etimología popular” en muchos trabajos posteriores a Förstemann, incluidos el de Bryson (1990) y los diccionarios de Room (1986) y Rawson (1994).

sobre una interferencia paramórfica aislada, tanto en obras literarias, donde los ejemplos reales se mezclan con los inventados (p.e. en Lope de Rueda, Cervantes, Shakespeare, Sheridan, Sterne, Dickens o Thackeray), como en textos didácticos (p.e. el *Appendix Probi*), pero aquí ya nos saldríamos de lo que es verdaderamente conceptualizar un fenómeno, y lo único que demostraríamos es que la percepción de casos concretos es muy anterior a la abstracción y la conceptualización.

En cualquier caso, queda claro con esto que el tema ya estaba en el aire en la época en que aparece el artículo de Förstemann. De hecho, él mismo nos dice que estos fenómenos “en su mayoría han sido ya citados aquí y allá a modo de curiosidades aisladas, sin que hasta la fecha se haya destacado el papel que representan para la ciencia, al menos según mis noticias” (1852: 4). Con todo, hay que considerarle a él, si no el padre del concepto ni el inventor del término -pues podría haberlo tomado de Schmeller, aunque no hay constancia de ello- sí al menos el gran divulgador de la idea de “etimología popular”, ya que nadie hasta entonces le había dedicado un ensayo monográfico ni había recopilado tal cantidad de ejemplos.

En este sentido, dice Olschansky que “fue Förstemann el primero en agarrar el toro por los cuernos y en asegurar el tema para la ciencia, ‘apresándolo en las garras’ de una definición” (1996: 11). Y aunque en este estudio discrepo de tal afirmación, ya que no veo una definición formal del término en el ensayo de Förstemann, y de hecho creo que es aquí donde está el origen del problema, acepto su opinión de forma matizada, pues es cierto que hay un concepto detrás de la exposición del tema, aunque ciertamente falte rigor en la forma de delimitarlo. Sin duda, los que leyeron en su momento “Über deutsche Volksetymologie” se quedaron con una idea de lo que es la etimología popular, aunque es evidente, como veremos, que no todos se quedaron con la misma. Lo cual nos lleva a las raíces del problema conceptual, que vamos a estudiar en el siguiente apartado³⁴.

5.3. El planteamiento de Förstemann

Establecemos, por tanto, el punto de partida para nuestra exploración del problema en el artículo “Über deutsche Volksetymologie” de Förstemann. A continuación vamos a exponer de forma resumida sus principales ideas.

³⁴ Curiosamente, el *Lexicum grammaticorum* dedica un artículo a Förstemann, pero no cita “Über deutsche Volksetymologie” entre sus trabajos más importantes (Stammerjohann 1996: 302-303).

En primer lugar, para encuadrar en un marco teórico aquello que quiere exponer, comienza Förstemann su estudio describiendo los tres tipos de etimología que él cree que existen: 1) la etimología “científica”, o sea, la de su propia época, que es la que aplica sistemáticamente todos los datos disponibles sobre historia de las lenguas con el fin de localizar con la mayor precisión posible los orígenes de las palabras; 2) la etimología “erudita”, que viene a ser la precientífica, o sea, la de los filólogos anteriores al XIX, y que se caracteriza por sus explicaciones disparatadas (p.e. San Isidoro de Sevilla derivaba “camisa” de “cama”); y 3) la etimología “popular”, que es la que ha hecho desde tiempos inmemoriales el pueblo. Como el artículo pretende ser ante todo una reivindicación de esta supuesta actividad etimológica del pueblo llano, su autor dedica la mayor parte del texto a explicar cómo actúa y cómo se manifiesta dicha “etimología popular”.

La acción de la etimología popular, nos dice Förstemann, se percibe en los errores de atribución etimológica que muestran algunas palabras, sea en su forma, su significado, sus connotaciones o las ideas con que se las asocia. El proceso se explica así: el pueblo, entendido según la mentalidad romántica del XIX como una “entidad supraindividual” con la capacidad creadora de un individuo (Buyssens 1965: 78), o una especie de “cerebro colectivo” (Malkiel 1993: 20), es como un etimólogo aficionado que quiere indagar el origen de las palabras que usa, pero carece de los medios y conocimientos que tiene el etimólogo científico. Por ello se equivoca en sus pesquisas, como es comprensible, atribuyendo a ciertas palabras étimos que no le corresponden. Pero como el pueblo “nunca se queda en la teoría, sino que inmediatamente pasa a la práctica” (Förstemann 1852: 3), en su error transforma las palabras, como si intentara devolverles su forma original, y cuando no cambia la forma, adopta nuevas ideas sobre el significado, las connotaciones, o la historia de la palabra.

Señala asimismo Förstemann que el germen de tales cambios suele estar, o bien en préstamos de otras lenguas, que el hablante no percibe como familiares, o bien en palabras autóctonas “degeneradas”, es decir, que por su evolución ya no dejan ver a qué familia léxica pertenecen. Este es el fenómeno que algunos llaman “aislamiento”, y que se supone requisito indispensable para que haya etimología popular (Olschansky 1996: 114).

La explicación se complementa con numerosos ejemplos comentados. Todos ellos muestran, de una manera o de otra, confusiones entre formas semejantes, y todas entran en el grupo de “no accidentales”, según los criterios de clasificación del capítulo

3. Aplicando aquí las subdivisiones que hacíamos entonces, vemos que la principal manifestación serían los cambios formales por interferencia paramórfica, sean generalizados (p.e. la sustitución de “katzenjammer” por “kotzenjammer”, 1852: 5), grupales (dialectales fundamentalmente, p.e. “mullworm”, variante de “maulwurf” 1852: 4), o individuales (malapropismos clásicos, p.e. “ole Peter” por “oleum petrae”, 1852: 22). También encontramos un caso de cambio formal no estabilizado, pero recurrente en la lengua: “augenbraunen”, que alterna con “augenbrauen” (1852: 9). Pero no se limita la observación de Förstemann a los cambios formales: también nos ofrece ejemplos que corresponden a la categoría de cambio semántico periférico motivado por interferencias paramórficas. Aunque no hay casos de cambio semántico apreciable en el uso, sí los hay de connotaciones creadas por una confusión entre formas (p.e. “freitag”, que los hablantes asocian con el adjetivo que significa “libre” y no con la diosa Freiya; 1852: 6) o de atribuciones etimológicas erróneas, sin cambio lingüístico (p.e. la historia de Babel, nombre al que la Biblia atribuye el significado de “confusión”; 1852: 6). Encontramos incluso un caso individual de este mismo fenómeno, el de “von Feuchtwangen” (1852: 7), apellido que el propio autor asoció en su infancia con “wangen”.

Como dato interesante, hay que señalar también que nos encontramos con un ejemplo de lo que muchos, según el criterio saussureano, llamarían ahora analogía y no etimología popular: el del plural hipercharacterizado “muselmänner”, formado sobre la palabra “muselmann” (árabe “muselmin”) que, siendo plural, se percibió como singular (1852: 17; cf. “espaguetis” en español). Más adelante, cuando se desarrolle el concepto de analogía entre los neogramáticos, veremos cómo algunos cambios lingüísticos se consideran analógicos or unos autores y etimológico-populares por otros.

También se incluyen ejemplos de cambios creados con la clara intención de provocar un efecto expresivo, normalmente cómico (p.e. “jesuwider” por “jesuiter”, 1852: 23). Pero hay que advertir, en relación con este último tipo de ejemplos, que Förstemann da a entender hacia el final de su ensayo que un cambio formal, si no es involuntario, no es etimología popular (1852: 24), con lo cual los juegos de palabras del tipo “jesuwider” quedan en una posición un tanto imprecisa. Este será, como veremos en los próximos capítulos, uno de los puntos de desacuerdo en el planteamiento de la etimología popular.

Después de esa larga serie de ejemplos, que vienen a reforzar la idea básica expuesta al principio, la de que el pueblo es como un etimólogo instintivo, y que las

manifestaciones de su etimología son esos errores que va dejando en el vocabulario, concluye Förstemann su trabajo con siete preguntas, que lanza a modo de propuesta de líneas de investigación complementarias: 1) ¿Qué pueblos han perdido más de su vocabulario original y cuáles menos?; 2) ¿Entre qué pueblos ha sido mayor el intercambio léxico y entre cuáles menor?; 3) ¿Qué pueblos han sido fundamentalmente los emisores y cuáles los receptores?; 4) ¿En qué dialectos se ve más claramente el afán de interpretar las palabras?; 5) ¿Qué períodos de la historia han sido más activos en cuanto a asimilación de palabras y cuáles menos?; 6) ¿A qué categoría de palabras afecta sobre todo la etimología popular?; y 7) Si el léxico de una lengua fuera juzgado estrictamente con arreglo a las leyes fonéticas ¿qué palabras quedarían, por decirlo así, eximidas? Unas preguntas que, a excepción posiblemente de la sexta³⁵, resultan prácticamente imposibles de responder, cuando no inabordables.

Para resumir, la idea fundamental del ensayo de Förstemann es que el pueblo es como un etimólogo de su propia lengua, que intenta hacer lo mismo que los etimólogos profesionales, pero sin la metodología ni los conocimientos necesarios, y de forma más instintiva y espontánea. En el proceso de búsqueda de explicaciones etimológicas para las palabras, el pueblo cambia la forma y a veces el significado de algunas de ellas, generalmente las que le resultan menos familiares. Algunas veces esta actividad etimológica da lugar a connotaciones o creencias nuevas en torno a ciertas palabras. Para esta forma de etimología que hace el pueblo se propone el término “etimología popular”.

5.4. El planteamiento de Förstemann como principio del problema conceptual

Una vez descrito el contenido esencial del artículo, vamos a analizar el modo en que nos presenta la idea de “etimología popular”. El objetivo aquí es demostrar que el planteamiento de Förstemann entraña un problema conceptual importante, que ha pasado inadvertido para la mayoría de los estudiosos durante más de 150 años. Como veremos después, este problema es en parte responsable de que las explicaciones para

³⁵ Olschansky da respuesta a esta pregunta, al menos para el alemán. Basándose en la recopilación de Andresen, llega a la conclusión de que la etimología popular afecta especialmente a los sustantivos, y, dentro de estos, más a los compuestos y derivados que a los simples (1996:135-139). Es previsible que para otras lenguas, al menos las indoeuropeas, la respuesta sea la misma.

las interferencias paramórficas estables no hayan evolucionado sustancialmente desde el siglo XIX, a pesar de los cambios de paradigma y los cambios de nombre.

Según hemos visto en el apartado anterior, lo que hace Förstemann en definitiva es reunir varios tipos de interferencia paramórfica bajo una hipótesis explicativa común, la de la etimología popular. Pero el problema inicial es que no encontramos en todo el ensayo una definición formal de etimología popular (pese a la afirmación de Olschansky que reproducíamos en 5.2; 1996: 11). Lógicamente, quien se haya formado para sí un concepto de tal fenómeno a partir de la lectura de “Über deutsche volksetymologie”, ha tenido que hacerlo forzosamente por inducción. Y los elementos con que uno cuenta para formarse el concepto son, aparte de sus propios mecanismos de juicio, estos tres: los ejemplos, la exposición que hace Förstemann del fenómeno, y la etiqueta que lo designa, esto es, el propio término “etimología popular”. Vamos a estudiar a continuación estos elementos, ya que estos son, en última instancia, los portadores del problema, ante la ausencia evidente de la definición.

Sobre los ejemplos hay que decir en primer lugar que son convincentes y que muestran una indudable coherencia con la hipótesis que se plantea. Todos ellos corresponden a casos de interferencia paramórfica no accidental, sea formal o cognitiva. Todos en principio pueden ejemplificar la hipótesis de la etimología popular (al menos la idea de que el pueblo busca la etimología de las palabras). Sólo quedarían dudas, como apuntábamos antes, con los cambios intencionados, ya que aquí el autor se mostraba contradictorio, y esto ha dado lugar a cierto desacuerdo.

Pero hay un problema interpretativo de mayor alcance, y su raíz parece estar en el predominio de los ejemplos de cambio formal. ¿Son todos los ejemplos igualmente representativos de la actuación de la etimología popular? ¿Quería Förstemann dar a entender que se puede apreciar el efecto de la etimología popular tanto en un cambio de forma como en un cambio de significado o en la creación de una leyenda, o sólo son etimologías populares propiamente dichas las que conllevan cambio lingüístico? ¿O sólo las que culminan en un cambio formal?

Dado que la mayoría de los ejemplos del artículo son de cambio formal, es posible, como de hecho ha ocurrido, que alguien se quede con la idea de que las “etimologías populares” propiamente dichas son los cambios formales únicamente, mientras que los demás ejemplos sólo están ahí para que veamos otras formas secundarias en que se manifiesta este supuesto afán etimológico. Aunque no nos parece una lectura acertada, pues Förstemann afirma claramente que la etimología popular no

se limita a los cambios formales, lo cierto es que entre los filólogos y lingüistas posteriores no es rara esta versión del concepto.

Así, poco después de la aparición del artículo de Förstemann ya nos encontramos numerosos estudios que se concentran en el cambio formal y sólo aportan ejemplos de esta clase (p.e. Sibree 1886: 90; Tweedie 1892: 189). A esto último se podría responder que al ser las otras manifestaciones del fenómeno mucho más difíciles de detectar, es natural que la mayoría de los estudiosos aporten únicamente ejemplos de cambio formal. Esto puede ser cierto, pero hay una prueba más definitiva de que se ha distorsionado el planteamiento de Förstemann, y es el hecho de que hay definiciones formales de “etimología popular” que se refieren sólo al cambio de forma (p.e. Moreira 1887: 56; Pei 1966a: 75; Barnhart 1988: 1263), y descripciones que implican que la etimología popular sólo afecta a la forma de las palabras (p.e. Malinowski 1870: 300, cit. Olschansky 1996: 16).

Algo similar podría haber ocurrido con los ejemplos de cambio formal individual (malapropismos clásicos), que son escasos en relación con los dialectales y los generalizados. Como se verá, a medida que avanza el siglo XX hay una tendencia a excluir de la idea prototípica de etimología popular el malapropismo, y esto puede deberse, entre otros factores, al hecho de que la obra seminal no le dedicara suficiente representación con respecto a los cambios generalizados y a los dialectales.

No podemos afirmar categóricamente que la desproporción en el número de ejemplos que aparecen en “Über deutsche volksetymologie” sea la única causa de que algunos entiendan la etimología popular así. Además, estamos seguros de que son relativamente pocos los que han aprendido el concepto de etimología popular directamente de Förstemann. Sin embargo, se puede pensar que los problemas interpretativos han sido cuando menos un factor coadyuvante, al menos en las fases iniciales de divulgación del concepto.

En cualquier caso, no criticamos aquí a Förstemann por el número de ejemplos que da de uno y otro caso; de hecho, no defendemos que exista una proporción correcta. Pero sí creemos que no habría habido tal problema de interpretación si hubiera aparecido una definición en la obra seminal. El problema derivado de la deducción por los ejemplos, por tanto, se debe a la falta de orientación más que a los ejemplos en sí.

Otro problema en relación con los ejemplos es el concerniente a los cambios intencionados, es decir, los juegos de palabras, pues aquí la postura del autor – repetimos- es algo contradictoria. Como ya señalábamos en el apartado anterior, antes

de presentar sus ejemplos de juegos de palabras nos dice que “pertenecen al ámbito de la etimología popular, pues se forman a imitación suya” (1852: 23). Pero después de presentarlos nos advierte que los cambios intencionados son “etimología erudita” (1852: 24), y se nos plantea una disyuntiva incómoda: o las tres etimologías que se nos describían al principio del artículo no son categorías autoexcluyentes (y queda por tanto mal delimitado el concepto de etimología popular), o el autor no tiene claro dónde situar el juego de palabras (y en tal caso, también queda el concepto mal delimitado). ¿Qué función hacen, pues, tales ejemplos en este artículo?

Un tercer problema es el de la relación entre los ejemplos y el significado literal de “etimología popular”. Independientemente de cómo resolvamos el primer problema y el segundo, está claro que los ejemplos nos hacen identificar “etimología popular” con confusión entre formas. Como veremos después, es evidente que un término compuesto de “etimología” y “popular” no alude necesariamente a la confusión formal. Es decir, un supuesto “etimólogo del pueblo” podría hacer etimologías espurias de diversas maneras sin necesidad de apoyarse en parecidos formales, por ejemplo, inventando una lengua muerta a modo de “deus ex machina”. Pero a juzgar tanto por los ejemplos que vemos en el artículo como por los que no vemos, parece que para Förstemann sí existe esa conexión. Tenemos que deducir, por tanto, que no serían etimología popular las inexactitudes etimológicas que no se apoyen en una semejanza formal, como, por ejemplo, la creencia generalizada entre los estadounidenses de que “Mississippi” significa “Padre de las aguas” en alguna lengua india (Hockett 1950), o la interpretación de algunas palabras como acrónimos (p.e. “posh”; “news” y “fuck”; Rawson 2000: 162-163; 144 y 83).

Como vemos, pues, el tercer problema que plantean los ejemplos es que imponen una relación biunívoca entre “actividad etimológica del pueblo” y “confusión entre formas semejantes”, como si la etimología del pueblo, suponiendo que hay tal cosa, no pudiera dar otra clase de frutos, y como si todo error motivado por paronimias tuviera que haber surgido de la reflexión etimológica de gente inculta. Parece, a juzgar por los ejemplos de Förstemann, que el pueblo está condenado a tropezar siempre en sus pesquisas con el mismo tipo de error. Pero no nos explica por qué.

Como decíamos antes, contamos con otros dos elementos para deducir, a falta de una definición, qué es “etimología popular”: la exposición del propio Förstemann y la

interpretación del término “etimología popular”³⁶. Es en ellos, por tanto, donde centramos ahora el análisis. En ambos subyace un problema común evidente: tanto en la exposición como en la etiqueta, la explicación del fenómeno reemplaza a la descripción. Es decir, lo que ambas cosas transmiten es, más que una delimitación del concepto, una hipótesis explicativa. Pero una hipótesis explicativa de un fenómeno que sólo se define por responder supuestamente a esa misma hipótesis, lo cual indica una clara circularidad.

Aparte de que se trata de una hipótesis no demostrada, es una explicación apriorística que determinará por fuerza nuestra percepción del fenómeno. Consecuencia de ello es que haya más unanimidad a la hora de reconocer como etimología popular, por ejemplo, un caso como el de “vagamundo”, donde parece indiscutible que se ha analizado y reetimologizado la palabra “vagabundo”, que cuando hay que hacer lo mismo con la confusión entre “infestado” e “infectado”, donde no se puede postular que haya habido un proceso de análisis que recuerde a la metodología del etimólogo. Del mismo modo, cuando Olschansky afirma que no se puede hablar de etimología popular si no se da una motivación secundaria (1996: 179), lo que hace es contribuir a perpetuar el problema de la explicación-descripción. Este tipo de problema, por otra parte, no es raro entre filólogos y lingüistas, pues como afirmábamos en 2.1, en lingüística a menudo se confunden la descripción y la explicación.

Por otra parte debemos notar que, al presentarnos el autor lo que él considera la explicación válida, también transmite la presuposición de que hay una sola explicación válida. Quizá por ello los que critican la hipótesis de Förstemann, cambien o no la etiqueta, suelen dar una única versión alternativa, sin pensar que el fenómeno de la interferencia paramórfica puede ser complejo, así como deberse a varios factores y tener más de una forma de manifestarse. Esto también perpetúa una parte del problema conceptual.

La etiqueta “etimología popular”, desde el punto de vista de este análisis, no es otra cosa que una versión condensada de la hipótesis de Förstemann, con la peculiaridad de que ha tenido más difusión que el propio artículo. En efecto, muchos son los que han oído hablar de este fenómeno, y muy pocos en comparación, los que en verdad han leído el artículo original. En cualquier caso, creemos que más de un autor ha formado su

³⁶ Dado que el término “Volksetymologie” no presenta problemas evidentes de traducción, creemos que es lo mismo hacer el análisis sobre la forma española que la alemana. Los problemas observados en el término se mantienen también en la versión francesa y en la inglesa, lo cual también es importante tener en cuenta a la hora de estudiar la evolución del problema conceptual.

idea del concepto a partir de la etiqueta y de unos ejemplos. Indudablemente, el término “etimología popular” tiene una fuerza expresiva especial, que es lo que le ha permitido sobrevivir todos los cambios de paradigma. Pero el problema es que lo que transmite es tan sólo una hipótesis, y la transmite de una forma inadecuada.

Por un lado, el adjetivo “popular”, el que nos recuerda que el pueblo es un etimólogo “sui generis”, es especialmente problemático, porque se refiere más a quién hace el fenómeno que a cómo y por qué se hace. Para compensar cognitivamente la incongruencia de tal descripción, evocamos, quizá de una forma no del todo consciente, ciertas connotaciones subjetivas del concepto abstracto de “pueblo” y del adjetivo “popular” (falta de formación académica y científica; espontaneidad frente a reflexión, etc.) y así quizá entendemos lo que indirectamente está queriendo decir Förstemann, a saber, que esta etimología es una etimología errada, no científica, originada, en cambio, en la incultura. Pero la impropiedad del término es evidente, y por esta razón son obviamente mucho más explícitas y apropiadas para este tipo de fenómeno las etiquetas que evitan el componente “popular”, como “falsa etimología” (Wedgwood 1855: 62; Katamba: 1994: 192), “etimología asociativa” (Orr 1939: 258) o “paretimología” (Pisani 1967: 147).

Y no hablaremos aquí del juicio temerario o incorrección política que conlleva identificar al pueblo con la incultura, como claramente hace Förstemann, porque nos interesa sólo aquello que pueda afectar a la percepción del fenómeno como tal. Ahora bien, la asociación, implícita, como hemos visto, entre la incultura y la llamada “etimología popular” sí es relevante de cara al problema de la delimitación conceptual. Basta con ver la cantidad de estudiosos que insisten en que la etimología erudita o “falsa etimología erudita” (Gougenheim 1948) es un fenómeno aparte, que no debe confundirse con la popular (Meyer 1876, cit. Olschansky 1996; Ladrón de Cegama 1988: 222). Esto no es necesariamente cierto, porque tanto el erudito como el ignorante, al menos según los datos que tenemos, tienden a errar de la misma forma, a saber, confundiendo segmentos formales parecidos.

La manera más razonable de evitar la paradoja sería pensar, con un criterio de lógica difusa, que el erudito suele equivocarse en aquello en lo que es ignorante, o afirmar, con Iordan (1942: 35), que se trata de una simple cuestión de grado. O bien, que el erudito es ignorante en la medida en que se equivoca.

Sin embargo, se observa en la tradición filológica cierta tendencia a mantener separado lo que en un principio separó Förstemann. Así pues, unos dicen, siguiendo al

propio Förstemann, que la etimología errónea del erudito es producto de una reflexión consciente, mientras que la popular produce el error por un proceso inconsciente. Pero ¿cómo puede llamarse etimología a una actividad mental inconsciente, si no es como metáfora? Y si el componente “etimología” de “etimología popular” es simple metáfora y no se refiere a una verdadera etimología ¿por qué se la contrapone a la científica y la erudita, que sí representan una actividad etimológica real, sin lugar a dudas?

Otra manera de justificar la división “popular/erudita” es argumentando que la etimología erudita no crea cambios lingüísticos, y la popular sí (Ladrón de Cegama 1988: 222). Pero este razonamiento no tiene en cuenta que hay cambios que sí proceden de eruditos (p.e. el cambio de “iland” a “island” por influencia de “isle”), cosa que tampoco señala Förstemann; además, algunos ejemplos de etimología popular que da Förstemann (p.e. la supuesta etimología de “Babel”) no producen cambio lingüístico, al menos tal y como lo entendemos ahora. Todo esto evidencia, una vez más, la falta de unanimidad de los conceptos, y el flaco favor que hace la adopción del término “popular”.

En cuanto al sustantivo “etimología”, entendido como “actividad etimológica”, el problema es, como adelantábamos en el párrafo anterior, que a primera vista implica reflexión consciente e intencionalidad. Surge, por tanto, una contradicción: en su ensayo Förstemann decía que la etimología popular era un fenómeno “inconsciente” (1852: 3) e “involuntario” (1852: 24); pero el término “etimología”, interpretado literalmente, no sugiere una cosa así: ¿Cómo puede una persona ser etimóloga inconscientemente, o de forma involuntaria? Si, como apuntaba Buysens (1965: 78), Förstemann en realidad eligió este término porque no encontró otro mejor para referirse a una tendencia inconsciente a la motivación, lo cierto es que el tono de “Über deutsche volksetymologie” no deja esto lo bastante claro, pues carga mucho las tintas en el aspecto etimológico. Y, recordemos, al contraponer las tres etimologías, las está poniendo al mismo nivel, lo cual cuestiona la hipótesis de Buysens. En este trabajo hablaremos de la “paradoja de Förstemann” para referirnos a dicha contradicción.

A consecuencia de esto, el estudioso se ve, una vez más, solo en su toma de decisiones conceptuales. Decidir qué es lo que implica el uso de “etimología” por parte de Förstemann conlleva separar o no separar la etimología popular de la erudita, decidir si el fenómeno es consciente o inconsciente y decidir si aquellos cambios paramórficos que no parecen tener una motivación lógica, los del tipo “sinfonier” por “chiffonier”,

deben compartir categoría con los cambios que en apariencia obedecen a la lógica, como el de “vagamundo” por “vagabundo”.

Un ejemplo de menor relevancia, anecdótico pero ilustrativo, de cómo puede tergiversarse el concepto por el uso de una terminología inadecuada, lo encontramos en aquellos autores que han hablado de la etimología popular como si de una verdadera disciplina se tratara (cosa lógica, por otra parte, ya que una de las acepciones de “etimología” es la de “disciplina etimológica”). Así, por ejemplo Thiene (1896) y Zierow (1898) opinaban que la etimología popular debía enseñarse (!) en la escuela primaria (cit. Olschansky 1996: 30). Una reseña del diccionario *Folk-etymology* de Palmer presentaba la etimología popular como “a new branch of science” (*The Nation*, s.a. 1885: 39). Y Gilliéron, el pionero de la geografía lingüística, afirmaba en 1919 que la etimología popular “debía reemplazar a la histórica” (1919: 62). Esta confusión se aclaró, no obstante, cuando Wartburg formuló la necesaria distinción que algunos no alcanzaban a intuir: “La etimología es una ciencia, la etimología popular es una tendencia que se manifiesta en la lengua” (1925: 27). De todos modos, el caso ilustra muy bien hasta qué plano puede llegar la falta de unanimidad en las interpretaciones cuando un concepto no se ha presentado con precisión.

Si ahora pensamos en la combinación de los dos componentes, “etimología” y “popular”, se nos hace más evidente lo inadecuado de tal etiqueta para el fenómeno al que se aplica, entre otras cosas por el problema, ya señalado, de la relación biunívoca que hay implícita entre interferencia paramórfica y actividad etimológica de las “clases incultas”. Prácticamente todos los estudios sobre la “etimología popular” se refieren únicamente a interferencias paramórficas, y son una significativa minoría los que utilizan el término para casos de naturaleza diferente (p.e. el de “Mississippi” en Hockett 1959). Esta relativa unanimidad a la hora de aplicar el término sólo a fenómenos de interferencia paramórfica, aunque luego no exista acuerdo en cuanto a cuáles de estos en concreto son etimología popular y cuáles no, es indicio de que a pesar de su imprecisión, el planteamiento de Förstemann, sea o no correcto, tiene una fuerza persuasiva especial. Lo cual es también parte del problema.

Nuestra exposición del problema podría resumirse en los siguientes puntos:

-El artículo “Über deutsche volksetymologie” de Förstemann intenta presentar el concepto de etimología popular mediante una hipótesis, la de que el pueblo tiene su forma especial de hacer etimología, pero falta en este una definición formal que nos ayude a identificar el fenómeno para el que se ha propuesto la hipótesis.

-Los ejemplos del artículo son los que sí apuntan a un fenómeno lingüístico, el de la confusión entre formas semejantes, y es aquí donde vemos unos resultados observables. Se deduce, por tanto, una relación, supuestamente biunívoca, entre “etimología popular” e “interferencia paramórfica no accidental”. Pero esta relación es, a su vez, fuente de problemas interpretativos.

-Lo que obtenemos del artículo, en el mejor de los casos, es un fenómeno mal conceptualizado, ya que se nos fuerza a identificar dicho fenómeno, no por una descripción objetiva, sino por lo que resulta ser una mera hipótesis explicativa. Se crea así una circularidad en el razonamiento, que impide dar una explicación satisfactoria a los fenómenos de interferencia paramórfica no accidentales.

-Además existen problemas en relación con la presentación de los ejemplos, la congruencia de la hipótesis de Förstemann, y el propio término “etimología popular”.

Un planteamiento del problema a base de interrogantes podría formularse así:

-¿Cómo quería Förstemann que se interpretara su concepto de etimología popular?

1) ¿Como una tendencia psicológica, independientemente de si tiene efectos visibles en el plano fenomenológico o no, y de cuáles pudieran ser estos? Y en caso de ser una tendencia psicológica ¿sería una tendencia a buscar explicaciones etimológicas o a asociar o confundir palabras? ¿Podría entenderse tal tendencia como una tendencia compleja, que abarcara tanto el deseo de esclarecer etimologías oscuras como la propensión a asociar formas?

2) ¿Como un fenómeno visible de interferencia paramórfica, independientemente de cuál pueda ser su explicación?

3) ¿Cómo una tendencia psicológica y un fenómeno a la vez?

-En el caso de que respondiéramos con la opción 2) o la 3) de las anteriores, ¿Qué fenómenos exactamente abarcaría el concepto förstemanniano de etimología popular? ¿Todos los de interferencia paramórfica no accidental, lingüísticos y/o metalingüísticos? ¿Sólo los lingüísticos? Y en el caso de que respondiéramos que sólo los lingüísticos son etimología popular, ¿Debería incluir el concepto de etimología popular a todos los cambios lingüísticos por interferencia paramórfica, sean generalizados o no? ¿O sólo son etimología popular los generalizados?

-¿Es relevante si este concepto, independientemente de que se entienda como tendencia o como fenómeno, está vinculado o no a grupos sociales considerados incultos? ¿O puede llamarse etimología popular también a fenómenos lingüísticos y/o metalingüísticos que proceden de eruditos? ¿Debe distinguirse entre etimología erudita

y popular por estar aquella vinculada a una reflexión consciente y esta no? ¿Es correcto, en cualquier caso, ese argumento? ¿Debe distinguirse entre etimología erudita y popular por no desembocar aquella en fenómenos de cambio lingüístico y esta sí? ¿Es correcto, en cualquier caso, ese otro argumento? ¿Cuál sería, por otra parte, el criterio que distingue al etimólogo erudito del popular, o, simplemente, a los individuos eruditos de los no eruditos?

-¿Deberíamos excluir del concepto de “etimología popular” los cambios formales y/o cognitivos que se han producido por un acto consciente y/o voluntario³⁷, con conocimiento de la verdadera etimología, el verdadero significado o la verdadera forma de la palabra? En el caso de excluirlos ¿se deberían tipificar estos como ejemplos de etimología erudita? ¿Incluso aunque sean en realidad creaciones populares, o aunque su autor no sea oficialmente un erudito? Y si consideramos que la llamada “etimología popular” es algo inconsciente e involuntario ¿cómo debe entenderse el componente “etimología” dentro de dicho término? ¿Cómo metáfora de un proceso mental que no podemos describir? ¿O entendiendo que una actividad etimológica puede desarrollarse a nivel inconsciente, e incluso sin que intervenga la voluntad (la paradoja de Förstemann)?

En esencia, en “Über deutsche volksetymologie” hay muchos cabos sueltos, siendo el problema principal el hecho de que se confunde la descripción de un fenómeno con su explicación. Los otros problemas son debidos a faltas de coherencia en la exposición. Aquí está, creemos, el germen de la disparidad de criterios que observamos en la abundante literatura surgida en torno a la “etimología popular”. Y aunque sólo existiera un concepto único y unánime de lo que es dicha “etimología popular”, el hecho de que se siga conceptualizando y explicando como “etimología popular”, aun en sus versiones más modernizadas, nos mantiene encerrados, como veremos, en la trampa de la explicación teleológica.

Lo que haremos a continuación, en los próximos capítulos de esta segunda parte, es ver qué ocurre con este problema y con los cabos sueltos desde la aparición de esta obra seminal hasta finales del siglo XX.

³⁷ En este trabajo no identificamos “consciente” con “voluntario”, ya que entendemos que toda conducta lingüística voluntaria tiene una parte inconsciente (o preconscious), y no queremos descartar que en una actividad voluntaria como el juego de palabras esté funcionando el mismo mecanismo preconscious de las interferencias paramórficas accidentales. Véase también nota 7.

CAPÍTULO 6

EVOLUCIÓN DEL PROBLEMA CONCEPTUAL ANTES DE SAUSSURE

6.1. Introducción. El problema conceptual después de Förstemann

Olschansky, en su estudio histórico del concepto de etimología popular, establece dos períodos, coincidentes con los siglos XIX y XX, argumentando que se produce un cambio de perspectiva con la transición de un siglo a otro (1996: 32). En nuestro trabajo, no obstante, no seguiremos exactamente este modelo, ya que creemos que el verdadero cambio se da con la publicación del *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure (1916), a partir del cual se tiende a hablar de “búsqueda de motivación” y “creación de familias de palabras” más que de búsquedas etimológicas, por más que el concepto förstemanniano puro de la vieja escuela se resista a desaparecer. Como podrá apreciarse más adelante, tomando como línea divisoria el año de publicación de esta obra, se obtienen dos períodos bien diferenciados, dentro de los cuales no es difícil distinguir unas características comunes.

6.2. Evolución del problema conceptual antes de Saussure

La primera publicación que se hace eco de la propuesta de Förstemann, según el exhaustivo seguimiento que hace Olschansky de la evolución del concepto, es un trabajo de Tobler publicado en 1860 (cit. Olschansky 1996: 15, nota 19), ocho años después de la aparición de “Über deutsche Volksetymologie”. Wackernagel (cit. Olschansky 1996: 14-15) se refiere a este concepto/fenómeno, un año después de hacerlo Tobler, con un enfoque ligeramente distinto, y bautizándolo como “alemanización”. Y aunque cita a Förstemann, no usa en ningún momento la etiqueta inventada por este, quizá porque, según opinión expresa del propio Wackernagel, los eruditos han contribuido de la misma forma que el pueblo a este tipo de cambio.

No parece, por tanto, que estos autores estén hablando de la etimología popular de Förstemann, sino de un concepto inspirado en esta. No obstante, su idea de “alemanización” (entendida como asimilación de palabras extranjeras a formas autóctonas) es bastante förstemanniana, por cuanto excluye el juego de palabras e insiste en la falta de intencionalidad del fenómeno.

En esto mismo insiste Steinthal en una obra de 1863 (cit. Olschansky 1996: 15-16), que sí mantiene la etiqueta original de “etimología popular”. Ahora bien, lo más interesante de este último trabajo, desde un punto de vista historiográfico, está en el hecho de que en él se afirma por primera vez que la etimología popular es una manifestación de la analogía. Esta es una idea característica de todo el período pre-saussureano, aunque no la encontramos explícitamente en Förstemann, ya que el concepto de analogía que asociamos a los neogramáticos del XIX no se formula hasta unos años después de aparecer su artículo. Ahora bien, por uno de los ejemplos que presentaba en “Über deutsche Volksetymologie”, el de “muselmänner” (1952: 17, citado aquí en 5.3), se puede deducir que Förstemann no distinguía entre confusiones que afectan a las raíces y confusiones que afectan a los afijos, y estas últimas son las que suelen etiquetarse como analogías.

De todas formas, aunque el “padre” de la etimología popular no presentara su concepto como una forma de analogía, era inevitable que en el siglo XIX se acabara defendiendo esta relación de inclusión, por una necesidad comprensible de encajar el fenómeno en el paradigma neogramático dominante. Steinthal es, pues, el primero de una larga lista de autores que incluyen a la etimología popular dentro de la analogía, hasta que Saussure rompe esta relación. Por lo demás la perspectiva de Steinthal difiere de la de Förstemann en un punto fundamental, pues aquel no relaciona el fenómeno de los cambios formales paramórficos con la práctica consciente de la etimología. Con todo, no se desmarca claramente de la “paradoja förstemanniana”, ya que hacia el final de su ensayo cae en la contradicción, al afirmar que en la etimología popular está el germen de la lingüística primitiva (Kjederquist 1902: 417 cit. en Olschansky 1996: 16).

En estos mismos años la filología inglesa estudia el fenómeno siguiendo una línea que casi con toda seguridad podemos considerar independiente de la de Förstemann, ya que, como vimos en 5.2, de las etiquetas que se manejan en inglés en esa época ninguna traduce literalmente el “Volksetymologie” alemán. Por otra parte, también es cierto que las denominaciones inglesas se aproximan mucho a lo que expresa la alemana, hasta el punto de que se podría hablar de poligénesis del concepto, o incluso de “eslabones perdidos” en su evolución.

Por ejemplo, en 1852, año de aparición de “Über deutsche Volksetymologie”, Waylen hablaba de “false spelling arising out of sound”, Trench de “faulty etymology”, “assumed derivation” y “falsely imagined etymology”, y Eirionnach simplemente de “corruptions”. En 1854 aparecieron en la revista *Notes and Queries* dos breves notas

firmadas por J.O.B. con los títulos de “Colloquial changes of words” y “False spellings from sounds”, en las que se citaban ejemplos de cambio formal por confusión paramórfica. Un año después, Wedgwood habla de “[t]he phenomenon known by the name of False Etymologies”, utilizando un término muy próximo, incluso formalmente, a “folk etymology”, que haría pensar en una posible traducción-adaptación del “Volksetymologie” de Förstemann, si no fuera porque ya lo encontrábamos en un texto de 1848 (vid. 3.1. en este mismo capítulo). En 1859, Hotten, en *A dictionary of modern slang* sigue empleando el socorrido “corruption” para las interferencias paramórficas.

La primera referencia a Förstemann que encontramos en una publicación en inglés es en una obra de Taylor. Al menos nos consta que lo cita en la segunda edición de su obra *Words and places* (1865; la primera edición, de 1864, no se ha podido localizar). Sin embargo no aparecen aquí aún las formas definitivas “folk etymology” y “popular etymology”, pero encontramos en cambio términos muy semejantes, como “popular etymological speculation” y “attempts at popular etymologizing”, que exponen la hipótesis förstemanniana con más precisión incluso que el propio “Volksetymologie” de la obra seminal. Por otra parte, en el mismo capítulo de *Words and places* encontramos “fancied etymology”, “erroneous etymology” y “corruption”, términos que ya no son tan förstemannianos y que nos recuerdan más a la “escuela inglesa”. Como dato de interés, hay que destacar también que Taylor incluye entre sus ejemplos la etimología errónea de un erudito.

En definitiva, no se puede hablar de momento de una asimilación completa de la idea förstemanniana por parte de los teóricos ingleses. El término “popular etymology”, de hecho, no se asienta en los textos de la filología inglesa hasta 1874, dentro de la década que introducimos en el siguiente párrafo.

Al principio de la década de 1870 aparecen una serie de novedades interesantes para el estudio de este concepto. Por un lado, en el mismo año de 1870 encontramos el primer gran ensayo monográfico sobre etimología popular desde la aparición del artículo de Förstemann: el artículo “Zur Volksetymologie”, de Malinowski. De él destacamos el hecho de que sólo considera etimología popular los cambios formales, dejando fuera de dicho concepto a cualquier otro fenómeno. Esta tendencia, la de identificar el concepto de etimología popular sólo con los cambios formales y no con otro tipo de fenómenos paramórficos, ya la percibíamos en la mayoría de los autores mencionados hasta ahora, por cuanto sus ejemplos se limitan a casos de cambio ortográfico y/o fonológico, pero ahora nos encontramos además con la formulación

explícita de una toma de postura que se estaba consolidando en la década inmediatamente posterior a la aparición de “Über deutsche Volksetymologie”. Se confirma así la inevitabilidad de un problema que predecíamos “ex post facto” en 5.4, cuando analizábamos el artículo de Förstemann: al predominar en este los ejemplos de cambio formal y no haber una definición clara del fenómeno, era más que probable que algunos infirieran que la etimología popular era básicamente un fenómeno de cambio formal.

En esta misma década nos encontramos con que Tobler, el primero que citó oficialmente el término “etimología popular” después de Förstemann, adopta en un nuevo ensayo, “Die fremden Wörter in der deutschen Sprache” (1872, cit. Olschansky 1996: 15), el término “alemanización”, que ya había utilizado Wackernagel, y evita consecuentemente la denominación original. No es el único caso, como veremos, en que un autor abandona una etiqueta (sea “etimología popular” o no) y adopta otra diferente para referirse a este tipo de fenómeno. Lo explique o no el autor en cuestión, suponemos que este tipo de cambio implica cierto desacuerdo con uno o más puntos de la teoría subyacente.

En este caso, el abandono de la etiqueta “Volksetymologie” puede deberse, o bien a que “alemanización” es más apropiado para el propósito de este ensayo, o a que el autor ha decidido que no debe relacionarse este fenómeno con la ciencia etimológica. Pero no disponemos de más datos al respecto, y no debemos, por tanto, aventurar explicaciones. En cualquier caso, aunque el término “etimología popular” ha demostrado tener una enorme capacidad de supervivencia, es cierto que ha tenido que enfrentarse a una verdadera legión de etiquetas rivales, y es evidente, por lo que aquí vemos, que no tardan en manifestarse muestras de desacuerdo con la conceptualización de Förstemann, esto es, con la etiqueta identificadora y con la relación causa-efecto que conlleva.

Otro dato de interés en esta década, que adelantábamos antes, es la publicación en 1874, de la primera obra que utiliza la forma estándar inglesa “popular etymology”. Se trata de *The principles of comparative philology* de Sayce. Esta obra también relaciona la etimología popular con la analogía; de hecho, la etimología popular se menciona en el capítulo “The influence of analogy in language” (1874: 345-385). En una ocasión usa también, a modo de sinónimo, el término “false analogy”, pero esto no es sino la pervivencia de un término que ya empezaba a estar anticuado, ya que, como vimos antes, era relativamente común hablar de falsas analogías para referirse a los

fenómenos paramórficos, al menos durante un tiempo, hasta que los neogramáticos hicieron respetable el concepto de analogía.

Sayce, por otra parte, parece no estar de acuerdo con el carácter etimológico de la “etimología popular”. En este capítulo califica el fenómeno de “unconscious” e “instinctive” (1874: 381) y afirma que “[t]he simple sound of the word itself [...] calls up associations which create new sounds, new ideas, and therefore new words” (1874: 375). Su hipótesis, más psicologista que etimologista, parece salvarse de la paradoja de Förstemann, si bien dice en otra parte del capítulo que “... all these popular etymologies [...] *interpret* unknown terms by words of the same or similar sound” (1874: 379; la cursiva es mía). Su postura, pues, está entre dos posturas, como ocurría con Steinthal, pero podemos decir que no es un förstemanniano puro. También se desmarca de las ideas de Förstemann en relación con el componente “popular” de la “etimología popular”, pues cita a un erudito, en este caso el poeta Spenser, como fuente de “etymological mistakes” (1874: 381-2).

La última contribución destacable dentro de esta década es el *Ueber deutsche Volksetymologie* de Andresen (1876, cit. Olschansky 1996: 17); un libro, el primero que se dedica a este tema, que contaba con 146 páginas en su primera edición y que fue engrosándose en sucesivas ediciones hasta llegar a 496 en la séptima (1919, cit. Olschansky 1996: 17). Aparte de la cantidad de ejemplos que aporta, no sólo del alemán, sino también del griego clásico, latín, francés, inglés, italiano, español, griego moderno y neerlandés, y de ser el iniciador de la moda de las “recopilaciones de ejemplos” (trabajos que se limitan a aportar ejemplos de lo que sus autores creen que es “etimología popular”, sin ofrecer una base teórica clara), interesa porque presenta en su parte teórica algo parecido a una definición, ya que describe la etimología popular como “una fuerza [...] mediante la cual se unen dos palabras que etimológicamente no suelen tener ninguna relación” (1876: 1, cit. Olschansky 1996: 17). Además añade unas ideas sobre lo que sería la motivación de este fenómeno: “la conciencia lingüística, que se opone con todas sus fuerzas a que el nombre sea una cáscara vacía e intenta dar a todos y cada uno de ellos un significado que no induzca ni a error ni a confusión” (1876: 2, cit. Olschansky 1996: 17).

Este planteamiento teórico, más próximo ya a las ideas estructuralistas de búsqueda de motivación, y más en concreto a la de la “atracción paronímica” de Dauzat (1927: 109) que a la del “pueblo etimólogo” de Förstemann, influyó mucho, aunque con resultados diferentes, en los estudiosos posteriores. Palmer, por ejemplo, sigue muy de

cerca las palabras de Andresen en la introducción de *Folk-Etymology* (1882), como veremos más adelante, aunque se muestra a la vez förstemanniano en su famosa frase “man is an etymologizing animal” (1882: xiv). Hasta el mismo Förstemann aceptó la autoridad de Andresen como teórico de la etimología popular, y en su siguiente artículo sobre el tema, que repite el título “Ueber deutsche Volksetymologie” (1877), afirma que el trabajo de Andresen “a partir de ahora constituirá el núcleo en el que deberán basarse los trabajos del futuro” (1877: 376).

La influencia de Andresen, pues, llegó a eclipsar la de Förstemann, hasta el punto de que hay quien cita a aquel como creador del concepto de etimología popular (p.e. Kirwin 1985: 18). Para los que han estudiado a fondo la historia de la etimología popular, Andresen no es, obviamente, el creador del concepto, pero sí el que lo establece definitivamente en la filología. Se entiende por qué, a partir de Andresen, los pocos autores que se molestan en dar explicaciones teóricas empiezan a hablar más de tendencia a la asociación de palabras no relacionadas y de búsqueda de motivación. Sin embargo, seguirá aflorando con cierta frecuencia la idea förstemanniana de búsqueda de etimologías; incluso algunos autores no parecen tener inconveniente en creer en Andresen y en Förstemann a la vez. Esto tiene fácil explicación: Andresen aportó al estudio del fenómeno de la interferencia paramórfica no accidental la coherencia que no tenía con Förstemann, pero no obstante mantuvo el término förstemanniano de “Volksetymologie”, en el que inevitablemente está implícita la idea rival de que hay un fenómeno de base etimológica.

En el resto de la década de 1870, aparte del segundo artículo de Förstemann, que ya hemos citado, y que por lo demás se limita a ser una mera recopilación de ejemplos, sólo encontramos reformulaciones de ideas que ya habíamos visto antes. Por ejemplo, un trabajo de Meyer (1876, cit. Olschansky 1996: 21-22) sigue distinguiendo la etimología “popular” de la “erudita”, y esgrime para ello los dos argumentos clásicos: 1) porque la etimología erudita es consciente y la popular es inconsciente e “inocente” (otra vez la paradoja de Förstemann en su forma original); y 2) porque la etimología erudita no provoca cambios y la popular sí (afirmación cuestionable, por otra parte). Gaidoz (1876: cit. Palmer 1882: xxvi) nos dice una vez más que la etimología popular es una forma de analogía. Otros hacen aportaciones misteriosas o seudocientíficas, como Darmesteter, que hace alusión a “las leyes de la etimología popular” (1877: 176).

En la década de 1880 aparece el influyente *Principien der Sprachgeschichte* de Hermann Paul. Como es de esperar en una obra de carácter científista como esta, su

tratamiento de la etimología popular muestra encomiables esfuerzos por ofrecer algo coherente a partir de los cabos sueltos que dejó Förstemann. Sus ideas sobre la etimología popular son las de más validez científica de su tiempo, si bien su opinión no consiguió eliminar los posos del concepto förstemanniano que seguían asentados en los círculos académicos, donde el filólogo atomista tenía aún mayor autoridad que el lingüista científico. Por otra parte, como el término “etimología popular” seguía vigente, y el propio Paul, por su parte, lo aceptaba, era prácticamente imposible eliminar las ideas förstemannianas que subyacen en él.

En cualquier caso, Paul afirmó claramente, y sin contradicciones, que la etimología popular es un fenómeno (para Andresen, recordemos, era una “fuerza”), y ni es algo inherente al pueblo llano, ni es una forma de etimología, sino un cambio relacionado con la percepción. Insiste además en que por etimología popular se puede entender tanto un cambio de forma como un cambio de significado, originándose ambos casos en la asociación de dos palabras, y siendo requisito imprescindible que una de ellas se haya “oscurecido”. Y no excluye de la categoría de “etimología popular” los malapropismos clásicos, sean auténticos o literarios. En definitiva, Paul elimina aquellas ideas del concepto inicial förstemanniano que se basan en criterios heterogéneos o en razonamientos apriorísticos. Sin embargo, como decíamos, su criterio no se convierte inmediatamente en doctrina comúnmente aceptada.

En el mismo año, una obra de Weise vuelve a la paradoja de Förstemann al afirmar que la etimología popular es un “afán decidido, pero inconsciente” (1880: 208, cit. Olschansky 1996: 23), e insiste asimismo en que el juego de palabras y la etimología erudita no constituyen “auténtica etimología popular”. No aporta nada nuevo, pues, al debate sobre la naturaleza y las causas del fenómeno, aparte de nuevas formulaciones de lo ya expresado por otros. Interesa, eso sí, por su empeño en hacer una valoración positiva del fenómeno (Olschansky 1996: 23). Se inicia así oficialmente el debate sobre la naturaleza -buena o mala, natural o anómala- de la etimología popular. Es un debate, aunque curioso, irrelevante para el estudio del problema conceptual, y por ello no profundizaremos en él. Baste decir que emitieron juicios de valores en este debate lingüistas tales como Saussure, que se refirió a la etimología popular como un “fenómeno patológico” (1916, 1972:)³⁸; Vendryes, que la calificó de “llaga de la

³⁸ La calificación de “*phénomène pathologique*” se omitió a partir de la edición de 1922. De Mauro cree que esto se hizo por adaptar el pensamiento saussureano a los tiempos, aunque la verdadera opinión de Saussure es la que figuraba en la primera edición (1972: 473).

fonética” (1943: 70); Boisacq, que la llamó “enfermedad del lenguaje” (1926^a); y Gilliéron, que defendía, contra casi todos, el papel de esta como elemento renovador del idioma.

También en 1880 aparece otra obra de Sayce, *Introduction to the Science of Language*, que vuelve a citar la “popular etymology”, esta vez en un capítulo dedicado a “[t]he three causes of change in language”, y dentro de este, en la sección dedicada a “imitation or analogy” (1880: 166-185), manteniéndose en las ideas que ya expresó seis años antes. Aunque no da una definición, hace referencia a “those popular etymologies whereby words whose meaning is unknown or forgotten are assimilated to others with which the speakers are familiar” (1880: 183). Esto en un principio no sugiere fenómenos exclusivamente lingüísticos o exclusivamente metalingüísticos, pero los ejemplos nos dan a entender que su concepto de etimología popular abarca tanto un tipo de cambio (p.e. la evolución en alemán de “sündfluth” a “sindfluth”) como el otro (p.e. la leyenda que relaciona el nombre de Madrid con la frase “¡Madre, id!”), 1880:183-184). Vemos, por tanto, como en estos años convive la idea del cambio sólo formal (p.e. Malinowski 1870) con la förstemanniana pura de asociación etimológica con o sin cambios, que es la que parece tener en mente Sayce. Por último, debemos destacar la presencia en esta sección de un ejemplo de interferencia paramórfica individual (el uso de “ash-spilt” por “ashphalt”, por parte de un jardinero, 1880: 183) y de explicaciones etimológicas alternativas que se encuentran en la poesía homérica (p.e. επηετανος, 1880: 184). Pero aunque al primer ejemplo sí lo etiqueta claramente como etimología popular, a este último se refiere como caso de “etymologizing by false etymology”, lo cual sugiere que el autor ha tenido cuidado de no extender aquí el significado convencional de “popular” usando “popular etymology”.

Al tiempo que vemos cómo unos usan con extrema prudencia la nueva etiqueta, otros no la están usando aún en absoluto. Por un lado, el diccionario *Words, facts and phrases* de Edwards (1881) incluye entre sus “historias de palabras” las de “asparagus”, “belfry”, “Jerusalem artichoke” y “crayfish”, las cuales se considera, según opinión generalizada, que han pasado por procesos de “etimología popular”. Edwards, sin embargo, no usa dicho término en ningún momento, prefiriendo hablar de corrupción formal. Por otro lado, la segunda edición de la gramática de W.C. Fowler habla de “illusive etymologies” y “corrupted forms” para cambios formales del tipo “sparrow-grass” por “asparagus” (1881: 449-453).

En el año 1882 el sacerdote irlandés A.S. Palmer publica *Folk-etymology*, un extenso volumen con formato de diccionario, que viene a ser para la lengua inglesa lo que en su día fue para la alemana el *Ueber deutsche Volksetymologie* de Andresen. La obra de Palmer, que es, por cierto, la primera publicación en lengua inglesa que utiliza la forma “folk etymology”³⁹, opera probablemente con el concepto más amplio de etimología popular que hayamos visto hasta el momento. En efecto, no sólo abarca el cambio formal y el cognitivo (cambios de significado, y explicaciones etimológicas alternativas), sino que también da cabida a varios niveles de difusión de un cambio, es decir al cambio generalizado, al individual y al grupal (de hecho su diccionario se nutre en gran medida de dialectalismos).

Además, su percepción de la etimología popular incluye casos que tienen su origen en la labor literaria o filológica de autores cultos (1882: xii-xvi); aquí ya se desmarca de la división förstemanniana entre etimología popular y erudita. Pero su postura ante el juego de palabras es, una vez más, ambigua: en una ocasión dice que estas creaciones intencionadas no son “folk etymologies proper” (1882: xviii). Sin embargo, encontramos ejemplos de cambios que parecen ser intencionados y que él califica de etimologías populares (p.e. el caso de “langues-vertes” por “landwehr” (1882: 20). Su criterio parece partir de la idea de que una creación innovadora basada en la semejanza formal tiene que ser aceptada “generally and popularly” para poder considerarse etimología popular (1882: xxiii)⁴⁰, con lo cual parece que su interpretación del elemento “popular” presupone un pueblo a veces creador y a veces imitador. Para dar cabida a fenómenos que antes no se habían considerado exactamente etimologías populares, su diccionario incluye una sección dedicada a aglutinaciones y deglutinaciones de sustantivo con artículo (p.e. “orange” por “norange”, 1882: 585) y

³⁹ Obsérvese que Palmer escribía “folk-etymology”, separando los dos componentes con guiones, a veces con “F” mayúscula (p.e. 1882: vii) y a veces con minúscula (p.e. 1882:xvi). Además alternaba esta forma con la ya establecida “popular etymology” (p.e. 1882: xx), y con la variante idiosincrásica “folk’s etymology”, que no encontramos en ningún otro autor. A partir de la aparición de este diccionario la lengua inglesa cuenta con dos etiquetas para referirse al mismo fenómeno: la ya habitual de “popular etymology”, y la nueva forma “folk etymology”, puro calco del alemán, que en un principio se escribía con guión, y años más tarde sin él (aunque reaparece ocasionalmente, p.e. Rundblad y Kronenfeld 2000; otra excepción en esta tendencia ortográfica la vemos en Zupitza, que usaba la forma “folketyymology”; 1883: 258). Desde 1882, por tanto, conviven como sinónimas las dos formas. La excepción en este caso aparece en Ross (1958: 167), quien cree que “folk etymology” se refiere a los cambios formales, mientras que “popular etymology” se debe aplicar a las explicaciones etimológicas alternativas.

⁴⁰ Lo cierto es que aplicando rigurosamente este criterio, tampoco deberíamos considerar etimología popular el cambio a nivel individual, o malapropismo clásico, que Palmer sí incluye dentro del concepto, como veíamos en líneas anteriores. Otra pequeña falta de congruencia en la teoría de la etimología popular.

cambios por analogía morfológica con plurales (que ahora clasificaríamos como “back formations”, p.e. “cherry” por “cerise”, 1882: 595).

En cuanto a la teoría de Palmer sobre el fenómeno, sus ideas no son muy diferentes de las de Förstemann: lo percibe, según se deduce de las opiniones que expresa en la introducción, como una actividad etimológica inconsciente (la paradoja de Förstemann, una vez más), y su explicación psicológica se basa en el rechazo a todo lo que no es familiar y en la necesidad de infundirle sentido a aquello que parece no tenerlo. Así pues, mucho de lo que dice en el plano teórico la introducción del diccionario es paráfrasis de lo que en su día dijo Förstemann. La influencia de Andresen, no obstante, se hace patente también, pero Palmer en su retórica consigue reconciliar a ambos autores sin que se perciba una disonancia clara.

La gran difusión que tuvo esta monumental obra en su momento, que alcanzó el otro lado del Atlántico, hizo que se conociera mejor el paradigma explicativo de Förstemann-Andresen para los fenómenos de interferencia paramórfica no accidental. Esto es evidente al menos en la filología inglesa, donde, según hemos visto, convivían hasta la fecha diversas denominaciones alternativas.

Así pues, Walter W. Skeat, en el prefacio a la segunda edición de *An etymological dictionary of the English language*, nos dice: “I have also made some use of the curious book on Folk-etymology by the Rev. A. S. Palmer, which is full of erudition and contains a large number of most useful and exact references” (1884: xvii). Pero también advierte: “The author is not quite sound as to the quantity of the Anglo-Saxon vowels, and has, in some instances, attempted to connect words that are really unrelated. [...] In many places, I think the plan of his book has led him into multiplying unduly the number of corruptions, so that caution is needful in consulting the book”.

En cualquier caso, observamos que Skeat prefiere no utilizar las etiquetas “folk etymology” o “popular etymology” más que en muy contadas ocasiones (p.e. en la entrada “admiral”, 1884: 7), ya que prefiere términos como “mistaken accommodation” (en “crayfish”, 1884: 142), “misunderstanding” (en “Jerusalem artichoke”, 1884: 314), “confusion” (en “island”, 1884: 310), o “corruption” (en “sandblind”, 1884: 534). Además, para la inserción de una “l” en “could” recurre al término “analogy”, mientras que Palmer no considera este fenómeno ajeno a la etimología popular, por más que en la entrada correspondiente de su diccionario hable de “false analogy”⁴¹.

⁴¹ No se ha podido localizar ningún ejemplar de la primera edición, de 1882, pero es de suponer que en esta no debió de haber una sola mención de la etimología popular, entre otras cosas porque se publicó

siguiendo con Skeat, observamos la misma tendencia en su *Concise etymological dictionary of the English language*, que es obra nueva y no versión reducida de la anterior. Cuando buscamos algunos de los ejemplos prototípicos de la etimología popular, encontramos fórmulas como “mispelling”, “corrupt form”, “mistaken accommodation” o “influence of x”. Si bien esto no significa que él no crea que se haya dado tal fenómeno en dichos casos, sí es cierto que Skeat fue siempre muy reacio a utilizar el neologismo “popular etymology”, mostrando en cambio cierta inclinación a calificar con palabras hostiles todo cambio que no obedece las “leyes fonéticas”.

A juzgar por otras manifestaciones que hizo al respecto, por ejemplo en su reseña del *Folk-etymology* de Palmer (1883b), en el prólogo de la segunda edición de su diccionario, ya citado (1883a), y en su *Principles of English etymology* (1891), debía de temer que con el uso amplio de “popular etymology” se acabaran perdonando los errores de los etimólogos, que él tan a menudo detectaba y criticaba. Así, en la reseña del diccionario de Palmer, le recrimina a este que confunda “popular etymologies” con “false etymologies”: “In many cases this false etymology is in no sense a popular etymology, but solely due to the blunders of ill-informed writers” (1883b: 47). Parece, si hemos entendido bien, que aquí se está defendiendo una vez más la diferenciación entre etimología popular y erudita, en la cual subyace la presuposición förstemanniana de que la etimología popular es una verdadera actividad etimológica, y que no debe identificarse con ningún otro grupo sociocultural que el pueblo llano.

El capítulo de su *Principles of English etymology* titulado “On some false etymologies” parece confirmar esta idea; ya que la dedica exclusivamente a mostrar ejemplos de cómo los etimólogos “oficiales” yerran frecuentemente en sus explicaciones. Muchos de los ejemplos, por cierto, no sugieren confusión paramórfica directa, sino justificaciones rebuscadas; así ocurre, por ejemplo, en el caso del autor que hacía derivar “flesh” del inglés antiguo “líc”, echando mano de una supuesta digamma eólica y de un infijo sibilante “ad hoc” (1891: 447). En este sentido Skeat se acerca más al sentido literal de las palabras, ya que “falsa etimología” no implica necesariamente confusión paramórfica en su sentido literal, como tampoco lo implica el término

antes de que apareciera el diccionario de Palmer, aunque no dudamos que Skeat ya habría reflexionado sobre el fenómeno y que conocería lo que otros autores habían dicho sobre él. Sí que se produjo la influencia inversa, ya que Palmer tuvo acceso al diccionario de Skeat antes de que el suyo se terminara de imprimir, y aprovechó los datos de este para introducir algunas correcciones, varias de las cuales aparecen en un apéndice al final del libro. Asimismo, las explicaciones de su siguiente obra, *The folk and the wordlore* (1904), que comentamos en este mismo capítulo, deben mucho a las observaciones de Skeat.

“etimología popular”, por más que la asociación de ideas nos haya llevado a ese estado de cosas⁴².

Volviendo al diccionario de Palmer, se publicaron sobre este otras cinco reseñas, aparte de la ya citada de Skeat, entre diciembre de 1882 y enero de 1885 (*The Athenaeum* 1882; *The Saturday Review* 1883; *The Spectator* 1883; Zupitza 1883; *The Nation* 1885). De cara a un estudio conceptual, sólo son de interés, además de la de Skeat, la que se publicó en *The Nation*, y que ya citábamos en 5.4, por contener la curiosa afirmación “Folk-etymology is a new branch of science”.

Sobre esta última nos interesa observar además lo que su anónimo reseñador, familiarizado con la obra de Andresen, afirma en cuanto al tema que aquí nos atañe. En su opinión, la verdadera etimología popular es la que da como fruto cambios formales debidos a errores de percepción o de interpretación. Por ello muestra su recelo ante el hecho de que la recopilación de Palmer incluya tantas palabras que no han sufrido ningún tipo de cambio formal. Pero no sabemos muy bien si el reseñador está personalizando su concepto, y en tal caso discreparía de la opinión de Andresen, que sí veía etimología popular en los casos que no han sufrido cambio formal, o simplemente sospecha que Palmer ha ido demasiado lejos en su búsqueda de ejemplos y ha incluido en su diccionario toda forma que pueda inspirar etimologías alternativas, sin que esté documentado que las haya inspirado de hecho. Por otra parte, advierte que algunos de sus ejemplos son en realidad de “etimología erudita”, y añade también que no debe considerarse etimología popular el juego de palabras. Defiende, pues, una postura personal ante dos de las distinciones que se hace necesario negar o afirmar, según veíamos en 5.4, dada la ambigüedad del planteamiento inicial.

Gaidoz afirmaba en 1883: “le calembour [...] n’est q’une étymologie populaire consciente” (1883: 132, cit. Olschansky 1996: 24-25). Para Olschansky esta frase equivale a decir que el juego de palabras sí debe adscribirse a la etimología popular. A mi modo de ver, las palabras de Gaidoz implican que se trata de dos cosas distintas. La postura, pues, no está claramente definida. Lo que sí afirma sin dar lugar a problemas de interpretación es que la etimología popular es una forma de analogía, y aquí se suma a la opinión más extendida en estos años.

⁴² Skeat intenta romper aquí la sinonimia consensuada que parecía existir en inglés entre “popular etymology” y “false etymology” (recordemos que Wedgwood en 1885 aplicaba este último término a fenómenos de cambio formal). Sin embargo, “false etymology” pervive como sinónimo de “popular etymology” en Katamba (1994:192).

Sin intención expresa de aportar nada a la teoría de la etimología popular, Yule y Burnell ponen de moda en la filología de su tiempo la palabra anglo-india “hobson-jobson”, que anglifica la fórmula ritual “Ya Hasan, Ya Hosain” del islamismo chií y que da título a su popular glosario de palabras y expresiones coloquiales anglo-indias (1886). Curiosamente, esta palabra fue durante un tiempo sinónimo de “popular etymology” entre algunos autores anglófonos (vid. McKnight 1923: 180). El interés que tiene tan efímera anécdota está en que el simple hecho de proponer esta extraña acomodación fonética como alternativa a la etiqueta tradicional lleva al absurdo (sin proponérselo, claro está) la idea supuestamente científica de que la etimología popular busca siempre reiconizar las palabras oscuras o darles una motivación secundaria, según veíamos en Olschansky (1996: 179).

Otro autor que se separa claramente del concepto förstemanniano puro es Behagel (1886 cit. Olschansky 1996: 25-27), quien, al igual que Paul en 1880, afirma que la etimología popular ni es etimología propiamente dicha ni es algo privativo del pueblo, sino más bien un fenómeno relacionado con problemas de percepción. Sin embargo, este tipo de opiniones no consiguieron tener gran repercusión en su momento, como veíamos que ocurría también en el caso de Paul.

En 1887 aparece el primer artículo sobre etimología popular en portugués, escrito por Moreira. Aunque es esencialmente una recopilación de ejemplos, y en esto sigue una moda muy popular entre los filólogos de la época, interesa porque contiene una de las primeras definiciones que afirman explícitamente que la etimología popular es un fenómeno de cambio puramente formal. En esto coincide con la opinión de Malinowski, ya citada en esta sección, pero también con la presuposición implícita de la práctica totalidad de los “recopiladores de ejemplos” (p.e. Wershoven 1880, Sibree 1886 y Tweedie 1890) y muy probablemente con otros muchos autores que no dejaron por escrito su opinión. Por otra parte, habla Moreira de “etimologías populares de formación consciente”, lo cual sitúa su opinión sobre el juego de palabras en un grado de ambigüedad muy semejante al de Gaidoz en 1883.

En 1887 también, en un estudio titulado *Analogy and the scope of its application to language*, Wheeler presenta el fenómeno de la etimología popular como un caso especial de analogía, tal y como hemos visto que hicieron otros antes. Para este autor se habla de “folk-etymology” cuando la semejanza entre segmentos formales sugiere una relación semántica o funcional que no existe en realidad, lo cual lleva, primariamente, a una nueva agrupación de palabras sobre la base de esa falsa relación cognitiva, y

después, en muchos casos, a un cambio formal (1887: 27). Los otros tipos de analogía partirían siempre de una relación real en el plano semántico o en el funcional. Tal distinción, debemos decir, tiene cierto sentido, y es sin duda más clara que la que hizo Saussure. Sin embargo, desde nuestra perspectiva, aquí se sigue delimitando el concepto de etimología popular sobre la base de una hipótesis “de sentido común” que alude a la supuesta causa del fenómeno, más que a un fenómeno observable. Esto es, se mira más a las distinciones que se pueden hacer dentro de los elementos implicados en estos fenómenos que a los fenómenos –o al fenómeno- en sí.

Además, su concepto de etimología popular incluye casos con y sin cambio formal, así como casos que afectan a lexemas y a afijos. Nos interesa en especial esta última inclusión, porque casi todos los autores que tratan el tema limitan, ya sea implícita o explícitamente, el ámbito de la etimología popular a la raíz o raíces que hay en la palabra. Ahora bien, hemos de recordar que Wheeler solo consideraría que hay etimología popular en aquellos casos en los que las afinidades funcionales no son reales, sino sugeridas por una similitud en lo formal, con lo cual la mayoría de las interferencias paramórficas que afectan a los afijos quedarían fuera de su ámbito.

Por lo demás su postura ante la explicación del fenómeno viene a ser una nueva versión, con más énfasis en lo psicológico, de la *förstemanniana* tradicional, ya que afirma que la mente busca darle sentido a palabras o partes de estas que le son desconocidas. Con todo, percibimos en Wheeler una nueva versión de la “paradoja de Förstemann”, ya que este afirma que ningún fenómeno de los que presenta en su estudio es resultado de una reflexión, tras haber hablado de relaciones sugeridas por la semejanza formal. Sin embargo, lo que dice Wheeler puede reflejar una intuición de lo que quizá ocurra en la realidad, es decir que bien pudiera ser que la mente humana no necesitara reflexionar conscientemente para encontrar relaciones.

Observamos, por otra parte, que Wheeler dedica apartados especiales a los cambios puramente ortográficos (por ejemplo, la introducción de una “l” en “could” por influencia de “should”), como si no tuvieran relación con la etimología popular, cuando otros autores, por ejemplo Palmer, no hacen tal distinción. Wheeler parece ver estos casos de hipercorrección erudita como algo irreconciliable con el elemento “popular” del concepto *förstemanniano*. También trata por separado las llamadas “contaminaciones” (fusiones de dos palabras en una, al estilo de los “blends” del inglés contemporáneo). Pero llama la atención que alguna de estas contaminaciones puede perfectamente considerarse fruto de una interferencia paramórfica, como ocurre con el

español “estrella”, palabra formada a partir de “stella” y “astro”. En cualquier caso, hay cierta incongruencia por parte de Wheeler en la presentación de estos dos últimos apartados, que pueden solaparse fácilmente con otras categorías de su estudio, o incluso entre sí. Esto último lo ejemplifica el caso de “island”, ya comentado en estas páginas, que Wheeler presenta como analogía gráfica, y que podría presentarse también como ejemplo de contaminación (muy similar, por cierto, al de “estrella”).

En conclusión, parece pesar sobre Wheeler la influencia, ya consuetudinaria, de Förstemann, por cuanto no quiere etiquetar como etimología popular, ni tan siquiera equiparar a tal concepto, un tipo de cambio que se sabe procede de los eruditos (la analogía gráfica), como tampoco relaciona con aquella los cambios que no parecen conllevar un intento de dar familiaridad a lo desconocido (las interferencias paramórficas del tipo “estrella” o “island”).

En 1888 se da un insólito momento de lucidez –así lo creemos- en la teoría de la etimología popular, que supone una verdadera ruptura con la idea dominante. En su tesina de licenciatura, Richard John Lloyd, que elabora toda una teoría sobre lo que él llama “phonetic attraction”, esto es, el efecto del parecido formal en los cambios de significado de ciertas palabras, afirma que la llamada etimología popular es el estadio final del proceso de atracción fonética, y no el resultado de hipótesis etimológicas, *por más que sea esa la apariencia*. En su opinión, la percepción de un supuesto pensamiento etimológico se debe a una especie de deformación profesional de los propios etimólogos. Estas son las palabras que dedica al fenómeno:

“Philologists do not seem to reflect, when talking about the dire effects of ‘popular etymology’, that Demos is not an etymologist at all. It is true that he effectually dictates the meanings of popular words and makes them into current coin whether they bear the hallmark of the etymologist or not. But he does not do this according to the promptings of a perverted or any other etymology. He is really guided by the felt impressiveness, the picturesque power of words[;] in short by their capability to call up a lively image of their meaning in virtue of their phonetic or other connections. It is not till the whole thing is done that any thought of etymology arises, and then it arises only on the part of the etymologists themselves. Judicious writers and speakers accept the situation without attempting to fasten on Demos a process of derivation which never entered into his head.” (1888: 131-132).

Aunque tampoco se apoyan en una evidencia empírica, las palabras que Lloyd dedica a la “etimología popular” constituyen probablemente la refutación mejor expresada hasta el momento de la idea central förstemanniana. Sin embargo, dadas las características de la publicación en que Lloyd vertió sus ideas, estas no debieron de tener apenas difusión. Por ello no se podía esperar que tuvieran mejor suerte en ningún caso que las de Paul y Behagel, ya mencionadas. La idea de la atracción formal, no obstante, volvió a surgir, casi con toda seguridad de forma independiente, en la segunda década del siglo XX, con Dauzat.

Entre 1888 y 1889 una revista francesa, *Mélusine*, publicó una serie de artículos sobre etimología popular y folklore, muchos de ellos dedicados a “leyendas etimológicas”. Este tipo de leyenda, que explica, por ejemplo, el patrocinio de un santo a partir de la semejanza formal entre su nombre y otra palabra, es un derivado del fenómeno primario de la atribución de etimologías alternativas. Es, por tanto, una manifestación reconocible de la interferencia paramórfica, y de hecho el mismo Förstemann incluía ejemplos de leyendas basadas en una atribución etimológica errónea.

Lo curioso es que después de este momento de gloria, en que filólogos como Nyrop y Gaidoz (cit. Olschansky 1996: 30) dedicaron numerosos artículos a las “leyendas etimológicas”, esta forma de “etimología popular” interesa ahora más a los folkloristas y estudiosos de la onomástica que a los teóricos de la filología. Quizá por estar más centrado en lo metalingüístico que en lo estrictamente lingüístico, no le prestaron demasiada atención los etimólogos del XIX, y en consecuencia este fenómeno sufrió cierta marginación en los estudios lingüísticos de etimología popular. Y paradójicamente, este es sin duda el fenómeno al que mejor se adecuaría la etiqueta förstemanniana, ya que este tipo de leyenda no es otra cosa que una explicación etimológica basada en suposiciones no documentadas, independientemente de los cambios formales que haya podido sufrir el término objeto de la explicación.

De la década de 1880 sólo queda citar una breve nota de Bradley sobre la etimología de la palabra alemana “meerkatze”, que especula con la etimología popular como factor de evolución (1889: 322). Se trata de un ejemplo más del atomismo decimonónico, y del esfuerzo que se aplicaba en aquellos años a las palabras de origen oscuro. Como dato curioso, observamos que el OED recogió esta sugerencia, presentando la forma inglesa “meerkat” como posible “etymologizing perversion of an

oriental name”. Por lo demás, Bradley no aporta nada nuevo a un estudio de la evolución del concepto.

Ya en la década de 1890 seguimos encontrando autores muy fieles al concepto förstemanniano. Chamberlain, en un artículo titulado “Folk etymology in Canadian French” afirmaba: “Proper names have always been at the mercy of folk-etymologists” (1891: 204), dando a entender que son las hipótesis etimológicas de los hablantes las que cambian las palabras, creencia que no difiere de la de Förstemann.

Tweedie, por su parte, presenta en una brevísima nota de *Modern Language Notes*, titulada “Popular etymology,” un ejemplo de cambio formal del habla local (1892: 327), anticipándose al entusiasmo de la revista *American Speech* por las etimologías populares jergales y dialectales de los estadounidenses.

En el mismo año apareció en el *Chambers’s Journal of Popular Literature, Science and Arts* un artículo anónimo titulado “Some common mistakes about words” (1892: 151-154), que es básicamente una recopilación de ejemplos de etimología popular en inglés. El autor agrupa dichos ejemplos en tres categorías: 1) palabras que asociamos con otras debido al parecido formal (p.e. “gingerly” con “ginger”, “greyhound” con “grey”); 2) cambios formales motivados por la semejanza formal y por cierta conexión semántica (p.e. “sparrow-grass” por “asparagus”, ya obsoleto; “belfry” por “berfry”); y 3) palabras cuya forma ha inspirado una explicación etimológica espuria (p.e. el “nombramiento de caballero” de un solomillo, que dio lugar al cambio “surloin” > “sirloin”; la creencia de que la planta conocida como “Jerusalem artichoke” (< “girasole artichoke”) procede de Jerusalén). Esta taxonomía es criticable por varias razones: en primer lugar no es completa, pues no incluye ejemplos en que se hayan relacionado dos palabras por parecido formal pero sin relación semántica de por medio, siendo tales casos los que para Wheeler constituían la etimología popular prototípica, como ya vimos antes. Por otro lado, la asignación de los ejemplos a sus categorías es algo arbitraria, pues hay palabras en la primera que podrían estar en la tercera, y viceversa, mientras que el caso, por ejemplo, de “Jerusalem artichoke”, derivado de “girasole artichoke” (o “articiocco”), encaja mejor en el segundo grupo que en el tercero, ya que el fenómeno primario ha sido el de cambio formal. Por lo demás, el artículo es un buen ejemplo de estudio sobre etimología popular en la tradición förstemanniana.

Pero también encontramos en estos años reticencias ante el concepto y/o la etiqueta de “etimología popular”. En efecto, Skeat, cuyo famoso diccionario (1881,

1882) ya se mostraba reacio, como vimos en su momento, a emplear dicho término, publica en 1891 *Principles of English etymology*, obra que explica toda la evolución del vocabulario inglés en el estilo más puramente neogramático, es decir, a base de leyes fonéticas y analogía, y vuelve a dejar a un lado el concepto förstemanniano, en una época en la que ya eran habituales las referencias a este.

Su nueva obra no utiliza en ningún momento los términos “folk etymology” o “popular etymology. Sí utiliza “false etymologies”, pero se refiere con esta denominación a ciertos errores etimológicos de eruditos, algunos de los cuales, no todos, están motivados por el paramorfismo. No nos constan las razones por las que desprecia la etiqueta förstemanniana, pero puede entenderse de sus palabras que, para él, la idea de analogía engloba a todos los cambios por interferencia paramórfica: “[a]nalogy is really an exercise of popular logic” (1891: 458); y que, también a su juicio, para hablar de “etimología popular” en el sentido literal de la palabra tendríamos que tener la evidencia de que alguien no erudito ha propuesto una etimología determinada para cierta palabra. Si se aplica rigurosamente esa condición, es lógico que no haya ejemplos, al menos científicamente probados, de tal fenómeno. Encontraremos una preferencia similar por la etiqueta de analogía en los *Elementos de gramática histórica* de García de Diego (1914).

Otros filólogos de esta época sí hacen referencia al fenómeno, pero introduciendo un elemento de reflexión. Lo observamos en primer lugar en *Introduction to the study of the history of language*, de Strong, Logeman y Wheeler (1891). Por un lado, los capítulos en que hacen referencia estos autores a la etimología popular se repiten las ideas que encontrábamos en Wheeler 1887, a saber, que se habla de etimología popular cuando la proximidad formal sugiere que existe una relación semántica, se produzca o no cambio formal a raíz de dicha suposición, y que tal fenómeno es un caso especial de analogía. Pero ahora se insiste más en la idea de formación de grupos de palabras (1891:191-204), un concepto que, como veremos, predomina en los estudios post-saussureanos, según señala Olschanky (1996: 149). El lenguaje de estos autores, en cualquier caso, sigue reflejando cierta idea de intención en el cambio, pues definen la “popular etymology” como “an endeavour [...] to substitute a significant for an unmeaning whole” (1891: 10). Pero a la vez sugieren como agentes del cambio analógico los errores de audición de sonidos, idea que ya encontrábamos en Paul, y que resurge más adelante, y en una versión más científica, en Garnes (1978).

Las últimas contribuciones relevantes del siglo XIX nos llegan de una incipiente psicolingüística, que ya por aquel entonces se planteaba ciertas cuestiones sobre actuación y competencia lingüística que aún se estudian en la actualidad. Por un lado, Meringer y Mayer publicaron en 1895 su *Versprechen und Verlesen; Eine psychologische-linguistische Studie*, obra pionera en el estudio de los lapsus verbales. Por otro, Sully publicaba en 1896 *Studies of childhood*, obra que analiza el proceso de adquisición del lenguaje de un niño.

Estas dos obras contienen las primeras referencias a la etimología popular desde el ámbito de la psicolingüística y de la psicología general. La primera relaciona ciertos lapsus de producción verbal con dicho fenómeno, pues sus autores afirman que una palabra extranjera, o incluso una poco usual de nuestro propio idioma, se percibe siempre a través de unos patrones de expectativas preexistentes y puede verse atraída por ellos, lo cual viene a postular un principio general de isomorfismo, que serviría de explicación tanto para los lapsus como para los cambios más estables (1895: 76)⁴³. La segunda obra compara los malapropismos de los niños con la “folk etymology”, que describe así: “a word is altered by a people so as to be made to appear significant and suitable for its purpose” (1896: 188). Este autor parece tener un concepto también muy förstemanniano de la formación de etimologías populares. No obstante, observamos que considera el malapropismo algo ajeno a su idea de etimología popular, ya que compara un concepto con otro, cuando para Förstemann este tipo de incorrección no era sino una manifestación más del fenómeno que él bautizó. Quizá puede percibirse aquí uno más de tantos pequeños pasos que hemos visto hasta ahora encaminados a la formación del concepto prototípico de etimología popular dominante en el siglo XX. Las ideas que presentan Meringer y Mayer suponen, por su parte, una interesante aproximación a la perspectiva contemporánea sobre percepción del lenguaje, y al modo en que dentro de esta se ha intentado explicar la etimología popular (p.e. Garnes 1978).

Sin embargo, la evolución del concepto de etimología popular, al contrario de lo que parece sugerir el estudio de Olschansky (1996), no sigue una única trayectoria, ni puede hablarse tan siquiera de una serie de rutas convergentes, ya que en todo momento conviven versiones dispares de la idea que Förstemann intentaba comunicar. En este sentido, Thiene (1896, cit. Olschansky 1996: 30) y Zierow (1898, cit. Olschansky 1996:

⁴³ La tesis propuesta en su libro, según la cual los lapsus indican en qué dirección puede ir el cambio lingüístico, está descartada en la actualidad, pero debió de influir en Bloomfield, que veía en los “contaminative slips of the tongue” la posible explicación psicológica del fenómeno de la contaminación (1933: 423).

30) sorprenden al lector actual cuando sugieren que la etimología popular debería enseñarse en la escuela. Su presuposición, no del todo ilógica, es que se trata de una variante, “marginada” y sólo recientemente redescubierta, de la disciplina etimológica de los eruditos, más que de un fenómeno o tendencia del lenguaje.

En 1899, apareció la *Grammaire historique de la langue française* de Nyrop, obra que tuvo varias ediciones en el siglo siguiente, y que dedica su capítulo VII a la etimología popular⁴⁴. Aquí se nos presenta el fenómeno como el cambio formal o semántico que experimenta una palabra por la influencia de otra. Nos dice Nyrop que la palabra que ejerce tal influencia es semejante en forma o sentido a la que la sufre, aunque, según vemos por los ejemplos, las palabras que influyen siempre muestran una evidente semejanza de forma, pudiendo tener más o menos relación semántica.

Más adelante, en una clasificación de los efectos que produce la etimología popular, encontramos que puede haber, según este autor: 1) cambios ortográficos; 2) cambios de pronunciación; 3) cambios de sentido; y 4) cambios en ciertos usos de la palabra o en ciertas locuciones. Esta clasificación presenta algunos problemas, pues, por un lado, no se nos dice en ningún momento que los cambios 1) 2) y 3) puedan darse simultáneamente en un mismo caso, como de hecho ocurre algunas veces, y, por otro, la última categoría de cambio no tiene una identidad clara frente a las otras tres. Esta consiste, a juzgar por los ejemplos, en un cambio formal que afecta a locuciones, es decir a unidades léxicas de más de una palabra ortográfica. Después, aparentemente fuera de esta clasificación, se nos presenta como una categoría aparte la sustitución entre palabras homónimas o parónimas, como si estos no fueran ejemplos de palabras alteradas.

Quedan fuera de su concepto de etimología popular las llamadas “contaminaciones”, consistentes en cruces de palabras muy próximas semánticamente (p.e. en español antiguo “compeçar”, de “començar” y “empeçar”). Pese a ser procesos prácticamente iguales, esta distinción la hacen numerosos autores, sin que nadie ofrezca una justificación explícita. Podemos deducir que, al ser la mayoría de las contaminaciones simples cruces entre palabras sinónimas, no parecen cumplir con la característica que muchos quieren ver en la etimología popular, a saber, la de manifestar una nueva interpretación de la palabra. Tampoco se relaciona aquí en ningún momento

⁴⁴ En otro capítulo utiliza la expresión “falsa etimología”.

la etimología popular con la analogía, que reserva Nyrop para ciertos cambios que afectan a los afijos de las palabras o a otros elementos estructurales.

En otro contexto, de forma marginal, y lingüísticamente cuasielíptica, se menciona la etimología popular en una nota al pie en el prefacio de la versión inglesa del *Essai de sémantique* de Bréal, que apareció en 1900 con el título *Semantics. Studies in the science of meaning*. En efecto, aunque el propio Bréal, que publicó su ensayo en 1896, no incluye este fenómeno entre sus temas de estudio (la semántica post-saussureana sí lo hace), en el extenso prefacio que acompaña a esta traducción, Postgate hace un comentario curioso que indica cierta reticencia al uso de la etiqueta tradicional. La observación surge a propósito de la transformación de “trump” en “trunk” para el vocablo referido a la trompa del elefante: “The popular transformation (it would be a compliment to call it an etymology) has, however, produced no confusion, as we do not use *trunk* of the body of quadrupeds” (1900: lii). ¿Cómo deberíamos entender la observación terminológica entre paréntesis? ¿Cómo indicación de que a las interferencias paramórficas no se les debe aplicar el nombre de la etimología? ¿O de que sólo ciertas confusiones del “pueblo” son verdaderamente etimológicas? No queda, pues, muy bien determinada la postura del autor ante el concepto, aunque es evidente que no era su intención criticar la terminología förstemanniana en aquellas líneas. Sin embargo, las palabras de Postgate son un interesante anticipo del debate terminológico que tiene lugar en el siglo XX, siendo a su vez reflejo de varias opiniones que se han expresado en el XIX.

La última de las grandes contribuciones del siglo XIX la encontramos en la *Völkerpsychologie* de Wundt (1900), la obra que para Olschansky marca el inicio de un segundo período en la evolución del concepto que nos ocupa (1996: 32-33). Como psicólogo, interesado especialmente en la llamada “psicología de los pueblos”, considera a la etimología popular una “asimilación léxica con modificación conceptual de la palabra a través de los elementos asimiladores” (1900: 477). Asimismo propone una etiqueta alternativa, la de “asimilación léxica fonético-conceptual”, que es mucho más adecuada que la original, si bien carece de los tintes románticos que hacen a esta tan atrayente.

En efecto, Wundt percibe la etimología popular como el resultado de cambios fonéticos provocados por “fuerzas de asociación” (1900: 473), que pueden dar lugar, o no, a una nueva motivación semántica de la palabra. Así pues, este autor, situándose en la posición de Paul, Behagel, Lloyd, Wheeler, Strong y Logeman, no ve en este

fenómeno una actividad etimológica, sino “un proceso puramente asociativo, inherente al mecanismo psicofísico de las funciones del habla” en el que intervienen también elementos conceptuales. Vemos que la idea de las “fuerzas” y las “atracciones”, tomada sin duda de la física, y que aquí no podemos sino aceptar como metáfora, ha ido tomando forma en las últimas décadas del XIX, y veremos asimismo cómo en el XX se establece como una forma alternativa de explicar el fenómeno sin recurrir a las supuestas reflexiones del pueblo.

Ya dentro del siglo XX, en el año 1901, aparece un estudio de Thumb y Marbe sobre la analogía en alemán. Se trata de uno de los primeros trabajos que desde la psicología se publican sobre este tema con el apoyo de datos experimentales (los datos de Meringer-Mayer y Sully, recordemos, eran observacionales). Aunque este estudio sólo lo conocemos por la referencia indirecta de Esper, que lo replica para el inglés en 1918, interesa hacer aquí la mención de dicho trabajo en su momento cronológico, por cuanto nos indica ya cierta tendencia por parte del sector científico a englobar los fenómenos de interferencia paramórfica con la etiqueta única de “analogía”. La duda de si se está refiriendo este grupo de estudiosos únicamente a la analogía de afijos, con exclusión de la etimología popular, o al concepto amplio de analogía lingüística, nos la disipará en su momento el artículo de Esper (1918).

Al año siguiente, Kjedderquist (1902, cit. Olschansky 1996: 33-34), en un trabajo de investigación que repasa todo lo escrito sobre el tema en el XIX, se plantea si la causa primaria de los cambios atribuidos a la etimología popular está en la semejanza fonética o en la relación semántica. Su conclusión es que el significado es una causa, como mínimo tan importante como la semejanza fonética (1902: 436, cit. Olschansky 1996: 34). Como vemos, una de las principales preocupaciones de la investigación de la época está en las causas, y en la relación entre la supuesta causa y el efecto, dentro de una perspectiva que intenta ver en este fenómeno algo más que una forma de actividad etimológica.

También en 1902, los filólogos estadounidenses Greenough y Kittredge dedicaron un capítulo de su *Words and their ways in English Speech* a la “Folk-etymology” (1902: 330-344). En estas páginas, que son en su mayor parte una recopilación de ejemplos, los autores entienden por etimología popular, no un fenómeno de cambio, sino algo que subyace a los fenómenos de cambio “per se”. Al menos esto es lo que deducimos de las siguientes palabras: “Folk etymology ordinarily affects more than the associations of a word or its spelling. It transforms the word in whole or in part,

so to bring it nearer to the word or words with which it is ignorantly thought to be connected” (1902: 333). Se entiende que para estos autores el simple hecho de relacionar dos palabras no relacionadas etimológicamente ya es etimología popular, con lo cual a la pregunta que planteábamos en 5.4 (¿Cómo quería Förstemann que se entendiera su concepto?) habrían respondido que para ellos se trata de una tendencia a la asociación, independientemente de los efectos que pudiera tener. Por lo demás, sus ejemplos incluyen manifestaciones lingüísticas y metalingüísticas. Su ámbito conceptual viene a ser el de Förstemann, aunque parecen excluir claramente los juegos de palabras y los cambios producidos por eruditos. Por otra parte, estos autores coinciden con la mayoría de los de su época en afirmar que la etimología popular es un caso especial de (pero no un sinónimo de) analogía.

En 1904 Palmer publica su segundo libro sobre el tema, *The folk and their word-lore. An essay on popular etymologies*. En esta nueva obra selecciona varios de los más de 2.000 ejemplos que contenía su clásico *Folk-Etymology* y presenta, en forma de ensayo y con una información más completa, la evolución de los étimos correspondientes, introduciendo además ciertas rectificaciones basadas en los trabajos de Skeat y Murray. A primera vista, los títulos de los capítulos sugieren que Palmer ha establecido nuevas distinciones en el terreno conceptual: así, el primero se titula “Folk-etymology”, el segundo “Foreign words metamorphosed”, el tercero “Popular etymologies”, el cuarto “The folk as etymologists”, el quinto “Words popularly mistaken”, el sexto “Some verbal corruptions”, el séptimo “Mistaken analogies”, y el octavo “Misinterpretations”. Sin embargo, una lectura detenida del texto nos confirma que no ha cambiado nada: los títulos no representan nuevas categorías, aunque tampoco se entiende a qué criterio obedecen (sólo el segundo está verdaderamente especializado), y los fenómenos que recoge vienen a ser los mismos que aparecían en el diccionario de 1882. Es decir, todo son manifestaciones de la interferencia paramórfica, y el ámbito conceptual que aplica Palmer sigue siendo el más amplio de su época. Algunas de estas manifestaciones son sólo lingüísticas, otras sólo metalingüísticas, y otros parecen ser tanto lo uno como lo otro, aunque no siempre queda claro cuál de los dos fenómenos observables es el primario, es decir, si una hipótesis etimológica precipitó el cambio formal, o si al cambio formal homonimizante le siguió la aparición de la creencia etimológica errónea.

El principal interés de esta obra está en que insiste en describir el concepto en cuestión como un fenómeno de base etimológica, cuando ya se ha argumentado varias

veces que se trata de un cambio inconsciente y no provocado por ningún tipo de inquietud filológica. Quizás por esta razón Palmer recalca considerablemente los cambios de significado (y aquí puede haber influido el ensayo de semántica de Bréal, que en este libro se cita varias veces) y las atribuciones etimológicas, con sus consiguientes leyendas. Y esto, además, en una época en la que el cambio formal empezaba a perfilarse como el principal objeto de interés de los estudiosos del tema. Por otra parte, hay que destacar que Palmer no deja de incluir ejemplos de cambios individuales (malapropismos) y grupales (fundamentalmente dialectalismos), y que su obra incluye numerosos casos de cambios provocados por eruditos, lo cual nos lleva a pensar una vez más en las contradicciones de este tipo de estudios. Por último, vemos que sigue sin haber una distinción categórica entre “folk etymology” y “analogy”; Palmer, sin dar opiniones sobre el uso de uno y otro término, incluye en la etiqueta de “folk etymology” numerosos ejemplos de cambio morfológico, incluida la “back-formation”, que ya entonces recibía ese nombre y que en la época post-saussureana casi nadie considera etimología popular.

De las tres reseñas que conocemos de este libro, la de *The Athenaeum* (1904), la de *Notes and Queries* (1904) y la de Björkman (1907), nos interesa destacar la primera, ya que insiste en la impropiedad de llamar etimología a unos procesos lingüísticos “inconscientes o semiconscientes”, advirtiendo que en realidad son los filólogos las únicas personas que cometen errores etimológicos propiamente dichos. Esto está, en cierto modo, relacionado con lo que habían dicho ya Paul (1880, 1888), Behagel (1886, cit. Olschansky 1996) y Lloyd (1888). No obstante, el mismo reseñador se rinde al hecho de que este tipo de cambio lingüístico -él lo entiende como tal- va a conocerse en lo sucesivo como etimología popular.

En otro nivel de análisis, debemos observar cómo estas opiniones refuerzan la idea de que no existe relación entre el fenómeno de cambio formal por interferencia paramórfica y la atribución etimológica alternativa. Puede haber influido en los que tal cosa piensan la presuposición förstemanniana de que la etimología popular es privativa del “pueblo llano”, lo cual parece implicar que los errores de los eruditos no pueden compartir características con ella. De ahí la necesidad de considerar a estos como el producto de una reflexión consciente, al tiempo que los errores del pueblo son, o así se los quiere ver, completamente espontáneos y/o inconscientes, sin que sus creadores tengan ningún tipo de control cognitivo sobre ellos.

También en 1904 apareció el *Manual elemental de gramática histórica española* de Menéndez Pidal, primer texto original en español, según nos consta, que hace mención de la etimología popular. La referencia la encontramos en el capítulo IV, dedicado a “Fenómenos especiales que influyen en la evolución fonética” (1904: 90-101), y, dentro de este, en el apartado que lleva por título “Influencia de una palabra sobre otra”.

El concepto que maneja aquí Menéndez Pidal viene a ser el tradicional, al menos en cuanto a la explicación de las causas, que sigue siendo un elemento decisivo para definir la etimología popular:

“Las palabras más usuales y corrientes de la lengua se pronuncian por el pueblo viendo en ellas íntimamente encarnada su significación; así que al pronunciar una palabra no tan corriente y que tiene alguna apariencia rara, bien sea por su configuración o agrupación poco común de sonidos, bien sea por su grande extensión, le produce una impresión de extrañeza y quiere hallar en esa voz la transparencia que descubre en las familiares; si entonces advierte cierta semejanza de sonido entre esa voz oscura y otras de las más comunes y conocidas, piensa que hay entre ambas alguna conexión etimológica, y siente la necesidad de acercar aún más en el sonido la voz desusada a la familiar.” (1904: 69-70)

Los otros fenómenos que incluye el apartado dedicado a “influencia de una palabra sobre otra” son los que Pidal presenta como “analogía de unas voces con otras” y “fusión de dos voces”. Con la primera de estas etiquetas se refiere a cambios formales por interferencia paramórfica entre palabras de una misma serie lógica (p.e. la presencia de la “s” en “lunes” –del latín “lunae”-, por influencia de otros días de la semana, como “martes”, “jueves”, etc.). La segunda se corresponde con lo que otros llaman “contaminación” y consiste en la aparición de un neologismo que muestra combinados varios elementos formales de dos palabras semántica y formalmente muy próximas (p.e. la fusión de “pedalis” y “pedaneus” en la forma de latín vulgar “*pedalaneus”, hipotético origen del castellano “peldaño”. Recuérdese también el ejemplo, ya visto aquí, de “estrella”).

Ahora bien, observamos que tanto la “etimología popular” como la “analogía de unas voces con otras” y la “fusión de dos voces” que se describen en este manual son fenómenos de cambio formal por interferencia paramórfica, pues en todos ellos

podemos postular que una palabra ha influido en otra; cabe preguntarse, pues, con qué criterio lógico se ha hecho la taxonomía. Desde nuestro punto de vista, no hay un criterio diferenciador claro, al menos a nivel fenomenológico⁴⁵.

Para entender la razón de ser de esta división hay que tener en cuenta que estamos aquí en un estado diferente al que veíamos en la época de Förstemann, con más datos pero sin una revisión global de los planteamientos. Esto es, por un lado se han encontrado más interferencias paramórficas, y por otro la lingüística, a partir de los neogramáticos, ha incorporado el concepto de analogía a la teoría del cambio formal, sin que se haya decidido unánimemente hasta el momento si analogía y etimología popular son fenómenos separados o si hay una relación de inclusión de la primera con respecto a la segunda. Y como no todas las interferencias nos recuerdan al error de un etimólogo, empieza a haber un excedente de fenómenos “de difícil clasificación” que no se etiquetan bien como etimología popular, la mayoría de los cuales afectan más a los afijos que a los lexemas.

Por ello, creemos, se empieza a proponer, como solución, la existencia de otras categorías y va surgiendo así un nuevo grupo de cambios paramórficos, paralelo a la “etimología popular”, que se fija en torno al concepto de analogía. Así pues, nos encontramos ahora con una nueva forma de organizar los datos, que ya se vislumbraba en Wheeler (1887), y que se apoya en creencias o postulados sobre los procesos psicológicos que actúan en uno y otro caso. La culminación de esta tendencia la veremos en la división tajante que hace Saussure entre etimología popular y analogía (1916).

Un tercer trabajo que aparece en 1904 es el *Studien über Englische Volksetymologie* de Hasse. En este caso se trata de una tesis doctoral que clasifica por temas varias palabras que son supuestamente resultado de la etimología popular. Por lo demás, el concepto con el que opera es el tradicional, y no se plantean cuestiones teóricas.

En los diez años siguientes aparecen varios estudios de casos en los que no se observan desacuerdos con la idea tradicional, ni otras cuestiones de interés (p.e. Murray 1907; Dauzat 1908; Wright 1913). Sin embargo, seguimos viendo en algunos pruebas

⁴⁵ Se puede demostrar que no hay distinción clara ni unánime entre la llamada “etimología popular” y el fenómeno que Menéndez Pidal denomina “fusión”. Por ejemplo, en el trabajo de Pound *Blends. Their relation to English word formation* (1914), se etiqueta este tipo de fenómenos como “folk-etymological contamination” (1914: 8). También podemos probar nuestra afirmación con la frase de McKnight: “The confounding of words, [...], commonly called a form of folk-etymology, is familiar in modern times” (1913: 117).

de que el concepto de etimología popular no tiene un área bien determinada en el campo de la filología. Nos limitaremos a incluir aquí, en la parte final de este primer período, las observaciones más relevantes.

En 1909 aparece una nueva edición del *Words and places* de Taylor. Curiosamente, esta edición, aunque ha sido corregida y ampliada por Palmer, mantiene los términos de “erroneous etymology”, sin que aparezca el moderno “folk etymology” más que en una nota al pie en la que el editor cita su propio diccionario⁴⁶.

En 1912 aparece *The romance of words*, de Weekley, una obra que habría de hacerse muy popular en la lengua inglesa, y que aparte de contener varias referencias esporádicas a la etimología popular, incluye un capítulo dedicado enteramente a este fenómeno. Parte de este nos muestra un ámbito conceptual muy amplio, sólo comparable al de Palmer, ya que utiliza el término para referirse a “all phenomena which are due to any kind of misunderstanding of a word” (1912: 96). Así pues, incluye en este capítulo las aglutinaciones y deglutinaciones de artículos (p.e. la evolución “a nadder” > “an adder”, 1912: 96) y los singulares analógicos (p.e. “pea”, originalmente “pease” 1912: 98). Hasta entonces sólo Palmer había tratado estos fenómenos como formas de etimología popular, y aun así les dedicaba secciones aparte en su diccionario. Años después veremos como este tipo de “back-formation” ha quedado oficialmente encasillado como analogía y no como etimología popular. Recordemos en este sentido el artículo “folk-etymological singulars” de Gaffney (1927), y el comentario que hace sobre este título Olschansky (1996: 3), quien duda que sea apropiado el concepto de etimología popular para tal tipo de cambio.

Ahora bien, Weekley parece alternar este amplio concepto de “folk etymology” con un segundo nivel de uso, más próximo a la idea prototípica que tenemos en la actualidad y a la interpretación más común de la teoría de Förstemann. Así pues, en el capítulo “Folk etymology”, después de haber aplicado el sentido amplio que señalábamos en el párrafo anterior, nos advierte: “The term folk-etymology is often applied in a narrower sense to the corruption of words through a mistaken idea of their etymology or origin” (1912: 105). Y de hecho los ejemplos de etimología popular que presenta fuera de este capítulo responden todos a ese “sentido más reducido” que describía con aquellas palabras (p.e. “arange” > “orange” en francés, por influencia de “or”, “oro” 1912: 27). Estos ejemplos muestran interferencias en los lexemas de ciertas

⁴⁶ Fechándolo, por cierto, en 1883, y no en 1882, que fue el verdadero año de aparición.

palabras, por parte de otras que parecen mostrar algo del significado a través del significante; son cambios formales, lexemáticos e iconizadores, esto es, llevan a la palabra a una mayor transparencia formal o a una relación aparentemente más clara entre el significado y el significante. Este capítulo del libro de Weekley, pese a la falta de congruencia que quizá muestra el autor ante el concepto, no deja de ser interesante, ya que nos indica que en esta época ya se va consolidando la asociación entre ese concepto aún förstemanniano de la atribución errónea de etimologías y la búsqueda de motivación o transparencia en la forma.

Y en el mismo año de 1912 el prolífico lingüista Dauzat vuelve a mencionar el tema de la etimología popular en *La philosophie du langage*. Aunque aquí no utiliza aún los términos alternativos (p.e. atracción paronímica) con los que intenta reemplazar la etiqueta tradicional, ya nos deja atisbar la perspectiva que le caracterizará en la época estructuralista, a partir de *La géographie linguistique* (1922), pues habla de este fenómeno como un tipo de asimilación que sufren los términos “aislados”. Notamos además que varios de los casos que presenta son de cambio individual y grupal.

En 1913 surgen varias ideas y opiniones que afectan al plano terminológico. Citamos en primer lugar a Jespersen, cuya obra *A modern English grammar on historical principles* no menciona la etimología popular pero introduce el concepto de “metanálisis”, que aquí se refiere a cambios por percepción errónea de morfemas, y que más tarde se relacionará con el ámbito de la etimología popular y/o las interferencias paramórficas (p.e. Weinrich, 1953). Por otra parte, McKnight presenta un estudio sobre palabras que tienen más de un posible étimo, y en él relaciona este proceso de amalgama etimológica con el fenómeno de la “folk-etymology”, aunque él parece preferir la simplicidad del término “association” (“call it folk-etymology if you will” 1913: 110).

De manera similar, Pound, en un estudio pionero sobre “blends” en la lengua inglesa (1914), relaciona la etimología popular con su objeto de estudio, aunque reconoce que no puede determinar exactamente qué clase de relación existe entre una cosa y otra. En una de sus secciones preliminares (“Some delimitations”) afirma que el “blend” propiamente dicho es una creación intencionada y lo que se entiende por etimología popular no lo es, aunque en esta también se produzcan mezclas de palabras (1914: 8). Pero reconoce también que en algunos casos un cruce de palabras está documentado a la vez como creación de autor y como forma popular: “Yet the subjects of folk-etymology and blending do merge. The test of motive in origin is not always

either a clear or trustworthy guide. An instance in point is the rather widely diffused *animule*, which belongs properly enough under either classification, blending or folk-etymological contamination. It is used by some whimsically; by others in ignorance of the proper form.” (1914: 8-9). En cualquier caso, su clasificación (¿tentativa?) de “blends” incluye, entre otras, una categoría de “Unconscious folk formations” (1914: 21), y otra de “Nonce blends” (1914: 20), que se refiere a los lapsus, e incluso una de “children’s coinages”, que son al parecer “largely accidental” (1914: 21).

En definitiva, se mezclan en este estudio los neologismos voluntarios con los involuntarios, y el concepto de etimología popular parece ocupar para la autora un lugar entre estos últimos. Lo cierto es que la única manera segura de determinar si una fusión de palabras es producto o no de la voluntad sería confirmando qué tipo de actividad se ha dado en el cerebro creador, lo cual no está aún al alcance de la neurología. Toda afirmación en uno u otro sentido, pues, tiene que hacerse en forma de postulado tentativo.

En el mismo año se publicó la primera edición de *Elementos de gramática histórica castellana* de García de Diego, otro trabajo que habla de interferencias paramórficas sin mencionar una sola vez la etimología popular, ni tan siquiera como sinónimo secundario de otro término. Para referirse a esta clase de fenómenos, García de Diego habla de “influencia (o “analogía”) fortuita de palabras independientes” y “falsos análisis”, “analogía de palabras en serie” y “analogía de prefijos y sufijos”. Ahora bien, muchos de los ejemplos que aparecen en este libro se han presentado en otras obras como “etimologías populares” (p.e. la evolución “berrojo” > “cerrojo”, cf. Menéndez Pidal 1977: 192)⁴⁷. Es obvio, por tanto, que para este autor el concepto de analogía explica de forma satisfactoria los cambios debidos a influencia entre formas, al igual que ocurría en el caso de Skeat (1891).

Algo parecido observamos en *Introducción al estudio de la lingüística románica* de Meyer-Lübke, obra que se publicó en su versión española también en 1914: de numerosos ejemplos que da de “influencia de una palabra sobre otra” (1914: 201-206), sólo en uno sugiere que ha habido una “transformación propia de la etimología popular” (1914: 206). En estos tiempos, por tanto, se va haciendo evidente que el concepto de etimología popular no tiene un puesto bien definido en la terminología filológica.

⁴⁷ Pero se da la circunstancia de que el caso de “cerrojo” lo presenta García de Diego como un cambio provocado por los hablantes cultos, lo cual puede contribuir a que el autor considere inapropiado denominarlo “etimología popular”. No nos consta que ningún otro autor haga la misma observación en relación con esta palabra.

Y sin abandonar el problema terminológico, cerramos esta primera etapa con otra propuesta de etiqueta alternativa: en 1915 Gamillscheg y Spitzer, en *Die Bezichnungen der "Klette" im Galloromanischen* proponen los términos “metaphysische Etymologie”, cuya traducción sería “etimología metafísica”, y “geistige Etymologie”, que Baldinger traduce como “etimología espiritual” (1986: 15). Estas nuevas etiquetas, si bien no están en un registro del todo científico, tienen la virtud de eliminar el engañoso elemento “popular”. En cualquier caso, tampoco reemplazaron en ningún momento a la original.

En este estado de cosas aparece la influyente doctrina de Saussure, con la que iniciaremos el siguiente capítulo.

6.3. Resumen

En resumen, en este primer período, el concepto de etimología popular se percibe en líneas generales de la siguiente forma:

-Se suele aplicar esta etiqueta a fenómenos de interferencia paramórfica no accidentales, aunque no hay una clara unanimidad en cuanto a cuáles de los fenómenos no accidentales se deben etiquetar así. Añadamos que sólo Meringer y Mayer relacionaron la etimología popular con un tipo de interferencia accidental (los lapsus verbales), apuntando a unas causas comunes, aunque no identifican el lapsus con la “etimología popular” (1895: 76).

-Se habla de ella como tendencia psicológica (¿o quizá como fenómeno psicológico?) y también como fenómeno lingüístico. Para algunos autores se refiere (o parece referirse) a ambas cosas; para otros, sólo a una de ellas.

-Se cree en la “etimología popular” como un tipo de actividad etimológica y, por consiguiente, los ejemplos que se seleccionan se suelen presentar como resultado de una atribución etimológica errónea. Sólo se muestran en claro desacuerdo Paul (1880; 1888), Behagel (1886, cit. Olschansky 1996: 25-27) y Lloyd (1888), aunque sus opiniones al respecto tuvieron escasa repercusión en un primer momento.

-Se mantiene prácticamente intacta la “paradoja de Förstemann”. Esto es, se cree por lo general en el carácter inconsciente de la etimología popular, pero a la vez se ve como un fenómeno de base etimológica, sin que a nadie le extrañe la idea de que se puedan hacer

indagaciones etimológicas inconscientemente⁴⁸. Asimismo, no parece sorprender a casi nadie la idea de que en la etimología popular participe un agente abstracto, como es el llamado “pueblo”.

-Quizás por una tendencia a interpretar literalmente el término “popular” se suelen excluir todos los cambios que se saben provocados por personas concretas, bien porque las creaciones populares suelen ser anónimas, o simplemente porque el autor es erudito, y al pueblo se le considera ignorante. Por ello se cree que no debe considerarse “etimología popular” el juego de palabras, ni ningún otro tipo de creación verbal, formal o semántica, que haya sido hecha a propósito, a imitación de las supuestamente inconscientes, y con una intención expresiva. Asimismo, se mantiene la separación entre “etimología popular” y “etimología erudita”, no siempre de manera razonada.

-La mayoría de los estudios y las recopilaciones de ejemplos sólo consideran (o sólo se interesan por) el cambio formal. No obstante, debe tenerse en cuenta, a fin de alcanzar una visión más objetiva, que el cambio semántico no está aún bien estudiado en esta época. Son minoría los autores que describen casos de atribuciones etimológicas alternativas sin cambio formal.

-Se tiende a ver la etimología popular como una manifestación de la analogía, que a veces recibe el nombre de “falsa analogía” (p.e. Palmer 1882). Sólo hacia el final del siglo XIX empieza a abrirse el camino hacia una separación entre los casos prototípicos de “etimología popular” (aquellos que parecen sugerir que ha habido una revisión etimológica) y otros fenómenos de influencia formal (contaminación, derivación regresiva o “back-formation”, etc.), siendo estos últimos los que empiezan a atraer para sí la denominación de “analogía”.

-Se cree, en líneas generales, que afecta sólo a las palabras extranjeras, o a aquellas vernáculas que por su evolución ya no resultan familiares (léase agrupables con otras de la misma familia). El resultado, pues, sería una forma más familiar. Esta perspectiva teórica hace que las miradas se fijen más en las variaciones generalizadas que experimentan las llamadas “palabras aisladas”, y menos en los vulgarismos o en los malapropismos, que suelen surgir de palabras mucho más conocidas. No obstante, debe tenerse en cuenta que en este aspecto también era un factor determinante la metodología

⁴⁸ Ahora se sabe que en los actos voluntarios puede haber un elemento preconsciente, con lo cual ya no puede considerarse paradójica esta conjunción de creencias; de hecho, a la hora de plantear hipótesis explicativas de base neurológica para este fenómeno no debería descartarse la idea de que se pueden hacer asociaciones inconscientes de palabras sobre la base de una supuesta relación etimológica. No obstante, si nos situamos en la perspectiva del siglo XIX, hay una evidente contradicción en esta manera de explicar el fenómeno, que revela cierta falta de rigor lógico. Véase también nota 5.

de trabajo de la época, pues esta se apoyaba más en la palabra escrita que en el lenguaje hablado, por lo cual no abundaban los estudios sobre formas idiosincrásicas.

-Apenas se proponen etiquetas alternativas a la de “etimología popular”. Destacamos las propuestas de Wundt y Gamillscheg, así como la actitud de autores como Skeat (1892) y García de Diego (1914), para quienes la amplitud del concepto de analogía hace innecesario dicho término.

CAPÍTULO 7

SAUSSURE Y EL CONCEPTO DE ETIMOLOGÍA POPULAR

7.1. Introducción

En 1916, Bally y Sechehaye publicaron, en calidad de editores, el *Cours de linguistique générale* del lingüista suizo Ferdinand de Saussure, recopilando apuntes de los cursos de lingüística que este dictó en Ginebra entre 1906 y 1911 (Kovacci 1966: 28). La trascendencia que ha tenido esta obra queda fuera de toda duda, ya que, aparte de haber sido una contribución esencial para el desarrollo del estructuralismo lingüístico, estableció una sistematicidad y un metalenguaje de enorme alcance, al menos hasta la aparición, en la segunda mitad del siglo XX, del paradigma chomskiano.

Nuestro segundo período se inicia, pues, con la publicación de esta obra, porque creemos que con ella hay un antes y un después bien definidos, tanto para la lingüística general como para los estudios sobre etimología popular. Por un lado, varios de los conceptos generales que introduce Saussure en la lingüística se incorporan rápidamente a la teoría sobre etimología popular, con lo que cambia visiblemente la percepción que de ella tiene la comunidad académica. Por otro, el mismo Saussure tenía su propia visión del fenómeno, pues recalcó su carácter excepcional y “patológico” (vid. capítulo 6, nota 1) frente a la supuesta racionalidad de lo que él distinguió como analogía, según se puede apreciar en el capítulo del *Cours* dedicado a la etimología popular (1972: 238-241).

En cualquier caso, la difusión y la influencia que tuvo esta obra hacen imprescindible una mención especial en este estudio, así como un análisis en profundidad de las ideas más relevantes que encontramos en él. Ninguna otra obra ni ningún otro autor de los mencionados en esta segunda parte ha transmitido un constructo en torno a la etimología popular tan visiblemente influyente como el *Cours* de Ferdinand de Saussure, y por ello centramos este capítulo en el estudio de sus opiniones.

7.2. La etimología popular en el *Cours de linguistique générale*

Empezando por los conceptos generales que influyen indirectamente en el concepto que nos ocupa, repasaremos aquí las ideas saussureanas sobre la arbitrariedad del signo

lingüístico y la “motivación relativa”, por una parte, y la distinción entre el eje sincrónico y el diacrónico, por otra.

En cuanto a la idea del signo lingüístico, que Saussure entiende como la relación entre el significado y el significante, lo más importante es la insistencia en que tal relación es puramente arbitraria. Esta idea es central en su modelo, ya que descarta la posibilidad en el lenguaje verbal de formas motivadas, es decir, de significantes que reflejen de forma natural y no convencional su significado. Saussure no cree que sean excepciones a dicha arbitrariedad general ni las onomatopeyas ni las interjecciones, como otros han afirmado; sin embargo, cree en cierta motivación “relativa”. Este concepto, quizás no muy claro, sugiere que las palabras de morfología compleja (esto es, de más de un morfema) están un poco más cerca de la hipotética “motivación absoluta” que las de un solo morfema. Esto se debería al hecho de que tales palabras evocan algo, o se pueden relacionar al menos con algo que sigue estando dentro del sistema, pero que trasciende a ellas mismas, cosa que no sucedería con las palabras simples.

Más adelante veremos que en el período post-saussureano esta idea de la motivación relativa acaba por relacionarse con la etimología popular, aunque no parece que sugiriera el propio Saussure la conexión. Así surge la idea de “búsqueda de motivación”, una nueva forma de explicar lo que aparentemente ocurre en la llamada “etimología popular”; recordemos en este sentido el requisito de “motivación secundaria” con el que Olschansky (1996: 179) distingue lo que para ella es etimología popular de lo que no lo es (p. e. la analogía, en su sentido moderno), o el concepto de “remotivación”, que acuña Tournier en su descripción de la creación léxica en inglés (1985: 57-59) y que relaciona biunívocamente con la etimología popular.

Por otro lado, la distinción que hace Saussure entre el eje diacrónico (el de la lingüística histórica) y el sincrónico (el de la lingüística estática), y quizás la novedosa reivindicación que esto conlleva de los estados sincrónicos de la lengua como objeto de estudio, lleva a muchos (p.e. Vendryes 1953) a entender la etimología popular como una etimología que no se mueve en el tiempo, al estilo de las descripciones etimológicas de los filólogos, sino en el espacio de las relaciones entre palabras (aun cuando Saussure hablaba de ella en la parte dedicada a lingüística diacrónica). Con ello tiende a perderse la perspectiva de este fenómeno como forma de cambio lingüístico. Esto trae como consecuencia, a nuestro parecer, una visión deformada de la realidad y una cierta limitación en cuanto a los parámetros de investigación del fenómeno.

A estas dos observaciones sobre los conceptos generales del *Cours*, habría que añadir quizá algo sobre la dicotomía “lengua/habla” (*langue/parole*). Saussure decide, tras explicar esta distinción, que el objeto de la lingüística es la lengua, esto es, el código abstracto que rige nuestros actos comunicativos (Kovacci 1966: 29; Saussure 1972: <cap III, pag. 9 de la versión inglesa>). Y, si bien esto no cambia sustancialmente la perspectiva de la lingüística con respecto a sus antecesores, no podemos dejar de pensar que con esta dicotomía, y quizá con la que describíamos en el párrafo anterior, se formaliza un tipo de pensamiento que ve la etimología popular como cambio finalizado y nada más, desligándola de los fenómenos de habla (malapropismos, errores auditivos, etc.) que posiblemente originan dicho cambio. Es decir, que al ser tanto lo diacrónico y lo sincrónico como la lengua y el habla partes de una dicotomía, luego ideas autoexcluyentes, la etimología popular, y así cualquier otro fenómeno, se tiene que acomodar por fuerza en una de las dos dimensiones que presenta cada dualidad, sin poder estar en la otra. En el caso de la etimología popular, parece que se prefiere ver en ella una asociación sincrónica (por tanto sin estadios ni evolución) entre familias de palabras del sistema (más que en el léxico mental de los hablantes). O sea, empieza a verse como una especie de cambio lingüístico espontáneo, cuya evolución simplemente no se da en ningún momento, y que no parte de las innovaciones de los hablantes.

En honor a la verdad, no es cierto que los lingüistas defiendan seriamente esta caricatura del concepto moderno de etimología popular. En realidad, esas ideas se perciben más bien como presuposiciones, pero veremos intentos de compatibilizar tales creencias con lo que el sentido común sugiere, que es la idea de que el cambio nace con las innovaciones idiosincrásicas de los hablantes. Y veremos, también, explicaciones de la etimología popular verdaderamente centradas en el cambio lingüístico.

En cuanto a lo que dice expresamente Saussure sobre el tema concreto de la etimología popular, lo más relevante es la distinción que presenta entre esta y lo que él llama “analogía”. La etimología popular es, según el lingüista suizo, algo excepcional, “irracional” y “patológico”⁴⁹, provocado por el intento de explicar una palabra poco clara, mientras que la analogía es un fenómeno racional, en el que la forma nueva no surge del análisis de la precedente.

⁴⁹ La calificación de “*phénomène pathologique*” que aparecía en la edición original del *Cours* la omitieron los editores a partir de la edición de 1922. De Mauro piensa que esto se hizo por adaptar el pensamiento saussureano a la nueva década, ya que en ella surgieron valoraciones muy positivas del fenómeno de la etimología popular (vid. la referencia a Weise, Saussure, Vendryes y Gillieron, en el apartado anterior), aunque la verdadera opinión de Saussure seguramente coincidía con los términos suprimidos (1972: 473).

A lo anterior se podrían hacer dos comentarios. En primer lugar, no nos parece adecuada la oposición “racionalidad/irracionalidad” con la que se separa aquí un fenómeno de otro, máxime cuando se dice que la etimología popular, el fenómeno tachado de “irracional”, surge de un análisis formal y un intento de explicar el significado de la palabra. Si en esto consiste la etimología popular, es obvio que se trata entonces del resultado de un proceso racional, por más que se consideren erróneos los razonamientos.

Pero quizás esta oposición surja de otra forma de pensar el problema, o bien de otra forma de entender lo racional. Así pues, la idea de la “racionalidad” de la analogía tal vez la habría encontrado Saussure en la observación de sus “analogías”, pues al tratarse estas de cambios que afectan más a los afijos que a los lexemas, se puede percibir en ellas una tendencia a la homogeneización de paradigmas formales, o dicho de otro modo, a la racionalización, es decir, a la creación de modelos regulares y previsibles⁵⁰.

El segundo comentario que hacemos a la separación Saussureana de conceptos es que no hay evidencia empírica de que las etimologías populares siempre reemplacen automáticamente a la forma original y los cambios analógicos no, como afirma en el capítulo sobre etimología popular. Tampoco es fácilmente demostrable que los cambios llamados “analógicos” se hagan sin análisis y sin un intento de clarificar significados, ni que la llamada “etimología popular” se haya formado por análisis y rectificación formal explicativa. El estudio de casos concretos oficialmente etiquetados como “etimología popular” revela que algunos han convivido con la forma anterior (p.e. “vagamundo” y “vagabundo”, “sparrow-grass” y “asparagus”), mientras que con otros el intento de explicación del significado parece demasiado disparatado para pasar como explicación verdadera (p.e. “Navalquejido” por “Navalquejigo”). Varios casos, por último, se podrían explicar tanto por reanálisis explicativo como por regularización analógica (p.e. el cambio, en inglés, de “femelle” a “female”, influido por “male”).

En definitiva, las distinciones siguen basándose en creencias y explicaciones apriorísticas más que en hechos comprobados. Como dijo Bloomfield a propósito de otras épocas en la historia de la lingüística, “[t]he only evidence for these mental processes is the linguistic process. (...) [L]inguistics betrays its descent from the

⁵⁰ En cualquier caso, la lingüística moderna no corrobora la creencia de que algo como la etimología popular pueda ser patológico. Rundblad y Kronenfeld, por ejemplo, defienden que la etimología popular es parte de un proceso “natural y lógico” de eliminación de palabras oscuras (2003: 120).

philosophical speculations of the ancient Greeks “ (1933: 17). Al menos en lo referente a la distinción entre analogía y etimología popular, creemos que estas palabras se pueden aplicar igualmente a las ideas del *Course*.

7.3. Conclusiones

En conclusión, pensamos que con el modelo Saussureano se presenta un paradigma subyacente de pensamiento que influye de forma visible en la manera de describir y explicar la etimología popular, y no nos referimos sólo a sus opiniones personales sobre este fenómeno. A partir de este momento habrá una tendencia a percibir la etimología popular como un fenómeno asociativo más bien estático, que surge espontáneamente dentro del propio sistema para proporcionar formas autoexplicativas ahí donde antes había formas oscuras. También se tenderá a respetar la distinción entre etimología popular y analogía, aunque no siempre con una convicción plena ni con unos argumentos tajantes.

Pero este paradigma de pensamiento no será el único, pues, como veremos, pervivirán algunos planteamientos y, sobre todo, problemas conceptuales heredados de la época anterior. Como veremos en los dos capítulos siguientes, la evolución del concepto no es nítida ni uniforme, y en muchos momentos no es siquiera una verdadera evolución, porque se limita a cambios en el metalenguaje. Por otra parte, al hacernos eco de todas las voces, y no sólo de las de los lingüistas, descubrimos que Förstemann y Andresen están presentes en todas las épocas, y en infinidad de variantes conceptuales.

CAPÍTULO 8

EL PROBLEMA CONCEPTUAL EN EL PERÍODO POST-SAUSSUREANO (I): 1917-1970

8.1. Introducción

Una vez analizada y comentada la aportación de Saussure, analizaremos los estudios que hemos localizado dentro del período comprendido entre la publicación de su *Cours* y el año 2000. Dividiremos este espacio temporal en dos partes: un primer período que va del año 1917 al 1970, y un segundo período, que abarca las tres últimas décadas del siglo XX.

Entiéndase que no hacemos esta división tanto por la existencia de un segundo cambio de paradigma, sino por la necesidad de parar y reflexionar en algún punto de este exhaustivo seguimiento cronológico. Por supuesto, es un hecho innegable que aparece un nuevo paradigma en la segunda mitad del siglo XX, pues en las décadas de los 50 y los 60 surgió la revolución chomskiana, que transforma considerablemente las perspectivas lingüísticas. Sin embargo, su influencia en nuestro terreno de estudio es más bien indirecta. Chomsky no se pronunció, como hizo Saussure, sobre la “etimología popular”, pero desvió el foco de atención a otros aspectos del lenguaje. Y, si bien esto influye de alguna manera en la orientación de los estudios sobre etimología popular, como indicaremos en el capítulo siguiente, insistimos en que esta segunda “revolución” no es equiparable para nuestro análisis con la reorientación metodológica que describíamos en el capítulo anterior. En la práctica, tenemos la sensación de que el concepto de “etimología popular” avanza hasta el último momento por una ruta de discordancias y contradicciones.

8.2. Primer período (1917-1970)

8.2.1. El período 1917-1940

En esta segunda década del siglo, muy pronto aún para considerar establecido el paradigma estructuralista, nos encontramos con que predominan aún las perspectivas pre-saussureanas, más ligadas a la época anterior que al pensamiento estructuralista. Dentro de estas, el caso de Sturtevant es especialmente interesante, pues en su libro

Linguistic change (1917) se sigue encontrando la tendencia a ver la etimología popular como una identificación errónea de etimologías, a la vez, sin embargo, que se encuadra el fenómeno en un marco teórico novedoso y personal, más próximo al que utilizamos en este trabajo que a ningún otro, anterior o posterior, de los aquí expuestos.

Lo que decimos en el párrafo anterior requiere una explicación más detallada. En su exposición del cambio lingüístico Sturtevant acuña el término “associative interference” para todo tipo de cambios, accidentales o no, que tienen su origen en la influencia de unas palabras sobre otras. Aquí, por tanto, tienen cabida los lapsus, los malapropismos infantiles y de adultos, las asimilaciones fonéticas, las haplogías, y el cambio analógico “asociativo” (por oposición al “creativo”; 1917: 42), una de cuyas modalidades es la etimología popular (“If the association which leads to analogical change involves a false theory of the etymology of the word affected, the change is said to be due to popular etymology.” 1917: 40).

Aquí vemos, pues, por primera vez cómo se ponen a un mismo nivel los distintos tipos de cambio en los que las palabras se influyen entre sí a través de su materia común, siendo este el fenómeno que precipita en primera instancia la transformación. No se separa la analogía de la etimología popular, aunque sí se sigue identificando a esta por la presencia de “falsas etimologías” (1917: 40) en el proceso. Como ya habíamos dicho antes, el concepto de etimología popular parece atraer más bien los cambios que afectan a lexemas, mientras que los estudiosos, sobre todo desde finales del XIX, tienden a llamar analogía a los cambios que afectan a los afijos. Algo similar parece ocurrir aquí, ya que Sturtevant no incluye en su concepto de etimología popular las interferencias que se producen entre lo que él llama “grupos funcionales” (p.e. la forma “feets”, donde “feet” se ha asociado con “hands”, “lips”, “books”, etc. 1917: 42). Sin embargo, no considera la analogía y la etimología popular fenómenos esencialmente diferentes. Pero, eso sí, respeta la idea förstemanniana de que la etimología popular es “etimológica”.

Añadamos, por último, que Sturtevant también tiene en cuenta la interferencia asociativa como factor de cambios semánticos en las palabras. Y aunque en el capítulo que dedica a este tipo de fenómeno (1917: 85-98) opta por el término “cambio analógico”, no deja de destacar dentro de esta categoría un subgrupo de cambios debidos a error etimológico, en los cuales, curiosamente, percibe no sólo cambios reales de significado denotativo (p.e. “shamefaced”, que al reemplazar a “shamefast” toma el significado de “vergonzoso”, frente al de “modesto” que tenía el original; 1917: 95),

sino también la aparición de connotaciones nuevas (p. e. en “corns of the feet” o “ears of corn”. 1917: 95). No hay mención, en cambio, de leyendas etimológicas ni de creencias originadas por una confusión entre palabras.

Un año después, en 1918, Esper publica los resultados de su réplica del experimento de Thumb y Marbe sobre la analogía lingüística (1901; véase capítulo 6). Aunque tampoco utiliza el término “etimología popular” en ningún momento, y en esto sigue la tendencia del sector más puramente científico, la definición que nos ofrece de “analogy” permite asumir que en este concepto está incluido nuestro tema de estudio: “By ‘analogy’ and ‘analogical changes’ we mean those changes in the form or meaning of words or groups of words which are brought about through association with other groups of words” (1918: 468, nota 2). Y aunque el artículo no incluye un solo ejemplo de una lengua real, pues el experimento se basa en pseudopalabras inventadas, las creaciones que hacen sus sujetos sobre los segmentos ficticios nos recuerdan a casos que hemos visto en otros estudios, ya fueran etiquetados como de analogía o como de etimología popular. Más adelante veremos otro trabajo de Esper sobre el mismo tipo de fenómeno, al que denominará entonces, imitando tal vez a Sturtevant, “associative interference”.

En este mismo año, en una sección de su curiosa *Généalogie des mots qui désignent l'abeille d'après l'Atlas Linguistique de la France* (1918), Gilliéron, el padre de la geografía lingüística, asume la defensa de la etimología popular y critica la calificación que le dio Saussure de “fenómeno patológico” (1918: 223, nota III). Es un episodio más del singular debate, efímero y secundario, que se generó en torno a la “bondad” o “maldad” de la etimología popular. Por lo demás, el concepto que maneja Gilliéron es claramente förstemanniano, lo cual podemos apreciar en las opiniones con que ornamenta sus minuciosos análisis de ciertas evoluciones: “[...] le sentiment étymologique était toujours en éveil chez le peuple” (1918: 231); “Partout l'étymologie populaire est en éveil, déduit, combine, refait, rectifie, invente, mais toujours son action est logique, le resultat d'une observation sémantique ou formelle” (1918: 241).

Un año más tarde, en *La faillité de l'étymologie phonétique*, el mismo autor le da a la etimología popular el apodo de “etimología secundaria” (según traduce Baldinger “etymologie seconde”; 1986: 15), siendo la “primera” o “primaria” la que se centra en la evolución fonética de las palabras (1919: 79). En su concepción, la etimología de los filólogos y la popular son contrastables, luego son dos versiones de una misma “cosa” (no nos atrevemos a decir ni “fenómeno” ni “ciencia”; pero parece,

por lo que Gilliéron nos dice, como si estas dos “etimologías” diferentes hubiera que entenderlas como escuelas, o quizá como formas de pensamiento).

Es más, Gilliéron se refiere al “etimólogo popular” como una especie de figura alternativa al erudito (1919: 85), y llega incluso a afirmar que la etimología popular debía reemplazar a la histórica (1919: 62). Vemos, pues, cómo pervive la idea de que la etimología popular es un tipo de actividad etimológica, comparable a la científica. La idea surgía, recordemos, de uno de los problemas interpretativos que apuntábamos en 5.4.

En el mismo año Gili Gaya publica lo que probablemente sea el primer artículo monográfico en español que recoge casos de etimología popular. Se trata de una recopilación de nombres vulgares de plantas “deformados fonéticamente por analogía con otra palabra conocida” (1919: 81). Todos estos ejemplos, observamos, son de cambio formal. El dato es significativo, pues precisamente en el terreno de la botánica es frecuente un fenómeno extralingüístico debido a confusión formal, consistente en atribuir a ciertas plantas ciertas propiedades medicinales, sólo porque su nombre las sugiere; pero el artículo de Gili Gaya no incluye este tipo de fenómeno. Por lo demás, no hay en este artículo una pretensión de debatir lo que es la etimología popular; el autor parece presuponer que sus lectores tienen conocimiento del fenómeno, y nos da como referencias los trabajos de Menéndez Pidal y García de Diego, que citamos en su momento.

Vendryes adopta una línea más saussureana cuando en su obra *Le langage* (1921) califica a la etimología popular de “llaga” de la fonética (1921, 1943: 70). Por otra parte, se suma a los partidarios del concepto amplio, ya que incluye dentro de este ámbito las leyendas y supersticiones nacidas de una interferencia entre formas (1943: 242-243).

Dauzat, por su parte, introduce en 1922 en *La géographie linguistique* la idea de “atracción homonímica” (1922: 54), que también denomina “atracción analógica” (1922: 60) y “atracción paronímica” (1922: 74), y con la cual se refiere a la fuerza causante de las etimologías populares (más adelante, como veremos, el término “atracción paronímica” será su alternativa definitiva a “etimología popular”). En cualquier caso, distinciones terminológicas aparte, Dauzat no ve en este concepto la irregularidad o anomalía que otros, como Saussure y Vendryes, han querido ver, sino más bien una especie de fuerza creadora y omnipresente. Asimismo rechaza el término “contaminación”, que aquí trata como un desafortunado sinónimo de “etimología

popular”, por las connotaciones negativas que conlleva, mientras que el propio término “etimología popular” sólo lo aprueba en parte, pues, si bien admite que hay algo del instinto del pueblo en el mecanismo de tales fenómenos, considera este proceso como algo mecánico, regido por la asociación de ideas, y no relacionado con las reflexiones etimológicas (1922: 73). Su enfoque, que tiene como precedente las tesis de Lloyd (1888), mira más al modelo de la física y en concreto a las fuerzas de atracción de masas, que a la psicología de sentido común con la que operan habitualmente los filólogos tradicionales. Por ello no cree tampoco que la similitud de sentido sea una condición previa para la formación de etimologías populares, sino más bien un elemento coadyuvante que interviene en algunos casos (1922: 74). Cree, por otra parte, que el proceso mental que esta formación conlleva es inconsciente o “semiconsciente” (1922: 59), y que es sólo casualidad si el resultado de este fenómeno se asemeja en tantas ocasiones a los juegos de palabras intencionados (1922: 76).

En el mismo año aparece un nuevo ensayo de Gilliéron, cuyo título, *Les étymologies des étymologistes et celles du peuple*, ya indica bastante bien la idea que tiene su autor con respecto al concepto que nos ocupa. En efecto, sigue creyendo que la etimología oficial y la popular son como dos escuelas rivales que, sabiamente combinadas por el experto, ayudan a descubrir el origen verdadero de las palabras. Como curiosidad, podemos señalar aquí que en esta obra se acuña el término “réétymologisation”, que recuerda a otros más modernos, como “remotivación” (Tournier 1985) y “reiconización” (Bolinger 1988).

Y en otro giro dentro de la incierta ruta que va siguiendo cronológicamente el concepto de “etimología popular”, encontramos una obra de Jespersen que utiliza esta misma etiqueta para referirse a los malapropismos de los niños. Si recordamos la obra de Sully *Studies of childhood* (1896), y comparamos las ideas de Jespersen con las de este, la conclusión obvia es que Jespersen está más cerca del concepto amplio förstemanniano, pues Sully sólo apuntaba a la semejanza apreciable entre los “mini-malapropismos” y la etimología popular, a la que veía como el fenómeno clásico de cambio generalizado, mientras que Jespersen parece identificar a una cosa con la otra.

En cuanto al capítulo que en 1923 dedicó McKnight a la “folk-etymology”, no pasaría de ser una mera recopilación de ejemplos con una base teórica muy förstemanniana (que suponemos heredada de Palmer, como podría deducirse por la grafía que adopta) y por lo demás sin interés, si no fuera por otro viraje conceptual, que es la inclusión de muchos de los fenómenos que aquí denominamos “postparamórficos”,

es decir, los que se derivan del fenómeno primario en que se manifiesta la interferencia paramórfica. Así pues, la adición de “salt” a “cellar” en la forma moderna “saltcellar” (o “salt cellar”) sería un fenómeno secundario, pues no surge directamente de la confusión inicial, la de “salier” (= salero) con “cellar”, sino de la necesidad de romper la hominimia que esta provocó, o bien de devolverle transparencia a un término que la había perdido (1923: 186).

Otro curioso ejemplo es el de “skylarking”, usado como sinónimo de “frolic” a través de la asociación entre el “lark” que equivale al castellano “juerga” y el “lark” que denomina en inglés a la alondra (también “skylark”; 1923: 186). No obstante, este autor no hace tal distinción entre fenómenos primarios y secundarios (o paramórficos y postparamórficos).

Añadamos, por último, que McKnight también se muestra partidario de considerar etimología popular a las interferencias que han entrado en el lenguaje por mediación de los eruditos (p.e. “debt”, “island”, “liquor”, etc) y a aquellas que hoy en día se prefiere considerar ejemplos de analogía por afectar a elementos funcionales más que a léxicos (p.e. “could”, benignant”).

En los años siguientes nos encontramos con interesantes críticas a los planteamientos ya expuestos de Gilliéron, que afectan al plano teórico de la percepción conceptual. En 1923 Millardet afirma que la “etimología fonética” y la “popular” no se deben considerar dos escuelas contrapuestas, sino que son dos temas de investigación igualmente válidos (1923: 392) y que no se debe trabajar exclusivamente desde uno solo de estos planteamientos. Su postura es, desde luego, más conciliadora que la de Gilliéron; ahora bien, con este argumento no acabamos de salir del enredo conceptual que provoca el componente “etimología” en la etiqueta förstemanniana, dado que poner a un mismo nivel las dos etimologías, la del filólogo y la “popular” equivale a no entender bien lo que significa esta última.

Es por esto por lo que la contribución de Wartburg en estos años fue tan importante. En su ensayo de 1924 “Was das Volk in die Sprache hineindenkt” (cit. Olschansky 1996: 39-40) ya nos presenta una puntualización interesante: la etimología popular es el resultado de asociaciones sincrónicas entre palabras (1924: 117, cit. Olschansky 1996: 40) y no de una evolución diacrónica, como parecía dar a entender el planteamiento de Gilliéron. Pero de cara al problema conceptual, es más importante aún su estudio “Zur frage der volksetymologie” (1925), ya que en este se formula por fin la diferencia esencial entre la “etimología popular” de Förstemann y la etimología

propriadamente dicha. En efecto, Wartburg afirma que esta última es una ciencia, mientras que la primera es una tendencia que se manifiesta en la lengua (1925: 27). Tal aclaración era enormemente necesaria para deshacer uno de los grandes nudos conceptuales del planteamiento de Förstemann; y si bien no impidió que muchos después de esta fecha siguieran afirmando que “el pueblo es un etimólogo”, al menos evitó que se prolongase a perpetuidad el estéril debate iniciado por Gilliéron.

También en 1925 aparecen otras dos publicaciones que interesa mencionar. En primer lugar, el *Words and idioms* de Smith, que, a propósito de las transformaciones que sufren los préstamos en la terminología náutica inglesa, habla de “punning or folk etymology” (1925: 24), dando a entender que el juego de palabras es una forma de etimología popular. En segundo lugar, un nuevo trabajo de Esper, que opta en esta ocasión por el término “associative interference” (usado anteriormente en Sturtevant 1947) como sustituto de “analogy” o “analogical change”, habiéndose establecido ya que este tipo de cambio se debe a asociaciones entre palabras (1925: 5)⁵¹. Lo que, desde luego, no se ha clarificado de forma unánime es la relación –o la distinción– entre analogía y etimología popular (véase por ejemplo, Millardet 1923: 397).

Un nuevo libro de Dauzat (1926) nos vuelve a presentar la etimología popular como un caso especial de analogía. Asimismo afirma que “hoy en día se prefiere llamarla atracción homonímica” (1926: 51). En realidad, ese término es una de las alternativas terminológicas que él propuso, y si bien tuvo adeptos entre los eruditos francófonos, tampoco tuvo una aceptación universal. En cualquier caso, es una denominación mucho más afortunada que la de “etimología popular”, ya que es más descriptiva que esta y no tiene sus inconvenientes. A dicha “atracción homonímica” la considera un fenómeno inconsciente, por lo cual excluye expresamente de su ámbito el juego de palabras. Otros fenómenos, como la aglutinación y la deglutinación, parecen quedar también fuera del concepto para Dauzat, según se deduce de la lectura del texto.

Kroesch en ese mismo año presentaba la etimología popular como una serie de “formas” (esto es, resultados de un cambio formal) originadas por ciertos casos de analogía (1926: 136), lo cual nos vuelve a situar en la relación de inclusión “analogía-etimología popular”. Por otra parte, afirma este autor que tales casos son tan conocidos que “no necesitan más explicación” (1926: 136).

⁵¹ El término “interferencia asociativa” no tuvo excesivo éxito entre los lingüistas. Lo volvemos a encontrar, no obstante, en autores como Kroesch (1926: 56), Stern (1931: 230) y Kany (1960: 197-209) y Malkiel (1979: 26, nota).

Igualmente en el año de 1926, Boisacq, que entiende la etimología popular según la definición tradicional de Nyrop, califica a este fenómeno de “enfermedad del lenguaje”, siguiendo la línea de Saussure, e incluye en su ámbito, invirtiendo la idea tradicional, interpretaciones de eruditos, en este caso geógrafos, que desconocen las hablas locales. También atribuye gran parte de estos cambios, curiosamente, a los “nuevos ricos”, probablemente por su proverbial deseo de aparentar cierta sofisticación cultural.

Hacia finales de 1926, el filólogo García de Diego, en su discurso “Problemas etimológicos”, leído ante la Real Academia Española, hace varias alusiones a la etimología popular, que nos interesa analizar aquí, por lo que nos indican en cuanto al estado del problema conceptual en la filología española de su tiempo, y también en relación con la polémica suscitada por las ideas de Gilliéron.

García de Diego, que en sus *Elementos de gramática histórica castellana* (1914) no hacía uso del término “etimología popular”, nos lo presenta ahora en su versión más förstemanniana: “(...) para las etimologías falsas y rectificaciones de la multitud hemos inventado un mote desdeñoso, el de *volks-etymologie* o etimología popular” (1926: 7). Y, muy al estilo de Förstemann también, defiende esta etimología como necesidad instintiva del “vulgo”. Pero sin habernos quedado claro aún si la etimología popular es ciencia o tendencia, encontramos nuevas alusiones en sus comentarios sobre “etimología formal” y “etimología idealista”, y es aquí donde percibimos la ambigüedad.

Con el primer término, “etimología formal”, se refiere el autor a la atribución de etimologías basada en la comparación entre formas y no en la evolución fonética. Tienen cabida aquí, por tanto, la “etimología popular”, entendida como actividad etimológica del pueblo (“la única que en todos los tiempos el vulgo conoce” 1926: 9) y no como fenómeno de cambio, y la “etimología erudita” förstemanniana, con el énfasis puesto igualmente en las atribuciones etimológicas, y sin mención de los posibles cambios que esta hubiera podido originar en la lengua. Con la denominación “etimología idealista” García de Diego se refiere a aquella escuela que da preferencia a las asociaciones mentales sobre las leyes fonéticas. Y en este apartado, en el que, por cierto, vuelven las críticas a Gilliéron por haber ridiculizado la etimología fonética, se nos habla otra vez de “etimologías populares” y “contaminación” (obviamente considerada como fenómeno aparte; 1926: 14), pero ahora la idea de etimología popular tiene un sentido de cambio lingüístico, de “evolución anormal”.

La respuesta de Menéndez Pidal al discurso que leyó García de Diego abunda en la opinión de este último, pues critica también a quienes dan preferencia como etimólogos al “instinto vulgar” (1926: 40), acusándolos incluso de haber introducido “incorrecciones” en el idioma. Y aquí, una vez más, se mezclan las dos ideas de “etimología popular”, como forma de pensar la etimología general y como forma de evolución lingüística. Pero lo más curioso de todo esto es que el decisivo artículo de Wartburg, “Zur frage der volksetymologie”, que establecía la necesaria distinción entre etimología general (ciencia) y etimología popular (tendencia de cambio) había aparecido tan sólo un año antes, y precisamente, en un volumen de estudios dedicados al mismo Menéndez Pidal.

En su obra de 1927 *Les patois* Dauzat se decanta definitivamente por el término “atracción paronímica” como alternativa a la etiqueta de “etimología popular”. La elección nos parece muy acertada, pues si su anterior propuesta, la de “atracción homonímica”, ya tenía la ventaja de evitar los engañosos componentes de “etimología” y “popular”, esta última añade la de ser más correcta de cara a la descripción del fenómeno. En efecto, el tipo de interferencia que se suele estudiar como “etimología popular” no se da necesariamente entre homónimos, ni tiene que dar como resultado una homonimia. Asimismo, su teoría explicativa nos parece mucho más convincente que la tradicional, pues hace referencia a los elementos que, dentro del mecanismo dinámico de la lengua, posibilitan el cambio: fallos de memoria, de audición, ausencia en el entorno de personas que sepan corregir la confusión, etcétera.

Hemos visto ya cómo en la década de 1920, la semántica empieza a dedicar algo de atención a los fenómenos de interferencia paramórfica, llámense o no “etimología popular”. Estos primeros acercamientos, sin embargo, no están exentos de cierta confusión en algún caso. Es este contexto encontramos, en 1927, el tratado de semántica de Carnoy *La science du mot*. En él se alude varias veces a la etimología popular, dándonos a entender que se trata de una asociación entre palabras que el hablante percibe como etimológica, pero que en realidad no corresponde a ninguna relación verdadera entre étimos (1927: 29, 54 y 63). Dentro de este texto, el término “contaminación” parece actuar como sinónimo de “etimología popular” en un caso concreto (1927: 29), aunque en otro se presenta como fenómeno aparte (1927: 224). Por otra parte, los cambios de significado o de connotaciones debidos a una confusión paramórfica no se consideran etimología popular, sino que se etiquetan como

“homosemia” o “atracción semántica”, y se dice de esta que es “la contrapartida de la etimología popular y la contaminación” (1927: 124).

Cabría pensar entonces que Carnoy limita el concepto de etimología popular a los cambios formales; sin embargo, hay más inconsistencias que nos hacen dudar de la estabilidad del concepto. Por ejemplo, el caso del inglés “pantry” (que procede del francés “pain”, aunque muchos lo relacionan con el inglés “pan”), se presenta doblemente como etimología popular (1927: 64) y homosemia (1927: 213), sin que quede muy clara la relación entre este último fenómeno y la tendencia a ver etimologías incorrectas. También encontramos en el capítulo de “homosemia” las leyendas y creencias derivadas de una interferencia paramórfica. El problema podría radicar en un dilema que ya describíamos en 2.6 y que históricamente, se plantea con el nacimiento del enfoque semántico: ¿es la forma A la que ha tomado el sentido B1 del parónimo B, o el sentido B1 el que ha provocado un cambio de forma? Esto es, si alguien dice “se me ha infestado la herida”, ¿está cambiando la forma de “infectar” o ampliando el significado de “infestar”? Sea como fuere, la heterogeneidad de criterios es evidente, y vemos que dentro de la confusión, la etimología popular aparece claramente encasillada en su supuesta condición de actividad etimológica.

En este mismo año, 1927, empezamos a encontrar alusiones a la etimología popular en *American Speech*, la recién nacida revista de la American Dialect Society. De las cuatro menciones que encontramos en este año, destacamos tres por su relevancia de cara al estado del problema conceptual. En primer lugar, Steadman describe ciertas pronunciaciones idiosincrásicas como “a species of folk-etymology”, ya que se percibe en ellas la influencia de otras palabras (p.e. pronunciar “compromise” como si rimara con “promise” 1927: 119). Por su parte, Pound (1927: 486-487), a quien ya citamos anteriormente, nos da ejemplos de “folk-etymological curiosities” o “folk-etymological ventures”, quizás auténticas, quizás inventadas, que el novelista James Fenimore Cooper puso en boca de uno de sus personajes. Por último, Gaffney llama “folk-etymological singulars” a las pronunciaciones “cav” y “hoov” para “calf” y “hoof”, técnicamente “back formations” de los plurales respectivos “calves” y “hooves”.

Cada uno de estos tres casos se desvía en uno u otro modo de lo que podría considerarse el concepto prototípico de etimología popular de la época. Los ejemplos de Steadman son en realidad malapropismos clásicos, fenómeno que no todos incluyen en el ámbito de la etimología popular. Los de Pound presentan problemas típicos de las interferencias paramórficas de la literatura: por una parte, no sabemos si son reales o

inventados (y por tanto no “populares”); por otra, pueden ser errores idiosincrásicos, lo cual haría cuestionable, según muchos autores (p.e. Palmer 1882), su status de etimologías populares. En cuanto a Gaffney, el hecho de etiquetar como “folk-etymological” lo que para muchos sería analogía sin más, supuso que Olschansky lo presentara, casi setenta años después, como ejemplo de uso incorrecto del término “etimología popular” (1996: 6).

En 1929 nos encontramos con *La grammaire des fautes* de Frei, cuya perspectiva de la etimología popular revela cómo van ganando terreno las ideas del estructuralismo. En efecto, aunque Frei, siguiendo a Millardet, defiende que no hay una oposición “analogía-etimología popular”, y asimismo descarta el carácter patológico que algunos, incluido Saussure, otorgaron al fenómeno, describe la analogía, y por implicación la etimología popular, como búsqueda de motivación frente a la arbitrariedad que impera en el sistema de signos (1929: 54). Nos encontramos, pues, ante la teoría, muy popular en el siglo XX, de que el lenguaje es un sistema con voluntad propia de autosuperación. Por otra parte, llama la atención que Frei califique de cambios semánticos, y no formales, a aquellos que sólo afectan a la ortografía de una palabra y no a su pronunciación. Posiblemente esto se deba al criterio estructuralista de tomar la expresión oral como manifestación primaria del lenguaje.

La *Histoire de la langue française* de Dauzat (1930) nos aporta una diferenciación explícita entre contaminación y etimología popular (“atracción paronímica” para este autor): se habla de contaminación cuando se produce una asimilación entre dos palabras con un mismo grado de frecuencia en la lengua, mientras que la etimología popular es el fenómeno que se da cuando una palabra poco familiar, quizás arcaica o extranjera, sufre la atracción de otra más conocida por los hablantes, de manera que esta haga más familiar a aquella. Este criterio nos parece, aunque lógico, difícil de aplicar en la práctica, pues muchos casos, como ya vimos, son difíciles de categorizar, siendo muy probable que nos decidamos por una etiqueta o por otra según lo que haya dictaminado previamente alguna autoridad en la materia.

Por lo demás, Dauzat sigue fiel a sus ideas: concibe la atracción paronímica como una tendencia inconsciente, que se produce sin que medie la reflexión (1930: 234), y la distingue, por tanto, del juego de palabras, aunque admite que hay casos en los que interactúan una cosa y otra. Notamos además algo que cada vez va siendo más habitual en los tratados sobre historia de una lengua, o sobre cambio lingüístico: los cambios formales y los semánticos (incluyéndose aquí las manifestaciones

metalingüísticas) aparecen en capítulos o apartados diferentes, lo cual provoca cierta dislocación espacial en el tratamiento de la etimología popular. Así, vemos que Dauzat presenta fenómenos como los de las leyendas etimológicas bajo el epígrafe “réaction de la forme sur le sens” (1930: 243).

En estos años las contribuciones de *American Speech* siguen mostrando una clara falta de unanimidad en cuanto a la confusión paramórfica y sus etiquetas. Por una parte, hay autores que siguen utilizando el término “corrupción” (Meredith 1930; Blish 1930; Bergdal 1931, Kuethe 1935). Al lado de estos, están los que parecen manejar un concepto de etimología popular algo impreciso, lo cual se hace especialmente patente en varios usos que encontramos aquí del parasintético adjetivo “folk-etymological”. Así, por ejemplo, está el caso de Keeley, que al presentar como “folk-etymological expressions” varias palabras del idiolecto de los soldados estadounidenses en Francia, incluye el uso de la palabra “ici” como nombre de perro (1930: 381). Evidentemente, este caso no es resultado de una confusión paramórfica, sino de una confusión de funciones, por lo que tal uso de la expresión queda fuera de su utilización convencional. Reed, en “Intentional mispronunciations”, usa una etiqueta similar, “folk-etymological formations”, para describir ciertas desviaciones formales intencionadas (1932: 197-198).

Por otra parte, Botkin (1931), al presentarnos varios procesos observables en el habla popular de Kentucky, parece distinguir en un primer momento entre “analogy”, “folk etymology”, “corruption” y “mistaking one literary word for another”; aunque el análisis de los ejemplos parece demostrar que sólo distingue entre la categoría de “analogy”, por un lado (entendida como un fenómeno de cambio que afecta a la derivación); por otro, la de “corruption due to folk etymology” (término aplicado a cambios formales por interferencias en partes concretas de una unidad léxica); y por último, “confusion, misuse or misunderstanding of literary words” (referido a sustituciones entre parónimos, o, lo que es lo mismo, interferencias entre unidades léxicas en bloque, que suelen etiquetarse en autores modernos como malapropismos).

Otros contribuyentes de la publicación siguen con más rigor el concepto förstemanniano. Tal es el caso de Harrison (1930) y de Read (1931: 1934). Este último usa el término “popular etymology” tanto para una atribución etimológica errónea como para un fenómeno de cambio formal. Pound (1931) sugiere que ha podido influir una “vague folk-etymological association” como coadyuvante en un caso de asimilación fonética. En este mismo ámbito se encuentran los casos descritos por Hanley (1933),

Harris (1933), Stewart (1935) y Cassidy (1940). Tysell (1935), que hace un estudio del lenguaje de los comics, presenta también algunos ejemplos que son, con toda probabilidad, inventados por guionistas.

Curiosamente, en esta misma década Zinno afirma que son pocos los estudios que se han hecho sobre etimología popular hasta la fecha, no habiéndose tratado en ninguno de ellos la incidencia del fenómeno en los dialectos (1935). La afirmación ciertamente causa sorpresa, a no ser, claro está, que la interpretemos como referida exclusivamente al estudio de la lengua italiana.

Pero aparte de los estudios atomistas sobre palabras, nos interesa ver lo que tienen que decir aquellos que intentan elaborar una teoría sobre el lenguaje. Y aquí se empieza a observar que las alusiones a la etimología popular no se deben tanto a que este concepto ocupe un hueco relevante en su modelo, sino, más bien, a que se ha hablado de ella tanto tiempo que no se puede abandonar la idea de pronto sin provocar cierta extrañeza.

Así pues, el lingüista se ve en la obligación de decirnos dónde encajaría, o con qué se correspondería, dicha tendencia o fenómeno dentro de su modelo general. Y si Saussure le dedicaba un capítulo aparte porque no veía relación lógica entre esta y la analogía, los nuevos teóricos tienden en cambio a hacer unas descripciones del cambio analógico en las cuales se puede localizar, a posteriori y más que nada por acallar la curiosidad de tantos, “lo que se ha llamado tradicionalmente etimología popular”. En definitiva, se discrepa de la opinión de Saussure, para quien la etimología popular es una anomalía dentro de la lógica del sistema, pero que tiene un lugar propio en su esquema descriptivo, ya que no es asimilable con ninguna otra cosa; y se discrepa también de Gilliéron, para quien el mismo concepto venía a corresponderse con un principio subyacente en todas las evoluciones del léxico.

Así, por ejemplo, el estudio de Stern *Meaning and change of meaning* (1931) clasifica los cambios de sentido con las categorías de “combinative analogy”, “correlative analogy” y “phonetic interference”, siendo esta última la que de alguna manera puede albergar al concepto de etimología popular. Mientras que en las dos primeras categorías las relaciones entre palabras se basan en factores no formales, la tercera incluye cualquier asociación basada en semejanzas fonéticas (recuérdese que en estos modelos la ortografía es algo secundario). Dentro de esta categoría encontramos la alusión: “To this type belongs so called popular etymology, which is also one of the most popular subjects of writers of popular books on philological questions” (1931:

233). Aquí se hace patente un distanciamiento, no definitivo aún, entre la “vieja escuela” y los nuevos paradigmas lingüísticos.

Por lo demás, interesa destacar que Stern coincide con la mayoría de los filólogos, pero discrepa con Saussure, al afirmar expresamente que la interferencia asociativa fonética (y por inclusión, la etimología popular) es un tipo de analogía (1931: 231). Destacamos, por otra parte, que este estudio, al igual que otros de base semántica, nos lleva al problema de qué tipo de cambio produce la etimología popular.

Es decir: si aceptamos, como dice él, que la evolución de “samblind” es ejemplo de cambio semántico, ya que la palabra cambió de significado al transformarse en “sandblind”, estamos olvidando que hubo en primer lugar un cambio formal. Es decir, no es tanto que “samblind” haya adoptado un sentido nuevo; es que la palabra se ha visto reemplazada por un neologismo paramórfico y, salvo que el cambio formal y el semántico hayan sido simultáneos, lo más lógico es pensar que el cambio primario ha sido el formal, dado que “sandblind” no existía como palabra hasta que vino a ocupar el puesto de la forma original.

Y si este caso nos lo presenta como ejemplo de “cambio de significado sin cambio de referente”, vemos que como ejemplo de “cambio de significado con cambio de referente” nos ofrece, entre otros, el de “shamefaced” > “shamefast” (1931: 234), donde es evidente que, al igual que en el caso de “sandblind”, todo parte de un cambio formal. Pero en la descripción de Stern parece como si el cambio formal hubiera tenido lugar accidentalmente, y el cambio semántico, verdadero efecto de la interferencia asociativa (en su opinión), hubiera surgido un tiempo después, el día que los hablantes descubrieron que estaban diciendo una palabra relacionada con “faced”. En realidad, esta perspectiva que ve la etimología popular como un fenómeno puramente semántico, lo cual distorsiona considerablemente la percepción, no es rara entre los semantistas del siglo XX.

En 1932, Dauzat escribe *Les noms de lieux*, tratado de toponimia francesa. En esta obra nos habla otra vez, como era de esperar, de su famosa “atracción paronímica”, nombre que sigue defendiendo frente al de “etimología popular”. Pero también habla de las “régressions” o reformas arcaizantes de ciertos nombres (1932: 56). Y aquí, curiosamente, al señalar ciertas regresiones erróneas, no utiliza ninguna de esas denominaciones, quizá porque su concepto de la atracción paronímica no se aplica a cambios deliberados, por más que hayan podido influir fuerzas de atracción de naturaleza similar.

Encontramos otra contribución relevante desde de la teoría lingüística en las ideas de Leonard Bloomfield, que en 1933 publicó su influyente *Language*. Bloomfield también encuadra la etimología popular dentro del cambio analógico, y dentro de esta categoría, lo considera un “adaptive change”, esto es, uno de esos cambios que no siguen lo que para Paul parece ser el patrón fundamental en la formación de analogías, a saber, la proporción o “regla de tres” (p.e. “scream” es a “screamed” como “dream” es a “dreamed”).

Pero en cualquier caso, no vemos que tenga la etimología popular un puesto bien definido en las taxonomías de Bloomfield. Vemos que nos habla en su obra de “blendings” o “contaminations” (p.e. el latín tardío “grevis”, cruce entre las formas clásicas “gravis” y “levis”), que constituyen un tipo de adaptación, caracterizado por la asimilación de una palabra a otras de su entorno semántico o funcional. Pero al mencionarse las “so-called popular etymologies”, se habla de ellas como un tipo de cambio que es “largely adaptive and contaminative” (1933: 423).

O sea, percibimos aquí que se pueden explicar los fenómenos que explicaba la teoría tradicional förstemanniana sin recurrir a ideas etimológicas, sólo mediante tendencias analógicas. Ahora bien, como el concepto sigue vigente, el lingüista se ve forzado a situarlo de alguna manera en el nuevo mapa teórico, sólo por aclarar posibles dudas, aunque sin concederle una región conceptual propia y bien delimitada. Esto se hace más evidente si observamos que al hablar de los cambios proporcionales, también nos dice que algunos de estos se consideran etimología popular, porque regularizan afijos, dándoles una forma que no coincide con el segmento formal del que se supone que proceden (p. e. el “most” de “utmost”; 1933: 417).

Citamos asimismo en este año el *Oxford English dictionary*, que es en realidad la edición en doce tomos del *New English dictionary on historical principles* de Murray, Bradley, Craigie y Onions, monumental obra que fue apareciendo en fascículos entre 1884 y 1928. Lo situamos en 1933, porque esta es la primera edición oficial del diccionario completo, y porque añade un prefacio que hace referencia a la etimología popular. En efecto, en el contexto de los cambios que pueden darse en la evolución de un étimo (denominada aquí “morphology” o “form-history”) se incluye el fenómeno de “perversion by popular etymology or erroneous association” (1933, vol. I, p. xxx).

El lenguaje que reviste aquí a la “popular etymology” recuerda a Palmer, que de hecho fue uno de los primeros subeditores del diccionario, y está citado en él; pero este prefacio es, sin duda alguna, obra de uno de los últimos editores, probablemente

Onions. En cualquier caso, en el texto del *OED* se define “folk-etymology” en los siguientes términos: “Usually the popular perversion of the form of words in order to render them apparently significant.” (1933, vol. IV, p. 390). La explicación, pues, parece apuntar a lo teleológico, o al menos a una intención reformadora por parte de los hablantes.

Por otra parte, el tratamiento terminológico de la interferencia paramórfica en las secciones de “form-history” o etimología de las palabras es bastante heterogéneo. Así, encontramos, aparte de las etiquetas habituales de “folk” y “popular etymology”, fórmulas alternativas como “etymological misinterpretation”, “association”, “assimilation”, “confusion”, “influence” o incluso “analogy”, sin que exista un criterio claro para establecer fenómenos diferentes. La explicación está más bien en el hecho de que intervinieron en esta obra varias personas trabajando simultáneamente en partes distintas; comprensiblemente, la uniformidad de estilo se limitó a los aspectos más importantes.

También en 1933 se publicó una comunicación de Runes —que en realidad se leyó en 1931 en un congreso internacional de lingüistas— donde se hacía una nueva propuesta terminológica alternativa, la de “Wortanalogie” (1933: 208), que Baldinger traduce como “analogía léxica” (1986: 15). No nos consta que tuviera repercusión, pero desde luego es una sugerencia bastante coherente con lo que creemos debió de ser el criterio de la mayoría de los filólogos de la época.

Y sin dejar la cuestión terminológica, nos encontramos con una obra de Groom, *A short history of English words* (1934), que vuelve a los conceptos de “false etymology” y “false analogy” (1933: 64-66). En una sección aparte, habla del “metanalysis” (1934: 58), fenómeno que engloba las aglutinaciones (p.e. “an ewt” > “a newt”) y deglutinaciones (p.e. “a nadder” > “an adder”) y otras anomalías que llevan a la aparición de nuevos límites entre los segmentos de la cadena hablada que se tienen por palabras (p.e. “Saint Audrey” > “tawdry”). No parece que Groom relacione este fenómeno con la analogía, aunque un año antes sí lo había hecho Bloomfield (1933: 419).

También es interesante, de cara al debate terminológico y a los problemas teóricos generales, el estudio monográfico de Houtzager *Unconscious sound- and sense-assimilations* (1935), cuyo título ya nos revela la etiqueta alternativa que utiliza su autora. Curiosamente, la introducción que hace al fenómeno utiliza únicamente los términos tradicionales “popular” y “folk etymology”, aunque a partir de ahí los

abandona. Esto tiene su razón de ser, pues al presentarse en esta un estado de la cuestión sobre los problema teóricos, es más comprensible el razonamiento si se hace a partir del constructo del que nació el concepto, dejando para el final la cuestión de si la terminología clásica es adecuada o no. Es por ello por lo que sólo aparece la etiqueta de “unconscious sound- and sense- assimilations” una vez que ha concluido la parte introductoria⁵².

La exposición teórica de Houtzager está mucho mejor razonada que la mayoría de los estudios publicados hasta esta fecha. Para empezar, la definición que nos da no deja lugar a dudas de que está refiriéndose al concepto más prototípico de etimología popular, en una versión congruente y sin hipótesis apriorísticas: “By folk etymology are meant the changes which some words undergo in form or meaning or in both, through association with other words, to which they historically are not related, or at least not directly related” (1935: 1-2).

Más adelante nos da a entender, para enmarcar el concepto en un plano más amplio, que la etimología popular es un tipo de analogía en el que las palabras que se asocian no tienen relación etimológica (1935: 7-8)⁵³. Asimismo, en una búsqueda racional de las causas, relaciona el fenómeno con los fallos de memoria (1935: 2), los malapropismos de los niños (1935: 2-3), e incluso las confusiones en la audición de canciones, que describíamos con el nombre de “mondegreens” en 3.2.1.2.1.1 (1935: 13-14). También señala, como hicieron otros autores antes, la tendencia a que este fenómeno se dé en préstamos de otras lenguas o en palabras mal comprendidas de la propia, siendo las personas menos instruidas, las del pueblo llano (“the lower classes”; 1935: 6), las que provocan el cambio. Nos dice, además, que es frecuente que la palabra original sea compuesta, o que en el resultado final acabe reinterpretándose como compuesto.

Esta autora excluye expresamente de su ámbito conceptual los juegos de palabras, por ser una asociación consciente, aunque reconoce que no siempre hay una

⁵² La etiqueta de “sound- and sense- assimilations” parece ser traducción de la “asimilación fonético semántica” de Wundt (1900), según apunta Olschansky (1996: 33, nota 58, y 298). Ahora bien, Olschansky se equivoca al afirmar que el trabajo de Houtzager no menciona una sola vez el término “etimología popular” (1996: 33, nota 58).

⁵³ La cuestión de la relación etimológica presenta dificultades en la práctica, ya que se suelen tratar como etimologías populares ciertos fenómenos de cambio donde la confusión se ha producido entre palabras que sí tienen un emparentamiento etimológico. La misma Houtzager presenta como etimología popular la asociación entre “pitance” y “pity”, dos palabras derivadas del latín “pietas” (1935: 58), o la transformación de “sanctus bell” en “saint’s bell” (1935: 59). En definitiva parece imposible elaborar una definición, o una teoría, de la etimología popular que no presente contradicciones en la práctica.

diferencia clara entre las asociaciones conscientes y las inconscientes. Tampoco relaciona la etimología popular con las llamadas “contaminaciones”, aunque estas sí las considera inconscientes, pero no se detiene en este punto a explicar el criterio por el cual unas asociaciones deben considerarse etimología popular y otras no.

Houtzager se plantea, como hizo Kjederquist 33 años antes, si es el componente del significado el que tiene preponderancia en este tipo de fenómenos, o si es, por el contrario, el de la forma. La conclusión a la que llega, muy próxima, por cierto, a la de Kjederquist, es que el elemento semántico es el que juega un papel principal. Lo que no defiende, y esto es importante, es la idea tradicional de que la etimología popular se produzca por una búsqueda de significado o por un afán etimológico. De todas formas, creemos que en esta cuestión, tanto los problemas de planteamiento como los imponderables que surgen a la hora de abordarla, sea cual fuere el planteamiento concreto por el que optemos, hacen muy cuestionable cualquier respuesta que se dé; y en concreto, el razonamiento con que demuestra aquí la preponderancia del significado tiene algunas incoherencias.

Aparte de esta cuestión, la teoría de Houtzager presenta otros problemas de congruencia. En primer lugar, relaciona con la etimología popular aquellas palabras que, sin cambiar de forma ni de significado, parecen sugerir un origen etimológico que históricamente no tienen (p.e. el alemán “Freitag”, que ahora se asocia con el adjetivo “libre”, y no con la diosa Freiya). Aquí es difícil hablar de asimilación inconsciente, pues la única manera de saber que se ha dado en la mente de alguien dicha asociación de palabras es si esa persona lo manifiesta expresamente, y en un caso así no podríamos hablar ya de procesos inconscientes.

Asimismo, su lista de ejemplos incluye, aparte de varios casos como el de “Freitag”, otros que obviamente no son casos de asimilación inconsciente. Por un lado están los de “reiconización” de una palabra mediante añadidos; es el caso del inglés “eider-duck”, cuyo primer componente, “eider”, designaba por sí solo a un tipo de pato (1935: 48). La adición de “duck”, es simplemente una ayuda para los no expertos; no vemos que aquí haya influido ninguna similitud entre formas⁵⁴. Por otro, incluye Houtzager entre sus ejemplos la interpretación libre de una sigla: tal es el caso de “Uncle Sam”, que según la explicación que se nos da, es el nombre que algunos creyeron ver en las iniciales “U.S.” (1935: 63). Pero una interpretación de este tipo es

⁵⁴ De todas formas, en la actualidad se usan tanto “eider” como “eider duck” para referirse a esta especie (*Somateria mollissima*; *New Oxford Dictionary of English*, 1998: 592).

algo claramente consciente. En definitiva, tampoco encontramos aquí una teoría congruente en su totalidad, aunque el esfuerzo por poner coherencia en las ideas tradicionales es encomiable.

Y otro estudio de amplio alcance teórico que surge en esta prolífica década, en 1936, es *An introduction to modern linguistics* de L. R. Palmer (no confundir con Abram Smythe Palmer). En el capítulo titulado “interaction of form and function” nos habla de dos procesos con una clara identidad propia: por un lado, la “analogy”, término con el que se refiere al tipo de cambio morfológico que se puede explicar por la famosa regla de tres (“Paul’s proportion formula”; 1936: 65); por otro, la “contamination”, entendida a la manera habitual como cruce o mezcla de palabras sinónimas. Y los fenómenos de interferencia paramórfica que se suelen conocer como “etimología popular” los incluye en una categoría aparte, que no define ni etiqueta. Sólo por la propia cohesión del texto tenemos que entenderlos como diferentes de la analogía, pues el párrafo que los presenta se inicia diciendo “Analogies are not the only product of the interaction between form and function in language” (1936: 70), para, acto seguido, darnos una serie de ejemplos. Pero en ningún momento encontramos el término “etimología popular”, ni ninguna otra etiqueta identificativa (sí menciona, en cambio, el malapropismo). Curiosamente, aquí nos encontramos con algunos de los ejemplos más prototípicos y citados de la etimología popular (p.e. “sparrow-grass”), al lado de algunas interferencias individuales (los citados malapropismos y algún “mondegreen”). Pero no hay explicaciones teóricas del tipo “falsa etimología” o “búsqueda de motivación”, aunque sí habla de una tendencia humana a asociar lo desconocido con lo conocido (1936: 71).

Lo que encontramos aquí es un síntoma claro de que a la lingüística moderna le gusta (entiéndase literalmente) el concepto de “analogía”, pero no le gusta (ídem) el concepto de “etimología popular”, dándose el caso de que empezamos a ver descripciones teóricas que no le reservan un sitio a esta, o que hacen algún malabarismo retórico –tal podría ser el caso de Palmer- para acomodar de alguna manera en sus modelos este concepto de la vieja escuela sin entrar en conflictos.

Y sin embargo, un año después, Gibson parece reflejar una tendencia opuesta en un artículo de *American Speech*, cuando nos presenta ciertos “results of popular etymology or popular confusion of words”, e incluye entre estos algunos ejemplos muy prototípicos de lo que se entiende en la época como analogía (p.e. los pronombres posesivos “hisen”, “ourn”, “yourn”, etc. 1937: 29).

En una obra de Iordan, también de 1937, seguimos encontrando pervivencias de la idea tradicional en armonía con ideas estructuralistas. Así pues, nos dice que la etimología popular pretende aclarar lo que parece oscuro en la lengua (1937: 299), y al mismo tiempo apunta a la existencia del förstemanniano “instinto etimológico” (1937: 302). Por otra parte, no acaba de emparentar la etimología popular con la contaminación, ya que piensa, por lo que leemos, que sólo en aquella interviene el “sentimiento de los hablantes” (1937: 302).

En el mismo año, Dauzat, que insiste una vez más en que la idea de “etimología popular” es algo del pasado (1937: 201), concentra su último estudio sobre “atracción paronímica” en los cambios grupales (vulgarismos más o menos extendidos del habla popular de París) e individuales.

En 1939, en su *Tableau de la langue Française* vuelve a insistir en estas ideas. Siguen quedando fuera de su ámbito conceptual las aglutinaciones, deglutinaciones y los cruces de palabras o contaminaciones.

Lo que encontramos hacia el final de la década confirma que el problema conceptual está lejos de resolverse, y que en todo caso se está haciendo más complejo, pues perviven muchas de las ideas förstemannianas, mientras que los nuevos modelos lingüísticos no tienen en cuenta el fenómeno de la etimología popular, o lo relegan a un plano secundario. Tanto por lo que dicen los autores que hablan de “etimología popular” o de alguna de sus etiquetas alternativas, como por lo que dicen los que hablan de interferencia paramórfica no accidental sin utilizar ninguna denominación concreta que nos recuerde a aquella, no parece que vaya a alcanzarse un mínimo grado de unanimidad; probablemente se ha llegado a un punto en que ya sea inimaginable tal cosa.

Eric Partridge, en *The world of words* (1938), presenta varios ejemplos de “folk etymology”, dándonos a entender, por un lado, que este fenómeno es un caso especial de analogía, y por otro, que es una tendencia, a veces inconsciente, a veces deliberada, a vincular lo desconocido a lo conocido. Y aquí entra en contradicción con la opinión más generalizada en su tiempo, que considera a la etimología popular algo fundamentalmente inconsciente.

Un año más tarde, en 1939, aparece el ensayo “On homonymics”, de Orr, donde se propone la etiqueta alternativa de “associative etymology”, que prescinde del problemático elemento “popular” sin renunciar a la idea de que hay algo etimológico en

el fenómeno⁵⁵. Este término, que puede haberse inspirado en el concepto de “interferencia asociativa”, o en los “rapports associatifs” de Saussure (1972: 173-175), contó años después con el favor de Ullmann, que lo defendió en varias obras como más adecuado que el tradicional (1951b; 1952; 1962; 1964).

Orr parece también tener ciertas dudas con respecto a la división saussureana entre analogía y etimología popular, pero no profundiza en este aspecto (1939: 259). El concepto de “sound and sense association”, tomado probablemente de Wundt (1900), se menciona con frecuencia en el texto, pero no se usa como sustituto de “folk etymology”, sino en un sentido más amplio que engloba varios fenómenos, entre ellos la “etimología asociativa”. A esta la distingue de los juegos de palabras y de los cruces o contaminaciones, pero curiosamente afirma que todos estos fenómenos tienen en común el ser manifestaciones conscientes de las posibilidades de asimilación fonético-conceptual. Por otra parte, Orr es un buen representante de la perspectiva teórica moderna, ya que afirma que gracias a la etimología asociativa el signo “no motivado” y “arbitrario” se vuelve “motivado” (1939: 282).

Asimismo, en 1939, el *Traité de phonétique* de Grammont dedica un capítulo, “Usure, analogie, contamination”, a los elementos psicológicos que influyen en la evolución fonética. Y dentro de este, nos habla de la analogía, haciendo una distinción entre “analogía morfológica”, que es básicamente la que afecta a los morfemas flexivos, y “lexicológica”, que afecta a los derivativos, y también a ciertos cambios en los lexemas. Y aquí localiza Grammont el fenómeno de la etimología popular, que curiosamente no diferencia de la contaminación, ya que parece tratar ambos términos como sinónimos (1939: 368-373). Es así, al menos, como interpretamos el texto, a falta de una definición más precisa del concepto.

En el mismo año Gray habla de la etimología popular en su *libro Foundations of language*, y lo hace dentro del capítulo dedicado a la semántica (1939: 270-271). Llama la atención el ver que tiene también un capítulo dedicado a etimología, en el cual no aparece una sola referencia a la “popular”. Esto viene a confirmar cierta tendencia por parte del sector semántico a “adoptar” el concepto de etimología popular, situándose tácitamente en la postura que considera este fenómeno como una búsqueda de adecuaciones entre forma y sentido. El punto de vista contrario sería el representado por

⁵⁵ Este ensayo apareció también en *Words and their ways in English and French* (1953), por lo que se ha datado alguna vez la creación del término “associative etymology” en 1953.

Dauzat, quien cree que las formas parónimas se atraen por sí solas, independientemente de que pueda identificarse o no una relación semántica.

También en 1939, Félix Rousseau vuelve a una idea que ya parecía olvidada: la de la confusión paramórfica como inspiración de una atribución etimológica alternativa y una consiguiente leyenda etimológica. En concreto, nos explica cómo dos “falsas etimologías” de la toponimia le permitieron a cierto hagiógrafo medieval justificar algunos aspectos legendarios de la vida de un santo. Debe advertirse que Rousseau no habla aquí de “etimología popular”, como hicieron Nyrop y Gaidoz en la revista *Mélusine*, sino de “falsa etimología”, quizá porque en realidad se trata de etimologías eruditas. En cualquier caso, la historia así creada se hizo con el tiempo leyenda popular, pero esto, suponemos, no es lo que hace “popular” a la etimología, a los ojos del autor. También nos menciona un curioso fenómeno secundario, el de un cambio que afecta a la realidad extralingüística, a saber, la sustitución de ciertos símbolos de un escudo heráldico por otros más acordes con la leyenda etimológica de la localidad.

Thomson, por su parte, habla en ese mismo año de etimología popular en otro tipo de historias toponímicas: las que se inventan con el único fin de darle explicación a un nombre geográfico (1939: 453-457). Volvemos, pues, con Thomson, y, *mutatis mutandis*, con Rousseau, a la vieja idea decimonónica: la confusión paramórfica es fundamentalmente una actividad etimológica, esto es, viene de la búsqueda de esa historia que hay detrás de cada palabra, haya o no cambios lingüísticos en el proceso.

Y cerramos la década con dos notables “ausencias”. En 1940, Charles Bally, uno de los dos editores de la obra de Saussure, publicaba un artículo sobre la motivación del signo lingüístico que no hace referencia a la etimología popular, como sería de esperar según las ideas modernas (Olschansky 1996: 143). Quizás no interesaba este aspecto para el enfoque del artículo. O quizás no se había generalizado aún la idea de la conexión entre la motivación relativa saussureana y la etimología popular, conexión que el propio Saussure, recordemos, no hacía explícita. En efecto, su *Cours* trataba estas dos ideas por separado, aunque parecía dar a entender que la etimología popular respondía a una tendencia a la motivación relativa.

En el mismo año, Bolinger publicaba en *American Speech* unos apuntes sobre “afinidades entre palabras”. El artículo defendía la idea, hoy en día prácticamente abandonada, del “sound symbolism”, que recuerda en algunos de sus aspectos a ciertas teorías modernas sobre procesamiento del lenguaje (p.e. Ellis 1985: 140). En líneas generales, esta hipótesis afirmaba que algunos sonidos, o combinaciones de sonidos,

parecían sugerir una misma idea de forma natural, de tal manera que todas las palabras que tuvieran cierto sonido o segmento sonoro estaban transmitiendo cierto componente semántico muy concreto (p.e. los grupos consonánticos de “hustle”, “jostle”, “bustle” y “rustle” parecen sugerir movimiento rápido; 1940: 67). Este supuesto principio podría explicar ciertos lapsus y, asimismo, serviría de base para la creación espontánea de palabras nuevas que todos los hablantes entenderían de inmediato. Pero hay que decir que esta idea es muy discutible, entre otras cosas, porque se basa en ejemplos seleccionados “ad hoc” y no tiene en cuenta los numerosos contraejemplos que existen.

No obstante, del artículo nos interesan dos cosas: primero, Bolinger parece dar la razón a Gilliéron cuando afirma que han estado errados los etimólogos tradicionales, por no haber considerado todas esas posibles asociaciones mentales que se generan por similitudes fonéticas (1940: 67); segundo, muchos de sus ejemplos podrían considerarse etimologías populares (p.e. la expresión “literally covered with”, donde el autor postula la influencia de “litter”, 1940: 65; o la idea de que “sarcastic” sugiere “sour” y “caustic”, 1940: 65?). Pero, curiosamente, en ningún momento habla Bolinger ni de etimología popular ni de ninguna de sus etiquetas alternativas. ¿Puede ser que la lingüística se encuentra en este momento en un proceso de “limpieza terminológica” y está evitando un término antiguo que no le parece satisfactorio? Este caso y otros que hemos visto anteriormente parecen demostrar esta tendencia. Puede ser, claro está, que Bolinger se atenga a ese concepto prototípico moderno que sólo considera “etimología popular” a los cambios formales con reanálisis. Nótese que Bolinger hace referencia a la etimología popular al menos en otras dos publicaciones (1968 y 1988). Es de suponer, por ello, que en 1940 tal concepto no le era desconocido.

8.2.2. La década de 1941-1950

En la década de los años 40 se añaden varias novedades al entramado conceptual. Pero siguen teniendo defensores prácticamente todas las ideas que se han expresado en las décadas anteriores, y siguen vigentes los mismos problemas, aunque apenas se planteen como tales en este momento. Así pues, seguimos encontrando autores que hacen distinciones entre “etimología popular” y “analogía”. Bally, en un capítulo de *Le langage et la vie* (1941), nos da a entender que son dos fenómenos aparte, tal y como afirmaba Saussure en el *Cours de linguistique générale*, que el mismo Bally editó. Sturtevant (1947), por su parte, diferencia la “popular etymology”, a la que considera un

fenómeno de reinterpretación, del grupo verdaderamente “analógico”, en el cual distingue entre “analogic creation” (adopción de formas nuevas en flexión y derivación), “contamination” (cruces de palabras sinónimas) y “anticipation” (influencia formal entre miembros de series lógicas, como en el caso de la adopción de la “s” de “lunes”). Como puede apreciarse, lo que para Sturtevant diferencia a la etimología popular de estos otros fenómenos, también paramórficos, es que en aquella se supone que ha habido una reinterpretación de la palabra, que invita a reconstruir la forma original con piezas tomadas de otras familias léxicas, lo cual equivale a decir que el principal rasgo identificativo de la “etimología popular” es precisamente esa reflexión filológica, supuestamente inconsciente, que ha provocado el cambio. Subyace en este planteamiento la vieja idea de Förstemann.

No encontramos en esta década, por lo demás, trabajos en los que se considere a la etimología popular como un tipo de analogía, o al menos que manifiesten expresamente tal idea.

También persiste el desacuerdo sobre si tiene que distinguirse entre una etimología “popular” (es decir, una actividad lingüística de base paramórfica) creada por el pueblo, y una etimología “erudita”. Así, Iordan, en un estudio monográfico de 1942 titulado “Étymologies populaires” afirma que se trata de una simple cuestión de grado, opinión que coincide con la que expresábamos en 5.4 al exponer los problemas que conlleva el adjetivo “popular” de la etiqueta förstemanniana.

Gougenheim, por su parte, mantiene la distinción y dedica un ensayo a “La fausse étymologie savante” (1948). En este hace referencia tanto a las explicaciones etimológicas erróneas de los filólogos, que constituyen la “etimología erudita” propiamente dicha del artículo de Förstemann, como a los cambios formales, normalmente ortográficos, iniciados por errores e hipercorrecciones de estos mismos eruditos. Añadamos de paso que Gougenheim, discípulo de Gilliéron, se refiere a la etimología popular también con el término “étymologie seconde” (que ya utilizó el propio Gilliéron, y que Baldinger traduce al castellano como “etimología secundaria”; 1986: 15), y utiliza además “association étymologique” para el fenómeno que estudia en su artículo, aunque suponemos que serviría igualmente como sinónimo de la etimología popular förstemanniana.

Weekley, en otra de sus populares obras, *Words ancient and modern* (1946), comenta ciertos errores etimológicos de eruditos, sin referirse a ellos con una etiqueta específica. De hecho, en este libro apenas usa el término “etimología popular”, si bien

son numerosos los ejemplos que describe de cambio por interferencia paramórfica. Encontramos, en cambio, “corrupciones” y “perversiones” en más de una ocasión.

En cuanto a si la etimología popular es un fenómeno consciente o inconsciente, lo cual afecta, entre otras cosas al status de los juegos de palabras, que no sabemos si tratar como fenómeno aparte o no, es interesante lo que dice Bally en la obra ya citada de 1941. Este afirma que la etimología popular, al igual que otros fenómenos, es primariamente inconsciente, pero que no produciría cambio alguno si no fuera por la existencia de procesos conscientes (1941: 102). Iordan, por su parte, defiende que los juegos de palabras son, al igual que la etimología popular, una manifestación del “instinto etimológico”, siendo la principal diferencia el hecho de que aquellos no tienen consecuencias permanentes para el sistema de la lengua (1942: 36).

En cuanto a la teoría explicativa, sigue habiendo al menos dos posturas enfrentadas: la förstemanniana pura (la del “pueblo etimólogo”) y la científica (la de las asociaciones inconscientes y la atracción paronímica). La primera tiene como representante más destacado en esta década a Iordan, quien debió de sorprender a más de un contemporáneo al afirmar que el nombre de “etimología popular” es el más adecuado para este fenómeno, ya que el instinto etimológico al que aludían los filólogos del XIX es una realidad, en su opinión, y no una simple figura retórica (1942: 36).

Para la postura que aquí denominamos “científica” podríamos considerar a Dauzat su principal defensor, también en esta década, pues en todas sus menciones del tema afirma que el término “etimología popular” pertenece al pasado y no se corresponde con la realidad del fenómeno, ya que la explicación está en la fuerza de atracción que a nivel psicológico ejercen las palabras más conocidas y de significado más claro sobre las menos familiares y más oscuras. Dauzat no cambia de opinión en esta década, la última, por cierto, en la que escribió sobre el tema (1943, 1944, 1947, 1948).

Entre estas dos posturas estarían las del resto de los autores, para quienes la base teórica no es tan importante, o tan evidente. Los razonamientos de estos suelen estar en una línea más o menos förstemanniana (p.e. Sturtevant 1947), aunque algunos tienden hacia la perspectiva de Dauzat. En cualquier caso, no dejamos de tener manifestaciones de la paradoja de Förstemann. Este es, por ejemplo, el caso de Schlauch, que en 1942 describía la etimología popular con estas palabras: “A less conscious distortion of words occurs when speakers try to make an alien or unusual term sound like something more comfortably familiar to them.” (1942: 103)

Por otra parte, sigue resurgiendo de vez en cuando otra cuestión teórica relacionada con la etimología popular: la de la posible conexión entre los cambios accidentales y los no accidentales. Si bien todos los autores reservan el concepto de etimología popular unánimemente a los cambios no accidentales, hay quienes creen que las raíces del cambio lingüístico hay que buscarlas en los errores espontáneos (recuérdese en este sentido a Meringer 1895).

Así, por ejemplo, Sturtevant, en su obra de 1947, relaciona los lapsus con los cambios analógicos y las etimologías populares, presentando numerosos ejemplos de errores espontáneos que muestran, al menos en apariencia, un patrón semejante a los de ciertos cambios que se han asentado en la lengua. Leopold, en un estudio sobre la adquisición del lenguaje en una niña bilingüe (1949), nos habla de “child etymologies”, refiriéndose con este término a interferencias paramórficas en la producción verbal del sujeto. En realidad se trata de lo que aquí llamamos malapropismos clásicos, sólo que en un contexto de edad concreto. Al mismo tipo de fenómeno Sully lo llamaba, como vimos en su momento, “folk etymologies” (1896) y Aitichison “mini-malapropisms” (1972).

En relación marginal con este tema, encontramos otra obra de Bally de 1944, *Linguistique générale et linguistique française*, que utiliza la etiqueta de “etimología popular” para malapropismos clásicos de adultos. Sabemos, por supuesto, que Bally, editor de Saussure, conoce el ámbito de aplicación habitual del término, y no lo limita a este tipo de fenómenos. Sin embargo, aquí está llevándolo a uno de sus extremos, y sabemos que no hay unanimidad en cuanto a esta aplicación concreta del término; de hecho, algunos autores (p.e. Palmer, 1882) han manifestado que un cambio no generalizado no puede denominarse etimología popular. Aquí vemos cómo pervive otro de los derivados menores del problema conceptual.

Por otra parte, en esta década presenta Wartburg una nueva perspectiva sobre la etimología popular con su obra *Einführung in Problematik und Methodik der Sprachwissenschaft*. (1943; en 1962 la reelaboró en colaboración con Ullmann), pues relaciona este fenómeno con el “afán de expresividad”, es decir, con “el deseo de hacer que las palabras expresen de manera inmediata la idea a la que están ligadas”. (1943: 117). Esto es, a partir de ahora Wartburg ve la etimología popular como una manifestación de la motivación lingüística.

Con otros autores tenemos el problema de cómo entrever su concepto de etimología popular a través de las taxonomías de fenómenos que elaboran. Tal es el

caso de Menéndez Pidal, quien en una nueva edición del *Manual elemental de gramática histórica española* (1949) hace una clasificación del error lingüístico en tres categorías, a saber, “etimología popular”, “ultracorrección” y “equivalencia acústica”. La ultracorrección, que es un tipo de error aparentemente motivado por imitación, no es siempre, a juzgar por los ejemplos, un fenómeno de interferencia paramórfica, tal y como lo definíamos en el capítulo 2, aunque sí tiene un elemento de imitación. En cualquier caso, no debe confundirse con la “etimología erudita” de Förstemann ni la de Gougenheim, pues en la categoría de Pidal no hay otra cosa que cambios formales, y además este los asocia expresamente con la gente “de poca cultura” (1949: 194). El término de “equivalencia acústica”, tercero de esta clasificación, se refiere al error auditivo como causa de cambios fonéticos estables.

Suponiendo que estas tres categorías sean autoexcluyentes para su autor, lo cual tampoco podemos afirmar tajantemente, tenemos que entender que la etimología popular que maneja Pidal no se produce ni por deseo de rectificar supuestos errores ni por errores de audición, con lo cual parece tener especial relevancia en este concepto el deseo de hacer las palabras más transparentes o más fáciles de recordar o de pronunciar. Pero vemos una vez más que se define el fenómeno por su explicación, y no por su descripción objetiva, lo cual nos lleva, una vez más, al pensamiento circular del principio.

En esta década tenemos también, por supuesto, opiniones menos controvertidas, asimiladas a cierto concepto prototípico que se ha ido formando con el tiempo. Así pues, aparte de Schlauch, ya citado, nos encontramos con Marckwardt (1942), que presenta la etimología popular como la transformación de una palabra con el fin de que quede asociada a otra(s) más conocida(s), y nos ofrece ejemplos únicamente de cambio formal. Para Williams (1944) la etimología popular es una teoría errónea sobre el origen de una palabra; pero, por otra parte, en su ensayo habla de “folk etymology”, “homonymic attraction” y “contamination” sin establecer distinciones entre un concepto y otro, aunque el texto parece dar a entender que no son la misma cosa.

En esta década publica Amado Alonso un artículo sobre “[l]as prevaricaciones idiomáticas de Sancho”, donde algunas interferencias individuales, o malapropismos clásicos, del personaje cervantino se consideran “incluibles” en el ámbito de la “etimología popular”, quizá porque añaden “una como interpretación del nombre, por disparatada e inaplicable que sea en la frase y en la situación” (1948: 10). A los ejemplos que da de “deformaciones verbales” idiosincrásicas (“actos ocasionales de

habla” 1948. 10) los acompaña de ejemplos de cambio formal generalizado, con lo cual se ve que no hace distinciones este autor entre un tipo u otro de fenómeno. Además explica todos estos cambios como surgidos de un lapsus auditivo, explicación que es más frecuente en la lingüística postestructuralista⁵⁶.

El *Funk and Wagnalls standard dictionary of folklore, mythology and legend* (1949) nos define la etimología popular como el “[p]lausible but usually incorrect analysis by untrained folk of a word whose meaning, or spelling, or sound is not clear, resulting in the transformation of the word into one more intelligible” (1949: 398). Es decir, entiende el fenómeno como cambio formal, siendo su causa última la etimología que hace el “pueblo”. Ahora bien, en otro artículo nos habla de los “folk etymologists” como gente que da explicaciones sobre el origen de las palabras (1949: 339); un tipo de incongruencia que no es inusitado en este tipo de documentos.

Las contribuciones que encontramos en *American Speech*, y que en esta década volveremos a tratar en bloque, siguen mostrando una notable variedad en cuanto al uso del sustantivo “folk etymology” y el adjetivo “folk-etymological” y a las ideas que se asocian con estos términos. Y, entre otras cosas, en los años cuarenta esta revista nos presenta nuevos contextos de investigación. Así, por ejemplo, aparecen estudios sobre etimología popular en lenguas no indoeuropeas; tal es el caso de Haas (1941), que estudia un cambio formal en lengua muskogi. También se estudian cambios surgidos por la interacción entre lenguas indoeuropeas y no indoeuropeas: Mauer (1941) cuenta la historia de un malentendido que generó un término jergal, aunque la confusión paramórfica no se puede percibir en el resultado si no se conoce la historia que la ilustra; y Hewes (1946) describe las grafías y pronunciaciones de topónimos estadounidenses en el habla de emigrantes japoneses, con la curiosidad añadida de que nos presenta por primera vez etimologías populares en transliteración a caracteres “kana”.

También se nos habla de un juego de palabras surgido como fenómeno secundario después de un cambio formal (“The animal that gives mo-hair”; Hensch 1944). Pero no llama “folk etymology” a esta invención, sino que lo considera una versión consciente de lo que los “folk etymologizers” hacen a nivel inconsciente. Dado que la palabra que da pie a la broma procede de una interferencia paramórfica

⁵⁶ En cambio, Veres D’Ocón, que basa en este de Alonso sus estudios sobre “juegos idiomáticos” en Lope de Rueda (1950 y 1976), no habla de etimología popular, sino de “juegos paronímicos” (1950: 233; 1976: 58), aunque habla en una ocasión de “prevaricación etimológica”, a propósito de una frase que sugiere atribución etimológica alternativa (1976: 57).

(mocayere > mohair; Room 1986: 112), el caso da mucho que pensar, pues nos hace plantearnos en qué momento se percibe conscientemente la sustitución que al parecer se produjo de forma inconsciente.

Palmer (1948) llama "folk etymology" a una sustitución simple entre parónimos ("bone" por "bohn"), lo cual también habría provocado polémica si se hubiera presentado en otros círculos, o en otros tiempos, pues en la etimología popular prototípica las sustituciones se acomodan sobre fragmentos de palabras, previo reanálisis, y a los cambios que se hacen sustituyendo palabra por palabra, que no cortan ni descomponen, y son más parecidos a los errores de Mrs. Malaprop que a los ejemplos de Förstemann no se les suele dar esa etiqueta.

Las restantes contribuciones no aportan ninguna novedad significativa. Hall (1942) detecta una pronunciación "etimológico-popular" de la palabra "camphor". Dunlap (1944) descubre una etimología popular neerlandesa en un topónimo norteamericano. Este mismo autor presenta un año después un supuesto dialectalismo encontrado en un libro, mientras que Clifton, también en 1945, recoge otro de un anuncio público. Pound en el mismo año describe como etimología popular varias historias que asocian el nombre de una persona, real o imaginaria, con el origen de una palabra. Una breve nota sin autor (*American Speech* 1946) nos habla de cambios grupales entre soldados, fenómeno muy común, que ahora surge del entorno de la Segunda Guerra Mundial. Schick (1949) habla del dialectalismo "tommy toes" (=tomatoes) como un cambio que pudo ser intencionado en un principio y ahora tiene status de etimología popular. Mills y Sperber comentan en 1950 un cambio formal y un cambio semántico, respectivamente. Y por último, Lynn (1949) utiliza la etiqueta "associations" para unos casos que podrían considerarse etimologías populares. En definitiva, la revista *American Speech* sigue destacando por la variedad y originalidad de su material, al tiempo que nos da una buena muestra de la diversidad de criterios con la que se entiende el concepto de etimología popular.

Pero lo más llamativo que nos viene de América en esta década es la cristalización de uno de los cabos sueltos que deja la terminología förstemanniana. Se trata de la interpretación de "folk etymology" como simple labor etimológica del pueblo, sin tener en cuenta la vinculación que se ha hecho tradicional y tácitamente entre esta y la interferencia paramórfica (vid. 5.4). En efecto, aunque nunca nos paremos a pensarlo, no hay nada ni en la palabra "etimología" ni en la palabra "popular" que implique que el grupo léxico que forman tenga que referirse únicamente a

fenómenos motivados de asociación paramórfica. Así pues, cuando Hockett en 1950 nos dice que muchos estadounidenses le atribuyen al nombre “Mississippi” (=Gran Río) el falso significado de “Padre de las aguas”, no acude a ninguna confusión fonética; tan sólo señala un bulo de origen desconocido. Y sin embargo podemos decir que está utilizando el término “folk etymology” con propiedad, ya que Förstemann no dijo en ningún momento que su etiqueta equivaliera a confusión formal; esa relación biunívoca que se ha querido ver entre el término en cuestión y la interferencia paramórfica se debe a la forma en que sus lectores ataron los cabos del artículo.

De esta “cristalización” encontramos dos buenos ejemplos a finales de la década de los 40, en Hockett (1950), citado en el párrafo anterior, y Nelson (1950). Hockett, en “Reactions to Indian place-names” reúne una serie de leyendas, a menudo políticamente incorrectas, sobre el origen indio de ciertos topónimos. A todas ellas las llama “folk etymologies”, simplemente porque se consideran creaciones populares. Ahora bien, estas unas veces se apoyan, según hace la etimología popular prototípica, en semejanzas de forma (p.e. “She-boy-again!” > Sheboygan 1950: 120) y otras son puras invenciones que especulan con traducciones inventadas (p.e. el caso de “Mississippi” 1950: 120). En Nelson 1950 (“Folk etymology of Alabama place-names”) encontramos la misma dualidad; asociaciones paramórficas por un lado (p.e. entre “Monte Sano” y la frase “Monte, say no!” 1950: 205), y formas indígenas falsas (p.e. la interpretación de “Alabama” como “Aquí nos quedamos”; 1950: 196-197).

En parte esta nueva rama conceptual se debe a la adopción del término por parte de folkloristas (aquí no nos referimos, por supuesto, a Hockett), que quizás no hayan profundizado en la teoría lingüística. El caso de Nelson es especialmente interesante, porque cita como fuentes a Bloomfield (1933) y Sturtevant (1947), y además nos ofrece, a modo de introducción una explicación teórica que no difiere sustancialmente de la explicación prototípica (habla de “desire to comprehend”, aunque añade “or to impress” 1950: 193). Pero en la exposición de ejemplos, todos ellos topónimos del estado de Alabama, incluye varias de estas interpretaciones libérrimas de términos amerindios, que por no ser verdaderas confusiones entre segmentos formales, los lingüistas no etiquetarían como “folk etymology”⁵⁷.

⁵⁷ Ya habíamos visto que Houtzager en su recopilación de etimologías populares incluía algún cambio que no se podía explicar por interferencia paramórfica (p.e. el de “eider” a “eider duck”). Pero tales casos se podrían haber deslizado por su parecido con otros que sí muestran asociación entre formas: Así el cambio “eider” > “eider duck” recuerda al último paso de la evolución “salier” > “cellar” > “salt cellar”.

También nos llama la atención, por otras razones, el trabajo de Hall “Anglo-Romance etymologies” (1947). Hall usa el término “popular etymology” para una atribución etimológica alternativa (en el caso de “corduroy”, supuestamente “corde du roy”; 1947: 101), y sin embargo, al explicar la influencia de “descensio” en la evolución “declinatio” > “declension”, no recurre a la etiqueta típica, sino que habla de “blend”. Esto parece confirmar cierta tendencia a ver como etimología popular prototípica aquellosseudocompuestos del tipo “sparrowgrass” en los que parece haber al menos dos componentes separables, lo cual excluye del concepto central a las “blends”, formas en las que el principio de una palabra y el final de otra se ensamblan, a menudo sin una frontera divisoria clara.

Una curiosidad más de las muchas que presenta esta década la encontramos en Dauzat (1947). Este autor explica el ejemplo del “haricot de mouton”, nombre de un plato culinario cuyo primer elemento, “haricot”, sugiere que contiene judías (“haricots”), cuando en realidad no las tiene, ya que el “haricot” no se refiere a un ingrediente, sino que procede de “haricoter”, “trocear” (1947: 30). Lo que nos llama la atención del caso es que, si bien en la época de Dauzat dicho plato no se servía con judías, en la actualidad sí tiene esta legumbre como ingrediente (Julia Escobar, comunicación personal, 1999). Se trata, pues, de uno de esos raros casos en los que la interferencia paramórfica acaba por transformar los referentes. Otro ejemplo podría ser el de “piggy bank”, procedente de “pigg” (“vasija de barro” en escocés y northúmbrico), objeto que se hace con forma de cerdo por la asociación con el inglés “pig”.

Y volviendo una vez más a las leyendas etimológicas, encontramos que Kraemer en “Les maladies designées par le nom d’un saint” (1949) nos aporta un caso igualmente insólito e interesante. Entre las consabidas identificaciones asociativas que llevan a vincular a un santo con una enfermedad (p.e. el nombre de “mal Saint Genou” para la gota nace de la asociación con “genou”, “rodilla”; 1949: 93-94), presenta el caso del “mal Saint Ladre/Lazare”, donde se confunden dos personajes evangélicos del mismo nombre. Por un lado, está el personaje ficticio del Lázaro de la parábola de Lucas 16, 19, de donde se deriva la palabra francesa “ladre”, “leproso”; por otro está Lázaro de Betania, amigo de Jesús (Juan, 11), que en la tradición cristiana de Francia se convirtió en “Saint Lazare” o “Saint Ladre”. Es probablemente, un caso único de

Pero lo que encontramos en Hockett y Nelson es algo diferente: son leyendas etimológicas sin confusión paramórfica.

confusión entre nombres propios formalmente coincidentes, y cuya identificación semántica sería difícil de explicar.

Antes de dejar esta década, como intentamos hacer un seguimiento paralelo de la terminología lingüística que surge en torno al ámbito de la etimología popular, tomamos nota aquí de un neologismo que surge en el campo de los préstamos interlingüísticos. Se trata de “loanshift”, etiqueta que aplica Haugen a la adopción de un sentido nuevo para cierta palabra por influencia de una palabra con forma semejante y procedente de otra lengua (p.e. “livraria”, usado en portugués norteamericano, con el sentido de “library” en inglés, 1950: 219)

8.2.3. La década de 1951-1960

En la década de los años 50 surge una de las voces más importantes e influyentes de cara a la creación de un concepto prototípico de etimología popular sobre la base del modelo estructuralista. Nos referimos al semantista Stephen Ullmann, que en todos sus tratados sobre semántica hizo mención de este fenómeno. En este autor se formaliza la idea post-saussureana, ya comentada anteriormente, de que la etimología popular tiende a dar “motivación” a las formas supuestamente “desmotivadas”, siempre dentro de la llamada “motivación secundaria” o “relativa”.

En 1951 publicó Ullmann dos libros sobre semántica: *Words and their use* (1951a), de carácter divulgativo, y *The principles of semantics* (1951b), dirigido a un público académico. En la primera de estas obras, aparte de cuestionar la etiqueta tradicional, pues Ullmann no asocia este fenómeno exclusivamente con el pueblo, nos habla, al igual que Jordan (1942) y a la manera de Förstemann, del “instinto etimologizante” (1951a: 38-39), relacionando el fenómeno con la motivación relativa que describía Saussure, y asimismo con la supuesta tendencia a asociar ciertos sonidos con ciertos significados (vid. Bolinger 1940). Entre sus ejemplos hay casos tanto de cambio formal (p.e. “berfrey” > “belfry”) como de atribución de etimologías alternativas (p.e. “ear of corn”). Ahora bien, los cambios formales que son puramente ortográficos (p.e. la inclusión de una “b” en “debt”, o una “s” en “isle”) los etiqueta como “false analogy” (1951a: 19), y no parece, a primera vista, que los relacione con la etimología popular.

En *The principles of semantics* (1951b) ya muestra su preferencia por el término “associative etymology”, que acuñó el medievalista John Orr en su ensayo “On

homonymics” (1939), ya citado. Ullmann presenta también en esta obra una breve historia de las diferentes apreciaciones con que se ha tratado el fenómeno, que viene a decir que la etimología popular fue en un principio “denostada”, como algo patológico (y aquí se cita la opinión del propio Saussure), para ser finalmente “ensalzada” por autores como Gilliéron y Dauzat.

No queda muy claro, sin embargo, el lugar que ocupa para este autor la etimología dentro de los fenómenos de cambio con base semántica. De hecho, él mismo afirma: “It would seem to me that the drawing of sharp demarcation lines would be particularly inappropriate in a phenomenon like popular etymology, which is a most striking symptom of the indissoluble unity of form and meaning, axiomatic in present-day linguistics” (1951b: 237). Por ello su clasificación de procesos de cambio generados por similitudes fonéticas es meramente tentativa. En cualquier caso, encontramos en ella una distinción entre un tipo de cambio que denomina “analogía” (p.e. “shamefast” > “shamefaced” 1951b: 237) y otro que etiqueta como “etimología popular” (p.e. “girasole” > “Jerusalem [artichoke]”).

El fundamento, como en tantos otros casos, no acaba de estar claro; parece más bien que se intenta perpetuar una terminología consuetudinaria, como hicieron otros autores de la primera mitad del siglo. Asimismo, propone una tercera categoría, que denomina “transferencias compuestas”, para aquellos casos en que se dan tanto el cambio formal como el semántico (y aquí da como ejemplo el de “berfrey” > “belfry”, que en 1951a ejemplificaba el cambio sólo formal). En definitiva, nos encontramos, una vez más, con que el concepto clásico de etimología popular no encuentra fácil acomodo en los nuevos modelos lingüísticos.

En cambio, en su obra de 1952, *Précis de sémantique française*, no nos presenta las mismas tipologías inciertas. Aquí nos habla de la etimología popular como un fenómeno de cambio que da, o devuelve, motivación a palabras opacas o desmotivadas, y que actúa mediante la formación de grupos de palabras y asociaciones sincrónicas (1952: 121). Mantiene, por otra parte, su desacuerdo con el nombre clásico de “etimología popular” y sugiere aquí, basándose en la propuesta de Orr, el término “association étymologique” (1952: 121).

Ullmann, que incluye a la etimología popular como uno de los objetos de estudio de la semántica, entiende el fenómeno, más que como atracción paronímica inconsciente, como resultado de un análisis etimológico sincrónico, que prescindiera de toda consideración histórica. Su preferencia por el término “etimología asociativa”, que

alterna en sus textos con la etiqueta tradicional, es muy significativa, por cuanto refleja por un lado la idea de que los cambios surgen por asociaciones que encuentran los hablantes entre ciertas palabras, y por otro que tales asociaciones modifican la percepción que tiene el hablante sobre la etimología de una palabra concreta. En suma, el concepto que maneja Ullmann, según nos lo describe ahora y en la década siguiente (1962; 1964), no difiere sustancialmente del de Förstemann sino en la idea de que la “etimología popular” no es exclusiva del pueblo. Por lo demás, sus textos nos presentan una etimología popular entendida como reflexión etimológica en un estadio sincrónico y una explicación fundamentalmente teleológica, basada en la aparente motivación que adquieren ciertas palabras a consecuencia del cambio. Son estas, por cierto, las ideas que Olschansky, en su metaestudio del concepto de etimología popular, presenta como el resultado final de casi 150 años de evolución (1996: 228-231).

Y de hecho, en esta década apreciamos por primera vez cierta unanimidad por parte de los teóricos de la lengua, ya que al fin se puede hablar, creemos, de una masa crítica de opiniones estructuralistas convergentes. No obstante, siguen existiendo diferencias en cuanto a algunos detalles, como la cuestión de si son de naturaleza diferente la etimología “popular” y la “erudita”, o la de cuál es el hecho primario –la creación de grupos de palabras o el cambio lingüístico que se produce– así como el problema terminológico. Por otra parte, entre los estudiosos que tocan el tema en trabajos de carácter atomista la diversidad de opiniones es mayor.

Según lo dicho en el párrafo anterior, hacemos a continuación un breve repaso, dentro de la década de 1950, de las opiniones que, además de la de Ullmann, pueden enmarcarse en un modelo teórico, dejando para después aquellas referencias a la etimología popular que surgen en estudios de carácter eminentemente atomista, tales como las notas sobre toponimia y etimología dialectal.

En primer lugar, debemos hacer referencia a la definición de “*étymologie populaire*” que bajo el artículo “*Étymologie*” se encuentra en el *Lexique de la terminologie linguistique* de Marouzeau, y que es la primera de una serie de definiciones formales que nos ofrecen los diccionarios y glosarios de esta época. Marouzeau nos describe la etimología popular (“*appelé aussi maintenant par les romanistes attraction paronymique*”) como “*le procédé [...] par lequel un mot se trouve rattaché dans la conscience du sujet parlant à tels autres mots qui paraissent susceptibles d’en fournir l’explication*” (1951: 90).

Esta explicación está en la línea, sin duda, de las descripciones estructuralistas que ya hemos visto, y no hace referencia alguna al supuesto instinto etimologizante del pueblo ni en ningún modo nos relaciona el fenómeno con la etimología, salvo por la inclusión de este subartículo dentro del genérico “Étymologie”. Nótese también que “analogie” y “contamination”, voces que tienen sus propias entradas en esta obra, se tratan como fenómenos aparte y no se nos muestra ninguna vinculación entre estos y la etimología popular.

Sin embargo, en el mismo año García de Diego habla incidentalmente de la etimología popular y lo hace precisamente describiéndola como una forma de “contaminación formal” provocada por la confusión (1951: 187). Y también en 1951, otro español, Badía, sin tocar esta vez el difícil problema de su relación con la llamada “contaminación”, la explica acudiendo a la supuesta identificación etimológica que le da nombre, la idea förstemanniana, y a la búsqueda de transparencia semántica, la idea post-saussureana, que parecen coexistir sin problemas en las explicaciones de un buen número de filólogos tradicionales (1951: 242).

En 1952 Vendryes, en su ensayo “Sur la dénomination” afirma que la etimología popular es una reacción contra la arbitrariedad del signo lingüístico (1952: 8), mostrando su acuerdo con una de las ideas básicas del concepto saussureano. Es una afirmación que se repetirá con cierta frecuencia durante los años siguientes. Este mismo autor opina en 1953 que la etimología popular es una etimología estática en acción, con lo que da a entender que se produce a partir de identificaciones entre palabras en un plano sincrónico. Esta idea, que luego retomará Ullmann, citando a Vendryes, es una de las que Olschansky considera básicas en el concepto moderno de etimología popular⁵⁸.

Una obra de este mismo año, el *Aspects of language* de Entwistle, afirma también que los hablantes establecen asociaciones sincrónicas entre palabras, y sobre esas asociaciones preexistentes actúa la etimología popular (1953: 240), con lo que parece entenderse que no son etimología popular las meras asociaciones, sino los cambios lingüísticos que se apoyan en estas. Es una de las dos posturas dentro del problema, mencionado anteriormente, del “hecho primario”. Entwistle utiliza además el término clásico “false analogy”, y habla en una ocasión de “popular speculation”.

⁵⁸ Pero se equivoca Baldinger al deducir que el término “étymologie statique” es una alternativa que propone Vendryes a la etiqueta clásica de “etimología popular”, cosa que da a entender con la inclusión de “etimología estática” en una lista de denominaciones alternativas a la tradicional (Baldinger 1986: 15).

Un tercer trabajo que aparece en este año de 1953, *Les noms populaires des plantes dans les Pyrénées centrales*, de Séguy, vuelve a hablar de atracción paronímica, y, aunque este término se alterna con el de etimología popular, el autor se adhiere a las tesis de Dauzat, pues afirma que este tipo de cambio es primariamente el resultado de una afinidad fonética y que obedece a la ley del mínimo esfuerzo (1953: 163). Pero su referencia en la página siguiente, a la atracción paronímica como “actividad etimológica” (1953: 164) le convierte en un claro ejemplo de pervivencia de la “paradoja de Förstemann”. Aunque puede tratarse, claro está, de un intento de conciliar la teoría física con la racional, que aquí hemos presentado como rivales.

Y citamos por último, dentro de lo publicado en 1953, a Weinreich, que en su célebre *Languages in contact* retoma el “metanálisis” de Jespersen relacionándolo con el proceso de cambio formal que sufren las palabras largas. En contraste con el típico cambio formal que produce la etimología popular (ejemplificado aquí una vez más por “sparrowgrass”), lo que hace el metanálisis, según Weinreich, es convertir un segmento formal en afijo productivo, cosa que se ejemplifica con el conocido caso de “hamburger” y “beefburger”. Sería un ejemplo de fenómeno secundario, siendo la identificación de la sílaba “ham” con la palabra inglesa “ham” lo que es propiamente el fenómeno primario de “etimología popular” o “interferencia paramórfica” (o cambio inductivo).

Lo más interesante que aparece en 1954 es, sin duda, el texto de la conferencia “L’*étymologie populaire*” de Orr. Aparte de sumarse a la opinión de quienes ven la etimología popular como un fenómeno que aporta motivación al sistema de signos mediante la creación de asociaciones o de grupos de palabras en un plano sincrónico (cosa que relaciona con la mnemotecnia)⁵⁹, nos da una perspectiva personal cuando afirma que están emparentadas la etimología popular y la “erudita” (a la que llama “*étymologie populaire savante*” 1954: 141). Asimismo nos dice, a diferencia de otros autores, que sí considera etimología popular los cambios formales individuales o “malapropismos clásicos”.

Ahora bien, aunque reconoce que hay un vínculo entre este fenómeno y el juego de palabras, e incluso con la escritura rimada de la poesía, no incluye a las creaciones conscientes en el ámbito de la etimología popular. Y es precisamente en su disquisición

⁵⁹ Orr entiende que la etimología tiene por objeto siempre asociar una palabra con otra, normalmente una del presente con otra del pasado, lo cual justifica la descripción de la etimología popular como el establecimiento de esas mismas asociaciones en un estadio sincrónico (1954: 9).

sobre el carácter consciente o inconsciente de esta donde se ve reflejada una vez más la paradoja de Förstemann. Si bien parece que ve en la etimología popular un fenómeno inconsciente (1954: 133), no deja de afirmar que se trata de una verdadera labor etimológica, semejante a la científica, aunque carente de método (1954: 133-134). En una frase que casi podría haber sido del propio Förstemann, o de A.S. Palmer, dice que “[...] l’homme, qu’il soit savant ou illettré, philologue ou simple “sujet parlant”, se préoccupe, consciemment ou inconsciemment, de cet instrument merveilleux dont il fait usage ou avec lequel il est aux prises.” (1954: 134).

Un artículo de Vendryes de 1955 presenta el concepto de “*étymologie croisée*” para ciertos casos aislados de evolución léxica en los que se han homonimizado dos palabras muy similares en forma y significado. Lo interesante es que al distinguir entre “etimología popular” y “etimología cruzada”, previendo posibles confusiones, define a la primera de estas como un fenómeno de cambio que tiene su origen en los malentendidos de los hablantes, y a la segunda como una “confusión” del propio sistema de la lengua (1955: 174-175)⁶⁰.

Sin entrar en lo acertado o no de esta distinción, que presupone que hay cambios lingüísticos que se producen solos, sin que intervengan en ellos los hablantes, nos interesa señalar que Vendryes llama “etimología popular” tanto al cambio individual (el malapropismo clásico) como al generalizado. Asimismo, llama nuestra atención el énfasis que esta breve explicación da al papel del individuo en la etimología popular, cosa poco común en aquellos tiempos en que los cambios solían verse como autogenerados por el sistema. El hecho de que la “etimología cruzada” sí se explique como una confusión del propio sistema de la lengua y no de sus hablantes, y que por consiguiente no tenga relación alguna con la “etimología popular” ya es otra cuestión, y nos haría dudar de la solidez de estos planteamientos.

El artículo “*Etymology and historical grammar*”, de este mismo año, en el cual Malkiel explica las relaciones entre el préstamo y la “interferencia asociativa”, nos presenta una distinción clara entre “*blend/cross*” (contaminación o cruce) y “*folk etymology*”. Recuérdese, en este sentido, que otros autores daban por sentada la distinción sin explicarla (p.e. Menéndez Pidal 1914) y sólo algunos hacían explícita su diferenciación (p.e. Dauzat 1930).

⁶⁰ A pesar de la distinción que hace aquí Vendryes, el término “*étymologie croisée*” aparece en el diccionario de Dubois et al. (1973) como sinónimo de “*étymologie populaire*” (la otra etiqueta alternativa que presenta este diccionario es “*attraction paronymique*”).

Aquí Malkiel nos da a entender que la etimología popular, a diferencia de los cruces de palabras, denota la absorción completa de una unidad léxica (o grupo de estas) por otra unidad o grupo (1955: 195). En esta distinción subyace también -así nos lo parece- la idea de que la etimología popular es el resultado de un proceso racional, y por eso se muestra completo, mientras que el cruce de palabras no evidencia en su apariencia externa el “acabado” que tendría una operación lingüística que es fruto de la reflexión.

Sin dejar el tema del préstamo, encontramos al año siguiente, en 1956, la obra *L'emprunt linguistique* de Deroy, que también dedica unas páginas a la interferencia paramórfica. Enmarcándola en una categoría más amplia (“erreurs d'identification et faux apparentages” 1956: 273-288), que incluye otros fenómenos como la reiconización que suele seguir a la desiconización (p.e. cuando se olvida que en “Guadiana” hay un componente que significa “río” y se dice “río Guadiana”), Deroy nos habla de la confusión formal entre préstamos y palabras vernáculas con las etiquetas de “attraction paronymique” y “étymologie populaire”⁶¹. La explica también como el resultado de las asociaciones que establecen los hablantes entre ciertas palabras, y afirma que el préstamo es el caldo de cultivo principal de la etimología popular. Un dato posiblemente más interesante es que Deroy no hace en absoluto distinciones entre el cambio generalizado, el grupal y el individual, por lo cual no encontramos en su obra etiquetas del tipo “malapropismo” o “dialectalismo”.

En el mismo año en que apareció la obra de Deroy, se publicó también el artículo “Les champs morpho-sémantiques (critères externes et critères internes en étymologie)”, de Guiraud, un trabajo que introduce algunas opiniones personales de cierto interés. Así pues, este autor, haciendo una distinción entre motivaciones “externas” (las debidas a factores extralingüísticos) e “internas” (las que se dan dentro del sistema de la lengua), nos dice que las influencias entre parónimos son uno de los principales agentes de este último tipo de motivación. Llega a afirmar incluso que el sistema de la lengua “explota sistemáticamente su potencial paronímico” (1956: 285) y a calificar de “ley” la atracción paronímica (1956: 287).

Tales afirmaciones implican, a nuestro entender, cierta visión antropomórfica y quizás teleológica del lenguaje, así como una apropiación algo arbitraria del concepto

⁶¹ Como curiosidad, observamos aquí que Deroy habla también del término “hobson-jobson” (vid. Yule y Burnell, 1886; McKnight 1923: 180), que se utilizó en inglés durante un tiempo para este tipo de fenómenos, y en especial para los consistentes en la deformación de un préstamo. Señala también Deroy que dicha etiqueta no logró nunca formar parte de la terminología lingüística (1956: 274).

científico de “ley”. Por otra parte, al referirse Deroy a las atracciones paronímicas, término que parece preferir al de “etimología popular”, distingue entre las de tipo “inconsciente” (“par contamination”) y las “deliberadas” (“par jeu de mot initial”) (1956: 287).

Esta serie de afirmaciones suscita inevitablemente por nuestra parte una serie de comentarios. En primer lugar, vemos que al término “atracción paronímica” le empieza a suceder lo que le ocurrió en su día a “etimología popular”: surgen interpretaciones divergentes sin que nadie pueda erigirse en autoridad a la hora de unificar el concepto. En efecto, para el creador de esta denominación, Dauzat, la atracción paronímica era siempre algo inconsciente. Ahora encontramos en Deroy atracciones inconscientes por un lado e intencionadas por otro. Por otra parte, el concepto de “contaminación”, que tantos autores han diferenciado de la etimología popular, se identifica con la raíz de la atracción paronímica inconsciente, con lo cual entendemos que el concepto de “contaminación” y el de “atracción paronímica/etimología popular” no son de naturaleza diferente, contrariamente a lo que nos han dado a entender numerosos autores. Y por último, este concepto de “atracción paronímica”, que no se corresponde con lo que entendían los que han usado este término hasta ahora, se eleva a la categoría de ley, incluso ante la contradicción que supone el que una supuesta ley esté en parte a merced del libre albedrío humano (p.e. en el juego de palabras), que no obedece, creemos, a leyes inexorables. En resumen, ha surgido aquí una vistosa y atípica rama en la evolución, cada vez más compleja, del problemático concepto fôrstemanniano.

Y en este mismo año, Luiza y Mircea Seche insisten en que la etimología popular debe distinguirse de la contaminación, con lo cual volvemos, una vez más, a una cuestión que no tiene fácil respuesta.

En 1957, Walter Porzig publica *Das Wunder der Sprache*. Y entre muchas otras curiosidades lingüísticas, trata en su libro del fenómeno de la etimología popular, para el que ofrece la etiqueta alternativa de “Eindeutung” ‘aclaración’. Su enfoque, muy de sentido común, se basa en la observación de cómo lo malentendido y lo desconocido se reinterpretan sobre las pautas de lo que es conocido para el sujeto y lo que es posible en un contexto dado. Asimismo, se establece una relación lógica entre los cambios menos estables, o menos extendidos, y los que se suelen etiquetar prototípicamente como etimologías populares.

En cualquier caso, para Porzig la “aclaración” es mucho más que una falsa etimología. Ahora bien, la contaminación, que Porzig entiende, al igual que otros

muchos, como mezcla de construcciones, sigue siendo para este autor un fenómeno aparte, aunque, eso sí, relaciona las contaminaciones accidentales, es decir, las que surgen como lapsus, con las que se asientan en el sistema de la lengua. Con todo, tampoco nos da Porzig un criterio definitivo para la distinción entre “Aclaración/etimología popular” y “contaminación”. Aunque puede ser, claro está, que aquí se sobreentienda que las contaminaciones no dan nunca como resultado una aclaración del significado.

La última contribución lingüística que tiene cierta relevancia en este año es la de Simeon Potter, autor de *Modern linguistics*. En esta obra nos volvemos a encontrar con una enumeración de fenómenos lingüísticos que separa la analogía de la etimología popular (1957: 83). Los ejemplos que acompañan a estas categorías parecen confirmar lo que ya se vislumbraba en la primera mitad del siglo: la etiqueta de analogía se reserva para cambios que afectan a la morfología flexiva de la palabra (y quizá también a la derivativa), mientras que la etimología popular se refiere principalmente a los cambios en la parte léxica de la palabra.

En el año de 1958 volvemos a encontrar en vocabularios especializados varios intentos de definición formal para la etimología popular. El *Dictionary of linguistics* de Pei y Gaynor define “Folk etymology” como “[a]ny change in the written form or pronunciation of words, in order to make them look or sound more similar to more familiar words, with little or no regard to similarity in meaning or derivation” (1958: 75). Llama la atención, en primer lugar, la consideración de la etimología popular únicamente como cambio formal, con total exclusión del cambio semántico o de la creación de hipótesis etimológicas. En segundo lugar, notamos cómo la etimología popular parece responder a una voluntad de adaptación del lenguaje por parte de los hablantes: se cambia la forma de una palabra con el fin de que se asemeje a otras. Nótese, además, que no se hace referencia explícita a la motivación, ni a la transparencia formal que se supone puede derivarse de este tipo de cambios.

Pero mucho más curioso resulta lo que dice Ross en el glosario de su obra *Etymology. With especial (sic) reference to English*. Este autor establece una distinción, sin ningún precedente conocido, entre “folk-etymology” y “popular etymology”, definiendo la primera como “the alteration of an unfamiliar word into something more familiar” (1958: 167) y utilizando la segunda en el sentido de “actividad etimológica del pueblo”, algo de cuyo estudio se encargan los etimólogos (1958: 68). Dicho de otra forma, “folk etymology” se referiría para Ross al fenómeno de cambio lingüístico que

tiende a la semejanza entre formas, mientras que “popular etymology” vendría a ser la “ciencia” que da lugar a las falsas hipótesis etimológicas.

Se trata desde luego, de una ruptura audaz y personal dentro de la enorme inercia terminológica que se observa en este campo. La opción que toma Ross apunta, quizá, a la necesidad de distinguir entre la etimología “amateur” de los que quieren encontrar el origen de las palabras sin un método fiable, a la que no parece impropio llamar “etimología”, y el fenómeno de cambio por interferencia paramórfica, que podría o no estar emparentado con aquella. En cualquier caso, la distinción de Ross no tuvo, según nos consta, ni un solo defensor.

También en 1958, y asimismo en un diccionario, aunque no de lingüística, como era el caso de Pei y Gaynor, encontramos otra pequeña novedad. Eric Partridge, en su obra *Origins. An etymological dictionary of modern English*, explica varios casos típicos de etimología popular en la lengua inglesa con las fórmulas “folk etymological adaptation” (p.e. en “cockroach”, 1958: 108) y “folk etymological corruption” (p.e. “Jerusalem artichoke” 1958: 319). Estos términos sin duda tienen la virtud de separar la causa (la especulación etimológica) del efecto (la transformación de las palabras), evitando la metonimia förstemanniana (Buysens 1965: 78). Algo parecido suponemos que quería hacer Ross, pero la puntualización de Partridge parece sin lugar a dudas mucho más razonable.

Con el artículo “L’*étymologie hier et aujourd’hui*” de Baldinger (1959) volvemos a encontrarnos con el enfoque que enmarca la etimología popular dentro de la etimología general, y que nos suele llevar inevitablemente a una doble percepción del concepto. Por un lado, es un factor de cambio lingüístico; por otro, una escuela etimológica que unas veces se ve como la conciencia lingüística del pueblo (con lo cual se recategoriza como factor de cambio lingüístico, según decíamos antes) y otras como una forma alternativa de pensar que debe aplicar el etimólogo cuando la etimología fonética no encuentra las respuestas.

Huelga decir que esta perspectiva conceptual, generada y perpetuada por los propios etimólogos (aunque no todos, hay que decirlo), es la que muestra una confusión de ideas más patente. Según este artículo, la reivindicación de la etimología popular surge en el siglo XIX dentro de una corriente de cambio que pide más interés por el componente semántico, como contrapeso a la etimología puramente fonética que estaba en boga por aquel entonces. Sin duda hay algo de verdad en esto, pero con tal planteamiento es casi imposible dejar de pensar en la etimología popular como una

forma de etimología. Y es interesante en este momento, por tanto, constatar que dicho esquema de pensamiento, que creíamos ya superado con la oportuna distinción de Wartburg (1925), ha conseguido llegar a la segunda mitad del siglo XX, de la mano, en este caso, de uno de los romanistas más prestigiosos.

Otro artículo de Deroy, “Jeux de mots, causes de légendes” (1959), nos mantiene en esta misma dimensión del problema conceptual. Se trata de un estudio sobre mitos de la Grecia clásica y leyendas de santos que tienen su origen en una confusión paramórfica. Y vemos en él cómo Deroy, que no utiliza en esta ocasión el término “atracción paronímica”, opone la etimología popular a la científica, lo cual nos lleva otra vez al problema semántico que ya encontrábamos en el propio artículo de Förstemann. Y no sólo contrasta estas dos supuestas variedades de etimología, en rigor no contrastables, sino que además incluye en el concepto de etimología popular a la “etimología pseudo-erudita” (1959: 23), que es la que se supone autora de los juegos de palabras a los que hace referencia el título. Asimismo, esta inclusión del juego de palabras en el concepto de etimología popular, máxime cuando no es verdaderamente el “pueblo llano” el que ostenta la autoría, hace el planteamiento de Deroy aún más controvertido. Vemos, pues, que aún en estos años conviven interpretaciones muy dispares de lo que puede considerarse en la práctica etimología popular.

También Vidos, en su *Manual de lingüística románica* (1959), habla de la etimología popular en términos no científicos, definiéndola como un ejemplo de la actuación del espíritu, ya que cree que en el lenguaje hay espíritu y materia, y entiende, como Baldinger, que es el complemento indispensable que necesitaba la etimología decimonónica, basada en lo material (léase fonético).

Y no acaba aquí el eterno retorno del paradigma pre-saussureano. Ya en 1960, Nikonov defiende el término “fausse étymologie”, que, según constatábamos aquí, es incluso pre-förstemanniano (Latham 1841; Chevallet 1850). Pero esta defensa de un término tan antiguo no es por ignorancia de lo moderno: se basa, en realidad, en los mismos argumentos que llevaron a Orr y a Ullmann a defender la etiqueta de “etimología asociativa”. Es decir, Nikonov rechaza la idea de que la etimología popular es privativa del pueblo, y acude a una denominación alternativa que no contenga el polémico adjetivo. No sabemos siquiera si acudió a otros autores en su búsqueda de un término adecuado.

Como curiosidad, añadimos que, según este artículo, en la Roma clásica ya se identificaban casos de falsa etimología, a la que se daba el nombre de “etymologia

bovina”. Este último dato no lo hemos podido constatar por ninguna otra fuente, y no queda claro si se refiere la “etymologia bovina” de los romanos a un factor de cambio lingüístico o a un tipo de error que cometían los etimólogos.

También en 1960, Bec, en un estudio sobre nombres de animales en gascón, se suma a la idea estructuralista de la etimología popular (aquí “atracción paronímica”, una vez más) como instrumento de la motivación secundaria. Esta atracción paronímica actúa según Bec, poniendo a las palabras en un sistema relacional que ayuda a recordarla con más facilidad. Es la misma hipótesis, intuitiva, pero muy próxima a las explicaciones de la neurolingüística moderna, que ya habíamos visto en otros autores, como, por ejemplo, Orr (1954: 132).

En el mismo año, Kany habla de “interferencia asociativa fonética” en su *American-Spanish semantics*, basándose en la “asociative interference” de Sturtevant (1947). Para Kany este es un fenómeno de cambio formal y/o semántico en el que unas palabras interfieren con otras, dando como resultado unas veces un neologismo (p.e. “testaduro”) y otras la ampliación del significado de una palabra (p.e. “apurarse” ‘darse prisa’, por influencia de “apresurarse”). Curiosamente, sólo califica de “etimología popular” algunos de los numerosos ejemplos que aporta, normalmente donde se ve claramente que una palabra común (o más de una) se ha(n) metido, mediante reanálisis y sustitución en el segmento formal de otra menos familiar (p.e. “Cuauhnáhuac” > “Cuernavaca”). Los casos en los que no parece que se esté reinterpretando una palabra rara, sino que más bien se está creando una nueva que fusione conceptos (P.e. “abracar”, de “abrazar” y “abarcar”), no reciben tal denominación en esta obra. Parece, pues, que Kany sigue a Sturtevant en la idea de que la “etimología popular” es única y exclusivamente reinterpretación (pero nótese que para Kany todos los cambios que describe en ese capítulo son inconscientes, luego sus etimologías populares son reinterpretaciones inconscientes).

Y una definición de “folk etymology” que nos da Potter en este mismo año en *Language in the modern world* explica el fenómeno como “substitution of a form with familiar components for one of obscure or less obvious origin” (1960: 206). Dicho de otra manera, la etimología popular se entiende (deducimos) como cambio sólo formal destinado sólo a dar transparencia a las palabras más “oscuras”. Tal viene a ser la idea prototípica en la que parecen un buen número de autores, y la que más se transmite, implícita o explícitamente, en las aulas.

Las últimas contribuciones importantes que nos llegan en esta década desde la teoría lingüística nos vienen de la mano del etimólogo italiano Vittore Pisani. Tanto en su libro *L'etimologia* como en su artículo “Über Volksetymologie”, ambos de 1960, propone la etiqueta alternativa de “paretimología”, que es mucho más descriptiva que “etimología popular”, y más correcta, al menos para quien piense que el origen del fenómeno es de naturaleza etimológica.

Y así, completada la visión cronológica de los estudios lingüísticos de esta época, pasamos a las referencias de interés que aparecen en estudios sobre etimologías concretas, desde una actividad filológica más atomista que holística. Ya es poco lo que nos pueden ofrecer de novedoso estos trabajos de cara al estudio del problema conceptual, y si algún interés tiene su estudio es porque siempre surgen historias etimológicas donde la alusión a la etimología popular se enmarca en nuevos contextos, o nuevos procesos.

Así, por ejemplo, llama la atención ver cómo una errata en un libro sobre aves da lugar a explicaciones forzadas e inverosímiles sobre el nombre de una especie, fenómeno que a McAtee le recuerda a la etimología popular, aunque dice que un caso como ese no es “folk etymology in a real sense, since it was confined to the printed page” (1951: 94). Se ve, pues, la idea, manifestada ya en muchas otras ocasiones, de que en el ámbito de la lengua escrita no cabe hablar de etimologías populares, quizá porque se entiende que el pueblo no se sirve de este canal de comunicación. A no ser, claro está, que McAtee estuviera queriendo decir que el error de una imprenta no se puede equiparar con las transformaciones que hacen los hablantes; en tal caso su alusión a la etimología popular no iría dirigida a la explicación, sino al cambio formal provocado por la errata.

Otro trabajo posterior de McAtee (1954) describe un cambio formal (“mully [cow]” > “muley”) que al parecer surgió junto con la creencia implícita de que la forma final “muley” hace referencia al parecido entre una vaca sin cuernos y una mula. Lo curioso es que, dada la diversidad de variantes que tiene esta palabra en el mundo anglófono, se pueden interpretar algunas de las evoluciones como un cambio sólo semántico, y otras como un cambio semántico-formal, mientras que en otras podría decirse que la creación de una hipótesis y el cambio formal no fueron simultáneos.

Llama asimismo la atención el hecho de que en casos de cambio formal, los filólogos a veces discrepan sobre qué forma fue la original y cuál fue la que surgió por etimología popular. Así, por ejemplo, leemos en *Words and ways of American English*

de Pyles (1952) que Noah Webster hacía derivar la palabra “Johnnycake” de “journey cake”, invirtiendo involuntariamente el sentido real de la evolución (1952: 32)⁶². No se trata de un caso aislado, ya que se conocen otros ejemplos similares (p.e. “Welsh rabbit” > “Welsh rarebit”).

Otro caso de explicación errónea “a posteriori”, esta vez por parte de los hablantes, lo encontramos en la historia de un cambio formal descrito por Minton (“hinder” > “Hindu”; 1952). Este tuvo su origen, al parecer, en un juego de palabras, y motivó más adelante ciertas explicaciones forzadas por parte de los que adoptaron el cambio. Interesa señalar que es a estas explicaciones, y no al juego de palabras, a lo que Minton llama “folk etymology”.

Thompson (1954) presenta un curioso caso de sinonimización posterior a un cambio formal por interferencia paramórfica, en una reconstrucción genealógica que pasa por varias lenguas y variantes geográficas. Se trata de la genealogía del juego del “pinochle” (“pináculo” o “pinacle” en castellano), originario de la suiza francófona. Este juego, de llamarse originalmente “bésigue”, pasó a ser “besicles” por sustitución paramórfica, con el añadido de que esta transformación se ocultó por una subsiguiente sustitución sinonímica, ya que se reemplazó “besicles” por “binocle”, palabra de significado equivalente. La adopción de la forma “binokel” en alemán suizo tuvo como consecuencia final, debido a las corrientes migratorias, que se estableciera la forma “pinochle” en inglés americano. Lo interesante de esta evolución es que el papel de la interferencia paramórfica queda totalmente oculto por los estadios posteriores de la evolución. Nótese, por cierto, que Thompson sólo habla de “folk etymology” para referirse a la fase de interferencia formal, con lo que está distinguiendo claramente el fenómeno primario de los subsiguientes. Otras descripciones etimológicas no fijan rigurosamente el límite entre el verdadero fenómeno de interferencia y los que le siguen a este.

Otro estudio que nos retrotrae a las raíces del problema conceptual förstemanniano y a sus consecuencias previsibles es el análisis que hace Harder (1955) de la etimología popular de “cherry pie” (un plus que se paga en el mundo del espectáculo por un trabajo extra). Al describir la explicación forzada con que algunos justifican el insólito nombre de “cherry pie”, interpretando literalmente la expresión, no

⁶² Kuethe ya llamó la atención sobre este error en 1935, y al darnos la evolución completa de la palabra nos permite ver que en realidad se han dado dos cambios sucesivos por interferencia paramórfica, siendo la forma original “Shawnee cake”. En cuanto a opciones terminológicas, recordemos que Kuethe usaba el término “corruption”, que Pyles reemplaza ahora por “folk etymology”.

habla de etimología popular, cosa que sí hace al describir la interferencia paramórfica que generó tan pintoresca expresión (chairy pie > cherry pie). En este caso vuelve a ligarse la idea de etimología popular a la asociación entre parónimos, frente a esa tendencia a interpretar literalmente el término, y aplicarlo a las hipótesis etimológicas alternativas, que era relativamente frecuente en la década pasada.

No deja de haber trabajos, sin embargo, en los que “etimología popular” equivale a invención de una explicación etimológica. El folklorista Brunvand, por ejemplo, usa los términos “folk etymology” y “folk explanation” con este sentido en su artículo “Some Indiana place-name legends” (1959), en el que reproduce varias leyendas explicativas de topónimos.

Norman, por su parte, nos cuenta en “Bamboo English: The Japanese influence upon American speech in Japan” (1955) el origen de una expresión obscena (“suck a hachi”), creada por los soldados estadounidenses durante la ocupación de Japón. Lo curioso de este caso es que surge de una expresión idiomática japonesa, equivalente a “vete al cuerno”, consistiendo su evolución en una combinación de sustitución paramórfica y reinterpretación semántica del sentido figurado original. Una etimología popular, en suma, más compleja de lo habitual.

Años más tarde, después de la guerra de Corea, apareció un artículo similar, “Korean Bamboo English”, de Algeo (1960), sobre híbridos de inglés, japonés y coreano, que incluye curiosidades tales como el título de una canción japonesa que fue “folk-etymologized” (Shina no yoru > “She ain’t got no yo-yo”). Es obvio que los autores de estos artículos no tienen inconveniente en aplicar la etiqueta de “folk etymology” para manipulaciones lingüísticas que son claramente conscientes, por más que estén exteriorizando, muy posiblemente, “juegos” de la mente inconsciente.

Lamberts, en su artículo “Spelling by folk etymology” (1956) hace lo contrario de lo que al parecer hacía McAtee en 1951: considerar etimología popular a fenómenos que se manifiestan sólo en lenguaje escrito. Al tiempo nos ofrece una definición en la más pura tradición förstemanniana: “The phenomenon of popular etymology consists simply of remodeling the pronunciation or the spelling of a word in terms of what people incorrectly imagine to be its derivation. That is, they make the word over to resemble its supposed source” (1956: 488). Pero, acto seguido, nos ofrece unos casos que distan de ser prototípicos, primero por el hecho, ya mencionado, de que pertenecen a la lengua escrita; segundo, porque se trata de cambios no generalizados, normalmente individuales, y que en algunos casos podrían ser meros lapsus.

La última de las curiosidades que destacamos de entre estos trabajos “menores” de etimología se encuentra en el artículo “Corporate names in the Stock Market” de Scott (1960). Aquí el concepto vuelve a salirse de los cauces habituales, merced a un nuevo mecanismo de creación léxica. Nos referimos a los “alias” que reciben en el argot profesional ciertos “ticker symbols” (códigos de tres letras que usan las empresas para la información bursátil). Dichos “alias” se suelen formar convirtiendo el símbolo en una palabra de uso común. Así, por ejemplo, CCO (=Coastal Caribbean Oils) se convierte en “Cocoa”, y CCU (=Consolidated Railroads of Cuba) en “Cuckoo”. El autor se refiere a este fenómeno como algo que podría considerarse “a form of popular etymology” (1960: 197). Otra vez, al gual que veíamos en Norman (1955) y Algeo (1960), se está aplicando el término a juegos de palabras, esto es, a creaciones deliberadas y conscientes.

Por último, advirtamos que sigue existiendo entre los “atomistas” de esta década una variedad terminológica muy similar a la que hemos percibido en décadas anteriores. Por un lado, siguen utilizándose términos como “corruption” (p.e. Lesesne 1956: 6; Neuffer 1959: 2; “corruption by folk etymology” en Adams 1958: 268). En una línea similar, Miffin llama “mispronunciation” al cambio de “Bay d’espoir” por “Bay Despair” (1956: 79). Harder, que usaba “folk etymology” en su artículo de 1955, utiliza el arcaizante “false analogy”, y también “attraction” y “hypercorrect pronunciation” en 1956. Por otro lado son muchos los trabajos en que se describen casos de interferencia paramórfica sin una etiqueta específica (p.e. Laborde y Babcock; 1954), sin que esto implique necesariamente que sus autores desconozcan la terminología habitual.

En suma, tras un minucioso análisis, la aparente homogeneidad de criterios en los autores académicos se limita, en el mejor de los casos, al modelo teórico explicativo. La divergencia de opiniones sigue siendo evidente si atendemos a cuestiones tales como qué grado de extensión tienen los cambios que se consideran etimología popular (nos referimos a la distinción entre generalizados, grupales o individuales), qué hablantes generan los cambios (la distinción pueblo-eruditos), si se trata de un cambio formal solamente o si también tienen cabida en el concepto los cambios cognitivos, incluidas las hipótesis etimológicas alternativas, si tienen cabida o no en el concepto los cambios conscientes, y otros detalles teóricos sobre qué fenómeno concreto define a la etimología popular (la simple asociación mental o su manifestación externa). Entre los autores “menores” (los no teóricos) también hay discrepancias obvias. Además, se siguen reservando etiquetas para otros fenómenos afines, que, basándose en confusiones

paramórficas, no se consideran “etimología popular”, quizá porque subyace la idea de que tiene que haber un componente de reinterpretación etimológica o de reiconización en un fenómeno para que pueda llamarse así.

8.2.4. La década 1961-1970

En la década de los 60 continúa aún la preferencia por el modo estructuralista de entender el fenómeno, y se sigue viendo este, por tanto, bien como creación de familias léxicas basadas en el parecido formal o bien como formación de asociaciones sincrónicas. Pero, aunque pudiera parecer que las nuevas lecturas del paradigma dominante han superado la confusión entre explicación y descripción, se sigue apreciando en esta década cómo perviven también en varios modos las formas clásicas de percepción del fenómeno a las que nos conducía el planteamiento de Förstemann. Asimismo continúa la tendencia a ver el fenómeno fundamentalmente como cambio formal, lo cual contribuye a que perduren dichas percepciones. La cuestión de qué tipo de cambio semántico se deriva de la “etimología popular” no acaba de quedar clara, y los estudios de Ullmann al respecto tampoco parecen aclararla. Observamos también que se pone el punto de mira en los casos que parecen corroborar la idea post-saussureana de la búsqueda de motivación.

Sólo hay un estudio que pueda destacarse en esta década, y casi diríamos que en este siglo, por su empeño en aclarar los problemas conceptuales. Nos referimos al de Buysens (1965), que distingue entre los fenómenos que denomina “homonimización con influencia del significado”, “homonimización sin influencia del significado”, “homosemización” y cierta forma marginal de cambio léxico que sí puede considerarse de base etimológica. Por ser la primera reflexión metateórica sobre la perspectiva estructuralista de este fenómeno (o conjunto de fenómenos), y ser además bastante contundente con algunas de las ideas recibidas que existen en este campo, le dedicaremos especial atención dentro de estas páginas.

En cualquier caso, dado que hacemos, una vez más, la separación entre contribuciones teóricas, por un lado, y por otro trabajos filológicos “atomistas” (aquellos que no añaden nada en el plano teórico a lo dicho por los lingüistas), y que seguimos, dentro de cada una de estas categorías, un orden eminentemente cronológico, con un mínimo de rupturas, estudiaremos en primer lugar a los lingüistas del principio de la década.

En 1961 Eric Partridge, en un capítulo muy bien documentado sobre etimología popular, que cita a Förstemann y A.S. Palmer, presenta el concepto como un tipo de cambio formal que lleva a darle cierto significado a una palabra, o a relacionarlo con otra. Interesa señalar que a dicho capítulo (“Folk-etymology”) le sigue otro titulado “learned folk-etymology”, que dedica a la “etimología erudita” de Förstemann, y en el cual hace referencia a los “erudite folk-etymologizers” (1961: 40), esto es, a los etimólogos que formulan –u operan según- hipótesis erróneas.

Y aquí debemos hacer una observación de interés: si en el capítulo dedicado a “folk etymology” parece estar el punto de mira en el cambio formal, lo cual puede dar a entender que Partridge no entiende el concepto como algo relacionado con especulaciones etimológicas, el capítulo siguiente puede dar a entender lo contrario, pues, junto con los clásicos cambios ortográficos que se suelen presentar como ejemplos de la llamada “etimología erudita” (p.e. “abominable” y “posthumous”), también nos encontramos hipótesis etimológicas formuladas por filólogos y ya desmentidas (p.e. **“Buffetier”* > *“Beefeater”*). Además, añade Partridge la explicación de cómo una identificación entre homónimos (“port”, ‘vino de Oporto’ y “port”, ‘babor’) ha dado lugar a la superstición británica de que el oporto debe circular en la mesa de derecha a izquierda. En suma, la “folk-etymology” de estos capítulos se refiere a cambios formales, hipótesis etimológicas alternativas y a nacimiento de creencias asociadas por interferencia paramórfica. Lo cual viene a reflejar la complejidad conceptual que ha estado vigente en los cien años anteriores.

En el mismo año Gougenheim defiende, como alternativa a “etimología popular”, el uso de “*étymologie seconde*” (1961: 15). Su propuesta abarca simples cambios formales, del tipo “sauerkraut” > “choucrou”, cambios semánticos por atracción, como el que sufre “ferry” en francés (aplicado a una embarcación para el ferrocarril), y a cambios semánticos y formales por conflicto de homónimos, como la sustitución de “sacre” (= sagrado, sacro) por “sacré”, debida a la existencia paralela de una forma “sacre” con el sentido de “ave de rapiña”.

De 1962 citamos en primer lugar a Mayer, y su estudio *Sekundäre Motivation*, cuyas ideas, de corte eminentemente estructuralista, influyeron de forma considerable en el trasfondo teórico del *Volksetymologie* de Olschansky (1996). Mayer entiende este fenómeno como un reanálisis motivador (y por tanto como una forma de cambio lingüístico), que crea asociaciones entre palabras “aisladas” (pudiendo, excepcionalmente, actuar sobre palabras que tienen parentesco etimológico cuando este

ya no es perceptible). Esta perspectiva implica que sólo puede hablarse de “etimología popular” si el proceso parte de lo que entiende Mayer como una palabra aislada, esto es, una palabra que los hablantes no pueden relacionar formalmente con ninguna otra de su lengua, y acaba en lo que este mismo autor entiende como una palabra con “motivación secundaria”, es decir, que está integrada en un grupo (1962: 35-38).

El aislamiento es, por tanto, un requisito fundamental, según Mayer, para que pueda hablarse de “etimología popular”, como lo es también la motivación secundaria resultante. Ahora bien, esta idea de aislamiento es en cierto modo subjetiva y no está determinada necesariamente por la ausencia de verdaderas relaciones etimológicas, ya que, según nos dice este autor, podría hablarse de “etimología popular” si dos palabras unidas por un antiguo parentesco, que los hablantes ya no perciben, presentan una relación más evidente como resultado de uno de estos cambios. Aquí Mayer se distancia de quienes creen que no puede considerarse etimología popular una interferencia entre palabras relacionadas etimológicamente (p.e. Herrero Ruiz de Loizaga 2000).

Ahora bien, sí excluye Mayer de su concepto de etimología popular los juegos de palabras, pues afirma, en una nueva versión de la paradoja de Förstemann, que este fenómeno se califica unánimemente como “el intento involuntario de la unión de palabras” (1962: 23), por lo cual el manejo consciente del material lingüístico no pertenece a este ámbito. Quedan excluidos también, por los criterios de aislamiento previo y motivación secundaria resultante, el “malapropismo” (entendido como sustitución entre palabras formalmente similares), los fenómenos de aglutinación y deglutinación, la contaminación (que considera equivalente al “blending” del inglés y que en su versión consciente excluye por ser consciente, y en la inconsciente porque no hay una palabra que dé motivación a otra), la derivación regresiva (porque no crea asociaciones de palabras, sino palabras nuevas) y las “formaciones analógicas” (que no integra con los fenómenos anteriores).

En cuanto a si es etimología popular sólo la que hace el “pueblo llano”, y si debe por tanto, quedar aparte la “falsa etimología” de los eruditos, Mayer no hace esta división, ya que para él lo que determina la etimología popular son los criterios del aislamiento previo y la motivación secundaria, y “en principio, ningún hablante puede evitar el impulso de imaginar una relación donde no la hay”. Por tanto, excluyendo toda explicación o manipulación lingüística que se haya hecho conscientemente, cualquier reanálisis motivador sería etimología popular, y la cuestión de la cultura del hablante no es un factor discriminante, aunque sí distintivo. En este sentido, Mayer plantea una

relación inversamente proporcional: a mayor familiaridad con la lengua escrita y a mayor conocimiento de lenguas extranjeras, menor será la probabilidad de que se produzcan etimologías populares (1962: 17-18). Se rompe así la dicotomía “eruditos/gente inculta” y se deja atrás el error de definir la etimología popular por la cuestión de qué clase social la hace.

Un factor, por el contrario, que aumenta las probabilidades de que se produzca este fenómeno, según Mayer, es la longitud de una palabra, ya que en las largas hay más posibilidad de entrever una complejidad morfológica y, por tanto, de reanalizar. La frecuencia de uso, por otro lado, actúa en sentido contrario, pues “una palabra sumamente corriente, aunque permanezca aislada, no tendrá por lo general, nada de extraño”, y “es lo poco que se emplea una palabra lo que la convierte en cuestionable y propensa a las transformaciones etimológicas” (1962: 12).

En definitiva, Mayer define los límites de la etimología popular en la dirección del concepto prototípico moderno (cambio formal por reanálisis motivador, estable inconsciente y generalizado). El hecho de que Olschansky haya basado sus ideas fundamentalmente en este autor y en Bebermeyer (1974) explica que a finales del siglo XX siga teniendo respetabilidad en el mundo académico esta visión de la idea *förstemanniana*, que establece una barrera entre diversos fenómenos de interferencia paramórfica y nos disuade de buscar una base cognitiva común

En 1962 nos encontramos también con una interesante perspectiva antropológica y folklorista, la que presenta el *Fundamentals of folk literature* de Boswell. Este autor incluye la “folk etymology” entre una serie de fenómenos de la lengua popular, entre los que están la invención de apodos, topónimos y símiles comparativos. Aunque la definición que da de etimología popular la presenta como fenómeno de cambio lingüístico únicamente, el capítulo VII habla de “folk etymological explanations” (1962: 49), y también “folk explanations” (1962: 50), expresión quizá equivalente a la anterior, con lo cual el concepto vuelve a abarcar tanto el fenómeno de cambio lingüístico como la supuesta actividad etimológica, o su manifestación metalingüística.

El debate sobre la relación entre etimología popular y analogía lo volvemos a encontrar en este mismo año en Lehmann. Su *Historical linguistics: An introduction* dedica un capítulo a la analogía (“[a] process by which morphs, combinations of morphs or linguistic patterns are modified, or new ones created, in accordance with those present in a language” 1962: 178), y en él afirma expresamente que este fenómeno y el de la etimología popular no son esencialmente diferentes (1962: 187). Él piensa que

en lo que llamamos “etimología popular” quizá se vea la manipulación intencionada del lenguaje y la inventiva de ciertos individuos (1962: 187).

Ahora bien, llama la atención el lenguaje tentativo con que formula su explicación: podría estar diciendo aquí que la etimología popular es como una etiqueta paracientífica que tiende a designar ciertas formas de analogía que son indicio de un pensamiento disparatado o cierta intención de jugar con el lenguaje, y que tal denominación está ocupando, sin justificación real, un espacio que en la taxonomía lingüística “auténtica” debería incluirse en la analogía. De ser correcta nuestra interpretación, la perspectiva de Lehmann sería una respuesta lógica al problema del mal acomodo que encuentra el concepto decimonónico en los nuevos paradigmas. Ya veíamos antes cómo este problema venía originando ciertas incongruencias de planteamiento desde principios del siglo XX.

Asimismo, la contaminación (entendida como “cruce de palabras”), se presenta aquí como fenómeno independiente de la etimología popular, pero también como un tipo de analogía. Recuérdense, en este sentido, las distinciones que hacían, entre otros, Menéndez Pidal (1904; 1914). y nótese, por último, que Lehmann explica la evolución “brydguma” > “bridegroom” en inglés como ejemplo de cambio analógico, siendo este un ejemplo que en numerosas ocasiones hemos visto descrito como de “etimología popular”.

Lázaro Carreter, que publica su *Diccionario de términos filológicos* también en este año, relaciona, por su parte, la etimología popular con la “contaminación” o “cruce” de palabras, basándose en Sturtevant, y matizando que se trata aquí de un cruce “basado en imaginarios supuestos etimológicos” (1962: 176). Afirma, asimismo, que puede tener manifestaciones formales y semánticas. Su definición, pues, acude a la hipótesis etimológica, sin dejar de lado otras explicaciones de la lingüística moderna como es la “tendencia a asociar a cada palabra un sentido determinado” (cita de Wartburg, en 1962: 176). Añadimos, como nota de interés, que este diccionario tiene una entrada para el término “malapropismo” (posiblemente la primera aparición impresa de este término en español), que se define como “la deformación y mal uso de palabras extranjeras”, y que se encuadra como “un tipo especial de etimología popular” (1962: 270).

En 1962 aparece también un artículo de Malkiel con varias alusiones al fenómeno de la etimología popular, hechas siempre de pasada, como es habitual en los escritos de este autor. Reconstruir la idea que tiene Malkiel de “etimología popular” es tarea difícil, aun cuando las menciones que hace de esta no sean escasas. Con todo,

podemos deducir, por la crítica que hace en este artículo del concepto de “etimología estática” de Vendryes, que este autor no entiende la etimología popular como creación de etimologías sincrónicas. También la desvincula de la “falsa etimología erudita” de Gougenheim, con lo cual podemos decir que su idea de “etimología popular” tampoco puede entenderse como simple atribución de etimologías. Se desmarca, pues, de dos creencias muy comunes en su época. Podemos suponer, por tanto, con cierta cautela, que para Malkiel el concepto de etimología popular se refiere a ciertos fenómenos de cambio formal (¿y semántico?) que interesan a la etimología, pero que no conllevan actividad etimológica.

También en 1962 aparece un nuevo estudio de Ullmann, la primera de tres contribuciones que hace dicho autor en esta década. En *Semantics. An introduction to the science of meaning* Ullmann mantiene la postura estructuralista-förstemanniana que ya había manifestado en 1954, esto es, sigue diciéndonos que es el deseo de dar motivación a los signos lo que impulsa la etimología popular (1962: 102) y cree que en este fenómeno desempeñan un papel esencial las ideas que tiene el hablante sobre el origen de una palabra (1962: 103). En una nueva taxonomía de los tipos de cambio que produce la etimología popular, distingue entre: 1) cambio sólo semántico (p.e. francés “ouvrable”, de “ouvrier”, es asociado con “ouvrir”); 2) cambio sólo formal (p.e. “bridegroom”); 3) cambio formal y semántico (p.e. “samblind”, ‘semiciego’ > “sandblind”, ‘con arenillas’); y 4) cambio sólo gráfico (p.e. inglés “iland” > “island”). A la última de estas categorías la denominaba en 1951 “false etymology”, lo cual sugería un fenómeno paralelo al de la etimología popular. Ahora ya incluye a este tipo de cambios ortográficos dentro del concepto global, cosa que nos parece más razonable. Con todo, no deja de llamar la atención que siga tratando al cambio ortográfico como algo ajeno a la categoría de cambio formal, cosa que por otra parte refleja una creencia común entre los estructuralistas sobre la naturaleza del lenguaje.

En el mismo año aparece una nueva edición del *Einführung in Problematik und Methodik der Sprachwissenschaft*. de Wartburg, en la que colabora también Ullmann. Al igual que la obra anteriormente citada, esta también intenta conciliar el pensamiento estructuralista con la hipótesis “etimológica” de la etimología popular. Sus autores, a la vez que perseveran en la idea de que existe una motivación “secundaria” o “etimológica” (1962: 192), critican la idea de que la etimología popular y la científica son dos tipos de actividad etimológica (1962: 187; probablemente esta sea una contribución de Wartburg, véase Wartburg 1925).

Como curiosidad, observamos que etiquetan como "etimología popular" un caso en el que surge una leyenda etimológica sin haberse dado ninguna interferencia paramórfica (aunque podría hablarse de homonimia, o incluso de polisemia). Se trata del sustantivo francés "perce-oreille", "tijereta", nombre inspirado en principio por un instrumento, ya entonces en desuso, con que se perforaban los lóbulos de la oreja, y que dio lugar a la creencia de que este insecto se introduce en los oídos y perfora los tímpanos (1962: 183).

En *Language and style* (1964), Ullmann presenta la etimología popular como un cambio eminentemente sincrónico (1964: 43), en consonancia con los ejes que proponía Saussure (1916). Da así la sensación de que un cambio en la evolución lingüística puede producirse sin la coordenada del tiempo, cosa que es, desde una perspectiva lógica, totalmente absurda.

Quizá por ser esta una obra de orientación semántica, insiste más en aún en la supuesta relación entre etimología popular y motivación. Es más, llega a afinar al máximo en las matizaciones que hace al respecto, pues distingue entre una "motivación morfológica" (la que parece darse en "bridegroom") y una "motivación semántica" (la que parece darse en "ear of corn"). En realidad, si nos atenemos a los ejemplos, se trata de la distinción que hacemos aquí entre cambio formal y cambio semántico, pues en un caso ha cambiado la forma y en otro, supuestamente, el significado.

En este mismo año, Baldinger, dentro de un estudio sobre campos semasiológicos, llama "etimología popular" al error de creer que el uso arcaizante de la forma "travailler", conservado en la expresión "travailler un cheval", deriva del moderno, y no a la inversa, como de hecho ocurre. Asimismo, la asociación entre "ouvrable" y "ouvrir" en francés, recibe igual tratamiento en este artículo. Se trata en ambos casos de errores que no afectan al uso del lenguaje, sino a las percepciones metalingüísticas, ya sean de los eruditos o de los hablantes en general (1964: 259). De hecho, Baldinger sólo usa la etiqueta tradicional para referirse a la atribución de etimologías alternativas, lo cual indica que la etimología popular sigue siendo para este autor un fenómeno en el que en verdad interviene la etimología. Su concepción es, pues, muy tradicional, si bien se muestra saussureano también al afirmar que estas percepciones dan lugar a nuevas motivaciones.

En el año de 1964, también, Ducháček introduce el concepto de "atracción léxica", que Baldinger consideró años más tarde una etiqueta equivalente a "etimología popular" (1986: 15). Sin embargo, es evidente que aquí se precipita Baldinger, pues el

artículo de Ducháček establece en realidad una distinción entre un concepto y otro. Para él, “etimología popular” se debe aplicar a los fenómenos en los que interactúan forma y sentido, mientras que el término “atracción léxica” se reserva para aquellos casos de influencia puramente formal entre palabras. Estamos pues, ante uno de los pocos casos de verdadera “rebelión” ante el enredo conceptual al que nos ha ido llevando la inercia. Ducháček afirma, al igual que Buysens al año siguiente, que con la etiqueta de “etimología popular” se están agrupando varios fenómenos de naturaleza diferente (1964: 65). Asimismo, cree que la etiqueta de “atracción paronímica”, que él no parece considerar sinónimo de aquella, se está utilizando de forma imprecisa, sin haberse llegado a delimitar su uso claramente en ningún momento.

Es la primera vez, según nos consta, que un autor establece una escisión clara dentro del ámbito conceptual de la etimología popular recurriendo a una terminología propia. Hemos visto hasta ahora a autores que proponen etiquetas alternativas para el bloque conceptual, o a otros que establecen una separación entre la etimología popular y la analogía, o entre etimología popular y contaminación, Ducháček no hace ni una cosa ni la otra. Su “atracción léxica” nos recuerda a Lloyd y su “atracción fonética” (1888), y también, por supuesto, a Dauzat y su “atracción paronímica” (1922, etc.), pero a este último sólo en la medida en que explica su fenómeno (que siempre hemos considerado equivalente a la idea prototípica de etimología popular) como algo causado por una especie de atracción física que se da exclusivamente entre segmentos formales, sin intervención del significado. Lo que ofrece Ducháček, por tanto, es algo nuevo: tenemos, por un lado, la “etimología popular”, que parece tener un componente de reflexión etimológica por parte de los hablantes, y por otro, la “atracción léxica”, que se explica aquí como efecto de la famosa ley del mínimo esfuerzo y de la “inercia mental” de los hablantes (1964: 65).

Dentro de esta “atracción léxica” distingue Ducháček entre una “atracción morfemática”, que concierne sólo a la forma, y que puede darse de manera completa o parcial, y una “atracción semántica”, por la cual una palabra o segmento formal toma el sentido de otra palabra o segmento semejante (p.e. cuando el “in” del inglés “inflamable” se reinterpreta como partícula negativa; 1964: 66). Interesa señalar, por último, que en su concepto de atracción léxica (no se refiere aquí al de etimología popular) tienen cabida los cambios subgrupales y los individuales, pero no el juego de palabras, por ser este “consciente e intencionado” (1964: 75-76).

Y en una línea de actuación semejante, pero con un trabajo de investigación mucho más exhaustivo, surge en 1965 el estudio de Buysens “Homonymie et principe semique dans les remaniements lexicaux”. Su contribución, creemos, es la más importante de la época post-saussureana, si bien es cierto que tampoco tuvo una repercusión suficiente como para dejar huella en la tradición lingüística.

El trabajo de Buysens presenta por primera vez una reflexión metateórica sobre el concepto de etimología popular antes de, con y después de Saussure, y también sobre el modelo descriptivo-explicativo que nace en el entorno del estructuralismo. Partiendo de la constatación de que en torno a la idea de “etimología popular” existe una confusión evidente, este autor se desmarca de la terminología tradicional y opta por hablar de “reorganizaciones léxicas”, sugiriendo que se abandone la etiqueta *förstemanniana* (1965: 80). Asimismo, expone la tesis de que lo que llamamos “etimología popular” es en realidad una consecuencia de la ley del mínimo esfuerzo, que provoca homonimizaciones (cuando hay formas semejantes, con o sin relación semántica) y homosemización (cuando hay homónimos sin relación semántica).

En su estudio refuta dos ideas comúnmente aceptadas por sus contemporáneos: 1) la etimología popular responde a una búsqueda de motivación; 2) esta afecta sólo a palabras aisladas y poco frecuentes. Para rebatir la primera de estas le basta con analizar el ejemplo de la evolución en italiano de “Capitolium” a “Campidoglio” (citado por el propio Förstemann; 1851: 3), afirmando que una evolución como esa ni parece el resultado de una búsqueda etimológica, ni parece surgido del deseo de asimilar familias léxicas. Por otra parte, se plantea, en relación con la segunda de estas creencias, cómo es posible que la palabra “Capitolium” llegara a “aislarse” en el habla de los romanos, y por qué, en cualquier caso, iba nadie a necesitar darle sentido a un nombre propio con una atribución tan clara. Además rebate, en relación con esta misma creencia, la idea de la búsqueda de “motivación relativa” (en el sentido saussureano), para lo cual aporta numerosos ejemplos de palabras simples que se ven reemplazadas por otras palabras simples, como consecuencia de una interferencia paramórfica. Observa, a propósito también de la hipótesis estructuralista de la motivación, que hay autores como Orr o Pisani que se fijan casi exclusivamente en los casos que parecen corroborar esta tendencia (tipo “vagamundo”) en detrimento de aquellos que no parecen aclarar el significado en forma alguna (tipo “Campidoglio”; 1965: 13).

En contraposición a las ideas que refuta, Buysens enmarca la tendencia a homonimizar significantes con cierta tendencia general a la asimilación (no a la

motivación), que se observa también a otros niveles de descripción lingüística, como es el caso de la acomodación de pronunciaciones y grafías en los préstamos (p.e. inglés “pancake” > francés “pannequet”; francés “choc” > inglés “shock”). Tal tendencia es, para Buysens, una de las formas en que se manifiesta la ley del mínimo esfuerzo, que es, dentro de su teoría, lo único que en último término puede explicar la etimología popular. Recordemos que Ducháček había acudido a la misma ley, pero solamente para explicar el subconjunto de casos que él agrupaba con la etiqueta de “atracción léxica”.

La propuesta de Buysens para el estudio de las “reorganizaciones léxicas” establece una distinción entre: 1) homonimización sin influencia del significado, fenómeno en el que se hacen iguales, o semejantes, dos segmentos cuyos significados no guardan relación; 2) homonimización favorecida por los significados, que se da entre significantes cuyos significados sí tienen alguna relación; y 3) homosemización, fenómeno por el cual se hacen iguales, o semejantes, dos significados, en principio diferentes, de significantes idénticos o parecidos. Su taxonomía, basada en una terminología nueva, rompe con la idea de que todos estos cambios responden al supuesto fenómeno de la “etimología popular”, pues tampoco cree en un fenómeno de cambio que pueda etiquetarse así. En efecto, en su razonamiento nos dice que el uso de “popular” es inadecuado, ya que los cambios no surgen de una colectividad, como se deduciría por el significado de tal adjetivo (1965: 77). En cuanto al sustantivo “etimología”, considera un error usarlo aquí, porque el estudio de estos cambios no indica que se haya indagado el origen de la palabra para decidir cómo cambiarla (1965: 78-80). Sí reconoce, no obstante, que algunos casos de cambio formal se han basado en una retrospección etimológica (p.e. portugués “albricoque” > inglés “apricot” por la hipotética identificación con la frase latina “in aprico coctus”; 1965: 82).

También hay que señalar que en su criterio no se puede hablar de “homosemización” si no se ha producido un cambio semántico perceptible en el uso. Así pues, la creencia de que el francés “ouvrable” procede de “ouvrir” (1965: 67), tan citada entre sus contemporáneos, o la de que el inglés “buttery” está relacionado con “butter” (1965: 68) no son para este autor “homosemizaciones”; sí lo son, en cambio, los de “purblind”, que en inglés pasó de significar “totalmente ciego” a “parcialmente ciego”, y “parboil”, que de “completar el hervido” pasó a significar “hervir parcialmente” (1965: 82).

De haber tenido más repercusión su propuesta, Buysens habría cambiado el concepto de “etimología popular” de la forma más radical que podamos imaginar, a

saber, acabando con él definitivamente. Pero, como veremos, no fue así, dado que la inercia del concepto tradicional es mucho mayor que la fuerza del golpe asestado. En cualquier caso, de haber triunfado su postura, la idea de que toda reorganización léxica se debe a la ley del mínimo esfuerzo, se habría tenido que matizar⁶³, y muchos de sus ejemplos habría habido que revisarlos, ya que encontramos en su trabajo ciertas explicaciones que se contradicen con otras fuentes.

Sea como fuere, el concepto tradicional pervive entre los contemporáneos de Buyssens. En el mismo año de 1965 Baldinger publica el artículo “la pesadilla de los etimólogos” (en castellano), que no es estrictamente sobre la etimología popular sino sobre la “interdependencia entre las familias de palabras” en una perspectiva general y en un plano más concreto, sobre los fenómenos relacionados con la homonimia. Ahora bien, a la hora de explicar una “etimología popular”, la vinculación del francés dialectal “mouron”, ‘salamandra’, con el verbo “mourir”, nos da una explicación según la cual la interferencia formal crea la “base” para dicha etimología popular, y esta, en último término, genera una creencia (1965: 100). Lo interesante de esta explicación, para nosotros, es que sus presuposiciones nos llevan a deducir (o a confirmar) que para Baldinger la “etimología popular” es etimología pura: desinformada y paracientífica (ergo “popular”), pero etimología a fin de cuentas.

Es decir, Baldinger entiende que el sentido estricto de “etimología popular” es el de atribución de etimologías alternativas. De tal manera que no corresponde tal etiqueta ni a la interferencia formal en sí, ni a la creencia derivada de ella. Volvemos así a la interpretación más literal del término, que resulta incluso más literal que la del propio Förstemann, ya que este último denominaba “etimología popular” tanto a la causa como al efecto, merced a la metonimia que detectó Buyssens (1965: 14). En realidad Baldinger pone las cosas en su sitio: la relación formal es la base, el caldo de cultivo si se quiere; el nacimiento de una creencia es un fenómeno semántico, o parasemántico, y la etimología popular es, al menos en su sistema de creencias, la actividad cognitiva que posibilita el cambio. Pero ni la relación formal, ni el nacimiento de una creencia, ni el cambio mismo, son etimología popular. Otra forma, pues, de reconciliar el concepto tradicional con la necesidad que siente la lingüística moderna de establecer categorías claras. Otra cosa es que estemos de acuerdo o no con la hipótesis de que tal proceso cognitivo es equiparable con la especulación etimológica.

⁶³ Keller demuestra en su libro *On language change* (1994) que la ley del mínimo esfuerzo no es suficiente para explicar el cambio lingüístico.

La idea de que “el pueblo es etimólogo” pervive, pues, y la vemos también, leyendo entre líneas, en un comentario que hace Haugen a la ponencia de Hoenigswald “A proposal for the study of folk linguistics” (1966). Haugen cree que la etimología popular, “an established branch of linguistics”, quizás debería tener un lugar dentro del campo de la “folk linguistics” que propone aquél (1966: 21), lo cual le da a nuestra etiqueta tradicional, una vez más, el significado de “ciencia etimológica del pueblo” (1966: 21).

También en 1966 apareció *The Oxford dictionary of English etymology*, de Onions, que fue quien terminó la primera edición del *Oxford English dictionary*. El material que utiliza ahora, no es de sorprender, es el de los ficheros de esta última obra, si bien el estilo de las explicaciones etimológicas es mucho más homogéneo. Y en cuanto al tratamiento de la interferencia paramórfica, lo más destacado de su congruencia estilística es la eliminación total de los términos “folk etymology” y “popular etymology”. En su lugar encontramos expresiones que en el *Oxford English dictionary* alternaban con el uso de las etiquetas tradicionales, siendo las principales “association with x”, “assimilation to x” y “contamination with x”.

En un caso (sub verbo “avocado”, 1966: 65) encontramos “popular perversion”. y en otro (“belfry”, 1966: 87), “popular association”). Al desmentir la explicación errónea de apricot (“In aprico coctus”, 1966: 46) habla Onions de “baseless etymology”, y en el comentario de la falsa acronimia que explica “cabal” (Clifford, Arlington, Buckingham, Ashley, Lauderdale, 1966: 132) no hace uso si quiera del concepto de etimología. Parece, pues, que el diccionario de Onions se sitúa en una generación lingüística diferente en relación con su inmediato antecesor. Por otra parte, este rechazo a la etiqueta de “etimología popular” no es raro entre los etimólogos modernos, como hemos visto y volveremos a ver más adelante⁶⁴.

Dentro de otro género de diccionario, Mario Pei nos ofrece en este mismo año dos definiciones formales de “etimología popular”. La primera la encontramos en su “Glossary of linguistic terminology”, donde presenta como entrada “folk etymology” (y como sinónimos “popular etymology” y “associative etymology”). Lo define como un cambio únicamente formal, producido para que ciertas palabras se asemejen a otras más

⁶⁴ *The concise Oxford dictionary of English etymology*, editado por Hoad (1986), es prácticamente una versión abreviada del de Onions, ya que parte del mismo material, pero dando explicaciones más breves y suprimiendo entradas de menor importancia. En cuanto al tratamiento de la interferencia paramórfica, u otros fenómenos sospechosos de ser paraetimológicos, sigue la misma línea del diccionario de Onions, por lo cual no le dedicaremos más comentarios.

familiares (¿explicación teleológica?), independientemente de sus significados o verdaderas etimologías (1966: 93). Entre sus ejemplos da algunos muy conocidos de cambio puramente formal (“sparrowgrass”, “crayfish”, “bridegroom”). Como referencias cruzadas figuran el artículo “metanalysis” y “phonosymbolism”. El primero de estos fenómenos lo define como interpretación o análisis idiosincrásico de una forma preexistente, con o sin cambio formal estable. Añade que esto es lo que sucede en varios casos de “folk etymology” y de “misplaced juncture” (las aglutinaciones y deglutinaciones que A.S. Palmer incluyó en un apéndice de su diccionario *Folk-etymology*). En cuanto a la segunda de las referencias, el “phonosymbolism”, define este como el término usado en lingüística para aquellas excepciones a la regularidad de la evolución fonética que se deben al carácter simbólico u onomatopéyico de ciertos sonidos o segmentos sonoros.

Dentro del mismo año, su *Invitation to linguistics*, obra de carácter divulgativo, define la “folk or popular etymology” como un proceso por el que la “mente popular” crea asociaciones falsas entre palabras (1966: 103). Curiosamente, no se habla en esta definición del parecido formal entre palabras, ni tan siquiera de cambio lingüístico. Probablemente lo que de verdad ayuda a entender el concepto aquí sean los ejemplos que elige, a saber, “crayfish” y “surloin”, ambos muy citados en la literatura.

Observamos, por otra parte, que en este mismo libro se habla de “contamination or blending”, fenómeno que Pei no relaciona con la etimología popular, y que según este autor se da cuando dos palabras de procedencia distinta se unen en una sola. Es significativo que no se hable aquí de la mente popular como motor del cambio, ni de cómo en muchos casos la fusión se apoya en una semejanza entre segmentos fonéticos, lo cual mantiene esta obra en consonancia con la anterior, al menos en lo tocante a la idea implícita de qué es y qué no es etimología popular.

Al año siguiente, y sin dejar todavía a este autor, encontramos que en un breve capítulo, titulado “Usage and abuse”, de su libro “The many hues of English” se citan ejemplos de confusión vulgar entre palabras (p.e. “deprecate” y “depreciate”; 1967: 100). Muchos de estos podrían considerarse malapropismos, o incluso asociarse, como ya hicieron otros, con un concepto amplio de etimología popular. Pero no ocurre aquí tal cosa. Vemos, por tanto, que la idea prototípica de “etimología popular” sigue moviéndose en la dirección de un tipo de cambio generalizado, estable y con indicios de reanálisis.

También entre 1966 y 1967 tenemos la contribución de Eugenio de Bustos, traductor de Ullmann, que en dos artículos toca el tema de la motivación de las palabras mediante asociaciones: en el primero de ellos afirma que la pérdida de motivación está contrapesada por “la tendencia a analizar las formas léxicas, que conocemos con el nombre, quizá más afortunado de lo que se cree, de “Etimología popular” (1966: 259). En su opinión, no tiene sentido distinguir entre etimologías “del pueblo” y falsas etimologías de eruditos, ya que no es una cuestión de sabiduría sino de actitud, ni tampoco entre “etimología popular” y “etimología científica”, pues el hecho de funcionar por asociaciones sincrónicas la primera y tener la segunda por objeto de estudio la diacronía no las hace comparables.

En la tipificación de relaciones asociativas que pueden producirse entre las palabras descubrimos que, para Bustos, el término “atracción paronímica” se reserva a motivaciones basadas únicamente en la semejanza fonética, con lo cual se deduce que esta idea no es para él equivalente a la de “etimología popular”. En definitiva, para este autor la etimología popular se apoya en relaciones asociativas y actúa por la vía del análisis, “todo lo apresurado y expuesto a errores que se quiera, pero análisis a fin de cuentas –que consiste en relacionar el término que recibimos con el léxico que poseemos” (1966: 274).

En 1967 también, Hristea, autor de una tesis doctoral sobre etimología popular, establece en su artículo “Tipuri de etimologie populara” una taxonomía muy clarificadora, que distingue entre: 1) etimología popular que afecta sólo a la forma de la palabra; 2) etimología popular que afecta sólo al sentido de la palabra; 3) etimología popular que afecta a la forma y al contenido de la palabra; y 4) etimología popular “latente” (esto es, sin cambios aparentes, formales ni semánticos). Lo verdaderamente interesante de esta clasificación, que más adelante presentará en inglés (1978), es la constancia, a través de la categoría 4, de que puede haber “etimología popular” sin cambio lingüístico, que es la que existe en la mente del hablante en forma de simple asociación o la que se manifiesta en forma de atribución etimológica alternativa. Como en estos años irá desapareciendo entre los lingüistas la idea de “etimología popular” como actividad etimológica, aun cuando no se destierre la etiqueta *förstemanniana* para hablar de cambios formales y/o semánticos, la congruencia teórica del modelo de Hristea no tuvo la repercusión que quizá debería haber tenido.

En su artículo de 1967, centrado en el campo asociativo de la palabra, Bustos sólo hace referencia a la “etimología popular” para referirse a los efectos de las

asociaciones formales “en el plano diacrónico” (1967: 53). Las manifestaciones sincrónicas, según este autor, serían las paranomasias, retruécanos y calambures, todas ellas formas intencionadas de interferencia paramórfica. Quizás exista aquí una leve contradicción en relación con el artículo de 1966, que situaba la etimología popular en el terreno de lo sincrónico; o quizá sea un problema de comprensión por nuestra parte.

En 1968, Bolinger publica su *Aspects of Language*, obra que incluye un capítulo dedicado al cambio lingüístico (en realidad, casi exclusivamente al cambio léxico). En él encontramos interesantes observaciones sobre el lenguaje, en especial sobre procesos de cambio contemporáneos, pero la exposición es poco congruente en algunos aspectos, lo cual hace que no podamos describir su concepto de etimología popular sin algo de incertidumbre.

La explicación de Bolinger parte de una taxonomía de fenómenos de cambio que divide a estos en tres categorías (a las que no da una definición): “confusions of sense”, “interpretative change” y “compensatory change”. Al primero de estos grupos pertenecerían los “blends” (o “contaminations”) y los “malapropisms”; al segundo, las “interpretative corrections” (o “folk etymologies”), la “fusion” (la formación de una unidad léxica mediante composición, uniendo dos o más palabras ortográficas), el “change of meaning” y el “change of pattern” (que incluye “analogy” y “analysis”); en cuanto al tercero, este no presenta subdivisiones. Vemos aquí que la etimología popular se considera un fenómeno independiente del malapropismo clásico y de las contaminaciones, y todos estos a su vez se consideran independientes de la analogía, término que, una vez más, se reserva para los cambios en afijos y patrones sintácticos.

Ante esto surge una serie de dudas: ¿Debemos entender que no hay nada de interpretativo en los malapropismos y que no hay confusión en la etimología popular? ¿Son autoexcluyentes la interpretación y la confusión en un proceso de cambio? ¿No hay interpretación en la analogía? Hay que tener en cuenta que el malapropismo para Bolinger es siempre la sustitución de una palabra por otra, sin reanálisis, lo cual suele dar como resultado errores visiblemente irracionales, y que la etimología popular muestra reanálisis, o sustituciones parciales, lo cual sugiere reflexión consciente. De hecho, Bolinger parece ver la etimología popular como una especie de corrección formal de ciertas palabras, que a veces aporta sentido o transparencia, aun cuando no siempre sea así. En su explicación de la etiqueta tradicional nos dice: “This is what has given the name ‘folk etymology’ to the phenomenon: to linguists it appeared as if the ‘folk’ were giving themselves airs as etymologists in looking for associations of

meaning, analyzing a word in a spurious way” (1968: 105). Y aunque en la explicación Bolinger no aclara si para él hay una verdadera actividad etimológica detrás del fenómeno, el texto del apartado en su globalidad sugiere que para este autor la etimología es más el resultado de la reflexión consciente que el resultado de una confusión inconsciente.

Entre los ejemplos que da Bolinger de etimología popular, casi todos de cambio formal, encontramos cuatro que, de una u otra manera, requieren comentario. En primer lugar, nos habla de la forma “shined” usada en lugar de “shone” en inglés (1968: 105). Nótese que este es un ejemplo que la mayoría de los lingüistas etiquetaría como analogía (en cualquier caso, que no se suele etiquetar específicamente como etimología popular). De todas maneras, no ilustra bien el tipo de error etimológico que cometía el pueblo (según esos lingüistas a los que se refería Bolinger), pues no implican identificación errónea de étimos. En segundo lugar, llama “folk etymology” a decir “a slam (o ‘belt’) of liquor” en lugar de “a slug of liquor” (del irlandés “slog”, ‘trago’), por tomar “slug” con el sentido de “golpe” (1968: 105.). Aquí sí está claro que subyace una asociación etimológicamente errónea, pero ¿puede hablarse de corrección formal? Lo que se ha producido en realidad es una sustitución sinonímica que no desplaza a la forma original, y esto deberíamos considerarlo un fenómeno secundario, surgido tras la asociación entre formas. El tercero de los casos que comentamos aquí es el siguiente: si alguien oye decir “He’s a wiz (< wizzard) at math”, ‘Es un mago/genio de las matemáticas’ y entiende “whiz” (que daría el sentido ‘Es una bala con los problemas matemáticos’), está haciendo, según Bolinger, etimología popular (1968: 105). Pero aquí tampoco hay una corrección evidente, aunque sí puede hablarse de interpretación, ligada, eso sí, a un contexto. Por último, también se nos dice en este apartado que es etimología popular el escribir “reign” en vez de “rein” en la frase “to give it free reign” (1968: 105). Sí puede hablarse aquí de corrección, pero ¿en qué medida se distingue del malapropismo, aparte del hecho de que este error sólo es evidente en el lenguaje escrito? ¿Cómo se demuestra que no es simplemente una ortografía mal aprendida? Además, se da la circunstancia de que las palabras “rein” y “reign” están emparentadas etimológicamente, aunque el hablante no tenga esa impresión.

Como se ve, los pequeños problemas de congruencia que encontramos en este y en otros casos confirman lo que en estas páginas queremos señalar, que es la falta de rigor conceptual con que solemos tratar los fenómenos de interferencia paramórfica. No sólo no son precisas las definiciones, sino que a veces los ejemplos revelan que en la

práctica dejamos que afloren otras ideas que no expresamos en nuestra formulación teórica.

Digamos, por último que, sea etimológica o no la etimología popular en su teoría lingüística, Bolinger distingue entre esta y los errores de los etimólogos (la “etimología erudita” de Förstemann). Para este tipo de explicaciones sin base científica acuña el término “guesstymologies” (1968: 105-106). Advertimos también que sus ejemplos de etimología popular incluyen casos de cambio individual (que no identifica con los malapropismos, probablemente porque son sustituciones parciales) y grupal, junto con otras que se han generalizado en la lengua.

En 1968 también, Malkiel publica *Essays on linguistic themes*, otra obra con frecuentes incursiones en el terreno de la etimología. Una vez más, las referencias a la etimología popular son esporádicas, sin que se centre en esta ninguno de sus estudios, y sigue siendo difícil encuadrar dicho fenómeno en su planteamiento global. No obstante, volvemos a percibir que lo entiende como un tipo de cambio formal, siendo uno de los diversos “procesos asociativos”, “interferencias léxicas” o “interferencias asociativas” que pueden darse en la evolución de la lengua. En cualquier caso, no utiliza nunca el término “folk etymology” para las hipótesis etimológicas erróneas (con una posible excepción: a la interpretación de “S.O.S” como “save our souls” la denomina “folk-etymological reinterpretation”; 1968: 374). Distingue por otra parte, sin relacionarlos en forma alguna con la “etimología popular”, ciertos fenómenos del entorno, que denomina “false regression” y “lexical blend”. En conclusión, dentro de su indeterminación teórica al respecto, parece que podemos entrever las mismas ideas que veíamos en su obra de 1961.

En este mismo año, un artículo de Knobloch describe la etimología popular como un “malentendido creativo”, idea que nos retrotrae a los tiempos de Gilliéron y a sus ideas sobre la supuestamente necesaria biodiversidad lingüística que se nutre de etimologías del pueblo.

En 1969, el lexicógrafo Julio Casares hace unas observaciones sobre la relación entre etimología y lexicografía, con algunas alusiones a la etimología popular. En su tratamiento del tema se muestra claramente förstemanniano, hasta el extremo de mantener la tradicional metonimia causa-efecto. Así pues, habla de la etimología popular como cambio lingüístico y también como identificación de hipótesis etimológicas. Y en relación con esta última acepción, llega a dictaminar que el lexicógrafo ha de saber percibir la misma etimología que vio el pueblo en su momento;

de lo contrario no estaría transmitiendo el trasfondo etimológico y semántico de una palabra (1969: 41). Asimismo, todo lexicógrafo debe cuidarse, según Casares, de la tentación de inventar falsas acepciones inspiradas por una interferencia formal (1969: 42).

En el mismo año Cienkowski publica el artículo “The initial stimuli in the process of etymological reinterpretation (so-called folk etymology)”. Su única aportación destacable está en el plano terminológico, ya que sugiere en él la etiqueta de “reinterpretación etimológica” como alternativa a la tradicional. Pero por lo demás no hay nada verdaderamente nuevo. La nueva etiqueta prescinde del elemento “popular”, como ya se vio en otras propuestas, pero mantiene la presuposición de que se trata de un fenómeno de base etimológica.

Además, su afirmación, por otra parte, de que este concepto no se refiere a uno sino a varios fenómenos diferenciados no es nueva, y, por otra parte, no llega a desarrollarla (su artículo sólo habla de cambios semánticos y cambios formales). Y en sus conclusiones viene a decir que la causa principal de la etimología popular (el “estímulo”, en su terminología) es la necesidad de dar motivación a palabras “aisladas”, un término un tanto impreciso, que utilizan otros autores (p.e. Olschansky 1996), mientras que el punto de apoyo sería la similitud fonética entre formas. Nada nuevo, en definitiva; todas estas ideas las podemos encontrar sin salir de esta misma década.

En 1970 Chantraine retoma el concepto de “etimología estática”. Hasta ahora, recordemos, no se ha dicho que este concepto sea equivalente al de “etimología popular” (recuérdese, no obstante la identificación que hace Baldinger 1986). Ahora bien, esta vez nos encontramos con que el autor, después de exponer ciertas asociaciones entre parónimos con las que jugaban los filósofos griegos, nos dice que “a un nivel inferior” este tipo de relaciones dan lugar a lo que se denomina “etimología popular” (1979: 90), con lo cual el concepto que nos ocupa parece reencuadrarse ahora como “etimología estática en manos del pueblo”. Dicho de otra forma, se vuelve a formular la idea de que la etimología popular es la creación de asociaciones de palabras, sin abandonar la creencia de que se basa en especulaciones hechas de forma paracientífica por “el pueblo”. Desde nuestra perspectiva, apenas ha cambiado nada en relación con las teorías de Förstemann.

Y en este mismo año de 1970 Baldinger insiste, por su parte, en que recordemos que la etimología popular es, ante todo, un tipo de motivación secundaria. Pero también nos la presenta como creación de explicaciones hipotéticas, sin que tenga que

producirse necesariamente un cambio formal a consecuencia de estas. En suma, lo que parece constituir la esencia de la etimología popular es el hecho de que se establezcan asociaciones, y que estas son un factor de motivación. Como dato de interés, añadimos que Baldinger reconoce que la llamada “motivación” no siempre da como resultado una explicación lógica del significado de la palabra (lo que Buysens ilustraba con “Capitolium” > “Campidoglio”, con la diferencia de que para este autor, ahí no hay motivación ninguna). Se plantea entonces la cuestión de si el concepto de “motivación” significa lo mismo para todos.

En este mismo año el léxicógrafo Manuel Seco, en un estudio sobre el lenguaje popular en el teatro de Arniches, distingue entre etimología popular “interna” y “externa” (1970: 69). Con la primera categoría se refiere a interferencias entre palabras o morfos que están relacionados etimológicamente (p.e. “anticuario” x “antiguo” > “antiguario” 1970: 69); con la segunda a la sustitución entre segmentos formales no emparentados (p.e. “antídoto” x “de todo” > “antidetodo” 1970: 71). Lo interesante de esta clasificación, y de los ejemplos que la ilustran, es, no sólo que incluye la asociaciones entre palabras emparentadas, algo que tácita o expresamente excluyen muchos lingüistas, sino que todos los ejemplos son de cambio formal no generalizado (malapropismos clásicos; aunque muchos autores también los excluirían de esta categoría por no ser sustituciones totales).

Hay otras dos características que hacen llamativo aquí el uso de “etimología popular” en este caso: la primera es que la mayoría de los ejemplos, son, más que reinterpretaciones con una nueva motivación, confusiones formales, por lo que muchos les negarían la etiqueta de “etimología popular” y los denominarían posiblemente, “contaminaciones” o “mezclas”; la segunda es que todos los ejemplos son literarios (aunque podrían basarse en la observación de hablantes reales), probablemente fruto de una creación consciente, y, como ya vimos antes, ante inclusiones de este tipo en el ámbito de la etimología popular existe cierta división de opiniones. En conclusión, este concepto sigue abierto a toda clase de interpretaciones, y con frecuencia surgen ejemplos que por una o más razones se sitúan fuera de la idea prototípica.

En cuanto a los filólogos “atomistas”, es decir, aquellos que se centran más en los casos prácticos que en la teoría, debemos decir que se ve acrecentada la tendencia a converger en un concepto prototípico, sin que deje de haber interpretaciones amplias y ambiguas, ni novedades curiosas, como veremos a continuación.

Para muchos de estos autores el concepto de etimología popular sigue abarcando ese amplio espectro de fenómenos al que nos hemos referido anteriormente, que uno puede ver o no como emparentados. Una mayoría, eso sí, usa en estos años la etiqueta de “etimología popular” para referirse sólo a ejemplos de cambio formal (p.e. Mencken 1962; Cassidy 1966; Chapman 1966; Stewart 1970). Otros, por ejemplo Neuffer (1966), nos presentan casos de cambio formal acompañados de atribuciones etimológicas alternativas (en el caso de Neuffer, explicaciones sobre el origen de topónimos). Stephenson (1967) llama “folk etymology” a una atribución o asociación etimológica, a saber, la relación que establecen sus hijos entre el misterioso sufijo “cran-” de “cranberry” y la palabra “crayon”.

También se percibe cierta tendencia al acuerdo, que no unanimidad total, en cuanto a la extensión del cambio que se categoriza con esta etiqueta. La mayoría de los autores reservan la denominación de “etimología popular” para el cambio formal generalizado. No obstante, seguimos encontrando quienes la aplican a casos de cambio grupal e individual, como hacen por ejemplo, Pohl (1965), Rabanal (1969) y Carnicer (1969). El último ejemplo del párrafo anterior (Stephenson 1967), sin ser de cambio formal, sí es claramente de cambio grupal, prácticamente individual.

En cuanto a la cuestión puramente terminológica, esto es, la cuestión de si es apropiada la etiqueta *förstemanniana* o si, por el contrario, debe usarse una denominación alternativa (una vez establecido, claro está, que hay una realidad concreta que denominar), vemos que la inmensa mayoría aboga por el nombre tradicional. Las excepciones son escasas. Algunos mantienen el término antiguo “corruption” (p.e. Remmick 1969; Mencken 1962, este último en alternancia con “folk etymology”). Sólo un autor francófono, Pohl, defiende el uso de “atracción paronímica” y “atracción homonímica”, al tiempo que critica expresamente el uso de “etimología popular”, basándose en las opiniones que publicó Buysens en ese mismo año. Y para algunos casos, Pohl propone el término “substitution motivante”, muy en consonancia con las ideas de la época (1965: 382). Por último, nos encontramos con los inevitables casos de autores que describen casos de interferencia paramórfica sin darles etiqueta alguna (p.e. Quimby 1969), cosa que por otra parte es perfectamente aceptable si no se están clasificando fenómenos lingüísticos.

Pero también hay novedades: tres en concreto, que aparecen al final de la década. En primer lugar, Knowlton (1970), en un artículo sobre los préstamos del chino, japonés y coreano en el *Webster's Third*, usa el término “folk etymology” para referirse

a un error de traducción que desvirtúa cierto comentario etimológico del famoso diccionario (1970: 12). Se trata, pues, de una aplicación surgida en el plano interlingüístico y reflejada exclusivamente en la actividad metalingüística, aunque referida, eso sí, a la etimología, si bien no es aquí la del “pueblo” la que se describe.

Guiraud, por su parte, habla en este mismo año de un nuevo fenómeno relacionado con el concepto clásico. Nos dice que hay etimólogos que inventan “etimologías populares” ficticias cuando desconocen la verdadera etimología de una palabra, y la atribuyen a los hablantes iletrados. Para esta forma de negligencia filológica acuña dicho autor el término “pseudo-fausses-étymologies” (1970: 9).

Pero lo más sorprendente, sin lugar a dudas, es el artículo de Oduyoye, del mismo año, sobre etimología popular en lengua yoruba. Este autor denomina “folk etymology”, aparte de a los fenómenos habituales, a una curiosa interpretación, mediante la cual los hablantes de yoruba “le ponen letra” a un toque de tambor que reproduce la pauta de entonación de una frase en inglés (“This is the Nigerian Broadcasting Service”), convirtiéndolo en una frase de su propia lengua (1970: 148). Probablemente este sea el único caso en que se denomina “etimología popular” a un fenómeno de reinterpretación de secuencias sonoras no verbales, con la excepción, quizás de Veny (1990), pues tales adaptaciones, incluidas las palabras que reproducen el canto de los pájaros, se suelen categorizar como onomatopeyas.

CAPÍTULO 9

EL PROBLEMA CONCEPTUAL EN EL PERÍODO POST-SAUSSUREANO (2): 1971-2000

9.1. Introducción

A partir de la década de los 70 se aprecia ya, aunque sin consecuencias considerables y de forma más bien indirecta, el efecto de la llamada “revolución generativa” chomskiana, que en realidad empezó a cobrar importancia para la lingüística general en las dos décadas anteriores. Los nuevos derroteros que toma la lingüística teórica, más preocupada ahora por todo aquello que pueda reducirse a reglas, lleva a un plano marginal, y prácticamente destierra, toda una serie de cuestiones que venían ocupando a la filología tradicional desde el siglo XIX, entre ellas la de la etimología popular.

Desde este momento, los pocos lingüistas que aún estudien el fenómeno, o que simplemente lo mencionen, serán casi siempre los de la “vieja escuela”, es decir, aquellos que no se han acercado a las innovaciones de la vanguardia lingüística y que en consecuencia actúan como si nada hubiera pasado, ya sea siguiendo el antiguo modelo estructuralista, u operando sin un modelo teórico explícito. Las excepciones, esto es, los casos en que hablan de etimología popular autores que de una u otra manera se han apercibido del cambio, son más bien escasas (p.e. Anttila 1972 y 1977; Garnes 1978; Fidetholtz 1978; Zwicky 1979; Barnes 1980). Como consecuencia, no va a haber muchas ideas nuevas en cuanto a qué es etimología popular, ni a cuál es su causa, ni a cómo se encuadra en relación con los fenómenos de cambio lingüístico. Ahora bien, algunas de las ideas que encontramos resultan especialmente clarificadoras de cara al problema conceptual y merecen una atención especial.

Paradójicamente, en estas tres últimas décadas del siglo XX parece multiplicarse el número de estudios que tocan el tema de la etimología popular. La razón de esto es que la investigación académica en general, y la lingüística en particular han experimentado un considerable incremento, con lo cual no es extraño que abunden las publicaciones sobre cualquier tema, hasta los más marginales. Asimismo aumenta en mayor medida la producción de trabajos que no son estrictamente académicos, como son las obras divulgativas sobre léxico y etimología. Todo ello explica por qué, en un

período en que parece perderse el interés sobre este fenómeno, nos encontramos con que se escribe más sobre él, y se menciona más, que en ningún otro.

9.2. El período 1971-2000

9.2.1. La década 1971-1980

En esta época de cambio de paradigma se inicia un debate de enorme complejidad en torno a la idea de analogía, provocado en parte por la incierta y cambiante postura de los generativistas, que en un primer momento cuestionaban la validez y hasta la misma existencia del fenómeno, para después rectificar su postura. Así, en los primeros años de la hegemonía chomskiana se le niega a la analogía un papel en la creación de un modelo lingüístico lógico; pero a finales de la década de los sesenta se vuelve a reivindicar su importancia, aunque con cautelosas matizaciones.

Este debate, que enfrenta a chomskianos y no chomskianos, y a veces incluso a los chomskianos entre sí, nos lleva hasta los mismos fundamentos filosóficos y psicológicos del concepto de analogía (Anttila 1977), ya que para algunos de los implicados la base de todo pensamiento y aprendizaje, incluido el lingüístico, es analógica. Pero lo que nos interesa de todo esto es que la analogía de la que hablan ahora los lingüistas ya no es la que incluía (al menos para algunos) la “etimología popular”: esta analogía que se analiza ahora con tanta profundidad se refiere sólo a los paradigmas morfológicos y a la sintaxis, es decir a todo aquello que presenta unos patrones de regularidad. Una excepción notable es la obra de Anttila de 1972, que en su capítulo sobre analogía trata los temas de la etimología popular y de la contaminación⁶⁵. Encontraremos en la década siguiente otras dos excepciones notables en Hock (1986) y Coates (1987). Pero en líneas generales, para la teoría lingüística de vanguardia, ese debate, nunca iniciado oficialmente, ni nunca oficialmente cerrado, sobre si es o no es analogía la “etimología popular”, no parece ya tener razón de ser, y muchos de los que

⁶⁵ Sin embargo, su obra monográfica sobre el mismo tema, el libro *Analogy*, de 1977, ya no se detiene en el fenómeno de la etimología popular: Sólo menciona brevemente ciertas palabras que han sido “folk-etymologized” (p.e. “sparrow grass”; 1977: 83). Pero en ningún momento se discute aquí la relación entre analogía y etimología popular, como hacía en 1972. En cualquier caso, no parece que haya decidido desterrarla, pues en una bibliografía que publicaron Anttila y Brewer en 1977 sobre la analogía encontramos textos clásicos sobre “etimología popular”, entre ellos Andresen (1876) y Palmer (1882). También, Bynon hace un amplio estudio sobre analogía en esta década sin dedicar una sección a la etimología popular. Uno de los planteamientos que expone distingue entre “analogical change”, que regulariza la morfología flexiva y derivativa, y “analogical creation”, que origina nuevas unidades léxicas (1977: 34). Puede entenderse que lo que otros llaman “etimología popular” se englobaría, según este esquema, en la categoría de “analogical creation”. De hecho, Bynon da el ejemplo de “beefburger” dentro de este grupo, afirmando que se apoya en una reinterpretación semántica (1977: 40).

vuelven a él (p.e. Zamboni 1976), lo hacen, como decíamos antes, desde la “vieja escuela”.

En relación con el marco general de fenómenos de interferencia paramórfica, y en concreto con los accidentales, debemos señalar también que en esta década se consolida como área de investigación el lapsus verbal, cuyo estudio vuelve a ganar interés con la obra cuasiseminal de Fromkin (1973). Una de las líneas de trabajo que se desarrollan es la del “malapropism” de Fay y Cutler, que en este contexto se refiere a un error espontáneo en el que reemplazamos una palabra por otra formalmente similar pero irrelevante en nuestro discurso. Claro está que en el estudio del lapsus, más psicolingüístico que filológico, no se busca normalmente la relación con la etimología popular (como hizo el precursor Meringer), aunque en estas páginas encontraremos dos salvedades, en la comunicación de Garnes de 1978, y también en Garnes y Bond (1980). El caso de Zwicky (1979) es distinto, pues su concepto de “classical malapropism”, que también veremos aquí, no hace referencia a un error espontáneo, sino a un tipo de interferencia estable, luego no accidental.

Pero volvamos al seguimiento cronológico, puesto que sigue habiendo datos de interés entre las contribuciones individuales. En efecto, aunque a simple vista parece haberse zanjado toda diferencia al imponerse la fórmula que describe la etimología popular como una especie de “asociación” o “reagrupamiento” entre familias de palabras (tal es la conclusión a la que llega Olschansky 1996), un análisis detallado revela que sigue habiendo infinidad de variantes en cuanto al modo de entender el fenómeno. Esto se debe en parte a la vaguedad que hay en dicha explicación (o definición), ya que la idea de las “asociaciones de palabras” no precisa si la etimología popular es causa o efecto, ni a qué niveles se manifiesta, y en parte al hecho de que este modelo descriptivo aún convive con distintas versiones de la idea *förstemanniana*, esto es, la de que la etimología popular es básicamente una forma de hacer etimología. Es más, la idea de la asociación de familias léxicas no es del todo incompatible con la visión “etimológica” de la etimología popular (otra consecuencia de la imprecisión de las explicaciones). La combinatoria entre posibilidades interpretativas pone el resto, como a continuación veremos.

Comenzamos con definiciones formales. En 1972, el *Dictionary of language and linguistics* de Hartmann y Stork define “folk etymology” como “la sustitución de una palabra desconocida por otra más familiar” (1972: 86), lo cual, si se interpreta literalmente, limita el ámbito de uso del término, ya que esta definición no contempla ni

las sustituciones parciales por reanálisis morfológico ni el cambio de contenido. Ahora bien, como los ejemplos que la acompañan sí muestran reanálisis (p.e. “sparrow-grass”) y sustituciones entre afijos (“sur-loin” > “sirloin”), parece que estamos, más que ante una reducción del ámbito conceptual, ante un problema de incongruencia, e incluso ante una definición fallida. Lo que sí parece claro es que los autores entienden la etimología popular como cambio sólo formal. La consideran, por otra parte, resultado de la analogía y la asimilación, que no sabemos si se deben entender como dos cosas esencialmente distintas. No la relacionan, sin embargo, con el malapropismo, que se define aquí como el uso inapropiado de una palabra inducido por el parecido formal con otra (1972: 136).

Y encontramos en este mismo año otra definición formal, aunque no de diccionario, en la obra *English dialects* de Wakelin, que nos presenta la “folk etymology” como “popular interpretation of unfamiliar words in terms of more familiar ones (either semantically related or unrelated)” (1972: 71), relacionándola con la necesidad psicológica de explicar lo desconocido sobre la base de lo conocido. La explicación de Wakelin enfatiza, como vemos, el componente cognitivo, la búsqueda de sentido por parte del individuo, por encima de sus consecuencias en el sistema de la lengua.

Nada nuevo, por tanto. Sin embargo, en el mismo año encontramos una perspectiva radicalmente diferente. Nos referimos al *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, de Ducrot y Todorov, donde, si bien no se nos da una definición, se hace referencia a cierta “etimología popular” (esto es, a un caso concreto), y se explica que esta ha sido inventada por los hablantes porque se integraba bien en el sistema de la lengua (1972: 182). Aunque estos autores comparten con Wakelin la idea de la etimología popular como producto de una intencionalidad, aquí llama la atención el que por una vez no se hable del fenómeno como una forma de dar motivación o transparencia a una palabra sino como forma de dar coherencia al sistema, lo cual sin dejar de ser una interpretación teleológica, conlleva la novedad de relacionar el cambio léxico con la necesidad de regularizar una estructura.

Sin dejar aún este año y volviendo a la cuestión de la analogía, en 1972 Anttila le dedica a este tema un capítulo de *An introduction to historical and comparative linguistics*, en el cual se habla de la “folk etymology” como “another distinct case of iconic remodeling” (1972: 92). Y es que Anttila está aplicando el concepto de iconicidad (término acuñado por Morris en 1946) a la analogía, entendiendo que el

cambio analógico consiste en dar semejanza formal a lo que es semánticamente similar, lo cual viene a ser la esencia de la iconicidad lingüística. Desde esta perspectiva, la analogía se ve como “remodelación icónica” o, anticipando el término que usaría Collinge en 1986, “reiconización”⁶⁶.

Esto es interesante, porque vemos aquí una nueva línea de revisión lingüística del viejo concepto *förstemanniano*: aparte de la evidente relación de inclusión que en un principio parece establecer Anttila entre analogía y etimología popular, se ve que la analogía en general y la etimología popular en particular se identifican como fenómenos de cambio orientados en el sentido de la iconicidad lingüística, la cual se entiende, según decíamos antes, como la tendencia a que las semejanzas semánticas se reflejen en semejanzas formales. Esta revisión que hace Anttila supone un reencuadre muy interesante del concepto de etimología popular, ya que la sitúa, quizá por primera vez, en un marco teórico general en el cual parece encajar adecuadamente y sin incongruencias.

En cuanto al concepto que tiene este autor de la “etimología popular”, vemos que en estas páginas la explica como la sustitución de las formas menos familiares por otras más familiares (1972:92), esto es, como cambio lingüístico (en rigor sólo formal) y no como actividad mental. Afirma asimismo que, por no ser un fenómeno “etimológico” ni “popular”, deberíamos referirnos a él como “reinterpretación” o “adaptación” (1972: 92). Si bien no es novedoso lo de criticar la etiqueta *förstemanniana*, sí lo son sus propuestas terminológicas. En efecto, el hecho de que prefiera Anttila unos términos tan genéricos en detrimento de la denominación tradicional nos lleva a pensar que su reencuadre del concepto de “etimología popular” pasa por desvincularlo de las creencias que se asocian con esta etiqueta y pensar en él, más al estilo de Buysens, como simple reorganización léxica.

También nos dice Anttila, contradiciendo a otros autores, que la justificación semántica no es un requisito esencial en este tipo de reinterpretaciones. Asimismo dice que también es posible la reinterpretación sin un cambio formal, y nos da el ejemplo de un niño (el hijo de Sturtevant) que interpretó la palabra “irrigation”, al hacersele una irrigación de oído, como algo relacionado con “ear”, lo cual sólo se hizo patente cuando dijo “nosigation” para hablar de una irrigación nasal. Según Anttila, en la interpretación

⁶⁶ En realidad, si puede identificarse la idea de “remodelación icónica” con la de “reiconización”, no es tanto por el uso que hace Collinge de este término (1982: 9), sino más bien por el modo en que lo usa, seis años más tarde, Bolinger, que trata los lapsus y las etimologías populares como ejemplos de reiconización (1988: 241).

latente de “irrigation” como **“ear-igation”* ya ha habido un “reanálisis inductivo”, siendo el neologismo “nosigation” una “derivación deductiva” (1972: 93). En esta distinción terminológica encontramos una alternativa mejor al uso simplista de “folk etymology” para casos como “beefburger” y “monokini”, ya que en ellos confundimos el reanálisis mental (causa) con el neologismo resultante.

Pero también incluye Anttila en este capítulo, y en el mismo apartado que dedica a la “folk etymology”, casos de reanálisis donde no hay confusión paramórfica (p.e. “foodholic”). Aquí ya hay un primer indicio de que la “reinterpretación” de Anttila no equivale necesariamente a interferencia paramórfica.

Por otra parte, en el apartado siguiente al que se dedica a la “folk etymology” continúa hablando de reinterpretaciones, y aquí incluye casos de aglutinación y deglutinación (p.e. “a nadder” > “an adder”) o de afijos mal localizados (p.e. en latín “urbanus”, formado sobre “urb-” y “-anus”, siendo el verdadero sufijo derivativo “-nus”, como en “roma-nus”; 1972: 93).

Pero la conclusión a la que llegamos es que Anttila, cuando habla de “reinterpretación” en estos casos, está hablando de algo más que la “folk etymology” que definía unas líneas más arriba, pues esta era tan sólo una cuestión de sustituciones entre formas semejantes y ahora estamos ante una variedad de fenómenos mayor. Por tanto, aunque está claro que Anttila no desconoce la idea tradicional de etimología popular, nos parece que en realidad prefiere hablar del fenómeno que englobaría a esta, a saber, el de la reinterpretación, el cual se incluye a su vez en la categoría de analogía (que entendemos como “cambio iconizador”), y no usar, en definitiva “folk etymology” como término lingüístico. O sea, Anttila parte del concepto tradicional, no para mantenerlo tal y como se ha transmitido, ni tampoco para cambiarle la denominación, basándose en una explicación nueva, sino para sustituir el constructo teórico amplio por la realidad lingüística en la que él cree que se engloba el fenómeno.

En 1973 encontramos otros dos diccionarios de lingüística que contienen definiciones del fenómeno que nos ocupa en estas líneas.

El *Dictionnaire de linguistique* de Dubois nos presenta otra vez una definición de etimología popular en la que el fenómeno básico es la asociación entre palabras que, “consciente o inconscientemente”, hace el hablante basándose en parecidos formales (1973: 199). El cambio formal (y a veces semántico) que se produce es, según Dubois, la consecuencia de esa asociación, luego entendemos que el cambio lingüístico que se percibe no es la etimología popular propiamente dicha, sino un fenómeno supeditado a

esta. En cuanto a los ejemplos ilustrativos que acompañan a la definición, “choucroute” y “forcené”, son de cambio formal los dos. Por tanto, uno no sabe si debe interpretarse la idea de “etimología popular” como fenómeno de cambio o como la confusión mental que subyace a este tipo de cambios. Estamos pues, ante una nueva versión del problema creado por la metonimia *förstemanniana*.

Pero hay otros detalles de interés en este diccionario. En otro párrafo del mismo artículo aparece el viejo término “fausse étymologie” como sinónimo de “étymologie populaire” y se contrapone este concepto al de “étymologie savante” (que aquí no parece equivaler a la “erudita” de Förstemann, sino a la verdaderamente científica), lo cual nos indica que Dubois tiene una idea mucho más *förstemanniana* de lo que podía parecer en un principio. Como ya decíamos antes, la formulación moderna que describe la etimología popular como asociación entre familias léxicas no implica necesariamente una concepción distinta de la que la ve como una forma de etimología.

Por otra parte, nos da Dubois como sinónimos de “étymologie populaire” los términos “attraction paronymique” y “étymologie croisée”, sin más explicaciones. Debemos recordar al respecto que la idea de atracción paronímica suele implicar una concepción no etimológica de la etimología popular, cosa que aquí no se explica, y ello podría indicar que han desaparecido las connotaciones originales en el uso moderno (ya habíamos advertido un cambio en este sentido en Guiraud 1956). En cuanto a la “etimología cruzada”, ya vimos en estas páginas que Vendryes acuñó el término, no como sinónimo de “etimología popular” sino para referirse a palabras cuyas evoluciones fonéticas acaban por confluír, dando lugar a una palabra con dos étimos (Vendryes 1955). Está claro que tal confusión de conceptos tenía que darse tarde o temprano, y aquí está la evidencia.

Y todavía hay un último detalle en el plano terminológico que creemos debe mencionarse. Afirma Dubois en párrafo aparte: “On reserve parfois étymologie populaire aux erreurs individuelles comme Trois-cadéro pour Trocadéro, étymologie croisée designant alors les faits consacrés par la langue” (1973: 199). Entendemos que se refiere a que ciertas personas llaman “etimología popular” al cambio formal individual, esto es, al malapropismo clásico, y “etimología cruzada” al cambio generalizado. No tenemos documentada esta especialización de los términos, que, por lo demás, no se corresponde con la distinción que hizo Vendryes en su momento (1955:

174-175). Puede tratarse, creemos, de una interpretación errónea que circuló en esa época y que habría llegado a oídos de Dubois en alguna ocasión.⁶⁷

Añadamos, por último, que en una revisión de las referencias cruzadas no encontramos “etimología popular” en el artículo dedicado a la analogía, aunque sí aparecen “etimología popular” y “falsa motivación” bajo el artículo “motivación”. Todo lo cual nos da a entender que el concepto saussureano pervive aquí casi en estado puro, arrastrando tal vez lo más básico del förstemanniano, si bien el constructo se va fusionando en su evolución con ideas paralelas que han surgido sobre la marcha.

El otro diccionario de lingüística que aparece en 1973, el de Lewandowski, nos da también una definición algo problemática, pues habla de la etimología popular, bien como búsqueda de explicaciones etimológicas basadas en otras palabras de etimología más clara o conocida, o bien como el intento de enlazar palabras o elementos léxicos desconocidos con algo conocido. Curiosamente, no hay referencia alguna al parecido formal en que se apoyan estas explicaciones o asociaciones, ni tampoco parece ser relevante la idea de si hay o no cambio lingüístico por efecto de dicha “etimología popular”. Sin embargo, una vez más, los ejemplos salen en auxilio de la definición. No se hace mención de este fenómeno, por otra parte, en los artículos dedicados a “analogía” ni “contaminación”. En definitiva, parece que aquí pervive la idea estructuralista de que la etimología popular es, ante todo, la creación de nuevas asociaciones entre palabras, y no tanto un fenómeno de cambio lingüístico con manifestaciones externas.

Y en este mismo año, en 1973, Baldinger vuelve a escribir sobre el tema, en un artículo sobre la influencia de la lengua en el pensamiento. Aquí, sin entrar realmente en la formulación habitual de la hipótesis Sapir-Whorf, Baldinger escribe sobre la generación de conceptos y creencias que originan dos fenómenos de cambio lingüístico, que él etiqueta como “etimología popular” y “paralelismo semántico”. Y es en esta distinción donde hacemos las primeras reflexiones. La denominación de “paralelismo semántico”, o “cambio semántico paralelo” la aplica el autor a aquellos casos en los que una misma palabra desarrolla dos sentidos diferentes (la polisemia típica), dándose la circunstancia de que los usos nuevos acaban por interferir entre sí, como si se tratara de dos palabras diferentes. Y, curiosamente, para este fenómeno nos da, entre otros

⁶⁷ La versión española del diccionario de Dubois (1979) añade los ejemplos de “altozano” por “antuzano” (1979: 260) y “estiratrapo” por “esparadrapo” (1979: 261), este último como ilustración del “error individual”.

ejemplos, el de “travailler un cheval”, que hace casi diez años explicaba como “una especie de etimología popular” (1964: 259). Ahora bien, si ahora desvincula este caso del ámbito de la etimología popular, es porque está operando con unos conceptos mejor delimitados: “l’*étymologie populaire* rapproche d’une façon *étymologiquement* fausse deux familles de mots distinctes; le *parallelisme sémantique* se produit à l’intérieur d’une seule et même famille” (1973: 272)⁶⁸.

La idea de que la etimología popular relaciona palabras que no tienen verdadera relación etimológica ya se había formulado antes, pero esta es la primera vez, creemos, que se aplica el rasgo de la no-relación etimológica para discriminar entre fenómenos. Asimismo, aplicando el mismo criterio, Baldinger cuestiona en este artículo que deba considerarse etimología popular el caso de “perce-oreille”, que en la obra de Ullmann y Wartburg se presentaba como ejemplo típico de dicho fenómeno (1962: 183). Nos quedaría la duda, no obstante, de cómo etiquetar confusiones entre palabras procedentes de un mismo étimo original, pero con formas distintas (p.e. el caso, en francés, de “Saint Lazare” y “ladre”, que explicaba Kraemer en 1949, la sustitución en inglés de “egalitarian” por “equalitarian”, que recoge Bauer; 1983: 43, o la sustitución en español vulgar de “renacuajo” por “ranacuajo” Herrero Ruiz de Loizaga; 2000: 512).

Baldinger también cree que la etimología popular surge por la necesidad de dar motivación a las palabras, en contraposición a la arbitrariedad inherente del signo, si bien reconoce que las motivaciones que se crean son a veces poco claras, o incluso absurdas (1973: 248). Nos dice asimismo que cuando se produce hay siempre consecuencias en el plano del contenido, aunque no siempre en el de la forma, lo cual nos sugiere que este autor entiende la etimología popular como fenómeno mental primariamente, y no como cambio lingüístico en sí.

En este año también, la obra de Farb *Word Play. What happens when people talk* nos habla de la etimología popular como “corrección” arbitraria que hacen algunos individuos, en calidad de “self-appointed etymologists”, y afirma que si un número suficiente de hablantes adopta la forma corregida, esta acabará por imponerse (1973: 307-308). Aunque “corrección” no sea la mejor manera de explicar lo que ocurre cuando el hablante inicia el cambio, al menos para la totalidad de los casos, y aunque la idea del “etimólogo aficionado” no tenga ya muchos defensores en esta época, la

⁶⁸ El diccionario de Room (1986) y, en menor proporción, los de Rawson (1994) y Quinion (2004), incluyen ejemplos de este tipo de fenómeno en inglés. En nuestro estudio de estos diccionarios entendemos que sus autores han tipificado dichos casos como “etimología popular”.

descripción que hace Farb del proceso, esto es, la idea de que el cambio es en principio individual, y que acaba por imponerse cuando un número crítico de hablantes lo adopta, sí es interesante y relativamente novedosa. Al menos está en consonancia con un modelo dinámico del cambio lingüístico, y no limita su explicación al ámbito del sistema y las familias léxicas. Los ejemplos que nos da son casos clásicos de cambio formal: “shame-faced”⁶⁹, “crayfish”, y “helpmate”. Añade, además, el caso de la sustitución de “chaise longue” por “chaise-lounge”, como ejemplo de etimología popular en proceso de expansión (1973: 308).

Interesa observar, por otra parte, que este libro trata como fenómenos independientes el “malapropism” (en el sentido de “malapropismo clásico”), y el “blend”. En cuanto al primero de estos, el autor parece verlo más como error sin justificación racional que como corrección, sin que parezca influir en su distinción la circunstancia de que suelen ser cambios individuales (de hecho, Farb habla de malapropismos extendidos, incluso de algunos que, al igual que las etimologías populares, se generalizan).

Observamos que todos los ejemplos que nos da de “malapropism” son casos de sustitución de una palabra por otra, mientras que los de “popular etymology” presentan todos reanálisis con sustituciones entre segmentos formales, lo cual puede ser un criterio implícito que para este autor, y quizás para muchos otros usuarios de estos términos metalingüísticos, sirva de discriminador entre el malapropismo y la etimología popular, aparte, claro está, del hecho de que aquél tiende a ser individual, como lo eran los de Mrs Malaprop, o, como mucho, grupal⁷⁰.

En cuanto a los “blends”, parece ser que el rasgo que los caracteriza es, para este autor, el hecho de que son intencionados, cosa que, como hemos visto ya, es cuestionable; recuérdese, por ejemplo, cómo Pound recomendaba actuar con cautela en relación con este aspecto (1914: 8-9); por otra parte, veremos como Bolinger hablará, tan sólo un año después de Farb, de contaminaciones accidentales e intencionadas (1975: 102).

En 1974 Görlach, en *Einführung in die englische Sprachgeschichte*, presenta otra vez una serie de ideas que están en consonancia con el pensamiento habitual de la

⁶⁹ Otros autores afirman que en el caso “scam-faest” > “shame-faced” el cambio formal dio lugar al cambio semántico ‘modesto’ > ‘vergonzoso’; para Farb, el cambio semántico ya se había producido con anterioridad al cambio formal. Coinciden con esta descripción, entre otros autores, Quinion (2004: 222).

⁷⁰ Recuérdese que Fay y Cutler (1977) llaman “malapropism” a un tipo de lapsus consistente en sustituir una palabra por otra. Muchos hablantes de inglés usan esta palabra sin demasiado rigor para una amplia gama de errores, accidentales y no accidentales, con sustituciones totales y parciales.

época post-saussureana. Este autor considera que la etimología popular es un intento por parte de los hablantes de dar transparencia a formas que se han vuelto “opacas”, con el fin de hacerlas más comprensibles (1974: 86). Para Görlach, pues, la etimología popular es fundamentalmente interpretación (o reinterpretación). Todos los ejemplos que nos da son de cambio formal, señalando uno de ellos como vulgar (“sparrow grass”) y otro como culto (árabe “mautaban” > inglés “marcipan”).

También de 1974 es el extenso estudio “Zur Volksetymologie: Wesen und Formen” de Bebermeyer, que junto con Mayer (1962) ejerce una considerable influencia en Olschansky y su *Volksetymologie*. Básicamente, esta autora no discrepa en lo fundamental de la postura estructuralista más comúnmente aceptada. Para ella, la etimología popular es un reanálisis motivador que actúa sobre las palabras aisladas (aquellas que “resultan impenetrables para la mayoría de los hablantes de una lengua” 1974: 157) sobre la base de la relación fonética, y dando lugar, la mayoría de las veces, a formas compuestas. Así pues, nos dice: “Cuando un hablante no puede asignar con seguridad una palabra a una familia determinada, tiende a considerarla aislada y, por ello, carente de motivación. [...] La interpretación etimológico-popular es el ‘método’ que más se emplea en alemán -si no el único- para dar una nueva motivación a un vocablo aislado y, de este modo, volver a anclarlo en la lengua” (1974: 157). Sus palabras, como vemos, recuerdan a las explicaciones de Mayer, y son, por tanto, expresión de la idea estructuralista, en la que los hablantes están más preocupados por darle un orden a su sistema lingüístico que por la eficacia de su comunicación.

Su clasificación de tipos de etimología popular se basa en los efectos que tiene esta sobre las palabras, no siendo sustancialmente diferente de las que vemos en otros autores (p.e. Hristea 1967). Así pues distingue entre: 1) etimologías populares con cambio fonético, pero sin cambio del contenido; 2) etimologías populares con cambio fonético y cambio de contenido; 3) etimologías populares sin cambio fonético, pero con cambio del contenido; y 4) etimologías populares sin cambio, ni fonético, ni de contenido. Para explicar la inclusión de este último grupo, que otros autores no tienen en cuenta, nos dice Bebermeyer que estas etimologías populares “sólo son efectivas en la imaginación de la mayoría nativa de los hablantes”, y que “se manifiestan directamente sólo en cuestionarios, encuestas orales, aunque también al comparar las observaciones propias con las de otros que se ocupan con el uso de la lengua”, ya que “los matices de significado existen como mucho en el uso de la lengua de hablantes individuales” (1974: 168).

Excepto por la inclusión de esta cuarta categoría en el ámbito de la etimología popular, que muchos autores formalistas no considerarían siquiera un fenómeno, el concepto básico de Bebermeyer es el del estructuralismo post-saussureano, y no difiere, en líneas generales, del de Mayer, con lo cual es comprensible que ambos influyan por igual en la perspectiva teórica de Olschansky (1996).

Diremos, por último, que es Bebermeyer quien le da a Olschansky el argumento de que la “etimología erudita” difiere de la popular en el hecho de que, mientras esta carece de intencionalidad directa, aquella tiene un carácter teórico-gnoseológico, esto es, tiene como intención demostrar algo (1974: 174). Es un argumento que se apoya en una, tan sólo, de las diversas interpretaciones que tiene el concepto de etimología erudita, con lo cual la cuestión, creemos, no acaba de quedar resuelta.

Otra contribución de gran interés en esta época es la de Zamboni, que en su libro *L'etimologia* (1976) dedica un capítulo completo a la etimología popular. Empieza dicho capítulo con una definición muy al estilo de la época: “Se suele entender por etimología popular [...] el fenómeno que induce al sujeto hablante, basándose en algunas semejanzas formales, a enlazar consciente o inconscientemente una forma determinada con otra, sin que entre las dos se justifique una relación etimológica, de modo que los términos sometidos a esta abstracción acaban por aproximarse en el campo semántico y no sólo en el estrictamente formal” (1976: 146 de la traducción). Y vemos aquí que, a diferencia de otros autores, no se limita a identificar la etimología popular con la simple agrupación mental de formas, sino que incluye en su definición los procesos consiguientes de cambio lingüístico (formal y/o semántico).

Eliminamos así la duda que nos asalta al leer ciertas explicaciones de otros autores, con las que nunca acabamos de saber si la etimología popular existe independientemente del cambio perceptible. Observamos también que coincide Zamboni con el diccionario de Dubois en afirmar que este tipo de asociaciones pueden ser conscientes o inconscientes, una cuestión sobre la cual no ha habido muchas tomas de postura en los últimos tiempos. Además, al no hablarse aquí de “correcciones formales” ni de “interpretación” ni de “falsa etimología”, no parece que se esté intentando reconciliar otra vez las ideas de Förstemann con la lingüística moderna.

Ahora bien, aunque la definición inicial es clara, relativamente completa y congruente, es necesario leer el capítulo en su totalidad, porque en el desarrollo del tema surgen ciertos detalles a los que dicha definición no hace referencia. Estas ideas adicionales complementan, y en algún caso contradicen, lo que decía Zamboni al

comenzar el capítulo. Por ello, debemos hacer a continuación un breve análisis de estas páginas.

Lo primero que nos llama la atención es que este autor vuelve a entrar en el debate sobre la analogía y la etimología popular, y lo hace en un período, no ya post-saussureano sino post-estructuralista, cuando el debate sobre la analogía ha tomado otros derroteros y ha excluido casi totalmente a la etimología popular. Zamboni, que mantiene la idea de la búsqueda de motivación, afirma, oponiéndose abiertamente a Saussure, que la etimología popular es un caso especial de analogía, y no hay que excluirla de esta (1976: 148 de la traducción). De hecho, en otra parte del mismo capítulo, afirma, muy a contracorriente, que contaminación y analogía léxica constituyen el vehículo principal de la etimología popular.

La segunda cuestión surge en torno al tema de los juegos de palabras, tan debatido en otros tiempos y ahora casi abandonado. Zamboni dice al respecto que las creaciones conscientes “requieren mecanismos análogos a la etimología popular” (1976: 149 de la traducción). El problema es que tal afirmación, independientemente de que creamos o no en unos mecanismos comunes para las interferencias paramórficas, no acaba de precisar si su autor incluye al juego de palabras en el ámbito de la etimología popular. Lo cual nos deja en la misma situación de incertidumbre en la que nos dejaba Förstemann (1852: 23-24).

Por otra parte, parece que para Zamboni el cambio individual, esto es, el malapropismo clásico, sí es etimología popular. Esto no lo dice explícitamente, pero lo inferimos por la presencia de ejemplos que se presentan en el texto como idiosincrásicos (1976: 158 de la traducción).

Finalmente, encontramos dos taxonomías del fenómeno que nos parece muestran algunas contradicciones. Así, en su primera clasificación divide a las etimologías populares según haya relación etimológica o no entre las palabras afectadas. Si volvemos a la definición del principio del capítulo, veremos que en esta se indicaba que entre los dos elementos implicados en un caso de etimología popular no había una relación etimológica ¿Cómo debemos, entonces, entender las interferencias entre palabras que sí comparten una etimología común?

En la segunda taxonomía, que clasifica los casos según el efecto que producen, vemos, junto a las categorías de cambio sólo formal (sin cambio de significado), cambio sólo semántico (sin cambio formal) y cambio semántico-formal, la de etimologías populares sin cambio sustancial, ni de forma ni de sentido, esto es, aquellas en las que lo

único que pasa es que alguien puede creer, contra la evidencia lingüística, que dos palabras tienen relación etimológica (p.e. “júbilo” y “jubileo”). Aquí tendrían cabida toda una serie de fenómenos que han ido apareciendo en estas páginas, tales como el nacimiento de creencias y la atribución de etimologías alternativas. El problema aquí sería, otra vez, cómo conciliar esta última categoría con la afirmación, en la definición inicial, de que los términos implicados acaban por aproximarse en el plano formal y semántico. ¿Puede ser que haya que entender el ámbito semántico de una manera más amplia? ¿O que la definición sólo se fijaba en los casos que interesan más a la lingüística?

En conclusión, la contribución de Zamboni, pese a ser muy completa y congruente en general, presenta pequeños problemas derivados de la falta de rigor que tantas veces se detecta en el análisis de la literatura. A juzgar por casos como este, parece que no está plenamente superado el problema conceptual iniciado con Förstemann, y la idea de evolución del concepto que sugiere Olschansky (1996) se apoya más en la evolución del metalenguaje que en una percepción clara de la naturaleza de los fenómenos.

En 1977 Fidelholtz presenta, dentro del XII Congreso Internacional de Lingüistas, la comunicación “English stress as folk etymology”, que aparece publicada en actas al año siguiente. En este trabajo el autor acude al concepto tradicional de etimología popular para justificar ciertas excepciones a las reglas generativas de acentuación en inglés. Es un caso inusual, por tanto, en la lingüística chomskiana, en la cual este fenómeno no se aborda prácticamente nunca. En este trabajo, Fidelholtz habla de “pseudoanalysis”, es decir de análisis morfológicos incorrectos, y “pseudomorphemes”, para explicar cómo los anglohablantes abordan ciertas palabras largas de origen no indoeuropeo (p.e. “cassabanana”), buscando segmentos que recuerdan a palabras más familiares y aplicando las “reglas” de acentuación generativas (1978: 434). El concepto de etimología popular que subyace aquí es el de un fenómeno de cambio formal basado en el establecimiento de asociaciones. No se habla aquí, observamos, ni de cambio semántico ni de reinterpretación, como tampoco se habla de analogía, que quizás habría servido igual para explicar las excepciones.

En el mismo congreso, Garnes, lingüista que ha dedicado varios estudios al lapsus auditivo, presenta la comunicación “Folk etymologies as lexicalized slips of the ear” (1978). Aquí postula la idea de que los lapsus auditivos no corregidos contribuyen a la formación de etimologías populares. Su tesis se basa en la similitud de procesos

observable entre los lapsus auditivos estudiados por ella, que tienden a producir confusiones paramórficas, y las etimologías populares registradas por los filólogos.

La idea, recordemos, no es exactamente nueva. La encontrábamos en Paul (1880), Strong, Logeman y Wheeler (1891), y Meringer (1895). Ahora sin embargo, aparece revestida de un nuevo ropaje de lingüística moderna y datos científicos. Pero lo que nos interesa aquí es el concepto de etimología popular que podemos entrever. Lo cual es tarea difícil, pues para explicar esta idea se remonta a Förstemann y a su teoría etimologista. Pero no queda claro, dado lo resumido del texto, si refuta totalmente las tesis de este y antepone la idea del error auditivo, o simplemente reivindica la importancia del factor fonético-auditivo-psicolingüístico para entender el fenómeno según lo entendió, más o menos metafóricamente, Förstemann. En cualquier caso, parece ser que Garnes ve la etimología popular como un fenómeno de cambio formal, consecuencia de una confusión entre formas similares. Posiblemente lo que está sugiriendo este trabajo en último término es que la etimología popular no es siempre el resultado de una reflexión etimológica, o quizás que es el efecto combinado de una reflexión metalingüística y un accidente comunicativo.

En este mismo año de 1978, en una línea menos vanguardista, mirando más al pasado que al presente, Hristea presenta sus ideas sobre la teoría de la etimología popular⁷¹. En primer lugar critica una serie de categorizaciones, como la de Dauzat, que no distingue su concepto de “atracción paronímica” del de contaminación (1978: 232), o la de Slama-Cazacu, para quien la analogía, la etimología popular y la contaminación debían agruparse bajo un denominador común (1978: 232). Y también critica, entre los que sí distinguen etimología popular y contaminación, a los que lo hacen con criterios a su juicio erróneos. Tal es el caso de Luiza y Mircea Seche, quienes afirman que en la etimología popular se identifican dos palabras de forma similar, mientras que en la contaminación se combinan dos palabras con afinidad semántica. Para Hristea esta distinción no tiene en cuenta casos intermedios (los del tipo “cerrojo”, por ejemplo, donde se puede decir que ha habido identificación y combinación, pero no entre palabras, sino entre palabra y segmento). En cualquier caso, el problema podría estar en la interpretación que hace Hristea de las palabras de estos autores.

⁷¹ Estas ideas que expresa Hristea en inglés en 1978 podrían estar ya expuestas en otras obras que el mismo autor escribió en rumano sobre etimología popular: “Etimologii populare”, de 1958, y “Tipuri de etimologie populara”, de 1967, cosa que no hemos podido verificar.

El hecho es que, para bien o para mal, Hristea interpreta a los lingüistas tomando muy al pie de la letra sus palabras. Así, por ejemplo, critica que se llame “atracción paronímica” a lo que él llama “etimología popular”, porque para él tal denominación implica que sólo se pueden confundir palabras parónimas, y eso excluiría a las interferencias parciales o entre segmentos (“sirloin”, “belfry”, “altozano”, etc.), que son numerosas en el corpus prototípico de lo que se entiende habitualmente por etimología popular (1978: 232).

Desgraciadamente, Hristea no expone en este trabajo su concepto de etimología popular (lo hizo en su tesis doctoral, a la que no hemos tenido acceso). Podemos imaginar no obstante, que se apega a la idea förstemanniana. A esta conclusión nos lleva, entre otra cosas, su división de la etimología popular en cuatro tipos, que coincide con la que exponíamos a propósito de su artículo de 1967: 1) con cambio de forma sólo (como el caso “Jerusalem artichoke”); 2) con cambio de significado sólo (como en el caso de “aterrar”); 3) con cambio de forma y significado (como en el caso de “belfry”); y 4) sin cambio de forma ni de significado (como en los casos de “Freitag”, “jubilee” o “greyhound”). Esta categorización presupone un concepto etimológico de etimología popular; de no ser así, no habría, probablemente, una cuarta categoría.

En 1979 aparece el artículo “Classical malapropisms” de Zwicky, en el que vuelve a recurrirse a la etimología popular como explicación dentro de las formas post-estructuralistas de razonar el lenguaje. En este trabajo, Zwicky propone el estudio del malapropismo clásico (término que utilizamos en estas páginas para referirnos a los cambios individuales no accidentales) como forma de explorar la estructura del léxico mental, siguiendo el modelo de Fay y Cutler (1977), que analizaron un corpus de lapsus verbales con sustitución entre palabras (etiquetados por ellos como “malapropisms”). Pero lo que nos interesa del artículo de Zwicky es su clasificación especulativa de los orígenes del malapropismo clásico, ya que es aquí donde está la mención del fenómeno que nos ocupa.

Según este autor, las tres fuentes del malapropismo clásico son: 1) “childhood slips of the ear”; 2) “reanalysis of the folk-etymological variety”; y 3) “faults in the storage system of the mental lexicon” (1979: 343). La clasificación es cuestionable, claro está, porque es puramente especulativa, como reconoce el propio autor (1979: 344). Esto es, para llegar a la conclusión de que un malapropismo en concreto se debe a error auditivo y no a un fallo de la memoria, observa la forma fonética y el significado,

y se pregunta qué proceso es el que con más probabilidad ha tenido lugar (lo cual presupone, además, que sólo interviene un tipo de proceso en cada uno de los errores).

En cualquier caso, parece que la segunda de estas fuentes nos puede dar pistas sobre qué es para este autor la “etimología popular”. Obviamente, dado que habla de “reanalysis of the folk etymological type”, deberíamos entender que él ve la etimología popular básicamente como reanálisis, lo cual conllevaría una reflexión metalingüística (y/o etimológica) que suponemos consciente. Aunque la frase de Zwicky no indica necesariamente que toda etimología popular sea producto del reanálisis, creemos que se puede entender que es así, ya que a los “slips of the ear” y a los “faults in the storage system”, que también podrían postularse como fuentes de la etimología popular (como de hecho ha ocurrido ya con el error auditivo; véase. p.e. Garnes 1978), no los acompaña con la coletilla “of the folk etymological type”. O sea, las otras dos causas del malapropismo, las que suponemos inconscientes, son de naturaleza distinta, y la etimología popular se intuye ahora como fenómeno consciente.

También parece claro que Zwicky no está de acuerdo con quienes incluyen el error individual, esto es, el malapropismo clásico, dentro del ámbito de la etimología popular; antes bien, la etimología popular parece estar aquí dentro del ámbito del malapropismo, al menos como fenómeno mental subyacente. Esto nos llevaría a la cuestión de si la etiqueta de malapropismo se aplica a los casos de “etimología popular” que no han pasado de la fase de uso individual, o de si “malapropismo clásico” y “etimología popular” son fenómenos esencialmente distintos, aunque puedan compartir elementos comunes. Zwicky parece ser partidario de la segunda idea. O puede ser también que para este autor el ámbito de la etimología popular se solape con el del malapropismo, con lo cual las etimologías populares que no han pasado de la fase de uso individual deberían tipificarse como malapropismos clásicos.

¿Qué es para Zwicky, pues, la etimología popular? Leyendo entre líneas sólo obtenemos una respuesta imprecisa. Su concepto parece más cercano a Förstemann que a algunos de sus contemporáneos, pero la verdad es que no podemos estar seguros de casi nada, ni de esto siquiera. Lo que ocurre, creemos, es que estamos experimentando una vez más el problema de definir la etimología popular por su explicación a priori, sólo que ahora se nos presenta una perspectiva nueva, pues, dado el paralelismo evidente que hay entre el malapropismo clásico y la etimología popular prototípica (esto es, el cambio formal por interferencia paramórfica generalizado), lo que hace Zwicky en este caso no es definir un concepto con su explicación causal, sino dar una explicación

causal recurriendo a un concepto (que a su vez se define por la explicación causal). O sea, la explicación apriorística que en un principio sirvió como forma de delimitar un concepto mal definido, ahora sirve para explicar un concepto mejor definido.

De una cosa sí podemos estar seguros: para algunos generativistas –Zwicky pertenecía a esta escuela en aquel tiempo- el concepto de etimología popular, sin ser un objeto de estudio, es al menos una referencia que pervive en cierto estado latente; y Fidelholtz (1978) también sería un claro ejemplo. Esto se puede esgrimir como prueba definitiva de la sorprendente capacidad de supervivencia que ha demostrado este problemático concepto decimonónico, cosa que ya anticipábamos en las primeras páginas de este estudio.

Por una extraña coincidencia, en este mismo año aparece el primer artículo que se escribe en español sobre el malapropismo (clásico): su autor, Estapá, entiende el malapropismo como una sustitución entre palabras debida al parecido fonético de estas, y compara este fenómeno con otros tres que “pueden parecerse similares”: el cruce de palabras, la analogía y la etimología popular. En cuanto a esta última, que ya damos por diferenciada de los otros dos fenómenos citados, se basa este autor para la comparación en la exposición de Menéndez Pidal, reproducida aquí (1904), que se interpreta como referida a un tipo de cambio sólo formal, así como en las explicaciones de Ullmann, Vendryes y Bustos. Para este autor, el malapropismo no es una forma de etimología popular, porque no crea asociaciones que vinculen los términos léxicos de un sistema y produzcan motivación, sino que son “simples errores de habla que ocasionalmente comete el hablante por ignorancia del significado de las palabras” y porque “ninguna de las dos figura en su repertorio habitual”, pues “el hablante desconoce exactamente el significado de la una y de la otra” (1979: 265).

Sí reconoce Estapá como etimología popular ciertos cambios generalizados como “vagamundo” (por “vagabundo”), “altobús” (por “autobús”) y “falsante” (por “farsante”), porque en estos, en su opinión, el hablante modifica la palabra para motivarla. Su concepto de “malapropismo” se refiere, pues, a una sustitución total entre palabras que no produce motivación aparente. Por comparación, y a juzgar por los ejemplos, su idea de “etimología popular” sería un cambio formal, generalizado o no, en el que una sustitución formal (p.e. “alto” por “auto”) aporta motivación a la palabra. Con este criterio, Estapá retipifica como etimología popular, en otra sección de su artículo, algunos de los ejemplos de “interferencia asociativa fonética” que daba Kany

(1947), aunque tampoco identifica este concepto plenamente ni con el malapropismo ni con la etimología popular.

En definitiva, aquí “malapropismo” no es interferencia idiosincrásica o no generalizada, y “etimología popular” sí puede ser interferencia no generalizada, siempre que muestre indicios de reanálisis motivador. En este sentido, está muy próxima la idea de Estapá al concepto prototípico que identificamos aquí.

Y en el mismo año en que Estapá presenta el malapropismo al público hispanohablante y el vanguardista Zwicky recurre al viejo concepto de etimología popular, vemos que el etimólogo Malkiel, en un artículo sobre cuasihomófonos, sigue mostrándose muy reticente a usar la etiqueta clásica, aun tratando un tema que para otros autores haría necesario acudir a ese término. La única mención de la etiqueta tradicional que encontramos en este artículo aparece en una nota al pie, donde se reproduce una taxonomía de Wartburg con la que Malkiel está en desacuerdo. En cualquier caso, aquí vemos que el autor explica el término como “regrouping of word families” (1979: 6, nota 5). En el cuerpo del artículo, no obstante, prefiere hablar de contaminación y de interferencia asociativa, como ya hizo antes, así como de “lexical merger”, aunque ninguno de estos términos debe interpretarse como alternativa terminológica de la “etimología popular” förstemanniana.

En 1980, Barnes recurre a la etimología popular para salvar otra “regla” generativa. Se trata de la adición de nasal al artículo indeterminado inglés ante vocal (“a” > “an”), cuyo status como regla mental podría peligrar ante la presencia de contraejemplos donde la nasal se ha desplazado del artículo al sustantivo (p.e. “an ewt” > “a newt”). Barnes argumenta que en todos esos casos ha intervenido “a sort of folk etymology or word association” (1980: 111); por ejemplo, en la formación de “newt” a partir de “ewt” ha influido, al parecer, la palabra “new”. Aquí está claro que el concepto de etimología popular se aleja de lo habitual. Se hace difícil explicar esta etimología popular como reanálisis, como reinterpretación o como búsqueda de motivación, al menos en un caso como “newt” (en el de “an ekename” > “a nekename” > “a nickname” sí es más creíble la hipótesis). De hecho, estas influencias formales se asemejan más a la contaminación prototípica, o a las “associations” que con frecuencia aparecen en el *Oxford English Dictionary*.

En el mismo año Kazazis publica un interesante estudio experimental que prueba la existencia de ciertas asociaciones etimológicas intuitivas en la mente de los hablantes, algo que justificaría la idea de “etimología popular” como fenómeno mental

y que probablemente explicaría los cambios formales y/o semánticos por interferencia paramórfica como fenómeno derivado de aquél.

En su exposición inicial dice Kazazis que se tiende a ver la etimología popular como un fenómeno de adaptación, sea fonética o semántica o las dos cosas, consecuencia de la asociación entre los significados de formas no relacionadas. Pero nos recuerda que esas asociaciones semánticas pueden producirse en la mente de los hablantes y no salir de ahí, ni producir adaptación alguna (como parece ser que ocurría en los ejemplos, ya descritos, del alemán “freitag” o el inglés “jubilee”). Y desde luego, si hay algún fenómeno, dentro del ámbito típico de la etimología popular, para el que no sea inadecuado hablar de etimología, sin duda es este. Así lo afirma Kazazis: “This is clearly the most covert, and as it were, ‘purest’ kind of folk etymology. And indeed, the very label folk etymology is a most apt one to describe a mental process of semantic association in the presence of phonetic similarity [...]” (1980: 309).

El problema es que las asociaciones de ese tipo, como dice el propio Kazazis, casi nunca se manifiestan en el uso lingüístico, y sólo tenemos noticia de ellas cuando alguien las hace explícitas (1980: 309). Por ello este autor diseña una técnica experimental consistente en preguntar a un grupo de hablantes nativos de griego sobre el significado de ciertos préstamos del turco, ya asimilados y adaptados a aquella lengua, y cuya etimología auténtica no es conocida por los no-etimólogos.

El experimento es sumamente revelador. Aquí Kazazis se adelanta a Olschansky, que hizo una prueba similar con hablantes de alemán quince años después. El problema que apreciamos, vistos los resultados, es que en este tipo de asociación mental son muchas las diferencias entre lo que puede pensar un individuo u otro, y a veces las consecuencias de estas asociaciones afectan más al plano semántico de lo que haría la simple hipótesis etimológica que busca el investigador. Esto es, si los hablantes tuvieran que usar de verdad estas palabras, les atribuirían sus significados idiosincrásicos, y al final terminaría por imponerse al menos un significado de los muchos propuestos. Es decir, ya habría que hablar de cambio lingüístico (en este caso, semántico).

También en 1980 aparece un nuevo artículo de Garnes, ahora en colaboración con Bond, sobre el lapsus auditivo. Este trabajo no se centra en la etimología popular, como el anterior, pero cita este fenómeno como una de las áreas en las que se aprecia la presencia del error auditivo, afirmando que, al igual que en las otras áreas (grafías incorrectas, malentendidos infantiles, malapropismos, etc.), se ve en esta cómo los

oyentes reinterpretan la materia sonora para resolver un problema de comprensión evidente.

Citamos, por último, entre las contribuciones teóricas de esta década a Schmid, quien, en un artículo sobre el retorromano, insiste en que las deformaciones e interpretaciones causadas por la etimología popular no se preocupan de si la asociación de palabras tiene sentido o no (1980: 128). El interés de tal afirmación está en que pone en duda el que podamos afirmar que la etimología popular nos lleva siempre a formas más “transparentes”, como se ha dicho en más de una ocasión.

En cuanto a los autores que describen ejemplos sin entrar en cuestiones teóricas, podemos distinguir en esta década dos grupos principales. Por un lado están los que se limitan a estudiar casos de cambio formal; por otro, los que aplican “folk etymology” sólo a explicaciones etimológicas, normalmente bajo la especie de leyendas toponímicas.

En el primer grupo están Darwin (1973), Hench (1973) y McDavid (1980), que estudian pequeñas transformaciones en frases idiomáticas. Sheldon (1975) describe una serie de malapropismos fonético-gráficos que aparecen en *The expedition of Humphry Clinker*, de Smollet. Kess (1976) hace un estudio de los términos que se aplican a los eslovenos en inglés americano, mientras que Cassidy (1978 y 1979) se dedica a aclarar la controvertida etimología de “buckaroo”, y E.A.S. (1977) hace un seguimiento de la evolución “unkempt” > “unkept”, que empezó a observarse en la década anterior (Atcheson; 1966 y E.A.S.; 1967). Desde el campo de la toponimia también describen ejemplos de cambio formal López (1978) y Stefanescu (1978). También en esta década, en un estudio de toponimia local donde se explican varios nombres debidos a etimología popular, Baker y Carmony (1976) describen el fenómeno exclusivamente como cambio formal. Pero ya veremos en el párrafo siguiente cómo Baker transmite una idea completamente distinta en otro de sus trabajos.

En el segundo grupo, el de recopiladores de explicaciones y leyendas etimológicas, encontramos, aparte de un estudio de Kirwin sobre etimología popular en el léxico de Terranova (1971), tres extensos trabajos sobre leyendas toponímicas, dos de Nicolaisen (1977 y 1980), y uno de Baker (1972). Sobre Nicolaisen debemos decir que en su concepto de “folk etymology” tienen cabida también, aparte de las consabidas leyendas que explican un nombre oscuro mediante expresiones transparentes (“O, we go!” > “Owego”; 1980: 157), otras que justifican un nombre ya comprensible para la gente local (p.e. “Bumble Bee”, “Front Royal”) mediante una narración que enlaza lo

designado con la historia (legendaria) del lugar. Dicho de otro modo, aquí volvemos a encontrar una versión del concepto que va más allá de la interferencia paramórfica. Es uno de los casos donde mejor se aprecia cómo el componente “popular” nos puede llevar a equívoco. Baker, por su parte, nos sorprende porque su artículo de 1972 transmite una idea de etimología popular que no coincide con la definición que figura en la obra de Carmony y suya de 1976; pues si en esta última sus autores hablaban exclusivamente de cambio formal, aquí se habla sólo de explicaciones etimológicas (basadas todas ellas, eso sí, en interferencias paramórficas).

También en este segundo grupo creemos que debería incluirse *The dictionary of misinformation* de Burnam (1975), una curiosa “enciclopedia” de falsas creencias, no necesariamente lingüísticas, que incluye varios casos de etimología popular. Burnam define este fenómeno, en el artículo “dead reckoning”, como “contriving an explanation for the origin of a word or phrase, not because it is true, but because it sounds as if it ought to be, or could be” (1975: 63). Aunque no menciona este concepto al dar la etimología correcta de ejemplos clásicos como “belfry”, “homosexual”, “humble pie” o “Jerusalem artichoke”, está claro que mantiene la idea de la etimología popular como explicación etimológica. Y un aspecto en el que esta obra es pionera es el de presentar como etimología popular una serie de falsos acrónimos (p.e. “posh”, 1975: 193-4. véase. Eisiminger 1978, más adelante, y recuérdese el comentario de Houtzager sobre “U.S”, 1935: 63, el de Onions sobre “cabal”, 1966, y el de Malkiel sobre “S.O.S”., 1968: 374).

Dedicamos un párrafo aparte a Morisonneau (1972), que en otro artículo sobre toponimia distingue entre casos de “atracción paronímica” (o “parafónica”) y casos de “etimología popular” (o “asociación etimológica”), sin hacer explícita su distinción. Suponemos que se basó en Duchácek (1964), para quien la idea de “atracción” implicaba que las palabras evolucionaban solas, por así decirlo, tendiendo a asemejarse, mientras que la “etimología popular” era el resultado de la manipulación, por parte de los hablantes, de formas desmotivadas que necesitaban una motivación. El problema principal, en el caso de Morisonneau, es que, a la vista de los ejemplos, no se percibe diferencia alguna entre los cambios que él explica acudiendo a la “atracción paronímica” y los que atribuye a la “etimología popular”. Observamos también que en otra sección del mismo artículo aparecen ejemplos de explicaciones etimológicas alternativas (al estilo de las de Nicolaisen), para las cuales Morisonneau no usa ninguna de estas etiquetas.

Finalmente, fuera ya del campo de la toponimia, Eisiminger nos ofrece en 1978 un curioso estudio titulado “Acronyms and folk etymology”. En él reúne varios ejemplos de interpretación de palabras comunes como si fueran acrónimos, distinguiendo las que se han hecho tradicionales y se toman en serio (p.e. “news” interpretado como acrónimo de “North, East, West, and South”, 1978: 582) de las que sólo se dicen en broma (p.e. “Ford” interpretado como “Fix Or Repair Daily”, 1978: 583). Aunque el fenómeno ya se había descrito antes (p.e. Malkiel 1968: 374), este es el único estudio dedicado en exclusiva a la interpretación acronímica, de la que se incluyen ejemplos en los diccionarios de Room, Rawson y Quinion.

Lo interesante de este artículo es que evidencia cómo puede llamarse con propiedad “folk etymology” a algo que no es producto de la interferencia paramórfica. Y además, nos enseña que un concepto lingüístico como este no evoluciona sólo por la evolución de la lingüística sino también por la evolución del propio lenguaje.

9.2.2. La década 1981-1990

En la década de 1980 son numerosas las referencias a la etimología popular, pese a que ya no es un tema que esté en el punto de mira de los paradigmas dominantes. La explicación está, probablemente, en el hecho de que en estas últimas décadas hay más estudiosos dedicados al lenguaje de los que ha habido nunca, y a consecuencia de esto cualquier tema, por minoritario que sea, cuenta con un número considerable de estudios. Además, en estos años se produce un cierto resurgimiento de la lingüística histórica y de los estudios de lexicología. Y no olvidemos, por último que la etimología popular es referencia común en áreas como la semántica, y casi inevitable en la toponimia y la onomástica, que viven una existencia casi independiente de las tendencias lingüísticas de vanguardia.

Para el seguimiento del problema conceptual en esta década veremos primero en bloque las obras de carácter lexicográfico; a continuación, los textos de teoría lingüística con contribuciones relevantes; y, por último textos no teóricos con referencias al fenómeno de la etimología popular.

Así pues, analizaremos en primer lugar el concepto de etimología popular en obras lexicográficas, donde incluiremos diccionarios de terminología lingüística (un género muy productivo en la segunda mitad del siglo XX), diccionarios especializados en etimología y curiosidades del léxico general, e incluso un diccionario especializado

en “etimologías populares” y un glosario que es completamente ajeno a la lingüística como ciencia.

Y empezaremos por este último, ya que se trata obviamente de una “pista falsa” y debemos descartarlo, pero no sin antes referirnos brevemente a él por su interés anecdótico. Se trata del “Lexicon of folk-etymology”, de Larkin y Foss (1984), que es en realidad una especie de glosario comentado de la jerga “hippie” estadounidense de los años sesenta. Lo peculiar aquí es que el uso de “folk-etymology” está completamente fuera de su ámbito convencional, y aunque hemos insistido en estas páginas en que no hay un concepto único ni correcto de “etimología popular” sino que este depende de lo que cada autor haya entendido con el término, su utilización aquí con el sentido de “jerga de un grupo” está lo suficientemente aislado de cualquier otro uso visto hasta ahora como para poder excluirse de nuestras consideraciones. Todo parece indicar que los autores de este “lexicon” conocían el término “folk etymology” sin haber estudiado el tema de la etimología popular y lo aplicaron de forma claramente errónea.

Nos centramos a continuación en los diccionarios de terminología lingüística que ofrecen definiciones de “etimología popular”, ya que estas nos dan un claro testimonio de cómo se perpetúa la división de opiniones. Así pues, algunas traslucen la idea forstemanniana casi en estado puro. Tal es el caso de Onieva, que define la etimología popular, significativamente sub voce “etimología”, como “fenómeno por el que se deforman ciertas palabras porque se les atribuye un origen que en realidad no tienen [...]. [E]l que habla cree equivocadamente que entre ellas hay una conexión etimológica”. (1986: 81). Leech, en su prefacio a *The private lives of English words* de Heller et al., explica la “folk etymology” como “[...] the remodelling of a word, often in form and meaning, on the basis of some imagined origin” (1984: xxii). En cambio, Heller, en su introducción a esta misma obra, alude a la falta de verdadera relación histórica en las palabras implicadas en este tipo de cambio, pero no explica la etimología popular como una actividad etimológica (1984: xxix). Algo semejante vemos en el diccionario de Barnhart, quien hace mención de la etimología propiamente dicha, pero no para situarla en la base del fenómeno, sino para explicar que la etimología original queda distorsionada u oscurecida tras la típica alteración consistente, según dice este autor, en hacer que una palabra poco familiar suene como otra más familiar (1988: 1263).

Por otra parte, se observa que tanto Onieva como Barnhart nos muestran, o parecen mostrarnos, la etimología popular como un ejemplo de cambio sólo formal, perpetuando una tendencia que ya observábamos en los ejemplos del propio Förstemann. La misma tendencia parece manifestarse en Bussmann (1983) y en Cerdá et al. (1986). El primero de estos, Bussmann, tiene la originalidad de categorizar la etimología popular como un proceso de creación léxica y de calificarla como proceso diacrónico, cuando tantos lingüistas, pensando quizá en la simple asociación mental subyacente, han querido ver en ella algo puramente sincrónico. Afirma, asimismo, sin más explicaciones, que la analogía juega un papel importante en dicho proceso (1983: 168). Por otra parte, el *Diccionario de lingüística* de Cerdá y otros autores presenta la etimología popular como un fenómeno de analogía (también la relaciona con la contaminación) que provoca alteraciones formales cuando se relaciona el significado de una palabra poco usual con el de otra u otras más arraigadas (1986: 109).

En contraste, en el *Dizionario di linguistica* de Cardona tenemos una definición formal que presenta la etimología popular como un proceso de cambio semántico, pues nos dice que mediante este fenómeno “[...] el hablante crea un nuevo sentido para un signo que de otra manera le resultaría opaco” (1988; versión española 1991: 212). Sin embargo, casi todos los ejemplos que aporta presentan algún cambio formal, lo cual nos recuerda a situaciones que hemos visto en décadas anteriores. De forma parecida, aunque no sea ahora con una definición, Heller, en su introducción a *The private lives of English words*, describe la etimología popular como cambio semántico, y ofrece el ejemplo de “pester” en inglés, aunque a continuación presenta los ejemplos de “female” y “crayfish”, que son claramente de cambio formal (1984: xxix).

En cuanto al *Diccionario de lingüística de la escuela española* de Abad, no encontramos en él otra cosa que citas de Menéndez Pidal (1914) y García de Diego (1951), ya citados aquí, que no son verdaderas definiciones, sino explicaciones sobre cómo y por qué se produce el fenómeno de la etimología popular, las cuales presuponen un conocimiento del concepto por parte del lector. El concepto implícito que vemos entre líneas vuelve a ser el de cambio formal originado por asociaciones que hacen los hablantes entre palabras, apoyándose en las semejanzas fonéticas.

En una obra de referencia diferente, el *Longman register of new words. Volume two*, Ayto utiliza la expresión “folk-etymological alteration” para describir una innovación reciente en el léxico inglés (1990: 221-222). Siendo esta la única entrada que recibe tal calificación de entre más de 2200 que contienen los dos tomos de esta

obra, podemos observar, de paso, que el fenómeno de la interferencia paramórfica, si bien no ha llegado a extinguirse del todo, juega en estos tiempos un papel muy poco significativo en los mecanismos de creación y renovación léxica. Otra posible explicación, que no excluye la anterior, es que el fenómeno ya no está en el punto de mira de los recopiladores.

También de Ayto es el *Bloomsbury dictionary of word origins*, en el que se define “folk etymology” (sub verbo “artichoke”) como “the adaptation of an unfamiliar foreign word to the lexical system of one’s own language” (1990: 38). Así pues, su concepto de etimología popular es el del cambio formal que sufren los préstamos (quizá por esta razón lo aplica a “cockroach” y “sparrowgrass” / “asparagus”, y no a “belfry” o “shamefaced”, que son consecuencia de cambios dentro de una misma lengua).

Aparte de Heller et al. (1984) y Barnhart (1988), ya citados, interesa mencionar en esta sección otros tres diccionarios etimológicos. En primer lugar citamos a Hendrickson (1987), que en *The encyclopedia of word and phrase origins* alterna el uso de “folk etymology” (p.e. para explicar “crayfish”; 1987: 139) con el del término “klang association”, mucho menos convencional (p.e. para “belfry”; 1987: 49).

En segundo, lugar, hacemos mención de *Word mysteries and histories*, de Soukhanov et al., un diccionario bastante selectivo, especializado en curiosidades etimológicas. Aquí encontramos “folk etymology” en cinco ocasiones: primero, con el sentido de cambio formal por interferencia paramórfica, en la explicación de “aitchbone” (1986: 91, sub verbo “funnybone”); y también en las de “hangnail” y “wormwood”, y en la de “groom”, donde se explica así el fenómeno: “In this process an unfamiliar word element is replaced by, or refashioned to resemble, a more familiar word” (1986: 101). Pero en el artículo “amazon”, en cambio, se usa el mismo término para hablar de una explicación etimológica basada en parecidos formales (1986: 5). Asimismo, encontramos “etymological association” para el controvertido caso de “female” (1986: 84).

Y en tercer lugar, citamos el *Dictionary of true etymologies* de Room (1986), que es precisamente una obra especializada en “etimología popular”, y que analizamos con más detalle en la tercera parte de esta tesis. En la primera página de la introducción a su diccionario, Room nos formula algo que puede entenderse como definición de etimología popular: “[the] involuntary or sometimes even wilful attempt to link two similar words, or turn a meaningless one into a meaningful one [...]”. (1986: 1). Aunque, viendo esta descripción, no parece que Room defienda la perspectiva

etimológica, esto es la de la “etimología popular” como búsqueda de etimologías, el resto de la exposición parece indicar que sí la defiende. De hecho, postula que en todos nosotros hay una especie de “wordwonder”, o curiosidad léxica innata (1986: 1), cosa que nos recuerda a A. S. Palmer y su célebre “Man is an etymologizing animal”.

Como el objetivo de este diccionario es ofrecer la verdadera etimología de palabras cuya forma nos puede llevar a hipótesis etimológicas erróneas, es de esperar que nos encontremos en él con los clásicos ejemplos de cambio sólo formal (p.e. “admiral”), cambio sólo semántico (p.e. “pester”), cambio formal y semántico (p.e. “belfry”) o de “etimología popular” sin cambio lingüístico (la que es “etimología popular” porque sugiere etimologías engañosas, p.e. en el caso de “aborigine”). De hecho, encontramos en esta obra un poco de todo, aunque dejaremos las cifras para el estudio comparativo de la tercera parte.

Y concluimos esta sección lexicográfica haciendo mención otra vez del *Oxford English dictionary*, cuya segunda edición aparece en 1989. Lo más notable es que, pese a las numerosas adiciones y correcciones que esta edición aporta con respecto a la primera, en lo tocante al tema que nos ocupa no ha cambiado nada: se mantiene la definición de “folk-etymology” de la edición original, el lenguaje con que en el prefacio se describe el fenómeno sigue siendo el mismo, y la variedad terminológica con que se tratan los fenómenos de interferencia paramórfica al describir la etimología de las palabras sigue siendo igual de amplia que en la versión inicial. Su tratamiento del tema, por tanto, puede parecer algo anacrónico en la época en la que estamos. Sin embargo, es una mera cuestión de estilo, ya que la idea conceptual que transmite no es muy diferente de otras que se han expresado en esta década y en la siguiente.

En cuanto a los manuales y artículos de teoría lingüística que surgen en esta época, la enorme disparidad de los enfoques y las ideas expresadas hace difícil cualquier intento de síntesis. Por un lado, sigue habiendo intentos de reconciliar la idea tradicional con los nuevos paradigmas; por otro, aparecen nuevos ámbitos de aplicación del concepto. Y al mismo tiempo no dejamos de encontrar versiones expositivas que no hacen sino perpetuar, con más o menos congruencia, la idea tradicional.

Entre los autores “integradores”, es decir, aquellos que, o bien incluyen algo llamado “etimología popular” en sus esquemas teóricos, o que al menos aspiran a solucionar el problema de incompatibilidad entre la idea tradicional y los nuevos planteamientos, destacamos en primer lugar a Bauer (1983). En su libro *English Word-formation* este autor encuadra la “folk etymology” dentro de los procesos de formación

léxica como reanálisis de palabras no analizables, e ilustra la idea con el clásico ejemplo de “asparagus” > “sparrow’s grass” (sic; 1983: 44). Deducimos por tanto que entiende la etimología popular como un cambio formal basado en el reanálisis de palabras aparentemente compuestas. Un concepto así viene a reflejar la idea más prototípica de “etimología popular”, y limita el ámbito de aplicación, porque excluye una serie de fenómenos que se han etiquetado antes como tal, como, por ejemplo la sustitución sin reanálisis (que también puede entenderse como cambio semántico) del tipo “infectar” > “infestar”, o cambios donde el reanálisis no es tan claro, como en el caso de “mestenco” > “mostrenco”. En cualquier caso, veremos que en otros autores que hablan de la etimología popular como reanálisis el concepto es claramente distinto.

Así por ejemplo, Tzitzilis (1984) trata también la etimología popular como análisis morfológico alternativo, pero amplía el concepto de etimología popular sobre la idea prototípica, en lugar de limitarlo. En efecto, en su estudio sobre lo que él denomina “prefixation folk-etymology” no se centra en los cambios formales que dan una supuesta transparencia a la palabra (los del tipo “sparrowgrass” o “vagamundo”), sino en los casos en los que se sustituye con un prefijo común el segmento inicial de una palabra (como ocurría en el caso de “bikini” y “monokini”). Lo que sugiere Tzitzilis es que el concepto de etimología popular, que suponemos entiende como la asociación mental de palabras no emparentadas etimológicamente, debe abarcar este tipo de fenómeno, que en rigor es posterior a la asociación mental que muchos entienden como etimología popular, y, además, producto de una reflexión consciente. Esta sustitución “segmento-por-prefijo” recuerda a la creación analógica que produce “cheeseburger” a partir de “hamburger”, esto es, la que nos lleva a sustituciones entre segmentos no paramórficos, que algún autor ha considerado etimología popular, y está asimismo a un paso de la llamada “derivación regresiva” o “backformation”, que muchas veces se apoya en una identificación errónea de sufijos (p.e. “pea” a partir de “pease”), y que A. S. Palmer relacionaba con la etimología popular.

En cualquier caso, Tzitzilis afirma que este tipo de sustitución debe incluirse en el ámbito de la etimología popular, ya que, en su opinión, lo producen las mismas causas y sigue un mecanismo similar (1984: 598). En definitiva, podemos deducir que para este autor la etimología popular es una percepción etimológica alternativa *más* el efecto que esta produce en la lengua.

En el mismo año de 1984 Fox acude al concepto de etimología popular para refutar una teoría sobre transmisión de lírica popular. En este estudio la etimología

popular se presenta una vez más como “reanálisis lingüístico”, con la novedad de que para Fox dicho reanálisis no es privativo de la etimología popular sino que es algo subyacente en varios fenómenos de atracción paramórfica, como son el lapsus auditivo, el fenómeno “punta-de-la-lengua” y el malapropismo tipo Fay-Cutler (aunque para este último quizá no sea apropiado aplicar el término “reanálisis”).

Probablemente sea Fox la primera persona que relaciona por sus semejanzas, a un tiempo, la “etimología popular”, los lapsus auditivos, las aproximaciones del fenómeno “punta-de-la-lengua” y los malapropismos del tipo Fay-Cutler. Hasta ahora habíamos visto estudios que relacionaban la etimología popular con uno de estos fenómenos, pero nunca con los tres. Curiosamente, dentro de esta misma década encontraremos el estudio de Bolinger, que relaciona estos fenómenos bajo el denominador común de la “reiconización”. Es un indicio de que los datos que la psicolingüística aporta de forma independiente están empezando a abrirse a nuevas posibilidades de relación.

En 1985 Tournier describe la “etimología popular” clásica como una “atracción paronímica con remotivación”, insistiendo en que sin remotivación no hay etimología popular, sino “remodelación” (1985: 333). Es un planteamiento que parece pensado “ad hoc” para salvar el concepto tradicional förstemanniano al tiempo que se reencuadra en un modelo congruente. Asimismo, notamos que Tournier distingue entre “falsa etimología” (que vendría a ser la etimología errónea de los eruditos) y “etimología popular”. Aunque en principio define la etimología popular como un caso de “remotivación” consistente en la aproximación de una forma a otra “vecina”, sus ejemplos, como ocurre con muchos otros autores, van más allá. Y así pues, al lado de ejemplos de cambio sólo formal incluye otros de cambio semántico e incluso de atribución de etimologías erróneas, fenómeno que entre los lingüistas de esta época no suele relacionarse con la motivación.

En la segunda mitad de esta década hay tres enfoques especialmente innovadores ante el problema de la etimología popular y su papel dentro de la lingüística contemporánea. Nos referimos a los trabajos de Hock (1986), Coates (1987) y Bolinger (1988).

Hock, en el capítulo que dedica a la analogía dentro de su *Principles of historical linguistics* (1986), no sólo deja muy claro que considera la etimología popular una forma de analogía, como ya hicieron otros antes, sino que además la integra de forma congruente en una taxonomía de fenómenos analógicos, cosa que no habíamos

visto hasta ahora. Así pues, su estudio distingue entre “procesos analógicos sistemáticos”, “procesos analógicos no sistemáticos” y “procesos de hipercorrección”, siendo en la segunda de estas categorías donde figuran la etimología popular y otros fenómenos como la derivación regresiva, la contaminación y la mezcla léxica. Aquí, por tanto, se le da a la etimología popular un puesto bien definido entre los procesos analógicos, y a la vez se la distingue de otros fenómenos analógicos habitualmente asociados a ella como la contaminación, la mezcla (o “blending”), la aglutinación o la derivación regresiva. Por lo demás, no hay nada nuevo en el modo en que concibe Hock la etimología popular, pues la define en este mismo capítulo como una especie de recomposición de palabras que parte de formas “opacas” y acude a asociaciones sincrónicas con palabras formalmente similares (1986: 202).

El estudio de Coates, “Pragmatic sources of analogical reformation” (1987) tiene una profundidad mayor, ya que intenta romper con esquemas recibidos y se desmarca del concepto de etimología popular para poder aplicar ideas de la lingüística moderna y la psicolingüística. Así, por tanto, nos dice que se centra, no en la etimología popular, sino en la “reforma analógica”, fenómeno que, según este autor, se solapa con aquel, pero en la práctica parece evidente que está enfrentándose únicamente al problemático concepto förstemanniano.

Para empezar, Coates se pregunta por qué la lingüística ha excluido de sus investigaciones la etimología popular, y la ha relegado a un plano anecdótico; nos da a entender así que el fenómeno todavía no está bien explicado desde los nuevos paradigmas, por más que se intente soslayar la cuestión. Buen conocedor del tema (de hecho Coates firma el artículo “folk etymology” de la *Encyclopaedia of language and linguistics* de Asher; 1994), opta por estudiarlo como una remodelación analógica en el plano léxico, no sin antes explicar el concepto tradicional: “As usually conceived, it is a formal change whereby one element of a morphologically complex form comes to resemble more closely, or become identical to, some other morph in the speaker’s lexicon”. Después de establecer que este es un tipo de cambio análogo, denuncia lo que para él parece ser el problema fundamental, a saber, que aún no se ha explicado bien cuál es el fundamento de esta analogía.

En este sentido, Coates argumenta que para que se dé este fenómeno de cambio sólo son precondiciones esenciales el que haya una persona para hacerlo y que haya una semejanza formal en las palabras implicadas, y excluye como precondición el que exista una semejanza semántica, como afirmaban, entre otros, Vendryes y Ullmann. Contra

quienes afirman que la base de tal asociación es semántica, Coates demuestra que muchas explicaciones que se dan para la motivación de una etimología popular son racionalizaciones a posteriori, que no son necesariamente acertadas (1987: 322).

Ahora bien, cree este autor que en el plano semántico pueden influir ciertas relaciones de “proximidad”, entendida esta como una magnitud virtual mensurable dentro de un modelo de distribución de palabras en el léxico. Así, por ejemplo, son semánticamente “próximos” los sinónimos, pero también lo son los hiperónimos entre sí, el hipónimo y su hiperónimo, los opuestos e incluso -llevando la idea de proximidad al mundo físico- ciertos topónimos geográficamente cercanos (p.e. Misterton y Mosterton; 1987: 329).

En cierto modo, el artículo de Coates es otra reacción individual contra esa inercia conceptual que hace que la etimología popular, excluida de la sistematización lingüística, haya quedado en tierra de nadie, sin una explicación congruente para los postulados modernos. La solución integradora, en este caso, consiste en considerar la etimología popular un fenómeno de analogía, basado en semejanzas y proximidades: semejanza para la forma, y proximidad –esto es, relaciones más o menos cercanas- para el significado.

Visto ya el marco teórico general y centrándonos ya en la cuestión conceptual, podemos concluir que para Coates la etimología popular, tal como la explica al principio de su artículo, consiste en un fenómeno de cambio sólo formal que se establece al menos en el léxico mental de un individuo. No obstante, en su estudio de la “remodelación analógica”, que no sabemos muy bien en qué medida coincide con la etimología popular, incluye ejemplos de cambio semántico derivado del cambio formal (p.e. “belfry”). Queda excluida, en cualquier caso, la atribución de etimologías alternativas.

En 1988, Bolinger rescata el concepto de “reiconización”, acuñado por Collinge (1986), para integrar una serie de fenómenos de interferencia paramórfica entre los cuales está la “folk etymology”, o más bien su concepto personal de “folk etymology”, supuestamente el mismo que intentábamos desentrañar a partir de su obra de 1968.

La cuestión es que aquí Bolinger integra la etimología popular en una categoría que llama “lapses” y que incluye también un fenómeno claramente accidental, el “spoonerism”, y otros que pueden considerarse accidentales o no accidentales, según la perspectiva, como son los “blends” y los “malapropisms”. Los ejemplos que da

Bolinger de “etimología popular” son en realidad malapropismos clásicos, o sea cambios individuales.

En suma, Bolinger integra el fenómeno de la etimología popular en el concepto contemporáneo de la “reiconización” (que no encontramos en la literatura posterior a este artículo, con la única excepción de Lorenzo 1989), pero al hacer esto no hace sino retomar la idea teleológica de la búsqueda de transparencia en el lenguaje y llevarla hasta el extremo de afirmar que nuestros lapsus delatan esta tendencia. Algo parecido, como se recordará, afirmaba Meringer en 1895.

Su idea, de todas formas, no cuenta con el apoyo de la investigación psicolingüística, aunque sí parece cierto que en algunos tipos de lapsus, como el auditivo, el resultado tiende a ser una palabra real más que un “neologismo”, sin que esto implique que el resultado aporte más transparencia a la expresión. Y en cualquier caso, parece evidente que los ejemplos de Bolinger, tanto los de sus supuestas “folk etymologies” (p. e. “old timer’s disease” por “Alzheimer’s disease”; 1988: 241) como los de los lapsus genuinos, parecen estar seleccionados “ad hoc” para demostrar nuestra tendencia a la reiconización espontánea.

Vistos ya los autores que de una u otra manera intentaban integrar la etimología popular dentro de una categoría lingüística, queda aún en esta década una serie de aportaciones teóricas de muy variado cuño que tratan el fenómeno independientemente de su categorización.

Así, por ejemplo, Àlàbá (1981) aboga por una especie de etimología popular consciente para la adaptación de préstamos de otras lenguas a la lengua yoruba, e incluso la propone como herramienta del traductor, si bien esta última aplicación no queda, a nuestro parecer, lo bastante clara. Aunque parte de la definición de Potter (1972), que explica la etimología popular como la sustitución de una palabra oscura por otra más familiar, con este artículo se redefine una vez más el ámbito conceptual del fenómeno. En este caso, el autor nos habla de una forma consciente de hacer lo que tantas veces se ha considerado inconsciente, y, curiosamente, llama a su propuesta “natural translation”, frente a la “artificial translation”, que sería la traducción de préstamos mediante circunloquios.

En este mismo año, Brook, en su libro *Words in everyday life*, nos da un ejemplo más de discordancia entre la definición y la exposición, ya que cuando empieza a tratar el tema ofrece una definición de la etimología popular como cambio puramente formal y luego, al desarrollarlo, incluye varios casos de atribución etimológica alternativa (p.e.

“buttery”). Aparte de esto, incluye en su concepto el fenómeno de las mezclas léxicas, que, como ya hemos visto divide a cierto sector de la comunidad lingüística. Y, curiosamente, reserva el término “malapropism” únicamente para las confusiones paramórficas de los personajes literarios, tal vez porque el origen del mismo está en uno de estos personajes (1981: 107).

En otro trabajo de este año, el libro *Language change: Progress or decay?*, Aitchison habla de “folk etymology” dentro de una sección sobre “slips of the tongue”, dedicada a la relación entre el lapsus y el cambio lingüístico. Con un planteamiento así, cabría deducir que Aitchison no aplica el concepto prototípico de etimología popular, y que hace, en cambio, una interpretación muy personal del término. Sin embargo, su explicación del fenómeno, que acude a la socorrida sustitución de lo no conocido por lo conocido, sin referirse a él como error accidental, únicamente difiere de la idea más extendida en el hecho de que incluye sustituciones individuales y subgrupales al lado de las generalizadas⁷².

Un año más tarde observamos que Zwicky, en un nuevo estudio sobre el malapropismo clásico, ha decidido prescindir de la idea de etimología popular y ahora opta por el término “misanalysis”, más moderno y más apropiado para expresar lo que hasta ahora expresaba con “folk etymology”, por cuanto evita los problemas conceptuales que ha heredado esta etiqueta.

De 1982 es también la ponencia “Aspekte der Volksetymologie” de Panagl. Su concepto de etimología popular está fundamentalmente en el ámbito típico post-saussureano, pues destaca, al igual que Mayer (1962) y Bebermeyer (1974), los aspectos del aislamiento y la motivación como factores fundamentales. Así, por ejemplo, nos dice, en relación con los préstamos: “Una palabra de origen extranjero que no encuentra ninguna relación natural en los paradigmas de la derivación [está] aislada dentro de un léxico, careciendo de motivación” (1982: 7). Ahora bien, se desvía un tanto del concepto prototípico al defender que puede haber etimología popular en los juegos de palabras, citando, en este sentido, ejemplos del mundo de la poesía, la filosofía y la publicidad (1982: 15-17).

⁷² Uno de los ejemplos que figuran en esta sección es el cambio de “Route du Roi” a “Rotten Row” (del callejero londinense), supuesta evolución que otros autores han citado en sus estudios, y que desmiente Ashley (1985: 14). Por otra parte, la obra que Aitchison dedica en esta misma década al léxico mental, *Words in the mind* (1987), no contiene ni una sola mención de la etimología popular. Sí hace referencia a los “malapropismos”, pero en esta obra se entienden como un tipo de lapsus.

Asimismo, algunas de sus propuestas nos sacan de la especulación teórica para llevarnos a terrenos más científicos. Ocurre así, por ejemplo, cuando defiende la poligénesis del fenómeno, en la afirmación de que una etimología popular “puede estar creada por personas diferentes, en lugares distintos y de manera independiente” (1982: 12) o cuando postula una correlación entre este tipo de fenómenos y algunas manifestaciones patológicas, como las que surgen de la afasia.

Citamos también en esta década tres estudios sobre toponimia de Galmés de Fuentes, publicados en 1983, 1986 y 1990, y los incluimos en esta sección por tener suficiente relevancia su base teórica. Este autor, que en todos sus trabajos de sobre el tema critica el término “etimología popular” y propone “asociación etimológica” en su lugar, explica el fenómeno como reinterpretación de formas “etimológicamente oscuras” mediante reagrupaciones con “raíces conocidas de aspecto semejante” (1983: 409). Su descripción de casos parece centrarse en las asociaciones paraetimológicas, esto es en los significados especiales que sugiere un topónimo (p.e. “Gallocanta”, de “kal(l)io” ‘piedra’ y “kanto” ‘piedra’ 1986: 33) o en leyendas surgidas del significado aparente (p.e. “El Toro”; 1983: 414). Y sólo en unas pocas ocasiones describe un cambio formal, con la cual debemos suponer que la mayoría de las asociaciones etimológicas que describe son resultado de una evolución fonética normal. Añade Galmés también algún ejemplo de cambio claramente intencionado, por eufemismo (p.e. “caralio” ‘roca’ > “carall” > “cavall” ‘caballo’; 1986: 32) y por ultracorrección (“fauces” > “falces”; 1990: 24). En definitiva, la postura de Galmés es muy parecida a la de Baldinger: se entiende la etimología popular primariamente como asociación mental, siendo secundarios todos los demás fenómenos.

En 1985 Kirwin nos lleva de nuevo a la cuestión de la ambigüedad terminológica. Aunque su artículo no se centra en el problema conceptual, pues su preocupación principal es demostrar que ciertos cambios ortográficos y atribuciones etimológicas alternativas son obra de hablantes cultos y no del “pueblo llano”, su artículo tiene interesantes implicaciones para el estudio del concepto. Así pues, notando Kirwin que unas veces usamos el término clásico para hablar de adaptaciones formales y otras veces para hablar de explicaciones etimológicas inventadas, sugiere, en desacuerdo con Kazazis (1980), que se aplique el término “folk etymology” a las adaptaciones formales, mientras que para las explicaciones etimológicas alternativas, sean o no consecuencia de un cambio formal paramórfico, debería hablarse de “false” o “pseudo etymologies” (1985: 22).

El artículo de Ortega Ojeda “La etimología popular: Un estudio filológico”, del mismo año, puntualiza en lo conceptual mucho más que otros trabajos de sus contemporáneos, critica ideas de otros autores, y describe un experimento destinado a probar que la etimología popular surge de una motivación percibida por el hablante. Por todas estas razones, resulta de especial interés para este trabajo.

Ortega Ojeda cree que son etimología popular los cambios formales y semánticos que están motivados por la identificación de una palabra con otra. En sus puntualizaciones afirma que las palabras implicadas podrían tener parentesco etimológico, y esto es importante, porque algunas definiciones, como la de Dubois (1973: 199), afirman que este fenómeno asocia palabras sin relación etimológica verdadera, lo cual dejaría fuera del ámbito conceptual transformaciones del tipo “equalitarian” por “egalitarian”, o “ranacuajo” por “renacuajo”.

Su ámbito conceptual, por otra parte, incluye los cambios no generalizados (con toda seguridad los grupales y probablemente los individuales). Señala además que el cambio formal puede consistir en la sustitución de una palabra por otra, en la reasignación de segmentos –esto es, en una sustitución parcial- e incluso en un cambio de palabras limitado al contexto de una frase idiomática. Incluye también, a diferencia de otros autores, las faltas de ortografía motivadas por interferencia entre palabras, y asimismo la de textos recitados o cantados (mondegreens), e incluso los errores de lectura, si pueden atribuirse a la influencia de otra palabra. En suma, incluye en el ámbito conceptual de la etimología popular fenómenos que pueden considerarse, o que son indudablemente, accidentales. Sin embargo, excluye el juego de palabras, contradiciendo otra vez a Dubois.

Su experimento, que, dicho sea de paso, pretende demostrar que en ciertas faltas ortográficas subyace la etimología popular, y consiste en pedir a un número de sujetos que escriban al dictado unas palabras concretas (p.e “tebeo”, “ilación”, “bulevares”) y las definan en una oración. Al ser estas palabras blanco fácil para la reinterpretación, se obtienen numerosas grafías erróneas acompañadas de explicaciones que delatan las interferencias previstas (p.e. “hilo” en *“hilación”). La idea del experimento es que la etimología popular es, si no una búsqueda desinformada de etimologías, sí al menos una confusión justificable.

En *The story of English* (McCrum et al., 1986) donde se habla de “folk etymologies” y “malapropisms” del inglés de Irlanda, vemos por los ejemplos cómo tiende a usarse este último término para las sustituciones totales entre palabras (p.e.

“formularies” por “formalities” 1986: 169), mientras que “folk etymology” se aplica a sustituciones parciales por reanálisis (p.e. “windystool” por “windowsill” 1986: 169). Se confirma así una tendencia en el uso de “malapropismo”, que no se verifica, sin embargo, en todos los autores que emplean el término (véase Zwicky 1979).

García Yebra (1986) y Baldinger (1986), centrándose en la toponimia los dos, vuleven a hablar de una etimología popular que es prioritariamente atribución de significados alternativos, que puede secundariamente provocar un cambio formal (porque la palabra se haya “acomodado” a su nuevo significado) y que puede acompañarse también, al menos para García Yebra, de una explicación etimológica consecuente. Esto es, se vuelve a ver la búsqueda etimológica, pero no como fenómeno primario esta vez, sino secundario.

Baldinger, por su parte, repitiendo ideas propias y de otros, insiste en que hay “etimólogos populares” y en que hay siempre una motivación resultante, pues su concepción ecléctica combina lo förstemanniano con lo estructuralista. Ahora bien, parece que lleva a un extremo absurdo la idea del cambio motivador, pues afirma que la motivación resultante puede no tener sentido y no por ello deja de ser una motivación.

Por lo demás, en su exposición, Baldinger demuestra que su concepto abarca el cambio grupal y el juego de palabras, y llama asimismo “etimología popular” al error de atribución de un etimólogo: el caso del francés “bonet” ‘gorro’ explicado como si derivara del latín “bonus est” 1986: 16). Presenta además ejemplos de cambio de creencias causados por una asociación paramórfica (p.e. la “canonización” de “Vercingetorix” > “Saint Gétorix” 1986: 24, nota 46), así como de proyecciones concretas de la etimología popular en el mundo extralingüístico (el monumento a un tal Baptiste, supuesto creador de la tela llamada “batiste” en francés 1986: 22).

Hacia el final de esta década, Ladrón de Cegama (1988) y Marsá (1988) afirman, con Baldinger y García Yebra, que la etimología popular es primariamente un cambio semántico. Sin embargo, aquellos discrepan de estos, y también entre sí, a la hora de puntualizar ideas. Ladrón de Cegama, en su artículo “A vueltas con la etimología popular”, defiende que este fenómeno es popular y espontáneo, no culto ni intencionado. Tiene que implicar a dos palabras no relacionadas etimológicamente (recuérdese, en este sentido, lo que decíamos a propósito de Ortega Ojeda 1985) y dar como resultado una nueva motivación. Todo ello implica, como dice expresamente este autor, que no son etimología popular las etimologías erróneas de eruditos como San Isidoro, ni los juegos de palabras ni otro tipo de asociaciones inventadas (como, por

ejemplo, hacer a “Saint Vincent” patrón de los viticultores), ni tampoco remotivaciones como la que explicaban Ullmann y Wartburg a propósito de “perce oreille” (1962: 183), ya que, según Ladrón de Cegama, no se han relacionado en este caso palabras de distintas familias etimológicas (1988: 221).

Además, Ladrón de Cegama afirma con plena convicción que no hay denominación mejor para el fenómeno que describe que la de “etimología popular”. En nuestro análisis, todo apunta a que el autor de este artículo ha hecho cierto tipo de razonamiento circular, con la presuposición de que existe una verdadera actividad etimológica del pueblo y que, por tanto, ningún fenómeno de cambio externo al “pueblo” puede relacionarse con esta, así como tampoco pueden incluirse en el ámbito conceptual fenómenos que no conlleven una asociación de palabras de grupos etimológicos diferentes. Dicho de otro modo, Ladrón de Cegama interpreta muy al pie de la letra la etiqueta tradicional y elimina del concepto förstemaniano ciertos añadidos que han ido surgiendo durante el siglo XX, llegando a un ámbito conceptual más preciso que el del propio Förstemann.

El artículo de Marsá, “Testimonios sigilográficos de la etimología popular”, interesa, no tanto por su concepto central de la etimología popular como cambio semántico, que ya han expresado otros, sino porque estudia el fenómeno secundario de la proyección de etimologías populares en la iconografía de los sellos municipales. El ejemplo más conocido en España es el de la ciudad de León, cuyo escudo muestra la imagen de este animal, cuando la verdadera etimología del topónimo “León” está en la palabra latina “legio” (=legión). Se trata de otro caso de proyección de la etimología popular en el mundo extralingüístico, cosa que, para Marsá, es la única evidencia, cuando no ha habido cambio fonético, de que se ha dado el cambio semántico que en su opinión es inherente a la etimología popular. No parece tener en cuenta, por tanto, que el uso de una palabra en contextos nuevos es claro indicio de un cambio semántico, por no hablar del omnipresente metalenguaje, que nos lleva a la misma conclusión. La cuestión está, creemos, en que Marsá llama “cambio semántico” a las nuevas asociaciones que se crean, las cuales producen cambios en lo connotativo más que en lo denotativo (obviamente, en la toponimia no es común el cambio de referente).

Con Scholfield (1988) volvemos al método experimental. Este autor parte de once palabras del inglés que tienen dos formas alternativas vigentes, una que muestra interferencia paramórfica y otra que es el resultado normal de la evolución fonética. Así pues, mediante una actividad en la que los sujetos escriben dichas palabras poco

después de haberlas oído, determina que las etimologías populares tienen ritmos de dispersión diferentes.

Si bien la metodología del experimento es correcta, el problema que hay a la hora de aplicar el método experimental a la etimología popular es que, como intentamos demostrar aquí, no hay un concepto unánimemente definido. Así, la “etimología popular” que estudiaba Kazazis es la etimología que se supone que tienen en mente los hablantes, sin manifestarla en el uso. La que estudia Scholfield es precisamente la que se manifiesta en el uso, y en concreto, por necesidades del experimento, en la ortografía únicamente y no en la pronunciación (con las únicas excepciones de “Welsh rarebit” y “fullproof”). Este autor no habla de explicaciones etimológicas (o semánticas, como hacía Ortega Ojeda con su experimento). En cambio, nos dice, tomando postura en un debate relativamente moderno, que hay etimología popular en la derivación de “beefburger” a partir de “hamburger”, pero que este tipo de manifestaciones no podían entrar en el experimento. En cualquier caso, ha incluido expresamente un fenómeno que, según algunos, es ajeno al ámbito conceptual de la etimología popular y, según otros, es pura etimología popular. Sea como fuere, la conclusión evidente es que para Scholfield, “etimología popular” equivale a cambio formal por reanálisis. No podemos afirmar que incluya en su concepto personal los cambios de contenido.

En 1990 Veny presenta una tipología de la etimología popular, basada en la definición de Dubois (etimología popular como asociación extraetimológica entre palabras; 1973:199) y en la tipología de Buysens (1965), y acompañada de numerosos ejemplos del castellano, catalán y mallorquín. Esta nueva taxonomía clasifica los fenómenos en tres categorías: 1) homonimización formal, referida al cambio formal por interferencia paramórfica sin motivación (p.e. latín “Coda lupi” > español “gordolobo”); 2) homonimización semántica, referida al cambio formal por interferencia paramórfica con motivación semántica (p.e. latín “restuculu” > español “restojo” > “rastrojo”); y 3) homosemización, referida al cambio semántico por interferencia paramórfica sin cambio formal (p.e. español “aterrar” ‘abatir’ > “aterrar” ‘causar terror’). No está presente aquí la atribución de etimologías alternativas (la “etimología popular latente” de Hristea), que Buysens sí incluía en su concepto de etimología popular.

Por el desarrollo del artículo de Veny descubrimos, además, que su ámbito conceptual incluye los cambios formales no generalizados, pues habla de “etimologías populares de habla” (1990: 150-151) y “malapropismos” (1990: 143), reservando el término “etimologías populares de lengua” a los cambios que llegan al diccionario.

Vemos también que Veny considera la etimología popular un fenómeno más consciente que inconsciente, y de hecho dedica parte de su artículo a los juegos de palabras, en especial al conocido como “floreo verbal” (p.e. “ir a Peñaranda” por “empeñarse”), y a las definiciones humorísticas (p.e. “*Isrealita*. Hebreo, judío monárquico” 1990: 149).

De todas formas, no sabemos si todos los fenómenos que comenta sobre la marcha este autor deben considerarse manifestaciones de su “etimología popular”, ya que algunos se presentan como “relacionados”. En este ámbito de duda entran en cierto momento el floreo verbal y los malapropismos, que según él sólo participan parcialmente de la homosemización formal, porque “es tracta de parònims que no formen parte del lèxic habitual d’un parlant” (1990: 143). Asimismo, también relaciona con la etimología popular, sin integrarlos, el eufemismo deshomonizador (p.e el cambio de “Malevento” a “Benevento”) y la hipercorrección, así como un “caso extremo de homonimización” que es la transformación de sonidos no articulados en lenguaje articulado (p.e en el caso de los cantos de ciertos pájaros; 1990: 144). Este último caso recuerda a Oduyoye (1970), que incluía en el concepto de etimología popular la reinterpretación de un toque de tambor, aunque hay diferencias entre uno y otro caso.

En cuanto a terminología, Veny critica la etiqueta tradicional *förstemanniana* y expresa su preferencia por alternativas conocidas como “atracción paronímica” y “asimilación fonético-semántica”, pero se resigna a usar “etimología popular” para evitar nuevos problemas. Para rematar esta exploración de su ámbito conceptual, señalamos que Veny compara la etimología popular con la científica, con lo cual defiende tácitamente la idea de etimología popular como actividad etimológica, y desvincula este concepto del de la analogía, alegando que esta conduce a la regularidad, lo cual no ocurre con el fenómeno que aquí nos ocupa.

Los trabajos teóricos de Fernández (1982) y Francis (1983) son de menor interés para este estudio, por no aportar nada nuevo en el plano conceptual. Fernández habla de la etimología popular como cambio formal y/o semántico, aunque incluye ejemplos como el de “pantry”, que estrictamente no son de cambio formal ni semántico. Francis, que reproduce la definición del *Webster III*, habla de cómo la etimología popular puede hacer que dos palabras sin relación etimológica acaben por considerarse emparentadas, lo cual se llega a reflejar en un contexto tan especializado como son los mapas lingüísticos.

Citamos aquí también a Hagège, quien en *The dialogic species* acuñó el término “homonymic assimilation”, inspirado probablemente en Dauzat o Duchacek, para la transformación que sufren ciertos préstamos que se asemejan a palabras de la lengua anfitriona sin que las sustituciones formales los hagan más transparentes, resultando incluso absurdos morfológicamente (1990: 11). Este concepto lo incorporará, diez años más tarde, Trask, en una de sus descripciones de la etimología popular (2000: 153).

También en esta década la etimología popular sigue siendo referencia frecuente en los estudios de onomasiología y onomástica. Dentro de estos últimos abundan los referidos a la toponimia y su relación con el folklore; la mayoría de sus autores son folkloristas y el concepto que manejan va casi siempre unido al tema de las leyendas populares. Tal es el caso de Rich (1981), Kenny (1984), Ashley (1985), Murray (1986) y Brunvand (1986). Todos estos autores, en líneas generales, estudian el cambio formal, por un lado, y las leyendas explicativas, por otro. Pero hay, como es de esperar, pequeños detalles que marcan la diferencia.

Así, por ejemplo, observamos que algunas de las leyendas que recoge Rich no parecen ser resultado de una confusión paramórfica (p.e. para “Texas Creek”, en Alabama, se dan varias explicaciones relacionadas directamente con el topónimo Texas, 1981: 156; para “Shake Rag Church”, nombre del que no se nos da ninguna evolución etimológica, el autor reproduce varias leyendas que dan conexión a estas palabras 1981: 158). Ashley, por su parte, además de hablar de los cambios formales que produce la confusión paramórfica y de las historias que estos pueden inspirar (así como de las explicaciones erróneas de los etimólogos), menciona leyendas que se pierden con la evolución formal de un topónimo (p.e. al transformarse el topónimo gaélico “Poínte-nasige” en el inglés “Cheek point” se pierde la alusión a las hadas del original 1985: 6), creencias que surgen a partir de una asociación etimológico-popular (p.e. la de que los pictos, nombre derivado del gaélico “peicta” ‘guerreros’, se pintaban el cuerpo, 1985: 6), e incluso de un cambio materializado en el mundo extralingüístico (la costumbre local en Roseland, nombre derivado del cornuallés “ros” ‘cima’, de plantar rosas). Brunvand aplica también un ámbito conceptual muy amplio, ya que con la etiqueta “folk etymology” alude, además de a los fenómenos referidos, a onomatopeyas p.e. “trinkling” 1986: 65), conjugaciones analógicas (p.e. “tuck” por “took”, 1986: 65), y malapropismos clásicos (p.e. “a tie” por “attire” 1986: 65). Observamos también que en un caso concreto llama “folk etymology” a la leyenda explicativa y “corruption” a la

evolución formal que la inspiró (“Gnawbone”, topónimo derivado del francés “Narbonne”, 1986: 65).

Con un enfoque más lingüístico que folkorista, basándose en las ideas eclécticas de Baldinger, Fernández González (1988) presenta ejemplos de cambio formal (sobre todo hagiotopónimos falsos), sin dejar de lado las etimologías alternativas, y explica además un caso curioso de cambio secundario por motivación semántica (“Poimalo” > “Poibueno” 1988: 1679). Lutterer (1982), por su parte, habla sólo de cambios que sufren los topónimos al usarse en otras lenguas (el caso de “Islandia”, por ejemplo), pero acude más a la motivación semántica simple que a las leyendas populares.

Fuera del ámbito de la toponimia, en esta década hay referencias también a la etimología popular en De Gorog (1981), Legman (1984), Eble (1986), Veit (1988), Patyal (1988) y Lodaes (1989). De Gorog usa “folk etymology”, “false association” y “contaminated [expression]” para referirse a casos de cambio formal. Legman usa la etiqueta clásica, que aparece en el título solamente, para un estudio dedicado a corregir los errores de un etimólogo. Ebler, que relaciona la etimología popular con la analogía, habla en su introducción de cambios formales y “nocionales”, término con el que se refiere al ámbito de la semántica y las asociaciones etimológicas. Y aunque habla de cambios generalizados e individuales, se centra en los subgrupales, ya que su estudio es sobre argot juvenil. Y, como era de esperar, su ámbito conceptual incluye los cambios intencionados. Algo parecido hace Veit en su estudio de “etimologías populares” de estudiantes norteamericanos, pues incluye tanto el cambio generalizado como el no generalizado. Lo extraño en este caso es que su ámbito conceptual excluye ortografías como “feonsay” por “fiancée” o “chesterdroors” por “chest of drawers”, argumentando que en estos no hay “conversion to more familiar forms”, cuando es postulable que sí hay tal conversión, aunque sea sólo parcial (esto es, “say”, “chester”).

Patyal, que afirma “Folk-etymology [...] is essentially a kind of lexical blend” (1988: 73), sin más explicaciones, recoge como “folk-etymologies” varios errores etimológicos del *Nirukta*, el tratado etimológico más antiguo que se conoce. Aunque sería de esperar que aquí sólo se recogieran explicaciones etimológicas incorrectas, hay también en este estudio ejemplos de equivocaciones etimológicas que han dado lugar a palabras y a significados nuevos.

Lodaes, por último, explica como etimología popular el cambio “minuitas” > “mi vida”, que desconcertaba a los medievalistas españoles.

9.2.3. La década 1991-2000

Completaremos este estudio cronológico con la última década del siglo XX. Nos ha parecido más adecuado no separar aquí las obras de referencia, como diccionarios y enciclopedias, de los artículos y manuales de lingüística, aunque sí seguiremos tratando aparte los estudios de casos que no aportan ni implican una concepción teórica relevante.

En 1991 aparece la segunda edición del *Morphology* de Matthews, que contiene, entre otros añadidos, la descripción de dos casos muy citados de “folk etymology”, a saber “sparrow-grass” y “cockroach”. Matthews no da aquí una explicación teórica del fenómeno, quizá suponiendo que el lector conoce ya la idea prototípica. Sea como fuere, llama la atención el hecho de que este autor hable de dicho proceso como “a source of opaque compounds” (1991: 83), pues la idea de opacidad es contraria a la de transparencia, con la que muchos autores asocian este fenómeno.

En el mismo año, Salmon, en un estudio sobre “L’*étymologie populaire par attraction paronymique d’après l’exemple lyonnais*”, niega, curiosamente, que haya una atracción o confusión paronímica, ya que para él el germen de la etimología popular está en homofonías casuales que son resultado de una evolución fonética regular. Según esta idea, se debe hablar de etimología popular sólo cuando alguien justifica la homofonía como si hubiera habido una atracción (1991: 63).

Esto es, la etimología popular no es sino la explicación incorrecta a posteriori que atribuye a la atracción paronímica una evolución fonética normal. Recordaremos que Lloyd también hablaba de la etimología popular como explicación “*ex post facto*” (1888: 131-132), pero este último sí creía en una especie de atracción fonética. Por otra parte, no sabemos bien si Salmon, que estudia la variante regional del francés de Lyon, pretende generalizar su tesis a todos los casos que se han etiquetado así o si limita sus conclusiones a este tipo de “patois”. En cualquier caso, con tal afirmación nos plantea un concepto de etimología popular que excluye explícitamente el cambio lingüístico, ya que se aplica únicamente al establecimiento de asociaciones paraetimológicas entre palabras, sin cambios de forma ni de significado. En opinión de Salmon, pues, se ha confundido el efecto con la causa (1991: 65).

También en 1991, Poruciuc publica un ensayo sobre “folk etymology” que, si bien cuenta con una descripción de casos muy bien documentada, adolece de falta de congruencia y sistematicidad en la exposición, y en definitiva no aporta nada nuevo en

el plano metateórico. Se limita a repetir que la etimología popular es algo más que un simple error provocado por la ignorancia, pues aporta motivación y transparencia a ciertas palabras, y vuelve a la cuestión de si debe valorarse positiva o negativamente el fenómeno (1991: 53). Su descripción de casos se centra fundamentalmente en el cambio formal, aunque incluye al menos un caso de cambio de connotaciones (francés “boteri” > inglés “buttery”). Encontramos también en su artículo ejemplos de cambios no generalizados (p.e. “chaise lounge”) y uno de sustitución subsiguiente a la interferencia paramórfica (“cheeseburger”).

En 1992, Crystal, en uno de sus diccionarios lingüísticos, explica, más que define, la etimología popular del modo siguiente: “A *popular* or folk etymology arises when a word is assumed to come from a particular etymon because of some association of form or meaning, whereas in fact the word has a different derivation” (1992: 128). La explicación, como se ve, apunta a una perspectiva fundamentalmente etimológica del fenómeno, algo no habitual pero tampoco inusitado en estos tiempos. Asimismo, vemos que no lo presenta únicamente como cambio lingüístico, aunque sus ejemplos son típicamente de cambio formal. El mismo diccionario relaciona el concepto de metanálisis con la etimología popular (“it is a kind of folk etymology”; 1992: 249), pero no relaciona esta con la analogía.

En otra obra de referencia de 1992, la *International encyclopedia of linguistics*, editada por Bright, encontramos alusiones a la etimología popular por parte de dos autores. Hamp, en primer lugar, se refiere a ella dentro del artículo “etymology”, afirmando que este fenómeno “endows opaque strings with parsing, either appropriate (La. *terrae motus* > Italian *terremoto* ‘earthquake’ > *tremuoto* on the basis of *tremare* ‘tremble’) or nonsensical (Old Eng. *bryd-guma* ‘bride’s man’ > 16th-century *brydegrome* > *bridegroom*) (1992: Vol. 1, 427). En segundo lugar, Bolinger habla de “folk etymology” desde el artículo dedicado al “sound symbolism” y explica que esta se produce cuando “the ‘correct’ source of an expression is lost sight of, and speakers substitute something that seems to make more sense” (1992: Vol. 4, 29). A continuación viene una serie de ejemplos, todos de cambio formal no generalizado (tipo malapropismo clásico). Dicho fenómeno lo encuadra Bolinger dentro de lo que llama “secondary sound symbolism”, donde están también los fenómenos de “secondary phonesthemes”, “blends” (usado aquí para palabras relacionadas semánticamente y que se fusionan en una), “malapropisms” (Bolinger reconoce que sus categorías se solapan) y “associations” (donde tienen cabida el lapsus, el “tip-of-the-tongue phenomenon”, el

“rhyming slang” y demás curiosidades lingüísticas). Lo más interesante de todo esto es el nuevo reencuadre, de Bolinger, ya anticipado en su artículo de 1988, por cuanto sitúa la etimología popular en el nivel secundario de la iconicidad, en una nueva versión de lo que se conoce habitualmente como “motivación secundaria”. El único problema es que seguimos advirtiendo cómo Bolinger selecciona siempre “ad hoc” ejemplos donde esta iconicidad o motivación léxica es más obvia, ejemplos que por alguna razón suelen ser de cambio no generalizado, evitando los que dan una motivación absurda.

En este mismo año, Cutler y Butterfield, en un estudio psicolingüístico sobre errores de percepción y segmentación de la cadena hablada, aplican la etiqueta de “folk etymology” a ciertas evoluciones en los nombres de pubs ingleses, citados aquí como ejemplos ilustrativos, los cuales han experimentado cambios formales por sustituciones paramórficas (p.e “God encompass us” > “Goat and compasses”). Aunque el estudio no es sobre etimología popular sino sobre psicolingüística y comprensión oral, interesa citarlo porque aquí se aplica el concepto a casos de cambio formal que están fuera del ámbito normal de uso y que no van claramente en la dirección de la transparencia semántica.

En el mismo año Winer nos define la “folk etymology” como “a popular but false hypothesis for a word derivation, usually based on similarities of phonology or meaning between two or more words [...] or from similarity to results of a known historical process” (1992: 238-239). El concepto que maneja parece ser el etimológico-diacrónico, y no hace referencia explícita al cambio lingüístico. Pero, curiosamente, Rundblad y Kronenfeld (2000) se basan en esta definición para su clasificación de las etimologías populares en Clase I (con cambio lingüístico) y Clase II (sin cambio lingüístico).

Y también en 1992, el libro *A survey of modern English*, de Gramley y Pätzold, incluye la etimología popular en el grupo de fenómenos de cambio semántico, junto con la elipsis, la metáfora y la metonimia (1992: 31). Lo que caracteriza a la etimología popular, según estos autores, es que esta opera a partir de semejanzas formales, consistiendo el fenómeno en la sustitución de formas que no pueden analizar los hablantes por otras “morfológicamente transparentes” (1992: 31). Tal explicación parece presuponer una conciencia metalingüística ante el cambio por parte del hablante. La descripción de los ejemplos, en cualquier caso, es consecuente con la teoría, aunque nuestro enfoque discrepa. Así, por ejemplo, la sustitución de “bridegoma” > “bridegroom”, que consideramos cambio formal porque da lugar a una palabra nueva,

aquí se ve como cambio semántico, pues se supone que “groom” toma el significado de “goma”. Un enfoque así no podría explicar bien la transformación del inglés medio “ile” en “aisle” por influencia de “isle” y “aile”, considerado etimología popular por otros autores (de la Cruz 1999: 194).

En este mismo trabajo, el malapropismo, entendido como la sustitución de una palabra por otra, se considera un fenómeno aparte, aunque similar, mientras que ciertas sustituciones hipercultistas, del tipo “technical” > “technological”, se excluyen del ámbito de la etimología popular, aunque también se consideran basadas en el parecido formal. Se ve, por tanto, que aquí subyacen las ideas de reanálisis clarificador y aislamiento previo, que vienen a ser formulaciones nuevas de las ideas de Förstemann.

En contraste con las ideas de Gramley y Pätzold, en el año siguiente, la obra de referencia *A dictionary of grammatical terms in linguistics* de Trask, define la etimología popular como un fenómeno de cambio formal que da transparencia a unidades léxicas que se perciben como opacas (1993: 105). Vemos, además, que Trask reserva el término “analogía” para formas o paradigmas gramaticales (1993: 14), con lo cual se hace explícita una vez más la tendencia a reservar este concepto para lo gramatical, con exclusión de la materia léxica.

Por otra parte, Barber, en este mismo año, conceptualiza la “popular etymology” de forma parecida cuando explica la transformación por la cual ciertos préstamos se alteran de forma que incluyen elementos de la lengua anfitriona (p.e “wuchak” > “woodchuck”; 1993: 252).

Y también en 1993 encontramos la última referencia de Malkiel a la “etimología popular”, esta vez dentro de un extenso estudio metateórico de la etimología. Este autor, en quien ya habíamos advertido una clara reticencia a usar la etiqueta clásica förstemanniana, y cuya categorización de los fenómenos de interferencia paramórfica resulta enormemente difícil de entrever, hace ahora una crítica de Förstemann y del término por él propuesto, dentro del contexto de una historia de la disciplina etimológica. Por un lado, nos dice que Förstemann aplica la etiqueta de etimología popular a dos situaciones distintas: “(a) The transfer, within the bonds of a given language, of some isolated word, occasionally opaque, from its residual (moribund) lexical family, to some other, more vigorously thriving family; and (b) the assignment of borrowed words or names (or else of bare fragments of such items) to appropriately similar native word families enjoying unimpaired health –at the cost, not infrequently, of some semantic stretching, or even of a comic effect, deliberate or unintentional.”

(1993: 19). Como ya se ha visto en estas páginas, tal distinción es prácticamente irrelevante para la mayoría de los estudiosos del tema.

Por otra parte, Malkiel critica el término “etimología popular”, porque conlleva la idea romántica del pueblo como cerebro colectivo que realiza operaciones analíticas. Afirma este autor que si Förstemann hubiera usado otros términos más neutros, como “transferencia”, “reinterpretación” o “ajuste”, se habría evitado la confusión subsiguiente, que tiene consecuencias como la inclusión de este fenómeno en el *Cours* de Saussure, obra en la que está desterrado el estudio de la etimología general.

En 1994 se publica la *Encyclopedia of language and linguistics*, editada por Asher y elaborada a partir de colaboraciones de numerosos expertos en ciencias del lenguaje. En ella Coates preparó el artículo “Folk etymology”. Este autor, recordemos, trató anteriormente el tema desde una perspectiva personal, intentando enfrentarse a ese extraño distanciamiento entre la lingüística contemporánea y un fenómeno claramente lingüístico como es este, y reencuadrando la llamada “etimología popular” dentro de su concepto de “reforma analógica” (1987). No obstante, aquí adopta una postura metateórica de observador y trata de describir el ámbito prototípico, pero sin abandonar ciertas convicciones personales.

En este artículo, Coates distingue, en paralelo con las categorías de “cambio analógico” y “creación analógica”, entre los fenómenos de “folk-etymological change” y “folk-etymological creation”. El primero de estos lo define como la asimilación formal de una palabra a otra, o de un morfema a otro, sin que haya relación etimológica entre los elementos implicados ni posibilidad de explicar el cambio por evolución fonética, y siendo la forma resultante más transparente (1994: 1267). Nos da, pues, una descripción muy exacta de lo que la mayoría de los estudiosos parece entender por “etimología popular”, aunque, por lo que hemos visto en estas páginas, no abarca todos los fenómenos que han recibido esta etiqueta a lo largo de este siglo y medio. El segundo fenómeno o concepto, “folk-etymological creation”, se refiere a la formación de neologismos por sustitución semántica posterior a una interpretación morfológica paretimológica (p.e “cheeseburger” 1994: 1269). La inclusión por parte de Coates de esta categoría en el ámbito de la etimología popular implica, como él mismo afirma, la consideración como etimologías populares de formaciones claramente intencionadas, lo cual, por otra parte, es congruente con la inclusión por parte del mismo autor de los juegos de palabras y las explicaciones etimológicas creadas a partir de una similitud formal (1994: 1269).

En cualquier caso, Coates defiende, una vez más, la idea de que la etimología popular es un tipo de cambio analógico, y acepta que esta es difícil de separar, con criterios claros, de otros fenómenos analógicos (1994: 1268). Afirma también que el malapropismo, entendido como error de selección léxica (sustitución de una palabra por otra) motivado por semejanzas formales, es “folk-etymological” (1994: 1268) aunque concede que el término “etimología popular” suele reservarse para sustituciones parciales que se hacen sobre una supuesta base morfológica.

En definitiva, Coates combina aquí ciertas ideas que, hasta cierto punto, son convencionales, con una perspectiva personal; con la peculiaridad, eso sí, de que él no ve la etimología popular como un fenómeno claramente separado de la analogía. Es consciente, por otra parte, de que no hay una sola manera de entender el concepto, y este eclecticismo con que trata el tema hace algo errático el planteamiento del artículo. Digamos por último que Coates propone una alternativa terminológica, “synchronic etymology” (1994: 1267), lo cual sugiere que no deja de creer en el valor de este concepto como entidad.

Los artículos “Analogy” (Bynon 1994: 110-111) y “Malapropism” (Sobkowiak 1994: 2346-2347), dentro de esta misma enciclopedia, no contienen referencias a la etimología popular, aunque el artículo de Bynon incluye ejemplos de analogía entre palabras (p.e. “skelington key” por “skeleton key”) y el de Sobkowiak incluye los malapropismos clásicos o no accidentales.

Otra obra de 1994 que integra la etimología popular en el ámbito de la analogía es *Understanding language change* de McMahon. Esta autora distingue entre “systematic analogy” por un lado, donde se encuentran las categorías de “analogical extension” y “analogical levelling”, y “Sporadic analogy” por otro, donde se ubica la “folk etymology” junto con los fenómenos de “contamination” y “back formation” (que obviamente no se identifican ni solapan con aquella). Dentro de esta exposición sobre analogía, McMahon describe la etimología popular como una interpretación o reanálisis (a veces con desplazamiento de las divisiones morfológicas) que da transparencia a palabras opacas. Los ejemplos (“sparrowgrass” y “Elephant and Castle”, del inglés moderno, y “meregrota”, del inglés antiguo, 1994: 74) son todos de cambio formal.

Más adelante, en un capítulo sobre cambio semántico y léxico, afirma McMahon que la etimología popular a veces produce cambios de significado sobre la base de una similitud fonética entre dos palabras (1994: 183). Los ejemplos, “contredanse” del francés, “sündflut” del alemán y “Old timer’s disease” (por Alzheimer’s disease) del

inglés, también son de cambio formal, y en realidad no conllevan un cambio de referente, sino más bien de connotaciones.

Por otra parte, McMahon vuelve sobre las reflexiones de Coates (1987) en torno a las relaciones entre la etimología popular y otros tipos de cambio analógico. Así, mientras que ella probablemente llamaría “contaminación” a cambios del tipo “citoyen” > “citizen” (por influencia de “denizen”), o “femelle” > “female” (por influencia de “male”), recoge la observación de Coates, quien afirma que tales cambios son exactamente de la misma naturaleza que los que calificamos como “etimología popular” y observa que tendemos a etiquetar así una serie de cambios en los que vemos más complejidad morfológica y quizá también resultados más curiosos (“Funny forms are the best folk etymologies”, Coates 1987: 326). Si pensamos, por ejemplo, en la longevidad y ubicuidad del ejemplo “sparrowgrass”, probablemente tendremos que dar la razón a Coates. La mención que le hace McMahon nos sirve, pues, para reflexionar. Vemos, así, como en estas dos últimas décadas del siglo XX la consideración metateórica sobre lo que es etimología popular empieza a entrever la inconsistencia del constructo convencional.

Es interesante también lo que dice Katamba en este mismo año sobre la “false etymology” en su obra *English words*, pues describe este fenómeno como una reflexión consciente sobre la etimología, o sobre lo que sea que haya detrás, de una palabra: “People tend to rationalise; they want a reason for the imported word sounding the way it does” (1994: 192). Una explicación, como vemos, que no difiere de las que encontrábamos en el siglo XIX, sólo que ahora procede de un defensor del modelo generativista del léxico mental y surge en una época en que los lingüistas ya han empezado a investigar los mecanismos inconscientes de la interferencia paramórfica. Además, Katamba incluye en la categoría de “false etymology” ciertas formaciones que otros calificarían como creación analógica (p.e. “trimaran” a partir de “catamaran” y “work-a-holic” a partir de “alcoholic”; 1994: 192), y que no son etimologías populares prototípicas, pues no hay en ellas una confusión paramórfica visible, como la que podía encontrarse en “bikini”/ “monokini” y “hamburger”/ “cheeseburger”.

Y otro autor que habla de “false” o “folk etymology” en este año, ahora en una obra de tipo divulgativo, es Gorrell. Su definición del fenómeno, como tantas otras, va evolucionando a medida que expone el tema. Así, podríamos decir que en principio presenta la “folk etymology” como la mera invención de explicaciones etimológicas sobre la base, normalmente, de una similitud formal. Pero más adelante nos habla de los

cambios formales y/o semánticos que se producen (“mistaken notions about a word’s ancestry sometimes work to create new words or change the character of an existing word”; 1994: 29). Entre sus ejemplos encontramos algunos clásicos (“shamefaced”, “belfry”, “humble pie”), algunos no generalizados (“chaise lounge”, “hi-breed”, “parannoyed”) y uno de sustitución posterior al cambio formal (“coleslaw” > “coldslaw” > “hotslaw”). Por lo demás, no hay aquí grandes novedades en cuanto a la consideración teórica del fenómeno.

Y la última mención que hacemos en este año de 1994 es la obra *Devious derivations* de Rawson. Se trata de otra recopilación de tipo lexicográfico dedicada a la “folk etymology”, al estilo de la de Room (1986). El título completo del libro (*Devious derivations. Popular misconceptions and more than 1,000 true origins of words and phrases*) no hace referencia literalmente a la etimología popular, pero sí lo hace el título de la introducción (“An introduction to folk etymology”), y es en este texto en el que nos fijamos para analizar el concepto de etimología popular que maneja el autor.

La explicación de Rawson es prácticamente förstemanniana, pues entiende la etimología popular como una indagación sobre el origen de las palabras equiparable a la búsqueda precientífica de explicaciones para los fenómenos de la naturaleza. Hasta tal punto es fiel a este concepto, que en su introducción sólo habla de explicaciones etimológicas alternativas, sin hacer ni una sola referencia al fenómeno del cambio lingüístico motivador. Aun cuando incluye ejemplos de palabras que han sufrido este tipo de cambios (p.e. “belfry”, “humble pie”), sólo se refiere a estas para desmentir la pista falsa que sugiere su forma. Esto es, de los cambios lingüísticos, principalmente formales, Rawson sólo analiza la posible explicación etimológica que a posteriori sugieren.

Otro dato interesante es que en esta explicación ganan cierto peso específico las “etimologías populares” (léase “explicaciones etimológicas alternativas”) que no se apoyan en semejanzas formales, como es el caso de los falsos acrónimos (“posh”, “tip”, “cop”, etc.) y alguna historia paraetimológica (p.e “quiz” 1994: 8). También incluye un caso famoso de malentendido lingüístico que no tiene nada que ver, en realidad, con explicaciones etimológicas y que, por tanto, no es etimología popular bajo ningún criterio. Se trata del caso de “turkey”, cuya denominación, según explica Rawson, se debe a una confusión entre especies de aves y no entre formas lingüísticas. Explicar “turkey” diciendo que el ave es originaria de Turquía es, por tanto, un error factual, pero decir que la palabra viene de “Turkey” (Turquía) es una explicación etimológica

correcta. Hay razones, pues, para sospechar que el criterio de Rawson no es del todo riguroso.

En el análisis que haremos de esta obra en la tercera parte de este estudio (capítulos 11 y 12) se verá con más detalle la mezcolanza de ideas que hay en el diccionario de Rawson. No entraremos, por tanto, en más detalles de momento, ya que esta obra tiene un espacio reservado en la siguiente sección.

De 1995 mencionamos dos obras: el *Dictionary of word origins*, de Flavell y Flavell, y *Linjedansere og pantomine på sirkhus: Folkeetymologi som morfologisk omtalking*, de Gundersen. La primera de estas es un breve diccionario etimológico que combina la presentación alfabética de entradas escogidas por su interés etimológico con breves “ensayos” monográficos sobre temas diversos (p.e. “Portmanteau words”, “Homonyms”, “Days of the week”, etc.). Llama la atención el hecho de que selecciona menos casos de “etimología popular” de los que suele presentar una obra de estas características. Es más, no aparece la etiqueta de “folk” o “popular etymology” en la explicación de aquellas palabras que han sufrido cambios por interferencia paramórfica. Así, por ejemplo, para explicar “blindfold” y “uproar” se nos habla de “a word influenced by an etymologically unrelated one” (1995: 38 y 255). El caso de “bridegroom” (1995: 47) ni siquiera se explica como interferencia paramórfica, mientras que para la etimología de “sirloin” se nos dice “The witticism is obviously an old seventeenth-century joke centring on a play on words” (1995: 223).

Lo que sucede es que este diccionario sólo utiliza el término “etymology” en el sentido de “explicación etimológica explícita”. Así pues, la explicación de “apricot” como derivado de la frase latina “in aprico coctus” se califica de “erroneous etymology” (1995: 24). Por consiguiente, cuando vemos la expresión “popular etymology” (o incluso “popular folk etymology” 1995: 182) sabemos que se está refiriendo a una explicación etimológica que es popular, pero incorrecta. Así pues, se califican como “popular etymologies” las historias inventadas en torno al origen de “news” (1995: 182) y “blanket” (1995: 37), o la asociación equivocada entre “cannibal” y el español “can” (1995: 65). Por otra parte, con un uso algo distinto, mas no del todo independiente, se denomina “folk etymologist” al autor anónimo de un juego de palabras basado en “aloof” (1995: 14). Todo lo cual nos lleva a pensar en un uso del término clásico förstemanniano restringido exclusivamente a los ámbitos de la reflexión metalingüística, lógicamente consciente, e incluso conscientemente alternativa.

La segunda obra de este año, *Linjedansere og pantomine pa Sirkhus*, es una versión revisada de la tesis de master que presentó el lingüista noruego Helge Gundersen en 1993 en la Universidad de Oslo. Pese a ser uno de los pocos estudios metateóricos que se han hecho sobre el tema en la segunda mitad del siglo XX, su trascendencia se ha visto eclipsada, en primer lugar, por el hecho de estar escrita en una lengua poco difundida, el noruego, y por centrarse fundamentalmente en el análisis de lenguas escandinavas, y en segundo lugar, por haberse publicado sólo unos meses antes de la aparición del *Volksetymologie* de Olschanky, que no lo cita ni en su estudio ni en su bibliografía.

En cualquier caso, su interés es considerable, porque aporta la novedad de presentar un enfoque cognitivo para el estudio de este fenómeno. Esto supone, al menos a primera vista, cierta ruptura con los esquemas de pensamiento habituales, heredados del pensamiento pre-estructuralista y estructuralista, que nos llevan a los consabidos círculos viciosos habituales. Así, además, se presentaría por primera vez, en una panorámica global, lo que otros autores de la época post-estructuralista han defendido a base de ideas sueltas (Garnes 1978, Fox 1984, Coates 1987). Aún así, sus principales conclusiones, en último término, vienen a ser una reformulación de opiniones que ya eran comunes en la época estructuralista.

Gundersen afirma, como ya hicieron muchos antes que él, que la etimología popular no es un fenómeno etimológico, afirmación que, podemos vaticinar, se va a repetir indefinidamente en tanto se mantenga la etiqueta *förstemanniana*. Lo novedoso de su contribución, y aquí se expía el descuido de la lingüística actual, es que al fin se explica este fenómeno, de forma congruente y detallada, como el resultado de procesos cognitivos naturales. En su análisis hace una clasificación psicológica que divide las etimologías populares según sus orígenes, que pueden estar en errores auditivos, errores de la memoria, errores de producción y errores de interpretación.

Por otra parte, hace una clasificación morfológica y separa, entre las palabras resultantes, las simples de las complejas, distinguiendo, dentro de estas últimas, aquellas en las que se ve afectada la raíz, aquellas en las que se ve afectado un afijo y aquellas, por último, en las que se percibe un “pseudomorfo” (p.e. “film” en “filmharmonisk”, originalmente “filharmonik”). También distingue entre motivaciones fonológicas y semánticas, y, cosa interesante, entre cambios conscientes e inconscientes, punto en el cual se distancia de la gran mayoría.

En cuanto al ámbito conceptual de la etimología popular, que es lo que aquí nos ocupa, es obvio que para Gundersen este es más amplio que para la mayoría de sus contemporáneos, ya que este autor incluye los malapropismos clásicos y los juegos de palabras, siempre que se pueda identificar en ellos el fenómeno de la reinterpretación morfológica. En general, para Gundersen es etimología popular todo fenómeno lingüístico en el que una palabra se vincula sincrónicamente a otra palabra, o a un elemento morfológico no relacionado. Sí excluye del ámbito conceptual las consideraciones etimológicas propiamente dichas, por cuanto estas apuntan a unas supuestas asociaciones diacrónicas. Aquí se ve el papel de la lingüística cognitiva como condicionante, ya que en sus planteamientos no es prioritaria la cuestión del pensamiento metalingüístico, y en cualquier caso sólo se tienen en cuenta las relaciones sincrónicas, que son las que operan en el léxico mental.

En 1996 se publica el otro de los grandes estudios de la década, el *Volksetymologie* de Heike Olschansky, que es uno de los trabajos más extensos que se han hecho sobre el tema, y, sin duda, el más completo que se ha escrito en su siglo, con un total de 713 páginas, de las cuales 458 son de bibliografía comentada.

El texto principal se divide en dos partes. La primera de estas (pp. 5-105) se presenta como “estudio metateórico” -su título es “El fenómeno de la etimología popular desde la perspectiva de la ciencia (lingüística)” -y ofrece una revisión de la literatura existente sobre el tema; la segunda (pp. 106-231) se titula “Aspectos teóricos de la etimología popular”, y es en realidad un análisis personal, centrado en las principales cuestiones que surgen en torno al tema.

En cuanto al estudio metateórico, diremos que aquí Olschansky se propone fundamentalmente explicar la evolución del concepto de etimología popular a través del tiempo, desde Schmeller y Förstemann hasta el año de redacción de su obra. Sus conclusiones parecen indicar que el concepto pasa: 1) de entenderse como búsqueda de etimologías a entenderse como búsqueda de motivación; 2) de verse como algo que hace el “pueblo llano” a verse como algo que hacen todos los hablantes, incluidos los eruditos; y 3) de considerarse una “hipótesis diacrónica errónea” a considerarse “creación sincrónica de asociaciones entre palabras”.

Para Olschansky estos cambios de perspectiva se producen con el paso del siglo XIX al XX, aunque como puede verse por nuestro estudio, esto sólo se verifica si nos limitamos a un número reducido de autores, pues la evolución de este concepto no es nítida ni uniforme, y la pervivencia del modelo förstemanniano queda constatada en

todas las épocas. De hecho, hemos visto cómo en la segunda mitad del siglo XX se identifican fenómenos como los falsos acrónimos y los falsos epónimos, que podrían responder al nombre de “etimología popular” en su acepción puramente etimológica y diacrónica. Por otro lado, Olschansky se plantea en la segunda parte de su obra si en el ámbito conceptual de la etimología popular tienen cabida las consideraciones diacrónicas/etimológicas, y si se define el fenómeno como algo privativo del pueblo, con lo cual se ve que la exploración metateórica no da por zanjadas estas cuestiones.

En su estudio de “aspectos teóricos de la etimología popular”, Olschansky empieza proponiendo una definición del fenómeno, en la que intenta sintetizar y reconciliar varias definiciones formales de otros autores. Según su definición, la etimología popular es “un proceso en el que una palabra sincrónicamente aislada y, como tal, carente de motivación, o, en su caso, un constituyente léxico con las mismas características, se apoya en un término no aislado (familia de palabras) fonéticamente parecido o idéntico (en parte) para crear una palabra nueva al margen de las reglas fonéticas y morfológicas, incorrecta desde una perspectiva etimológica y diacrónica – eventualmente con cambio fonético- adquiriendo así una motivación secundaria, que contribuye a su interpretación y desaislamiento” (1996: 107). El concepto, por tanto, parece estar planteándose aquí como un fenómeno de cambio lingüístico que afecta a ciertas palabras “aisladas”, a las que el hablante asocia con otras formalmente similares.

Vemos, pues, que, aunque parte esta autora de la idea más ecléctica y ambivalente, la de la simple “asociación de palabras”, limita aquí el ámbito conceptual a las asociaciones que conllevan un cambio lingüístico. No obstante, en varios apartados de su exposición afirma que hay también una etimología popular “latente”, esto es, sin cambio lingüístico, lo cual le resta congruencia al conjunto. Nos dice también en este apartado que “el proceso de imitación e identificación que se lleva a cabo puede compararse con la analogía en el sentido más amplio del término” (1996: 107). Con esta afirmación, Olschansky nos da a entender –más adelante lo corroborará- que para ella la etimología popular no es analogía, aunque en ciertos casos se relaciona con ella.

Pero, al igual que ocurre con otros autores, la definición que nos ofrece Olschansky al principio no nos da la idea definitiva del concepto que tiene de la etimología popular, ya que el resto de la exposición aporta una serie de detalles que a veces matizan y a veces contradicen lo expuesto anteriormente. Por esta razón, es necesario analizar todo lo que dice esta segunda sección, de cara a poder obtener unas conclusiones mucho más fiables.

En cuanto al famoso problema terminológico, después de revisar prácticamente todas las etiquetas alternativas que se han propuesto para “etimología popular”, algunas sin relación biunívoca con el concepto aquí definido, afirma Olschansky que es la tradicional, sin duda, la que tiene más “garra”, y explica así por qué no la han podido desbancar otras, quizá más exactas, aunque demasiado complejas y/o abstractas. Por tal motivo, en esta obra se emplea habitualmente la etiqueta *förstemanniana*, aunque se reconoce que “etimología popular” no es la mejor denominación.

Por lo demás, el criterio de Olschansky coincide con la visión estructuralista del tema. Defiende las ideas de “aislamiento”, “motivación secundaria” y “formación sincrónica de asociaciones de palabras” como requisitos para que pueda hablarse de “etimología popular”. Estas ideas, como hemos visto, no están exentas de problemas, y su aplicación en estudios lingüísticos es necesariamente subjetiva. Por ello creemos que el trabajo de Olschansky, pese al concienzudo análisis que supone, es un buen ejemplo de cómo quien no se desmarca de la idea expresada por el término “etimología popular” y de las ideas tradicionales asociadas a este, acaba por caer en los mismos problemas en que cayeron autores de otras épocas.

Por ello, muchas de las afirmaciones de Olschansky en esta sección requieren algún comentario por nuestra parte, ya que algunas de estas tienden a ser categóricas, y sin embargo existen inconsistencias, así como defectos de forma y problemas de planteamiento (Görlach 1998: 159). Y, puesto que lo que aquí nos ocupa es el ámbito conceptual de la etimología popular, empezaremos por delimitarlo, según lo expresado en la exposición, para después ahondar en el análisis de sus condicionantes.

Así pues, vemos que para Olschansky no hay “etimología” en la “etimología popular” y por tanto no es etimología popular ninguna atribución de etimologías alternativas (esto es, las explicaciones al estilo de San Isidoro). El argumento que da esta autora es que la etimología propiamente dicha siempre tiene una “intención gnoseológica” que va más allá de interpretar el significado, pudiendo utilizarse, por ejemplo, para justificar conceptos teológicos, mientras que la “etimología popular” carece de intención.

Todo esto se puede cuestionar desde diversas perspectivas, pero la cuestión fundamental, creemos, es si puede separarse esa “intención gnoseológica” de las consideraciones cognitivas que influyen en la organización del léxico mental y, por tanto, si la confusión paramórfica es completamente ajena a reflexiones racionales sobre qué puede haber detrás de las palabras que usamos. Por otra parte, no nos cabe duda de

que muchas atribuciones etimológicas alternativas se apoyan en el mismo tipo de asociación que produce los cambios semánticos y/o formales, independientemente del resultado final. Por último, diremos que a juzgar por el diseño de un experimento que realiza Olschansky con hablantes de alemán, y cuyos resultados se exponen en el libro, parece que en cierto modo entiende también como etimología popular las hipótesis falsas sobre el origen de las palabras, y aquí se percibe, evidentemente, una contradicción.

Tampoco tienen cabida en su ámbito conceptual las creaciones lingüísticas sin “aislamiento previo”. Este es uno de los requisitos de los teóricos tradicionales, y es además un concepto difícil de definir con rigor. Se suele entender que una palabra está “aislada” cuando los hablantes no pueden relacionarla con ninguna otra de su lengua, lo cual conlleva, a menudo, problemas de comprensión. Pero en la exposición de Olschansky el adjetivo “aislado” se mueve entre los ámbitos de “incomprensible” y “sin familia léxica”, que no son necesariamente equivalentes. Sea como fuere, el requisito del “aislamiento previo” lleva a esta autora a excluir del ámbito de la etimología popular los cambios por interferencia paramórfica intencionada (los juegos de palabras), ya que estos no suelen partir de términos “aislados”, aunque creemos que no se puede generalizar en este sentido. Y en cualquier caso, si se aplicara rigurosamente el criterio del aislamiento quedarían fuera del ámbito conceptual muchas de nuestras “etimologías populares” tradicionales. Y recuérdese, además, como en cierto momento nos dice Olschansky que lo importante es que los hablantes perciban la forma como aislada (1996: 126-130); un criterio así nos deja en el terreno de las decisiones especulativas.

Por el requisito de la “motivación secundaria”, concepto que ya hemos discutido en estas páginas, no son etimología popular para Olschansky los “malapropismos”, entendidos aquí, no como las etimologías populares de los individuos (el “malapropismo clásico” de Zwicky), sino como las confusiones léxicas que inventan los literatos (p.e. las de Mrs. Malaprop). Olschansky dice que en estas creaciones no hay un intento de dar motivación a la palabra, y por tanto no cumplen uno de los requisitos para ser etimología popular. Los ejemplos que aporta en apoyo de esta idea son todos de palabras usadas en modos visiblemente absurdos. Con todo, hay que decir que Olschansky sí parece aceptar como etimología popular la producida por un solo individuo, siempre que esta cumpla con los requisitos especificados.

También queda excluida parcialmente, como veíamos antes, la analogía, y asimismo, varios fenómenos que Olschansky no engloba en el ámbito analógico, como

la contaminación, la derivación regresiva (“back formation”), y la aglutinación y deglutinación, que esta autora no engloba en el concepto general de analogía. En cuanto a la analogía, Olschansky, como quiera que entienda este concepto, se hace eco, en primer lugar, de las opiniones de otros autores en un sentido u otro, para después adherirse a la opinión de Mayer (1962: 226-228), que antepone los criterios de “motivación secundaria” y “semejanza fonética”. Así, aunque admite que en algunos casos hay cambios descritos como analogía que están en el ámbito de la etimología popular, considera que el grupo principal, el de los comúnmente conocidos como “analogía sistemática”, sólo se basan en la relación semántica, siendo esta la única razón por la que unas formas sustituyen a otras.

En cuanto a la contaminación, se distingue primero entre una variedad consciente (el “blending” del inglés) y otra inconsciente. Con respecto a la primera, dice Olschansky que no es etimología popular, porque “busca un efecto” (1996: 223). En relación con la segunda, la argumentación de esta autora, basada también en Mayer (1962: 328) es que no hay aquí una palabra “fuerte” que se imponga a una “débil” (la “aislada”), pues en su concepto de “contaminación inconsciente” interactúan dos palabras semánticamente equivalentes, siendo “fuertes” las dos. La cuestión no queda del todo zanjada con esta afirmación, ya que Olschansky recoge también opiniones de autores que no ven contaminación y etimología popular como algo totalmente diferenciado (p.e. Pound 1914: 8).

Por lo que respecta a la derivación regresiva, la razón por la cual no se vincula aquí, en bloque, con la etimología popular es que, según Mayer (1962: 330), estos cambios no transforman el vocabulario, sino que lo “enriquecen” (esto es, son procesos de formación de palabras). Sólo se considera que ha intervenido la etimología popular, dice Olschansky, cuando la derivación regresiva procede de un reanálisis que no interpreta correctamente la morfología original de la palabra (p.e. la formación, en inglés, del verbo “sidle” a partir del adverbio “sideling”, tomado como gerundio). Pero este resulta ser el caso en un buen número de “back formations”, al menos para el inglés, por lo que en último término la decisión de si juega o no un papel importante la etimología popular en este tipo de fenómeno, dependería de un estudio estadístico.

En cuanto a los fenómenos de aglutinación y deglutinación, que Palmer (1882: 568-591) y Weekley (1913: 113-115) relacionaban, sin dudarlo, con la etimología

popular⁷³, Olschansky afirma que las palabras resultantes no están más motivadas que las anteriores, observación que, según creemos, no debe generalizarse, ya que es posible, en algunos casos, que influya la existencia de una palabra con forma parecida o idéntica a la resultante (p.e. “new” en “an ewt” > “a newt”; o “nick” en “an ekename” > “a nickname”). Olschansky, de todos modos, parece admitir que, en un caso al menos, la deglutinación ha aportado un beneficio a la motivación, y por tanto, lleva carácter de etimología popular (1996: 223).

Vistas estas significativas exclusiones, y teniendo en cuenta la definición y los requisitos que propone Olschansky, lo que nos queda como concepto básico es la idea prototípica de etimología popular del estructuralismo: un fenómeno de asociación sincrónica de formas “aisladas” a otras “no aisladas”, que aporta una “motivación secundaria” a la unidad léxica “reetimologizada”, y que puede dar como resultado un cambio formal y/o semántico (o no producir cambio lingüístico alguno; este es un punto que no aclara bien en su teoría, como tampoco lo aclaran otros autores). Y, en último término, parece claro que la teoría de Olschansky parte de presupuestos estructuralistas, y asimismo que todos los razonamientos van encaminados a apoyar a estos, en una dinámica casi circular. No obstante, hemos de decir que, en realidad, Olschansky destaca en sus conclusiones la disparidad teórica con que se ha tratado el fenómeno de la etimología popular, y no oculta las opiniones discordantes, pero opta por basarse en tipologías y criterios de otros autores (p.e. Hristea, Mayer, Bebermeyer y Panagl) que mantienen la idea prototípica tradicional.

De este mismo año es una extensa obra sobre lingüística histórica de Hock y Joseph, que vuelve a reencuadrar la etimología popular como un tipo de analogía “no sistemática” o “esporádica”, y la equipara con “blending”, “contamination”, “rhyming combinations” y “umlaut combinations”, “recomposition” y “ellipsis”. Estos autores perciben la “folk etymology” como una asociación entre palabras que no estaban relacionadas, y que se origina al percibirse una palabra (que puede ser verdaderamente compuesta o no) como si estuviera compuesta de unos elementos determinados, que no son verdaderos elementos constituyentes. Señalan que la etimología popular, entendida como simple asociación, puede existir: 1) sin dar lugar a un cambio formal (y aquí se nos da el ejemplo de la palabra inglesa “cranberry”, a la que los hablantes le suponen

⁷³ Recordemos también a Barnes, que acudía al fenómeno de la aglutinación para salvar una regla generativa, y describía este fenómeno como “a sort of folk etymology or word association” (1980: 111).

una relación con la palabra “crane”⁷⁴; 2) dando lugar a cambios formales (los ejemplos aquí son los clásicos de “sparrow-grass” y “bridegroom” (1996: 173-174); y 3) dando lugar a cambios sucesivos (p.e. el francés “gredyre” se adopta en inglés con la forma reetimologizada “gridiron”, que finalmente da lugar a la forma apocopada “grid”; 1996: 175). No parece que se mencione el cambio sólo semántico, a no ser que este se incluya en la categoría 1). Y, como apuntábamos, separan “folk etymology” de “blending” “contamination” y otros fenómenos analógicos, aunque sí la consideran muy próxima al fenómeno de “recomposition” (p.e. inglés antiguo “huswif” > inglés moderno “hussy” > “housewife”). No se nos habla, por otra parte, de cambios intencionados ni de formas propias de un individuo.

En *An introduction to English language*, de Koenrad y Scott, obra publicada en el mismo año, se define “folk etymology” como “[a]n incorrect guess about the origin of a word” (1996: 205). Asimismo, en la página 190 se dice: “Coming to the wrong conclusion about the origins and particularly the meanings of words is termed folk-etymology”. Además, se habla de este fenómeno como fuente de “puns”, y de hecho se incluye un ejercicio titulado “Create your own folk etymology”, aunque, con todo, no acaba de estar claro si el fenómeno en sí lo ven como intencionado o no. Sí parece evidente que no se habla de forma explícita de lo que para muchos es un elemento esencial, la confusión paramórfica, aunque la mención del juego de palabras pueda sugerir su presencia, y su descripción del fenómeno da pie a pensar que podrían incluirse en el ámbito conceptual

Si nos atenemos a esta definición, a la exposición y a los ejemplos, cabría pensar que para estos autores sólo son etimología popular los juegos de palabras y las confusiones no generalizadas (p.e. los disparates de los estudiantes), así como las atribuciones etimológicas no paramórficas (“Mississippi”, “posh”, “blanket”, etc.), e incluso las confusiones de significados del tipo “lívido” = “pálido”, sin que esté claro si es o no etimología popular un cambio del tipo “sparrow-grass”. En definitiva, parece que estos autores centran el concepto de etimología popular en lo que para otros es periférico y dejan de lado lo prototípico. Sin embargo, no debe descartarse que el ámbito conceptual que aquí reconstruimos puede ser resultado de ciertos problemas en la definición, de los cuales no es el último el hecho de que los autores se han dejado influir por el significado literal de la etiqueta.

⁷⁴ Que casualmente resulta ser correcta cuando se analiza el término dialectal alemán del que procede (Hock y Joseph 1996: 173)

Otra obra de referencia de varias que escribió Trask en esta década, *A dictionary of phonetics and phonology* (1996), define “folk etymology” de forma prácticamente idéntica a como lo hizo en 1993, esto es, como cambio formal que aporta transparencia a palabras “opacas”; y asimismo, reserva los términos “analogical extension” y “analogical levelling” a fenómenos de cambio en patrones gramaticales. Por otra parte, su *Historical linguistics*, manual que publicó en el mismo año, aplica el concepto de “reanalysis” para las creaciones del tipo “cheeseburger” y “monokini”, e incluso para la aparición del prefijo mini- a partir de “miniature” y “minimum”. Pero mantiene este tipo de cambios separado de su idea de “folk etymology”, soslayando el solapamiento que puede haber entre ambos conceptos, y esto se ve calaramente en su exposición (“Even more dramatic than reanalysis is folk etymology” 1996b: 35). La etimología popular se sigue definiendo aquí como transformación de formas opacas en algo más familiar, o transparente. El “reanálisis”, o identificación incorrecta de componentes morfológicos, se reserva aquí para un tipo de creación léxica, sin tener en cuenta que dicha palabra se refiere más bien a un proceso cognitivo que puede desempeñar un papel en el cambio formal que se suele etiquetar como “etimología popular”.

Y otro glosario de 1996, *An alphabetical guide to the language of name studies* de Room, a quien ya citamos por su *Dictionary of true etymologies* de diez años antes, establece una distinción entre “false etymology” y “folk etymology”, que no hacía en su obra anterior. Según este autor, “[f]alse etymologies, as distinct from folk etymologies, are found in academic works” (1996: 39, sub verbo “etymology”). La “false etymology” se entiende, por tanto, como una explicación etimológica errónea en el contexto erudito o académico (p.e. relacionar el ucraniano “Balaklava”, derivado probablemente del turco “balik” + “yuva”, con el italiano “Bella chiava”; 1996: 39). Pero al referirse a la “folk etymology”, también la define Room como intento de explicar un nombre, más que como fenómeno de cambio formal, y ninguno de sus ejemplos justifica que haya habido en ellos algún tipo de cambio por interferencia paramórfica. La diferencia, pues, entre “folk etymology” y “false etymology” estaría para Room en que aquella queda fuera del ámbito académico. Tal distinción, basada en diferencias socioculturales, ya la han considerado irrelevante muchos autores, entre ellos Olschansky, como veíamos recientemente. Se trata, por tanto, de otro caso de interpretación literal de la etiqueta förstemanniana, que pervive al margen de la evolución del concepto entre los lingüistas.

En España, en este año también, aparecen tres publicaciones sobre temas lingüísticos en las que se hace mención de la etimología popular. En primer lugar,

citamos a Galmés de Fuentes, cuyo discurso de ingreso en la Real Academia Española versa sobre toponimia, su especialidad lingüística, como ya demostró en otros trabajos anteriores. En líneas generales, mantiene su opción terminológica (“asociación etimológica” en vez de “etimología popular”), y los ejemplos vuelven a centrarse en casos ya descritos aquí (cambio formal por interferencia paramórfica, correcciones conscientes basadas en una percepción equivocada, topónimos inspiradores de leyendas y proyecciones extralingüísticas), por lo cual no profundizaremos en su contenido.

En segundo lugar, tenemos un artículo de Isabel de la Cruz sobre homófonos en inglés británico. Ahora bien, dado que este es un resumen de la tesis que publicó en 1999, dejamos para más adelante su análisis, cuando abordemos el concepto de etimología popular que se percibe en la obra principal.

Por último, está la obra de Millán *Húmeda cavidad. Seguido de rosas y puerros*, una miscelánea de observaciones lingüísticas. Aquí se nos describe la etimología popular como la reinterpretación de una palabra “nueva o extranjera”, “con ayuda de otra más familiar” (1996: 67). Todos sus ejemplos son de cambio formal, predominando los no generalizados (malapropismos clásicos, p.e. “escarne” por “escáner”) sobre los generalizados. La motivación principal de estos cambios es, para su autor, la búsqueda de significado y todos los ejemplos parecen corroborarlo; de hecho, el título de esta sección es “¡Escarne! Donde se contemplan los esfuerzos titánicos por dotar de sentido a lo que no tiene”.

Ya en 1997, nos encontramos con tres diccionarios de lingüística, dos británicos y uno español, que mencionan este fenómeno en sus páginas. En primer lugar, *A student's dictionary of language and linguistics*, de Trask, vuelve a definir el fenómeno como cambio formal que aporta transparencia, al igual que hizo en sus obras de 1993 y 1996. Ahora el concepto de “reanalysis” sólo lo explica para el ámbito de la sintaxis, e introduce el término “folk linguistics”, sin relacionarlo con la etimología popular.

De forma parecida, el *Oxford concise dictionary of linguistics* de Matthews nos define la “folk etymology” como cambio sólo formal: “The process by which a form is reshaped to resemble another form, or sequence of forms, already in the language, already in the language” (1997: 286). Nos da como sinónimos “popular etymology” y “paronymic attraction”. No relaciona la etimología popular con la analogía general, ni con la contaminación, aunque como ejemplo de esta nos da “female” (1997: 92), que otros autores sí incluyen en el ámbito de aquella.

Por su parte, el *Diccionario de lingüística moderna*, de Alcaraz y Martínez, dedica un párrafo a la “etimología popular o pseudoetimología”, dentro del artículo “Étimo, etimología”. Y aquí se centra el concepto en la “explicación espontánea o ingenua que se da del origen de una palabra, sin tener en cuenta las leyes fonéticas y otros factores” (1997: 218). Curiosa y significativamente, nos da un ejemplo de San Isidoro (“Las *Etimologías* de San Isidoro están llenas de mucha ‘etimología popular’” 1997: 218), con lo cual está claro que se mantiene aquí el valor literal del primer componente terminológico (etimología como explicación etimológica) pero no del segundo, pues se entiende “etimología popular” en último término, como “etimología errada”. Así pues, dos diccionarios del mismo año expresan ideas distintas: Matthews ve el fenómeno como cambio formal, mientras que Alcaraz y Martínez lo entienden como metalenguaje y no como cambio lingüístico.

También en 1997, y en una línea menos académica, el novelista Kingsley Amis dedicó unas palabras a la etimología popular en su personal guía de uso del inglés, *The King’s English*. Este autor define, sin duda, la “popular etymology” como cambio formal por confusión paramórfica: “the erroneous rephrasing of an unfamiliar expression as one more familiar” (1997: 159). Entre sus ejemplos, aparte de los conocidos “sparrowgrass” y “belfry” hay varios de cambio no generalizado o malapropismo clásico (p.e. “very close veins” por “varicose veins”; 1997: 160). Por otra parte, en la descripción de algunos de ellos (p.e. “Jerusalem artichoke”) recalca que el origen de estos cambios no es necesariamente “popular”. Por último menciona y desmiente unas “false popular etymologies”, refiriéndose aquí a nombres de lugares para los que se ha inventado una historia explicativa, con forma original incluida, al estilo de las explicaciones de la etimología general. Los ejemplos que da de este fenómeno, que ya no entran en el ámbito de su definición (“Elephant and castle” < “La Infanta de Castilla”, y “The goat and compasses” < “God encompasseth us”; 1997: 162) han sido citados como auténticos en la literatura especializada⁷⁵.

Y, llegados al año 1999, comentamos a continuación la tesis doctoral de Isabel de la Cruz, cuyo contenido sintetizaba el artículo ya citado de 1996. Su estudio, que cita la etimología popular entre los cinco condicionamientos históricos que identifica para la homofonía, y asimismo entre los cuatro tipos de interferencia que, junto con el cambio fónico y la divergencia semántica, pueden originarla, nos da una serie de perspectivas

⁷⁵ Véase Cutler y Butterfield (1992), donde se cita el nombre del pub “The goat and compasses” como “folk etymology”.

teóricas sobre la etimología popular, así como unos interesantes ejemplos de homófonos en cuya formación ha intervenido la etimología popular. Analizamos a continuación estas aportaciones.

En cuanto al concepto de etimología popular, De la Cruz, que recoge definiciones y opiniones de Wartburg (1925: 26), Saussure (1922: 241), Menéndez Pidal (1987: 191) y Orr (1922: 72), nos presenta este fenómeno, con sus propias palabras, como la “generalización de modificaciones impropias que afectan a la estructura fónica o gráfica de las palabras por asociación con otras con las que comparten cierta semejanza formal” (1999: 193-194) y la “perpetuación de equivocaciones al modificar la estructura fónica o gráfica de las palabras” (1999: 21). Añade que en esa categoría se incluyen “todos aquellos procesos de contaminación o alteración de la forma de un vocablo por la influencia de otro, como la analogía o modificación de las formas existentes por semejanza con otras” (1999: 194).

Su idea de la etimología popular se mueve, por tanto, en el plano del cambio formal, aunque pudiera ser que sólo estuviese describiendo el aspecto concreto del ámbito conceptual que es relevante para el estudio de la homofonía. Por otra parte, se observa un paralelismo con la analogía.

Por lo que respecta a la etiqueta tradicional, y la idea de que la etimología popular es una “etimología del pueblo”, afirma De la Cruz, con Orr y otros autores, que este tipo de cambios pueden tener su origen en los hablantes cultos también. Pero, aunque muestra su preferencia por el término “atracción paronímica”, decide, como hizo Olschansky, mantener la expresión tradicional para evitar malentendidos.

En cuanto a los ejemplos que en su tesis analiza de homófonos en cuya historia ha intervenido la etimología popular, lo primero que llama la atención es que la mayoría de estos son monosílabos o bisílabos, lo cual contradice la idea de que este fenómeno afecta a palabras largas, porque estas ofrecen más espacio para el reanálisis morfológico. Todos los casos que comenta, como era de esperar, son de cambio formal, fonético o gráfico, pues de no ser así, no podríamos hablar de homofonía. Varios casos son de palabras relacionadas etimológicamente (p.e. “drachm” y “dram”; 1996: 196). En muchos hay una simple atracción formal entre los vocablos que acaban siendo homófonos; en otros, o bien la influencia es de una tercera palabra o la homofonía ya existía, y lo que se describe en el análisis es una restauración ortográfica (p.e. “heir”, 1999: 195). En un caso concreto (“ton” / “tun”; 1999: 198) lo que hay es una corrección por parte de los escribas medievales, que no se basa en interferencias paramórficas. Y

en alguna otra ocasión lo que nos explica el estudio de casos es, no cómo dos palabras han acabado por ser homófonas, sino cómo no han acabado por ser homónimas (p.e. “stile” y “style”; 1999: 198). En suma, hay cierta heterogeneidad en la aplicación de la etimología popular como principio explicativo, que apunta probablemente a una posible heterogeneidad en la categorización de homófonos. Con todo, los ejemplos son todos de sumo interés para el estudioso del tema.

De 1999 es también *The Cassell dictionary of word histories*, de Room, un diccionario etimológico general muy completo. El concepto de etimología popular que maneja su autor parece ser el mismo que encontrábamos en su obra de 1996; esto es, entiende que hay una manera “popular” de explicar la etimología de ciertas palabras, pero esta forma de etimología es más una creencia que un fenómeno de cambio lingüístico. Tal idea se puede entrever en un comentario de la introducción: “Other notes may perhaps mention a now discredited origin, [...] or repeat a popular but false etymology, such as the belief that the earwig is so called because it lives in an ear of corn” (1999: x). Una cosa está clara, y es que Room no identifica popular con erróneo, como ha hecho la tradición lingüística desde Förstemann.

Por otra parte, sus explicaciones etimológicas siguen la tradición de no utilizar la etiqueta de “folk etymology”, prefiriéndose expresiones del tipo “associated with x” o “influenced by x”. No obstante, se desmienten en esta obra –más que en otros diccionarios etimológicos- muchas asociaciones aparentes, tal y como lo hacía en su diccionario de “True etymologies” de 1986, usando ahora expresiones del tipo “not related to x”. Se ve, por tanto, que Room distingue la interferencia paramórfica que produce cambio lingüístico, y a la cual no aplica una etiqueta, de la atribución etimológica surgida a posteriori.

También en 1999 se publicó *Täuschende Wörter. Kleines Lexicon der Volksetymologien.*, un diccionario de etimologías populares alemanas recopilado por Olschansky según sus criterios. No analizaremos su contenido en este trabajo, ya que damos por estudiado el concepto que maneja su autora, y, sobre todo, porque aquí analizaremos diccionarios similares en lengua inglesa.

Llegamos así al año 2000, último de los que abarca este estudio cronológico. En este se publica otro trabajo de Galmés sobre toponimia, dedicado a desmentir las falsas etimologías en que se basan muchos blasones de España, y que por lo demás no aporta nada nuevo al concepto que hemos reconstruido por sus obras anteriores. Sí merece especial atención en este momento un estudio de Herrero Ruiz de Loizaga, “La

etimología popular: Problemas y límites”, que presenta otra versión personal del concepto de etimología popular.

El estudio de Herrero intenta delimitar, mediante la aplicación rigurosa de unos criterios, el ámbito conceptual de este fenómeno, tal y como lo define Dubois, ya citado, y ofrecer una tipología de fenómenos. En primer lugar, Herrero separa de la etimología popular los cambios paramórficos que se producen entre formas de una misma raíz (p.e. en español vulgar “renacuajo” > “ranacuajo”), ya que uno de los requisitos de la definición de Dubois era que no hubiese relación “genética”. Tampoco es etimología popular para este autor la influencia de un paradigma sobre las formas de otra palabra (p.e. en español “frego” > “friego” por influencia de “niego”), ni la asimilación formal de palabras agrupadas (p.e. “lunes”, “martes”, etc.), argumentando que no es la etimología popular la que asoció esas palabras. Excluye asimismo las contaminaciones “porque el hablante no llega a ligar una palabra con otra” (2000: 514). Para algunos casos de contaminación, no obstante, parece vacilar, pues reconoce que “están más próximos que otros a la etimología popular”. Un buen ejemplo de esto sería en español “rascañar” / “arañar” + “uña” > “rasguñar” y “aruñar”. Pero por lo general, en los cruces y contaminaciones, no ve una motivación semántica ni una segmentación clara de morfemas, por lo que considera que no satisfacen sus requisitos.

En cuanto al reanálisis que nos tientan a hacer ciertas palabras que aparentan tener una etimología alternativa (p.e. “miniatura”, derivada de “minio” y no de “mínimo”), al reanálisis manifestado en la forma (p.e. “berrojo” > “cerrojo”) y a ciertos fenómenos de deglutinación (p.e. “las sandalias” > “las andalias”), sí los considera etimología popular este autor, ya que en estos casos “los hablantes sí sienten las dos palabras ligadas pertenecientes a una misma familia de palabras” y porque hay “un reanálisis de los elementos constituyentes que permita asignar un elemento a una nueva familia léxica” (2000: 514) y tiene que haber una “atracción semántica basada en semejanzas fonéticas” (2000: 520). Vemos, pues, que el reanálisis, no mencionado por Dubois en su definición, subyace en la mentalidad estructuralista a la hora de decidir qué es y qué no es etimología popular.

En aplicación de otros criterios se excluyen también aquí del ámbito de la etimología popular los malapropismos (entendidos como sustituciones totales entre palabras), la ultracorrección y el “floreo verbal” (un juego de palabras consistente en sustituir deliberadamente una palabra por otra que parece derivada de aquella; p.e. “chuleta” por “chulo”). Las razones son semejantes a las que daba Olschansky: en el

malapropismo no parece haber motivación (otro concepto fundamental para los estructuralistas), ni se percibe que haya una palabra “oscura” y otra “familiar”; la ultracorrección, dice, “no se debe al influjo de otra palabra” (2000: 524) y el floreo verbal es un uso plenamente consciente y con finalidad humorística.

Se aprecia, por tanto, como ocurría en el caso de Olschansky, la existencia de un constructo estructuralista en torno a la etimología popular *förstemanniana*, que favorece como casos prototípicos los que: 1) parecen asociar palabras sin relación etimológica, estando una de ellas “aislada” o sin familia léxica; 2) consolidan la asociación mediante un reanálisis morfológico; y 3) producen una motivación secundaria en la palabra aislada, sin que haya otra intención detrás de los posibles cambios.

Reproducimos, por último, la clasificación que hace Herrero, basándose en Veny (1990, que a su vez se basaba en Buysens 1965), de las etimologías populares según los efectos que producen. Así pues, distingue en primer lugar entre un bloque de etimologías populares con cambio de forma y otro de etimologías populares sin cambio de forma. Dentro del primer grupo establece una categoría para el cambio apoyado en una atracción semántica (p.e. “cerrojo”), otra para la atracción formal sin atracción semántica (“auze de nieves” > “aguzanieves”) y una tercera para la atracción formal y semántica que lleva a un cambio de significado (p.e. “altozano”). Dentro del segundo grupo distingue, simplemente, entre casos de reanálisis que conducen a un cambio de significado (p.e. “miniatura”) y otros reanálisis que no producen ningún cambio de significado (p.e. “azulejo”).

En este año también aparece un nuevo trabajo terminológico de Trask, *The dictionary of historical and comparative linguistics*. Su concepto de “folk etymology” no ha cambiado sustancialmente con respecto a las obras anteriores, mientras que para “reanalysis”, que sigue sin relacionarse con la etimología popular, nos da ahora las dos acepciones, la morfológica y la sintáctica. Lo novedoso es que nos presenta la “homonymic assimilation”, término acuñado por Hagège (1990: 11) como “[o]ne type of folk etymology”, consistiendo esta en cambios formales más bien absurdos (esto es, que no aportan verdadera transparencia) que afectan a ciertos préstamos (p.e. francés antiguo “moisson” > inglés “mushroom”, 2000: 153). La idea para este constructo conceptual podría haber surgido de la “atracción léxica” de Duchacek (1964: 65); en cualquier caso, el concepto de etimología popular de Trask se limita a lo formal, siguiendo una tendencia casi general entre los lingüistas de finales de siglo.

También en el año 2000, Croft, en un tratado sobre cambio lingüístico encuadra la etimología popular, al igual que McMahon, Hock y Joseph entre los fenómenos de analogía “esporádica”. En este caso, Croft equipara el efecto de la etimología popular al de otras formas de analogía porque va en la dirección del isomorfismo y puede encajar, por tanto, en una explicación teleológica del cambio lingüístico que recurra a este principio (2000: 67). Pero, en líneas generales, lo considera un fenómeno relativamente raro dentro del cambio lingüístico, como todos los que sugieren error de uso (2000: 76).

Y la última mención, dentro de los trabajos teóricos del siglo XX, es para un interesante artículo de Rundblas y Kronenfeld, que intenta combatir, con metodología y filosofía científicas, la inercia con que se trata el fenómeno. Este estudio sitúa el origen de toda etimología popular en el léxico mental del individuo y no en el sistema de la lengua, y explica su difusión por el mecanismo de la “mano invisible”, a la que guían unas pautas de la realidad colectiva.

Basándose en la definición de Winer, que explicaba la etimología popular como una falsa hipótesis etimológica basada en semejanzas (1992: 238-239), estos autores distinguen entre etimologías populares con cambio lingüístico (Clase I) y las que sólo consisten en una explicación etimológica errónea (Clase II), reconociendo que se pueden dar los dos tipos de etimología popular en una sola palabra. En su investigación intentan llevar una selección aleatoria de entradas del diccionario *Folk-etymology* de Palmer y encuentran que, una vez eliminadas las que no cumplen ciertos requisitos, el 85% son de Clase I y el resto de Clase II⁷⁶.

Para las transformaciones del tipo “monokini” y “beefburger”, Runblad y Kronenfeld emplean el término “form abstraction”, e incluyen en esta categoría tanto ejemplos del tipo “Irangate” y “Monicagate” (creados a partir del “-gate” de “Watergate”) como otros basados en sufijos productivos del tipo “-aholic” (“workaholic”), “-nomics” (“Reaganomics”) y “-quel” (“prequel”), que, estrictamente, no surgen de una confusión paramórfica identificable, sino de asignar valor de sufijo a un segmento fonético seleccionado de forma arbitraria (1998: 25). Posiblemente la definición en la que se han basado estos autores permite incluir estas creaciones en el ámbito de la etimología popular. En cualquier caso ellos relacionan estos fenómenos, y todos los demás descritos en su artículo, con cierta tendencia a ver componentes

⁷⁶ Casi la mitad de las entradas seleccionadas en un principio quedaron fuera de la clasificación, o bien porque no respondían al concepto de etimología popular de los autores, o porque no pudieron verificarse como auténticas (caso de las idiosincrásicas), o bien porque se desconoce su verdadera etimología.

morfológicos independientes en las palabras polisílabas (1998: 29-30), lo cual explicaría muchos casos de etimología popular clásica, y encuadran este fenómeno de percepción morfológica en una tendencia lingüística, presente en la analogía, que nos lleva a buscar patrones regulares para la expresión del significado.

Por último, dentro de los que han usado el concepto de etimología popular en estudios de casos concretos dentro de esta década, citamos a Cannon, que en un estudio sobre “Malay(sian) borrowings in English” llama “folk-etymologies” a las adaptaciones de préstamos que muestran influencia de una tercera palabra (p.e. “kampong” > “compound”; 1992: 145). Citamos también cuatro trabajos sobre toponimia (Bernales y Painequeo 1992; García Martínez 1994; Llamazares Prieto 1994, y Ranz Yubero 1996). Bernales y Painequeo utilizan un enfoque muy tradicional, pues comparan la etimología científica con la popular, aunque ven a esta también como fenómeno de cambio formal y semántico, y proceso motivador (1992: 92). Llamazares sigue a Baldinger y no presenta ninguna novedad con respecto a su modelo; explica que la etimología popular puede producir cambios formales y de significado. García añade a estos cambios la etimología latente de ciertos topónimos, que pueden sugerir una etimología alternativa, o incluso inspirar leyendas, y usa en cierto momento la etiqueta alternativa, y obsoleta, de “atracción homonímica” (1994: 199). Ranz Yubero, por su parte, sigue en su enfoque teórico a Galmés y usa con frecuencia el término “asociación etimológica”.

En suma, el siglo XX ha acabado de llevar a su último grado de concreción las posibilidades interpretativas que ofrecía el ambiguo y contradictorio modelo heredado del XIX. Tras tan exhaustiva exploración, en la que hemos procurado presentar cualquier detalle relevante para nuestro propósito, intentaremos en el capítulo siguiente reunir y sintetizar los aspectos principales de este problema conceptual, desde la perspectiva de un siglo y medio de existencia.

CAPÍTULO 10

CONCLUSIONES DE LA SEGUNDA PARTE

La revisión del conjunto de la literatura que surge en torno a la llamada “etimología popular” evidencia una serie de dificultades para quien quiera abordar un estudio científico centrado en este concepto. En nuestro planteamiento, los problemas básicos serían: la dificultad de distinguir entre causa y efecto, la dificultad de identificación de los fenómenos y la falta de unanimidad en cuanto a qué fenómeno (o fenómenos) hay que entender como etimología popular (o como manifestación de la etimología popular). A continuación expondremos de forma más detallada estos problemas.

En primer lugar, en la base del problema está la dificultad de distinguir entre causa y efecto, pues hemos visto que a veces se confunden una cosa y otra, reflejo de lo cual es la confusión que se observa en la teoría entre explicación y descripción. Así pues, dado que algunos autores no definen bien su concepto esencial y que entre quienes lo hacen hay considerables divergencias, no nos queda claro si la etimología popular es:

- 1) un instinto, tendencia psicológica o actividad etimológica –según se quiera plantear- con independencia de que haya resultados observables o no;
- 2) el simple establecimiento, consciente o inconsciente, de asociaciones paramórficas en el léxico mental y/o la creación de respuestas al porqué de una palabra, independientemente de que estos fenómenos produzcan manifestaciones observables o no;
- o 3) una manifestación observable que lleva a pensar en una actividad etimológica o aparentemente etimológica o en asociaciones o interferencias paramórficas.

Y además, no se suele plantear este problema como una disyuntiva clara, pues para algunos autores la etimología popular es algo así como un conjunto causa-efecto donde la acepción 1 es la causa, y 2 y/o 3 el efecto, pudiendo entenderse asimismo

como etimología popular las tres acepciones a la vez, o bien dos de ellas (2 como causa y 3 como su efecto), y no necesariamente una sola⁷⁷.

En este intento de distinción que planteamos aquí entre las posibles acepciones, 1 sería la “etimología popular” entendida como concepto abstracto; 2 sería la etimología popular como hecho concreto, pero no como fenómeno empírico, y 3 sería el concepto de etimología popular como fenómeno claramente empírico. La distinción es importante, al menos para un enfoque científico, aun cuando en la práctica no sea evidente que existe tal división de ideas, ni sea fácil decir si un autor se decanta claramente por una de estas acepciones⁷⁸.

En cualquier caso, si por “etimología popular” entendemos una tendencia psicológica o instinto etimológico, debería entonces entenderse como una rama de la “lingüística popular” (cf. la intervención de Haugen en Hoenigswald 1966: 21) y podría dar lugar a fenómenos externos (esto es, apreciables por los sentidos, sea en el habla, en la conducta o en el mundo tangible) o no externos (esto es, asociaciones sincrónicas o hipótesis etimológicas no manifestadas), lo cual haría imposible una investigación completa sin la ayuda de medios de exploración neurológica o bien de métodos de introspección psicológica. Además, los fenómenos a que daría lugar dicha tendencia no tendrían por qué suponerse restringidos al ámbito de lo paramórfico, y sin embargo es muy difícil aventurar los posibles recursos alternativos que utiliza el “etimólogo popular”, ya que, tradicionalmente, nuestra evidencia de que existe este tipo de etimología es la confusión paramórfica.

Si identificamos con “etimología popular” la segunda acepción, la que se refiere al fenómeno puramente mental, como hace por ejemplo Baldinger en varios de sus trabajos, existe también el problema de que la única alternativa a la exploración neurológica, por el momento no viable, y a la introspección psicológica, altamente especulativa, es el estudio de las manifestaciones externas, que son en gran parte de base paramórfica. De tal manera que un estudio objetivo de la “etimología popular”, si es que queremos mantener este concepto, debería partir de las manifestaciones externas, pero aquí persiste el problema de la falta de unanimidad, ya que son muchas y muy diversas las manifestaciones que en uno u otro momento se han considerado “etimología popular”, y adoptar un criterio congruente conlleva una serie de decisiones

⁷⁷ Una excepción sería Wartburg 1925, que distingue a la etimología popular de la científica, definiendo aquella como un fenómeno de cambio y no como una ciencia.

⁷⁸ Así, por ejemplo, por el artículo de Förstemann 1852 se podría interpretar que etimología popular es 1, 2 y 3, o bien sólo 1, sólo 2 o sólo 3; en Baldinger 1986, etimología popular es a veces 2 y a veces 3.

complejas, aflorando inevitablemente la cuestión de cuál puede ser la causa de un fenómeno así denominado.

La segunda dificultad, ligada íntimamente a la primera, es la de identificar el plano fenomenológico, lo cual implica decidir si hay un solo nivel en el que se dan todos los fenómenos, o bien una organización secuenciada en la cual un fenómeno primario da lugar a otros subsiguientes. Para entender este último supuesto, hay que recordar que algunos de los fenómenos aquí recogidos como especímenes de “etimología popular” son en realidad cambios subsiguientes a un fenómeno anterior (p.e. la expresión “to eat humble pie” es subsiguiente a la transformación de “umbles pie” en “humble pie”; la sustitución sinonímica de “a slug of liquor” por “a slam of liquor” es subsiguiente a la confusión entre el gaélico “slog” ‘trago’ y el inglés “slug” ‘golpe’; la creación “cheeseburger” es subsiguiente a la identificación entre la primera sílaba de “hamburger” y el inglés “ham”). En consecuencia, no deberían etiquetarse del mismo modo, y por tanto, tratarse al mismo nivel los distintos cambios de una serie, máxime cuando la asociación paramórfica sólo se da en uno de los estadios⁷⁹. Es más, dado que algunos fenómenos en su primera manifestación formal ya presuponen una asociación paramórfica, pero no muestran una sustitución entre formas similares (p.e. “monokini”, “cheeseburger”, “flammable”), habría que postular quizás que el fenómeno primario es siempre una asociación o confusión mental, y toda manifestación formal, primera, segunda o tercera, es subsiguiente a aquella.

Y aun cuando decidiéramos limitar el ámbito conceptual de la etimología popular a los fenómenos directamente observables, sea en manifestaciones verbales o extraverbales, queda un último problema: tendríamos que decidir con qué nos quedamos de entre las numerosas variedades que se han identificado con esta etiqueta, o que de forma imprecisa se han relacionado con este concepto.

Así pues, tenemos en primer lugar las manifestaciones verbales, dentro de las cuales habría que distinguir entre: 1) el lenguaje de primer grado (la lengua en su uso habitual); 2) el metalenguaje o lenguaje de segundo grado (basicamente, los comentarios que se hacen sobre el porqué de una palabra), y 3) las manifestaciones extraverbales, que son más bien anecdóticas y marginales para la lingüística, y consisten básicamente en manifestaciones conductuales (p.e. preparar el “haricot de mouton” con judías, o hacer circular el oporto en la mesa de derecha a izquierda) o en proyecciones

⁷⁹ Alguna vez hay confusiones paramórficas en serie, p.e. “ahuacatl” > “avogado” / “avocado” > “alligator (pear)”; “shawneecake” > “johnnycake” > “journeycake”, pero estos casos son muy raros.

del fenómeno lingüístico en el mundo tangible (p.e. las plasmación de errores etimológicos en blasones, las estatuas de ciertos personajes ficticios, como Baptiste, o la forma de un objeto, como la hucha)⁸⁰.

En cuanto a las manifestaciones verbales, concluimos que son las de primer grado las que suelen constituir la “etimología popular” clásica de los lingüistas. Dentro de estas se suele distinguir entre cambio formal y semántico, añadiéndose a veces la categoría de cambio semántico-formal.⁸¹ Tanto en uno como en otro caso se puede distinguir entre fenómenos generalizados y no generalizados (dentro de los cuales se aíslan a veces los cambios grupales y los individuales), o entre accidentales y no accidentales (y dentro de estos últimos se podría distinguir entre intencionados y no intencionados, aunque el criterio de la intención es especulativo).

Dentro de los cambios formales se puede distinguir además entre sustituciones totales (donde todo el segmento formal de la palabra se ve reemplazado, bien por una palabra completa, bien por una serie de morfemas) y parciales (donde una parte de la palabra original permanece inalterada). Por la aplicación rigurosa de este criterio se suelen excluir del ámbito de la etimología popular los “malapropismos clásicos”, especialmente cuando se entiende como tal la utilización incorrecta de una palabra ya existente. También se puede distinguir también entre sustituciones con análisis correcto (donde el segmento o los segmentos reemplazados coinciden con verdaderos morfemas) y sustituciones con metanálisis (donde los segmentos reemplazados no son verdaderos morfemas). Asimismo, se puede distinguir entre sustituciones en el plano formal (p.e. “brydguma” > “bridegroom”) y sustituciones en el plano semántico (p.e. “hamburger” > “beefburger”). También se distingue entre cambios influidos por la semejanza fonética sólo, cambios influidos por la semejanza fonética y semántica (distinción que implica cierta proporción de “causa” en el “efecto” que tipificamos como fenómeno), así como entre cambios que aportan transparencia y cambios que no la aportan (aunque suele ocurrir que estos últimos estén excluidos del ámbito conceptual de la etimología popular, recibiendo a veces etiquetas alternativas, como “atracción léxica” o

⁸⁰ Las manifestaciones conductuales y la proyecciones en el mundo tangible no son autoexcluyentes. Así, por ejemplo, la costumbre de plantar rosas en una parte de Roseland (Ashley 1985: 6) podría verse como conducta y como proyección. En cuanto a ciertas tradiciones, como por ejemplo la aplicación de una planta medicinal basada en una supuesta propiedad que se infiere de su nombre, podría ser fenómeno subsiguiente a una manifestación verbal; esto es, podría ser que un tratado de farmacopea o una tradición popular la recomendase como tratamiento específico.

⁸¹ Algunas veces el cambio formal es la primera manifestación externa y el semántico un fenómeno subsiguiente a aquella (p.e. “shamefaced”). Pero, como ya hemos visto, no siempre hay unanimidad al respecto.

“asimilación homonímica”, que pueden presuponer exclusión del ámbito conceptual). En algunas ocasiones se han diferenciado también, dentro de los cambios formales, los puramente ortográficos (p.e. “island”) de los fonético-ortográficos, identificándose algún caso también de cambio fonético sin cambio ortográfico (p.e. “lieutenant”).

Además, no debemos olvidar otras distinciones basadas en criterios más subjetivos, como la de si el origen está en el pueblo o en los eruditos, o si la palabra original estaba “aislada” o no. Este criterio, y otros criterios, como el del valor de la parte alterada (léxico o gramatical) o el tipo de motivación que resulta, han influido muchas veces en la decisión de excluir la etimología popular del ámbito de la analogía.

En ciertos casos, como hemos visto, estos criterios parecen más bien racionalizaciones hechas en auxilio de un modelo teórico, como ocurrió con Saussure. Este tipo de distinción, además implica a otros “fenómenos” que suelen identificarse convencionalmente con etiquetas independientes, como son los de contaminación (que a veces se diferencia de la mezcla o “blending” y a veces no), aglutinación y deglutinación, y derivación regresiva. En consecuencia, el tratamiento que se da a este tipo de cambios y la estructura de las tipologías resultantes varían mucho de unos autores a otros.

En cuanto al cambio semántico, las distinciones son más discutibles aún, ya que la percepción del significado, que no es tan directa para nuestros sentidos, tiene que pasar por procesos racionales que no están exentos de cierta subjetividad. Creemos, no obstante, que se puede distinguir entre cambios del sentido central de la palabra, perceptibles por los nuevos contextos en que se utiliza esta (p.e. “miniatura”) y cambios en las connotaciones, apenas perceptibles en el uso, aunque sí en las actitudes y el metalenguaje (p.e. llamar a la japuta “pescado del mal nombre”). Pero no deja de haber problemas. Así, por ejemplo, para algunos autores, la atribución etimológica alternativa (p.e. identificar “jubileo” con “júbilo”) es un cambio de significado y es parte de nuestro conocimiento semántico sobre una palabra, como si el léxico mental fuese una especie de diccionario histórico. Aquí no aplicamos ese criterio, pues una atribución etimológica sólo se manifiesta cuando se hace explícita, y aunque la forma más común de manifestarse sea el metalenguaje verbal, no es este el tipo de fenómeno que suele considerarse cambio lingüístico.

Por ello, la atribución etimológica alternativa la consideramos una categoría aparte, ya que entendemos que no implica verdadero cambio lingüístico. Y dentro de esta categoría nos interesa una distinción fundamental: distinguimos entre atribuciones

basadas en la asociación paramórfica (p.e. decir que “ouvrable” viene de “ouvrir”) y atribuciones no basadas en asociaciones paramórficas (p.e. decir que “posh” es acrónimo de “Port out, starboard home”). Decimos que es importante porque subraya el hecho de que no todo lo que se ha identificado como etimología popular es producto de la interferencia paramórfica.

Como se recordará, al principio de este estudio nos proponíamos, entre otras cosas, descubrir qué fenómenos de interferencia paramórfica constituyen la “etimología popular” en distintos autores, siempre a partir de un análisis de los usos de la etiqueta förstemanniana o de alternativas reconocidas como tales. Y entre nuestros resultados encontramos, además de esa preferencia prototípica por ciertos fenómenos de interferencia paramórfica que comentábamos antes, y del estatus periférico de otros fenómenos, varios usos del término que no corresponden a casos de interferencia paramórfica. Aparte de un uso claramente injustificable del término, el de Larkin y Foss (1984), que ni hace referencia a procesos de cambio lingüístico ni a actividad etimológica de ningún tipo, y de un extraño ejemplo de conversión de sonidos no verbales en mensaje verbal (Oduyoye 1970), que quedan fuera de nuestras consideraciones, hemos podido encontrar algunos fenómenos que se han identificado como “etimología popular” y que, siendo básicamente atribuciones de etimologías alternativas, no son verdaderamente fenómenos de interferencia paramórfica. Recordaremos aquí los principales:

- Historias apócrifas, como, por ejemplo, la explicación del hidrónimo “Mississippi” como nombre procedente de una lengua amerindia no especificada, traducido habitualmente como “Padre de las aguas” (recogida por Hockett; 1950), o el topónimo “Alabama” traducido de forma igualmente impropia como “Aquí nos quedamos” (Nelson 1950: 196-197), o la de “quiz” (recogida por Rawson; 1994).

- La explicación creada en torno a ciertos usos o expresiones que han surgido por cambios semánticos (p.e. “perce-oreille”; Wartburg y Ullmann 1962; “travailler” en su acepción arcaizante; Baldinger 1964).

- Los falsos acrónimos (p.e. “news” explicado como “North, East, West, South”; “posh” explicado como “Port out, Starboard home”, Eisiminger 1978).

- Los falsos epónimos, en los que se inventa un apellido inexistente para establecer la procedencia (p.e “Noah Ketchup”).

De modo que, al igual que observamos que no todos los fenómenos de interferencia paramórfica tienen cabida en el ámbito prototípico de la etimología

popular, se puede decir también que no todo lo que se considera “etimología popular” es un fenómeno de interferencia paramórfica.

Y es aquí donde nuestro estudio parece haber encontrado una línea de investigación novedosa, ya que el hecho de que haya explicaciones etimológicas que quedan fuera del ámbito de las interferencias paramórficas (las cuales pueden, en último término, explicarse por modelos cognitivos del procesamiento) da pie para resucitar la idea, si es que había muerto, de que existe quizá un “instinto etimológico” después de todo, o, dicho de otra forma, una preocupación por saber qué hay detrás de las palabras que usamos. Y esta “etimología instintiva” (en la que habría que incluir las explicaciones erróneas de algunos eruditos para evitar la dicotomía “culto-ignorante”, que no tiene un criterio discriminativo claro e implica un juicio temerario) no puede explicarse por modelos cognitivos de procesamiento, sino que nos lleva de retorno a una psicología profunda del lenguaje, o bien a cuestiones filosóficas sobre la conducta humana, e incluso al análisis de patrones culturales, como es el de la búsqueda de causatividad.

Otro problema adicional, o quizá una manifestación de los problemas de base, es la cuestión terminológica. En efecto, hemos evidenciado cierta discrepancia en cuanto a la denominación de estos fenómenos durante todo el período estudiado, que en no pocas ocasiones va unida al desacuerdo conceptual y explicativo. Aunque la mayoría de los autores aceptan sin problemas la etiqueta “etimología popular”, son muchos los que la critican por considerar incorrecta la aplicación de sus dos componentes, “etimología” y “popular”. Dentro de este sector crítico, varios autores crean denominaciones alternativas o adoptan las de críticos anteriores, mientras que otros se resignan a usar la tradicional, sea por inercia o por no generar confusiones.

Para este impreciso ámbito conceptual se han creado numerosas etiquetas alternativas: Olschansky recoge unas 38 denominaciones propuestas expresamente para reemplazar la etiqueta *förstemanniana*, más otros 19 términos que se encuentran en la literatura y no parecen destinados a ser una nueva alternativa (1996: 108-114). La mayoría de estas nuevas etiquetas quedaron en el olvido sin tener apenas trascendencia, pero hay dos grupos terminológicos que destacan sobre el resto: el que se forma en torno a la “atracción paronímica” de Dauzat (y que incluye su antecesor, “atracción homonímica” utilizado aún a finales del siglo XX), y el que gira en torno a la “etimología asociativa” de Orr (reformulada a veces como “asociación etimológica”, donde se truecan las funciones gramaticales de sus componentes originales).

Como ya se ha dicho antes, estas opciones terminológicas alternativas suelen estar ligadas, o al menos lo estaban cuando se propusieron, a ideas conceptuales alternativas a la que expresaba Förstemann, e, inevitablemente, también a la explicación de los fenómenos. El caso de Dauzat y sus dos propuestas es especialmente significativo en este sentido. Por eso quizá no sea correcto hablar de las etiquetas alternativas como algo independiente de las interpretaciones conceptuales o de las teorías explicativas. Esto mismo debe tenerse en cuenta al considerar una serie de términos de la lingüística post-saussureana que coinciden parcialmente, o que a veces se hacen coincidir plenamente, con la “etimología popular” förstemanniana; nos referimos aquí a términos como “reanálisis”, “remotivación”, “reetimologización” y “reiconización”.

Como conclusión última de todo lo aquí expuesto, afirmamos que no se puede abordar el estudio científico de algo denominado “etimología popular”, ya sea fenómeno o tendencia, sin antes haber desligado nuestro tema de estudio, sea cual fuere, de las implicaciones que conlleva este nombre, ni sin haber definido de una forma más precisa el fenómeno que se pretende estudiar. Igualmente, si sólo rebautizamos el concepto que se intenta delimitar con esta etiqueta, seguiremos teniendo prácticamente los mismos problemas metodológicos.

En concreto, el calificativo de “popular” resulta problemático, primero porque la cuestión de quién está detrás del fenómeno o tendencia (esto es, quién es el “etimólogo” o el autor de los cambios) no es relevante para la descripción y porque plantea una división de los hablantes en categorías socioculturales discretas, no exenta de problemas, y en cualquier caso sin unos límites bien definidos.

El concepto de “etimología” presupone la existencia de un tipo de actividad cognitiva que aquí no podemos confirmar ni refutar con certeza, ya sea que se tome literalmente como búsqueda de etimologías o como metáfora para un proceso mental que no sabemos describir mejor. De hecho, por lo que hemos visto aquí, podría haber cambios lingüísticos en los que la especulación etimológica parece haber jugado un papel coadyuvante, como mínimo, al lado de otros que parecen errores de procesamiento mental sin reflexión metalingüística aparente. Asimismo, sabemos que hay explicaciones etimológicas no aceptadas por la etimología académica que no dan lugar a cambios en el lenguaje.

Por ello, es desaconsejable usar este término en un estudio científico, aun cuando el investigador lo vincule a un fenómeno o grupo de fenómenos previamente delimitado por él, porque va a contribuir inevitablemente a la tradicional confusión que

se ha creado en la comunidad lingüística y que, como hemos evidenciado en este estudio, consigue mantenerse hasta finales del siglo XX, sin que haya síntomas de cambio en los primeros años del XXI. Es más, proponer una etiqueta alternativa tiende a provocar el mismo efecto. Sería mucho mejor especializar los fenómenos según su naturaleza paramórfica (o no paramórfica) y/o cualquier otro factor directamente observable, para que no se solapen la causa y el efecto, o la explicación y la descripción. También creemos que debería estudiarse el fenómeno de la atribución etimológica alternativa desde las manifestaciones metalingüísticas, es decir, a partir de las etimologías explícitas propuestas por los hablantes, y no partiendo directamente del cambio lingüístico por interferencia paramórfica. Sólo así, creemos, podrán salir estos conceptos del círculo vicioso en que lo han depositado la inercia ancestral y los errores de método.

CAPÍTULO 11

“DICIONARIOS DE ETIMOLOGÍA POPULAR” EN INGLÉS: AUTORES Y OBRAS

11.1. Introducción

En la primera parte de esta tesis investigábamos los “fenómenos de interferencia paramórfica”, con la idea de que en el concepto clásico de etimología popular se mezclan distintas manifestaciones (o percepciones) de la actividad mental que nos lleva a crear vínculos entre segmentos formales semejantes. Así, partiendo de esta premisa, y de cara a poder analizar la literatura sobre etimología popular, establecíamos varios tipos de interferencia paramórfica, según unos criterios de clasificación objetivos, que nos permitieran la disección conceptual.

En la segunda parte analizábamos, por un orden eminentemente cronológico, la literatura que hace referencia a la etimología popular o a cualquiera de las etiquetas que se han identificado como alternativas a esta, dentro de un marco temporal que abarca el período comprendido entre 1852 y 2000. Partiendo de los tipos de interferencia paramórfica que habíamos establecido en los capítulos precedentes, queríamos saber cuál o cuáles de estos incluye cada autor en su concepto personal de “etimología popular”, y, en último término, si se puede hablar de un concepto uniforme, o, cuando menos, de una idea prototípica.

La conclusión, una vez completada esta tarea, es que el concepto de etimología popular ha sido heterogéneo y confuso en todo momento, desde la obra seminal de Förstemann hasta nuestros días, por cuanto combina, sin un criterio claro, varios de los fenómenos paramórficos que distinguíamos en estas páginas, evidenciándose asimismo una falta de unanimidad notable entre los autores que tratan el tema. Aunque puede hablarse, en el contexto de la lingüística moderna y a partir del estructuralismo, de una idea prototípica de etimología popular centrada en el cambio lingüístico por interferencia paramórfica, lo cierto es que en todo el período estudiado se han confundido innumerables veces la explicación y la descripción, o, si se quiere, las causas y los efectos, y dentro de estos, los puramente lingüísticos con los

metalingüísticos y los extralingüísticos. Asimismo, han sido numerosos los desacuerdos y las contradicciones en torno al grado de extensión que corresponde al concepto que se ha dado en etiquetar así, y en cuanto al papel que juega la reflexión consciente en el proceso, si es que ha de jugar alguno y si es que se puede hablar de proceso.

De hecho, notamos que la disparidad conceptual no ha hecho sino aumentar con el tiempo, aunque el estudio metateórico de Olschansky (1996) no corrobora nuestra conclusión. En efecto, aquí hemos podido comprobar cómo en la segunda mitad del siglo XX han surgido nuevas maneras de entender la etiqueta tradicional de “etimología popular”, destacando en primer lugar el uso de este término para atribuciones etimológicas no paramórficas, como las que se hacen por falsa acronimia o cualquier otro de los procedimientos que señalábamos al final del capítulo anterior.

En esta última parte queremos ver cómo el problema conceptual ya descrito se refleja en recopilaciones de casos que, según sus autores, son de “etimología popular”. Se trataría, por tanto, de comprobar si se manifiesta también la confusión teórica en los planteamientos de partida de los compiladores y en los frutos de su labor compiladora, y, en último término, de decidir si estas recopilaciones pueden servir como corpus en estudios lingüísticos.

Como hemos visto en los capítulos precedentes, son muchos los estudios que, haciendo referencia al concepto de “etimología popular”, acompañan sus exposiciones teóricas con ejemplos ilustrativos, en número variable y de forma más o menos congruente. De hecho, durante el siglo XIX fueron muy abundantes los trabajos que Olschansky califica como “recopilaciones de ejemplos”, por basarse estos más en los casos concretos que en las disquisiciones teóricas (Olschansky 1996). No obstante, son muy escasas las recopilaciones extensas en forma de glosario o diccionario, limitándose estas, según hemos podido comprobar, al ámbito del alemán y el inglés⁸².

En cuanto a la lengua alemana, que es, como se recordará, la primera en la que se habló de “etimología popular” (Schmeller 1821; Förstemann 1852), esta cuenta con

⁸² No hemos tenido constancia, después de una larga búsqueda, de que existan recopilaciones extensas de este tipo, al menos en formato de glosario o diccionario, en otras lenguas con tradición lexicográfica, como son el francés, el español y el italiano, que sí cuentan con diccionarios etimológicos generales. Y con respecto a las demás lenguas del mundo, indoeuropeas o no, el problema de base es nuestro desconocimiento casi total de los estudios que se hayan podido hacer en ellas sobre el tema, con lo cual, si se han elaborado recopilaciones de este tipo, hemos de admitir que nos son desconocidas. Tenemos noticia, a través de Veny (1990: 149), de una obra en catalán de Espinàs titulada *Diccionari català de falses etimologies* (1984), que no hemos podido localizar. No obstante, parece evidente, por las referencias del artículo de Veny, que se trata de un divertimento a base de juegos de palabras pseudoetimológicos, al estilo del *Diccionario de Coll* (Coll 1975). Por otra parte, Gundersen incluye en *Linjedansere og pantomine på sirkhus* una lista anotada de ejemplos en danés, noruego y sueco.

la obra pionera *Ueber deutsche Volksetymologie* de Andresen (1876, cit. Olschansky 1996: 17) y el más reciente *Täuschende Wörter. Kleines Lexicon der Volksetymologien* de Olschansky (1999). La obra de Andresen, que el mismo Förstemann reconoció como referencia imprescindible para los estudios sobre el tema, es, básicamente, una extensa recopilación de ejemplos de “etimologías populares” del alemán (y, en sus primeras ediciones, del inglés, francés y español, entre otras lenguas). Con sus siete ediciones fue la principal obra de consulta que hubo sobre este tema en alemán durante más de cien años, ya que desde la última, de 1919, con 496 páginas, no ha habido ninguna actualización de su “corpus” hasta finales del siglo XX. Esta se produjo, por fin, con la aparición, en 1999, de *Täuschende Wörter* de Olschansky, obra que, con el formato de un diccionario de bolsillo, contiene 283 entradas y varias secciones adicionales no alfabéticas. Con ella aspira su autora, al menos, a actualizar el legado de Andresen, ya que, según afirmó en su *Volksetymologie*, los datos sobre etimología popular en alemán venían a ser, a finales del siglo XX, los mismos que había aportado aquél en su obra pionera.

En cuanto al inglés, hemos podido identificar cuatro recopilaciones extensas en formato lexicográfico a las que creemos se puede dar el tratamiento de “diccionarios de etimología popular”, y en las cuales nos centraremos en las secciones siguientes. Recordamos, por otra parte, que algunos de los estudios ya comentados en los capítulos 8 y 9 se complementaban con listas de ejemplos más o menos extensas, si bien estas, a diferencia de las anteriores, no constituyen el núcleo del trabajo. Así, por ejemplo, Houtzager (1935) acompañaba su estudio *Unconscious sound- and sense-assimilations* de una lista de ejemplos en inglés (284 entradas en total, con seis remisiones, o referencias sin artículo propio), y el capítulo “Homonymie et principe semique dans les remaniements lexicaux” de la *Linguistique historique* de Buysens (1965), incluye cincuenta ejemplos de “etimologías populares” inglesas (al lado de otras francesas, neerlandesas y alemanas), clasificados por categorías⁸³.

En las secciones siguientes nos centraremos en los cuatro “diccionarios de etimología popular” con que contamos en lengua inglesa -*Folk-etymology* de Palmer (1882), *A dictionary of true etymologies* de Room (1986), *Devious derivations* de Rawson (1994) y *Port out, starboard home and other language myths* de Quinion

⁸³ En cuanto al “Lexicon of folk-etymology” de Larkin y Foss (1984), que citábamos también en el capítulo 9, recordamos aquí que se trata de una pista falsa, ya que su contenido no tiene relación alguna ni con los fenómenos de interferencia paramórfica, ni con ninguna forma de entender o aplicar la actividad etimológica.

(2004)- como paso previo al análisis comparativo que realizaremos más adelante sobre las tres últimas.

En cada una de las secciones que dedicamos dentro de este capítulo a los diccionarios esbozaremos, en primer lugar, una reseña biobibliográfica del autor. Esto servirá, por una parte, para conocerlo mejor, ya que no son estos, por lo general, personajes centrales en la comunidad académica, y, por otra, para entender mejor el trasfondo en el que surgen las obras que aquí comentamos. Después de esto, describiremos el diccionario, centrándonos en el concepto de etimología popular que maneja su autor, según se deduce por la introducción y por otros aspectos, como la estructura y presentación del cuerpo central de la obra.

Hay que aclarar que, aunque las cuatro obras presentan notables diferencias entre sí, creemos que pueden englobarse todas en la categoría de “diccionarios de etimología popular” porque presentan una serie de entradas en orden alfabético, y porque, de una u otra manera, se definen como trabajos dedicados a la etimología popular. En el caso de Palmer, nos basta con el título, obviamente, para corroborar esto. Los de Room, Rawson y Quinion definen la orientación de la obra en sus prólogos y, como verá quien consulte sus diccionarios, en el metalenguaje que emplean los artículos. Así pues, el prólogo de Rawson no deja lugar a dudas, pues lo titula “An introduction to folk etymology”. Room, por su parte, define la “folk etymology” o “popular etymology” en los primeros párrafos de su introducción (1986: 1), y apunta a este fenómeno como el objetivo de sus artículos, en los que se propone desmentir las “falsas etimologías” e informar al lector de la etimología correcta en cada caso. Quinion presenta también en su prólogo la idea de “folk etymology” (2004: viii), y la define como la invención de historias etimológicas, aunque es consciente de la necesidad de distinguir el cambio lingüístico por interferencia paramórfica de la atribución de etimologías alternativas y opta, en consecuencia, por reservar la etiqueta clásica al fenómeno de cambio⁸⁴, y referirse a la invención de etimologías con términos como “pseudo etymology” o “etymological myth”.

Hecha esta necesaria aclaración, hablaremos a continuación de estas cuatro compilaciones en lengua inglesa, así como de los autores y el resto de su producción

⁸⁴ Recuérdese que hizo algo parecido Ross, quien definía “folk etymology” como “the alteration of an unfamiliar word into something more familiar” (1958: 167), en contraposición con “popular etymology”, que para él designaba la “etimología del pueblo”, esto es, la atribución de etimologías alternativas y no el fenómeno de cambio en sí (1958: 68).

escrita, para después, en el capítulo 12, hacer un breve análisis comparativo de contenidos entre los tres más recientes.

11.2. “Diccionarios de etimología popular” en lengua inglesa

11.2.1. *Folk-Etymology* (Palmer, 1882)

Abram Smythe Palmer nació en Irlanda, en el condado de Dublín, en 1844 o 1845, y estudió en el Trinity College, donde obtuvo los títulos de “Bachelor of Arts”, “Master of Arts”, “Bachelor in Divinity” y “Doctor in Divinity” (este último en 1891, tras su ordenación sacerdotal)⁸⁵. Ocupó los puestos de “vicar” y “curate” en varias parroquias de Irlanda e Inglaterra, pasando la mayor parte de su vida en poblaciones cercanas a Londres (Battersea, Staines, Woodford y Wanstead, entre otras)⁸⁶, por lo cual se supone que tuvo siempre fácil acceso a los principales centros documentales del país (bibliotecas, universidades y librerías) y asimismo tuvo la posibilidad de estar en contacto con los eruditos de la Royal Philological Society y el equipo del *Oxford English dictionary*. No conocemos la fecha de su fallecimiento, aunque el último libro que publicó tiene fecha, en su primera edición, de 1913.

Fue autor de estudios sobre folklore y mitología comparada, como *Babylonian influence on the Bible and popular beliefs* (1897)⁸⁷ y *The Samson saga and its place in comparative religion* (1913); además, publicó en 1909 una edición anotada de *Comparative mythology: An essay*, de Müller⁸⁸. También escribió obras de interés más general, como *The perfect gentleman* (1892), o *The ideal of a gentleman* (1908).

Dentro de su labor filológica, que es, sin duda, la que más ha trascendido y la que mejor ha superado el paso del tiempo, destacamos su opúsculo *Leaves from a word-hunter's note-book*, de 1876 (que dedica veinte páginas a derivar la palabra “tree” de “true”)⁸⁹, y las que son, sin duda, sus dos contribuciones más importantes a la etimología del inglés, *Folk-etymology* (1882)⁹⁰ y *The folk and their word-lore* (1904)⁹¹.

⁸⁵ Datos facilitados por Aisling Lockhart, de la biblioteca del Trinity College Dublin.

⁸⁶ Datos del *Clockford's Clerical Directory* de 1892, facilitados por Bridget Howlett, archivista de la administración local del condado de Essex. Nick Pollard, director del Spelthorne Museum, de Staines, Middlesex, también facilitó información disponible en los registros municipales de esta población.

⁸⁷ Reeditado en 2000 (Book Tree) y 2003 (Kessinger Publishing).

⁸⁸ Reeditado en 2003.

⁸⁹ Reeditado en Estados Unidos como *Some curios from a word collector's cabinet* (Gryphon Books 1971).

⁹⁰ Reeditado en 2005 (University Press of the Pacific).

⁹¹ Reeditado en 1971 (Griffon Books).

Además, fue uno de los “sub-editors” del *Oxford English dictionary* en la primera fase de subedición (la que dirigió Furnivall; 1862-1879). Asimismo, colaboró, como “organizing editor”, en *The English dialect dictionary* entre 1886 y 1889, clasificando el material compilado por la English Dialect Society antes de que Wright lo preparara para la imprenta; además, figura su nombre en la lista de “readers” de este diccionario. Trabajó también en una edición corregida de 1904 de *On the study of words*, que citamos en el capítulo 6, y en otra de 1905 de *Proverbs and their lessons*, ambas obras de su maestro Trench; preparó asimismo una nueva edición en 1909 del *Words and places* de Taylor, libro que se citó también en el capítulo 6⁹².

Su obra *Folk-etymology: A dictionary of verbal corruptions or words perverted in form or meaning, by false derivation or mistaken analogy*, inspirada en *Ueber deutsche Volksetymologie* de Andresen, e inspiradora a su vez de los diccionarios de Room, Rawson y Quinion, es, sin duda, uno de los grandes monumentos lexicográficos de la Inglaterra victoriana y, en cualquier caso, una labor encomiable, si se tiene en cuenta que es obra de un solo autor. Sin embargo, en nuestros días no pasa de considerarse una rareza de la filología decimonónica y su interés es más bien anecdótico. Esto se debe, por una parte, a ciertas inexactitudes en su contenido (recuérdese lo que dijo en su momento Skeat sobre Palmer y sus conocimientos de inglés antiguo; 1883: xvii; también manifiestan ciertas reservas Room 1986 y Coates 1994); por otra, a problemas en la estructuración del texto (tiene cinco apéndices, el último de los cuales contiene adiciones y enmiendas de última hora, a la luz del diccionario de Skeat); y, sobre todo, a un evidente cambio en los gustos e intereses del público, que ya no incluye la etimología entre sus temas de interés prioritario, ni tolera bien obras con un enfoque tan puramente filológico y erudito.

Como datos técnicos, diremos que en el cuerpo central del diccionario (páginas 1-456 de la primera edición) hemos contado 2.289 artículos. En realidad tiene más entradas que artículos, ya que muchos de estos van encabezados por dos, y a veces tres, entradas relacionadas (p.e. “advowtry” / “avowtry”, 1882: 4; “akerspire” / “acrespire” / “ackersprit”, 1882: 6). En muchos casos, las ha agrupado su autor por ser variantes muy próximas de una misma palabra, como ocurre en los ejemplos mencionados; en otros aparecen reunidas por tener en común un mismo fenómeno lingüístico (p.e. “advance” /

⁹² El *Oxford English dictionary* incluye citas de Palmer en diez ocasiones: Siete son de contribuciones al *Notes and Queries*, una de *The folk and their word-lore*, una de su edición de *On the study of words* y una de *The Samson saga and its place in comparative religion*.

“advantage”, formadas las dos mediante inclusión del prefijo “ad” en “avance” y “avantage”, 1882: 2).

Estas agrupaciones de entradas rompen, obviamente, el orden alfabético, y no hay un sistema de remisiones que facilite la búsqueda de las formas segundas, como en el caso de “avowtry”, o terceras, como en el de “ackersprit”, cuya localización en el diccionario probablemente no sabrá adivinar el lector, a no ser que esté muy familiarizado con variantes dialectales y demás complejidades filológicas. Otras variantes, por cierto, están más escondidas aún, porque se mencionan en el artículo, pero no parecen como entradas (p.e. “hecklespire”, que se menciona en el artículo de “akerspire” como forma dialectal, 1882: 6).

Los artículos son de extensión muy variable (de 5 a 1.247 palabras, según nuestras comprobaciones). En unos se describe el proceso de cambio lingüístico que ha llevado a la forma o significado actual, y en otros se desmiente la asociación etimológica que parece sugerir la entrada (o entradas). Excepto en los artículos dedicados a vulgarismos y formas dialectales, abundan las citas de autores literarios o de otros filólogos, así como los cognados de otras lenguas, que a veces se ofrecen al principio del artículo.

En cuanto a la selección de entradas, se mezclan en este diccionario términos de uso común y generalizado en su época con cultismos y formas jergales, coloquiales, dialectales y obsoletas. Hay también algunos lexemas compuestos, que suelen aparecer con guión. No suele presentar grupos de palabras como entradas, aunque ocasionalmente encontramos alguna combinación fija (p.e. “Chare Thursday), fórmulas oracionales y expletivas (p.e. “dash it!”, “my song!”), o incluso alguna locución encabezada por una palabra-entrada (p.e. “shoes, another pair of”). En otras ocasiones habla de la etimología de una entrada en el contexto de cierta locución, por oposición a otros usos del mismo lexema (p.e. “dab” en “to be a dab hand at”). No se incluyen nombres propios en el cuerpo central del diccionario, pues ya hay un apéndice dedicado a estos. La única excepción son los nombres propios que forman parte de un término o locución de uso común (p.e. “Charles’ Wain”, “Gabriel hounds”).

Como ya dijimos, el diccionario tiene además cinco apéndices. El primero (págs. 457-514) está dedicado a “etimologías populares” de otras lenguas (p.e. griego, latín, francés, alemán, árabe, hebreo, italiano, galés, etc.), presentadas en orden alfabético y sin clasificar por idioma. El segundo apéndice (págs. 515-567) está dedicado a nombres propios (“A list of proper names of persons and places corrupted by false derivation or

mistaken analogy”), y mezcla nombres de persona y topónimos del mundo angloparlante con otros de culturas diferentes, entre ellos los de la tradición bíblica. El tercero (“Words corrupted by coalescence of the article with the substantive”, págs. 568-591), está dedicado a lo que aquí llamamos fenómenos de aglutinación (p.e. “an ewt” > “a newt”) y desaglutinación (p.e. “a napron” > “an apron”), que sólo en casos aislados se ha relacionado con la interferencia paramórfica y/o la etimología popular (p.e. Weekley 1912: 96; Barnes 1980: 111). El cuarto, “Words corrupted through mistakes about number” (págs. 592-607), está dedicado básicamente a un tipo muy común de lo que llamamos actualmente “back formations” o “derivaciones regresivas” (p.e. las formas “pea” / “peas” a partir del singular “pease”) y a otros tipos de confusiones basadas en morfemas de número (p.e. el plural “ignorami” a partir de “ignoramus”), fenómenos que la lingüística moderna prefiere categorizar como analogía antes que etimología popular. El quinto apéndice, finalmente, contiene una serie de adiciones y enmiendas de última hora al cuerpo central del diccionario, basadas en su mayoría en el *Etymological Dictionary* de Skeat, que apareció cuando la impresión de esta obra ya se había iniciado.

En cualquier caso, el *Folk-etymology* de Palmer, es, como dijimos en su momento, un diccionario que trata la idea de etimología popular en su concepción más amplia, dentro del planteamiento förstemanniano, pero sin discrepar tampoco del de Andresen. La clave está en que parte de una definición personal muy ecléctica, como se puede apreciar al principio de la introducción de su obra: “By folk-etymology is meant the influence exercised upon words, both as to their form and meaning, by the popular use and misuse of them. In a special sense, it is intended to denote the corruption which words undergo, owing either to false ideas about their derivation, or to a mistaken analogy with other words to which they are supposed to be related” (1882: vii).

Así pues, traduciendo a terminología actual, aquí se explica el fenómeno como un cambio lingüístico (“corruption”), que puede estar relacionado con atribuciones etimológicas alternativas o con asociaciones sincrónicas entre palabras, o incluso con cualquier otra tendencia del lenguaje “popular”. O sea, partimos de que su “folk-etymology” es esencialmente cambio lingüístico, y no necesariamente reflexión etimológica paracientífica. Como planteamiento inicial, esta perspectiva muestra sentido común y parece congruente. La incongruencia, no obstante, se percibe a medida que avanzamos en la lectura del texto introductorio, ya que Palmer vuelve a insistir más

adelante en la idea del “pueblo etimólogo” y menciona explicaciones etimológicas inventadas que no producen cambios notables en la lengua.

Por otra parte, como ya apuntábamos en el estudio cronológico, Palmer se muestra ambiguo ante los juegos de palabras, como ocurre con muchos otros autores, entre ellos el mismo Förstemann; quizás esto se deba a que el juego de palabras es “popular” en unas acepciones de esta palabra (le gusta al “pueblo llano”), y en otras no (no siempre se divulga hasta el punto de ser referencia común en la lengua), con lo cual tenemos un problema más que añadir a los otros que origina la elección de este adjetivo.

Asimismo, dada la forma en que Palmer emplea el término “corruption”, queda la duda de si toda “corrupción” lingüística, paramórfica o no, es etimología popular, siendo las paramórficas más “folk-etymology” que las no paramórficas (p.e. las formas apocopadas), o si, por el contrario, debemos reservar la etiqueta de “folk etymology” única y exclusivamente para los fenómenos paramórficos o asociativos. Así pues, uno no sabe muy bien cómo interpretar afirmaciones de este tipo: “[...] [O]f all the tricks that the mischievous genius of popular speech loves to play upon words, none is more curious than the transformation it makes them undergo in order that they may resemble other words in which some family relation or connection is imagined. *This is Folk-etymology proper*” (1882: x; la cursiva es mía). ¿Cabe pensar que hay distintos niveles de interpretación para esta etiqueta, siendo el más correcto, o prototípico, el de cambio por interferencia paramórfica? A esto se añade que algunos de los artículos en los que Palmer usa la palabra “corruption” no mencionan la forma o formas que han podido interferir (quizá porque le parecen obvias), p.e. “OUTSTRAPOLOUS, a Scotch corruption of *obstreperous*”, 1882: 268⁹³; “NAPOLEON, a popular corruption in the Isle of Wight of the plant-name *trifolium (incarnatum)*”; 1882: 252 (este último caso, por cierto, parece claramente un juego de palabras, aunque Palmer no lo identifica como tal).

Esta mezcolanza de ideas se refleja, lógicamente, en la selección de entradas del diccionario. En una rápida ojeada a sus páginas se encuentran ejemplos de cambio lingüístico por interferencia paramórfica, tanto formal (p.e. “ADMIRAL, an assimilation of the older form *amiral*, *amyrayl*, Sp. *almirante*, Prtg. *amiralh*, It. *ammiraglio*, to ‘admire’, ‘admirable’ [...]”, 1882: 3) como semántica (p.e. “MINIATURE, now generally understood to mean a painting or portrait on a *smaller*

⁹³ El uso de mayúsculas, minúsculas y cursivas en las citas que incluimos del diccionario de Palmer imita la tipografía del original.

scale than the ordinary, a picture in little, as if from Latin *minor*, *minus*, less [...]”, 1882: 241-242)⁹⁴; también aparecen atribuciones etimológicas alternativas (p.e. la hipótesis que explica “beefeater” como “corrupción” de “*buffetier”) y etimologías populares “latentes”, esto es, asociaciones que parecen obvias y resultan, tras el análisis, no tener fundamento etimológico (p.e. “JUBILEE, [...] no doubt popularly connected with *jubilant* and *jubilation* [...]”, 1882: 198). Incluso encontramos los primeros indicios de la atribución etimológica no paramórfica que un siglo después proliferará de forma notable en los diccionarios de Room, Rawson y Quinion (p.e. “PEA-JACKET, [...] sometimes written *P-jacket*, and regarded as an abbreviation of *pilot-jacket* [...]”, 1882: 277).

Asimismo, incluye Palmer ejemplos de interferencia paramórfica individual (p.e. “kangaroo”, como malapropismo derivado de “canker”, 1882: 201), y grupal (generalmente dialectalismos o expresiones jergales, p.e. “down-dinner”, 1882: 103; “justacoat”, 1882: 200). También encontramos ejemplos curiosos de fenómenos postparamórficos (p.e. “French disease”, que traduce erróneamente la enfermedad conocida como “galle”, 1882: 130⁹⁵); o “dutch-cousins” ‘amigos íntimos’, por influencia de “german-cousins”, derivado de “germane”, 1882: 106), y de deformaciones que casi con toda seguridad son intencionadas, y que probablemente el propio Palmer ve como tales, aunque no lo diga explícitamente (p.e. “HIGH-STRIKES, slang for *Hysterics*”, 1882: 169; o el ejemplo ya visto de NAPOLEON).

No vamos a incluir en nuestro análisis comparativo los contenidos del diccionario de Palmer, en primer lugar, porque lo separa más de un siglo de los otros tres, mientras que estos han aparecido en los últimos veinte años, y en segundo, porque su selección de entradas conlleva enormes dificultades metodológicas para el análisis. Citaremos, no obstante, un estudio de Rundblad y Kronenfeld (2000: 22) sobre cien entradas del *Folk-etymology*, basándose en la distinción que establecen ellos entre dos tipos básicos de etimología popular (clase I, etimología popular con cambio lingüístico; clase II, atribución o asociación paraetimológica sin cambio lingüístico). Para ello se seleccionó en primer lugar la primera entrada de una página de cada cuatro, y, una vez reunidas las cien requeridas, se estudió el tipo de etimología popular que describía

⁹⁴ En este diccionario se suele identificar sin problemas la descripción de un cambio formal (normalmente denominado “corruption”, “assimilation” o “Anglicized form”), mientras que el cambio semántico, que no solía estar en el punto de mira de los filólogos decimonónicos, se suele confundir con la etimología “latente” y no resulta tan fácil de detectar.

⁹⁵ También se conoció esta enfermedad como “gallic disease” según señala el propio Palmer (1882: 136). Por lo tanto, “French disease” podría explicarse también como variante sinónima de esta forma.

Palmer en el artículo correspondiente. Durante este proceso se eliminó casi la mitad de las entradas (47), bien por no tratarse, según los autores del estudio, de verdaderas etimologías populares, o por la imposibilidad de verificar lo expuesto por Palmer (p.e. en casos de interferencia paramórfica individual), o bien por desconocimiento de la verdadera etimología de la palabra. Hecho el cómputo final, 47 de las 53 entradas seleccionadas (el 85%) resultaron ser de clase I y sólo 6 (el 15%) de clase II (2000: 25).

Este resultado indica, para Rundblad y Kronenfeld, que la gran mayoría de las “etimologías populares” son fenómenos de cambio lingüístico. Nosotros, que sospechamos que toda compilación de “etimologías populares” refleja el sesgo del compilador, creemos que el resultado del estudio tan sólo nos indica cómo enfocaba Palmer el concepto (podría haberlo dedicado únicamente a cambios lingüísticos, o a atribuciones etimológicas). La comparación con el diccionario de Room servirá, entre otras cosas, para entender que hay más de una manera de abordar el estudio “sistemático” de la etimología popular.

11.2.2. *A dictionary of true etymologies* (Room, 1986)

Adriam Room, nacido en Inglaterra, es uno de los más prolíficos autores de obras de referencia en lengua inglesa. Estudió en la Universidad de Oxford, donde obtuvo el título de “Master of Arts”, y durante 25 años se dedicó principalmente a la enseñanza de idiomas, actividad que desempeñó en escuelas y centros universitarios, siendo, durante nueve de estos, profesor de ruso en el Ministerio de Defensa Británico. Aunque ya compaginaba en este período la actividad docente con la investigación y la producción de diccionarios y otros materiales de consulta, no se entregó de lleno a la profesión de escritor hasta 1984, tras dejar su puesto en el ministerio. Es autor de más de cincuenta obras, fundamentalmente sobre toponimia, onomástica, etimología y temas relacionados con el léxico, muchas de las cuales revisa y amplía cada cierto tiempo. Es, además, “fellow” de la Royal Geographical Society y miembro de la English Place-name Society, la Scottish Place-name Society y la American Name Society.

Sobre onomástica ha escrito obras como el *Dictionary of translated names and titles* (1986), el *Cassell's dictionary of proper names* (1994), *A dictionary of first names* (1995) o el *Cassell's dictionary of pseudonyms* (1998, 2004), y es autor, además, de un diccionario de terminología onomástica, *An alphabetical guide to the language of name studies* (1996), que citamos en el capítulo 9. Asimismo, es coautor, con Hanks, Hodges y Mill, de *The Oxford names companion* (2002).

En el terreno de la toponimia cuenta con numerosos títulos, destacando entre los más generales, *Place-names of the world* (1974)⁹⁶, *Place-name changes since 1900* (1979, 1980)⁹⁷, y el *Dictionary of world place names derived from British names* (1989). Algunos de los trabajos que ha publicado sobre el tema son muy especializados; tal es el caso de *A concise dictionary of modern place-names in Great Britain and Ireland* (1983), *A dictionary of Irish place-names* (1994), *Placenames of Russia and the former Soviet Union* (1996), o *Placenames of France* (2004), por citar sólo unos pocos títulos de esta categoría.

Sobre aspectos generales del vocabulario, la fraseología y sus orígenes, es autor, además del ya mencionado *Dictionary of true etymologies*, del *Room's dictionary of confusibles* (1979)⁹⁸, *Dictionary of changes in meaning* (1986), *The Cassell dictionary of word histories* (1999), y *Cassell's foreign words and phrases* (2000). También ha editado y actualizado el tradicional *Brewer's dictionary of phrase and fable* (16ª ed. 2001) y ha elaborado una versión actual de este, el *Brewer's dictionary of modern phrase and fable* (2000, 2002).

Por último, se encuentran entre sus títulos ciertas curiosidades de difícil clasificación, como el *Dictionary of cryptic crossword clues* (1983), el *Dictionary of coin names* (1987), y el *Bloomsbury dictionary of dedications* (1990). Ha hecho además varias guías para estudiantes, o curiosos, sobre títulos de obras de arte, literarias y musicales, y una sobre cultura y civilización británicas, que en su primera edición se tituló *Dictionary of Britain* (1987), pasando a llamarse en posteriores ediciones *An A-Z of British life* (1990)⁹⁹. Es también coautor, con Leslie Dunkling, de *The Guinness book of money* (1990).

Su experiencia en tantos terrenos diferentes, particularmente los de onomástica, toponimia y fraseología, así como su conocimiento de lenguas europeas, se reflejan claramente en la obra que aquí comentamos¹⁰⁰.

⁹⁶ En 1997 actualizó los contenidos de esta obra con *Placenames of the world: origins and meanings for over 5,000 natural features, countries, capitals, territories, cities and historic sites*. En una edición posterior de 2006 se amplió el contenido a 6,600 entradas, siendo esta cifra la única modificación del título.

⁹⁷ Posteriormente, el contenido de esta obra se amplió y actualizó con *Place-name changes 1900-1991* (1993).

⁹⁸ Esta obra reaparece en 1981 como *Room's dictionary of distinguishables*, y en 2000 como *Dictionary of confusable words*.

⁹⁹ El título de la edición estadounidense es *Dictionary of Britain: An A-Z of the British way of life*.

¹⁰⁰ Con todo, aunque no nos cabe duda del amplísimo alcance de su erudición, llama la atención algún error ocasional en el uso de terminología filológica (“dissimulation” por “dissimilation”), o en la

Su *Dictionary of true etymologies*, editado en 1986, sin nuevas ediciones hasta la fecha, fue la primera recopilación lexicográfica sobre “etimologías populares” del inglés en más de cien años, después del *Folk-etymology* de Palmer. Como decíamos al principio de este capítulo, lo consideramos una obra sobre etimología popular por el simple hecho de que así nos lo da a entender su autor. En efecto, en el inicio de su introducción al diccionario, habla Room de nuestra tendencia a crear asociaciones etimológicas por el parecido formal, y a este respecto, dice: “This involuntary or sometimes even wilful attempt to link two similar words, or turn a meaningless one into a meaningful one, is technically known as ‘popular etymology’, or ‘folk etymology’. It can occur purely in a single individual’s mind [...], or it can have already been made in the general consciousness [...]” (1986: 1).

En definitiva, su concepto de etimología popular está muy próximo al de Förstemann o al de Palmer (cuya frase “Man is an etymologizing animal” se cita en la introducción de este diccionario), pues la entiende básicamente como una búsqueda de orígenes o troncos comunes para las palabras. Sin embargo, como hemos visto tantas otras veces, en la ambigua exposición teórica de su introducción parecen conciliarse como efectos de una misma causa la idea de búsqueda etimológica con la de búsqueda de motivación, y lo hacen en el punto en que estas parecen coincidir: “An important feature in the development of false etymologies is the desire to make a meaningless word meaningful in one’s own language. [...] [T]he insular English appear to have been particularly good at abandoning any original native form of nuance in a word, and remarkably at corrupting it and redesigning it to fit their native speech as rapidly as possible” (1986: 3). La consecuencia de tal planteamiento es que quedan al mismo nivel los cambios lingüísticos y las atribuciones etimológicas alternativas.

Lo que es característico en el diccionario de Room es que todas las entradas, respondan a un tipo u otro, se presentan primariamente como inspiradoras de una falsa etimología que es necesario desmentir. Así, por ejemplo, ante la palabra “adultery”, que no ha sufrido ningún cambio lingüístico por interferencia paramórfica, Room desmiente su relación –imaginaria, no real- con el inglés “adult”, o con el latín “adultus”. Ahora bien, en el artículo “albatross”, que sí ha sufrido este tipo de cambio, Room no se detiene a explicar el fenómeno de cambio formal (“alcatraz” > “albatross”), sino que simplemente desmiente la relación histórica entre la forma moderna y el segmento

intruso (latín “*albus*” ‘blanco’), del mismo modo que desmentía la asociación ficticia de “*adultery*” con “*adult*”.

Un tercer tipo de entrada es el que no ejemplifica en sí la “etimología popular”, pero nos remite a una variante no generalizada en la actualidad, que sí muestra cambios por interferencia paramórfica (p.e. “*asparagus*” se incluye por la forma “*sparrowgrass*”). A veces se presentan variantes no generalizadas al tiempo que se desmiente la asociación etimológica que sugiere el lema; por ejemplo, en el artículo “*sacrilegious*” se desmiente la relación de esta palabra con el adjetivo “*religious*” y se menciona la grafía incorrecta “*sacreligious*”, resultado, obviamente, de la interferencia paramórfica.

Algunas veces, cuando presenta casos de cambio lingüístico, utiliza Room los términos “*corruption*” y “*perversion*”, muy usados también por Palmer y otros autores, pero inadecuados para referirse a una sustitución entre segmentos formales semejantes. En otros casos nos parece que utiliza el término “*folk etymology*” con el sentido específico de “variante originada por interferencia paramórfica”. Por ejemplo, en el artículo dedicado a “*osprey*” leemos: “Whatever the exact identification, the Latin name [*ossifraga*], anglicized as “*ossifrage*”, either refers to the bird’s ability to break the bones of the fish it catches or may even be a folk etymology of some other name” (1986: 121).

Por otra parte, parece obvio que para Room no es importante hacer distinciones entre los fenómenos lingüísticos que se agrupan bajo el ámbito conceptual de la “etimología popular”. De hecho, la única taxonomía que presenta en la introducción de su diccionario se basa en categorías semánticas (1986: 2)¹⁰¹. Y aunque en varios párrafos de su introducción parezca estar hablando de fenómenos esencialmente diferentes (adaptación de préstamos extranjeros, etimologías erróneas propuestas por eruditos, “*hoary stories*”, o leyendas sobre palabras cuya etimología está bien documentada), lo que se percibe por el sentido general del texto es que para Room el denominador común es la atribución etimológica, de tal manera que no distingue claramente entre efectos lingüísticos y metalingüísticos, aun cuando recoja ejemplos de los dos tipos.

A juzgar por lo dicho, parecería que no ha cambiado nada desde el diccionario de Palmer. Ahora bien, en la recopilación de Room empieza a manifestarse de forma notable una novedad que ya habíamos señalado en el capítulo anterior. Como ya

¹⁰¹ “Plants and flowers”, “Food”, “Religion”, “Animals”, “Birds”, “Sports and games”, “History”, “Ships and the sea”, “Fabrics and textiles”, “Commercial products”, “Medicine”, y “Weapons and ammunition”.

sabemos, la evolución del lenguaje en el siglo XX ha favorecido la aparición de formas de atribución etimológica que no se basan en los parecidos entre segmentos, como ocurre en el caso de la falsa acronimia, y que, no obstante, pueden denominarse “etimologías populares” con todo derecho. Dicho de otro modo, se ha roto ya de forma visible la asociación biunívoca entre atribución etimológica e interferencia paramórfica, que se infería, como apuntamos en su momento, de los argumentos de Förstemann.

Más adelante cuantificaremos la proporción de atribuciones etimológicas no paramórficas que recogen Room, Rawson y Quinion en sus diccionarios. Baste, de momento, con señalar que este nuevo tipo de “etimología popular” ya aparece de forma significativa en esta obra. No obstante, del mismo modo que, según decíamos, Room no distingue explícitamente entre manifestaciones de efectos lingüísticos y metalingüísticos, tampoco marca la distinción entre lo paramórfico y lo no paramórfico, ya que lo que percibe primariamente son las etimologías ficticias.

En cualquier caso, el diccionario de Room se plantea, según deducimos por título y prólogo, como una guía de “etimologías verdaderas”, que se contraponen a las que inventa la gente cuando no tiene la información necesaria. Esto presupone, insistimos, una visión puramente förstemanniana o “etimológica” de la etimología popular, hasta el punto de que aquí parece importar más la atribución etimológica que se detecta en la palabra que los posibles efectos lingüísticos y extralingüísticos que haya podido tener esta.

En consecuencia, el diccionario está planteado como una serie de descripciones y desmentidos de etimologías ficticias y de asociaciones sincrónicas paraetimológicas. Eso sí, todas las “etimologías populares” que identifica han sido, al parecer, formuladas por alguien, sea un autor literario, un filólogo o cualquier otra figura pública, o bien una persona anónima, normalmente algún conocido del autor, cuando no se trata de asociaciones que han surgido de la mente de este. Por tanto, si de algo no nos debe caber duda alguna, es de que su compilación es fiable y auténtica, ya que esta es una combinación de labor documental, trabajo de campo y autoobservación. Esto es, todas las “etimologías populares” que presenta Room han tenido su momento de realidad metalingüística (si incluimos en la idea de metalenguaje el propio pensamiento del autor) y no surgen de suposiciones forzadas, como parece ocurrir a veces en el diccionario de Palmer, donde el deseo de engrosar la obra podría haber provocado asociaciones forzadas (Skeat 1883: xvii).

En cuanto al formato del diccionario, este está planteado en orden rigurosamente alfabético, y a diferencia del de Palmer, en un solo cuerpo, sin apéndices ni entradas múltiples (sólo en ocasiones se presenta el lema con dos formas, p.e. “gipsy”, “gypsy”; “ladstone”, “lodestone”). Sólo hay una entrada que remite directamente a otra (“**geneva** see **gin**”)¹⁰², aunque sí se encuentran en muchos artículos referencias cruzadas. Estas nos remiten a otros artículos que incluyen una palabra relacionada semánticamente con la allí descrita, o ejemplifican un caso parecido, o simplemente, o que explican una de las palabras del texto del artículo.

En cuanto a la selección de entradas, Room recoge palabras comunes en la lengua inglesa, junto con otras muy especializadas y otras en desuso. Las entradas suelen consistir en una sola palabra ortográfica, aunque en ocasiones aparece una combinación fija, en su orden natural (p.e. “alimentary canal”) o encabezada por una palabra-núcleo (p.e. “Babel, Tower of”).

Muchas veces la palabra que se comenta forma parte de una locución; en tal caso la explicación entre paréntesis nos indica la forma completa de esta, como ocurre, por ejemplo, en el caso de “bucket” (“in phrase ‘kick the bucket’: die”). Se entiende que una entrada como esta se justifica por el hecho de que este “bucket” puede tener una etimología (“popular” o real) que es diferente de la de la palabra “bucket” en su valor no idiomático, como de hecho ocurre aquí.

Añadimos que varias de las entradas corresponden a nombres propios, la gran mayoría de los cuales figuran en el *Oxford English dictionary* por su valor como palabras comunes. Como veremos, ni Rawson ni Quinion incluyen nombres propios, a no ser que formen parte de una locución (p.e. “in like Flynn”, “Bob’s your uncle”, “the real McCoy”).

Todo lema se presenta acompañado de una palabra sinónima o de una breve definición entre paréntesis, que nos indica a qué parte del discurso y a qué acepción se refiere el artículo, o si la palabra forma parte de una locución, fórmula oracional, o combinación fija, ya que muchos casos aparentes de polisemia son en realidad de homonimia y conllevan etimologías diferentes (p.e. “arch” seguido de ‘cunning, knowing’ indica que se va a tratar el adjetivo “arch”, el cual se entiende que no tiene relación con el sustantivo “arch” ‘lofty curved structure’). Incluso aparecen en una ocasión artículos separados para lexemas de forma idéntica (“husky” ‘hoarse’ y “husky”

¹⁰² El uso de la letra negrita aquí imita la tipografía del original.

‘Eskimo dog’, cada una con un origen distinto, independiente en cualquier caso del otro ‘husky’ ‘big and burly’). En otra, en cambio, se explican dos homónimos (“air” ‘manner’ y “air” ‘melody’) en un único artículo, bajo una sola entrada

La estructura de los artículos es relativamente uniforme. Suele empezar, como decíamos, por mencionar y desmentir la etimología no documentada, para después facilitar la etimología “oficial” (la documentada), acompañada a veces de citas literarias, sin llegar a la exhaustividad de Palmer. En algunos casos, lo que menciona como dato central es la variante no generalizada u obsoleta, que es la que en realidad requiere el desmentido etimológico (p.e. “asparagus” / “sparrow-grass”). A veces no da la etimología verdadera, bien porque se ignora por completo el origen de la palabra, o porque hay dudas al respecto. En unos pocos casos la omite, sin más explicaciones. Son frecuentes también las digresiones sobre temas de interés general, relacionadas con la palabra, con las circunstancias de su “etimología popular” o con su verdadera etimología. En cuanto a la extensión de los artículos, suele ser más uniforme que en los otros diccionarios.

Pero, en definitiva, lo más llamativo del *Dictionary of true etymologies* es su tratamiento de la idea de “etimología popular”. En efecto, el objetivo principal parece ser siempre el desmentido de asociaciones extraetimológicas, hasta el punto de que la explicación de un cambio paramórfico constatado (p.e. “albatross”, “admiral”, “belfry”) parte siempre de la identificación del segmento engañoso o del étimo ficticio (p.e. “albus” en “albatross”, “admirable” en “admiral”), que acto seguido se desvincula del étimo original (“alcatraz” y “amir-al-bahr” respectivamente, para los ejemplos anteriores), y a continuación, suele describir la evolución documentada. En consecuencia, en la gran mayoría de los casos se pasa casi por alto el fenómeno de cambio. Por tanto, en nuestro análisis de este diccionario, como se verá más adelante, quedan en clara minoría los artículos que centran la explicación en cuestiones de cambio formal o semántico.

11.2.3. *Devious derivations* (Rawson 1994)

Hugh Rawson, de nacionalidad estadounidense, es autor de varias obras populares de referencia. Aparte de la que aquí comentamos, escribió en solitario *Wicked words* (1989)¹⁰³, *A dictionary of euphemisms & other doubletalk* (1981, 1995, 2003) y

¹⁰³ El título completo es *Wicked words: A treasury of insults, put-downs, and other formerly unprintable terms from Anglo-saxon times to the present*. También aparece en catálogos como *A dictionary of*

Unwritten laws (1997, 1998)¹⁰⁴. Asimismo es coautor, con Margaret Miner, de *A dictionary of quotations from Shakespeare* (1992, 1996), *A dictionary of quotations from the Bible* (1988, 2003), *The new international dictionary of quotations* (1986, 1993, 1997), el *American Heritage dictionary of American Quotations* (1997) y *The Oxford dictionary of American quotations* (2005). También colaboró con Hillier Krieghbaum en *An investment in knowledge* (1969)¹⁰⁵.

Su obra *Devious derivations*, aparecida por primera vez en 1994 y reimpressa en 2000, sin nuevas ediciones hasta la fecha, puede considerarse también un “diccionario de etimología popular”. El título de su prólogo, “An introduction to folk etymology”, al igual que su contenido, no deja lugar a dudas al respecto. Por otra parte, la exposición que en ella encontramos es muy próxima a los argumentos de Förstemann, Palmer (cuya famosa cita encabeza también su introducción) y Room, por lo cual la idea de etimología popular vuelve a ser la de búsqueda o invención de orígenes.

En cualquier caso, el planteamiento de Rawson no es ni rigurosamente científico ni del todo lógico. En primer lugar, la clasificación que hace en su introducción para las “word explanations” es excesivamente heterogénea, pues las categorías que presenta (“Imaginary eponyms”, “spurious acronyms”; “Geographic ghosts”, “Erudite errors”, “False refinement” y “The love of storytelling”) ni son excluyentes entre sí, ni están al margen de la confusión entre los efectos lingüísticos y los metalingüísticos ni entre lo paramórfico y lo no paramórfico.

Así, por ejemplo, un “epónimo imaginario”, o un “fantasma geográfico”, puede ser producto del “error de un erudito”; un “error de erudito” puede tener efectos lingüísticos como los que sugiere la categoría del “false refinement” (p.e. la “s” de “island”) y metalingüísticos (p.e. la explicación de “beefeater” como derivado de “buffetier”); y, mientras que algunos falsos epónimos se basan en una verdadera confusión paramórfica (p.e. la palabra “blanket” ‘manta’ se asocia con el apellido “Blanket”), algunas historias etimológicas se basan en apellidos inventados “ad hoc” (p.e. “[Noah] Ketchup”), en cuyo caso no puede hablarse estrictamente de interferencias

invective: A treasury of curses, insults, put-downs and other ... Probablemente sea por la fama que le dio esta obra por lo que le solicitara Delfín Carbonell un prefacio para su *Breve diccionario coloquial español-inglés (argot y sus afines)* (2004).

¹⁰⁴ El título completo de la edición americana es *Unwritten laws: The unofficial rules of life as handed down by Murphy and other sages*. La edición británica (Penguin 1997) lleva por título *If it ain't broke: the unwritten laws of life*.

¹⁰⁵ El título completo es *An investment in knowledge: The first dozen years of the national Science Foundation's summer institutes programs to improve secondary school science and mathematics teaching. 1945-1965*.

paramórficas. Y por supuesto, la “fascinación por las narraciones” puede encontrarse en cualquiera de las otras categorías citadas, si bien es cierto que muchas falsas etimologías han surgido por el puro deseo de crear leyendas, como ocurre típicamente en el caso de los topónimos.

Por otra parte, para explicar por qué surgen las historias paraetimológicas, Rawson recurre al paralelismo con la respuesta mitológica a los interrogantes que presentaba la naturaleza al hombre primitivo, tales como el origen del trueno o los cambios de estación: “One of the most basic of all human traits is the urge to find reasons for why things are as they are. Ancient peoples heard thunder and created gods of thunder. They witnessed the change of seasons and devised stories to explain the coming of winter and the miraculous rebirth of spring. The tendency is universal, appearing in every aspect of human thought and endeavor. Including etymology” (1994: 1). La hipótesis, hay que reconocerlo, parece más convincente que el “man is an etymologizing animal” de Palmer, por cuanto enmarca la cuestión de las explicaciones etimológicas dentro de una especie de pulsión heurística general, que va más allá de la curiosidad por el lenguaje; sin embargo, no deja de ser una idea especulativa.

Por lo demás, en la exposición teórica se repite una idea que ya encontrábamos en Palmer y Room: la misma inquietud que nos lleva a buscar orígenes para las palabras hace que adaptemos las menos familiares, asimilándolas a las más familiares; o bien, la asimilación conlleva una nueva atribución etimológica: “[P]eople are prone to draw false conclusions on the base of superficial resemblances. This probably is the most common form of folk etymology. The tendency is especially evident in the case of foreign words that have been changed to sound more like familiar English terms. In the process, a new, ‘more logical’ origin of the term emerges” (1994: 1). Esto es, la idea del cambio por interferencia paramórfica se vuelve a encuadrar en la tendencia humana a buscar etimologías, como si fuera un subproducto de esta.

En este sentido, llama la atención que el constructo teórico de Rawson se reduzca a una serie de variaciones sobre el tema fōrstemanniano de la interacción entre el paramorfismo y la curiosidad etimológica, cuando su diccionario recoge en proporción más atribuciones no paramórficas que el de Room, debidas no sólo a falsos acrónimos, a los cuales dedica una sección especial su introducción, sino también a interpretaciones de base semántica, y a historias contextualizadoras sobre locuciones (véase la sección de análisis).

En cuanto al cuerpo del “diccionario”, se cuentan en él 347 artículos, de extensión irregular (entre 40 y 1599 palabras)¹⁰⁶. La exposición no tiene una fórmula fija, aunque es frecuente que se empiece por desmentir una creencia etimológica (a veces más), para después presentar la etimología documentada, o, caso de no haber una oficial, la que la que el autor cree más probable, o las que se barajan como más probables. En algunos casos, el artículo está orientado a la descripción de un cambio paramórfico, sea el que ha llevado a la entrada a su forma actual, o el que ha provocado una variante alternativa no generalizada en la actualidad.

La mayoría de las entradas corresponden a lexemas comunes de la lengua inglesa, combinaciones fijas (p.e. “press gang”, “Old Nick”) o locuciones (p.e. “the whole nine yards”). Estas últimas se suelen presentar completas, encabezadas por la palabra que se considera núcleo (p.e. “real McCoy, the”; “rain cats and dogs”; “tinker’s dam (or damn), not worth a”). Solamente hay una entrada que claramente no es una unidad léxica de la lengua, como es el primer verso de “ring around the rosy”, ya que el autor quiere desmentir una leyenda sobre el contenido de esta rima, pero con esta inclusión se sale del ámbito convencional de los estudios sobre etimología popular, que es el del léxico.

También se encuentran algunos nombres propios, la mayoría de ellos habituales en el léxico mental de los hablantes (p.e. “Canary Islands”). Otros son referencias compartidas por un grupo menor de personas, como es el caso de topónimos menores (“Sheboygan”), marcas registradas (“Baby Ruth”, “Mars bar”), o incluso nombres de pubs o “inns” ingleses (p.e. “Cat and the fiddle”), sobre cuyo origen etimológico popular ya se habló anteriormente (p.e. Cutler y Butterfield 1992). Aparte del inevitable “sparrow-grass”, sólo hay dos artículos centrados en variantes paramórficas no generalizadas, uno de los cuales (“comptroller”) figura como lema.

En resumen, Rawson no presenta ninguna novedad en su planteamiento teórico. Sin embargo, su selección de “etimologías populares” y el tratamiento de sus artículos se va a distanciar en varios sentidos de lo que habíamos encontrado en Palmer y Room, como tendremos ocasión de comprobar en la sección de análisis.

¹⁰⁶ El subtítulo de la portada afirma que esta obra contiene “more than 1,000 true origins of common words and phrases”. Aunque esta cifra no coincide con el número real de entradas, la afirmación es correcta, porque muchos artículos contienen digresiones que llevan a la etimología de otras palabras o frases relacionadas con el lema. Para localizar estas por orden alfabético hay que acudir al índice 1994: 231-245).

11.2.4. *Port out, starboard home and other language myths* (Quinion 2004)

Por su currículum, el británico Michael Quinion parece un personaje mucho más polifacético que los anteriores, si bien su bibliografía es menos extensa. Cursó estudios de física en la universidad de Cambridge, tras lo cual trabajó en la sede central de la BBC. Colaboró además, comisionado por este organismo, en el establecimiento de emisoras de radio locales, donde desarrolló ideas que le llevaron a trabajar como autónomo, elaborando programas audiovisuales para presentación y promoción de atracciones turísticas. Trabajó durante un tiempo como conservador del Cider Museum en Hereford, y con la experiencia adquirida sobre la industria rural de la sidra, produjo sus dos primeros libros, *A drink for its time: Farm cidermaking in the western counties* (1979) y *Cidermaking* (1982). En 1986 creó un servicio de asesoría dedicado a planificación de exposiciones, eventos culturales, atracciones turísticas y otros temas relacionados. Prácticamente todas estas experiencias profesionales se plasman de alguna manera en su diccionario.

Como estudioso del vocabulario inglés, mantiene desde 1996 el sitio web www.worldwidewords.org, dedicado al léxico en general y a cuestiones etimológicas en particular. Ha colaborado en el diario británico *Daily Telegraph*, primero a través de la columna semanal “New words”, con cuyos contenidos contribuiría posteriormente al *Oxford dictionary of new words* (2ª ed. 1997), y después con una sección sobre etimología, que sería más adelante la base de su *Port out, starboard home*. Además de este libro, ha escrito otro sobre tema lingüístico, en este caso sobre afijos del inglés, con el título de *Ologies and isms: A dictionary of affixes* (2002)¹⁰⁷.

Su diccionario *Port out, starboard home*¹⁰⁸ es el más reciente de los cuatro que citamos aquí sobre el tema de la etimología popular, y el único que establece una distinción explícita entre el cambio lingüístico por interferencia paramórfica, que Quinion etiqueta como “folk etymology”, y la creación de atribuciones etimológicas, sean o no paramórficas, a las que denomina “mythic etymology”, “etymological myth”, “pseudo etymology” o “etimythology” (término acuñado por Laurence Horn; citado en Quinion 2004: viii)¹⁰⁹. Lo cierto es que no siempre mantiene esta distinción

¹⁰⁷ En la edición americana el título es *Ologies and isms: A dictionary of word beginnings and endings*.

¹⁰⁸ En la edición americana el título es *Ballyhoo, buckaroo and spuds: Ingenious tales of words and their origins*.

¹⁰⁹ El libro *Word myths* de Wilton (2004) no puede considerarse un diccionario de etimologías populares, porque, aparte de primar en este la clasificación temática sobre la alfabética, no se dedica exclusivamente a los “mitos etimológicos”, esto es, a las atribuciones etimológicas alternativas, sino que incluye también

terminológica en su diccionario, pero llama la atención, al menos, que su prólogo haga hincapié en este aspecto.

Por otra parte, de los tres diccionarios que analizamos aquí, este es el único que refleja el efecto múltiple que ha tenido la era de internet en la evolución del concepto de “etimología popular”; y no sólo porque se ha gestado enteramente dentro de esta nueva era de las tecnologías (la “worldwide web” empezó a existir en 1993), sino también porque su autor tiene un sitio web dedicado a cuestiones del vocabulario inglés en general.

Este efecto tiene varias manifestaciones: por una parte, proliferan los sitios web dedicados a etimología, en los que suele tratarse con especial interés, pero sin demasiado rigor, la “etimología popular”, al tiempo que se divulgan etimologías no documentadas como si fueran definitivas; por otra, es un caldo de cultivo propicio para los inventores de “leyendas urbanas”, muchas de las cuales son lingüísticas y aluden al origen de palabras y expresiones; y por último, en el inmenso caudal de textos que circulan por la red, muchas veces con ortografía descuidada y no corregida, hay un auténtico corpus virtual de variantes paramórficas al que se puede acceder fácilmente con los motores de búsqueda. De todo ello se ha servido Quinion en la elaboración de su *Port out, starboard home*, como se puede comprobar por la cantidad de leyendas contextualizadoras (en varios casos más de una por frase) que recoge para las frases hechas, ya que este tipo de historia es muy común en los sitios web dedicados a etimología, y por la cantidad de variantes ortográficas que recogen sus artículos.

Sin embargo, hay que advertir que no es un diccionario elaborado exclusivamente a base de material de internet. De hecho, y contrariamente a lo que pudiera pensarse, es una obra muy bien documentada, y en este sentido muestra una labor investigadora más exhaustiva que las de Room y Rawson. Su autor ha consultado numerosas fuentes bibliográficas, además de citar información obtenida a través de internet, y ha actuado siempre con extrema prudencia ante cualquier afirmación sospechosa y/o no documentada.

En cuanto al cuerpo del diccionario, este contiene 207 artículos (con extensiones que van desde 91 a 1098 palabras), más quince referencias sin artículo, o remisiones. Estas suelen consistir en variantes que se tratan dentro de otro artículo (p.e.

otras leyendas relacionadas con el lenguaje, como, por ejemplo, la creencia de que los esquimales tienen 500 palabras para designar distintos tipos de nieve.

“**Sparrowgrass** See ASPARAGUS”)¹¹⁰, o en palabras de una locución que se ha ubicado con otro encabezamiento (p.e. “**Grindstone** See KEEP ONE’S NOSE TO THE GRINDSTONE”).

Hay que decir, no obstante, que las locuciones, muy abundantes en este diccionario, no tienen una clasificación sistemática. Así pues, unas veces las encontramos por su primera palabra, aunque no sea de contenido léxico (p.e. “at sixes and sevens”); otras, se encuentran por su primera palabra de contenido léxico (p.e. para “back to square one” debemos buscar en “square one”), o por la que se considera núcleo (p.e. “tinker’s dam (or damn), not worth a”). Asimismo, “whole ball of wax” cuenta con una remisión de apoyo (“**Ball of wax** See WHOLE BALL OF WAX”), pero no sucede lo mismo con “whole nine yards”; y a estas dos expresiones, además, se las presenta en el lema sin el artículo que suele encabezarlas, mientras que otras frases hechas van precedidas de él (p.e. “the exception proves the rule”, que se encuentra en la letra “e”).

Con todo, esta falta de sistematicidad no supone un verdadero problema en la práctica, pues se trata de un diccionario que es muy manejable, por el reducido número de entradas que hay en él, y que probablemente se ha escrito para ser leído de principio a fin, más que como herramienta de consulta.

Entre las entradas encontramos palabras comunes, sobre todo sustantivos, y, como ya hemos dicho, un buen número de frases idiomáticas y lexemas complejos de otro tipo. Sólo hay dos nombres propios que constituyen entrada por sí mismos (“Elephant and Castle”, barrio de Londres, y “Windy City”, apodo de Chicago), aunque aparecen muchos formando parte de locuciones y combinaciones fijas (“Black Maria”, “Bob’s your uncle!”, “Davy Jones’s locker”, etc.). Hay dos entradas, por último, que no son verdaderas unidades léxicas: se trata de “gry”, y “zzxjoanw”, dos seudopalabras que tienen historia pero no etimología, y que se mencionan a título anecdótico, más como mitos lingüísticos que como “etimologías populares”.

En cuanto a los artículos, no parece haber una estructura fija. Unas veces se nos habla de la evolución que ha sufrido el lema debido a una interferencia paramórfica, y otras de la creencia seudoetimológica (o creencias) que hay detrás de la palabra, ya sean asociaciones paramórficas, falsos acrónimos, falsos epónimos, reinterpretaciones semánticas o sintácticas, o cualquier otra idea popular sobre el origen de la palabra. Muchos artículos presentan más de una hipótesis, incluidas las que se han formulado

¹¹⁰ El uso de la letra negrita y las mayúsculas en las citas que reproducimos aquí del diccionario de Quinion imita la tipografía del original.

desde la etimología “oficial”. Normalmente, siempre que se ha descrito una falsa etimología, se intenta, en la medida de lo posible, facilitar la historia documentada de la palabra, hasta la forma más antigua registrada.

11.3. Resumen

Aunque no nos proponíamos hacer una comparación entre obras en este capítulo, parece obvio que los “diccionarios de etimología popular” en lengua inglesa presentan un concepto de la etimología popular muy förstemanniano y, por tanto, complejo. Si bien esto no causa sorpresa en el *Folk-etymology* de Palmer, que es del siglo XIX, llama la atención el caso de los diccionarios de Room, Rawson y Quinion, que son mucho más conservadores en su planteamiento que la mayoría de sus contemporáneos, aunque los tres coinciden en una característica relativamente novedosa.

En efecto, se combina en estos autores la idea del cambio lingüístico por interferencia paramórfica con la de la atribución etimológica alternativa, lo cual estaba ya en los planteamientos del propio Förstemann. Ahora bien, dentro de las atribuciones etimológicas que describen, las hay de base paramórfica y no paramórfica. Y este último tipo de “etimología popular”, que es el que representa la novedad, nos interesa en especial porque rompe el vínculo tácito entre actividad paraetimológica e interferencia paramórfica.

Y si bien nos parece encontrar una base teórica homogénea en estos diccionarios, en el análisis comparativo del capítulo siguiente veremos cómo se diferencian por el énfasis que dan a los distintos tipos de “etimología popular” y por las discrepancias a la hora de abordar un mismo caso.

CAPÍTULO 12

ANÁLISIS DE LOS DICCIONARIOS DE ROOM, RAWSON Y QUINION

12.1. Introducción

En esta sección analizaremos el contenido de los diccionarios de Room, Rawson y Quinion, esto es, su selección de entradas y el tratamiento que les dan los artículos, con el objetivo de ver en qué medida coinciden estos en su perspectiva y en su descripción de casos concretos. La hipótesis es que si hay un verdadero concepto central o prototípico de “etimología popular”, debería haber un grado de coincidencia notable en el contenido de unas obras que, con formatos equiparables y en un corto espacio de tiempo (dieciocho años), se dedican a las manifestaciones de este fenómeno en una misma lengua. Se trata, en último término de comprobar si la falta de unanimidad evidenciada en el estudio cronológico, que abarcaba un período de casi 150 años y se basaba en trabajos de formatos y naturalezas diferentes, por no mencionar la diversidad lingüística, se manifiesta también en unas obras que se han creado en condiciones similares.

Como ya dijimos, hemos excluido de este análisis el diccionario *Folk-etymology* de Palmer por dos razones fundamentales. En primer lugar, lo separan más de cien años del más antiguo de los otros tres (Room 1986), y en este tiempo la innovación léxica en la lengua inglesa ha sido considerable. Además, creemos que esta diferencia de partida en la materia léxica la acentúa el interés particular de Palmer por las formas obsoletas, así como por las dialectales y jergales, muchas de las cuales han desaparecido en este período de tiempo. En segundo lugar, es un diccionario muy difícil de analizar, como se deduce de los comentarios de Rundblad y Kronenfeld (2000), que tuvieron que excluir casi la mitad de los artículos de su muestra. Esto se debe, por una parte, a la abundancia de lemas de baja frecuencia y por otra, a la peculiar disposición de las entradas.

12.2. Metodología

12.2.1. Aspectos generales

Como decíamos antes, intentamos ver aquí cómo reflejan estos autores en sus obras su concepto de “etimología popular”, a través de un análisis cuantitativo centrado en el tratamiento que dan los artículos a las palabras o locuciones seleccionadas, así como en la selección de ejemplos concretos que hace cada autor para su diccionario.

Son necesarias, en cualquier caso, unas aclaraciones previas sobre la metodología de trabajo que aplicaremos para la obtención y análisis de datos cuantitativos.

Por un lado, se busca la proporción que dedican los artículos a la etimología popular como fenómeno de cambio lingüístico y como atribución etimológica alternativa. Para ello, estudiamos primero el contenido del artículo, independientemente de nuestra percepción previa sobre el lema como ejemplo de “etimología popular”, y sobre la base del enfoque del autor y el lenguaje concreto que usa (p.e. “assimilated to”, “influenced by”), asignamos al artículo una categoría indicadora del tipo de “etimología popular” al que ha orientado el autor dicho artículo (véase la sección siguiente). A continuación se hace un cálculo de totales y, excluidos ciertos artículos que presentan problemas especiales (véase más adelante), se obtienen los porcentajes: con estos se puede comprobar si hay una forma de entender la etimología popular que tenga prioridad en cada uno de estos autores, y se puede asimismo establecer comparaciones entre uno y otro.

Por otro lado, se quiere saber en qué medida coinciden estos autores a la hora de seleccionar ejemplos de “etimologías populares” en su lengua, con la idea de que a mayor grado de coincidencia, mayor será la homogeneidad conceptual. Para ello, hemos elaborado listas de coincidencias en los lemas, contando no sólo las coincidencias que son formalmente exactas, sino los casos en que, presentándose entradas formalmente diferentes, se ha podido verificar que los autores se referían al mismo fenómeno concreto (p.e. Room tiene la entrada “rarebit”, y Quinion tiene “Welsh rabbit”, pero por los artículos se deduce que ambos autores están refiriéndose al mismo caso). Así, confeccionamos listas de coincidencias Room-Rawson, Rawson-Quinion y Room-Quinion, así como una de coincidencias entre los tres diccionarios. Dentro de estas, hemos querido comprobar si dentro de cada coincidencia de entradas también son concordantes las descripciones que hacen los artículos, para lo cual hemos acudido a las categorías asignadas en el análisis anterior. El resultado final es el número de artículos en los que los tres autores tratan una misma unidad léxica con el mismo tipo de perspectiva etimológico-popular.

12.2.2. Tipos de artículo

Hemos observado que la mayoría de los artículos de estos diccionarios pueden agruparse en cuatro categorías básicas, las cuales exponemos aquí, encabezadas por los números romanos que las van a identificar en lo sucesivo:

Tipo I: El artículo describe un cambio lingüístico generalizado (formal, semántico, o semántico-formal) explicado como consecuencia de una interferencia paramórfica.

tipo II: El artículo hace referencia a atribuciones etimológicas o asociaciones sincrónicas que se explican como propiciadas por la interferencia paramórfica, pero no se describe ningún tipo de cambio lingüístico. Por ejemplo, Room desmiente la supuesta relación entre “adultery” y “adult”, que en cualquier caso no ha provocado ningún cambio lingüístico.

Tipo III: El artículo hace referencia a atribuciones etimológicas o asociaciones sincrónicas no paramórficas, esto es, a explicaciones e historias apócrifas que no se basan en la semejanza entre segmentos formales. Por ejemplo, Quinion menciona la explicación de “cop” como acrónimo de “constable on patrol”; y Room desmiente la creencia de que “bulldog” haga referencia al parecido de esta raza de perro con el toro, aunque los componentes morfológicos originales son, en efecto, “bull” y “dog”.

Tipo IV: El artículo menciona un cambio lingüístico por interferencia paramórfica que no es de uso generalizado en ninguna variedad nacional de hoy en día, a diferencia de los que encontramos en I. Así, por ejemplo, Quinion incluye la entrada “asparagus”, sólo para mencionar la forma rival, ya en desuso, “sparrowgrass”.

Obviamente, tanto I como IV son casos de cambio lingüístico por interferencia paramórfica, y los diferencia únicamente el grado de extensión. Si hemos preferido dedicarles categorías diferentes es porque gran parte de la literatura especializada no los suele agrupar, y porque los diccionarios que aquí analizamos les dan tratamientos distintos, ya que las formas no generalizadas (p.e. “sparrowgrass”) no suelen aparecer como entrada principal. A veces es difícil decidir si una forma es o no generalizada, ya que hay casos de formas que rivalizan, como “strait” y “straight” en “straight and narrow”.

Asimismo, II y III podrían haberse agrupado bajo el denominador común de la atribución etimológica alternativa, pero nos ha parecido más adecuado mantenerlas separadas, ya que la categoría III agrupa las explicaciones apócrifas no paramórficas,

que creemos deben destacarse, no sólo por ser un concepto relativamente nuevo, apenas estudiado como grupo independiente, sino también porque demuestran cómo la idea de etimología popular no tiene que limitarse a lo paramórfico.

En la categoría III encontramos, aparte de los falsos acrónimos, otros casos de atribución etimológica como:

-malentendidos debidos a cambios semánticos. Así por ejemplo, Room desvincula “pineapple” de los sentidos modernos de “pine” y “apple”, explicando que esta palabra, cuyo significado original era ‘fruto del pino, piña de pino’ se usó metafóricamente para el ananás. Un caso especial dentro de este grupo es el de la inversión del cambio semántico, de lo cual hay varios ejemplos en el diccionario de Room. Así, la flor conocida como “pink” ‘clavelina’ no debe su nombre al color “pink”, como creen algunos, sino que el proceso ha sido a la inversa.

-errores en la interpretación sintáctica de los componentes morfológicos de una palabra o unidad léxica compleja. Por ejemplo, “masterpiece”, según explica Room, no se refiere a la obra de un maestro, sino a la obra con la que se aspira al rango de maestro; “bulldog”, también según la explicación de Room, no es una palabra que compare a esta raza de perro con el toro, sino que se refiere a su antiguo papel de “perro torero”, ya que se los hacía luchar contra toros en las antiguas “bullfights” inglesas.

-historias inventadas para contextualizar una locución de forma que tenga sentido. Por ejemplo, Quinion explica que la frase “Bob’s your uncle!” se ha querido relacionar con el nepotismo que practicó Robert Cecil (Lord Salisbury) con su sobrino Arthur Balfour. Asimismo, existen numerosas leyendas, según Rawson y Quinion para justificar el uso de “the whole nine yards”, la mayoría de las cuales son absurdas.

-puntualizaciones varias: por ejemplo, “centipede” y “millipede” no deben interpretarse literalmente como artrópodos de cien y mil patas respectivamente (la tipificación de estos casos como “etimologías populares”, es, en cualquier caso, discutible, pero se puede entender que un autor les dé ese tratamiento).

-leyendas que no acuden a las relaciones formales que sugiere la palabra para explicar su origen. La más conocida probablemente, es la historia, ya referida antes aquí, que relaciona el nacimiento de la palabra “quiz” con una apuesta. Otra muy popular es la que atribuye a “kangaroo” el significado ‘no le entiendo’, que es, supuestamente, la respuesta que dio un nativo australiano al capitán Cook cuando este preguntó en inglés por el nombre del animal (esta última está recogida en Quinion).

Es importante explicar el criterio con el que hemos distinguido atribuciones no paramórficas de las paramórficas en los casos en que se relaciona un segmento formal con otro exactamente igual. Así, si se ha asociado una palabra común con un nombre propio (p.e. “tobacco” con “Tobago”), una palabra del inglés con otra de otro idioma, o una palabra con un homónimo de etimología diferente (p.e. “bore” ‘ola gigante’ y “bore” ‘taladrar’), consideramos estos casos como interferencia paramórfica, ya que se entiende que han sido dos palabras distintas las que han interactuado. Ahora bien, en casos de polisemia, como la confusión de un uso de “pink” (la flor) con otro (el color), habiendo en este caso un único origen para la forma, hablaremos de interferencia no paramórfica. Asimismo, si se presenta un apellido inexistente para crear una historia eponímica, debemos considerar esta atribución no paramórfica, porque no se ha producido el verdadero fenómeno de la asociación mental, sino que más bien este se ha creado como “deus ex machina”.

Inevitablemente, encontramos artículos en los que se describe más de una forma de “etimología popular”. Por ejemplo, Rawson recoge, para la locución “rain cats and dogs”, varias explicaciones paramórficas (p.e. “catadoupe” ‘catarata’) y otras no paramórficas (p.e. el símil de la pelea entre un perro y un gato como expresión del fragor de una tormenta). Para estos casos hablaremos de categorías mixtas, y contabilizaremos estas por separado.

Debemos recalcar aquí que hemos reflejado en todo momento el planteamiento del autor, y no nuestra percepción del caso concreto. Por ello hemos incluido en esta categoría entradas correspondientes a unidades léxicas en cuya evolución sí hay constancia de cambios por interferencia paramórfica, aun cuando el compilador no hace mención de esta. Por ejemplo, Room, al referirse a la palabra “albatross”, desmiente que derive del latín “albus”, y cita como étimo original (la “true etymology”) el portugués “alcatraz”; pero no explica que el cambio crítico de la forma original a la inglesa actual se ha producido precisamente por la influencia de “albus”. Por tanto, el hecho de que este autor centre su artículo en el desmentido de la asociación etimológica “a posteriori” califica al artículo como tipo II, y no tipo I, que es como la categorizaríamos según la descripción de los diccionarios etimológicos generales.

12.2.3. Artículos excluidos

Algunos artículos se han excluido de la categorización. Cuando se ha hecho tal cosa, ha sido siempre por alguna de estas razones:

-Porque a nuestro juicio la explicación no está lo bastante clara, o bien se plantea con demasiada incertidumbre como para poder asignarle una categoría. Tal es el caso, por ejemplo, del artículo “barnacle goose” en el diccionario de Room:

What is the connection between this bird and the shellfish that is identically named? The answer lies in the curious old belief that the bird was born or hatched out of the shellfish as they held fast to trees and other objects over the water. But this may well not be the whole story, and it is just possible that the two similar words originate from different sources independently. The mystery of the geese and the barnacles has not yet been finally solved. (To complicate matters, there is a special kind of barnacle called a ‘goose barnacle’.) (1986: 21)

-Porque en el artículo no se identifica en realidad una atribución o asociación etimológica alternativa, ni un fenómeno de interferencia paramórfica, esto es, se está haciendo algo diferente de lo que entendemos –y nuestros autores dicen entender- por “etimología popular”. Por ejemplo, Room dedica el artículo “camel” a la supuesta confusión entre las palabras griegas “kamelos” ‘camello’ y “kamilos” ‘maroma’ en la traducción de un pasaje del evangelio, pero no dice nada referente a la etimología de “camel”, ni a la confusión de la forma inglesa con otras palabras semejantes. Rawson, en el artículo “valentine”, afirma que no hay relación entre las costumbres del día de San Valentín y las vidas de los santos del mismo nombre, pero no hay ninguna cuestión lingüística en su tratamiento del tema. Quinion, por su parte, analiza la expresión “I could care less” y traza su evolución a partir de “I couldn’t care less”, pero sin una sola mención de interferencias paramórficas ni de leyendas etimológicas.

-Porque la entrada no corresponde a una unidad léxica del idioma. Por ejemplo, Rawson incluye en su diccionario la entrada “Ring around the rosy” para desmentir la leyenda que circula en torno a esta rima infantil, pero al hacer esto ya no está tratando con una unidad léxica propiamente dicha. Quinion dedica un artículo a “zzxjoanw”, palabra inventada (supuestamente maori) que se incluyó en una enciclopedia y que ha llegado a aparecer en otras publicaciones, pero que nadie incluye en su léxico mental.

Los artículos excluidos no se han tenido en cuenta para el cálculo de porcentajes en el análisis de tipos de etimología popular, aunque sí se han tenido en cuenta para el cómputo de artículos coincidentes.

12.2.4. Coincidencias entre entradas

Como hemos dicho, hay una serie de coincidencias que no presentan mayores problemas para su identificación, ya que la equivalencia formal es evidente. Hemos pasado por alto, como se observará, diferencias gráficas menores que no rompen la homofonía; tal es el caso del uso de guiones y espacios en palabras compuestas (p.e. “scot free” en Room, “scot-free” en Rawson y Quinion; “foxtrot” en Room, “fox trot” en Rawson), del uso de apóstrofes (p.e. “mind your P’s and Q’s” en Rawson, “mind your Ps and Qs” en Quinion), mayúsculas (p.e. “beefeater” en Room, “Beefeater” en Rawson) y otros tipos de variaciones ortográficas (p.e. “flak” e “instalment” en Room, “flack” e “installment” en Rawson). También consideramos artículos coincidentes los que presentan una misma locución con distinto encabezamiento (p.e. “devil to pay, the” en Rawson y “the devil to pay” en Quinion) o alguna variante en la flexión (p.e. “rain cats and dogs en Rawson, “raining cats and dogs” en Quinion).

Para coincidencias de otro tipo, esto es, para las que a primera vista no se hacen patentes, hemos acudido al contenido del artículo y, caso de verificarse que bajo entradas aparentemente diferentes se está describiendo un mismo caso de “etimología popular”, se incluyen estas en la categoría de “coincidencias no exactas”. Ya hemos citado aquí el caso del “Welsh rabbit” de Quinion y el “[Welsh] rarebit” de Room, que podría pasar inadvertido como coincidencia, si no se tuviera en cuenta que cada uno de los dos autores hace mención en su artículo de la forma que ha elegido el otro como entrada. Otro ejemplo ilustrativo sería el de “jury-rigged”, que aparece en el diccionario de Quinion, mientras que Room y Rawson tienen “jerry-built”; las dos palabras están relacionadas por una historia de confusiones paramórficas, y todos los autores mencionan, al menos, la raíz de la que no figura como lema en su diccionario.

Recuérdese, no obstante, que aunque hayamos establecido que estos casos se debían tipificar como coincidencias, no siempre han coincidido los autores en cuanto al tipo de fenómeno etimológico-popular que los caracteriza. Por otra parte, no se ha dado por supuesto que allí donde había una coincidencia exacta estaban los autores tratando el mismo caso. Por eso se ha verificado siempre la coincidencia acudiendo al contenido

del artículo. Por ejemplo, tanto Room como Rawson tienen una entrada “ball” en sus diccionarios; por lo cual es necesario asegurarse de que están refiriéndose los dos a la misma palabra, en este caso “ball” ‘baile’ y no su homónimo “ball” ‘pelota’. Igual sucede con palabras que, contrariamente a la apariencia, tienen distintas etimologías, como ocurre con “dumps” (en el contexto de “down in the dumps”) y “dump” ‘vertedero’.

12.3. Resultados

12.3.1. Tipos de etimología popular

A dictionary of true etymologies (Room 1986)

Número total de entradas en el diccionario: 1198

Artículos excluidos: 19 (1,58% del total; 11 por incertidumbre o falta de claridad en la exposición; 8 por no identificar ni atribuciones etimológicas alternativas ni fenómenos de interferencia paramórfica)

Número de artículos que se analizan: 1179

Categoría I: 95 (8,05%)

Categoría II: 932 (79,05%)

Categoría III: 100 (8,48%)

Categoría IV: 10 (0,94%)

Categorías mixtas:

I y II: 1 (0,08%)

II y III: 4 (0,33%)

II y IV: 36 (3,05%)

III y IV: 1 (0,08%)

-Total de artículos que describen fenómenos paramórficos (cambio lingüístico o atribución etimológica; sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 1037 (91,20%)

-Total de artículos que describen atribuciones etimológicas no paramórficas (sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 100 (8,79%)

-Total de artículos que se centran en el fenómeno de cambio lingüístico (sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 105 (9,23%):

-Total de artículos que se centran en la atribución etimológica alternativa (independientemente de que haya habido cambio lingüístico o no; sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 1032 (90,76%):

Devious derivations (Rawson, 1994)

Número total de entradas en el diccionario: 347

Artículos excluidos: 18 (5,18% del total; 4 por incertidumbre o falta de claridad en la exposición; 13 por no identificar ni atribuciones etimológicas alternativas ni fenómenos de interferencia paramórfica; 1 por no tratarse de una verdadera unidad léxica)

Número de artículos que se analizan: 329

Categoría I: 57 (17,86%)

Categoría II: 190 (57,75%)

Categoría III: 68 (20,66%)

Categoría IV: 3 (0,91%)

Categorías mixtas:

II y III: 11 (3,34%)

-Total de artículos que describen fenómenos paramórficos (cambio lingüístico o atribución etimológica; sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 248 (78,48%)

-Total de artículos que describen atribuciones etimológicas no paramórficas (sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 68 (21,51%)

-Total de artículos que se centran en el fenómeno de cambio lingüístico (sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 60 (18,98%):

-Total de artículos que se centran en la atribución etimológica alternativa (independientemente de que haya habido cambio lingüístico o no; sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 256 (81,01%):

Port out starboard home (Quinion 2004)

Número total de entradas en el diccionario: 207

Artículos excluidos: 13 (6,28% del total; 2 por incertidumbre o falta de claridad en la exposición; 9 por no identificar ni atribuciones etimológicas alternativas ni fenómenos de interferencia paramórfica; 2 por no tratarse de una verdadera unidad léxica)

Número de artículos que se analizan: 194

Categoría I: 27 (13,91%)

Categoría II: 54 (27,83%)

Categoría III: 68 (35,05%)

Categoría IV: 16 (8,24%)

Categorías mixtas:

I y II: 4 (2,06%)

I y III: 4 (2,06%)

I, III y IV: 1 (0,51%)

II y III: 15 (7,73%)

II y IV: 2 (1,03%)

III y IV: 3 (1,54%)

-Total de artículos que describen fenómenos paramórficos (cambio lingüístico o atribución etimológica; sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 97 (58,78%)

-Total de artículos que describen atribuciones etimológicas no paramórficas (sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 68 (41,21%)

-Total de artículos que se centran en el fenómeno de cambio lingüístico (sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 43 (26,06%):

-Total de artículos que se centran en la atribución etimológica alternativa (independientemente de que haya habido cambio lingüístico o no; sin contar artículos excluidos y categorías mixtas): 122 (73,93%):

12.3.2. Coincidencias en entradas y en el enfoque de los artículos

-Número total de entradas coincidentes en los diccionarios de Room, Rawson y Quinion: 36 (3,00% del total de entradas de Room, 10,37% del total de Rawson y 17,39% del total de Quinion).

Coincidencias exactas: 33; no exactas: 2 (“Dixieland” en Room, “Dixie” en Rawson y Quinion; “jerry-built” en Room y Rawson, “jury-rigged” en Quinion).

Número de entradas coincidentes en las que coinciden además los enfoques, tras asignarle a cada artículo una categoría (I, II, III, IV o mixta): 17 (1,41% del total de entradas de Room, 4,89% del total de Rawson y 8,21% del total de Quinion).

Coincidencias en la categoría I: 5

Coincidencias en la categoría II: 8

Coincidencias en la categoría III: 4

Coincidencias en la categoría IV: 0

Coincidencias en categorías mixtas: 0

-Número total de entradas coincidentes en los diccionarios de Room y Rawson: 172 (14,35% del total de entradas de Room y 49,56% del total de Rawson)

Coincidencias exactas: 162; no exactas: 10 (“Babel” en Room, “babble” en Rawson; “black magic” en Room, “black art” en Rawson; “Dixieland” en Room, “Dixie” en Rawson; “humble pie” en Room, “eat humble pie” en Rawson; “manner” en Room, “manner born, to the” en Rawson; “passion fruit” en Room; “passionflower” en Rawson; “press” en Room, “press gang” en Rawson; “satyr” en Room, “satire” en Rawson; “sedan chair” en Room, “sedan” en Rawson; “Unready” en Room, “Unready, Ethelred the” en Rawson).

Número de entradas coincidentes en las que coinciden además los enfoques, tras asignarle a cada artículo una categoría (I, II, III, IV o mixta): 113

Coincidencias en la categoría I: 14

Coincidencias en la categoría II: 92

Coincidencias en la categoría III: 7

Coincidencias en la categoría IV: 0

Coincidencias en categorías mixtas: 0

-Número total de entradas coincidentes en los diccionarios de Room y Quinion: 53 (4,42% del total de entradas de Room y 25,60% del total de Quinion)

Coincidencias exactas: 44; no exactas: 9 (“bated” en Room, “bated breath” en Quinion; “billyoh” en Room, “billy-o” en Quinion; “Dixieland” en Room, “Dixie” en Quinion; “hamburger” en Room, “burger” en Quinion; “jerry-built” en Room, “jury-rigged” en Quinion; “lynch” en Room, “Lynch law” en Quinion; “Pommy” en Room, “pom” en Quinion; “rarebit” en Room, “Welsh rabbit” en Quinion; “while away” en Room, “while” en Quinion).

Número de entradas coincidentes en las que coinciden además los enfoques, tras asignarle a cada artículo una categoría (I, II, III, IV o mixta): 25

Coincidencias en la categoría I: 5

Coincidencias en la categoría II: 13

Coincidencias en la categoría III: 5

Coincidencias en la categoría IV: 2

Coincidencias en categorías mixtas: 0

-Número total de entradas coincidentes en los diccionarios de Rawson y Quinion: 68 (19,59% del total de entradas de Rawson y 32,85% del total de Quinion).

Coincidencias exactas: 64; no exactas: 5 (“eat humble pie” en Rawson, “humble pie” en Quinion; “get down to brass tacks” en Rawson, “brass tacks” en Quinion; “give [someone] the cold shoulder” en Rawson, “cold shoulder” en Quinion; “jerry-built” en Rawson, “jury-rigged” en Quinion; “tinker’s dam (or damn), not worth a” en Rawson; “tinker’s damn” en Quinion).

Número de entradas coincidentes en las que coinciden además los enfoques, tras asignarle a cada artículo una categoría (I, II, III, IV o mixta): 47

Coincidencias en la categoría I: 15

Coincidencias en la categoría II: 16

Coincidencias en la categoría III: 11

Coincidencias en la categoría IV: 2

Coincidencias en categorías mixtas: 3 (II y III)

CAPÍTULO 13

CONCLUSIONES DE LA TERCERA PARTE

13.1. Discusión y conclusiones del análisis

A juzgar por los resultados, tanto del cómputo por categorías como de las coincidencias de artículos, parece evidente que en los diccionarios analizados aquí subyacen conceptos no sólo complejos sino inestables. Las manifestaciones de estos vienen a ser las mismas en los tres casos, pero la proporción varía de un diccionario a otro, reflejando más los sesgos personales de sus autores que una idea central de “etimología popular” fácilmente definible.

Así pues, en el diccionario de Room el desmentido de atribuciones etimológicas (categorías II y III; 90,76% de los artículos) tiene mucha más importancia que el cambio lingüístico que supuestamente se produce por “etimología popular” (categorías I y IV; 9,23% de los artículos). Incluso cuando describe casos conocidos de cambio por interferencia paramórfica, suele poner el énfasis en la asociación paramórfica visible “a posteriori” y pasar por alto la evolución formal y/o semántica, como se aprecia en el cómputo de coincidencias con los otros diccionarios (véase Anexo VII). Se trata, pues, de una interpretación muy literal de la etiqueta *förstemanniana*, pero no tan literal como para excluir otros componentes del constructo teórico que se ha dado en asociar con esta, como es el caso del cambio paramórfico, ni para dejar de incluir esa nueva forma de “etimología popular” que es la atribución etimológica no paramórfica (categoría III; 8,79% de los artículos).

Es posible, no obstante, que este resultado no refleje con total exactitud la idea del autor, ya que podemos haber forzado en algunos casos el resultado al decantarnos por una u otra categoría: La razón de esta sospecha está en el método, ya que sólo hemos asignado a un artículo la categoría I si había expresiones en él que aludieran claramente al cambio (con la IV, en cambio, no hay problemas de identificación). En este sentido, no hemos incluido entre dichas expresiones las palabras “corrupted” y “corruption” (ni “perverted” / “perversion”), que podrían tener en el uso de Room el sentido de cambio paramórfico, como sospechamos que ocurre en el caso de Palmer. Aun así, los artículos que incluyen derivados de “corrupt” y “pervert” no son tantos como para invertir el resultado, caso de recategorizarse todos ellos como tipo I, por lo

que creemos que sí puede decirse que Room ha planteado su diccionario desde la perspectiva de la asociación paraetimológica, aun cuando en algunos artículos se destaque algo más el aspecto del cambio lingüístico.

Rawson y Quinion, por su parte, aun operando con las mismas ideas teóricas de partida que Room, nos dan resultados distintos en cuanto a la proporción de fenómenos descritos. En primer lugar, en sus diccionarios son algo más abundantes las descripciones de cambios “etimológico-populares” (categorías I y IV; 18,98% en Rawson y 26,06% en Quinion), y en este sentido lo que nos dicen en sus artículos coincide con lo que sabemos sobre la evolución de ciertas palabras. Por otra parte, se ve que no han desvinculado totalmente la idea de la “etimología popular” de la de la atribución de etimologías, como se ve por lo relativamente alto de los porcentajes obtenidos en las categorías II y III (81,01% en Rawson y 73,93% en Quinion).

Si bien los tres autores parecen ser conscientes de que hay una “etimología popular” con cambio lingüístico y otra sin él (Quinion al menos hace explícita esta distinción), ninguno de ellos hace una separación consciente entre la atribución etimológica de base paramórfica y la no paramórfica. Y sin embargo, en los tres se encuentran proporciones apreciables de este último tipo de creencia etimológica (categoría III).

En Room, que tiene un 8,79% de atribuciones no paramórficas, predominan, dentro de esta categoría, los casos de falsa acronimia (p.e. “posh”, “news”) y atribución etimológica de base semántica o sintáctica (p.e. “bulldog”, “masterpiece”). En Rawson y Quinion, que tienen mayor proporción de estas categorías (21,51% y 41,21% respectivamente), encontramos, junto a los falsos acrónimos (básicamente los mismos que hay en Room, más algunos añadidos), lo que aquí denominamos “historias contextualizadoras” aplicadas a locuciones (p.e. “Bob’s your uncle!”, “bite the bullet”). Es comprensible, de todas formas, que existan estas diferencias, ya que aquí incluimos toda explicación etimológica ficticia que no opere sobre la base del parecido formal entre palabras y/o segmentos formales, sin plantear, a partir de ahí, nuevas subdivisiones. Por tanto la suma de estos fenómenos heterogéneos contribuye a que engrosen más o menos los porcentajes, en función de los intereses particulares de cada autor.

En cuanto al número de artículos coincidentes, parece un hecho significativo que sólo haya 35 entradas comunes a los tres diccionarios, y que de estas sólo en 16 coincidan los autores a la hora de describir el caso (véase apéndice VII). Esto se puede

explicar, en principio, por la diversidad de enfoques con que se han acercado al material disponible, y la variedad, asimismo, de fuentes que han consultado.

En este sentido, Room prefiere partir del vocabulario más estándar, con ciertas áreas de interés particular, como son la industria, la tecnología, la fauna y la botánica, incluyendo asimismo topónimos variados y nombres propios, normalmente dentro del entorno de la tradición cultural anglosajona (p.e. “Childe Harold”, “Babel”). Rawson y Quinion, sin abandonar del todo la materia léxica de uso común, se acercan más a las innovaciones lingüísticas de los últimos años y a la fraseología más misteriosa del lenguaje coloquial, prestando, en cambio, menos atención a términos muy especializados o ya en desuso.

Parece claro, por otra parte, que Room ha seguido muy de cerca el diccionario de Palmer, del cual ha seleccionado lo más común y lo más interesante, añadiendo algunos hallazgos de su propia cosecha, que probablemente surgen de las investigaciones realizadas para otras de sus obras de referencia. Rawson ha debido de inspirarse también en Palmer, o incluso en el mismo diccionario de Room (ambos figuran en su bibliografía; 1994: 226-227). Esto explicaría el grado relativamente alto de coincidencias entre los diccionarios de Room y Rawson. El hecho de que este haya incluido más americanismos y locuciones que Room, así como más neologismos de los últimos años, más palabras tabú (p.e. “fuck”) y menos de las “políticamente incorrectas” (p.e. “wog” y “pom” / “Pommy”, que sí aparecen en Room y Quinion), explica que no sea mayor la coincidencia de contenidos.

En cuanto a Quinion, su recopilación es sin duda la más personal. En principio, no parece haber tomado otro corpus como punto de partida. Parece más bien que los contenidos han surgido sin un plan específico, como producto de su actividad mediática, que incluye el mantenimiento de su propio sitio web y las visitas frecuentes a otros (su diccionario tiene, aparte de una breve “bibliography”, una “selected webliography”). Se observará que coincide en contenidos algo más con Rawson (69) que con Room (51). Podría haberse inspirado en *Devious derivations*, aunque es difícil determinar hasta qué punto. En cualquier caso, observamos que cita a Rawson en algunos artículos del diccionario y en su bibliografía (2004: 280), mientras que Room no aparece en esta. Lo más llamativo, en cualquier caso, es la cantidad de “etimologías populares” que tienen forma de “leyenda”, consistentes básicamente en narraciones inverosímiles que no pueden explicar satisfactoriamente el origen de una palabra o frase. Este es, sin lugar a dudas, un rasgo derivado del uso extensivo de internet en la preparación de esta obra.

Para concluir, destacamos las siguientes observaciones como datos más interesantes para la reflexión:

-En términos generales, parece haber más diferencias que semejanzas en cuanto a contenidos y enfoque; al menos más diferencias de las que cabría esperar en tres recopilaciones de etimologías populares de la misma lengua, que surgen en un marco temporal no excesivamente amplio y que aplican formatos en principio semejantes.

-Pese a las diferencias de proporciones, los tres diccionarios dedican más atención a la atribución etimológica alternativa que al cambio lingüístico paramórfico, por lo que parecen ir a contracorriente de la tendencias lingüísticas más modernas; incluso ante casos concretos, conocidos y bien documentados, de cambio formal, que es el tipo de cambio lingüístico más evidente, ponen frecuentemente el punto de mira en las asociaciones paraetimológicas. Esto es especialmente llamativo en el caso de Room.

-los tres diccionarios incluyen casos de atribución etimológica no paramórfica sin hacer observación alguna sobre la naturaleza especial de este fenómeno, tratando esta variedad de “etimología popular” como si no fuera esencialmente diferente de la más tradicional, que es la puramente paramórfica. Y en teoría, no se puede decir que ello implique un uso incorrecto del término “etimología popular”, aunque sí es cierto que esta interpretación, relativamente novedosa, se desvía en cierta medida de las convenciones.

Esto nos lleva a pensar, analizados los diccionarios desde el marco de la interferencia paramórfica, y puestos en el contexto de la literatura “etimológico-popular”, que estos también son reflejo de la confusión teórica que impera en este campo. Como observábamos en nuestro estudio del artículo de Förstemann, la falta de rigor conceptual con que nacía esta idea ofrecía un margen interpretativo muy amplio, y tarde o temprano esta situación iba a llevar el concepto en múltiples direcciones. Nuestros tres diccionarios de etimologías populares inglesas parecen estar siguiendo, con pequeñas variaciones de rumbo, una de ellas. Y más que interesarnos como herramientas para el estudio de la etimología popular, nos parece más bien que estas compilaciones son interesantes como objeto de estudio en sí, por lo que pueden aportar al estudio de un problema semántico especialmente complejo.

CAPÍTULO 14

CONCLUSIONES GENERALES

El punto de partida de esta tesis, como se recordará, era la frustración inicial ante un problema metodológico. En efecto, al intentar abordar un estudio científico sobre la “etimología popular” desde una perspectiva psicolingüística, surgía el escollo de la falta de corpus válidos y fiables, ya que todo lo que encontrábamos era siempre excesivamente “ruidoso” o heterogéneo, y esto parecía apuntar a un problema de base en torno a la etimología popular como concepto.

Así pues, la percepción de dicho problema conceptual, que se hizo evidente en un primer acercamiento, nos llevó a indagar en los orígenes de este, a explorar su desarrollo cronológico, a categorizar los distintos fenómenos que se han etiquetado como “etimología popular” y a evidenciar cómo la heterogeneidad del constructo se refleja en los que aquí denominamos “diccionarios de etimologías populares” en lengua inglesa.

Esta serie de operaciones no tienen que realizarse necesariamente en el orden en que se exponen en el párrafo anterior. De hecho, en este trabajo empezábamos por exponer y categorizar los distintos fenómenos de interferencia paramórfica, ya que una parte de estos se asocia con las versiones más comunes del concepto de “etimología popular”; a continuación buscábamos el nacimiento del concepto y hacíamos un seguimiento cronológico de la literatura generada en torno al fenómeno; finalmente, analizábamos los “diccionarios de etimologías populares” que existen en inglés.

Pero, en cierto sentido, es un viaje de ida y vuelta. Se empieza por sospechar que hay una serie de problemas implícitos en la búsqueda y/o recopilación de corpus fiables de etimologías populares; a continuación se exploran las raíces del problema, así como sus consecuencias, y se termina acudiendo a lo que podrían ser corpus bien elaborados, para comprobar que también en ellos está presente el problema conceptual.

Así pues, tras un estudio global de los fenómenos de interferencia paramórfica, según los definimos en este mismo trabajo (capítulos 2-4), un análisis cronológico de distintos tipos de texto relacionados con la “etimología popular” (capítulos 5-10) y, finalmente, otro comparativo de “diccionarios de etimología popular” en lengua inglesa (capítulos 11-13), podemos afirmar que la base del problema está en el planteamiento

inicial del concepto, surgido en el entorno de la filología pre-saussureana, y en la elección de “etimología popular” como etiqueta identificadora.

Es este último factor el que sin duda ha contribuido más a que el problema perviva hasta la época actual, ya que, a pesar de ser inadecuada, por las razones que exponíamos en el capítulo 5, dicha denominación ha resultado ser especialmente atractiva para numerosos filólogos y lingüistas de todas las épocas. A consecuencia de ello, ha logrado sobrevivir a los principales cambios de paradigma, sea ocupando un lugar más o menos claro en los modelos teóricos dominantes o manteniendo una existencia más o menos marginal en paralelo a estos, como de hecho ocurre en el último tercio del siglo XX.

Pero, centrándonos en la cuestión principal, encontramos que en el concepto inicial de etimología popular se mezclan dos ideas:

-La de la atribución etimológica alternativa; esto es, la idea de que los hablantes, dotados de una curiosidad innata por el lenguaje, buscan explicaciones etimológicas para las palabras que usan, construyendo sus hipótesis mediante una reflexión pseudofilológica, que no usa ni la metodología de trabajo ni los materiales de estudio de la etimología llamada “científica”.

-La de la interferencia paramórfica, esto es, la idea de que en la mente de los hablantes se establecen asociaciones entre palabras o segmentos formales semejantes, haya o no entre ellos verdadera relación etimológica, y siendo su manifestación más destacada cierto tipo de cambio lingüístico consistente en alteraciones formales y/o semánticas por confusión entre formas.

Como hemos demostrado en este trabajo, la obra seminal de Förstemann sugería, o nos inducía a establecer, una relación biunívoca entre la atribución etimológica alternativa y la interferencia paramórfica, como si toda búsqueda paracientífica de etimologías tuviera que apoyarse necesariamente en interferencias paramórficas y no existieran otras formas de inventar orígenes para las palabras, y como si toda manifestación (en principio no accidental) de la interferencia paramórfica debiera explicarse como producto de una reflexión etimológica.

Esta forzada vinculación de ideas se ha convertido en el fundamento implícito del constructo “etimología popular”: su causa o motor inicial es la búsqueda de etimologías; su método es la búsqueda de parecidos formales. No siempre es fácil determinar qué autores creen seriamente en este doble vínculo de la etimología popular, ya que la idea de la indagación etimológica puede ser una metáfora para procesos

mentales que no sabemos explicar (Buyssens 1965). Lo que sí es cierto es que muchos de los que descartan la hipótesis paraetimológica, esto es, la idea de que es ese supuesto instinto etimológico el que produce todas las manifestaciones que llamamos “etimología popular”, mantienen la etiqueta tradicional en sus trabajos. Y esto, en cierto modo, transmite, aun sin quererlo, el germen de la vinculación implícita de ideas, o, dicho de otro modo, el problema conceptual básico.

Por otra parte, en la literatura sobre “etimología popular” se mezclan las manifestaciones lingüísticas de la interferencia paramórfica (p.e. la evolución de “berrojo” a “cerrojo”) con las metalingüísticas (p.e. afirmar, o simplemente creer, que “jubilee” deriva de “jubilation”, cuando en realidad deriva del hebreo “yobhel” ‘cuerno de cabra’), o incluso con las que aquí denominamos extralingüísticas (p.e. dar forma de cerdo a las huchas de barro, por la semejanza entre “pigg” ‘vasija’ y “pig” ‘cerdo’).

Esta confusión de fenómenos se presenta en varias formas. Así, muchos autores hablan indistintamente de un tipo u otro de manifestación, muchas veces sin hacer distinciones explícitas entre ellas, ya que para estos todo parecen ser ejemplos del mismo fenómeno, y todo queda, por tanto, al mismo nivel. Aquí, como se recordará, distinguíamos entre el fenómeno primario, el de la asociación mental, que puede ser esencialmente el mismo para todas las manifestaciones, y las primeras manifestaciones externas, que pueden ser lingüísticas, metalingüísticas y extralingüísticas. Esta podría ser una manera de solventar el problema.

Para otro grupo de autores, sólo es etimología popular la manifestación lingüística, ya que ni creen que haya reflexión consciente (léase metalingüística) en el proceso de cambio lingüístico ni incluyen las manifestaciones metalingüísticas, independientemente de que las conozcan, en su ámbito de estudio. Y, más o menos a la inversa, existen autores para los que la “etimología popular” es esencialmente atribución de etimologías, siendo el cambio lingüístico un mero accidente secundario. Algunos de estos creen, o parecen creer, que la atribución de etimologías extraoficiales es por sí misma una forma de cambio semántico, y de hecho, no siempre es fácil separar el significado de una palabra de sus asociaciones etimológicas. Lo que ocurre en este caso es que se equiparan las manifestaciones metalingüísticas con el cambio semántico, y nos queda la sensación de que algo no está bien (en su esquema o en el nuestro). Estas distinciones, en cualquier caso, que son en principio teóricas, provocarán respuestas diferentes si pedimos a distintas personas ejemplos de etimología popular, como se evidencia por el estudio de los “diccionarios”.

Esta es, en un planteamiento básico, la discrepancia conceptual, pero existen variaciones sobre estos temas, estando siempre presente, quizá como agravante, el problema terminológico. Aparte de que parece estar siempre “recordándonos” que detrás de toda confusión paramórfica, con cambio o sin él, está la pseudoetimología, la etiqueta förstemanniana tiene un uso metonímico, ya presente en Förstemann, por el cual se puede referir tanto a la causa (la reflexión metalingüística) como al efecto (las manifestaciones), lo cual hace este término excesivamente inestable para la lingüística y contribuye a la confusión de los planteamientos teóricos.

Y, recordemos, aparte del problema derivado de la presencia de la “etimología” en la etiqueta tradicional, está también la cuestión de cómo interpretar el adjetivo “popular”, caso de que lo mantengamos en nuestra denominación (p.e. ¿son etimologías *populares* ciertos errores de etimólogos?), y, en último término, de si tiene razón de ser tal calificativo a la hora de describir y tipificar el fenómeno, ya que lo estamos definiendo por “quién lo hace” y no por “cómo es” o “cómo se hace”.

Por tanto, y llegados ya a este punto podemos afirmar que no es posible abordar el estudio científico del constructo que se ha denominado “etimología popular”, ya sea fenómeno o tendencia, sin antes haberse desligado de los problemas del planteamiento inicial y de las implicaciones del nombre. Aun cuando un autor defina rigurosamente el fenómeno o grupo de fenómenos con el que asocia este término, el simple hecho de mantenerlo va a contribuir inevitablemente a la confusión de cara a la comunidad académica. Es más, ningún intento, hasta la fecha, de sustituir esta etiqueta por otra alternativa, ha tenido éxito, porque las alternativas acaban siempre por asociarse o asimilarse a la tradicional y al complejo conceptual que hay detrás de ella.

En cualquier caso, y volviendo a esa doble naturaleza de la etimología popular (atribución etimológica e interferencia paramórfica), que parece haberse perpetuado como una idea recibida, lo que nadie ha señalado hasta ahora (con la única excepción, probablemente, de Buyssens 1965) es que en la evolución del léxico pueden influir de manera independiente la búsqueda de etimologías y la confusión entre parónimos, de manera que algunos cambios pueden deberse a cierto tipo de indagación metalingüística y otros a una especie de asociación entre segmentos formales que no pasa por la reflexión consciente. Tampoco se ha planteado, aunque han surgido ejemplos accidentalmente, que puede inventarse una explicación etimológica alternativa sin recurrir a la interferencia paramórfica, como en el conocido caso de los falsos

acrónimos. Es por ello que hemos recalcado este tipo de atribución etimológica no paramórfica en las páginas de este estudio.

En definitiva, entendemos que no tiene razón de ser la vinculación implícita entre atribuciones etimológicas alternativas e interferencia paramórfica, ya que no está demostrado (y de hecho nos parece poco probable) que los cambios lingüísticos por interferencia paramórfica sean siempre producto de la inquietud etimológica del hablante; pero tampoco puede excluirse, creemos, un elemento de reflexión consciente, incluso claramente etimológica, en ciertos procesos de cambio. Asimismo, observamos que sí existe la “etimología popular”, en el sentido de que a veces se reflexiona sobre el origen de las palabras sin los mecanismos de investigación adecuados (queda pendiente la cuestión de si el adjetivo “popular” es apropiado o no para referirse a este fenómeno). Esta etimología “alternativa”, “heterodoxa” o “paracientífica” se manifiesta indudablemente en la vida cotidiana, aunque no con la frecuencia que algunos han querido ver. A veces oímos explicaciones inventadas de boca de otros hablantes; otras las vemos escritas en textos lingüísticos, típicamente en materiales sobre etimología; algunas veces, incluso, surgen en nuestro propio pensamiento.

Los cambios de paradigma de la lingüística, que de forma (casi) generalizada han desterrado la etimología del concepto de “etimología popular” (sin alterar, paradójicamente, la etiqueta tradicional), nos han llevado a olvidar que, después de todo, sí existen explicaciones etimológicas de tipo “amateur”. Los “diccionarios de etimología popular”, con o sin intención, nos lo recuerdan, y dan un paso más, al revelar en su muestrario que, junto a racionalizaciones “a posteriori” (p.e. decir que “belfry” deriva de “bell”) y a explicaciones paramórficas de palabras que no han sufrido cambio paramórfico (p.e. decir que “jubilee” viene de “jubilation”), existen explicaciones independientes del fenómeno paramórfico, como son las acronímicas, que no se apoyan en el mismo tipo de asociación fonológica que las del tipo “belfry”.

Pero, al darnos este muestrario variopinto de “cosas que pueden llamarse etimología popular”, los diccionarios seleccionados para este estudio nos están demostrando, en realidad, que no se han desmarcado del problema conceptual. Por el contrario, reflejan la complejidad del problema de forma muy significativa. En ellos aparecen combinados los efectos lingüísticos y los metalingüísticos (y a menudo pasa por ejemplo de lo segundo lo que tradicionalmente ejemplifica lo primero); se mezcla, asimismo, sin distinción explícita, el cambio paramórfico, la etimología paramórfica y las otras etimologías alternativas.

Y aunque el resultado de esta investigación sea en principio decepcionante, pues parece indicar que no hemos progresado apenas en el estudio científico de una serie de fenómenos lingüísticos muy comunes, hemos encontrado un nuevo campo de investigación, que puede y debe cambiar nuestra perspectiva, a saber, el de la atribución etimológica no paramórfica, que aquí tipificamos por primera vez como tal. Este último hallazgo en la disección del problema nos debe llevar a un nuevo concepto de “etimología popular” o “paraetimológica”, que no siempre va a poder explicarse por los mecanismos de procesamiento lingüístico, ya que a veces parece recurrir a procesos cognitivos más generales, como el valor representativo de las letras en la acronimia o la relación sintáctica entre componentes.

Es muy significativo por otra parte, para una perspectiva social del fenómeno, que las atribuciones etimológicas no paramórficas hayan proliferado en la época actual, y en especial con tecnologías como internet. Esto quizá se deba a las condiciones de comunicación que ofrece el medio, ya que permite a los anónimos inventores de bulos difundir leyendas etimológicas por todo el mundo, junto con otras leyendas urbanas, así como hacerlo en igualdad de condiciones que un experto en la materia, dada la ausencia de filtros. Este tipo de “historias etimológicas”, paramórficas o no, que han encontrado en internet un canal idóneo de expansión, quizá deberían enmarcarse, adoptando la denominación de Wilton (2004), en una categoría más amplia de “mitos verbales” o “léxicos” (“word myths”), que incluye creencias ya clásicas como la de las quinientas palabras que supuestamente usan los esquimales para distinguir entre tipos de nieve.

Reflexionando ahora sobre la metodología de trabajo, queremos destacar la relevancia para nuestras conclusiones principales del estudio tipológico de los “fenómenos de interferencia paramórfica”. En primer lugar, el distinguir entre fenómenos accidentales y no accidentales ha servido para encuadrar, aunque sólo sea de forma aproximada, la gran mayoría de las manifestaciones que se etiquetan como “etimología popular”. Vemos, en efecto, que estas suelen localizarse en el ámbito de la segunda categoría, aunque no deja de haber discrepancias: por un lado, para unos pocos autores hay “etimología popular” en ciertos fenómenos accidentales; por otro, casi ningún autor cree que sean etimología popular todos los fenómenos no accidentales. Asimismo, hemos evidenciado que es útil distinguir, dentro de esta, entre manifestaciones de efectos lingüísticos, metalingüísticos y extralingüísticos, entre cambios individuales, grupales y generalizados, y (aunque no sea siempre fácil o posible) entre procesos intencionados y no intencionados, ya que en gran parte la

confusión conceptual se debe a no haber discernido de forma unánime estos matices. Tales distinciones nos han permitido contrastar las numerosas versiones que existen del concepto, siempre sobre la base de lo observable, y destacar asimismo la incoherencia de ciertas exposiciones teóricas, cuyo lenguaje excesivamente ambiguo y farragoso dificultaba un análisis apropiado.

En cierta manera, esta categorización ha permitido romper con la inercia en que la conceptualización förstemaniana mantenía el estudio de estos fenómenos. Esto habría sido imposible si hubiésemos planteado el problema de la etimología popular desde la teoría de la misma etimología popular, es decir, basándonos en lo que dice la literatura, ya que, como dijimos en la presentación de esta tesis, no se puede resolver un problema con el mismo tipo de pensamiento que lo creó.

El desmarque se ha conseguido a base de una serie de ciclos donde se ha alternado la lectura crítica de estudios con la reflexión global, y que hemos completado repetidas veces, hasta tener la certeza de que contábamos con una categorización coherente y bien estructurada, que abarcara todo lo que se entiende por etimología popular y al mismo tiempo los fenómenos concretos que ocupan el ámbito en que se debe enmarcar esta.

La sorpresa llega, y tenemos que repetirlo una vez más, cuando comprobamos, al cerrar el estudio cronológico, que no todo lo que se etiqueta como “etimología popular” tiene vinculación directa con la interferencia paramórfica de base psicolingüística, con lo cual hemos podido refutar una idea recibida que se ha transmitido casi siempre de forma tácita. La existencia de atribuciones etimológicas no paramórficas, etiquetadas también como “etimologías populares”, respalda, en una nueva dirección, la afirmación, ya antigua, de que esta denominación es inapropiada, porque aparte de identificar mal el fenómeno (pues lo hace basándose en una hipótesis explicativa que ni siquiera queda bien explicada con esos términos) se presta a abarcar fenómenos muy diferentes, al menos para una perspectiva lingüística rigurosa.

En definitiva, creemos poder afirmar, tras un estudio exhaustivo del problema, que la idea tradicional de “etimología popular” es un constructo que en un principio no quedó bien delimitado por una definición formal y que lleva implícita una vinculación presupuesta entre los conceptos de atribución etimológica alternativa e interferencia paramórfica. Esto explica que circulen versiones ambiguas del concepto, que son además contradictorias entre sí y a menudo tienen contradicciones internas, siendo su manifestación más clara los ejemplos con que se intenta explicar esta idea. Aun cuando

pueda parecer, en una perspectiva restringida, que la lingüística actual ha orientado el término “etimología popular” hacia el fenómeno del cambio lingüístico por interferencia paramórfica, siempre surgen estudios cuyos planteamientos nos recuerdan que no hay unanimidad a la hora de entender el concepto.

En gran parte, esto se debe al hecho de que se haya mantenido la etiqueta tradicional, sin tener en cuenta sus presuposiciones implícitas ni su falta de criterios y parámetros reales de cara al estudio lingüístico (consciencia, grado de extensión, forma de manifestación). La aparición de casos de atribución etimológica no paramórfica, descritos como “etimologías populares” en varios “diccionarios de etimología popular” y en artículos de investigación, debería servir como reducción al absurdo de este problema terminológico.

La salida, creemos, no está en la sustitución de la etiqueta tradicional por un término nuevo que aluda de forma más directa a la interferencia paramórfica no accidental (como la “atracción paronímica” de Dauzat), porque esta no podrá acabar con un concepto mal construido que pervive en la mente de muchas personas y en numerosos trabajos filológicos. Como se ha visto aquí, los intentos de solucionar el problema reemplazando una denominación por otra no han conseguido atacar la raíz de la confusión. Mantener la etiqueta clásica con matizaciones tampoco parece una alternativa eficaz, pues el problema también está en el constructo que hay detrás de la etiqueta.

La solución mejor, si fuera posible, sería dejar atrás definitivamente la denominación de “etimología popular” y separar lo que ha englobado esta en todo su período de vigencia, aplicando en su lugar denominaciones que hagan referencia a:

- las manifestaciones lingüísticas de la interferencia paramórfica;
- las manifestaciones metalingüísticas de la interferencia paramórfica (atribución etimológica alternativa de base paramórfica);
- las manifestaciones extralingüísticas de la interferencia paramórfica; y
- las atribuciones etimológicas alternativas de base no paramórfica.

Sólo así, creemos, puede salirse del caos conceptual al que nos han llevado una forma de pensamiento parcialmente científica y la enorme inercia mental de un sector de la comunidad lingüística. Es necesario, en cualquier caso, un nuevo planteamiento, para que sea posible la formulación y verificación de hipótesis que expliquen estos fenómenos satisfactoriamente y de forma congruente con los modelos lingüísticos y psicológicos con los que contamos.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad, F. (1986). *Diccionario de lingüística de la escuela española*. Madrid: Gredos.
- Adams, J. F. (1958). Ranching terms from eastern Washington. *American Speech* 33, 4: 266-273.
- Adamska-Salaciak, A. (1991). Language change as a phenomenon of the third kind. *Folia Linguistica Historica* 12, 1-2: 159-180.
- Ahlquist, A. (ed.) (1982). *Papers from the Fifth International Conference on Historical Linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.
- Aitchison, J. (1972). Mini-malapropisms. *British Journal of Disorders of Communication* 7: 38-43.
- Aitchison, J. (1987). The language lifegame: prediction, explanation and linguistic change, en Koopman et al.: 11-32.
- Aitchison, J. (1987). Reproductive furniture and extinguished professors, en Steele y Threadgold, vol. 2: 3-14.
- Aitchison, J. (1991²). *Language change: progress or decay?* Cambridge: Cambridge University Press. [1981¹, Fontana]
- Aitchison, J. (1992). *Introducing language and mind*. Londres: Penguin.
- Aitchison, J. (1994²). *Words in the mind. An introduction to the mental lexicon*. Oxford: Blackwell. [1987¹]
- Aitchison, J. (1997). *The language web. The power and problem of words*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Aitchison, J., y S. Chiat (1981). Natural phonology or natural memory? The interaction between phonological processes and recall mechanisms. *Language and Speech* 24: 311-326.
- Aitchison, J., y M. Straf (1982). Lexical storage and retrieval: a developing skill? *Linguistics* 19: 751-795.
- Aitchison, J., y P. Todd (1982). Slips of the mind and slips of the pen, en St.Clair y Raffer-Engel: 180-194.
- Aitchison, J., y D. Lewis (1996). The mental word web: forging the links, en Svartvik: 39-47.
- Àlabá, O. (1981). Natural versus artificial translation: a case for folk etymology. *Babel* 27, 1: 17-20.
- Alcaraz Varó, E. (1990). *Tres paradigmas de la investigación lingüística*. Alcoy: Marfil.

- Alcaraz Varó, E., y M. A. Martínez Linares (1997). *Diccionario de lingüística moderna*. Barcelona: Ariel.
- Algeo, J. T. (1960). Korean bamboo English. *American Speech* 35, 2: 117-123.
- Allbright, J. B., y R. W. Albright (1956). Earslips. *American Speech* 31, 2: 138-140.
- Allen, P. A., et al. (1992). Perhaps the lexicon is coded as a function of word-frequency. *Journal of Memory and Language* 31: 826-844.
- Allport, A., et al. (eds.) (1987). *Language perception and production: relationships between listening, speaking, reading and writing*. Londres: Academic Press.
- Alonso, A. (1948). Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 2: 1-20.
- Altmann, G. T. M. (ed.) (1990). *Cognitive models of speech processing. Psycholinguistic and computational perspectives*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.
- Altmann, G. T. M. (1997). *The ascent of Babel. An exploration of language, mind and understanding*. Oxford: Oxford University Press.
- Altmann, G. T. M., y R. Shillcock (eds.) (1993). *Cognitive models of speech processing. The second Sperlonga meeting*. Hove, East Sussex: Lawrence Erlbaum Associates.
- Álvarez, A., y H. Perdiguero (eds.) (1994). *Toponimia de Castilla y León. Actas de la Reunión Científica sobre Toponimia de Castilla y León. Burgos, noviembre de 1992*. Burgos: s.e.
- American Speech* (s.a.) (1946). Jottings. *American Speech* 21, 1: 44.
- American Speech* (s.a.) (1974). Reply: sexist words. *American Speech* 49 (spring-summer): 89.
- Amis, K. (1997). *The King's English*. Londres: HarperCollins.
- Andersen, H. (1973). Abductive and deductive change. *Language* 49, 4: 765-793.
- Anttila, R. (1972). *An introduction to historical and comparative linguistics*. Nueva York: Macmillan.
- Anttila, R. (1977). *Analogy*. La Haya: Mouton.
- Anttila, R., y W. A. Brewer (1977). *Analogy. A basic bibliography*. Amsterdam: John Benjamins.
- Ariza, M., et al. (eds.) (1988). *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española. Cáceres, 30 de marzo-4 de abril de 1987*. Vol. 2. Madrid: Arco Libros.

- Asher, R. E., y J. M. Y. Simpson (eds.) (1994). *The encyclopedia of language and linguistics*. Oxford: Pergamon Press.
- Ashley, L. R. N. (1985). Fiction and folklore, etymology and folk etymology, linguistics and literature. *Literary Onomastic Studies* 12: 1-24.
- Athenaeum, The* (s.a.) (1882). Reseña de A.S. Palmer, *Folk-Etymology. A dictionary of words perverted in form or meaning by false derivation or mistaken analogy*. No. 2878, Dec. 23: 843-844.
- Athenaeum, The* (s.a.) (1904). Reseña de A.S. Palmer, *The folk and their word-lore. An essay on popular etymologies*. No. 4004, July 23: 110-111.
- Augst, G., y K. Müller (1998). Reseña de H. Olschansky, *Volksetymologie. Beiträge zur Namensforschung* 33, 1: 88-95.
- Ayto, J. (1990). *The Longman register of new words. Volume two*. Burnt Mill, Harlow: Longman.
- Ayto, J. (1990b). *Bloomsbury dictionary of word origins*. Londres: Bloomsbury.
- B[], J. O. (1854a). Colloquial changes of words. *Notes and Queries*. 1st series, 10: 240-241.
- B[], J. O. (1854b). False spellings from sound. *Notes and Queries* 1st series, 9: 113.
- Baars, B.J., y M. T. Motley (1976). Spoonerisms as sequencer conflicts: evidence from artificially elicited errors. *The American Journal of Psychology* 89, 3: 467-484.
- Baars, B.J., et al. (1975). Output editing for lexical status in artificially elicited slips of the tongue. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 14: 382-391.
- Baddeley, A. D. (1997²). *Human memory: theory and practice*. Hove, East Sussex: Psychology Press. [1990¹]
- Baddeley, A. D., et al. (1960). Letter structure of the English language. *Nature* 186, 4722: 414-416.
- Baddeley, A. D., et al. (1975). Word length and the structure of short-term memory. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 14: 575-589.
- Badecker, W., y A. Caramazza (1989). A lexical distinction between inflection and derivation. *Linguistic Inquiry* 20: 108-116.
- Badia Margarit, A. (1951). *Gramática histórica catalana*. Barcelona: Noguer.
- Bailey, G., et al. (1993). Some patterns of linguistic diffusion. *Language Variation and Change* 5: 359-390.
- Baker, R. L. (1972). The role of folk legends in place-name research. *Journal of American Folklore* 85, 338: 367-373.

- Baker, R. L., y M. Carmony. (1976). *Indiana place-names*. Bloomington: Indiana University Press.
- Baldinger, K. (1959). L'étymologie hier et aujourd'hui. *Cahiers de l'Association Internationale des Études Françaises* 11: 233-264.
- Baldinger, K. (1964). Sémasiologie et onomasiologie. *Revue de Linguistique Romane* 28, 111-112: 249-272.
- Baldinger, K. (1965). La pesadilla de los etimólogos. *Revista de Filología Española* 48: 95-104.
- Baldinger, K. (1973). À propos de l'influence de la langue sur la pensée. Étymologie populaire et changement sémantique parallèle. *Revue de Linguistique Romane* 37: 241-273.
- Baldinger, K. (1977²). *Teoría semántica. Hacia una semántica moderna*. Madrid: Gredos. [1970¹]
- Baldinger, K. (1986). Etimología popular y onomástica. *Lletres Asturianes* 19: 15-30.
- Bally, C. (1940). Sur la motivation des signes linguistiques. *Bulletin de la Société Linguistique de Paris* 41: 75-88.
- Bally, C. (1941). *Le langage et la vie*. Ginebra: Librairie Droz.
- Bally, C. (1944). *Linguistique générale et linguistique française*. Berna: Éditions Francke.
- Barber, C. (1993). *The English language: a historical introduction*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bard, E. G., et al. (1988). The recognition of words after their acoustic offsets in spontaneous speech: effects of subsequent context. *Perception and Psychophysics* 44, 5: 395-408.
- Barnes, D. C. (1948). *Wordlore*. Nueva York: E. P. Dutton & Company.
- Barnes, M. R. (1980). A nadder / An adder: the nasal shift. *Neophilologus* 64: 109-112.
- Barnhart, R. K. (1988). *The Barnhart dictionary of etymology*. (s.l.): The H. W. Wilson Company.
- Barton, M. (1971). Recall of generic properties of words in aphasic patients. *Cortex* 7: 73-82.
- Bates, E. (1984). Bioprograms and the innateness hypothesis. *The Behavioral and Brain Sciences* 7: 188-190.
- Bauer, L. (1983). *English word-formation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bauer, L. (1994). *Watching English change*. Londres: Longman.

- Bauer, L. (1997). Reseña de H. Gundersen, *Linjedansere og pantomine pa sirkhus: folkeetymologi som morfologisk omtolkning*. *Language* 73, 4: 894-895.
- Baumann, H. H. (1967). *Sekundäre Motivationen bei romanischen Tierbezeichnungen (Blindschleiche-Hornisse-Wiessel-Bachstelze-Schleiereule)*. Diss. Bonn: Universität Bonn.
- Bawden, H. H. (1900). A study of lapses. *Psychological Review Monograph Supplements* 3: 1-21.
- Bebermeyer, R. (1974). Zur Volksetymologie: Wesen und Formen, en Möckelmann: 156-187.
- Bebermeyer, R. (1977). Volksetymologische Wortspiele im heutigen Sprachgebrauch. *Sprachspiegel*. 33: 8-12.
- Bec, P. (1960). Formations secondaires et motivations dans quelques noms d'animaux en gascon. *Revue de Linguistique Romane* 28: 296-351.
- Bennett, R. W. (1975). Proactive interference in short-term memory: fundamental forgetting processes. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 14: 123-144.
- Benson, D. F. (1979). Neurologic correlates of anomia, en Whitaker y Whitaker, vol. 4: 293-328.
- Berg, T. (1991a). Phonological processing in a syllable-timed language with pre-final stress: evidence from Spanish speech error data. *Language and Cognitive Processes* 6: 265-301.
- Berg, T. (1991b). Redundant-feature coding in the mental lexicon. *Linguistics* 29: 903-925.
- Bergdal, E. (1931). Monkey wrench. *American Speech* 6, 2: 150-151.
- Bergen, B. K. (2004). The psychological reality of phonaesthemes. *Language* 80, 2: 290-311.
- Berko Gleason, J. (1982). Converging evidence for linguistic theory from the study of aphasia and child language, en Obler y Menn: 347-356.
- Bernales, M., y H. Painequeo (1992). Observaciones sobre la onomástica de Arauco y Bío Bío. *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada* 30: 85-96.
- Bernárdez, E. (1999). *¿Qué son las lenguas?* Madrid: Alianza Editorial.
- Bérubé, L. (1991). *Terminologie de neuropsychologie et de neurologie de comportement*. Montreal: Les Éditions de la Chenelière.

- Bickerton, D. (1984). The language bioprogram hypothesis. *The Behavioral and Brain Sciences* 7: 173-188.
- Björkman, E. (1907). Reseña de A. S. Palmer, *The folk and their word-lore. An essay on popular etymologies*. *Englische Studien* 37: 397-398.
- Blish, H. (1930). Bob-lo. *American Speech* 6, 1: 78.
- Bloomfield, L. (1933). *Language*. Nueva York: Henry Holt and Company.
- Boisacq, É. (1926). L'étymologie populaire et les Amazones. *Revue Belge de Philologie et d'Histoire* 5: 507-514.
- Bolinger, D. L. (1940). Word affinities. *American Speech* 15, 1: 62-73.
- Bolinger, D. L. (1961). Verbal evocation. *Lingua* 10: 113-127.
- Bolinger, D. L. (1968). *Aspects of language*. Nueva York: Harcourt, Brace & World.
- Bolinger, D. L. (1988). Reiconization. *World Englishes* 7, 237-242.
- Bolinger, D. L. (1992). Sound Symbolism, en Bright, vol. 4: 28-30.
- Boswell, G. W., y J. R. Reaver (1962). *Fundamentals of folk literature*. Oosterhout: Anthropological Publications.
- Botkin, B. A. (1931). Folk speech in the Kentucky Mountain cycle of Percy MacKaye. *American Speech* 6, 4: 264-276.
- Bond, Z. S. (1973). Perceptual errors in ordinary speech. *Zeitschrift für Phonetik* 26: 691-694.
- Bond, Z. S. (1999). *Slips of the ear. Errors in the perception of casual conversation*. San Diego, California: Academic Press.
- Bowerman, M. (1982). Reorganizational processes in lexical and syntactic development, en Wanner y Gleitman: 319-346.
- Bradley, H. (1889). The etymology of "meerkatze". *Academy* 36, 915: 332.
- Bréal, M. (1900). *Semantics. Studies in the science of meaning*. Nueva York: Dover Publications [1896¹, francés].
- Bright, W. (ed.) (1966). *Sociolinguistics. Proceedings of the UCLA Sociolinguistics Conference, 1964*. La Haya: Mouton.
- Bright, W. (ed.) (1992). *International Encyclopedia of Linguistics*. Oxford: Oxford University Press.
- Brook, G. L. (1981). *Words in everyday life*. Londres: Macmillan.
- Browman, C. P. (1978). *Tip of the tongue and slip of the ear: implications for language processing*. UCLA Working Papers in Linguistics 42.

- Browman, C. P. (1980). Perceptual processing: evidence from slips of the ear, en Fromkin, 1980b: 213-230.
- Brown, A. S. (1991). A review of the tip-of-the-tongue experience. *Psychological Bulletin* 109: 204-33.
- Brown, G. (1859⁴). *The grammar of English grammars*. Nueva York: Samuel S. & William Wood. [1851¹]
- Brown, R. (1970). *Psycholinguistics. Selected papers*. Nueva York: Free Press.
- Brown, R., y D. McNeill (1966). The "Tip of the tongue" phenomenon. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 5: 325-37.
- Brunvand, J. H. (1959). Some Indiana place-name legends. *Midwest Folklore* 9: 245-248.
- Brunvand, J. H. (1986). *The study of American folklore*. Nueva York: W. W. Norton and Company.
- Bryson, B. (1990). *Mother tongue*. Londres: Penguin.
- Buckingham Jr, H. W. (1980). On correlating aphasic errors with slips-of-the-tongue. *Applied Psycholinguistics* 1: 199-220.
- Burke, D., et al. (1988). I'll never forget what's-her-name: aging and tip of the tongue experiences in everyday life, en Gruneberg et al.: 113-118.
- Burnam, T. (1975). *The dictionary of misinformation*. Nueva York: HarperCollins.
- Bussmann, H. (1996). *Routledge dictionary of language and linguistics*. Londres: Routledge. [1983¹, alemán]
- Bustos Tovar, E. de (1966). Algunas observaciones sobre la palabra compuesta. I) La palabra compuesta como signo lingüístico. *Revista de Filología Española* 49: 255-274.
- Bustos Tovar, E. de (1967) Anotaciones sobre el campo asociativo de la palabra, en *Revista de Filología Española* (s.ed.): 149-170.
- Butterworth, B. (ed.) (1980). *Language Production*, vol 1. Nueva York: Academic Press.
- Butterworth, B. (1982). Speech errors: old data in search of new theories. *Linguistics* 19: 627-662.
- Butterworth, B. (1983a). Lexical representation, en Butterworth (1983b): 257-294.
- Butterworth, B. (ed.) (1983b). *Language production*, vol 2. Londres: Academic Press.
- Buysens, E. (1965). *Linguistique historique*. París: Presses Universitaires de France.

- Buxbaum, C. (1927). Mark Twain and American dialect. *American Speech* 2, 5: 233-236.
- Bybee, J. L. (1988). Morphology as lexical organization, en Hammond y Noonan: 119-141.
- Bynon, T. (1977). *Historical linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bynon, T. (1994). Analogy, en Asher y Simpson: 110-111.
- Cannon, G. (1986). Blends in English word formation. *Linguistics* 24: 725-753.
- Cannon, G. (1992). Malay(sian) borrowings in English. *American Speech* 67, 2: 134-162.
- Caramazza, A., et al. (1987). The role of the graphemic buffer in spelling: evidence from a case of acquired dysgraphia. *Cognition* 26: 59-85.
- Caramazza, A., y G. Miceli (1990). The structure of graphemic representations. *Cognition* 37, 3: 243-297.
- Cardona, G. R. (1988). *Dizionario di linguistica*. Roma: Armando.
- Carnicer, R. (1969). *Sobre el lenguaje de hoy*. Madrid: Prensa Española.
- Carnicer, R. (1972). Etimología popular, en Polo: 65-67.
- Carnoy, A. (1927). *La science du mot. Traité de sémantique*. Lovaina: Éditions Universitas.
- Carreiras, M. (1997). *Descubriendo y procesando el lenguaje*. Madrid: Trotta.
- Carreiras, M., et al. (2005). Neural processing of a whistled language. *Nature* 433: 31-32.
- Carston, R. (1988). Language and Cognition, en Newmeyer: 38-68.
- Casares, J. (1969). *Introducción a la lexicografía moderna*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Cassidy, F. G. (1940). From Wisconsin sources. *American Speech* 15, 3: 326-327.
- Cassidy, F. G. (1966). "Hipsaw" and "John Canoe". *American Speech* 41, 1: 44-51.
- Cassidy, F. G. (1967). Some new light on old jamaicanisms. *American Speech* 42, 3: 190-221.
- Cassidy, F. G. (1978). Another look at "buckaroo". *American Speech* 53, 1: 49-51.
- Cassidy, F. G. (1979). "Buckaroo" once more. *American Speech* 54, 2: 151-153.
- Celce-Murcia, M. (1980). On Meringer's corpus of "slips of the ear", en Fromkin, 1980b: 199-212.
- Cerdá Masó, L., et al. (1986). *Diccionario de lingüística*. Madrid: Anaya.

- Chamberlain, A. F. (1891). Folk-etymology in Canadian French. *Modern Language Notes* 6: 202-205.
- Chambon, J.-P., y G. Lüdi (eds.) (1991). *Discours étymologiques. Actes du Colloque International Organisé à l'Occasion du Centenaire de la Naissance de Walther von Wartburg*. Tubinga: Max Niemeyer.
- Chamber's Journal* (s.a.) (1892). Some common mistakes about words. *Chamber's Journal of Popular Literature, Science and Arts* 5: 151-154.
- Chantraine, P. (1970). Étymologie historique et étymologie statique. *Bulletin de la Classe des Lettres et des Sciences Morales et Politiques de la Académie Royale de Belgique* 16: 80-95.
- Chapman, R. L. (1966). Planter's warts: a folk etymology. *American Speech* 41, 3: 238.
- Chevallet, A. de (1858²). *Origine et formation de la langue française*. Vol. 2 (s.l.; s.e.). [1850¹]
- Church, K. W. (1987). *Phonological parsing in speech recognition*. Boston: Kluwer Academic Publishers.
- Cienkowski, W. (1969). The initial stimuli in the processes of etymological reinterpretation (so called folk etymology). *Scando-Slavica* 15: 237-245.
- Clark, E. V. (1982). The young word-maker: a case study in innovation in the child's lexicon, en Wanner y Gleitman: 390-425.
- Clark, E. V. (1993). *The lexicon in acquisition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Clifton, E. S. (1945). For the DAE Supplement: the vocabulary of "Sam Slick in Texas". *American Speech* 20, 2: 111-113.
- Coates, R. (1987). Pragmatic sources of analogical reformation. *Journal of Linguistics* 23: 319-340.
- Coates, R. (1994). Folk etymology, en Asher y Simpson: 1267-1270.
- Cohen, A. (1980). Correcting of speech errors in a shadowing task, en Fromkin, 1980b: 157-163.
- Cohen, D. (ed.) (1970). *Mélanges Marcel Cohen. Études de linguistique, ethnographie et sciences offertes par ses amis et ses élèves à l'occasion de son 80ème anniversaire*. La Haya: Mouton
- Cohen, G., y D. M. Burke (1993). *Memory for proper names*. Hove, East Sussex: Lawrence Erlbaum Associates.

- Coleman, J., y C. J. Kay (eds.) (2000). *Lexicology, semantics and lexicography. Selected papers from the Fourth G. L. Brook Symposium. Manchester, August 1998.* Amsterdam: John Benjamins
- Coll, J. L. (1975). *El diccionario de Coll.* Barcelona: Planeta.
- Collinge, N. E. (1986). The new historicism and its battles. *Folia Linguistica Historica.* 7, 1: 3-19.
- Coltheart, M. (1987). Deep dyslexia: a review of the syndrome, en Coltheart et al.: 22-47.
- Coltheart, M., et al. (1983). Surface dyslexia. *Quarterly Journal of Experimental Psychology* 35: 469-495.
- Coltheart, M., et al. (eds.) (1987²). *Deep dyslexia.* Londres: Routledge & Kegan Paul. [1980¹]
- Cornell, T. L., et al. (1991). A formal model of linguistic processing: evidence from aphasia, en Halpern: 171-188.
- Coseriu, E. (1962). *Teoría del lenguaje y lingüística general.* Madrid: Gredos.
- Coseriu, E. (1978³). *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico.* Madrid: Gredos. [1958¹]
- Coseriu, E., y W.-D. Stempel (eds.) (1971). *Sprache und Geschichte. Festschrift für Harri Meier zum 65. Geburtstag.* Munich: Wilhelm Fink Verlag.
- Coulmas, F. (ed.) (1997). *The handbook of sociolinguistics.* Oxford: Blackwell.
- Cruse, D. A. (1986). *Lexical semantics.* Cambridge: Cambridge University Press.
- Cruz Cabanillas, I. de la (1996). Origins of English homophones. *Cahiers de Lexicologie* 68: 129-136.
- Cruz Cabanillas, I. de la (1999). *La homofonía en inglés británico contemporáneo: estudio histórico.* Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la UAH.
- Crystal, D. (1992). *An encyclopedic dictionary of language and languages.* Londres: Penguin.
- Crystal, D. (1995). *The Cambridge encyclopedia of the English language.* Cambridge: Cambridge University Press.
- Cuetos, F., y A. W. Ellis (1999). Visual paralexias in a Spanish-speaking patient with acquired dyslexia: a consequence of visual and semantic impairments? *Cortex* 35: 661-674.
- Curtiss, S. (1982). Developmental dissociations of language and cognition, en Obler y Menn: 285-312.

- Cutler, A. (1981). Degrees of transparency in word formation. *Canadian Journal of Linguistics* 26: 73-77.
- Cutler, A. (1982a). The reliability of speech error data. *Linguistics* 19: 561-582.
- Cutler, A. (ed.) (1982b). *Slips of the tongue and language production*. Amsterdam: Mouton.
- Cutler, A. (1985). Cross-language psycholinguistics. *Linguistics* 23: 659-667.
- Cutler, A. (1988). The perfect speech error, en Hyman y Li: 209-223.
- Cutler, A. (1992). Auditory lexical access: where do we start?, en Marslen-Wilson, 1992b: 342-356.
- Cutler, A., y D. A. Fay (1982). One mental lexicon, phonologically arranged: comments on Hurford's comments. *Linguistic Inquiry* 13,1: 107-113.
- Cutler, A., y S. Butterfield (1992). Rhythmic cues to speech segmentation: evidence from juncture misperception. *Journal of Memory and Language* 31: 218-236.
- Daalen-Kapteijns, M. M. van, y M. Elshout-Mohr (1981). The acquisition of word meanings as a cognitive learning process. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 20: 386-399.
- Damasio, A. R., y H. Damasio (1988). Advances in the neuroanatomical correlates of aphasia and the understanding of neural substrates of language, en Hyman y Li: 103-117.
- Darmesteter, A. (1877, reimpresión 1972). *De la creation actuelle des mots nouveaux dans la langue française et des lois qui la régissent*. Ginebra: Slatkine Reprints.
- Darwin, M. B. (1973). Transmogrified idioms. *American Speech* 48, 3-4: 303.
- Dauzat, A. (1908). *La langue française d'aujourd'hui. -Évolution. Problèmes actuels*. París: Armand Colin.
- Dauzat, A. (1912). *La philosophie du langage*. París: Flammarion.
- Dauzat, A. (1922). *La géographie linguistique*. París: Flammarion.
- Dauzat, A. (1926). *La langue française. Sa vie, son évolution*. París: Stock.
- Dauzat, A. (1927). *Les patois, évolution, classification, étude*. París: Delagrave.
- Dauzat, A. (1930). *Histoire de la langue française*. París: Payot.
- Dauzat, A. (1932). *Les noms de lieux*. París: Delagrave.
- Dauzat, A. (1937). L'attraction paronymique dans le française (sic) populaire contemporain. *Archivum Romanicum (Nuova Rivista di Filologia Romanza)* 21, 2-3: 201-209.

- Dauzat, A. (1939). *Tableau de la langue française. Origines. Évolution. Structure actuelle*. Paris: Payot.
- Dauzat, A. (1943). *Le génie de la langue française*. Paris: Payot.
- Dauzat, A. (1947). *Voyage a travers les mots*. Paris: Bourrellier.
- Dauzat, A. (1948). L'attraction paronymique en français. *Journal de Psychologie Normale et Pathologique* 41, 4: 473-478.
- Davis, G. W., y G. K. Ivesson (eds.) (1992). *Explanation in historical linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.
- Deary, T. (1996). *Wicked words*. Londres: Scholastic Children's Books.
- Dell, G. S., y P. A. Reich (1980). Toward a unified model of slips of the tongue, en Fromkin, 1980b: 273-286.
- Dell, G. S., y P. A. Reich (1981). Stages in sentence production: an analysis of speech error data. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 20: 611-629.
- Denison, N. (1997). Language change in progress: variation as it happens, en Coulmas: 65-80.
- Deroy, L. (1956). *L'emprunt linguistique*. Paris: Société d'Édition "Les Belles Lettres".
- Deroy, L. (1959). Jeux de mots, causes de légendes. *Annali. Sezione Linguistica*. 1: 23-34.
- Deutschmann, O. (1971). *Lateinische und Romanische Versuch eines Überblicks*. Munich: Max Hueber Verlag.
- Díez Jiménez, J. (1990¹⁸). *Antología del disparate*. Madrid: Herder. [1965¹]
- Díez Jiménez, J. (1990⁹). *Segunda antología del disparate*. Madrid: Herder. [1977¹]
- Dobbins, I. G., et al. (1998). Distinctiveness in recognition and free recall: the role of recollection in the rejection of the familiar. *Journal of Memory and Language* 38: 381-400.
- Donselaar, W. van (1996). Mispronunciation detection. *Language and Cognitive Processes* 11: 621-628.
- Dorion, H. (ed.) (1972). *Les noms de lieux et le contact des langues*. Quebec: Les Presses de L'Université Laval.
- Dressler, W. U. (1994). Disorders of language: morphological implications, en Asher y Simpson: 1013-1015.
- Dressler, W. U., y W. Meid (eds.) (1978). *Proceedings of the Twelfth International Congress of Linguists. Vienna, Aug. 28-Sept. 2, 1997*. Innsbruck: Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft.

- Dubois, J. W., et al. (1973). *Dictionnaire de linguistique*. París: Larousse.
- Dubois, J. W., et al. (1979). *Diccionario de lingüística*. Madrid: Alianza.
- Ducháček, O. (1964). L'attraction lexicale. *Philologica Pragensia* 7: 65-76.
- Ducrot, O., y T. Todorov (1972). *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*. París: Éditions du Seuil.
- Dunlap, A. R. (1944). An early American place-name puzzle: Hoere(n)-kil. *American Speech* 19, 2: 112-114.
- Dunlap, A. R. (1945). Tazure. *American Speech* 20, 4: 276.
- E. A. S. (1967). "Unkept" demonstrators. *American Speech* 42, 4: 309-310.
- E. A. S. (1973). "Unkept" for "unkempt" again. *American Speech* 48, 3-4: 297-298.
- Eble, C. C. (1986). Slang: etymology, folk-etymology and multiple etymology. *The SECOL Review* 10, 3: 8-6.
- Echols, C. E. (1993). A perceptually-based model of children's earliest productions. *Cognition* 46: 245-296.
- Edwards, E. (1881). *Words, facts and phrases. A dictionary of curious, quaint and out-of-the-way matters*. Philadelphia: J. B. Lippincot and Co.
- Edwards, G. (1995). *'Scuse me while I kiss this guy and other misheard lyrics*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Edwards, G. (1996). *He's got the whole world in his pants and more misheard lyrics*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Edwards, G. (1997). *When a man loves a walnut and even more misheard lyrics*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Edwards, G. (1998). *Deck the halls with Buddy Holly and other misheard Christmas lyrics*. Nueva York: HarperCollins.
- Eikmeyer, H-J., et al. (1999). A connectionist view of language production, en Klabunde y Stutterheim: 205-236.
- Eirionnach, (s. n.) (1852). Corruptions and abbreviations of words. *Notes and Queries* 1st series, 6, 1: 228.
- Eisiminger, S. (1978). Acronyms and folk etymology. *Journal of American Folklore* 9: 582-584.
- Elgin, S. H. (2000). *The language imperative*. Cambridge, Massachusetts: Perseus Publishing.
- Ellis, A. W. (1980). On the freudian theory of speech errors, en Fromkin, 1980b: 123-131.

- Ellis, A. W. (1985a). The production of spoken words: a cognitive neuropsychological perspective, en Ellis, 1985b: 107-145.
- Ellis, A. W. (ed.) (1985b). *Progress in the psychology of language*. Vol. 2. Londres: Lawrence Erlbaum Associates.
- Ellis, A. W. (1993²). *Reading, writing and dyslexia. A cognitive analysis*. Hove, East Sussex: Lawrence Erlbaum Associates. [1984¹]
- Emmorey, K. D., y V. A. Fromkin (1988). The mental lexicon, en Newmeyer: 124-149.
- Entwistle, W. J. (1953). *Aspects of language*. Londres: Faber & Faber.
- Erickson, T. D., y M. E. Mattson (1981). From words to meaning: a semantic illusion. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 20: 541-551.
- Esper, E. A. (1918). A contribution to the experimental study of analogy. *Psychological Review* 25: 468-487.
- Esper, E. A. (1925). *A technique for the experimental investigation of associative interference in artificial linguistic material*. (=Language Monographs 1) Philadelphia: Linguistic Society of America.
- Espinosa, J., y E. Casanova (eds.) (1988). *Homenatge a a José Belloch Zimmermann*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Estapá, R. (1979). Una propuesta: el malapropismo. *Anuario de Filología* 5: 257-266.
- Fabbro, F. (1999). *Concise encyclopedia of language pathology*. Amsterdam: Elsevier.
- Farb, P. (1973). *Word play. What happens when people talk*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Fay, D., y A. Cutler (1977). Malapropisms and the structure of the mental lexicon. *Linguistic Inquiry* 8, 3: 505-520.
- Ferber, R. (1991). Slip of the tongue or slip of the ear? On the perception and transcription of naturalistic slips of the tongue. *Journal of Psycholinguistic Research* 20, 2: 105-122.
- Fernández, F. (1982). *Historia de la lengua inglesa*. Madrid: Gredos.
- Fidelholtz, J. L. (1978). English stress as folk etymology, en Dressler y Meid: 432-435.
- Fischer, R. (1998). *Lexical change in present-day English. A corpus-based study of the motivation, institutionalization, and productivity of creative neologisms*. Tübinga: Gubter Narr Verlag.
- Fisiak, J. (ed.) (1978). *Historical morphology*. La Haya: Mouton.
- Flavell, L., y R. Flavell (1995). *Dictionary of word origins*. Londres: Kyle Cathie Ltd.
- Flores d'Arcais, G. B. (1988). Language perception, en Newmeyer: 97-123.

- Flores d'Arcais, G. B., y R. J. Jarvella (eds.) (1983). *The process of language understanding*. Nueva York: Wiley.
- Förstemann, E. (1852). Ueber deutsche volksetymologie. *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung auf dem Gebiete des Deutschen, Griechischen und Lateneischen* 1: 1-25.
- Förstemann, E. (1877). Ueber deutsche volksetymologie. *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung auf dem Gebiete der indogermanischen Sprachen* 13: 375-384.
- Forster, K. I. (1981). Frequency blocking and lexical access: one mental lexicon or two? *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 20: 190-203.
- Fowler, W. C. (1881). *English grammar*. Nueva York: Harper & Brothers.
- Fowler, H. W., y F. G. Fowler (1931³). *The King's English*. Oxford: Oxford University Press. [1906¹]
- Fowler, C. A. (1982). Reseña de V. A. Fromkin (ed.), *Errors in linguistic performance: slips of the tongue, ear, pen and hand*. *Linguistics* 19: 819-840.
- Fox, M. (1984). Linguistic reanalysis and oral transmission. *Poetics* 13: 217-238.
- Francis, W. N. (1983). *Dialectology. An introduction*. Londres: Longman.
- Frauenfelder, U. H. (1985). Cross-linguistic approaches to lexical segmentation. *Linguistics* 23: 669-687.
- Frauenfelder, U. H., y A. Lahiri (1989). Understanding words and word recognition: does phonology help?, en Marslen-Wilson, 1989b: 319-341.
- Frei, H. (1929). *La grammaire des fautes*. París: Geuthner.
- Freud, S. (1966). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Madrid: Alianza Editorial. [1901¹]
- Friend, J. N. (1957). *Words. Tricks and traditions*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.
- Frith, U. (1980). *Cognitive processes in spelling*. Londres: Academic Press.
- Fromkin, V. A. (1973a). Introduction, en Fromkin, 1973c: 11-45.
- Fromkin, V. A. (1973b). The non-anomalous nature of anomalous utterances, en Fromkin, 1973c: 215-242.
- Fromkin, V. A. (ed.) (1973c). *Speech errors as linguistic evidence*. La Haya: Mouton.
- Fromkin, V. A. (1980a). Introduction, en Fromkin, 1980b: 1-12.
- Fromkin, V. A. (ed.) (1980b). *Errors in linguistic performance: slips of the tongue, ear, pen and hand*. Nueva York: Academic Press.

- Fromkin, V. A., y R. Rodman (1993⁵). *An introduction to language*. Fort Worth, Texas: Harcourt Brace Jovanovich College Publishers. [1974¹]
- Funnell, E. (1983). Phonological processes in reading: new evidence from acquired dyslexia. *British Journal of Psychology* 74: 159-180.
- Funnell, E., y M. Davidson (1989). Lexical capture: a developmental disorder of reading and spelling. *Quarterly Journal of Experimental Psychology* 41A: 471-487.
- Gaffney, W. (1927). Folk-etymological singulars. *American Speech* 3, 2: 130.
- Gaidoz, H. y E. Rolland (1888-1912). *Mélusine. Recueil de mythologie, littérature populaire, traditions et usages*. París: Viaut.
- Galmés de Fuentes, A. (1983). Toponimia balear y asociación etimológica. *Archivum* 33: 409-420.
- Galmés de Fuentes, A. (1986). Toponimia asturiana y asociación etimológica. *Lletres Asturianas* 19: 31-39.
- Galmés de Fuentes, A. (1990). *Toponimia de Alicante (la oronimia)*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Galmés de Fuentes, A. (1996). *Toponimia: mito e historia. Discurso leído el día 15 de diciembre de 1996 en su recepción pública, por el Excmo. Sr D. Álvaro Galmés de Fuentes y contestación por el Excmo. Sr. D. Rafael Lapesa Melgar*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Galmés de Fuentes, A. (2000). *Los topónimos: sus blasones y trofeos (la toponimia mítica)*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Gamillscheg, E., y L. Spitzer (1915). *Die Bezeichnungen der "Klette" im Galloromanischen*. Halle a. S.: Niemeyer.
- Ganong III, W. F. (1980). Phonetic categorization in auditory word perception. *Journal of Experimental Psychology: Human Perception and Performance* 6, 1: 110-125.
- García de Diego, V. (1914). *Elementos de gramática histórica castellana*. Burgos (s. e.)
- García de Diego, V. (1926). *Problemas etimológicos. Discurso leído ante la Real Academia Española en el acto de su recepción*. Ávila (s. e.).
- García de Diego, V. (1951). *Lecciones de lingüística española*. Madrid: Gredos.
- García Martínez, J. (1994). Etimología e interpretación popular y cultista en los pueblos de León, en Álvarez y Perdiguero: 195-205.
- García Yebra, V. (1986). Etimologías populares. *ABC* 22 de noviembre: 46.
- Garnes, S. (1978). Folk etymologies as lexicalized slips of the ear, en Dressler y Meid: 438-440.

- Garnes, S., y Z. S. Bond (1975). Slips of the ear: errors in perception of casual speech. *Chicago Linguistic Society* 11: 214-225.
- Garnes, S., y Z. S. Bond (1980). A slip of the ear: A snip of the ear? A slip of the year?, en Fromkin, 1980b: 231-239.
- Garnham, A., et al. (1982). Slips of the tongue in the London-Lund corpus of spontaneous conversation. *Linguistics* 19: 805-817.
- Garrett, M. F. (1975). The analysis of sentence production. *The Psychology of Learning and Motivation* 9: 133-177.
- Garrett, M. F. (1980). Levels of processing in sentence production, en Butterworth: 177-220.
- Garrett, M. F. (1988). Processes in language production, en Newmeyer: 69-96.
- Garrett, M. F. (1992). Disorders of lexical selection. *Cognition* 42: 143-180.
- Gathercole, S. E., y A. D. Baddeley (1989). Evaluation of the role of phonological short-term memory in the development of vocabulary in children: a longitudinal study. *Journal of Memory and Language* 28: 200-213.
- Gerrig, R. (1986). Process and products of lexical access. *Language and Cognitive Processes* 1, 3: 187-195.
- Giacalone Ramat, A., et al. (eds.) (1987). *Papers from the Seventh International Conference on Historical Linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.
- Gibson, M. J. (1937). America's first lexicographer Samuel Johnson Jr., 1757-1836. Part II. Pronunciation. *American Speech* 12: 19-30.
- Gil Jiménez, G. (1988). *Aspectos generales de la motivación lingüística* (s.l.; s.e.).
- Gili Gaya, S. (1919). Casos de etimología popular en nombres de plantas. *Revista de Filología Española* 6: 181-184.
- Gilliéron, J. (1918). *Généalogie des mots qui désignent l'abeille d'après l'atlas linguistique de la France*. Paris: Librairie Ancienne Honoré Champion.
- Gilliéron, J. (1919). *La faillite de l'étymologie phonétique*. Neuveville: Beerstecher
- Gilliéron, J. (1922). *Les étymologies des étymologistes et celles du peuple*. Paris: Champion.
- Glare, P. G. W. (1982). *Oxford Latin dictionary*. Oxford: Clarendon Press.
- Gleitman, L. R., et al. (1988). Where learning begins: initial representations for language learning, en Newmeyer: 150-193.
- Goldinger, S. D. (1996). Auditory lexical decision. *Language and Cognitive Processes* 11: 559-567.

- Goldinger, S. D., et al. (1997). Open wide and say "Blah!". Attentional dynamics of delayed naming. *Journal of Memory and Language* 37: 190-216.
- Gomme, G. L. (ed.) (1884). *The Gentleman's Magazine Library: being a classified collection of the Gentleman's Magazine from 1731 to 1868. Dialect, proverbs and word lore*. Londres: Elliot Stock.
- Goodglass, H., y E. Baker (1976). Semantic field naming and auditory comprehension in aphasia. *Brain and Language* 3: 359-374.
- Goodglass, H., et al. (1976). The "tip-of-the-tongue" phenomenon in aphasia. *Cortex* 12: 145-153.
- Goodglass, H., y A. Wingfield (eds.) (1997). *Anomia: neuroanatomical and cognitive correlates*. Nueva York: Academic Press.
- Goodglass, H., et al. (1997). Differential activation times for semantics and phonology in picture naming. *Brain and Language* 60, 1: 7-9.
- Gordon, B. (1983). Lexical access and lexical decision: mechanisms of frequency sensitivity. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 22: 24-44.
- Görlach, M. (1974). *Einführung in die englische Sprachgeschichte*. Heidelberg: Quelle & Meyer.
- Görlach, M. (1998). Reseña de H. Olschansky, *Volksetymologie*. *International Journal of Lexicography* 11, 2: 159-160.
- Gorog, R. de (1981). The application of onomasiology to synonymy, word formation and etymology. *Word* 32: 99-108.
- Gorrell, R. (1994). *Watch your language. Mother tongue and her wayward children*. Reno, Nevada: University of Nevada Press.
- Gougenheim, G. (1948). La fausse étymologie savante. *Romance Philology* 1, 4: 277-286.
- Gougenheim, G. (1961). Quelques faites d'étymologie seconde. *Bulletin des Jeunes Romanistes* 4: 3-7.
- Gowers, E. (1951). *ABC of plain words*. Londres: His Majesty's Stationery Office.
- Gramley, S., y K.-M. Pätzold (1992). *A survey of modern English*. Londres: Routledge.
- Grammont, M. (1939). *Traité de phonétique*. Paris: Delagrave.
- Grandee, L. (1961). Some Lexington Country place names. *Names in South Carolina* 8: 15-21.
- Graur, A. (1970). Formations erronées, en Cohen: 78-81.
- Gray, L. H. (1939). *Foundations of language*. Nueva York: The Macmillan Company.

- Greenough, J. B., y G. L. Kittredge (1901). *Words and their ways in English speech*. Nueva York: Macmillan and Co. Ltd.
- Gregg, V. H. (1986). *Introduction to human memory*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Groom, B. (1934). *A short history of English words*. Londres: Macmillan and Co.
- Grosjean, F., y U. H. Frauenfelder (1996). A guide to spoken word recognition paradigms: introduction. *Language and Cognitive Processes* 11: 553-558.
- Gruneberg, M. M., et al. (eds.) (1988). *Practical aspects of memory: current research and issues*, vol. 1. Nueva York: Wiley.
- Guiraud, P. (1956). Les champs morpho-sémantiques (critères externes et critères internes en étymologie). *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris* 52: 265-288.
- Guiraud, P. (1970). Mélanges d'étymologies argotiques et populaires. *Cahiers de Lexicologie* 17, 2: 3-14.
- Gundersen, H. (1995). *Linjedansere og pantomine på sirkhus: folkeetymologi som morfologisk omtolkning*. Oslo: Novus.
- Gupta, P., y B. MacWhinney (1997). Vocabulary acquisition and verbal short-term memory: computational and neural bases. *Brain and Language* 59: 267-333.
- Haas, M. R. (1941). A popular etymology in Muskogee. *Language* 17: 340-341.
- Haber, T. B. (1963). Canine terms in popular names of plants. *American Speech* 38, 1: 28-41.
- Hagège, C. (1985). *L'homme de paroles. Contribution linguistique aux sciences humaines*. Paris: Fayard.
- Hagège, C. (1990). *The dialogic species. A linguistic contribution to the social sciences*. Nueva York: Columbia University Press. [1985, francés]
- Hall, J. H., et al. (eds.) (1992). *Old English and new: studies in language and linguistics in honor of Frederic G. Cassidy*. Nueva York: Garland Publishing.
- Hall, J. S. (1942). *The phonetics of Great Smoky Mountain speech*. American Speech Reprints and Monographs no. 4. Nueva York: King's Crown Press.
- Hall, R. A. (1947). Anglo-Romance etymologies. *American Speech* 22, 2: 99-103.
- Halpern, A. L. (ed.) (1991). *The Proceedings of the Ninth West Coast Conference on Formal Linguistics*. Stanford, California: Center for the Study of Language and Information.

- Hammond, M., y M. Noonan (eds.) (1988). *Theoretical morphology. Approaches in modern linguistics*. Nueva York: Academic Press.
- Hamp, E. P. (1992). Etymology, en Bright: vol. 1, 424-429.
- Hanley, M. L. (1933). Charivaria II. "Serenade" in New England. *American Speech* 8, 2: 24-26.
- Hanley, J. R., et al. (1991). Developmental surface dyslexia and dysgraphia: an orthographic processing impairment. *Quarterly Journal of Experimental Psychology* 43A: 285-310.
- Harder, K. B. (1955). Cherry pie. *American Speech* 30, 4: 310-311.
- Harder, K. B. (1956). The pronunciation of "soy". *American Speech* 31, 1: 77-79.
- Harlee, J. (1955). Florence Country place names. *Names in South Carolina* 2: 9
- Harley, T. A. (1984). A critique of top-down independent levels models of speech production: evidence from non-plan-internal speech errors. *Cognitive Science* 8: 191-219.
- Harley, T. A. (1990). Environmental contamination of normal speech. *Applied Psycholinguistics* 11: 45-72.
- Harley, T. A., y S. B. G. MacAndrew (1995). Interactive models of lexicalization: some constraints from speech error, picture naming and neurophysiological data, en Levy et al.: 311-331.
- Harris, J. E., y P. E. Morris (eds.) (1984). *Everyday memory, actions and absent-mindedness*. Londres: Academic Press.
- Harris, R. S. (1933). New England words for the earthworm. *American Speech* 8, 4: 12-17.
- Harrison, T. P. (1930). Some folk words. *American Speech* 5, 3: 219-223.
- Hartmann, R. R. K., y F. C. Stork (1972). *Dictionary of language and linguistics*. Nueva York: John Wiley & Sons.
- Hasse, A. (1904). *Studien über englische Volksetymologie*. Dissertation. Strassburg i E.
- Hatfield, F. M., y K. E. Patterson (1983). Phonological spelling. *Quarterly Journal of Experimental Psychology* 35: 451-468.
- Haugen, E. (1950). The analysis of linguistic borrowing. *Language* 26, 2: 210-231.
- Havet, L. (1911). *Manuel de critique verbale appliquée aux textes latins*. París: Hachette.
- Hayes, B. (1999). The web of words. *American Scientist* 87, 2: 108-112.
- Heller, L., et al. (1984). *The private lives of English words*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

- Hendrickson, R. (1987). *The encyclopedia of word and phrase origins*. Londres: Macmillan.
- Hench, A. L. (1944). The animal that gives mo-hair. *American Speech* 19, 2: 155.
- Hench, A. L. (1966). Folk substitution: “unkempt” yields to “unkept”. *American Speech* 41: 76.
- Hench, A. L. (1973). *Take it for granted or granite*. *American Speech* 48, 3-4: 303.
- Herbert, R. K. (1980). The role of perception in restructuring and relexicalization: two case histories, en Tranggott et al.: 211-220.
- Herrero Ruiz de Loizaga, F. J. (2000). La etimología popular: problemas y límites, en Martínez Hernández et al.: 511-528.
- Hewes, G. W. (1946). American Japanese place names. *American Speech* 21, 2: 100-105.
- Hoad, T. F. (ed.) (1986). *The concise Oxford dictionary of English etymology*. Oxford: Clarendon Press.
- Hock, H. H. (1991²). *Principles of historical linguistics*. Berlín: Mouton de Gruyter. [1986¹]
- Hock, H. H., y B. D. Joseph (1996). *Language history, language change and language relationship: an introduction to historical and comparative linguistics*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Hockett, C. F. (1950). Reactions to Indian place names. *American Speech* 25, 2: 118-121.
- Hoenigswald, H. M. (1966). A proposal for the study of folk linguistics, en Bright: 16-26.
- Holyoak, K.J., et al. (1976). Morphological structure and semantic retrieval. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 15: 235-247.
- Horgan, J. (1999). *The undiscovered mind. How the human brain defies replication, medication and explanation*. Nueva York: The Free Press.
- Hotopf, W. H. N. (1980). Slips of the pen, en Frith: 287-307.
- Hotopf, W. H. N. (1980b). Semantic similarity as a factor in whole-word slips of the tongue, en Fromkin, 1980b: 97-109.
- Hotopf, W. H. N. (1983). Lexical slips of the pen and tongue: what they tell us about language production, en Butterworth, 1983b: 147-199.
- Hotten, J. C. (1859). *A dictionary of modern slang, cant and vulgar language* (s.l.; s.e.).

- Householder, F. W. (1971). *Linguistic speculations*. Londres: Cambridge University Press.
- Houtzager, M. E. (1935). *Unconscious sound- and sense-assimilations*. Amsterdam: H. J. Paris.
- Hristea, T. (1967). Tipuri de etimologie populara. *Limba Română* 16: 237-251.
- Hristea, T. (1978). Romanian vocabulary and etymology, en Rosetti y Golopentia Eretescu: 203-254.
- Hurford, J. R. (1981). Malapropisms, left-to-right listing and lexicalism. *Linguistic Inquiry* 12, 3: 419-423.
- Hyman, L. M., y C. N. Li (eds.) (1988). *Language, speech and mind: studies in honour of Victoria A. Fromkin*. Nueva York: Cumm & Helm.
- Iordan, I. (1937) *An introduction to Romance linguistics. Its schools and scholars*. Oxford: Blackwell.
- Iordan, I. (1942). Étymologies populaires. *Bulletin Linguistique* 10: 35-47.
- Iordan, I. (1967, reelaboración parcial de Manuel Alvar). *Lingüística románica*. Madrid: Ediciones Alcalá.
- Isaacson, L. H. (1996). Reseña de H. Gundersen, *Linjedansere og Pantomine pa Sirkhus: folkeetymologi som morfologisk omtolking*. *Scandinavian Studies*, 68, 2: 271.
- James, W. (1890). *The principles of psychology*. Nueva York: Henry Holt and Company.
- Jankowsky, K. R. (1972). *The neogrammarians. A re-evaluation of their place in the development of linguistic science*. La Haya: Mouton.
- Janse, E. (2006). Lexical competition effects in aphasia: deactivation of lexical candidates in spoken word processing. *Brain and Language* 97, 1, 1-11.
- Jarvella, R. J., y G. Majers (1983). Recognizing morphemes in spoken words: some evidence for a stem-organized mental lexicon, en Flores d'Arcais y Jarvella: 81-112.
- Jeffers, R. J. (1977). Morphological reanalysis and analogy: two case histories from Latin and Greek. *Lingua* 41: 13-24.
- Jeffress, L. A. (1951). *Cerebral mechanisms in behavior. The Hixon symposium*. Nueva York: John Wiley & Sons.
- Jescheniak, J. D. (1999). Accessing words in speaking: models, simulations and data, en Klabunde y Stutterheim: 237-257.

- Jespersen, O. (1913). *A modern English grammar on historical principles*. Londres: George Allen & Unwin.
- Jespersen, O. (1922). *Language. Its nature, development and origin*. Londres: George Allen & Unwin.
- Jones, G. V. (1989). Back to Woodworth: role of interlopers in the tip-of-the-tongue phenomenon. *Memory and Cognition* 17, 1: 69-76.
- Johnson, E. (1993). The relationship between lexical variation and lexical change. *Language Variation and Change* 5: 285-303.
- Johnson, S. (1827²). *A dictionary of the English Language; in which the words are deduced from their originals; and illustrated in their different significations, by examples from the best writers: together with a history of the language, and an English grammar*. Londres: Longman, Rees, Orme, Brown & Green. [1755¹]
- Johnston, R. S. (1983). Developmental deep dyslexia. *Cortex* 19: 133-139.
- Joseph, B. D. (1987). On the use of iconical elements in etymological investigation. Some case studies from Greek. *Diachronica* 4, 1: 1-26.
- Joseph, B. D. (1992). Diachronic explanation: putting speakers back into the picture, en Davis y Ivesson: 123-144.
- Kany, C. E. (1960). *American-Spanish semantics*. Berkeley: University of California Press.
- Katamba, F. (1994). *English words*. Londres: Routledge.
- Kazazis, K. (1980). Folk etymology with and without adaptation: some Turkish loanwords in Greek. *Folia Slavica* 4, 2-3: 309-316.
- Keeley, M. P. (1930). A. E. F. English. *American Speech* 5, 5: 372-386.
- Keller, R. (1994). *On language change. The invisible hand in language*. Londres: Routledge. [1990¹, alemán]
- Kellermann, G., y M. D. Morrissey (eds.) (1992). *Diachrony within synchrony*. Frankfurt: Peter Lang.
- Kenny, H. (1984). *The placenames of Maryland, their origin and meaning*. Baltimore, Maryland: Museum and Library of Maryland History. Maryland Historical Society.
- Kerswill, P. (1996). Children, adolescents and language change. *Language Variation and Change* 8: 177-202.
- Kess, J. F. (1976). Terms for Slovenes. *American Speech* 51, 3-4: 295-296.

- Kirwin, W. (1971). A collection of popular etymologies in Newfoundland vocabulary. *Regional Language Studies Newfoundland* 3: 16-18.
- Kirwin, W. (1985). Folk etymology: remarks on linguistic problem solving and who does it. *Lore and Language* 4, 2: 18-24.
- Kisseberth, C. (1970). On the functional unity of phonological rules. *Linguistic Inquiry* 1: 291-306.
- Klabunde, R., y C. von Stutterheim (eds.) (1999). *Representations and processes in language production*. Wiesbaden: Deutscher Universitäts Verlag.
- Klatt, D. H. (1968). Structure of confusions in short-term memory between English consonants. *Journal of the Acoustical Society of America* 44: 401-407.
- Klatt, D. H. (1989). Review of selected models of speech perception, en Marslen-Wilson, 1989b: 169-226.
- Knobloch, J. (1968). Das schöpferische Mißverständnis. *Lingua* 21: 237-249.
- Knowlton, E. C. (1970). Chinese, Japanese and Korean loanwords in *Webster's Third American Speech* 45: 8-29.
- Kolin, P. C. (1977). Paronomastic announcements; or, how to have a little pun with your ads. *American Speech* 52: 29-38.
- Koopman, W., et al. (eds.) (1987). *Explanation and linguistic change*. Amsterdam: John Benjamins.
- Kovacci, O. (1966). *Tendencias actuales de la gramática*. Buenos Aires: Columba.
- Kraemer, E. V. (1949). Les maladies designées par le nom d'un saint. *Societas Scientiarum Fennica. Commentationes Humanarum Litterarum* 15, 2: 88-100.
- Kroesch, S. (1926). Analogy as a factor in semantic change. *Language* 2: 35-45.
- Kroll, N. E. A., et al. (1996). Cohesion failure as a source of memory illusions. *Journal of Memory and Language* 35: 176-196.
- Kueth, J. L. (1935). "Johnnycake". *American Speech* 10, 3: 202.
- Kuiper, K., y W. S. Allan (1996). *An introduction to English language*. Londres: Macmillan.
- Laborde, P. F., y H. Babcock (1954). The pin cushion. *Names in South Carolina* 1, 2: 1.
- Labov, W. (1982). Building on empirical foundations, en Lehmann y Malkiel: 17-92.
- Lackner, J. R. (1980). Speech production: correction of semantic and grammatical errors during speech shadowing, en Fromkin, 1980b: 149-163.
- Ladera Fernández, V., y M. V. Perea Bartolomé (1993). *Estudio y valoración neuropsicológica de la denominación*. Salamanca: Amarú Ediciones.

- Ladrón de Cegama, E. (1988). A vueltas con la etimología popular, en Espinosa y Casanova: 217-224.
- Lamberts, J. J. (1956). Spelling by folk-etymology. *College English* 17, 8: 488-489.
- Lambon Ralph, M. A., y A. W. Ellis (1997). Patterns of paralexia revisited: report of a case of visual dyslexia. *Cognitive Neuropsychology* 14: 953-974.
- Larkin, R., y D. Foss (1984). Lexicon of folk-etymology, en Sayres et al.: 360-377.
- Larsen Pehrzon, M. (1993). Between text and grammar: the principle of iconicity. *Estudios Ingleses de la Universidad Complutense* 1: 111-126.
- Lashley, K. S. (1951). The problem of serial order in behavior, en Jeffress: 112-136.
- Lass, R. (1987). Language, speakers, history and drift, en Koopman et al: 151-176.
- Latham, R. G. (1841). *The English language*. Londres: Taylor and Walton.
- Laver, J. (1980). Monitoring systems in the neurolinguistic control of speech production, en Fromkin, 1980b: 287-305.
- Lázaro Carreter, F. (1962). *Diccionario de términos filológicos*. Madrid: Gredos.
- Leach, M. (ed.) (1949). *Funk and Wagnalls standard dictionary of folklore, mythology and legend*. Nueva York: Funk and Wagnalls.
- Lederer, R. (1987). *Anguished English. An anthology of accidental assaults upon our language*. Londres: Robson Books.
- Lederer, R. (1993). *More anguished English. An exposé of embarrassing, excruciating and egregious errors in English*. Nueva York: Dell Publishing.
- Legman, G. (1984/5). Folk etymology: la belle et la bête. *Maledicta. The International Journal of Verbal Aggression* 8: 78-80.
- Lehmann, W. P. (1962). *Historical Linguistics: an introduction*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- Lehmann, W. P., y Y. Malkiel (eds.) (1982). *Perspectives on historical linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.
- Lehrer, A. (1996). Identifying and interpreting blends: an experimental approach. *Cognitive Linguistics* 7, 4: 359-390.
- Leopold, W. F. (1949). *Speech development of a bilingual child. A linguist's record. Volume III: Grammar and general Problems in the first two years. -Volume IV: Diary from age 2*. Evanston, Illinois: Northwestern University Press
- Lesesne, J. M. (1956). How Due West got its name. *Names in South Carolina* 3: 6.
- Lesser, R. (1994). Aphasia, en Asher y Simpson: 146-155.
- Levelt, W. J. M. (1983). Monitoring and self-repair in speech. *Cognition* 14: 41-104.

- Levelt, W. J. M. (1992). Accessing words in speech production: stages, processes and representations. *Cognition* 42: 1-22.
- Levy, J. P. et al (1995). *Connectionist models of memory and language*. Londres: UCL Press.
- Lewandowski, T. (1973). *Linguistisches Wörterbuch*. Heidelberg: Quelle & Meyer.
- Lewis, C. T., y C. Short (1879). *A Latin dictionary founded on Andrew's edition of Freund's Latin dictionary, revised enlarged and in great part rewritten*. Oxford: Clarendon Press.
- Littlewood, W. T. (1977). Linguistic change during personal interaction. *Lingua* 41: 1-11.
- Llamazares Prieto, M. T. (1994). Etimologías populares en topónimos de la cabecera de Laciana (León), en Álvarez y Perdiguero: 311-320.
- Lloyd, R. J. (1888). *Phonetic attraction: an essay upon the influence of similarities in sound upon the growth of language and the meanings of words*. Liverpool: (s.e.).
- Lodares, J. R. (1989). "Mi vida Diac Alvarez" (feudalismo y etimología popular). *Epos. Revista de Filología* 5: 505-511.
- Löfstedt, B. (1996). Reseña de Y. Malkiel, *Etymology*. *Word* 47, 3: 383-388.
- Loftus, E. F. (1997). Creating false memories. *Scientific American*, Sept 97: 51-55.
- López, F. (1978). Onomástica de Galicia (NO. de España). *Onoma* 12, 1-2: 33-38.
- Lorenzo, E. (1989). Ambigüedad y remozamiento del idioma (la "reiconización" en español). *Boletín de la Real Academia Española* 69: 178-194.
- Lorenzo, E. (1993). "Broker". *ABC* 18 de octubre: 3.
- Lutterer, I. (1982). Onymical mistake in the naming process, en Rymut: 63-67.
- Lynn, K. (1949). Gringoisms in Arizona. *American Speech* 24, 3: 234-236.
- MacKay, D. G. (1980). Speech errors: retrospect and prospect, en Fromkin, 1980b: 319-332.
- MacNeilage, P. F. (1964). Typing errors as clues to serial ordering mechanisms in language behaviour. *Language and Speech* 7: 144-159.
- Mado Proverbio, A., et al. (1997). Neural basis of common vs proper name retrieval: an electrophysiological investigation. *Brain and Language* 60, 1: 31-33.
- Malkiel, Y. (1954). The place of etymology in linguistic research. *Bulletin of Hispanic Studies* 31: 78-90.
- Malkiel, Y. (1954/55). Etymology and historical grammar. *Romance Philology* 8: 187-208.

- Malkiel, Y. (1957). A tentative typology of etymological studies. *International Journal of American Linguistics* 23, 1: 1-17.
- Malkiel, Y. (1962). Etymology and general linguistics. *Word* 18, 1-2: 198-219.
- Malkiel, Y. (1968). *Essays on linguistic themes*. Oxford: Basil Blackwell.
- Malkiel, Y. (1979). Problems in the diachronic differentiation of near-homophones. *Language* 55, 1: 1-36.
- Malkiel, Y. (1993). *Etymology*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Malmkjær, K. (ed.) (1991). *The Linguistics encyclopedia*. Londres: Routledge.
- Manczak, W. (1978). Laws of analogy, en Fisiak: 283-288.
- Marckwardt, A. H. (1942). *Introduction to the English Language*. Toronto: Oxford University Press.
- Marouzeau, J. (1951³). *Lexique de la terminologie linguistique. Français-allemand-anglais-italien*. París: Librairie Orientaliste Paul Geuthner. [1933¹]
- Marsá, F. (1988). Testimonios sigilográficos de la etimología popular, en Ariza et al.: 1742-1753.
- Marshall, H. W., y J. M. Vlach (1973). Toward a folklife approach to American dialects. *American Speech* 48, 3-4: 163-191.
- Marshall, J. C., y F. Newcombe (1966). Syntactic and semantic errors in paralexia. *Neuropsychologia* 4: 169-176.
- Marshall, J. C., y F. Newcombe (1973). Patterns of paralexia: a psycholinguistic approach. *Journal of Psycholinguistic Research* 2: 175-199.
- Marshall, J. C., y F. Newcombe (1987). The conceptual status of deep dyslexia: an historical perspective, en Coltheart et al.: 1-21.
- Marslen-Wilson, W. (1992a). Access and integration: projecting sound onto meaning, en Marslen-Wilson, 1992b: 3-24.
- Marslen-Wilson, W. (1992b²). *Lexical representation and process*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press. [1989¹]
- Martin, N., et al. (1996). Phonological facilitation of semantic errors in normal and aphasic speakers. *Language and Cognitive Processes* 11, 3: 257-282.
- Martínez Hernández, M. et al. (2000). *Cien años de investigación semántica: de Michael Bréal a la actualidad. Actas del Congreso Internacional de Semántica, Universidad de la Laguna, 27-31 de octubre de 1997*. Madrid: Ediciones Clásicas.
- Matthews, P. H. (1991²). *Morphology*. Cambridge: Cambridge University Press. [1974¹]

- Matthews, P. H. (1997). *Oxford concise dictionary of linguistics*. Oxford: Oxford University Press.
- Maurer, D. W. (1941). Underworld etymologies. *American Speech* 16, 2: 153-154.
- Mayer, E. (1962). *Sekundäre Motivation. Untersuchungen zur Volksetymologie und verwandten Erscheinungen im Englischen*. Diss. Köln (Universidad de Colonia).
- Mayrant, D. (1963). South Carolina island names. *Names in South Carolina*. 10: 21-23.
- McAtee, W. L. (1951). Folk etymology in North American bird names. *American Speech* 26, 2: 90-95.
- McAtee, W. L. (1953). Naming wild birds as if they were poultry. *American Speech* 28, 4: 276-284.
- McAtee, W. L. (1954). Muley –a synonymy. *American Speech* 29, 3: 232-233.
- McCrum, R., et al. (1986). *The story of English*. Londres: Faber & Faber.
- McDavid, V. (1980). Take for granite. *American Speech* 55, 1: 73.
- McDermott, K. B. (1996). The persistence of false memories in list recall. *Journal of Memory and Language* 35: 212-230.
- McGraw, P. A. (1973). A German footnote to Cassidy's *Place-names of Dane Country, Wisconsin*. *American Speech* 48: 150-153.
- McKnight, G. H. (1913). Some compound etymologies. *The Journal of English and Germanic Philology* 12: 110-117.
- McKnight, G. H. (1923). *English words and their background*. Nueva York: D. Appleton and Company.
- McMahon, A. M. S. (1994). *Understanding language change*. Cambridge: Cambridge University Press.
- McShane, J., y J. Dockrell (1983). Lexical and grammatical development, en Butterworth, 1983b: 51-97.
- Meijer, P. A. (1997). What speech errors can tell us about word-generation: the roles of constraint and opportunity. *Journal of Psycholinguistic Research* 26, 1: 141-158.
- Meiklejohn, M. F. M. (1953). On the etymology of the beaver. *Archivum Linguisticum* 5: 48-50.
- Melena Jiménez, J. L. (ed.) (1985). *Serta gratulatoria in honorem Juan Régulo. I. Filología*. La Laguna: Universidad de La Laguna.
- Mencken, H. L. (1962). *The American language*. Nueva York: Alfred A. Knopf. [1919¹]
- Menéndez Pidal, R. (1904). *Manual elemental de gramática histórica española*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez / Est. tip. Viuda é hijos de Tello.

- Menéndez Pidal, R. (1940⁶). *Manual de gramática histórica española*. Madrid: Espasa Calpe. (Se considera sexta edición del manual de 1904).
- Menn, L. (1983). Development of articulatory phonetic and phonological capabilities, en Butterworth, 1983b: 3-50.
- Meredith, M. (1930). Language mixture in American place names. *American Speech* 5, 3: 224-227.
- Meringer, R., y C. Meyer (1895). *Versprechen und Verlesen: Eine psychologisch-linguistische Studie*. Stuttgart: G. J. Goschen.
- Meyer-Lübke, W. (1914). *Introducción al estudio de la lingüística romance*. Madrid: Revista de Filología Española.
- Meyer-Lübke, W. (1926). *Introducción a la lingüística románica*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.
- Miffin, R. J. (1956). Some French place names of Newfoundland. *American Speech* 31, 1: 79-80.
- Miikkulainen, R. (1997). Dyslexic and category-specific aphasic impairments in a self-organizing feature map model of the lexicon. *Brain and Language* 59, 2: 334-366.
- Millán, J. A. (1996). *Húmeda cavidad. Seguido de Rosas y puerros*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Millardet, G. (1923, reimpresión 1977). *Linguistique et dialectologie romanes*. Ginebra: Slatkine.
- Miller, G. A. (1986). Dictionaries in the mind. *Language and Cognitive Processes* 1, 3: 171-185.
- Miller, G. A., y P. A. Gildea (1987). How children learn words. *Scientific American* 257, 3: 86-91.
- Mills, R. V. (1950). Oregon speechways. *American Speech* 25, 2: 81-90.
- Minton, A. (1952). "Hinder" into "Hindu". *American Speech* 27, 4: 292.
- Möckelmann, J. (ed.) (1974). *Sprache und Sprachhandeln. Festschrift für Gustav Bebermeyer zum 80. Geburtstag am 16.10.1970. Arbeiten aus seinem Freundes- und Schülerkreis hrsg. v. Jochen Möckelmann*. Hildesheim: Olms.
- Molina Redondo, J. A. de, y J. de D. Luque Durán (eds.) (1997). *Estudios de lingüística general*. Granada: Método Ediciones.
- Moreira, J. (1887). Etimologías populares portuguesas. *Revista Lusitana* 1: 56-59.

- Moreno Sandoval, A. (1997). El lenguaje como sistema auto-organizado y adaptable; ensayo sobre la aplicación de la teoría de la complejidad al estudio del lenguaje, en Molina Redondo y Luque Durán: 311-324.
- Morissonneau, C. (1972). Noms de lieux et contact des langues: une approche de la choronymie du Quebec, en Dorion: 246-292.
- Motley, M. T. (1980). Verification of “freudian slips” and semantic prearticulatory editing via laboratory-induced spoonerisms, en Fromkin, 1980b: 133-147.
- Motley, M. T. (1985a). Slips of the tongue. *Scientific American* 253, 3: 114-119.
- Motley, M. T. (1985b). The production of verbal slips and double entendres as clues to the efficiency of normal speech production. *Journal of Language and Social Psychology* 4: 275-293.
- Motley, M. T., et al. (1981). Syntactic criteria in prearticulatory editing: evidence from laboratory-induced slips of the tongue. *Journal of Psycholinguistic Research* 10, 5: 503-522.
- Motley, M. T., et al. (1982). Covert formulation and editing of anomalies in speech production: evidence from experimentally elicited slips of the tongue. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 21: 578-594.
- Muñoz Cortés, M. (1958). *El español vulgar*. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Secretaría General Técnica. Ministerio de Educación Nacional.
- Murray, J. A. H. (1885). Thirteenth address of the president, to the Philological Society, delivered at the anniversary meeting; Friday, 16th May 1884. By J. A. H. Murray, B. A., LL. D. *Transactions of the Philological Society* (1882-3-4). Part III. Londres: Trübner & Co.: 508-531.
- Murray, J. A. H. (1907). “Pourcuttle: pourcontrol”. *Notes and Queries* 10, 7: 427.
- Murray, J. A. H., et al. (eds.) (1933). *The Oxford English dictionary*. Oxford: Oxford University Press.
- Murray, L. (1829). *An English grammar: comprehending the principles and rules of the language and a key to the exercises*. vol. I. Nueva York: Collins & Co; Collins & Hannay; Samuel Wood & Sons; G. & C. & H. Carvill; White, Gallaher & White.
- Murray, T. E. (1986). Folk etymology in the streets of St. Louis. *Names. Journal of the American Name Society* 34, 4: 373-382.

- Nation, The* (s.a.) (1885). Reseña de A. S. Palmer, *Folk-etymology: a dictionary of words perverted in form or meaning by false derivation or mistaken analogy*. No. 1019, Jan 8: 39-40.
- Navarro Errasti, M. P. (1983). Hacia una interpretación lingüística de los malapropismos. *Miscelánea. Departamento de Lengua y Literatura Inglesas. Universidad de Zaragoza* 3: 121-134.
- Nelson, M. M. (1950). Folk etymology of Alabama place-names. *Southern Folklore Quarterly* 14, 4: 193-214.
- Neuffer, C. H. (1959). Notes on names. *Names in South Carolina* 6: 1-5.
- Neuffer, C. H. (1965a). Notes on names. *Names in South Carolina* 12: 6-10.
- Neuffer, C. H. (1965b). Alleys, lanes and courts of Charleston. *Names in South Carolina* 12: 18-21.
- Neuffer, C. H. (1996). Folk etymology in South Carolina place names. *American Speech* 41: 273-277.
- Newell, W. W. (1883). *Games and songs of American children*. Nueva York: Harper & Brothers.
- Newkirk, D., et al. (1980). Linguistic evidence from slips of the hand, en Fromkin 1980b: 165-197.
- Newman, R. S., et al. (1997). Lexical neighborhood effects in phonetic processing. *Journal of Experimental Psychology: Human Perception and Performance* 23, 3: 873-889.
- Newmeyer, F. J. (ed.) (1988). *Linguistics: the Cambridge Survey, vol III. Language: Psychological and biological aspects*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nicolaisen, W. F. H. (1977). Some humorous folk-etymological narratives. *New York Folklore* 3: 1-13.
- Nicolaisen, W. F. H. (1980). Place-name legends. An onomastic mythology. *Folklore. The Journal of the Folklore Society* 87: 146-159.
- Nikonov, V. (1960). L''étymologie? Non, l'étiologie! *Revue Internationale d'Onomastique* 12: 161-166.
- Norman, A. M. Z. (1955). Bamboo English: the Japanese influence upon American English in Japan. *American Speech* 30, 1: 45-48.
- Norris, D., y A. Cutler (1985). Juncture detection. *Linguistics* 23: 680-705.

- Notes and Queries* (s. a.) (1904). Reseña de A. S. Palmer, *The folk and their word-lore. An essay on popular etymologies*. No. 39, 10th s. II, 24 Sept.: 260.
- Nyman, M. (1994). Review article: language change and the “invisible hand”. *Diachronica* 11, 2: 231-258.
- Nyrop, K. (1935⁴). *Grammaire historique de la langue française*. Copenhague: Gyldendalske Boghandel Nordisk Forlag. [1899¹, Det Nordiske Forlag]
- Obler, L. K., y K. Gjerlow (1999). *Language and the brain*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Obler, L. K., y L. Menn (eds.) (1982). *Exceptional language and linguistics*. Nueva York: Academic Press.
- Oduyoye, M. (1970). Popular etymology in Yoruba. *Nigeria Magazine. A Quartely Publication for Everyone Interested in the Country and its People* 105: 148-152.
- Ogle, J. W. (1867). Aphasia and agraphia. *St. George's Hospital Reports* 2: 83-112.
- Olschansky, H. (1996). *Volksetymologie*. Tubinga: Niemeyer.
- Olschansky, H. (1999). *Täuschende Wörter. Kleines Lexicon der Volksetymologien*. Stuttgart: Philip Reclam jun.
- Oncins Martínez, J. L. (2000a). Un rasgo distintivo del lenguaje de Dogberry en *Much ado about nothing* y su tratamiento en las traducciones españolas. *Revista Canaria de Estudios Ingleses* 41: 209-233.
- Oncins Martínez, J. L. (2000b). La función del malapropismo en la obra de Shakespeare y Cervantes, y problemas que plantea su traducción. *Cincinnati Romance Review* 19: 128-137.
- Onieva Morales, J. L. (1986). *Diccionario básico de terminología gramatical*. Madrid: Playor.
- Onions, C. T. (1966). *The Oxford dictionary of English etymology*. Oxford: Clarendon Press.
- Orr, J. (1939). *Studies in French language and mediaeval literature*. Manchester: Manchester University Press.
- Orr, J. (1953). *Words and sounds in English and French*. Oxford: Basil Blackwell.
- Orr, J. (1954). L'étymologie populaire. *Revue de Linguistique Romane* 18: 129-142.
- Ortega Ojeda, G. (1985). La etimología popular: un estudio filológico, en Melena Jiménez: 543-550.

- Palmer, A. S. (1882). *Folk-etymology. A dictionary of verbal corruptions or words perverted in form or meaning, by false derivation or mistaken analogy*. Londres: George Routledge & Sons.
- Palmer, A. S. (1904). *The folk and their word-lore. An essay on popular etymologies*. Londres: George Routledge & Sons.
- Palmer, F. W. (1948). Notes on American English. *American Speech* 23, 2: 152-153.
- Palmer, L. R. (1936). *An introduction to modern linguistics*. Londres: Macmillan and Co.
- Panagl, O. (1982). *Aspekte der Volksetymologie. Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft. Vorträge und Kleinere Schriften* 30.
- Papagno, C., y G. Vallar (1992). Phonological short-term memory and the learning of novel words: the effect of phonological similarity and item length. *Quarterly Journal of Experimental Psychology* 44A: 47-67.
- Partridge, E. (1948³). *The world of words. An introduction to language in general and to English and American in particular*. Freeport, New York: Books for Libraries Press. [1938¹]
- Partridge, E. (1966⁴). *Origins. An etymological dictionary of modern English*. Londres: Routledge. [1958¹]
- Partridge, E. (1961). *Adventuring among words*. Nueva York: Oxford University Press.
- Patyal, H. C. (1988). Some folk-etymologies in the Nirukta. *Vishveshvaranand Indological Journal* 1, 26: 72-78.
- Paul, H. (1888). *Principles of the history of language*, Londres: Swan Sonnenschein, Lowrey & Co. [1880¹, alemán].
- Payán Sotomayor, P. (1993⁶). *El habla de Cádiz*. Cádiz: Quorum. [1983¹]
- Pearsall, J. (1998). *The new Oxford dictionary of English*. Oxford: Clarendon Press.
- Pederson, L. (1976). A datum for “podunk”. *American Speech* 51 (spring-summer): 108.
- Pei, M. (1966a). *Glossary of linguistic terminology*. Nueva York: Columbia University Press.
- Pei, M. (1966b). *Invitation to linguistics*. Nueva York: Doubleday & Company.
- Pei, M. (1967). *The many hues of English*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Pei, M., y F. Gaynor (1958). *A dictionary of linguistics*. Londres: Peter Owen.
- Persson, I. B. (1995). *Connectionism, language production and adult aphasia. Elaboration of a connectionist model for lexical processing and a hypothesis for*

- agrammatic aphasia*. Helsinki: The Finnish Society of Sciences and Letters (Commentationes Humanarum Litterarum 106).
- Pfister, M. (1980). *Einführung in die romanische Etymologie*. Darmstadt: Wissenschaftliche.
- Phythian, B. A. (ed.) (1989). *A concise dictionary of confusables*. Sevenoaks, Kent: Hodder and Stoughton.
- Pike, R. E. (1956). Further mutations of French-Canadian proper names. *American Speech* 31, 2: 153.
- Pillon, A. (1998). Morpheme units in speech production: evidence from laboratory-induced verbal slips. *Language and cognitive processes*. 13, 4: 465-498.
- Pinker, S. (1994). *The language instinct. The new science of language and mind*. Harmondsworth, Middlesex: Penguin.
- Pisani, V. (1960). Über Volksetymologie. *Studii si Cercetari Linguistice* 11, 3: 633-643.
- Pisani, V. (1967²). *L'etimologia. Storia-Questioni-Metodo*. Brescia: Paideia. [1960¹]
- Plunkett, K. (1998). Language acquisition and connectionism. *Language and Cognitive Processes* 13, 2/3: 97-104.
- Pohl, J. (1965). Officine linguistique. *Revue des Langues Vivantes* 31, 4: 360-389.
- Polo, J. (1972). *Lenguaje, gente, humor ... Materiales para una antología semántica española*. Madrid: Paraninfo.
- Polomé, E. C. (ed.) (1990). *Research guide on language change*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Polster, M. R., y S. B. Rose (1998). Disorders of auditory processing: evidence for modularity in audition. *Cortex* 34, 1: 47-65.
- Porucicuc, A. (1991). Folk etymology (in English and elsewhere). *Kansas working papers in linguistics* 16: 53-58.
- Porzig, W. (1964). *El mundo maravilloso del lenguaje. Problemas, métodos y resultados de la lingüística moderna*. Madrid: Gredos. [1957¹, alemán]
- Potter, J. M. (1980). What was the matter with Dr Spooner?, en Fromkin, 1980b: 13-34.
- Potter, S. (1957). *Modern linguistics*. Londres: André Deutsch.
- Potter, S. (1960). *Language in the modern world*. Harmondsworth, Middlesex: Penguin.
- Pound, L. (1914). *Blends. Their relation to English word formation*. Heidelberg: Carl Winter's Universitätsbuchhandlung.
- Pound, L. (1927). The dialect of Cooper's Leather-Stocking. *American Speech* 2, 12: 479-488.

- Pound, L. (1931). Some recurrent assimilations. *American Speech* 6, 5: 347-348.
- Pound, L. (1945). John A. Grindler, real or fictional angler? *American Speech* 20, 1: 69-70.
- Pyles, T. (1952). *Words and ways of American English*. Nueva York: Random House.
- Pyles, T., y J. Algeo (1982³). *The origins and development of the English language*. San Diego: Harcourt Brace Jovanovich. [1964¹]
- Quimby, M. J. (1969). *Scratch Ankle, USA. American placenames and their derivation*. Nueva York: Barnes and Co.
- Quinion, M. (2004). *Port out, starboard home and other language myths*. Londres: Penguin.
- Rabanal, M. (1969). *El lenguaje y su duende*. Madrid: Prensa Española.
- Ranz Yubero, J. A. (1996). *Toponimia mayor de Guadalajara*. Guadalajara: Excma. Diputación Provincial de Guadalajara.
- Rapp, B. (ed.) (2001). *The handbook of cognitive neuropsychology: what deficits reveal about the human mind*. Philadelphia: Psychology Press.
- Rapp, B., y M. Goldrick (1997). Interactivity? The relationship between semantics and phonology in speech production. *Brain and Language* 60, 1: 50-52.
- Rawson, H. (1994). *Devious derivations. Popular misconceptions –and more than 1,000 true origins of common words and phrases*. Lincoln: toExcel.
- Read, A. W. (1962). Family words in English. *American Speech* 37, 1: 5-12.
- Read, W. A. (1931). *Louisiana-French*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Read, W. A. (1939). Research in American place-names since 1928. *Zeitschrift für Ortsnamenforschung* 10: 222-242.
- Reed, M. (1932). Intentional mispronunciations. *American Speech* 7, 3: 193-199.
- Reason, J. T., y D. Lucas (1984). Using cognitive diaries to investigate naturally occurring memory blocks, en Harris y Morris: 53-70.
- Reinitz, M. T., et al. (1996). Memory conjunctions in normal and amnesic subjects. *Journal of Memory and Language* 35: 286-299.
- Rennick, R. M. (1969). Successive name-changing: a popular theme in onomastic folklore and literature. *New York Folklore Quarterly* 25, 2: 119-128.
- Restrepo, F. (1952). *Diseño de semántica general. El alma de las palabras*. Méjico, D. F.: Editorial Constanca.
- Revista de Filología Española* (s.ed.) (1967). *Problemas y principios del estructuralismo lingüístico. Coloquios celebrados con motivo del XXV*

- aniversario de la fundación del CSIC*. Madrid: Publicaciones de la Revista de Filología Española.
- Rich, J. S. (1981). Landscapes and the imagination: the interplay of folk etymology and place names. *Southern Folklore Quarterly* 45: 155-162.
- Rico, F. (ed.) (1980). *Historia y crítica de la literatura española. Siglos de Oro: Renacimiento*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Roediger III, H. L. (1996). Memory Illusions. *Journal of Memory and Language* 35: 76-100.
- Ronneberg-Sibold, E. (1987). A performance model for a natural theory of linguistic change, en Giacalone et al.: 517-533.
- Room, A. (1986). *A dictionary of true etymologies*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Room, A. (1996). *An alphabetical guide to the language of name studies*. Lanham, Maryland: The Scarecrow Press.
- Room, A. (1999). *The Cassell dictionary of word histories*. Londres: Cassell.
- Room, A. (ed.) (1999b). *Brewer's dictionary of phrase and fable. Millennium edition*. Londres: Cassell.
- Rosetti, A., y S. Golopentia Eretescu (1978). *Current trends in Romanian linguistics*. Bucarest: Editura Academiei Republicii Socialiste România.
- Ross, A. S. C. (1958). *Etymology. With especial (sic) reference to English*. Londres: André Deutsch.
- Rost, M. (1990). *Listening in language learning*. Harlow, Essex: Longman.
- Rousseau, F. (1939; reimpresión 1972). Fausses étymologies, créatrices de légendes, en *Mélanges de linguistique romane offerts a Jean Haust*. Ginebra: Slatkine Reprints.
- Rubin, D. C. (1975). Within word structure in the tip-of-the-tongue phenomenon. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 14: 392-397.
- Rundblad, G., y D. B. Kronenfeld (2000). Folk-etymology: haphazard perversion or shrewd analogy?, en Coleman y Kay: 19-34.
- Rundblad, G., y D. B. Kronenfeld (2003). The inevitability of folk etymology: a case of collective reality and invisible hands. *Journal of Pragmatics* 35: 119-138.
- Runes, M. (1933, 1972). Vom Aussterben der Wörter (mit besonderer Berücksichtigung der Klassischen Sprachen). *Actes du Deuxième Congrès International de Linguistes. Genève 25-29 Août 1931*. Paris: Maisonneuve. 205-209.

- Rymut, K. (ed.) (1982). *Proceedings of the 13th International Congress of Onomastic Sciences. Cracow, August 21-25, 1978*. Vol. 2 (s.l.): Polish Scientific Publishers.
- Saetti, M. C., et al. (1999). The nature of the disorder underlying the inability to retrieve proper names. *Cortex*, 35: 675-685.
- Salmon, G. (1991). L'étymologie populaire par attraction paronymique d'après l'exemple lyonnais, en Chambon y Lüdi: 63-69.
- Sánchez Bernardos, M. L. (1988). *La distinción forma-significado y su contribución al estudio de la afasia anómica*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense.
- Sánchez Miret, F., et al. (1997). Connectionism vs. rules in diachronic morphology. *Folia Linguistica Historica* 18, 1-2: 149-182.
- Sandmann, M. (1955). Etimologías y leyendas etimológicas. El coco y el mono. *Revista de Filología Española* 39: 80-104.
- Sandra, D. (1994). *Morphology in the reader's mental lexicon*. Frankfurt: Peter Lang.
- Saturday Review, The* (s. a.) (1883). A dictionary of folk etymology [Reseña de A. S. Palmer, *Folk-etymology. A dictionary of verbal corruptions or words perverted in form or meaning, by false derivation or mistaken analogy*]. No. 1419, 55, 6 Jan.: 20.
- Saussure, F. de (1972). *Cours de linguistique générale*. Paris: Payot. [1916¹]
- Sayce, A. H. (1875²). *The principles of comparative philology*. Londres: Trübner & Co. [1874¹]
- Sayce, A. H. (1880). *Introduction to the science of language. In two volumes*. Vol. 1. Londres: C. Kegan, Paul & Co.
- Sayres, S., et al. (eds.) (1984). *The sixties without apology* (=Special double issue of *Social Text*, vol. 3, 3-4 and vol. 4, 1. Spring-Summer 1984). Minneapolis: University of Minnesota Press in Cooperation with *Social Text*.
- Schach, P. (1954). Comments on some Pennsylvania-German words in the *Dictionary of Americanisms*. *American Speech* 29: 45-54.
- Schachter, D. L., et al. (1996). The neuropsychology of memory illusions: false recall and recognition in amnesic patients. *Journal of Memory and Language* 35: 319-334.
- Schachter, P. (1988). What's in a name? Inferences from tip-of-the-tongue phenomena, en Hyman y Li: 295-321.
- Schick, J. S. (1949). Notes from Terre Haute. *American Speech* 24, 1: 13.
- Schlauch, M. (1942). *The gift of tongues*. Nueva York: Dover Publications.

- Schmeller, J. A. (1821). *Die Mundarten Bayerns grammatisch dargestellt*. Munich: Thienemann.
- Schmid, H. (1980). An der Westgrenze des Rätoromanischen. *Vox Romanica* 39: 120-182.
- Scholfield, P. (1988). Documenting folk etymological change in progress. *English Studies* 69, 4: 341-347.
- Scott, C. S. (1960). Corporate nicknames in the stock market. *American Speech* 35, 3: 191-202.
- Scott, J. (1982). Vivid language and language change, en Ahlquist: 304-315.
- Seche, L., y M. Seche (1956). Despre etimologie populara si contaminatie. *Limba Romana* 5: 25-35.
- Seco del Cacho, J. M. (1996). Sustitución paronímica en inglés y español: errores, etimología asociativa y reiconización. *Lingüística Española Actual* 18, 2: 213-250.
- Seco del Cacho, J. M. (1997a). El componente neuropsicolingüístico en la etimología asociativa. *Interlingüística* 7: 217-222.
- Seco del Cacho, J. M. (1997b). Etimología popular y confusión paronímica en el léxico mental. *Interlingüística* 8: 327-333.
- Seco del Cacho, J. M. (1998). El iceberg analógico y el concepto de etimología popular. *Interlingüística* 9: 305-308.
- Seco Reymundo, M. (1970). *Arniches y el habla de Madrid*. Madrid: Alfaguara.
- Seco Reymundo, M. (1998¹⁰). *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*. Madrid: Aguilar.
- Séguy, J. (1953). *Les noms populaires des plantes dans les Pyrénées Centrales*. Barcelona: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Shattuck-Hufnagel, S. (1994). Slips of the tongue, en Asher y Simpson: 3966-3971.
- Shattuck-Hufnagel, S. R., y D. H. Klatt (1979). The limited use of features and markedness in speech production: evidence from speech error data. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 18: 41-55.
- Shattuck-Hufnagel, S. R., y D. H. Klatt (1980). How single-phoneme error data rule out two models of error generation, en Fromkin, 1980b: 35-45.
- Sheard, J. A. (1954). *The words we use*. Londres: André Deutsch.
- Sheldon, E. K. (1975). What's an impfiddle? *American Speech* 50, 1-2: 138-140.
- Semenza, C. (1997). Proper name specific aphasia, en Goodglass y Wingfield: 115-134.

- Sibree, E. (1886). Some folk etymologies. *The Academy*. No. 744, 7 Aug 1886: 90.
- Simons, B. (1992). Linguistic changes in aphasic speech: some implications for historical linguistics, en Kellermann y Morrissey: 251-263.
- Simons, B. (1995). Sound change in aphasic speech. *Belgian Journal of Linguistics* 9: 147-158.
- Simpson, J. A., y E. S. C. Weiner (eds.) (1989). *The Oxford English dictionary. Second Edition*. Oxford: Oxford University Press
- Skeat, W. W. (1882). *A concise etymological dictionary of the English language*. Oxford: Clarendon Press.
- Skeat, W.W. (1883). Reseña de A. S. Palmer, *Folk etymology: A dictionary of verbal corruptions or words perverted in form or meaning by false derivation or mistaken analogy*. *The Academy*, No. 559. Jan 20: 46-48.
- Skeat, W. W. (1884²). *An etymological dictionary of the English language*. Oxford: Clarendon Press. [1882¹]
- Skeat, W. W. (1891). *Principles of English etymology. Second series. The foreign element*. Oxford: Clarendon Press.
- Smith, L. P. (1925). *Words and idioms. Studies in the English language*. Londres: Houghton Mifflin Company.
- Smith, G. P. (2003). Music and mondegreens: extracting meaning from noise. *ELT Journal* 57: 113-121.
- Snowling, M., y A. Edmundson (1994). Disorders of reading and writing, en Asher y Simpson: 1022-1030.
- Sobkowiak, W. (1994). Malapropism, en Asher y Simpson: 2346-2347.
- Somoano, J., y D. Álvarez (2003). *Dándole a la lengua*. Madrid: Maeva.
- Soukhanov, A. H., et al. (1986). *Word mysteries and histories. From quiche to humble pie*. Boston: Houghton Mifflin Company.
- Spectator, The* (s.a.) (1883). Folk-etymology. 56: 1354-1355.
- Sperber, H., y J. N. Tidwell (1950). Words and phrases in American politics. *American Speech* 25, 2: 91-100.
- Stammerjohann, H. (ed.) (1996). *Lexicum grammaticorum. Who's who in the history of world linguistics*. Tubinga: Max Niemeyer.
- St.Clair, R. N., y W. von Raffler-Engel (eds.) (1982). *Language and cognitive styles. Patterns of neurolinguistic and psycholinguistic development*. Lisse: Swets and Zeitlinger, B. V.

- Steadman, J. M. (1927). The language consciousness of college students. A study of conscious changes in pronunciation. *American Speech* 2, 3: 115-132.
- Steele R., y T. Threadgold (eds.) (1987). *Language Topics*. Amsterdam: John Benjamins.
- Stefanescu, C.-M. (1978). Quelques conséquences toponymiques de la cohabitation roumano-slave médiévale. *Onoma* 12, 1-2: 402-413.
- Stemberger, J. P. (1983). Inflectional malapropisms: form-based errors in English morphology. *Linguistics* 21: 573-602.
- Stemberger, J. P. (1989). Speech errors in early child language production. *Journal of Memory and Language* 28: 164-188.
- Stemberger, J. P. (1990). Wordshape errors in language production. *Cognition* 35: 123-157.
- Stempel, W.-D. (1971). Perspektiven der Zeichenmotivation, en Coseriu y Stempel: 507-526.
- Stephenson, E. A. (1967). "Cranberry" and composition. *American Speech* 42, 3: 234.
- Stern, G. (1931). *Meaning and change of meaning. With special reference to the English language*. Bloomington: Indiana University Press.
- Stevick, E. (1976). *Memory, meaning and method. Some psychological perspectives on language learning*. Rowley, Massachusetts: Newbury House Publishers.
- Stewart, G. R. (1935). Popular names of the mountain sheep. *American Speech* 10, 4: 283-288.
- Stewart, G. R. (1970). *American place-names. A concise and selective dictionary for the continental United States of America*. Nueva York: Oxford University Press.
- Stoffel, C. (1879). De Volksetymologie in het Engelsch. *Taalstudie* 1: 27-44.
- Strong, H. A., et al. (1891). *Introduction to the study of the history of language*. Londres: Longmans, Green & Co.
- Sturtevant, E. H. (1917). *Linguistic change. An introduction to the historical study of language*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Sturtevant, E. H. (1947). *An introduction to linguistic science*. New Haven: Yale University Press.
- Svartvik, J. (ed.) (1996). *Words. Proceedings of an international symposium. Lund 25-26 August 1995*. Estocolmo: Almqvist & Wiksell.
- Sully, J. (1896). *Studies of childhood*. Nueva York: D. Appleton and Company.

- Tabossi, P. (1996). Cross-modal semantic priming. *Language and Cognitive Processes* 11: 569-576.
- Tanenhaus, M. K. (1988). Psycholinguistics: an overview, en Newmeyer: 1-37.
- Taylor, I. (1865²). *Words and places: or, Etymological illustrations of history, ethnology and geography*. Londres: MacMillan and Co. (1909³, Nueva York: E. P. Dutton & Co.) [1864¹]
- Tejada Caller, P. (1999). *El cambio lingüístico. Claves para interpretar la lengua inglesa*. Madrid: Alianza Editorial.
- Temple, C., y J. C. Marshall (1983). A case study of developmental phonological dyslexia. *British Journal of Psychology* 74: 517-533.
- Thompson, A. W. (1954). The etymology of pinochle. *American Speech* 29, 3: 223-224.
- Thompson, H. W. (1940). *Body, Boots and Britches*. Philadelphia: J. B. Lippincot Company.
- Tim, P. (2003). *Encyclopaedic dictionary of linguistics*. Delhi: Ivy Publishing House.
- Timpanaro, S. (1977). *El lapsus freudiano*. Barcelona: Editorial Crítica. [1974¹, italiano]
- Tooke, J. H. (1829). ΕΠΕΑ ΠΣΕΘΟΕΜΣΑ, or *The diversions of Purley*. Londres: William Tegg.
- Tournier, J. (1985). *Introduction descriptive à la lexicogénétique de l'anglais contemporain*. Paris: Champion-Slatkine.
- Trangott, E. C. et al. (eds.) (1980). *Papers from the Fourth International Conference on Historical Linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.
- Trask, R. L. (1993). *A dictionary of grammatical terms in linguistics*. Londres: Routledge.
- Trask, R. L. (1996a). *A dictionary of phonetics and phonology*. Londres: Routledge.
- Trask, R. L. (1996b). *Historical linguistics*. Londres: Arnold.
- Trask, R. L. (1997). *A student's dictionary of language and linguistics*. Londres: Arnold.
- Trask, R. L. (2000). *The dictionary of historical and comparative linguistics*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Trench, R. C. (1852²). *On the study of words*. Clinton Hall, Nueva York: Redfield. [1851¹]
- Trench, R. C. (1868⁶). *English past and present*. Nueva York: Charles Scribner & Company. (1855¹, The Humboldt Pub. Co.)

- Trujillo, R. (1978). *El silbo gomero*. Santa Cruz de Tenerife: Editorial Interinsular Canaria.
- Tweedie, W. M. (1892). Popular etymology. *Modern Language Notes* 7, 6: 377.
- Tweney, R. D., et al. (1975). Slips of the tongue and lexical storage. *Language and Speech* 18: 388-396.
- Tysell, H. T. (1935). The English of the comic cartoons. *American Speech* 10, 1: 43-45.
- Tzitzilis, C. (1984). Prefixation folk-etymology in Bulgarian words of Greek origin. *Balkan Studies* 25, 2: 593-598.
- Ullmann, S. (1951a). *Words and their use*. Londres: Frederick Muller.
- Ullmann, S. (1951b). *The principles of semantics*. Oxford: Basil Blackwell.
- Ullmann, S. (1952). *Précis de sémantique française*. Berna: A. Francke.
- Ullmann, S. (1962). *Semantics. An introduction to the science of meaning*. Oxford: Basil Blackwell.
- Ullmann, S. (1964). *Language and style*. Oxford: Basil Blackwell.
- Ullmann-Margalit, E. (1978). Invisible-hand explanations. *Synthese* 39: 263-291.
- Valentine, T., et al. (1996). *The cognitive psychology of proper names*. Londres: Routledge.
- Veit, R. (1987). Folk etymology on campus. *Verbatim* 13, 4: 1-2.
- Velten, H. V. (1943). The growth of phonemic and lexical patterns in infant language. *Language* 19: 281-292.
- Vendryes, J. (1921). *Le Langage. Introduction linguistique à l'histoire*. Paris: Renaissance du Livre.
- Vendryes, J. (1952). Sur la dénomination. *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*. 48: 1-13.
- Vendryes, J. (1953). Pour une étymologie statique. *Bulletin de la Société Linguistique de Paris* 49: 1-19.
- Vendryes, J. (1955). Sur l'étymologie croisée. *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris* 51: 1-8.
- Veny, J. (1990). Cap a una tipologia de l'etimologia popular. *Francisco Marsá / Jornadas de Filología*. Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona (Col.lecció Homenatges). pp. 137-152.
- Veres d'Ocón, E. (1950). Juegos idiomáticos en las obras de Lope de Rueda. *Revista de Filología Española* 34: 195-237.
- Veres d'Ocón, E. (1976). *Estilo y vida entre dos siglos*. Valencia: Bello.

- Veres D'Ocón, E. (1980). Las deformaciones lingüísticas en las comedias de Lope de Rueda, en Rico: 573-578.
- Vidos, B. E. (1957). Étymologie organique. *Revue de Linguistique Romane* 21: 93-105.
- Vidos, B. E. (1959, trad. esp. 1973). *Manual de lingüística románica*. Madrid: Aguilar.
- Vihman, M. M. (1980). Phonology and the development of the lexicon: evidence from children's errors. *Journal of Child Language* 8: 239-264.
- Viso Pabón, S. del (1992). *Errores espontáneos del habla y producción del lenguaje*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense.
- Vossler, K. (1963⁴). *Filosofía del lenguaje. Ensayos*. Buenos Aires: Losada. [1943¹]
- Vroomen, J., y B. de Gelder (1997). Activation of embedded words in spoken word recognition. *Journal of Experimental Psychology: Human Perception and Performance* 23, 3: 710-720.
- Wakelin, M. F. (1972). *English dialects. An introduction*. Londres: The Athlone Press of the University of London.
- Walker, J. (1830). *A critical pronouncing dictionary and expositor of the English language*. Edimburgo: Thomas Nelson and Peter Brown.
- Wanner, E., y L. R. Gleitman (eds.) (1982). *Language acquisition: the state of the art*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Warren, R. M. (1961). Illusory changes of distinct speech upon repetition -the verbal transformation effect. *British Journal of Psychology* 52, 3: 249-258.
- Wartburg, W. von (1924). Was das Volk in die Sprache hineindenkt. *Der kleine Bund. Sonntagsbeilage des "Bund"*. Berna: Jhg. 5: 109-111; 115-117.
- Wartburg, W. von (1925). Zur Frage der Volksetymologie, en *Homenaje ofrecido a Don Ramón Menéndez Pidal. Miscelánea de estudios lingüísticos, literarios e históricos*. Tomo 1. Madrid: Hernando (pp. 17-27).
- Wartburg, W. von (1943). *Einführung in Problematik und Methodik der Sprachwissenschaft*. Halle: M. Niemeyer.
- Wartburg, W. von, y S. Ullmann (1969). *Problèmes et méthodes de la linguistique*. París: Presses Universitaires de France. [1962, alemán, con S. Ullmann; reelaboración de Wartburg 1943]
- Waylen, J. (1852). False spellings arising out of sound. *Notes and Queries* 1st series, 6: 29.
- Wedgwood, H. (1855). On false etymologies. *Transactions of the Philological Society*. 6: 62-72.

- Weekley, E. (1922⁴). *The romance of words*. Londres: John Murray. [1912¹]
- Weekley, E. (1926). *Words ancient and modern*. Londres: John Murray.
- Weinreich, U. (1953). *Languages in contact. Findings and problems*. La Haya: Mouton & Co.
- Wells, J. C. (1990). *Longman pronunciation dictionary*. Harlow, Essex: Longman.
- Wenzl, A. (1932). Empirische und theoretische Beiträge zur Erinnerungsarbeit bei erschwerter Wortfindung. *Arch. ges. Psychol* 1932, 85: 181-218.
- Wenzl, A. (1936). Empirische und theoretische Beiträge zur Erinnerungsarbeit bei erschwerter Wortfindung. *Arch. ges. Psychol* 1936, 97: 294-318.
- Wershoven, F. J. (1880). Englische Volksetymologie. *Archiv für das Studium der neueren Sprachen und Literaturen*. Braunschweig 34, 64: 476.
- Wheeler, B. I. (1887). *Analogy and the scope of its application to language*. Cornell University Studies in Classical Philology. Ithaca, New York: University Press.
- Wheeler, C. J., y D. A. Schumsky (1980). The morpheme boundaries of some English derivational suffixes. *Glossa* 14: 3-34.
- Wheeler, D. W., y D. S. Touretzky (1997). A parallel licensing model of normal slips and phonemic paraphasias. *Brain and Language* 59: 147-201.
- H. Whitaker, y H. A. Whitaker (eds.) *Studies in Neurolinguistics*. Nueva York: Academic Press.
- Wijnen, F. (1992). Incidental word and sound errors in young speakers. *Journal of Memory and Language* 31: 734-755.
- Wijnen, F., et al. (1994). The (non)realization of unstressed elements in children's utterances: evidence for a rhythmic constraint. *Journal of Child Language* 21: 59-83.
- Williams, E. R. (1944). *The conflict of homonyms in English*. New Haven: Yale University Press.
- Wilson, T. E. (1955). Names in Darlington Country. *Names in South Carolina* 2: 4.
- Winer, L. (1992). Folk etymology in Trinidad and Tobago lexicography, en Hall et al.: 238-253.
- Wing, A. M., y A. D. Baddeley (1980). Spelling errors in handwriting: a corpus and a distributional analysis, en Frith: 251-285.
- Winter, W. (1969). Analogischer Sprachwandel und semantische Struktur. *Folia Linguistica* 3: 29-45.

- Woodworth, R. S., y H. Schlosberg (1954²). *Experimental Psychology*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston. [1940¹]
- Worcester, J. E. (1832). *Johnson's English dictionary, as improved by Todd, and abridged by Chalmers; with Walker's pronouncing dictionary combined, to which is added, Walker's key to the classical pronunciation of Greek, Latin and Scripture proper names*. Boston: Joseph A. Ballard; Hilliard, Gray & Co.; and Perkins and Marvin.
- Wright, E. M. (1913). *Rustic speech and folk-lore*. Londres: Humphrey Milford, Oxford University Press.
- Wright, J. (ed.) (1898). *The English dialect dictionary*. Oxford: Oxford University Press.
- Wright, J. F., y K. Ahmad (1997). The connectionist simulation of aphasic naming. *Brain and Language* 59, 2: 367-389.
- Wundt, W. (1900). *Völkerpsychologie. Die Sprache*. Leipzig: Willhelm Engelmann.
- Yarmey, A. D. (1973). I recognize your face but I can't remember your name: further evidence on the tip-of-the-tongue phenomenon. *Memory and Cognition*. 1, 3: 287-290.
- Yule, A. D., y A. C. Burnell (1886). *Hobson-Jobson: being a glossary of Anglo-Indian colloquial words and phrases and of kindred terms*. Londres: John Murray.
- Zamboni, A. (1988). *La etimología*. Madrid: Gredos. [1976¹, italiano]
- Zinno, D. (1935). Doublets and popular etymologies in Neapolitan. *The Romanic Review* 26: 321-325.
- Zupitza, J. (1883). English etymology 1881 and 1882. *Transactions of the Cambridge Philological Society. Vol II. For 1881 and 1882*. Londres: Trübner & Co.: 243-259.
- Zwicky, A. M. (1979). Classical Malapropisms. *Language Sciences* 1, 2: 339-348.
- Zwicky, A. M. (1980). *Mistakes*. Reynoldsburg, Ohio: Advocate Publishing Group.
- Zwicky, A. M. (1982). Classical Malapropisms and the creation of a mental lexicon, en Obler y Menn: 115-132.
- Zwicky, A. M., y E. D. Zwicky (1986). Imperfect puns, markedness, and phonological similarity: with fronds like these, who needs anemones? *Folia Linguistica* 20, 3-4: 493-503.

APÉNDICE I

ENTRADAS DE *A DICTIONARY OF TRUE ETYMOLOGIES* DE ROOM (1986),
CON LA CATEGORÍA QUE SE LE HA ASIGNADO A CADA ENTRADA

CLAVE:

I- En el artículo se menciona un cambio lingüístico generalizado (formal y/o semántico), explicado como producto de una interferencia paramórfica, que da origen a una forma considerada estándar actualmente.

II-En el artículo se menciona una atribución etimológica alternativa o una asociación paraetimológica de base paramórfica, sin describirse cambio lingüístico.

III-En el artículo se menciona una atribución etimológica alternativa de base no paramórfica.

IV-En el artículo se menciona una variante lingüística (formal y/o semántica), distinta de la forma que se considera estándar actualmente.

X-Se ha excluido este artículo del cómputo de categorías.

Nota: Hay entradas de categoría mixta en las que se ha asignado a la entrada más de un número, separándose estos por una coma.

abominable-IV

aborigine-II

abracadabra-II

absinthe-II

abstemious-II

accomplice-II

accordion-II

acorn-II, IV

acrobat-II

acrostic-II

adjust-II

admiral-I

adultery-II

aghost-I

agnostic-III

agog-II

air-II

aisle-I

aitch-bone-I

alabaster-II

albatross-II

alcove-II

alderman-II

alimentary canal-IV

alimony-II

allegiance-I

alligator-II

almanac-II

altruism-II

amaranth-II

Amazons-II	ball-II
ambergris-II	ballyhoo-II
ambush-II	bandanna-II
amuck, amok-II	bang-III
anchorite-II	bangle-II
andiron-II	banksia-II
anthem-I	banns-II
anticipate-II	barbecue-II
antique-II	barberry-II
April-II	barbican-II
arbour-I	bargain-II
arch-II	barley sugar-II
argosy-II	barmy-II
arithmetic-II	barnacle goose-X
Armageddon-II	baron of beef-II
arrant-II	barracking-II
arrowroot-I	basalt-II
artichoke-I, IV	bassoon-II
asparagus-IV	bastard-II
asphalt-II	bated-II
atone-II	bath chair-III
auburn-I	batman-II
aureole-II	batty-II
avalanche-II	bawbee-II
avast-II	bazaar-II
avocado-IV	beaker-II
avoirdupois-II	bear garden-II
aweigh-II	beatific-II
Babel, Tower of-II	beaujolais-II
bacon-II	bedlam-II
badger-II	beefeater-II
baggage-II	behemoth-II
Bakelite-II	bel-II
bald-II	belfry-II

bergamask-II
bergamot-II
bevy-II
bidding prayer-III
bigamy-II
bigot-II
bikini-III
billycock hat-II
billyoh-II
bistro-II
bitter end-II
black magic-x
blackmail-III
blanket-II
blasphemy-II
blazer-III
blindfold-II
bliss-II
bloody-II
bloomers-II
blowsy-II
bludgeon-II
blunderbuss-II
blurb-II
bodice-III
bogus-II
Bohemian-X
boil-II
bombast-II
Bombay duck-I
bonfire-II
boomerang-II
boon-II
boot-II
boot and saddle-II
bore-II
borstal-II
bound-II
bow-II
bower-II
bowler-II
boxcalf-II
brand-new-III
breeze block-II
briar pipe-III
bridal-II
bridegroom-I
broach-II
Broadmoor-III
broker-II
brown study-II
buccaneer-II
buck-II
bucket-II
buckram-II
buckwheat-II
budgerigar-II, IV
bugle-II
bulldog-III
bully beef-II
bulwark-II
bum-bailiff-II
bumper-II
bumpkin-II
bungalow-II
burden-II
bust-II
bustle-II

butterfly-II
buttery-II
buttonhole-II
buxom-II
bye-bye-II
bylaw-II
cabal-III
caddy-II
Caesarean-II
cafeteria-II
calico-II
camel-x
Canary Islands-II
candidate-III
candytuft-II
canister-II
cannibal-II
cannon-II
canter-II
cantilever-X
canting arms-II
car-II
carboy-II
carcass-II
care-II
caricature-II
carnation-IV
carnival-II
carouse-II
casemate-II
cashier-II
caste-II
catchpenny-II
catchpole-II
caterpillar-II
catgut-II
causeway-II
cave in-I
cayenne pepper-I
centipede-III
cesspool-I
chagrin-II
chaplet-II
charcoal-III
charlatan-II
charm-I
charnel house-I
Charterhouse-I
charwoman-II
checkmate-II
cheerio-II
cheesed off-II
cheroot-II
chessman-II
chestnut-II
chickenpox-I
chickpea-II
chiffchaff-II
chignon-I
Childe Harold-III
Chink-II
chipmunk-I
chipolata-II
chirpy-I
chit-II
chock-full-I
chop and change-II
chopsticks-II

chop suey-II
 chukka-II
 chute-II
 clam-II
 clan-II
 claret-II
 climax-II
 clinker-built-II
 clove-II
 club-I
 clumber spaniel-II
 coach-II
 Cockaigne-II
 cockatrice-I
 cocker spaniel-II
 cockney-II
 cockroach-II
 cocktail-II
 coconut-II
 codger-II
 coign-II
 coil-II
 coleslaw-II, IV
 coltsfoot-II
 comely-II
 comfit-II
 compound-I
 comptroller-I
 Confessor-III
 conger eel-II
 conker-II
 conning tower-II
 consensus-II, IV
 consommé-III
 coolie-II
 cor anglais-II
 corduroy-II
 cordwain-II
 corned beef-II
 corporal-I
 costermonger-II
 counterpane-II
 country dance-II
 court card-II
 coverlet-II
 coward-II
 cowslip-II
 cox-II, IV
 crabbed-I
 craven-II
 crayfish-I
 cremona-II
 Cripplegate-II
 crisscross-II
 crosier-II
 crucial-III
 crude-II
 crumpet-II
 Crutched Friars-II
 crux-III
 culvert-II
 cur-II
 curmudgeon-x
 curry favour-I
 curtail-II
 cushy-II
 cutlass-II
 cutlery-II

outlet-II
 dairy-II, IV
 dandelion-II
 darbies-II
 D-day-III
 dearth-II
 decadence-II, IV
 decoy-II
 demeanour-I
 demerara-II
 demijohn-II
 Derby-III
 dervish-II
 despot-II
 detergent-II
 deuce-II
 devil-II
 dewlap-II
 diabetic-II
 diadem-II
 dialogue-II
 diaper-II
 diaphragm-II
 diddle-II
 dimity-II
 dirge-II
 dished-II
 dismal-II
 ditty bag-II
 Dixieland-X
 docket-II
 dog days-III
 doggone-II
 dogwatch-II
 doll-II
 dolomite-II
 Domesday Book-II
 donkey's years-I
 dragoon-II
 Drambuie-II
 drawing room-II
 drill-II
 dropsy-II
 drugget-II
 dryad-II
 duel-II
 dugong-II
 dumdum-II
 dumps-II
 dunce-II
 earnest-II
 earwig-III
 easel-II
 ebony-I
 eclipse-II
 effete-II
 egg on-II
 elegy-II
 embargo-II
 ember days-II
 enervate-II
 entail-II
 entrails-II
 epicure-II
 equerry-II, IV
 erl-king-II
 espresso-II
 exchequer-I

excise-II
expatriate-II, IV
eyelet-II
eyrie-II
fagged-II
fair-II
fairway-II, IV
fairy-II
fallow-II
fan-II
farthingale-II
fascia-II
fatuous-II
fawn-II
feldspar-II, IV
fell-II
female-I
ferrule-I
fetlock-II
fey-II
fiddle-II
field-II
fieldfare-II
figwort-II
filibuster-I, II
fillip-II, III
filly-II
firedog-III
fishplate-II
fitful-II
flagstone-II
flak-II
flamenco-II
flatulent-II
fleck-II
flee-II
flock-II
flounce-II
flush-II
fly-II
fogey-II
foil-II
fold-II
folk of peace-x
foolhardy-II
foolscap-II
footling-II
footpad-II
forcemeat-II
forceps-II
foremost-II
foreword-II, IV
forge ahead-II
forlorn hope-II
fount-II
fox-II
foxglove-II
foxtrot-III
freemason-II
frieze-II
fritillary-II
fritter-II
Frog-III
frontispiece-II
fry-II
fulsome-II
funny bone-II
furbelow-II

gadfly-II
gaff-II
gaffer-I
galère-I
gall-II
galley-II
gallowglass-II
game-II
ganglion-II
gangrene-II
gangway-II
gardenia-II
gargantuan-II
garrotte-II
gastric-II
gate-II
gauntlet-II
geezer-II
geneva (gin)
genie-I
genteel-I
Gentile-II
gibbon-II
gillyflower-I
gin-III
Ginger-II
gingerbread-I
gingerly-II
gingham-II
glade-X
glamour-II
glass slipper-II
gloaming-II
glory hole-II
gobble-II
god-II
Godhead, the-II
godsend-III
godwit-I
golliwog-II
goosander-II
gooseberry-II
gore-II
gospel-II
gossamer-II
gourmand-II
grass widow-II
grave-II
greyhound-II
gridiron-II
gringo-II
grizzly-II
groundsel-II
grovel-II
gruelling-II
guelder rose-II
guild-II
gum-II
guppy-II
gusto-II
gutta-percha-II
guttural-II, IV
gymkhana-I
gypsy, gipsy-III
haberdahser-II
hackney-III
haggard-II
ha-ha-II

halo-II	hinny-II
halt-II	hippie-II
halyard-II	hoarding-II
hamburger-II	hock-II
handicap-III	hocus pocus-II
hangar-II	hogmanay-II
hangnail-II	hoity-toity-II
hanker-II	hold-II
hanky-panky-II	hollyhock-II
hansom-II	holm oak-II
harass-II	homily-II
harbinger-II, IV	homosexual-II
harebell-II	honeymoon-III
harlot-II	hoopoe-II
harridan-II	hopscotch-II
harrier-II	horseradish-II
harrow-II	howitzer-II
hatchet-II	humble bee-I
hatchment-II	humble pie-X
hawker-II	hurly-burly-II
headlong-II	hurricane-II
hear! hear!-II	hurtle-II
Heaviside layer-II	husband-III
hecatomb-II	husky (hoarse)-II
hector-II	husky (Eskimo dog)-II
hell for leather-II	hybrid-II
helpmate-II	idyll-II
henchman-II	ignoramus-II
hen harrier-III	IHS-III
hermetic-II	incentive-II
heyday-II	infantry-II
hiccup-II	inkling-II
high-fallutin'-II	inoculation-II, IV
hijack-II, IV	inroads-II

instalment-II
interloper-II
internecine-II
inveigle-I
invoice-II
iron mould-I
iron rations-III
isinglass-I
island-I
iwis-II
jackal-II
jackanapes-X
jailbird-III
jamb-II
jamboree-II
jaunty-II
Jeep-III
jenneting-I
jerked beef-II
jerry-built-II
Jerusalem artichoke-II
Jew's harp-II
jo-II
John Dory-I
jolly-II
Jordan almond-II
journeyman-II
Jove-II
jubilee-II
juggernaut-II
July-II
jumble-II, IV
jumper-II
June-II
jury-mast-II
kaput-II
kerseymere-I
ketch-II
ketchup-II, IV
kidnap-II
kittiwake-II
knickers-II
knobkerrie-II
knot-II
Ku Klux Klan-II
lama-II
lampoon-II
landfall-II
landlubber-II
landscape-II
lanthorn-II
lanyard-II
lapwing-II
lark-II
lash-II
lashings-II
lass-II
last-II
latchet-II
lath-II
launch-II
lavender-II
law-III
lawn-II
layette-II
lay figure-II
lazy-II
league-II

leap year-III
 leave-II
 ledger-II
 leech-II
 leghorn-II
 leitmotiv-II
 lemon sole-II
 Lenten-II
 leopard-II, IV
 leotard-II
 let-II
 limbo-II
 lime-II
 limerick-II
 lingerie-II
 lingua franca-II
 links-II
 liquorice-II
 lists-III
 livelong-II
 loadstone, lodestone-II
 loafer-II
 locket-II
 log-II
 loo-II
 loony-II
 loophole-II
 loosestrife-II
 lovage-II
 love-II
 lump-II
 lurcher-II
 luscious-II
 lutestring-II
 lymph-II
 lynch-II
 madding-III, IV
 madrigal-II
 malinger-II
 mammon-II
 mandarin-II
 mandrake-II
 mangelwurzel-II
 mangle-II
 mangosteen-II
 mangrove-II
 manner-III
 maroon-II
 marry-II
 marshal-II
 Martello tower-I
 martinet-II
 marzipan-II
 mass-II
 massacre-II
 masterpiece-III
 mastiff-II
 masturbate-II
 matchboard-II
 matt-II, IV
 mattress-II
 Maundy Thursday-II, IV
 Maxim gun-II
 mead-II
 meal-II
 mealie-II
 mealy-mouthed-II
 meat-III

membrane-II
menial-II
mercerize-II
metal-III
methinks-III
microbe-II
midwife-II
mildew-I
millboard-III
milliner-II
millipede-III
milt-II
miniature-II
minion-II
minnow-II
misogynist-II
mistletoe-II
mob cap-II
mohair-II
mole-II
mongoose-II
moquette-II
moratorium-II
morgue-II
Mormon-II
morris dance-II
mosaic-II
Mosquito Coast-I
motley-II
moulder-II, IV
mouldwarp, mouldywarp-II
mound-II
mugwump-II
mulled-II
mulligatawny-II
mummer-II
Muscovy duck-II
muse-II
muslin-II
mustard-II
mystery-II
namby-pamby-II
nautch-girl-II
navvy-II
navy blue-III
neat's-foot oil-II
net, nett-II
news-III
nickname-II
nicotine-II
Nigeria-II
nightingale-II
nightmare-II
nightshade-III
nincompoop-II
ninny-II
nipper-II
nob-II
nog-II
noisome-II
nondescript-II
noon-II
nosegay-II
nubile-II
nuthatch-II
nuzzle-I
oakum-II
obscene-II

oh dear!-II
 O.K.-III
 Orangemen-II
 orison-I
 orrery-II
 osprey-II
 ostler-II
 outcaste-II
 outrage-I
 outrigger-I
 overweening-II
 oyez-II, IV
 pack-II
 paddock-II
 paddy field-II
 page boy-II
 Palestine soup-X
 palliasse-II
 palmyra-II
 pamphlet-II
 panama hat-III
 panel-II
 pansy-II
 pantry-II
 papier-mâché-II
 parasol-II
 parboil-I
 parchment-II
 parsimony-II
 partner-I
 partridge-II
 passbook-II
 passing-III
 passion fruit-III
 Passover-II, III
 pasteurized-II
 patter-II
 pea-jacket-II
 pearl-barley-II
 pearmain-II
 pedantic-II
 pedigree-II
 pediment-II
 pedlar, peddler-II
 pekoe-II
 pemmican-II
 pencil-II
 penknife-III
 pennyroyal-I
 penthouse-I
 perform-II
 periwig-II
 periwinkle-I
 perk-II
 perks-II
 pester-I
 peter out-II
 petrel-II
 pettifogger-II
 pettitoes-II
 petulant-II
 petunia-II
 phantasmagoria-II
 piccaninny-II
 pickaxe-I
 Picts-II
 picturesque-II
 Pidgin English-II

piebald-III
piecemeal-III
piggyback-II, IV
pikestaff-II
pile-II
pillar to post-II
pinchbeck-II
pineapple-III
pink-III
pinkeye-II
pip-II
piping hot-III
pistol-II
pitchblende-II
pitcher-II
pitchfork-II
pitfall-II
pittance-II
placard-II
plain sailing-III
plainsong-II
plankton-II
platelayer-II
plight-II
plimsoll-II, IV
plonk-II
plump-II
plum pudding-III
ply-II
poached egg-II
poeataster-II
point blank-III
poke-II
pole-II
poleaxe-II
polecat-II
policy-II
polony-II
Pommy-III
pool-II
popinjay-II
poplin-II
pore-II, IV
porringer-II
porter-II
Portland cement-III
posh-III
poster-II
post haste-III
posthumous-I
posy-II
pram-II
preface-II
pregnant-II
press-II
Pretender-III
prevent-III
prime-X
primrose-II
privet-X
prize-II
probang-I
proboscis-II
prodigal-II
protagonist-I
Protestant-II
provost marshal-II
prude-II

public school-III
 puffin-X
 pulley-II
 Pullman train-II
 pumpernickel-II
 pumpkin-II
 pumps-II
 punch-II
 pundit-II
 pupil-II
 pursue-IV
 pustule-II
 quadrille-II
 quail-II
 quandary-II
 quarterdeck-II
 quiz-III
 rack and ruin-X
 racket-II
 racy-II
 rake-II
 rampart-II
 rankle-II
 ransack-II
 rap-II
 rare-II
 rarebit-X
 ratline-II
 rear admiral-III
 recoil-II
 refrain-II
 regale-II
 regatta-II
 reindeer-II
 rest-III
 rest-harrow-II
 retch-II, IV
 rhapsody-II, IV
 rhumb-I
 rhythm-I
 riding-II
 righteous-I
 rigmarole-II
 ringleader-III
 ritzy-II
 rivulet-II
 roam-II
 Romany-II
 rookie-II
 root-I
 rosemary-II
 rote-II
 roundelay-I
 rover-II
 rowlock-X
 ruffian-II
 runagate-I
 ryegrass-II
 Sabaoth-II
 sack-II
 sacrilegious-II, IV
 safe-II
 sainfoin-II
 salmonella-II
 saltcellar-II
 salver-II
 sandblind-II
 sangreal-II

sapper-II
Saracen-II
sardine-II
sash window-II
satyr-II
savvy-II
scalpel-II
scarify-II
school-II
scissors-I
scone-II
scot free-II
scour-II
scrip-II
scrumpy-II
scullion-II
sect-II
sedan chair-II
seersucker-II
sentry-II
serenade-II
setter-III
sexton-II
shagreen-I
shako-II
Shalott-II, IV
shambles-II
shamefaced-II
shammy leather-II
shamrock-II
shark-II
sheen-II
sheldrake-II
shemozzle-II
sherry-II
shire-II
shiver-II
shock-headed-II
shrapnel-II
shuttlecock-II
sideburns-II
sidelong-II
sidesman-II
siesta-II
silhouette-II
singlet-III
sirloin-II
skewbald-II
skewer-II
skivvy-II
slam-II
sledgehammer-II
sleight of hand-II
slowworm-II
slughorn-II
smack-II
smallpox-III
smithereens-II
sola topi-IV
somersault-IV
sorry-I
SOS-III
sovereign-II
spade-II
spanner-II
sparerib-II
spatchcock-II
spendthrift-III

sperm whale-III
 spinet-II
 spinnaker-II
 spiv-III
 spoke-II
 spooning-III
 spray-II
 spree-II
 spruce-II
 stalemate-II
 stalk-II
 standard-II
 stark naked-II, IV
 stationer-III
 stay-I
 stem-II
 stepfather-II
 steppe-II
 sterling-II
 stickler-II
 Stilton-III
 stirrup-II
 stocks-III
 stony broke-III
 strafe-II
 strait-I
 strappado-II
 strawberry-II
 stucco-II
 stud-II
 succubus-II
 suffragette-II
 sunflower-II
 surcease-II
 surname-II
 surplice-II
 surround-I
 swallow-II
 swingeing-II, IV
 switchback-III
 syllabus-I
 tabby cat-II
 table d'hôte-II
 tacky-II
 taffrail-I
 taiga-II
 talisman-II, IV
 tank-II, III
 tankard-II
 taper-II
 tart-II
 tattoo-II
 teapoy-I
 teetotal-II
 template-I
 terrapin-II
 terrier-II
 thespian-IV
 thug-II
 tick-I
 tipstaff-II
 tipsy-II
 titchy-II
 titmouse-I
 tobacco-II
 toff-II
 toils-II
 tomboy-II

top-II
topsy-turvy-II
tornado-I
trade wind-III
train oil-II
tram-II
trappings-II
Trappist-II
treacle-II
trellis-I
tribulation-II
trifle-II
trog-II
troy weight-II
truck-II
trudgen-II
trump card-II
tuberose-II, IV
tuffet-II
tumble-II
tummy-II
tureen-II
turkey-III
turtledove-II
tweed-I
ultramarine-III
Unready-III
uproar-II
upside down-I
utterance-II
vagrant-I
valance-II
van-II
vaudeville-II
vent-II
verdigris-I
verge-II
veronica-II
versed-II
vicious circle-III
Viking-II
villain of the piece-I
virago-II
virginals-III
wag-II
wainscot-II
waive-II
walleye-II
wallop-II
walnut-II
waxy-II
wayward-II
wedlock-II
weever-II
werewolf-II
wheatear-II
whet-II, IV
Whigs-II
while away-IV
whippet-III
whist-II
whydah-II
wilderness-X
winsome-II
wiseacre-I
witch-II
witch hazel-II
wog-III

wolverine-III

woman-II

wombat-II

woodchuck-II

wormwood-II

worsted-II

wound-I

wrinkle-II

yard-II

ye-II

yellowhammer-II

yokel-II

APÉNDICE II

ENTRADAS DE *DEVIOUS DERIVATIONS* DE RAWSON (1994), CON LA CATEGORÍA QUE SE LE HA ASIGNADO A CADA ENTRADA

CLAVE:

I- En el artículo se menciona un cambio lingüístico generalizado (formal y/o semántico), explicado como producto de una interferencia paramórfica, que da origen a una forma considerada estándar actualmente.

II-En el artículo se menciona una atribución etimológica alternativa o una asociación paraetimológica de base paramórfica, sin describirse cambio lingüístico.

III-En el artículo se menciona una atribución etimológica alternativa de base no paramórfica.

IV-En el artículo se menciona una variante lingüística (formal y/o semántica), distinta de la forma que se considera estándar actualmente.

X-Se ha excluido este artículo del cómputo de categorías.

Nota: Hay entradas de categoría mixta en las que se ha asignado a la entrada más de un número, separándose estos por una coma.

adultery-II	bad egg-II
agita-I	badlands-X
albatross-I	ball-II
anadama bread-II	ball up-II
anchorite (anchoret)-II	ballyhoo-II
andiron-I	batty-II
angel-II	bear garden-II
antelope-II	Beefeater-II
apple-pie order-II	belfry-I
apricot-I	bite the bullet-III
artichoke-IV	bitter end-II
asparagus-IV	black art-X
babble-II	blanket-II
Baby Ruth-II	blatherskite-II

blindfold-I
 bloody-III
 bogus-II
 bombast-II
 bonfire-II
 boo-II
 boondoggle-II
 boots and saddles-I
 booze-II
 bowler-II
 bozo-II
 brazilwood-III
 briar pipe-II
 bridegroom-I
 bridewell-II
 bumbailiff-II
 buttery-I
 B.V.D.'s-III
 cabal-III
 call girl-III
 Cambridge-III
 Canary Islands-III
 cant-II
 cardinal-III
 carte blanche-III
 Cat and the Fiddle-II
 cat's cradle-II
 cesarean-II
 charlatan-II
 cheap John-II
 cheerio-II
 chippy (chippie)-II
 chow-II
 clinchpoop-III
 clink-II
 cockroach-I
 comptroller-IV
 condom-III
 cook [someone's] goose-III
 cop-III
 coward-II
 cowslip-II
 crap-II
 craps-II
 crayfish/crawfish-I
 curmudgeon-II
 curry favour-I
 cutlet-II
 dark horse-III
 Davy Jones's locker-III
 dead as a doornail-III
 debt-I
 demijohn-I
 devil and the blue sea, between the-III
 devil to pay, the-II
 diaper-II
 dickens-II
 Dixie-II
 donkey-II
 dormouse-II
 doughboy-III
 dressed to the nines-II, III
 dumps-II
 ear-II
 earwig-II
 easel-I
 eat crow-III
 eat humble pie-I

egg on-II
 elope-II
 Ember days-II
 equerry-I
 eyrie-I
 faker-II
 fanny-II, III
 farthingale-II
 female-I
 fink-II
 flack-II
 flamenco-II
 flash in the pan-III
 flicker-II
 flounce-II
 foolscap-III
 footpad-II
 forcemeat-I
 forceps-II
 foremost-II
 forlorn hope-I
 foxtrot-II
 frontispiece-I
 fuck-III
 furbelow-II
 gadfly-II
 get down to brass tacks-III
 ghetto-II
 G.I.-III
 gibberish-X
 give [someone] the cold shoulder-X
 glass slipper-II
 god-II
 good scout-III
 gorp-III
 grain of salt, with a-III
 grass widow-II
 Great Scott-II
 greyhound-II
 gridiron-I
 gringo-II
 grin like a Cheshire cat-III
 guinea pig-II
 gung ho-III
 gun moll-II
 gungel-I
 half-seas over-II
 halt-II
 ham-II
 hangnail-I
 harlequin-II
 harlot-II
 hat trick-III
 have one's ass in a sling-II
 helpmate-I
 hocus-pocus-II
 hogwash-III
 homosexual-II
 honeymoon-III
 honkey (honkey, honkie)-X
 hoodlum-II, III
 hooker-II
 hook or by crook, by-II, III
 hopscotch-II
 horse latitudes-III
 hurricane-II
 husky-II
 idyll-II

ignoramus-II
 installment-II
 internecine-I
 isingglass-I
 island-I
 jerked beef-I
 jerry-built-II
 Jerusalem artichoke-I
 Jew's harp-II, III
 jingo-II
 john-II
 jolly boat-II
 journeyman-II
 jug, in the-II
 keep your pecker up-III
 kick the bucket-II
 kitty corner-II
 knuckle under-III
 landlubber-II
 lanthorn-I
 lanyard-I
 lapwing-I
 lark-II
 launch-II
 lay an egg-III
 lemon sole-I
 limerick-III
 limey-II
 links-II
 loo-II, III
 love-II
 mad as a hatter-X
 main chance-II
 malingering-II
 Mandarin-X
 manner born, to the-I
 marmalade-II
 Mars Bar-II
 Mass-III
 massacre-II
 mayonnaise-II
 mess-II
 mind your P's and Q's-III
 mosaic-II
 moxie-III
 mugwump-II
 name is mud [one's]-II
 nap-II
 neat's foot oil-II
 news-III
 nickname-II
 nightmare-II
 nincompoop-II
 nitwit-II
 Nosey Parker-II
 oakum-II
 obscene-II
 ogre-II
 O.K.-III
 Old Nick-III
 orange-I
 oust-II
 passionflower-III
 patsy-II
 patter-II
 pea jacket-II, III
 pencil-II
 pennyroyal-X

penthouse-I
 pester-I
 peter out-II
 philander-X
 phony-II
 pickaninny-II
 pickax-I
 piggyback-II
 pin money-III
 pistol-II
 plonk-II
 polecat-II
 posh-III
 posthumous-I
 press gang-II
 prevaricate-II
 prick song-III
 primrose-II
 pumpernickel-II
 purloin-II
 quadrille-II
 quail-II
 Queer Street-X
 quiz-III
 racy-II
 raft-I
 rain cats and dogs-II, III
 rake-II
 ramshackle-II
 rat-II
 ratline-I
 real McCoy, the-II, III
 red dog-II
 reindeer-II
 requiem shark-I
 rewards-II
 ring around the rosy-X
 rosemary-II
 run the gauntlet-II
 sabotage-II
 sack-I
 salt cellar-I
 satire-I
 saunter-II
 scot-free-II
 scrimshaw-III
 scullion-II
 secretary bird-X
 sedan-II
 sexton-II
 shamefaced-I
 shanty-II
 shard-X
 Sheboygan-II
 shyster-II
 sincere-II
 sirloin-I
 slang-II
 son of a gun-III
 S.O.S.-III
 sovereign-I
 spencer-III
 spinster-III
 spitting image-II
 spud-III
 stickler-II
 stir-II
 stool pidgeon-II

straitjacket-II
surname-II
sycophant-III
tabby cat-II
taffrail-I
tariff-II
tedium-II
ten-gallon hat-II
tenpenny nail-III
third degree, the-III
three goolden balls-III
tinker's dam (or damn), not worth a-II
tip-III
titmouse-I
toast-II, III
tobacco-II
train oil-II
tram-II
troy weight-II
tuberose-II
turkey-X
tweed-I
union suit-III
Unready, Ethelred the-III
upside-down-I
vagrant-II
valance-II
valentine-X
van-II
vaudeville-I
vicious circle-III
waffle-II
wallop-II
wedlock-I
welsh-II
wench-X
wing it-III
wiseacre-I
witch hazel-II
wog-III
woman-III
wop-III
wormwood-X
Xmas-X
Yankee-II
zenith-X
zip-III

APÉNDICE III

ENTRADAS DE *PORT OUT, STARBOARD HOME* DE QUINION (2004), CON LA CATEGORÍA QUE SE LE HA ASIGNADO A CADA ENTRADA

CLAVE:

I- En el artículo se menciona un cambio lingüístico generalizado (formal y/o semántico), explicado como producto de una interferencia paramórfica, que da origen a una forma considerada estándar actualmente.

II-En el artículo se menciona una atribución etimológica alternativa o una asociación paraetimológica de base paramórfica, sin describirse cambio lingüístico.

III-En el artículo se menciona una atribución etimológica alternativa de base no paramórfica.

IV-En el artículo se menciona una variante lingüística (formal y/o semántica), distinta de la forma que se considera estándar actualmente.

X-Se ha excluido este artículo del cómputo de categorías.

Nota: Hay entradas de categoría mixta en las que se ha asignado a la entrada más de un número, separándose estos por una coma.

akimbo-X	bee's knees-II
all mouth and trousers-II	beg the question-X
aluminium-III	belfry-I
apple-pie order-III	between the devil and the deep blue sea-III
artichoke-IV	beyond the pale-IV
asparagus-IV	big apple-III
at sixes and sevens-III	the bill-II
avocado-I	billy-o-II
ballyhoo-II	Black Maria-III
bamboozle-II	blind man's bluff-I
bankrupt-III	blue laws-X
barbecue-II	blunderbuss-I, II
barefaced lie-I, III, IV	Bob's your uncle-III
barking-II	bog-standard-I, III
bated breath-IV	

brass monkey weather-III
 brass tacks-III, IV
 break a leg!-III
 bridegroom-I
 brouhaha-II
 buckaroo-I, II
 bug-III
 burger-X
 busman's holiday-III
 butterfly-I, III
 buy the farm-III
 cabal-III
 call a spade a spade-II
 camp-III
 card sharp-II
 cater-cornered-IV
 chaise longue-IV
 cheap at half the price-III
 cheque-III
 chew the fat-III
 chunder-II
 cock a snook-IV
 cockroach-I
 cocktail-II, III
 cold shoulder-III
 come a cropper-III
 condom-II
 cop-II, III
 copacetic-II
 crap-I, II
 crayfish-I
 curry favour-I
 cut an dried-III
 cut the mustard-I, II
 Davy Jones's locker-II
 dead as a doornail-III
 the devil to pay-III
 Dick's hatband-III
 dinkum-II
 Dixie-II
 doozy-II
 double-cross-III
 drag-III
 dressed to the nines-II, III
 eat crow-III
 eighty-six-III
 Elephant and castle-II
 the exception proves the rule-III
 female-I
 feverfew-I
 fiasco-III
 foolscap-I, III
 forlorn hope-I
 frontispiece-I
 fuck-III
 full monty-III
 gadget-II, III
 gillyflower-I
 glass slipper-II
 go for a Burton-II
 golf-III
 gossip-II
 grapefruit-III
 grass widow-II, III
 graveyard shift-III
 great Scott-II
 gridiron-I
 gringo-II

gry-X
 guinea pig-III
 ham-II, III
 hangnail-I
 happy as a clam-X
 harebrained-IV
 harlot-II
 head over heels-X
 helicopter-X
 helpmate-I
 hobo-II
 honeymoon-III
 hooker-II
 hot dog-III
 hue and cry-IV
 humble pie-I
 I could care less-X
 in like Flynn-III
 jazz-II
 Jerusalem artichoke-I
 jinx-II
 joystick-II
 Jury-rigged-II, IV
 kangaroo-III
 kangaroo court-III
 keep one's nose to the grindstone-III
 kibosh-II
 kluge-II
 let the cat out of the bag-III
 loo-II
 love-II
 Lynch law-II
 marmalade-II
 mind your beeswax-III
 mind your Ps and Qs-II, III
 moot point-I
 mushroom-I
 muskrat-I
 niggardly-II
 nincompoop-II
 nitty-gritty-III
 off one's own bat-IV
 OK-II, III
 on tenterhooks-IV
 on the carpet-X
 on the fritz-II, III
 on the wagon-III
 one fell swoop-IV
 out of sorts-III
 penthouse-I
 phat-III
 picnic-II
 poltroon-II
 pom-II, III
 posh-III
 proof of the pudding-X
 put on dog-III
 quiz-III
 raining cats and dogs-II, III
 real McCoy-II
 real tennis-IV
 rosemary-I
 rule of thumb-III
 salt cellar-I
 scot free-II
 shamefaced-I
 shanty-II
 shit-III

shyster-II
sincere-II
sirloin-II
sleep tight-III
sling one's hook-III
smart Alec-III
snob-III
spitting image-II, IV
spud-III
square meal-III
square one-III
squaw-II
straight and narrow-I
take the mickey-II
teetotal-II
ten-gallon hat-I
testify-II
threshold-II
tinker's damn-II
tip-III
toe the line-III, IV
toerag-IV
tote-II
trivial-III
turn the tables-III
twenty-three skidoo-III
upper crust-III
Welsh rabbit-IV
wet one's whistle-III, IV
while-IV
whole ball of wax-II, III
whole nine yards-III
Windy City-III
wiseacre-II
wog-III
woman-II
wonk-II, III
wop-III
woodchuck-I
yankee-II, III
yonks-II, III
Zzxjoanw-X

Remisiones:

ALLIGATOR See AVOCADO

BACK TO SQUARE ONE See SQUARE ONE

BALL OF WAX See WHOLE BALL OF WAX

BOLDFACED LIE See BAREFACED LIE

BURTON See GO FOR A BURTON

DOG See PUT ON DOG

FRITZ See ON THE FRITZ

GRINDSTONE See KEEP ONE'S NOSE TO THE GRINDSTONE

JERRY-BUILT/JERRY-RIGGED See JURY-RIGGED

NOSE TO THE GRINDSTONE See KEEP ONE'S NOSE TO THE GRINDSTONE

PALE See BEYOND THE PALE

PS AND QS See MIND YOUR PS AND QS

SIXES AND SEVENS See AT SIXES AND SEVENS

SPARROWGRASS See ASPARAGUS

WAGON See ON THE WAGON

APÉNDICE IV

ARTÍCULOS COINCIDENTES ENTRE *A DICTIONARY OF TRUE ETYMOLOGIES* DE ROOM Y *DEVIOUS DERIVATIONS* DE RAWSON.

Nota: se indica al lado de cada lema la categoría asignada al artículo en nuestro análisis (en primer lugar la correspondiente al diccionario de Room; en segundo lugar la correspondiente al diccionario de Rawson. No hay coincidencias de categorías mixtas en esta comparación).

1. COINCIDENCIAS EXACTAS

adultery II-II

albatross II-I

anchorite (“anchorite” y “anchoret” en Rawson) II-II

andiron II-I

ball II-II

ballyhoo II-II

batty II-II

bear garden II-II

beefeater (“Beefeater” en Rawson) II-II

belfry II-I

bitter end II-II

blanket II-II

blindfold II-I

bloody II-III

bogus II-II

bombast II-II

bonfire II-II

boot and saddle (“boots and saddles” en Rawson) II-II

bowler II-II

briar pipe III-II

bridegroom I-I

bumbailiff II-II

buttery II-I

cabal III-III

Canary Islands II-III

charlatan II-II
cheerio II-II
cockroach II-I
comptroller I, IV
coward II-II
cowslip II-II
crayfish (“crayfish” y “crawfish” en Rawson) I-I
curmudgeon X-II
curry favour I-I
cutlet II-II
demijohn II-I
diaper II-II
dumps II-II
earwig III-II
easel II-I
egg on II-II
ember days (“Ember days” en Rawson) II-II
equerry (II, IV)-I
eyrie II-I
farthingale II-II
female I-I
flak (“flack” en Rawson) II-II
flamenco II-II
flounce II-II
foolscap II-III
footpad II-II
forcemeat II-I
forceps II-II
foremost II-II
forlorn hope II-I
foxtrot (“fox trot” en Rawson) III-II
frontispiece II-I
furbelow II-II
glass slipper II-II

god II-II
grass widow II-II
greyhound II-II
gridiron II-I
gringo II-II
halt II-II
hangnail II-I
harlot II-II
helpmate II-I
hocus pocus (“hocus-pocus” en Rawson) II-II
homosexual II-II
honeymoon III-III
hopscotch II-II
hurricane II-II
husky II-II
idyll II-II
ignoramus II-II
instalment (“installment” en Rawson) II-II
internecine II-I
isingglass I-I
island I-I
jerked beef II-I
jerry-built II-II
Jerusalem artichoke II-I
Jew’s harp II-(II, III)
journeyman II-II
landlubber II-II
lanthorn II-I
lanyard II-I
lapwing II-I
lark II-II
launch II-II
lemon sole II-I
limerick II-III

links II-II
loo II-(II, III)
love II-II
malinger II-II
mandarin (“Mandarin” en Rawson) II-X
mass (“Mass” en Rawson) II-III
massacre II-II
mosaic II-II
mugwump II-II
neat’s foot oil II-II
nickname II-II
nightmare II-II
nincompoop II-II
oakum II-II
obscene II-II
O.K. III-III
pea jacket II-(II, III)
pennyroyal I-X
penthouse I-I
pester I-I
peter out II-II
pickaninny II-II
pickaxe (“pickax” en Rawson) I-I
piggyback (II, IV)-II
pistol II-II
plonk II-II
polecat II-II
posh III-III
posthumous I-I
primrose II-II
pumpernickel II-II
quadrille II-II
quail II-II
quiz III-III

racy II-II
rake II-II
ratline II-I
reindeer II-II
rosemary II-II
sack II-I
saltcellar (“salt cellar” en Rawson) II-I
scot free (“scot-free” en Rawson) II-II
scullion II-II
shamefaced II-I
sirloin II-I
sovereign II-I
stickler II-II
surname II-II
tabby cat II-II
titmouse I-I
tobacco II-II
train oil II-II
tram II-II
troy weight II-II
tuberose (II, IV)-II
turkey III-X
tweed I-I
upside down (“upside-down” en Rawson) I-I
vagrant I-II
valance II-II
van II-II
vaudeville II-I
vicious circle III-III
wallop II-II
wedlock II-I
wiseacre I-I
witch hazel II-II
woman II-III

wormwood II-X

2. COINCIDENCIAS NO EXACTAS

(en primer lugar, la entrada que figura en Room, en segundo lugar la que figura en Rawson)

Babel, Tower of; Babble II-II

black magic; black art X-X

Dixieland; Dixie X-II

humble pie; eat humble pie X-I

manner; manner born, to the III-I

passion fruit; passion flower III-III

press; press gang II-II

satyr; satire II-I

sedan chair; sedan II-II

Unready; Unready, Ethelred the III-III

APÉNDICE V

ARTÍCULOS COINCIDENTES ENTRE *DEVIOUS DERIVATIONS* DE RAWSON Y *PORT OUT, STARBOARD HOME* DE QUINION.

Nota: se indica al lado de cada lema la categoría asignada al artículo en nuestro análisis (en primer lugar la correspondiente al diccionario de Room; en segundo lugar la correspondiente al diccionario de Rawson. Las categorías mixtas se indican entre paréntesis).

1. COINCIDENCIAS EXACTAS

apple-pie order II-III

artichoke IV-IV

asparagus IV-IV

ballyhoo II-II

belfry I-I

cabal III-III

cockroach I-I

condom III-II

cop (II, III)-(II, III)

crap II-(I, II)

crayfish / crawfish (“crayfish” en Quinion) I-I

curry favour I-I

Davy Jones’s locker III-II

devil and the deep blue sea, between (“between the devil and the deep blue sea” en Quinion) III-III

devil to pay, the (“the devil to pay” en Rawson) II-III

Dixie II-II

dressed to the nines (II, III)-(II, III)

eat crow III-III

female I-I

foolscap III-(I, III)

forlorn hope I-I

frontispiece I-I

fuck III-III

glass slipper II-II
grass widow II-III
great Scott II-II
gridiron I-I
gringo II-II
guinea pig II-III
ham II-(II, III)
hangnail I-I
harlot II-II
helpmate I-I
honeymoon III-III
hooker II-II
Jerusalem artichoke I-I
loo II-II
love II-II
marmalade II-II
mind your P's and Q's ("mind your Ps and Qs" en Quinion) III-(II, III)
nincompoop II-II
OK III-(II, III)
penthouse I-I
posh III-III
quiz III-III
rain cats and dogs ("raining cats and dogs" en Quinion) (II, III)-(II, III)
real McCoy, the ("real McCoy" en Quinion) (II, III)-II
rosemary II-I
salt cellar I-I
scot-free ("scot free" en Quinion) II-II
shamefaced I-I
shanty II-II
shyster II-II
sincere II-II
sirloin I-II
spitting image II-(II, IV)
spud III-III

ten-gallon hat II-I

tip III-III

wiseacre I-II

wog III-III

woman III-II

yankee II-(II, III)

2. COINCIDENCIAS NO EXACTAS

(en primer lugar, la entrada que figura en Rawson, en segundo lugar la que figura en Quinion)

eat humble pie; humble pie I-I

get down to brass tacks; brass tacks III-(III, IV)

give [someone] the cold shoulder; cold shoulder

jerry-built; jury-rigged II-II

tinker's dam (or damn), not worth a; tinker's damn II-II

APÉNDICE VI

ARTÍCULOS COINCIDENTES ENTRE *A DICTIONARY OF TRUE ETYMOLOGIES* DE ROOM Y *PORT OUT, STARBOARD HOME* DE QUINION.

Nota: se indica al lado de cada lema la categoría asignada al artículo en nuestro análisis (en primer lugar la correspondiente al diccionario de Room; en segundo lugar la correspondiente al diccionario de Quinion. Las categorías mixtas se indican entre paréntesis).

1. COINCIDENCIAS EXACTAS

artichoke I-IV

asparagus IV-IV

avocado IV-I

ballyhoo II-II

barbecue II-II

belfry II-I

blunderbuss II-(I, II)

bridegroom I-I

butterfly II-(I, III)

cabal III-III

cockroach II-I

cocktail II-(II, III)

crayfish I-I

curry favour I-I

female I-I

foolscap II-(I, III)

forlorn hope II-I

frontispiece II-I

gillyflower I-I

glass slipper II-II

grass widow II-(II, III)

gridiron II-I

gringo II-II

hangnail II-I

harlot II-II
 helpmate II-I
 honeymoon III-III
 humble pie X-I
 Jerusalem artichoke II-I
 loo II-II
 love II-II
 nincompoop II-II
 OK III-(II, III)
 posh III-III
 quiz III-III
 rosemary II-I
 saltcellar (“salt cellar” en Quinion) II-I
 scot free II-II
 shamefaced II-I
 sirloin II-II
 teetotal II-II
 wiseacre I-II
 wog III-III
 woman II-II

2. COINCIDENCIAS NO EXACTAS

(en primer lugar, la entrada que figura en Room, en segundo lugar la que figura en Quinion)

bated; bated breath II-IV
 billyoh; billy-o II-II
 Dixieland; Dixie X-II
 hamburger; burger II-X
 jerry-built; jury-rigged II-(II, IV)
 lynch; Lynch law II-II
 Pommy; pom III-(II, III)
 rarebit; Welsh rabbit X-IV
 while away; while IV-IV

APÉNDICE VII

ARTÍCULOS COINCIDENTES ENTRE *A DICTIONARY OF TRUE ETYMOLOGIES* DE ROOM, *DEVIOUS DERIVATIONS* DE RAWSON Y *PORT OUT, STARBOARD HOME* DE QUINION.

Nota: se indica al lado de cada lema la categoría asignada al artículo en nuestro análisis (en primer lugar la correspondiente al diccionario de Room; en segundo lugar la correspondiente al diccionario de Rawson; en tercer lugar la correspondiente al diccionario de Quinion. Las categorías mixtas se indican entre paréntesis).

1. COINCIDENCIAS EXACTAS

ballyhoo II-II-II

belfry II-I-I

bridegroom I-I-I

cabal III-III-III

cockroach II-I-I

crayfish I-I-I

curry favour I-I-I

female I-I-I

foolscap II-III-(I, III)

forlorn hope II-I-I

frontispiece II-I-I

glass slipper II-II-II

grass widow II-II-(II, III)

gridiron II-I-I

gringo II-II-II

harlot II-II-II

helpmate II-I-I

honeymoon III-III-III

Jerusalem artichoke II-I-I

loo II-(II, III)-II

love II-II-II

nincompoop II-II-II

OK III-III-(II, III)

penthouse I-I-I

posh III-III-III

quiz III-III-III

rosemary II-II-I

saltcellar (“salt cellar” en Rawson y Quinion) II-I-I

scot free (“scot-free” en Rawson) II-II-II

shamefaced II-I-I

sirloin II-I-II

wiseacre I-I-II

woman II-III-II

2. COINCIDENCIAS NO EXACTAS

(en primer lugar, la entrada que figura en Room, en segundo lugar la que figura en Rawson, en tercer lugar la que figura en Quinion)

Dixieland; Dixie; Dixie X-II-II

humble pie; eat humble pie; humble pie X-I-I

jerry-built; jerry-built; jury-rigged II-II-II

APÉNDICE VIII
GRÁFICOS ILUSTRATIVOS

Fig. 1. Tipos de “etimología popular” en *A dictionary of true etymologies* (Room 1986)

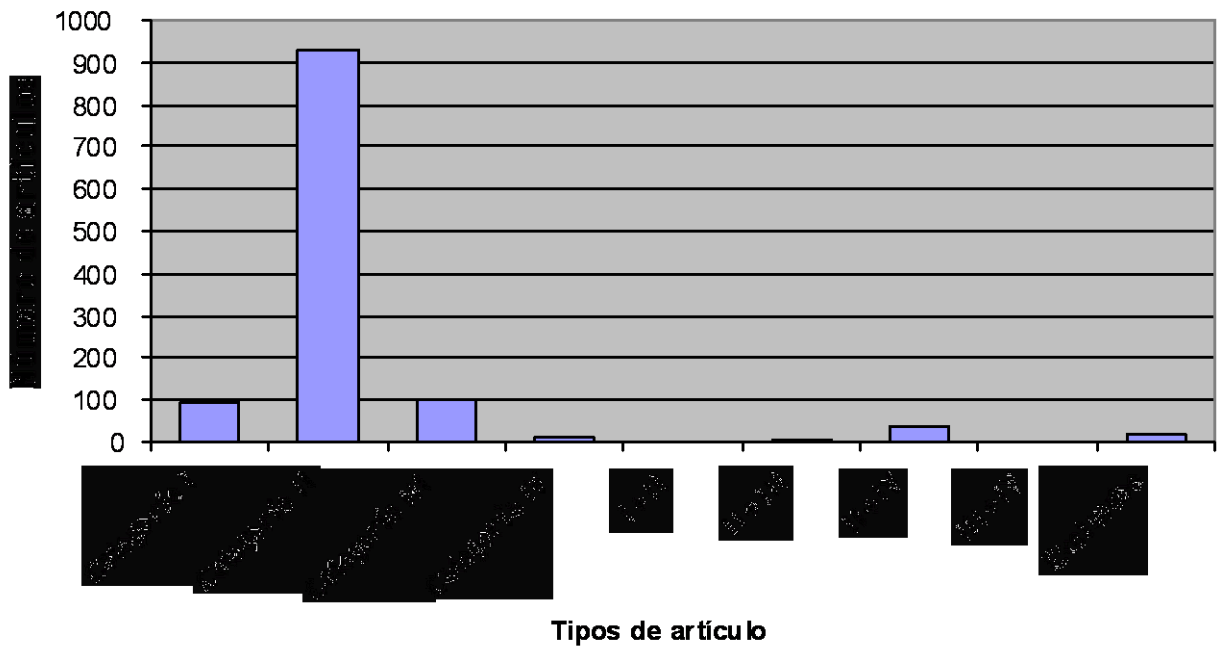


Fig. 2. Fenómenos paramórficos frente a atribuciones etimológicas no paramórficas en Room 1986

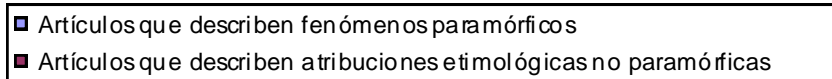
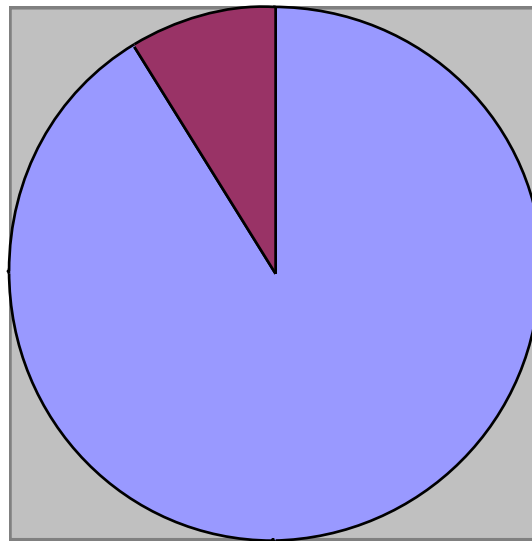


Fig. 3. Cambio lingüístico frente a atribución etimológica alternativa en Room 1986

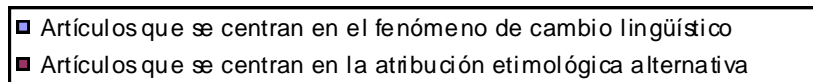
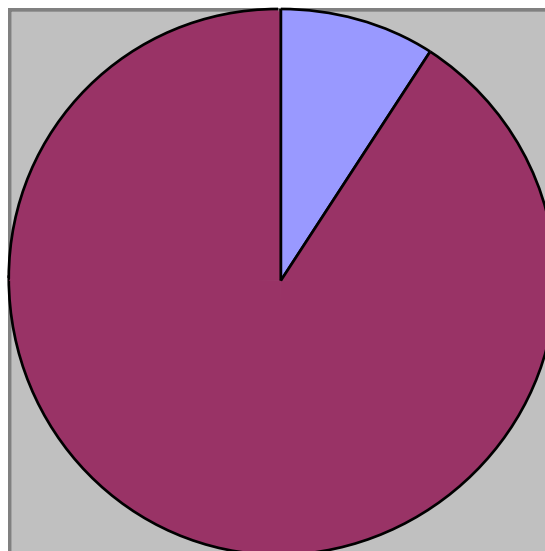


Fig. 4. Tipos de “etimología popular” en *Devious Derivations* (Rawson 1994)

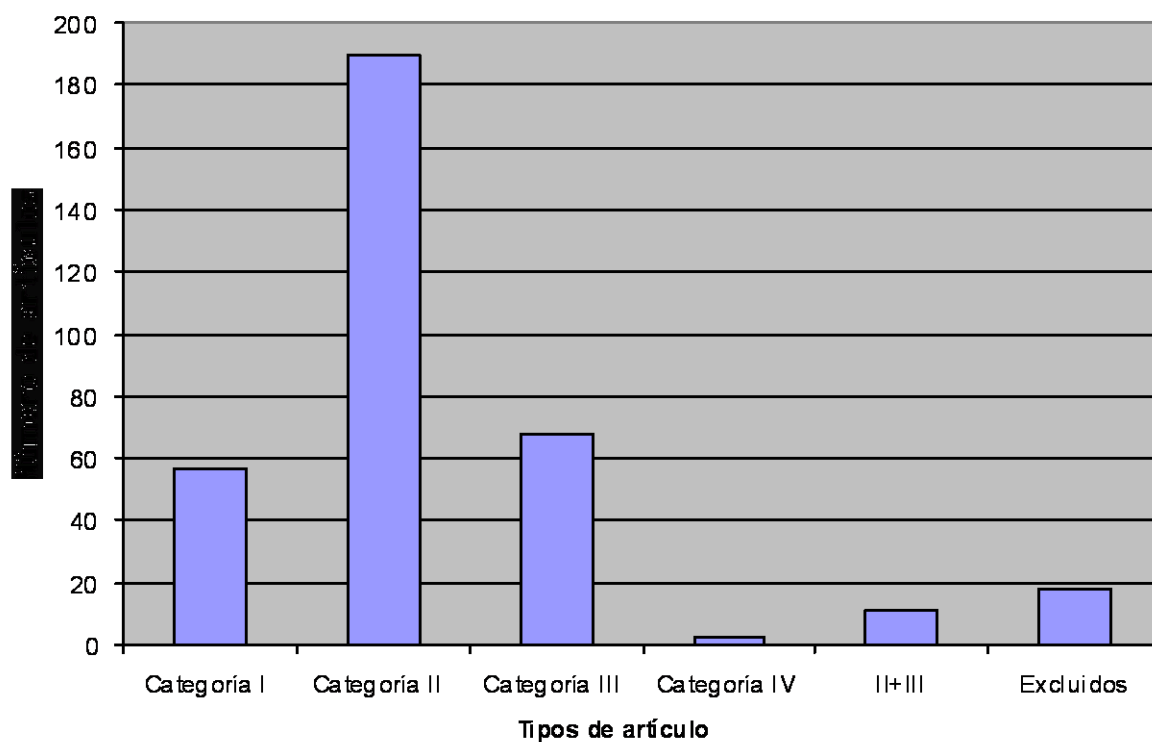
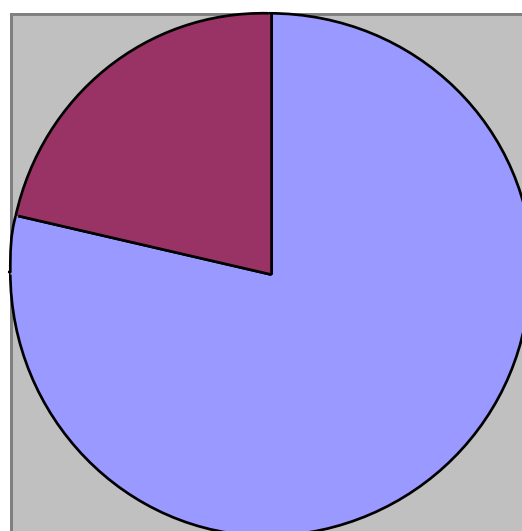


Fig. 5. Fenómenos paramórficos frente a atribuciones etimológicas no paramórficas en Rawson 1994



- Artículos que describen fenómenos paramórficos
- Artículos que describen atribuciones etimológicas no paramórficas

Fig. 6. Cambio lingüístico frente a atribución etimológica alternativa en Rawson 1994



Fig. 7. Tipos de “etimología popular” en *Port out, starboard home* (Quinion 2004)

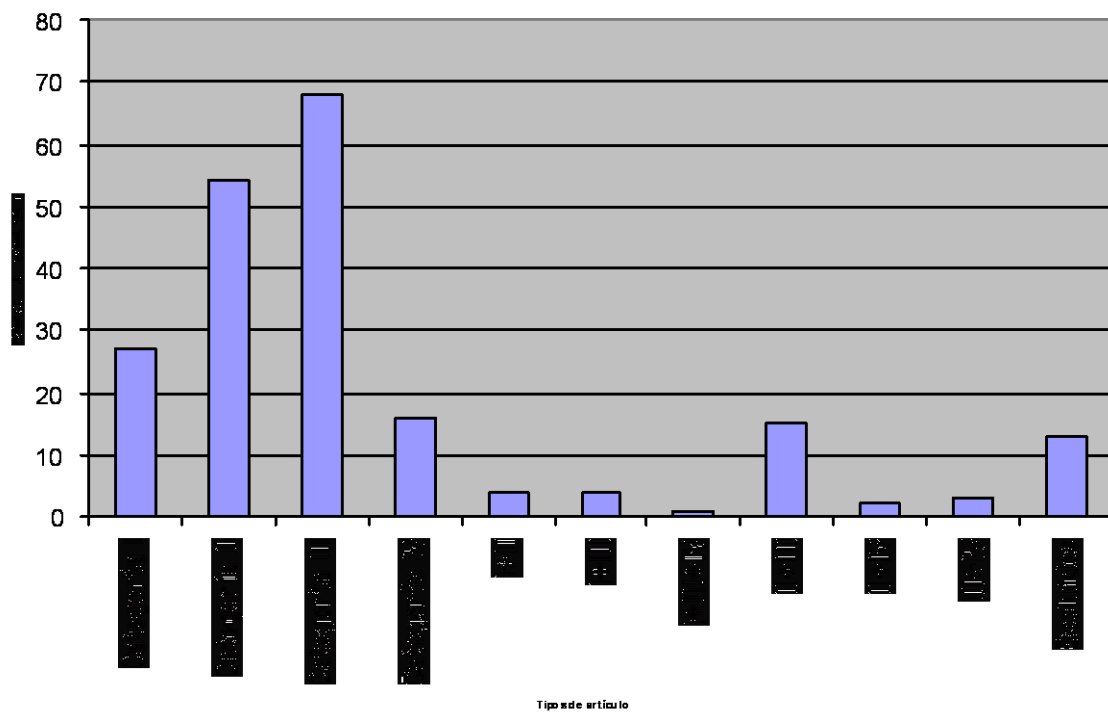
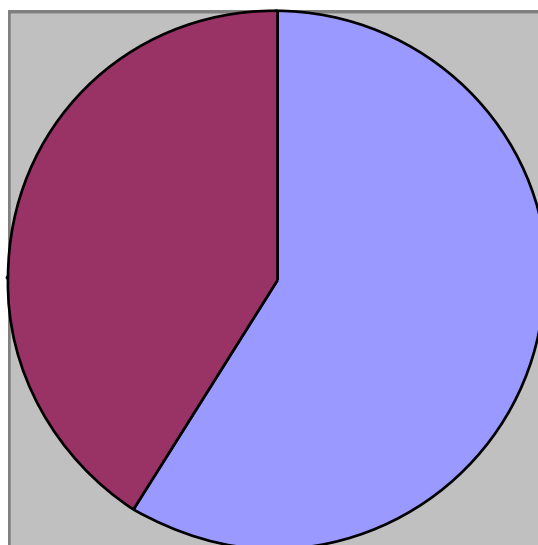
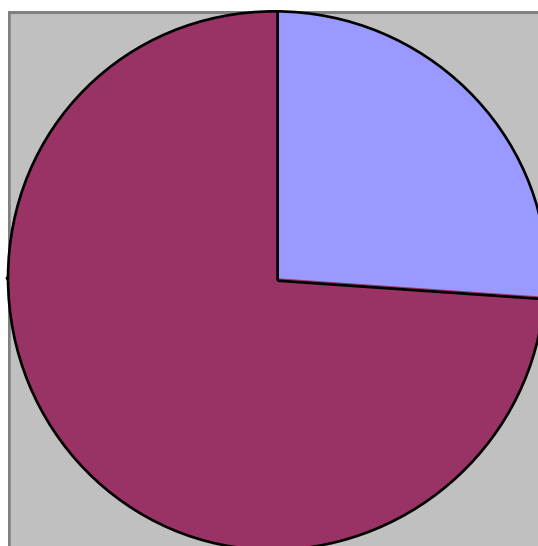


Fig 8. Fenómenos paramórficos frente a atribuciones etimológicas no paramórficas en Quinion 2004



■ Artículos que describen fenómenos paramórficos
■ Artículos que describen atribuciones etimológicas no paramórficas

Fig. 9. Cambio lingüístico frente a atribución etimológica alternativa en Quinion 2004.



■ Artículos que se centran en el fenómeno de cambio lingüístico
■ Artículos que se centran en la atribución etimológica alternativa

Fig. 10. Comparación entre las categorías I, II, III y IV en Room 1986, Rawson 1994 y Quinion 2004 (en porcentajes).

